

**FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
DOCTORADO EN LETRAS**

***TRAYECTORIA INTELECTUAL Y LITERARIA DE MANUEL UGARTE
(1895 – 1924)***

TESIS DE DOCTORADO

de Mg. Margarita Merbilhaá

Director de tesis: Dr. Miguel Dalmaroni

2009

TRAYECTORIA INTELECTUAL Y LITERARIA DE MANUEL UGARTE (1895 – 1924)

INTRODUCCIÓN (1)

CAPÍTULO 1. UN SUDAMERICANO EN PARÍS (14)

1. 1. Cultura y política en *Crónicas del bulevar* 18
1. 2. El Jaurès de Ugarte 35
 - La conferencia de Jaurès 41
- 1.3. En torno al estado de “evolución” de las jóvenes repúblicas sudamericanas en el presente: primeras formulaciones juvenilistas y racialistas 53
 - “La juventud francesa” ilumina el camino a “La juventud sudamericana” 55
1. 4. Los fundamentos de una modernización cultural 67

CAPÍTULO 2. LA CONSTRUCCIÓN DE UN INTELLECTUAL UNIVERSALISTA (81)

2. 1. “La pluma se cambia en ariete” 85
2. 2. Racialismo y culturas nacionales en las naciones jóvenes 102
2. 3. Inscripción de los problemas americanos en los procesos históricos de las sociedades europeas: *Las enfermedades sociales* 125
 - El anti-Le Bon. De la decadencia latina al “prejuicio de las razas” 144
 - En torno a los americanistas. Lectores del hispanoamericanismo de Ugarte en las dos primeras décadas del siglo XX 157
2. 4. *El porvenir de la América española*. Un nacionalismo continental en clave de reformismo socialista 166
 - Un racialismo oscilante 172
 - La recuperación historicista 183
 - Soluciones universales para problemas hispanoamericanos en el presente: el peligro yanqui 198
 - Las reformas sociales, clave del porvenir 210
 - La construcción de un nacionalismo continental 219

CAPÍTULO 3. UGARTE Y EL DISCURSO ANTIIMPERIALISTA EN OTROS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS DE ENTRESIGLOS (225)

3. 1. Demarcación y universalización de la identidad *americana* de José Martí a Rubén Darío 227
3. 2. Rodó y Ugarte: programas para el rescate de la América latina 234
3. 3. El capitalismo contemporáneo llevado al laboratorio. Representaciones de los Estados Unidos en el temprano diagnóstico de Juan B. Justo 248
3. 4. Patriotismo sano o internacionalismo proletario: Ugarte, Justo y *La vanguardia* 268

CAPÍTULO 4. DE TENDENCIAS Y PATOLOGÍAS: LA CRÍTICA LITERARIA DE MANUEL UGARTE (293)

- 4. 1 La crítica como diagnóstico de tendencias 296
- 4. 2. Las crónicas sobre literatura contemporánea 306
 - Respuestas y reacciones ante los escritos críticos de Ugarte en el ambiente porteño 327
- 4. 3. En torno a la generación de 1900. La polémica entre Rodó y Ugarte. 342
 - La crítica de Rodó 346
- 4. 4. Por un universalismo intelectual 351
 - Del arte social al arte nacional 354

CAPÍTULO 5. ESCRITOS LITERARIOS: 1901-1924 (367)

- 5.1 Motivos y estrategias en el nacimiento de una vocación literaria 369
- 5.2 La vida y la literatura: el impacto de París en las primeras ficciones de Manuel Ugarte 373
- 5.3 Últimos coletazos de la barbarie: representaciones del campo y la ciudad en los *Cuentos de la pampa* y *Cuentos Argentinos* 377
 - Configuraciones de la transición 380
 - Ficciones pampeanas con indios 382
 - De la *cuestión indios* a las *cuestión social* 390
 - Habitantes marginales de la ciudad pampeana: indios asimilados, indios rebeldes 399
 - Fábulas de identidad en la larga duración 405
 - Resabios bárbaros en la ciudad 406
- 5.4. Del diagnóstico contemporáneo al balance: nuevas libertades y posibilidades de la ficción novelesca 413

ANEXO 1. Resúmenes de los *Cuentos de la pampa* 438

CONCLUSIONES (441)

ANEXO 2. Artículos y cuentos de y sobre Ugarte en publicaciones periódicas (1895 -1913) 448

BIBLIOGRAFÍA 453

INTRODUCCIÓN

Este trabajo vuelve a explorar una época decisiva de la historia cultural argentina y latinoamericana, la de su modernización y la complejización de sus instituciones entre fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, a través de la figura de Manuel Ugarte (1874-1951)¹, típica y atípica a la vez, como veremos, y que tuvo gran visibilidad en aquel período, pese a un reconocimiento

¹ Nació en Buenos Aires en 1874 (no 1875, como figura en la mayoría de los libros sobre Ugarte). Viajó tempranamente con su familia a Europa y cursó en París parte de sus estudios secundarios (1889). También estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires. En 1897, se instala en París. Cursa estudios de sociología en la Sorbona. Desde allí publica en diversos periódicos nacionales e internacionales. En 1899 viaja por Estados Unidos y luego pasa por México y Cuba, para regresar luego a París, desde donde va a España. Ingresa al Partido Socialista de Argentina en 1903 y milita en sus filas hasta 1913 (en 1935 se acerca nuevamente por un breve período). Cursa estudios de sociología en la Sorbona y comienza a publicar en diversos periódicos y revistas porteños, madrileños y parisinos. Forma parte activa de la red de relaciones entre los escritores latinoamericanos radicados en París (Darío, Gómez Carrillo, Blanco Fombona, Contreras, Nervo, Alcides Arguedas, los hermanos García Calderón, Luis Bonafoux, Soiza Reilly, y otros). También se relaciona con los socialistas franceses, en especial con Jean Jaurès. Recién dejará París en 1911 para realizar una gira por Latinoamérica durante aproximadamente dos años. Entre Julio de 1903 y Agosto de 1904, sin embargo, intenta permanecer en Buenos Aires donde se reencuentra con sus amigos, Ingenieros, Palacios, Ghirardo y Roldán y conoce a Florencio Sánchez, Gálvez, Becher, Rojas, Gerchunoff, Olivera y otros jóvenes de la revista *Ideas*. Su segundo regreso recién ocurre durante la guerra y se prolonga hasta 1919. Durante el conflicto mundial, va quedando aislado de sus antiguos pares por su posición neutral. Decide regresar a Europa en 1919, instalándose primero en Madrid y luego en Niza. A partir de 1930, pasa penurias económicas que lo llevan a vender su casa y luego su biblioteca. En 1932 muchos intelectuales latinoamericanos y argentinos, a la cabeza de los cuales se encuentra Gabriela Mistral proponen a Ugarte ante el gobierno argentino, para el Premio Nacional de Literatura. En 1935, para solventar su viaje la Argentina en busca de mejores condiciones de trabajo. Allí frecuenta a Alfonsina Storni y a Gálvez. En 1939 se radica en Viña del Mar, donde sobrevive con sus colaboraciones periodísticas y va escribiendo sus memorias en distintos libros. En 1946 apoya el gobierno de Perón, quien, luego de una entrevista con él, lo nombra embajador en México. Expresa sus diferencias con la política de Perón respecto de los países latinoamericanos, que hacen que lo desplacen hacia Nicaragua y luego hacia Cuba. Renuncia en 1950 y parte a Madrid. Vive solo en Niza hasta su muerte por emanaciones de gas, ocurrida el 2 de diciembre de 1951. Dirigió en Argentina, la *Revista Literaria* (1895-1896) y los diarios *La Patria* (Nov. 1915- feb. 1916) y *Vida de hoy* (1936-1937).

al menos ambivalente de sus escritos, que le da cierto carácter enigmático. Este hijo de una familia adinerada, vinculada a la oligarquía, comienza a frecuentar a los veinte años los círculos de jóvenes bohemios nucleados alrededor de Rubén Darío. A poco de haber decidido dedicarse a las letras, abandona Buenos Aires para instalarse en París. No se trata del mero “viaje a los orígenes” típico de los letrados del siglo XIX pues tiene la doble intención de ejercer el periodismo cultural y la escritura literaria como actividades exclusivas. Así, entre los veinte y los cuarenta años, Ugarte no cumplirá con las disposiciones ordinarias para su origen social: no reproduce la fortuna de su padre sino que recurre a ésta hasta que se agota por la quiebra de su progenitor ; no establece un lugar fijo de residencia, puesto que vivirá alternativamente en Francia, España, Buenos Aires y Chile (en los años treinta), ni sigue las normas de la institución matrimonial y de reproducción del núcleo familiar, ni va progresivamente delimitando una profesión con un lugar de trabajo asignado y duradero. Contrariamente a los *gentlemen* escritores de la generación anterior, Ugarte procura vivir de sus artículos en la prensa y de sus libros, que a partir de 1913 serán su única fuente de ingresos. Además, desde la perspectiva de las relaciones entre intelectuales y Estado, una de las claves de la eficacia del proceso modernizador argentino (Dalmaroni, *Una república de las letras*), la posición social de Ugarte se revela muy distinta a la de sus contemporáneos con idéntico origen social. Aunque provenga de una familia encumbrada y vinculada a los miembros de la clase dirigente, Ugarte abandona sus estudios en el Instituto Nacional de Buenos Aires, no sigue una carrera universitaria, ni ocupa ningún cargo en el Estado (a excepción de un cargo temporario de Cónsul de Bolivia en Niza y cargos de Embajador bajo el gobierno de Perón, a fines de los años cuarenta).

De modo que en muchos aspectos puede hablarse de una trayectoria social heterodoxa, acentuada por su compromiso con el socialismo y las “ideas avanzadas”, para decirlo en los términos de la época. Veremos, en este sentido, que Ugarte desarrolla una resistencia existencial y literaria a cualquier forma de envejecimiento social (Bourdieu, *Les règles de l'art*). También es disonante su visión latinoamericanista por las conclusiones a las que llega, fuertemente políticas y pragmáticas en el modo de plantear la estricta defensa de los intereses regionales, pese a que se formulan en base a una retórica espiritualista.

Es indudable que el modernismo tuvo impacto en aspectos decisivos de su trayectoria. En primer lugar, la representación identitaria americanista construida por dicho movimiento fue decisiva para Ugarte, a punto tal que este ideal *americano* figuró entre los primeros objetivos de su *Revista literaria* (1896-1897). Se consolidó luego en París, donde derivó en prácticas concretas de ampliación del espectro de circulación de las producciones latinoamericanas y de constitución de una “abstracción de América”² que culminó en las intervenciones a favor de la unidad latinoamericana. En segundo lugar, el modernismo le brindó el espacio simbólico y social que dio marco a sus comienzos literarios, los que coincidieron con la residencia de Darío en Argentina; esto le permitió, en efecto, insertarse en una red de relaciones caracterizada por prácticas informales, asistemáticas e itinerantes, simbolizadas y designadas socialmente mediante la conjunción entre *juventud* y *bohemia*.³ En tercer lugar, el modernismo le proveyó no sólo repertorios figurativos y estilísticos –que nunca fueron “puros” u homogéneos en su caso- sino sobre todo, modelos discursivos como el de la crónica o una práctica de escritura diletante y ecléctica (Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*) y de búsqueda de renovación.

Otro aspecto que hace a la singularidad de su posición, y que explica muchas de sus producciones, fue el carácter migrante de su existencia, que también incidió en la perspectiva latinoamericanista, un problema del período que nos ocupa que fue ampliamente estudiado por la crítica literaria y la historia intelectual. En el caso de Ugarte, nos interesa destacar que la experiencia viajera tuvo efectos concretos no sólo sobre sus intervenciones latinoamericanistas, que acabamos de señalar; también implicó una ampliación

² *Escritores Iberoamericanos de 1900*. Madrid : Vértice, 1947: 40.

³ Remitimos aquí al clásico ensayo de Altamirano y Sarlo “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: Ariel, 1997 (2da. ed.): 176 y ss., así como a Pierre Bourdieu, *Les règles de l'art*, Paris, Seuil, 1992: 84-88 especialmente. Véase también Altamirano, Carlos. “América Latina en espejos argentinos”. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires, Siglo XXI: 2005: 105-133. El autor señala que “Ugarte ingresó a la vida literaria bajo el signo inquieto del modernismo” (114) y que el “tema latinoamericano” fue “el tema mayor de su compromiso cívico” (115). Carlos Altamirano y Beatriz Colombi (*Viaje intelectual*, también constatan el hecho de que París implicara para él, como para muchos otros escritores hispanoamericanos del período, el descubrimiento de su identidad latinoamericana). Ver también Zanetti, Susana: “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”. Pizarro, Ana. *América latina. Palabra, literatura e cultura*, Sao Paulo: Unicamp, 1994: 491-534.

de sus preocupaciones intelectuales y políticas. La estancia parisina de Ugarte hizo, por un lado, que conociera más directamente las doctrinas socialistas y las prácticas de los intelectuales franceses y españoles dentro del Partido Socialista⁴ (la experiencia de las universidades populares, la militancia en defensa de Dreyfus o la denuncia de los crímenes de Montjuic en España, los meetings obreros, el Teatro del Pueblo, etc.). Por otro lado, el abanico de temas se amplió también por su contacto con las producciones periodísticas, intelectuales y literarias de la capital francesa, socialistas y no socialistas, tal como analizaremos en varios de sus libros. A esto se suma un acercamiento a las teorías sociológicas en boga, marcadas por la psicología antropológica y una de sus ramas, la psicología de las multitudes, y por supuesto, por las ciencias naturales y la teoría evolucionista darwiniana. En efecto, fue en París que Ugarte abarcó un espectro mayor de problemas intelectuales y teóricos, a través de las clases que se dictaban en la universidad francesa en pleno proceso de reforma, donde las corrientes científicas se habían impuesto recientemente sobre el marco ideológico humanista de la enseñanza superior y también a través del acceso a publicaciones y libros europeos. En este sentido, el análisis de la recepción ugarteana de dichas corrientes nos llevó a revisar la idea de una uniformidad de su pensamiento y a considerar más bien la mezcla como clave para explicar el uso de ideas positivistas, reformistas, las referencias marxianas muy genéricas, teorías racialistas e higienistas, etc., aplicadas a un examen de la cultura contemporánea europea por un lado, y argentina o latinoamericana, por otro.

De este modo, tanto el científicismo como el socialismo contribuyeron a la construcción de una mirada universalista sobre los fenómenos que Ugarte se dispuso a retratar y estudiar; ésta debe entenderse, en el contexto de su constitución, por un lado, como un intento de situar igualitariamente a los países latinoamericanos –al menos los más modernizados– en las relaciones políticas internacionales; ahora bien, por otro lado, estuvo atravesada por las tensiones que implicaba la voluntad de aplicar teorías fundadas en el presupuesto de una

⁴ Algunas referencias permiten situar en Buenos Aires el nacimiento de una curiosidad por las « ideas avanzadas ». Sus vínculos con Ingenieros y Ghirardo y más lateralmente, con Lugones; la simpatía por la figura de Alem ; un cuento publicado en la *Revista literaria* en 1896 (« Beso amargo ») que trabaja con emblemas socialistas, del que nos ocupamos en el último capítulo de esta tesis. Su recuerdo de lectura de la adolescencia en que se citan libros sobre la Revolución Francesa (*Les girondins* de Lamartine).

jerarquía de razas y naciones fuertemente eurocéntricas, lo que produjo torsiones sintomáticas en algunos de sus textos. En este sentido, la consideración del carácter asimétrico propio de la circulación internacional de las ideas, junto a un abordaje que no buscó identificar ideas “puras” fuera de sus contextos de producción y circulación, nos llevó a reconsiderar la distinción tajante entre ideas producidas en el centro y en la periferia.⁵ Se trató entonces de volver sobre los efectos de la cultura científica (Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*) ya no en sus primeros productores sino sobre la generación siguiente, y de tener en cuenta un arco discursivo amplio, donde aparecen desde los saberes considerados legítimos en sus fuentes directas hasta sus formas doxáticas, o las formas del “rumor intelectual”.⁶

Una de las dificultades que enfrentamos fue la pertinencia de un corpus de escritos que no se valía de un criterio de selección fundado en el valor literario o intelectual de todos los textos que conforman el corpus. Este trabajo intenta sustraerse al requisito de un objeto *noble* y *canónico*, amparándose en el desarrollo de los estudios literarios de los últimos quince años; así, no indagamos en pretendidas innovaciones, hallazgos intelectuales o estéticos, para justificar su estudio y su reinserción en la serie de los escritores de la modernidad finisecular latinoamericana. Paradójicamente, la voz de Ugarte cobra mayor interés cuanto menos brilla individualmente, es decir cuanto más se la contrasta con el contexto de los debates, la circulación de ideas, las redes de relaciones en que se insertaba.

En efecto, habremos de mostrar que la de Ugarte fue una subjetividad fuertemente permeable a los discursos de época, que no inventó modelos nuevos ni grandes líneas de ideas innovadoras. De modo que en esa banalidad de presupuestos, amalgama de corrientes filosóficas, podrá encontrarse una cierta densidad de discursos y valores articulados, de saberes hegemónicos; al adoptar dicha perspectiva, se pueden percibir con mayor claridad fragmentos de la doxa epocal. De este modo, se vuelven más visibles las torsiones del discurso ugarteano, a que lo obligaban los principios doctrinarios, socialistas primero, “avanzados” y anticonservadores después. A la vez, esa doxa encontraba sus

⁵ Véase Palti, Elías. "El problema de 'las ideas fuera de lugar revisitado. Más allá de la 'historia de las ideas'". México : UNAM, 2004.

⁶ Bourdieu, Pierre. « ¿Qué es hacer hablar a un autor ? » *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires : Eudeba, 1999: 197-203.

grietas en las elecciones ideológicas de Ugarte que lo llevaban a problematizar aquellas cuestiones que por sus efectos políticos, redundaban en la perpetuación del statu quo (para usar un término de época), o en el rechazo de modelos de sociedad alternativos. Para esto nos resultaron fundamentales los trabajos de historia intelectual, sociología de la cultura y análisis del discurso y de las tradiciones culturales desarrollados por Angenot, Williams, Bourdieu, Charle, Terán, Altamirano, Gramuglio, Sarlo, Rama, Real de Azúa (Cf. Bibliografía).

Por último, intentamos analizar la producción literaria del autor a lo largo de tres décadas, lo que nos permitió visualizar que el lugar predominante que ocupó la literatura en los comienzos del escritor se fue reduciendo progresivamente por diversas razones que iremos indagando a la largo de los capítulos, entre las cuales fue determinante el desdoblamiento de su actividad como escritor y como intelectual comprometido fuera del espacio literario. Así, fue uno de los primeros escritores modernos argentinos en buscar no sólo modos sino principios de articulación entre la literatura y la política, a través de la escritura de sus ficciones y de la crítica literaria.

A través de estos escritos intentamos también reconstruir los vínculos concretos de las nacientes letras nacionales con los centros culturales como París o, en menor medida, Madrid. En este sentido, nuestro estudio puede contribuir a describir zonas aún no abarcadas por la historia cultural del novecientos, con respecto a las redes de relaciones entre escritores migrantes y locales. En efecto, la ubicuidad geográfica de Ugarte nos obligó a reconstruir el espacio de los interlocutores que eligió, lo que supuso series variadas: el campo literario e intelectual argentino; y los latinoamericanos en París y en Madrid.⁷

Considerar el problema de las prácticas de los escritores y sus ámbitos resultó necesario en nuestra investigación, en la medida en que trabajamos con la producción de un escritor que no construyó un *sistema de pensamiento* sino que es el emergente del estado de la producción intelectual de una época: al análisis de los enunciados ideológicos y formas discursivas finiseculares,

⁷ Para reconstituir los circuitos en los que Ugarte se inserta cuando se instala en París, contamos con las memorias de escritores y sobre todo, con la correspondencia que Ugarte fue recibiendo a lo largo de su vida, que se conserva en el Archivo General de la Nación, y el catálogo de su archivo establecido por Graciela Swiderski, *El epistolario de Manuel Ugarte*. Buenos Aires: AGN, 1999.

debimos sumar el de las condiciones de posibilidad de esos enunciados. Es entonces cuando aparece con mayor relieve la ubicación de Ugarte, inusual respecto de sus pares, en el modo de concebir la cultura latinoamericana y de definir, indirectamente, la función del intelectual y del escritor. Los casos más característicos están dados, por un lado, por el descubrimiento que hace del socialismo jauresiano y de sus ideas sobre arte. Por otro lado, por el modo en que los escritos de Ugarte se inscriben dentro de la matriz discursiva latinista (de la que nos ocupamos sobre todo en el Capítulo 2). Esto nos llevó a comprender la función específica que ésta tuvo para las reflexiones de los latinoamericanos, cohesionando, estableciendo una base compartida de debate, fijando una problemática común, a partir de la cual establecer rasgos identitarios subcontinentales, y conformando así un espacio de intercambio relativamente autónomo.

Para abordar el tipo de intercambio que se estructuró en la capital francesa entre los intelectuales y escritores latinoamericanos, nos resultaron de gran utilidad los trabajos franceses del campo de la historia de los intelectuales, en particular de Christophe Charle y Christophe Prochasson. Este último recurre a las nociones de lugar, medio/ámbito, y redes para pensar el modo en que se relacionan los intelectuales, definidos por prácticas y comportamientos “a los que también está sometido el orden de su discurso”⁸. Estas tres categorías enmarcan su actividad profesional e intervención pública permitiendo a la vez atender a las condiciones en que se elaboran sus discursos así como las de sus intercambios e influencias. Esta perspectiva hace visible el papel de los intelectuales latinoamericanos migrantes en la invención y constitución simbólica de un espacio continental, transnacional, de debates entre intelectuales provenientes de Centro y Sudamérica.

Pocos críticos se han ocupado de los escritos de Ugarte, pero lo han hecho con lucidez, de modo se registran acertados análisis o intuiciones, de un

⁸ Prochasson, Christophe. *Les intellectuels, le socialisme et la guerre 1900-1938*. Paris, Seuil, 1993 : 17. Dice Prochasson que cada lugar genera un ámbito (librerías, escuelas, círculos, grupos informales, revistas) por encima de los cuales se constituyen redes que estructuran la vida intelectual. “Revistas o grupos pueden formar entre sí redes que presenten un doble carácter de herramientas de una estrategia política o intelectual y de prestatarios de servicios para sus integrantes. En su seno, cada intelectual encuentra parte de su identidad. Así -aclara Prochasson- “el individuo social desaparece fuera de la red a la que pertenece” (17 – Traducción nuestra).

modo disperso y acotado. Si bien la crítica sobre su obra es reducida, hemos podido basarnos en los aportes indispensables de críticos e historiadores latinoamericanos muy reconocidos, entre los cuales cabe mencionar especialmente a David Viñas, Angel Rama, Carlos Real de Azúa, Oscar Terán, Carlos Altamirano, Tulio Halperín Donghi, María Teresa Gramuglio, Adolfo Prieto, Susana Zanetti y Beatriz Colombi. Finalmente, hemos contado también con el exhaustivo y detallado trabajo archivístico realizado por Norberto Galasso en su biografía del autor y la antología de sus escritos, para la editorial Ayacucho. Como toda investigación, la nuestra ha aprendido mucho de estos estudios sobre los textos de Ugarte, y establece con muchos de ellos un diálogo que, al final de cuentas, responde ya no solamente al contenido de los enunciados propuestos, como a preguntas y problemas metodológicos de la historia intelectual, la sociología de la cultura o la teoría literaria. Podemos ilustrarlo en las lecturas que sobre ciertos textos de Ugarte han desarrollado David Viñas y Carlos Altamirano.

En el capítulo que dedica a Ugarte en su libro *Viajeros argentinos a Estados Unidos*,⁹ y que trasciende el análisis de un sólo escrito del autor, David Viñas anota con perspicacia varios aspectos esenciales de la trayectoria intelectual de Ugarte. Sin exhaustividad pero con notable agudeza en la lectura, identifica al mismo tiempo modalidades intelectuales, posiciones doctrinarias estéticas y políticas, vacilaciones temáticas y de poética en su literatura y aun rasgos retóricos singulares (desde la constatación del uso recurrente de palabras abstractas, hasta su tendencia a los “juegos metafóricos” - 218).

Viñas identifica adecuadamente la toma de posición antiimperialista de Ugarte como “obsesión justificatoria”, situando su origen en el viaje a los Estados Unidos, es decir, también, después de la guerra hispano-norteamericana de 1898. Al constatar “sus reiteradas apelaciones a lo latino y a la raza” (Viñas 218), intuye también el peso de la matriz racalista positivista en torno a la decadencia de lo latino, sobre su pensamiento. Sin embargo, no llega a relacionarlo con el contexto de debates europeo ni tiene en cuenta motivaciones específicas, propias del carácter periférico de nuestra cultura, pues

⁹ Viñas, David. *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires : Santiago Arcos, 2008 [1998].

afirma en cambio que dichas apelaciones a lo latino se fueron diluyendo en beneficio de “una politización más concreta” (218). Es cierto, empero, que Viñas tiene en cuenta las tensiones implícitas en dicha perspectiva eurocéntrica, para intelectuales que, como Ugarte, profesaban un “socialismo filantrópico” (221).

También valora el proyecto de *La Revista literaria* creada por Ugarte (1895-1896), en el que destaca la confluencia del discurso de la “literatura social”, del que nos ocupamos en el último capítulo de esta investigación, en pleno auge porteño del modernismo.

El eclecticismo de sus prácticas intelectuales, por un lado, y la caracterización de su autoimagen como un Quijote hispanoamericano en lucha constante y solitaria contra el *peligro yanqui*, evidencian también la agudeza de la impresión lectora de Viñas. Conviene revisar, en cambio, su interpretación del antiimperialismo ugarteano como “espiritualista”, tal como veremos en el capítulo 3 de este trabajo.

Por último, Viñas revisa la supuesta victimización de Ugarte, atribuyendo el olvido de sus escritos a su “largo exilio” que compara con la muerte. La ausencia respecto del campo intelectual y literario porteño aporta, efectivamente, una explicación más acertada. Por eso una de las claves que permiten explicar la menor visibilidad de los escritos de Ugarte después de los años 1920 podrá encontrarse tanto en los discursos como en las prácticas literarias propias de la dinámica de los espacios diferenciados en el interior de las sociedades modernas.

Recientemente, Carlos Altamirano ha evaluado un aspecto clave en la reflexión ugarteana acerca de la identidad latinoamericana, en su ensayo “América Latina en espejos argentinos”¹⁰. En efecto, describe la particularidad de dicho discurso contrastándola con la visión de Rodó en *Ariel* y con el racialismo de la época, legible en la visión de Bunge en *Nuestra América*. Altamirano destaca la “radicalización” que produce respecto del mensaje arielista, “imprimiéndole un sentido político y económico que le conferirá un nuevo carácter a la crítica de la acción de los Estados Unidos en América Latina” (115). También observa el carácter singular del diagnóstico de Ugarte por el modo en que busca, “para el atraso latinoamericano, razones de índole política y no

¹⁰ Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual*. Buenos Aires : Siglo XXI, 2007 :118.

explicaciones fundadas en el carácter del medio físico, el clima, la constitución étnica de sus habitantes” (118). En su análisis, Altamirano interpreta el recurso al racialismo, en un intelectual como Bunge, como un modo de explicar, valiéndose de la legitimidad del psicologismo dominante, las dificultades de las repúblicas latinoamericanas para concretar la modernización en el plano de las instituciones políticas. Ahora bien, el crítico deja de lado un aspecto fuertemente contradictorio del discurso de Ugarte quien, paradójicamente, se apoya en las mismas corrientes que Bunge al estudiar, en la primera parte de *El porvenir de la América española*, los procesos históricos que conformaron el espacio latinoamericano. De hecho, dicho libro es revelador de las tensiones que atravesaban a los intelectuales latinoamericanos que adscribían simultáneamente a corrientes políticas reformistas y a modelos sociológicos dominantes, fuertemente conservadores. Algunos capítulos de nuestra tesis intentan, entonces, analizar el discurso de Ugarte en el contexto de otras intervenciones, pero también atender a heterogeneidad retórica y argumentativa presente en cada una de ellas.

La selección de los textos analizados sigue, en los tres primeros capítulos, un orden cronológico que permite reconocer la aparición de núcleos problemáticos en el marco de las actividades y vinculaciones que Ugarte va estableciendo. En el capítulo 4, contamos con dicho marco y recortamos, dentro del mismo período, sus escritos críticos sobre literatura. Asimismo, buscamos indicios de sus intercambios con otros escritores del período, en sus cartas y en reseñas de sus libros. También nos ocupamos de trazar una genealogía de la noción de “arte social” puesta en circulación por el autor en el espacio literario argentino. Ambos desarrollos nos permiten entender los primeros escritos literarios de Ugarte y los cambios de estilo en los comienzos, y recortar tres períodos en su producción literaria, en el último capítulo. No insistiremos aquí en lo que, creemos, puede verse con claridad y de manera regular en el curso de la tesis: el recorrido elegido para interrogar y explicar el trayecto en tanto tal va mostrando cómo –entre un aspecto y otro de las prácticas de Ugarte, o entre uno y otro momento de su carrera- esos mismos núcleos problemáticos se mantienen y transforman, reemergen y se reformulan, son corregidos y retomados con desplazamientos, reconfigurados mediante atenuaciones,

intensificaciones o cruces con nuevos elementos, lecturas, actores o circunstancias –según el caso o el momento-.

En el primer capítulo de esta tesis, entonces, intentamos dar cuenta del impacto de la capital francesa en el pensamiento de Ugarte, a partir de sus *Crónicas del bulevar* (1902) en que se registra precisamente una heterogeneidad de temas que intentan articular la cultura y la política, una tensión que será en adelante decisiva para entender las siguientes intervenciones del escritor. Hemos intentado reconocer, en los trabajos del autor, los temas y problemas, discursos y tópicos suscitados por dicho abordajes, situándolos en contextos de debates de los campos políticos europeos y/o argentinos, según los casos; de la red de intelectuales latinoamericanos desterrados o del espacio literario intelectual argentino.¹¹

Así, fueron emergiendo problemáticas específicas del período de entresiglos, entre las cuales se encuentra la definición identitaria a partir de la matriz discursiva racialista hegemónica y su desvío hacia soluciones políticas más concretas y menos fatalistas respecto del futuro de los países latinoamericanos. Las estudiamos en el segundo capítulo, a través de algunas crónicas de *El arte y la democracia* (1905), *Enfermedades sociales* (1906) y *El porvenir de la América española* (1911). Se encuentra también el omnipresente recurso al diagnóstico o evaluación del estado social contemporáneo tanto europeo como nacional y en relación con éste, una atención puesta en la cultura urbana francesa y española, desde la perspectiva universalista a que nos hemos referido. Nos detenemos asimismo en los *diagnósticos* de otros latinoamericanos que dialogan con su obra y forman parte de la red parisina ya mencionada.

En el capítulo 3 intentamos relacionar el discurso antinorteamericano de Manuel Ugarte con la tradición local y continental de dicho discurso, desde Martí, Darío, Zumeta, hasta Rodó. Finalmente, también proponemos analizar un texto olvidado de Juan B. Justo, el *Viaje a los Estados Unidos* (1895), lo que nos permite identificar encuentros y desencuentros entre las posiciones de Ugarte y las del Partido Socialista Argentino que motivaron su alejamiento y expulsión.

¹¹ Para ello hemos ubicado los lugares de publicación originarios de las crónicas y estudios aparecidos luego en libro, en la medida de las posibilidades de acceso a las fuentes (Cf. Anexo 2).

El capítulo 4 retoma las crónicas que Ugarte escribió en la primera década del siglo XX para detenerse en aquellas dedicadas a la crítica literaria. El análisis echa luz sobre las estrategias de confrontación con el modernismo literario, derivadas de la propia ubicación de sus escritos en una zona intermedia entre la literatura y la política. Al mismo tiempo, intentamos trazar una genealogía de su discurso sobre el arte social, que podemos identificar como la primera formulación heterónoma en el campo literario argentino. En el capítulo también reconstruimos la red de relaciones nada desdeñable que Ugarte tejó con sus pares porteños, desde Becher, Rojas o Gálvez, hasta Giusti o Gerchunoff, y finalmente con Rodó, con quien estableció una polémica que generó un efecto de censura por parte de sus contemporáneos, tal como hemos podido reconstruir a través de diversas cartas.¹²

El último capítulo está destinado a analizar tres momentos de la trayectoria literaria del autor, la primera ubicada en Buenos Aires (1895-1897), y las dos siguientes posteriores a su partida hacia París (1897 y 1919, respectivamente). Allí intentamos reconocer núcleos temáticos y elecciones genéricas vinculándolas al horizonte de posibilidades de la época, así como al contexto de debates de cada uno de los tres períodos.

Como habrá podido constatarse, el trabajo no abarcó la totalidad de la vida del escritor. En primer lugar, esto se debe a que no procuramos escribir una biografía, tarea cabalmente realizada por Norberto Galasso. En segundo lugar, hemos seleccionado el período más productivo del autor, que coincide con la época comprendida entre los veinte y los cuarenta años pues consideramos que en él surgen la mayoría de las ideas y configuraciones imaginarias presentes en sus escritos. En tercer lugar, nuestro recorte se debió a la necesidad de seleccionar un horizonte de debates y discursos más o menos homogéneo, ubicado entre los dos siglos y la Primera Guerra Mundial. Sólo en el último capítulo hemos trabajado sobre algunos escritos de los años 1920, sus dos novelas, para lo cual hemos redefinido el marco discursivo contextual de referencia. Consideramos que aquellos años, en los que Ugarte se retira en Niza durante la posguerra, en busca de mejores condiciones laborales, constituyen una bisagra biográfico-histórica en su trayectoria. Tal como veremos, comienza

¹² En cuanto a una polémica con Darío en trono al arte social, ésta no figura en *El Heraldo* de Madrid, en ninguno de los años que figuran en las cronologías y en los propios escritos del autor.

entonces un balance de las experiencias políticas previas a la Primera Guerra que implica una revisión de muchos presupuestos y principios, que van desde la confianza en el progreso y en la ciencia, en la posibilidades de llegada al socialismo por la vía de reformas sociales, hasta una concepción profética del escritor. Simbólicamente, aquella etapa se clausura de algún modo con la disertación de Ugarte en el acto de creación de la FUBA, de abril de 1918.

Finalmente, podemos decir que este estudio traza la imagen de un Ugarte fuertemente atravesado por las contradicciones de la izquierda intelectual argentina y latinoamericana,¹³ entre la firme adhesión al progreso y la denuncia escandalizada del *mal social* (Angenot), el mecanicismo historicista que anunciaba la redención indefectible de la humanidad y su marcha hacia el socialismo, por un lado, y la necesidad de acción y propaganda, por el otro (hasta la Primera Guerra Mundial); entre el universalismo y el esbozo de encrucijadas locales, o la percepción ambigua de los sectores populares como multitudes irracionales y como pueblo víctima de la opresión; entre el profetismo que situaba a los intelectuales en un lugar privilegiado, y la tenue construcción de una subjetividad inmersa en el barro de la historia; finalmente, se construye una identidad ambigua que conjuga cierto elitismo esteticista con la idea romántica del poeta como traductor del “espíritu de una colectividad”, para decirlo en palabras de la época y del autor.

El interés de los resultados de esta investigación, entonces, reside especialmente en haber advertido, e intentado historizar y analizar la singularidad de una mezcla. Es decir, el trayecto en que las prácticas de un sujeto combinaron de un modo atípico y divergente una serie de elementos que –considerados en su contexto epocal- sabíamos típicos y a los que atribuíamos ubicaciones, proyecciones y significados históricos que aquí, en un caso como el de Manuel Ugarte, aparecen entonces siempre en alguna medida, desfasados, desplazados, re combinados fuera de sus cauces predominantes usuales, o más reconocibles por la historia intelectual y cultural del período.

¹³ El trabajo de Horacio Tarcus sobre *Marx en la Argentina : sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. (Buenos Aires : Siglo XXI, 2007) ha sido fundamental como modelo de historia intelectual y para situar a Ugarte dentro de las corrientes de pensamiento durante el período de vigencia de la Segunda Internacional Socialista.

CAPÍTULO 1

UN SUDAMERICANO EN PARÍS

*Paris est sur toute la terre, le lieu où l'on entend le mieux frissonner l'immense voile
invisible
du progrès*
Victor Hugo, Paris Guide (1867)

Cuando llega a París, Ugarte tiene 23 años. Aunque dispone de rentas para residir allí, busca desde el comienzo vivir de su pluma.¹⁴ Sus escritos no son muy extensos y están pensados para vender a los periódicos. Prolonga la vida de dandy bohemio que llevaba en Buenos Aires, que combinaba la burla frente a toda solemnidad, la errancia callejera, el sensualismo y el desdén por “la gloria o por la aprobación burguesa”.¹⁵ La decisión de dedicarse a las letras era decisiva en cuanto a su destino social, y como ya hemos dicho previamente, no puede compararse a la trayectoria de los *gentlemen* escritores

¹⁴ “El joven metódico, con buenas calificaciones en la universidad, presentado como ejemplo en el seno de las familias, simbolizaba para nosotros la estupidez plena. Y así como fuimos malos estudiantes, resultamos después, corriendo el tiempo, enamorados inquietos y ciudadanos indóciles. Era también cultivado el instinto disipador” (*Escritores iberoamericanos de 1900* 202).

¹⁵ (Ugarte, *Escritores iberoamericanos de 1900* 21). Ugarte explica así el desdén por los premios y reconocimientos que cultivaban con Darío, Nervo y los demás latinoamericanos: “nos instalábamos con imprudencia y bizarría en la derrota, para reivindicar mejor la alta esperanza (...) Nunca consideramos nuestra labor como ‘carrera’” (22).

de la generación del ochenta. Por el contrario, si pudo tener dicho sesgo en los comienzos, cuando Ugarte editó con la ayuda de su padre, *La revista literaria* entre 1895 y 1896, implicó luego una ruptura respecto de las expectativas familiares y de la trayectoria social a que estaba destinado (prueba de ello es el abandono, en 1890, de sus estudios de bachiller que cursaba en el colegio Nacional de Buenos Aires). Dedicarse por completo a las letras significaba una decisión inusual si tenemos en cuenta, entre otras circunstancias, la reacción alarmada de su madre, Sabina Ribero, ante el anuncio formal del hijo, que recuerda Ugarte en *Escritores iberoamericanos de 1900* (1947).¹⁶

Emprende entonces la producción sostenida de crónicas, como se sabe, la única vía de subsistencia posible, fuera de los cargos estatales. Lo acompañará con la escritura de poemas y cuentos no bien se instale en París, en octubre de 1897. Así, a pocos días de llegar, el 18 de octubre de 1897, *El Tiempo* le publica una primera crónica en la que vuelca impresiones de París. Enviará algunas más, entre las cuales aparece una, en mayo de 1898, dedicada a una conmemoración de la Comuna de París, lo que revela su temprana frecuentación de los *meetings* y espacios socialistas. Hasta 1900, publicará esporádicamente ficciones y crónicas en el diario *El Tiempo* desde allí y también desde Estados Unidos, país al que viaja en junio de 1899 para regresar a Europa a fines de ese año, luego de su paso por México y Cuba.¹⁷ A partir de 1900 comienza a ampliarse el espectro de los periódicos y revistas en los que colabora, aunque todavía complete sus ingresos con la ayuda de su familia. Esto puede explicar la dedicación más exigua y menos sistemática a la escritura si se la compara con la de algunos de sus contemporáneos con menor solvencia económica, desde Darío¹⁸ hasta Francisco Contreras, Gómez

¹⁶ “Mi madre, que accedía a todos mis caprichos (...), no pudo menos que gritar cuando le hablé de consagrarme a las letras:

-Todo lo que quieras, hijo; pero eso no, por Dios...” (Ugarte, *Escritores...* 244-245).

¹⁷ Cf. los datos encontrados por Galasso en la cronología incluida en la edición de Ayacucho de *La nación latinoamericana* (1978 1ª ed.) y las fechas de los artículos de Ugarte en *El Tiempo* (Galasso, *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*: 70-74).

¹⁸ Más allá de las realizaciones y sentidos inscriptos en la crónica, la representación de ésta como práctica circunscripta a un valor económico antes que simbólico y asociada a lo “insustancial”, que en la sensibilidad modernista se oponía a la poesía, aparece en el recuerdo de Ugarte a propósito de la dependencia material que tuvo Ingenieros durante su viaje a Europa y que tenía Darío respecto de las crónicas que escribía para *La Nación*: “Una menguada concepción periodística, que sólo retribuye lo insustancial, obligó [a Ingenieros] a escribir crónicas superficiales desde Europa. *Este fue el azote de una generación*. Rubén Darío vivió bajo la angustia constante de que el jueves al despertar (creo que el jueves era día

Carrillo, Juan Pablo Echagüe o Alejandro Sux.¹⁹ Al respecto, el intercambio de cartas con editores y directores de revistas españolas contiene datos valiosos sobre los pagos efectuados por las colaboraciones y también sobre los contratos con las editoriales españolas y francesas. Así, sabemos que Ugarte cobraba por la mayoría de los artículos y también que varios amigos recurrían a él en momentos de penuria (Juan Pablo Echagüe, el joven Sáenz Hayes, alguna vez Darío). Esto será así hasta la quiebra de su padre, a mediados de la década de 1910, quien muere en 1918 cuando Ugarte tenía 34 años.

La disposición de Ugarte a hacer de la actividad literaria una profesión se enmarca en la de los escritores latinoamericanos que frecuentaba en París. Abundan las referencias a las cobranzas recibidas de parte de los editores²⁰ así como la red de intercambio de contactos con éstos y con directores de revistas, en la que Ugarte oficia muchas veces de nexo²¹. Pero además, todos asignan a la cobranza de honorarios por sus escritos un valor simbólico de consagración a la vez que, sin sentimiento de ambigüedad, afirman su

de correo) no tenía escritas las páginas que él llamaba alimenticias, porque con ellas debía pagar el alquiler y otras urgencias de la casa. Así se comprende que, para impedir la catástrofe, algunos de los artículos que aparecieron por aquel tiempo con su nombre al pie, fuesen escritos por Eduardo Carrasquilla Mallarino, por Amado Nervo, por tantos otros... / El lo decía sin ambages... / Me pagan lo que no sé hacer, o lo que hago, a regañadientes; pero por los versos, en cambio, que son buenos, no me dan un centavo..." (Ugarte, *Escritores iberoamericanos...*159). En lo que subrayamos puede leerse además el carácter nuevo que adquirió la relación entre prensa y literatura en el entresiglos (Cf. Ramos).

¹⁹ En términos generales, puede decirse que Ugarte no necesitó publicar artículos diariamente (como era el caso de Darío en *La Nación*). En los años en que más artículos publicó, sin contar los libros, puede estimarse que publicó un promedio de cinco artículos por mes.

²⁰ El editor madrileño Martínez Sierra le ofrece en una carta dos tipos de contratos de edición, indicando los pagos (AGN A. Ugarte, T I f. 56); Zamacois, editor de *El cuento semanal*, le envía dos detalles de la liquidación por "La sombra de la madre" (1908 - AGN A. Ugarte, T I f. 91); En *Escritores iberoamericanos...*(42-43) recuerda Ugarte que se reían con Darío, Nervo y Gómez Carrillo de la avaricia de Garnier, así como el pago de dicho editor, de 600 Francos por su primer libro, *Paisajes parisienses*; consigna los 200 Francos que le pagó el director de la *Revue mondiale*, Jean Finot, por los artículos que publicaría luego en *El porvenir de la América latina* y en *El destino de un continente*.

²¹ Por ejemplo, el venezolano Blanco Bombona le pide desde Ámsterdam que interceda ante Garnier en estos términos: "le voy a pedir a usted un servicio. Sé la importancia que tiene para la casa Garnier tanto las obras de usted como usted mismo. Así, pues, ¿querría usted proponerles un volumen mío para este invierno, en las mismas condiciones que la casa Garnier toma los de usted? Puedo ofrecerles: 1º Un volumen de versos en español y en francés (...)/ 2º Un volumen de crítica de autores y libros de Hispano-América./ 3º Un volumen, entreverado, de críticas o impresiones de autores americanos y europeos./ 4º Un libro de notículas: impresiones de viaje, de vida, lecturas, etc." (AGN, A. Ugarte, T. II, fs. 43-44). En una carta de 1910, Juan José Soiza Reilly le pregunta a Ugarte si recuerda el pago que él mismo recibió de parte de Sempere por su último libro publicado en esa editorial, de lo que puede inferirse que Ugarte medió en el asunto, más si tenemos en cuenta que Ugarte llevaba varios títulos editados por Sempere. En otra carta de Sempere a Ugarte (AGN, Archivo Ugarte, T. II, f.168) figura su ofrecimiento de pago tras un pedido de presupuesto del escritor para su próximo libro (500 pesetas de derechos por mil ejemplares a 1 peseta cada uno).

desinterés, como puede leerse en la mirada retrospectiva que vuelca Ugarte al recordar, casi cuatro décadas después, su estancia madrileña:

Con ser ardua la conquista del duro esquivo, no intervenía el dinero en las cosas espirituales. Las musas no admitían soborno. Si alguien publicaba un libro por su cuenta, quedaba descalificado. No cobrar en los diarios las colaboraciones era pasar por esquirol. Había que entrar a la literatura con todas las de la ley, por la puerta grande, con la colaboración de los editores consagrados, percibiendo un tanto por ciento o vendiendo en firme las obras. Tendencia sana y encomiable que cerraba las puertas al diletantismo y afianzaba la responsabilidad profesional, al margen de tanta tramoya como hemos visto después.²²

Dedicaremos este capítulo a las primeras crónicas que Manuel Ugarte va escribiendo desde París y que compila en 1902 para Garnier, con el título de *Crónicas del bulevar*. Este libro sella precisamente el momento en que Ugarte desdobra su actividad, al sumar a su vocación literaria la escritura periodística, lo que será clave en su trayectoria pues traduce, como veremos, un intento de articular sus adhesiones socialistas con la actividad literaria. En un primer momento, entonces, analizaremos la articulación entre cultura y política que, significativamente, organiza la estructura del libro que las recopila, en 1902, para analizar los dispositivos propios de su escritura periodística. En un segundo momento, abordaremos la recepción que hace Ugarte de una crónica de Jaurès sobre “El arte y el socialismo” pues resulta clave para comprender no sólo el acercamiento a las doctrinas socialistas, sino el modo en que comienzan a gravitar en su pensamiento, las teorías científicas aplicadas a la sociología. Otra de las intervenciones que estas crónicas inauguran radica en el llamamiento a la juventud como fuerza política del futuro, cuyas implicancias analizamos en el marco del discurso arielista. Finalmente, analizaremos las crónicas dedicadas a diversas manifestaciones culturales, en las que podrán verse las primeras formulaciones de Ugarte en torno a la necesidad de un “arte nacional” que incluya una concepción moderna del arte. Asimismo, veremos que los criterios esgrimidos para evaluar las obras teatrales parisinas son divergentes respecto de los anteriores.

²² Ugarte, *Escritores iberoamericanos...* 55.

1. 1. Cultura y política en *Crónicas del bulevar*

En 1902, Manuel Ugarte publica en París, ciudad en la que vive desde 1897, una serie de crónicas sobre muy variados aspectos de la vida cultural, política y social de la capital francesa.²³ Dichos escritos ya habían aparecido, en su gran mayoría, en los periódicos porteños *El Tiempo* y *El País*, en *El Heraldo* de Madrid y *Le Journal* de París. Las veintiocho crónicas reunidas en el libro fueron escritas entre 1900 y 1901, al calor de los grandes acontecimientos (el caso Dreyfus, la Ley de Asociaciones de 1901, las guerras de independencia de los países de dominación inglesa, entre otras) y de las noticias efímeras.

El ordenamiento de los artículos que componen *Crónicas del bulevar* no responde a un criterio cronológico basado en la fecha de aparición en los periódicos sino de alternancia de tres líneas diferentes, dibujando un vaivén que tiende a reproducir la dinámica del propio cronista. Estas pueden sintetizarse en cuestiones de cultura y política por un lado; asuntos políticos, por el otro y finalmente, vida artística y cultural en la capital francesa. Así, son reveladoras del grado en que se amplía el arco de inquietudes de Ugarte, al tiempo que permiten reconocer sus primeras tomas de posición, sea en cuestiones estéticas, sea en política. En varias crónicas reflexiona incluso sobre el género cronístico vinculándolo con las condiciones de su enunciación: su propio estatuto, los usos en el discurso periodístico contemporáneo, así como los efectos de las intervenciones de los cronistas sobre el campo político francés de fines del s. XIX.

En todas se reconocen sin embargo, los rasgos enunciativos y discursivos del género finisecular de la crónica: la apelación directa o indirecta al lector, el tono ligero, la construcción del yo que combina la intimidad del observador con la figura del testigo y el cazador de datos de primera mano, obtenidos en la calle o en los círculos literarios, artísticos o mundanos. No falta tampoco la mirada distanciada, moralizante en unos casos, irónica en otros. En este sentido, muchas enfocan críticamente algún aspecto de la vida moderna, y aportan datos que en cierto modo revelan el impacto que pudo tener en

²³ Manuel Ugarte, *Crónicas del bulevar*. París: Garnier Hermanos, 1902 (320 p.), Prólogo de Rubén Darío. En adelante, todas las citas corresponden a esta edición.

Ugarte la experiencia de su migración a la gran capital europea. Incluyen asimismo un esbozo de muchas inquietudes que lo ocuparán durante la primera década del nuevo siglo y más allá también. En efecto, las crónicas ensayan, fieles a la tendencia del género en el fin de siglo, reflexiones en torno a la cultura y la política y entrecruzan esos dominios proponiendo una concepción que se quiere renovada del arte y que pretende articular vanguardia política con producción artística.

Es en este sentido que las crónicas de Ugarte se acercan a las de Gutiérrez Nájera, Martí, Darío o Gómez Carrillo, en tanto proponen una reflexión sobre el progreso y sus efectos sobre lo social, a la vez que se convierten en lo que Aníbal González ha caracterizado como laboratorios de estilos e ideas.²⁴ Intentaremos aquí definir el modo en que se da esa tendencia del modernismo hispanoamericano en el escritor argentino.

Varias marcas que iremos analizando permiten inferir que el cronista escribe para un lector extranjero y alejado de París. Sin embargo, no transmite a aquél una visión sublimada de la vida parisina, sino que construye un diálogo implícito donde el yo se presenta como un observador periférico y universal a la vez, en tanto aborda cuestiones o señala aspectos que interesan al cronista por la condición de sudamericano, que comparte además con el destinatario, sin dejar de referirse a la cultura y la política francesas. De hecho, se dedica a sistematizar sus tendencias y en particular a detenerse en el carácter moderno de las tendencias mismas, de lo que se desprende casi un dominio específico del juicio intelectual sobre éstas, sea cual sea el país de origen del cronista. Ugarte observa todo con el ojo conocedor de quien está inmerso en los debates políticos, sociológicos, filosóficos y que por eso mismo toma partido.

Así, veremos que Ugarte ofrece el examen del caso Dreyfus en pleno período del conflicto, que sistematiza con agudeza muchas encrucijadas del *Affaire* y tiene además el valor de haber sido uno de los primeros testimonios argentinos sobre ese escándalo político-militar que funcionó como aglutinador de otros enfrentamientos políticos e intelectuales entre escritores y pensadores franceses de la época. En éste y en otros aspectos, Ugarte no mira la vida

²⁴ González, Aníbal, "Modernist prose", p. 73. En González Echevarría, Roberto and Pupo-Walter, Enrique (Ed.), *Cambridge History of Latin American literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, Tome 2. Ver también Rama (1995).

parisina con incrédula fascinación sino que somete los datos a juicio, transmitiendo una evaluación de su experiencia. Algo de esa impresión tendría en mente Darío quien, ya en las primeras líneas del prólogo a las *Crónicas*, califica de “modesto” el título elegido por su autor, sugiriendo que el libro supera la crónica pasajera y el *mero* periodismo.²⁵ Hace posible la perspectiva que describimos en Ugarte, el tipo de experiencia implicada en estos viajes, que Beatriz Colombi (175-176) ha definido en términos de reconquista del espacio europeo y de formación letrada, en *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880 – 1915)*.

Las fechas de muchas crónicas coinciden con la estadía de Rubén Darío en París en ocasión de la tercera Exposición Universal organizada en la *Ciudad-Luz* entre el 14 de abril y el 12 de noviembre de 1900,²⁶ evento que será objeto de numerosos escritos por parte de los intelectuales viajeros latinoamericanos. Ugarte no es la excepción aunque se lee en su perspectiva un intento por tratar dicho acontecimiento desde una posición de habitante parisino más permanente, conocedor del día a día de la ciudad²⁷ y capaz de mantenerse al margen del evento, viéndolo como se mira el escaparate de un comercio a través de una vidriera o más aún, como se mira un espectáculo vivo intentando someterlo al estudio sociológico.²⁸

²⁵ “Crónicas del bulevar, título modesto para un volumen en que hay muchas sanas ideas, serias observaciones y hermosas páginas. Es una labor de periodista, pero no os extrañéis si encontráis a veces al filósofo en el corresponsal, y en el reporter al poeta” (I).

²⁶ El tema de esta IIIª exposición fue el “Balance de un siglo”, se ubicó al oeste de la ciudad, en el *Champ de Mars* y fue muy promovida oficialmente por el gobierno republicano cuyo gabinete ministerial conducía Waldeck-Rousseau. Su “ministerio de defensa republicana” gobernó entre junio de 1899 y 1902, y recibió el apoyo de los bloques parlamentarios de la izquierda (Radicales y Partido Socialista) y de los republicanos moderados. En enero 1905 el Partido Socialista se aleja de la coalición, luego del Congreso Internacional Socialista de Amsterdam (agosto de 1904).

²⁷ Esto puede verse en la crónica titulada “Parisienses y extranjeros” (229) donde critica el juicio ligero del extranjero visitante de la Exposición que sólo “ha recorrido dos veces el bulevar”. El cronista opone la “vida de labor” del parisino a la “vida inútil” de los “ociosos” que pasean por la el predio de la Exposición durante la cual “Las Universidades siguen funcionando, las sociedades científicas no cesan de estudiar y resolver problemas vitales, las bibliotecas están abiertas, las revistas discuten asuntos de arte, en los ministerios se trabaja como siempre, la Sorbona no cesa sus conferencias, los obreros madrugan como de costumbre...” (231).

²⁸ Así se entiende que el cronista se detenga en la descripción del predio de la exposición o en el aspecto de feria popular que ésta adquiere pues busca interpretar el fenómeno de la exposición, su concurrencia masiva, más allá del proyecto estatal de celebración de un supuesto encuentro entre naciones, basado en el discurso de la unión y la paz garantizadas por la dinámica del progreso.

En un primer momento, intentaremos demostrar que en la mayoría de las crónicas, Ugarte pone en contacto la cultura y la política acercando elementos de cada una de ellas y contraponiendo otros, mediante la figura de la antítesis que predomina en la articulación de su discurso. Además, reflexiona sobre su posición de cronista, y puede verse que va atenuando su toma de posición política mientras que en lo literario postula un arte nuevo dado por el reencuentro entre lo social y el mundo del arte, ideas en que resuena la conferencia de Jean Jaurès “L’art et le socialisme”.²⁹ De este modo podremos además, registrar los primeros acercamientos de Ugarte a los debates del socialismo europeo.

Esto nos llevará al segundo momento de nuestro desarrollo, en que nos ocuparemos de las crónicas más políticas del libro, para analizar en particular las formulaciones ugarteanas sobre la juventud³⁰ y sobre el latinismo y las razas que comienzan a gravitar en sus enfoques críticos, con algunos sentidos desplazados en función del credo socialista del autor. Indagaremos además sus reflexiones referidas a los aspectos de la vida moderna que incluyen un estudio “sociológico” en clave positivista, así como una descripción de la política francesa que alude indirectamente a los debates del socialismo francés en torno al rol de los intelectuales luego del caso Dreyfus.

Finalmente, nos ocupamos de las crónicas que incumben exclusivamente a cuestiones literarias y culturales: por un lado, el rechazo del decadentismo, y por otro, la postulación de un relativismo artístico, en el que intervienen lógicas heterónomas y estéticas a la vez. En efecto, dicho relativismo artístico puede leerse tanto como una forma encubierta de profesar la ética socialista de la igualdad cuanto como internalización de la lógica de lo nuevo. Este principio fundante de las concepciones modernas de la literatura, constituye el eje de las indagaciones de Ugarte en materia artística³¹.

²⁹ La primera conferencia tuvo bastante difusión en los círculos intelectuales y artísticos *dreyfusards* y socialistas. Fue pronunciada en París (en la sala de la Porte Saint Martin) el 13 de abril de 1900 y presidida por Anatole France. En mayo del mismo año apareció en 2 revistas socialistas, *Le mouvement socialiste* y *La revue socialiste*. En 1901, la revista socialista madrileña *Nueva era* la publicó en español.

³⁰ Analizaremos “La juventud francesa” (49 – 67) y la crónica siguiente, “La juventud sud-americana” (69 – 86).

³¹ Al respecto, ver Pierre Bourdieu (*Les règles...*) y Pascale Casanova (*La république mondiale des Lettres*. Paris: Seuil, 1999).

Los textos seleccionados para la serie de crónicas que permiten leer la articulación entre cultura y política son “La difamación” (1-14), “La crónica en Francia” (15-26), “El arte nuevo y el socialismo” (97-104) y “El salón de 1901” (167-186).

En la primera, el autor comienza interrogándose, al mejor estilo modernista, sobre la difamación, a la que interpreta como fenómeno ligado a la vida moderna y en particular, al modelo de prensa reciente y que caracteriza como un recurso retórico frecuente en la crónica periodística parisina. Se refiere sin duda al proceso de modernización de los medios públicos, iniciado a fines de la década de 1830 y caracterizado por la incorporación de estrategias que apuntaban a racionalizar la actividad económica del sector, tales como la captación del público, la publicidad, el aumento del número de tiradas y el ingreso de nuevas camadas de individuos capaces de ejercer actividades intelectuales.³² Una vez que ha trazado ese marco de reflexión generalizadora sobre el fenómeno difamatorio, el cronista se lanza a la defensa de Zola ante las calumnias que circularon en su contra, en relación con el caso Dreyfus.

La crítica a uno de los recursos retóricos del periodismo pone en evidencia aquella relación distanciada que los escritores establecían con las formas mercantiles de la escritura pública. Por eso el marco narrativo elegido por el cronista para escribir su artículo tiene como personaje a “uno de esos círculos de periodistas donde se elabora la reputación y la actualidad del día siguiente”, y su objeto de debate es un dilema ético, una interrogación sobre los límites (“Se debatía una vez más la vieja cuestión de saber hasta qué punto es admisible la calumnia, como arma de combate”)³³. Ugarte muestra la antesala del medio, cumpliendo así con el requisito de la información novedosa

³² Véase al respecto Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: FCE, 1989) y Marc Martin (“Les journalistes, un nouveau milieu professionnel”. Rebérioux, Madeleine, Candar, Gilles. *Jaurès et les intellectuels*. Paris: Les éditions de l’atelier, 1984). Estos nuevos sujetos provenían de las capas medias y populares que habían sido beneficiadas por las políticas de educación laica y gratuita, y de promoción de nuevas capas sociales medias. En Francia, la ampliación de los profesionales fue muy acelerada entre 1885 y 1910, durante los gobiernos republicanos. El autor señala que la cantidad de periodistas parisinos pasó de 1000 en 1885 a 2800 en 1900, es decir que su incremento fue del 70%. Martin afirma que “el período [la *IIIe République*] abrió las puertas a los recién llegados, de categorías sociales más modestas [que la aristocracia y la burguesía tradicional de notables o la financiera]. “Se observa –dice el autor– una indiscutible democratización de la profesión, pero que tampoco alcanza a las clases más humildes” (43).

³³ Ugarte, Manuel, *Crónicas...1*.

revelada a los lectores.³⁴ Además, pone en escena su propia imagen de cronista conectado con dicho medio y con fuentes directas y exclusivas.

Al ubicar en el centro de su escrito un debate informal sobre la calumnia como retórica y práctica del discurso periodístico, reflexiona sobre la naturaleza de la mediación que ofrecía la prensa, interrogando así un aspecto de la modernidad. En efecto, mientras menciona las soluciones imaginadas alrededor de la mesa del café, saca conclusiones relativas a la complejidad del problema y su difícil solución. Para descartar una de las soluciones sugeridas por “un neófito”, la de penalizar el recurso difamatorio, Ugarte explica la inocuidad de éste proponiendo una evaluación de la vida moderna:

Los grandes gestos [castigar la calumnia con penas duras] sólo fueron posibles en la Roma antigua, cuando se contaban los años por medio de clavos fijados en las paredes del Capitolio. La vida de hoy es tan complicada y tan llena de vericuetos, que sería inocente pretender arrancar de raíz determinadas formas y costumbres, que forman parte integrante de nuestra civilización.³⁵

Resulta significativo que el primer artículo de las *Crónicas del bulevar*, esté dedicado a caracterizar la figura retórica de la calumnia y a tipificarla como una forma de la oratoria moderna, describiéndola de un modo muy general y examinando con detenimiento sus mecanismos, su sentido y sus efectos. El cronista refiere las intervenciones de los periodistas incluyendo un comentario sobre cada uno de ellos, comentario que traduce cierta reivindicación de sinceridad, opuesta a la máscara, o al artificio de los juegos de lenguaje del periodismo cultural moderno, según su visión.³⁶ En efecto, fundada en una ética, la crónica propone, por un lado, la desarticulación de ese recurso al que todos parecen haberse habituado: se infiere que la crónica ideal sería aquella capaz de enfrentarse a los hechos, de enderezar los “errores de la vida”, de sanar la difamación que todos consideran como una “enfermedad

³⁴ El énfasis puesto en el valor de la actualidad de la noticia, propio de la lógica del campo periodístico, aparece en otras crónicas. Así, por ejemplo, al referirse a un reciente Congreso de la Juventud desarrollado en París Ugarte atribuye uno de sus intereses al hecho de que “todo cuanto se relaciona con este asunto sea de una actualidad palpitante” (Ugarte *Crónicas...* 50).

³⁵ Ib. 2.

³⁶ Así evalúa el cronista la perspectiva de los periodistas presentes en la tertulia: “Se podía decir que todos se hallaban vacunados de uno ú otro modo, con dolor o sin él, agresiva o amistosamente. Porque es necesario recordar que la difamación no reviste siempre la forma rudimentaria de una acusación antojadiza. El progreso la ha perfeccionado, hasta hacerla fina y sutil, como un epigrama de corte” (Ib. 2).

incurable, arraigada en las costumbres³⁷. Ugarte opone a esta mirada, definida con los tópicos organicistas de rigor (“debilidad o inmunidad”),³⁸ un optimismo de la intervención dispuesto a combatir la resignación ante lo que llama, como vimos, los “errores de la vida”.

Por otro lado, ese intento de análisis sociológico en torno a la tendencia discursiva de la crónica parisina tiene un segundo objeto más interesado, cual es la crítica a la campaña difamatoria en contra de Emile Zola en su carácter de líder del movimiento *dreyfusard*. Conviene tener en cuenta la estrategia del cronista que, para abordar un tema político comienza poniendo en cuestión las estrategias retóricas que sustentan dicho género, gracias a la distancia que le permite el análisis de la tendencia a la difamación propia del discurso periodístico parisino.

Esta perspectiva revela un gesto típico de la intervención de Ugarte, que reviste cierta tendencia universalista y de generalización o abstracción sobre los fenómenos de la vida social.³⁹ De este modo, mientras informa sobre los pormenores de las sospechas de que Zola estuviera pagado por el emperador alemán, no deja de tipificar el recurso difamatorio, ni de dibujar un horizonte utópico, rasgo frecuente en la retórica socialista finisecular. El tono general oscila entre la gravedad, análoga a la mencionada moralidad del discurso ugarteano, y la ironía, que adopta la forma del *persiflage*, ese recurso irónico que consiste en adoptar el mismo discurso de aquel que se quiere ridiculizar. El cronista lo usa mediante una primera persona del plural de la que se aleja el resto de la textualidad inmediatamente anterior y posterior. El compás entre un tono y el otro aparece por momentos de manera contigua, como en este fragmento:

³⁷ Ib. 2-3.

³⁸ La impugnación de esa conducta se hace evidente en el uso frecuente de adverbios o adjetivos que implican toda una axiología. Por ejemplo: “Sólo hablaban [los periodistas reunidos] de la mejor manera de neutralizar [la calumnia] en ciertos casos” (3). El uso del adverbio restrictivo “sólo” permite inferir que, además de la condena a la familiarización respecto de ciertas prácticas retóricas que abundaban en el periodismo contemporáneo, el cronista confía en una posibilidad ideal y más cabal de remedio o de combate.

³⁹ Leemos definiciones generales de este tipo: “La difamación va siempre proporcionada al mérito...” (Ib.4) o también: “Pero no deja de ser lamentable que el orgullo aturda a ciertos temperamentos, y provoque en ellos esa precipitación de juicio, que es la denuncia de una organización cerebral muy imperfecta. Por otra parte, es muy humano” (4); “Algunos sostienen que la pasión política no basta para dar nacimiento á la especie calumniosa, y que es necesario un poco de malevolencia” (4).

Las existencias están edificadas sobre un sentimiento egoísta que es algo así como el patriotismo del individuo. *Creemos que toda vida que se engrandece más de lo reglamentario, es una invasión exterior que nos amenaza.* Y como estamos acostumbrados á (sic.) *admitir que todas las armas son buenas contra el extranjero,* no es extraño que muchos acudan a la calumnia. *Nada más lógico.* El error proviene de la falsa concepción de las cosas y del atavismo animal que nos lleva a limitar nuestro cuidado á nosotros mismos ó á las gentes que nos rodean. *Suponemos que todo lo que favorece á los demás, nos hace daño. Y no concebimos que la felicidad puede ser universal*".⁴⁰

Una vez que ha examinado las características de la "especie calumniosa" y en particular los ataques contra el dreyfusismo de Zola, Ugarte hace un inventario de las víctimas de la difamación y aunque no lo explicita, todas conciernen al caso Dreyfus. Dicho inventario tiene por efecto una elevación de la figura de Zola. Ahora bien, resulta interesante detenerse un momento en esa descripción comparativa del impacto de la calumnia sobre otros políticos e intelectuales *dreyfusards* y sobre el novelista que se había implicado en la arena pública invocando los valores de justicia y verdad en defensa del capitán Dreyfus, falsamente acusado de colaboración con Alemania.⁴¹ La particularidad de la comparación es que mientras se construye en base a un lenguaje organicista, incluye a la vez una tipificación, tributaria de la tradición clásica, del hombre como combinación armoniosa de cuerpo vital, robusto, y de mente *clara*:

Zola es un hombre de mármol, sólido como un picapedrero, de cuello de toro y brazos duros, de inteligencia maciza y voluntad de conquistador; pero toda la energía y el empuje de un atleta no bastan para sobrellevar el azote de una difamación sistemática.⁴²

⁴⁰ Ib.4-5. La cursiva es nuestra y subraya las zonas de distanciamiento irónico en el discurso.

⁴¹ El juicio oral contra Dreyfus tuvo lugar entre el 7 de agosto y el 9 de septiembre de 1899. Dreyfus fue condenado e indultado en septiembre de 1899. En octubre de 1894 había sido arrestado y luego condenado por el Consejo de Guerra. Recién será reconocido inocente y reincorporado al ejército francés en 1906. El "J'accuse" de Zola destinado al Presidente de dicho Consejo se publicó en enero de 1898 y dio lugar a la conocida división político-ideológica de la sociedad francesa, culminando en un juicio ante la justicia ordinaria. Para un análisis de Zola y la invención de la figura del intelectual público, y de las implicancias del caso en el campo literario y político, ver Christophe Charle (*Naissance des intellectuels*. Paris: Seuil, 1990), Pierre Bourdieu (*Les règles...*) y Christophe Prochasson (*Les intellectuels, le socialisme et la guerre*. Paris: Seuil, 1993).

⁴² Ugarte, *Crónicas...* 8.

Unas páginas más adelante, Ugarte vuelve a detenerse en la figura del novelista para señalar su capacidad de indiferencia ante el ataque. Desmiente la calumnia acerca de la enfermedad del escritor y la prueba que aporta pone una vez más de relieve su relación directa con la información (en este caso, le consta que Zola pasea diariamente en bicicleta por el bosque de Verrières). Se va construyendo una imagen del novelista francés en tanto prohombre, cuyos rasgos pueden anunciar al hombre del siglo XX, época que en el pensamiento de Ugarte constituye un tiempo ideal en el que se realizará el progreso definitivo y conformará un mundo definido por ideas de igualdad, de imposición de lo colectivo por sobre el individuo, y de justicia. Así se entiende que en la defensa mencione a Zola como el “primer novelista de estos tiempos”⁴³, y que defina su resistencia a la difamación con tópicos vitalistas que lo elevan hacia una dimensión ideal:

La defensa de Zola consiste en *trabajar y respirar aire puro*. La malevolencia puede herirle impunemente (...). Si el cielo está azul, si el campo está verde, y si las casas ríen con su techo de baldosas rojas, no hay razón para que detengamos la mirada en el pantano. Contra todo lo defectuoso, la vida ofrece el contraveneno de sus cabrilleos de sol.⁴⁴

Ugarte induce al lector a concluir sobre la inocuidad de la tendencia periodística a la calumnia cuando ésta se enfrenta a una fuerza superior a ella, la que aparece definida con las nociones de “vida”, “energía”, acción, “trabajo”, “gesto” que se contraponen a la mera “palabra”, y pureza, opuesta a encierro o atmósfera viciada, o a la degeneración. Puede reconocerse claramente en dichas nociones, los modos de un discurso signado por la confianza en que el sentido de la Historia está orientado hacia una armonía entre verdad y palabra (cuyos contrarios son, en el mundo imaginado por Ugarte, la mentira, el interés, el individualismo modernos).

Pero hay en el fragmento citado un detalle que dice mucho sobre la representación del mundo moderno a través de la descripción del espacio: cuando evoca la excursión diaria del Zola ciclista por los “camino anchos”, el cronista se detiene en los elementos de un paisaje natural semiurbano que irrumpen ante los ojos del paseante. Es como si para reforzar la figuración

⁴³ Ib.12.

⁴⁴ Ib.12 –el subrayado es nuestro.

vitalista de Zola, tuviera que insertarlo en un paisaje natural y armonioso, ajeno a lo urbano. Sin embargo, ese contacto con la naturaleza aparece, por la presencia de ciertos signos urbanos, como indisociable de la ciudad. Esto se ve reforzado por la actividad del ciclista, que confiere un halo de higienismo al escritor, descrito como “hombre de lucha”, víctima de la difamación de la metrópolis devoradora. Pero mientras Zola ha podido resistir esos embates, hay otras “almas buenas que no están blindadas para los grandes combates”, que “se vieron amenazad[a]s y vejad[a]s en su reputación y en su familia, se dieron a la melancolía de lamentar su suerte, y sucumbieron”.⁴⁵

Si volvemos al párrafo que citamos, puede decirse que frente a semejante desfile de *ensueño*, la crónica parece cerrarse de manera optimista: la difamación tiene vida corta. Sin embargo, como en otros casos, el cronista se reserva una última mirada ambigua respecto de lo que aparecía como decisivo, mirada que está sin duda ligada a la sensibilidad modernista. En efecto, en las líneas finales, la certeza se opaca por la aparición acechante de un fenómeno físico (el eco) que combina metafóricamente naturaleza y mundo urbano, al que se suma la biblioteca simbolista (en la referencia a Régnier),⁴⁶ un recurso propio de la imaginación modernista:

Y cuando algún austero declama contra la calumnia, siempre hay un eco de la ciudad que le contesta con los versos de Régnier:

Tous les hommes sont fous et qui n'en veut point voir
Doit rester dans sa chambre...et casser son miroir.⁴⁷

El cierre vuelve a poner en primer plano un dilema que parece esencial, pautado ante todo por locuciones de oposición (Y cuando.../ siempre hay...) y por el contraste que se lee en los versos franceses entre “todos los hombres” y uno solo, aislado de la vía pública y autocontemplativo. Se trata del dilema antes enunciado entre la confianza en el porvenir trazado por la evolución como la gran ordenadora de las cosas que se nos ofrecen a veces confusas u opacas a la vista, y por otro lado, cierta tendencia hacia el conformismo y la inacción, una actitud resignada que prefiere contemplar esa complejidad

⁴⁵ No podemos dejar de leer aquí una reformulación del principio darwinista de la supervivencia de las especies.

⁴⁶ Henri de Régnier (1864-1936) perteneció primero a la escuela simbolista y fue evolucionando, desde 1897, hacia una escritura más clásica que culminó con su ingreso a la Academia Francesa en 1911.

⁴⁷ Ib.13.

(donde un sujeto “austero” es puesto en contraste con el colectivo “ciudad”, marcado entonces por lo complejo o lo sofisticado). El cronista lo comparte, si tenemos en cuenta, como última prueba, que elige esta visión para cerrar la crónica, cediendo a los versos de Régnier la última palabra.

Quisiéramos destacar el sentido de la intervención de Ugarte quien para defender a Zola, se vale del marco de un examen *sociológico* de la práctica difamatoria en el discurso periodístico. Por un lado, percibe con claridad el peso de la batalla de la prensa o la polémica periodística en la forma que adquirió el caso, una cuestión que la historiografía francesa de fines del siglo XX ha señalado como decisiva.⁴⁸ Por otro lado, pueden verse aquí las primeras incursiones del cronista en cuestiones extraliterarias. En efecto, Ugarte interviene así, indirectamente, en el apoyo a la figura de Zola, en pleno caso Dreyfus. En este sentido, la crónica que se sitúa, sintomáticamente, en el comienzo del libro, adelanta una operación argumentativa que será recurrente en otras crónicas: la mediación de una palabra especializada para tratar cuestiones candentes de la política. En esta crónica, entonces, la defensa de Zola no ocupa, tal como lo adelantamos, el centro de la argumentación desde el primer momento, sino que está enmarcada por el *estudio* de la retórica difamatoria, como si se quisiera dosificar el abordaje del debate político, en este caso, el de la intervención de Zola a favor del capitán Dreyfus. Se trata de una estrategia de infiltración progresiva de la filosofía humanista y socialista del autor, que evita una formulación frontal. Para eso, somete el análisis de la moda difamatoria de la crónica, a un tratamiento abstracto y racional, que reviste un sentido de verdad universal. En cuanto a la defensa de la intervención de Zola, el cronista la hace en nombre de la justicia y denunciando el antisemitismo belicista de las fuerzas armadas.

La misma estrategia de exhibición de un saber especializado que revela, como dijimos, la incursión ugarteana en cuestiones que preocupaban a la sociología positivista de la época, reaparece en la segunda crónica del libro titulada “La crónica en Francia”. Ya en el título puede verse que se trata nuevamente de una reflexión general sobre este género, visto como ejemplar que permite examinar y definir la cultura moderna. Así, la “aparente frivolidad”

⁴⁸ Georges Clemenceau, entonces director y periodista de l'*Aurore* fue quien dio al caso la forma de una batalla periodística (Martin; Prochasson).

de su forma se ve explicada por el carácter dinámico y cambiante de la vida parisina, suerte de quintaesencia de lo moderno:

Esa tromba indefinible que se llama vida parisiense, no da nunca lugar para analizar un matiz o un hecho. Es necesario anotar con rapidez el perfil fugaz, y pasar a otro, porque la existencia es tan vertiginosa, que detenerse un instante es quedar rezagado.⁴⁹

Vemos que la ciudad determina entonces, en esta visión, no sólo la forma de la crónica, sino la del periódico, al punto de que aparecen contrapuestos los rasgos de la primera con otro modelo de conocimiento, el científico, basado en la lentitud del examen detenido e inevitablemente ausente de la institución periodística. Al igual que en la crónica analizada anteriormente, esta contraposición es evaluada de manera ambigua por Ugarte que se ve seducido por el dinamismo y la sofisticación del discurso de los cronistas que opone a los “hombres graves y estudiosos”.⁵⁰ El analista percibe aquí con nitidez el vínculo de determinación entre la modernización de las sociedades occidentales concebidas como producto del desarrollo industrial durante el último tercio del siglo XIX, y la prensa, que poco a poco se iba convirtiendo en un medio masivo de comunicación.⁵¹ Su perspectiva confirma además aquello que Ramos caracterizó como uno de los rasgos de la crónica finisecular, a saber el carácter heterogéneo del género y la condición fragmentaria de la vida social moderna, materializada en la forma del periódico.⁵²

⁴⁹ Ib. 15. En un procedimiento literario propio de la crónica, como es la personificación de fenómenos o ideas, la ciudad es la protagonista de los hechos, y se asocia metonímicamente al público que “nervioso y vibrante, no tiene tiempo para escuchar [a los hombres graves y estudiosos]” (16). Más adelante, el cronista comenta: “La ciudad adora las situaciones nuevas y las frases espirituales, los atrevimientos y los equívocos, el *calembour* y la anécdota. ¿Cómo encadenar *su* atención a un asunto...?” (17, la cursiva es nuestra).

⁵⁰ Hombres “que se acantonan en la serenidad y tratan de extraer la savia de los sucesos con una *laboriosidad meritoria*; pero *su prolijidad* los destierra de las columnas de los periódicos y, si asoman en ellos alguna vez, *hacen el efecto de viejos obstinados y monomaniacos* (...) y *sus sabias disertaciones* son leídas por los ermitaños de biblioteca, los enfermos de reumatismo, ó las solteras sin esperanza. La efervescencia de la ciudad pasa de una novedad a otra, sin detenerse en ninguna” (p. 17, la cursiva es nuestra).

⁵¹ Cfr. Hobsbawm, *La era del imperio...* 61; 247; Charle, *Paris fin de siècle* 68-72; Williams, *El campo y la ciudad*: 252-261; Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto. *Buenos Aires, Historia de cuatro siglos*, tomo 2, Buenos Aires: Altamira, 2000 [2da. ed.]: 297.

⁵² “El periódico moderno, como ningún otro espacio discursivo en el siglo XIX, cristaliza la temporalidad y la especialidad *segmentadas* distintivas de la modernidad. El periódico moderno materializa -y fomenta- la disolución del código y la explosión de los sistemas estables de representación. El periódico no sólo erige lo *nuevo* -lo otro de la temporalidad tradicional- como principio de organización de sus objetos, tanto publicitarios como

Además de describir la crónica como producto del “torbellino” urbano, Ugarte establece un contrapunto entre el modelo de conocimiento legítimo para él, esto es la discursividad científica de raíz positivista, y lo poético como modo de percepción de las cosas (donde el “alma de artista” está asociada, en su discurso, al artificio y a la ocurrencia). No sólo eso, sino que recurre a un tópico periodístico finisecular, haciendo corresponder dicha oposición de tipo epistemológico, digamos, con la tensión entre la cultura *anglo-sajona* y *latina*. Aplicado a las formas de la crónica en la prensa, de un lado estaría, entonces, la observación, el dato estadístico y su finalidad pedagógica, y del otro, cierta inconstancia y superficialidad que ocultan, según Ugarte, la ignorancia detrás de una máscara artística. Entonces, aunque el cronista no dude de la necesidad de construir un conocimiento positivo sobre el mundo, o sea, en este caso, de la necesidad de informar, al mismo tiempo, parece rendirse ante los desbordes del progreso, asociado a los orígenes de una vida urbana tan dinámica como inaccesible para la razón. De alguna manera, estamos ante una argumentación circular pero muy perceptiva de uno de los sentidos que circulaban sobre el mundo moderno, a saber el del progreso como “sentido positivo del tiempo”⁵³: en esta crónica, el progreso proyecta un mundo dominado por la razón que se refleja en el acercamiento a los hechos propio del periodismo anglosajón, pero la complejidad de la experiencia que emerge de la vida urbana impediría un conocimiento detenido y ordenado de las cosas, para lo cual el modelo de conocimiento que provee el discurso artístico aplicado al periodismo aparece como el único que permite dar cuenta de las noticias múltiples y vertiginosas:

En París no hay una novedad cada veinticuatro horas, sino veinticuatro novedades por hora. Si la prensa prestase a todos los asuntos la misma atención que se les acuerda en los Estados Unidos, no bastarían las treinta y ocho páginas del *New York Herald* para registrarlos. Pero los diarios son aquí más escépticos, y persisten en su concepción del periodismo literario y elegante, negándose a transformarse según las exigencias modernas. Prefieren el *mot d'esprit* al dato estadístico. Y las dos maneras de comprender la misión del diario son igualmente plausibles. Se podría decir que una es más sólida y otra más bella; que una es más útil y otra más agradable; que una es más

informativos; también *deslocaliza* –incluso en su disposición gráfica del material- el proceso comunicativo” (Ramos *Desencuentros...* 123).

⁵³ Compagnon, A. *Les cinq paradoxes de la modernité*. Paris : Seuil, 1990: 22.

sajona y otra más latina. Pero, sea como fuere, París no tendría nunca tiempo de leer el suplemento dominical del *World*. Las noticias envejecen al borde del Sena con una rapidez pasmosa (*Crónicas...* 19).

Este fragmento refleja claramente las oposiciones señaladas y permite también aproximarnos al sentido que adquiere aquí la noción de modernidad. Por un lado, lo moderno equivale en la crónica al progreso industrial, tecnológico y científico y sus consecuencias sobre la vida social. Por el otro, sobre el final del texto citado, vemos que ese fenómeno concebido ante todo como racional, se ve sobrepasado por otra modernidad, la del dinamismo de la cultura (representado en el fragmento por París), sujeta a la lógica de la novedad. Sobre esta doble concepción se apoyan, como vimos, los dos modelos de periodismo (el “científico” y el “literario”) y la división en áreas étnico-culturales que proveían de rasgos identitarios a los intelectuales occidentales, la que cobró, como veremos más adelante, una dimensión muy particular entre los latinoamericanos a comienzos del siglo XX. Además, la propia discusión sobre escritura y prensa se inscribe en uno de los debates finiseculares entre latinoamericanos, tal como lo analizó Ramos en el caso de la reflexión de Martí en torno a la producción de la crónica y la oposición entre “informar” y “hacer literatura”.⁵⁴

Cabe mencionar por último, el modo sostenido en que el cronista oscila entre otorgar un lugar predominante a una o a otra tendencia, científicista⁵⁵ o artística, asociadas, conforme a los debates de circunstancia, a la dicotomía entre racionalidad sajona o dinamismo latino. Esta oscilación (marcada por los adverbios y locuciones adversativas) deja ver además el paradigma evolucionista-progresivo presente en la sociología latinoamericana de la época, en tanto la pregunta que está implicada en el análisis de Ugarte versa sobre cuál de las dos tendencias se imponía sobre la otra. Llamativamente, las dos prácticas intelectuales aludidas en la crónica parecen corresponderse con dos

⁵⁴ Ramos (110). El crítico se refiere a las crónicas escritas por Martí durante su exilio en Nueva York, publicadas luego en *Escenas norteamericanas*.

⁵⁵ Este ideal científicista ve en la crónica una forma menor, menos sistemática aunque basada en un impulso semejante al del modelo discursivo del *estudio* científico, pero que implica a la vez dispositivos de escritura cercanos a la prosa literaria. Así, por ejemplo, en otra crónica, al ofrecer un panorama de las *tendencias actuales* de la sociedad francesa en lo relativo a las ideas sobre la organización de las sociedades, dirá que “No se trata de ‘estudiarlas’ sino de apuntar algunos gestos, *currente calamo*, como se escribe una crónica” (Ugarte *Crónicas...*50).

modalidades de la escritura de Manuel Ugarte, que acaso éste haya pensado también como difíciles de conciliar: el tratamiento sociológico de lo empírico, por un lado, y la forma artística para acercarse al mundo, por el otro. En su caso, no parecen encontrar una solución de continuidad en la estetización, como en Martí o en Darío, porque el tratamiento literario le resulta tan codificado como el otro y en el contexto latinoamericano remite a la estilización modernista de la escritura, que Ugarte busca precisamente desestimar como práctica superada.

Resulta relevante considerar esta cuestión pues funciona como preámbulo de todo el libro (lo que está reforzado por su ubicación en las páginas iniciales) y también de las incursiones sociológicas que el autor desarrollará a partir de 1904 aproximadamente.⁵⁶ La oposición entre una y otra tendencia funciona en efecto como principio constructivo y se traslada a diferencias geográficas, culturales y étnicas: lo latino/lo sajón, París/Nueva York-Londres, diferencias que ponen de manifiesto el modo en que en Ugarte, la reflexión sobre la modernidad implicaba una indagación sobre la identidad de la cultura latinoamericana. Así, por ejemplo, podrá observarse que al referirse a lo que él denomina la raza latina utiliza un “nosotros” inclusivo, ubicando a los países del subcontinente dentro de dicha denominación y distinguiéndolos de lo sajón. Se advertirá que esta interpretación de culturas diferenciadas contiene una primera formulación antinorteamericana, y será la base a partir de la cual irá examinando los rasgos específicos de las sociedades del Nuevo Mundo:

Nuestro espíritu es inquieto, inconstante y apasionado. La raza latina es una raza de poetas. Y la crónica es el género que sintetiza mejor sus cualidades y sus defectos. Sus defectos sobre todo (25).

Es con estas líneas que cierra su crónica. Encontramos nuevamente en ellas la tensión presente en la escritura de Manuel Ugarte, marcada por una oscilación inconclusa e irresuelta entre un paradigma de lo dinámico y múltiple (“inquieto, inconstante y apasionado”) que sienta más al sujeto-artista –las marcas sentimentales de la enunciación dejan suponer que éste es el modelo

⁵⁶ En ese año publica *Visiones de España* (1904) y también un estudio de corte sociológico, sobre “La colonización francesa en Argel” que se publica primero en *La lectura* de Madrid y al año siguiente en su libro *El arte y la democracia*.

que lo atrae – y un paradigma de la razón y el conocimiento *positivo* asociados a la cultura sajona, que aparece en el texto como el deber ser, donde la ciencia señala o ilumina el sentido hacia el que está orientado el progreso humano. Así se entiende que unos párrafos antes el cronista haya mencionado el sentimiento de impotencia para “abarcar, comprender y profundizar todo”.⁵⁷ Esto también explica, en el fragmento transcrito, la última concesión hecha a la crónica *cientificista* (“Sus defectos sobre todo”) cuando la enunciación parece inclinarse por la celebración del latinismo como triunfo de lo *múltiple*, aunque un momento antes el cronista hubiera esbozado una crítica a los cronistas parisinos que enmascaraban detrás de la “frivolidad” su dificultad ante el conocimiento exhaustivo de los acontecimientos (“montañas de noticias, de hechos, de casos”) cuya sucesión Ugarte compara a “un río que corre sin interrupción, y cuyas aguas tienen siempre un color parecido, aunque nunca son las mismas” (24).

Al comienzo de este análisis mencionamos la tendencia retórica ugarteana a valerse de una mediación interpretativa de *especialista*, para atenuar o hacer menos visible su toma de posición política, la que puede verse en la descripción generalizadora y más neutra que polémica de su discurso, y también en esa indecisión valorativa respecto de un conocimiento racional y un conocimiento poético cuyos atributos se acercan a lo diletante. Empero, la cuestión del latinismo antes evocada y la vacilación respecto de una u otra forma de conocimiento reponen cierta dimensión política a esta crónica bastante anodina en tanto, por un lado, dejan ver la perspectiva ugarteana sobre uno de los debates finiseculares –la latinidad- y por el otro, insertan a los lectores en una historicidad teleológica: un mundo que se habrá de imponer y otro que no lleva a ningún lado pero que por su efervescencia evoca otro espesor de las cosas, irreductible. Este vaivén se irá atenuando a lo largo de la

⁵⁷ Agrega que “La observación de los hechos que ocurren en torno nuestro es la más fecunda de las enseñanzas; pero no es posible practicarla en París porque la vida es demasiado dilatada y múltiple. Los que quieren saber algo a fondo tienen que elegirse una especialidad y acantonarse como los botánicos en el estudio de una parte insignificante del mundo que los rodea”, lb. 24. Nótese aquí además un eco de los debates franceses de esos años, que concernían a la profesionalización de las carreras universitarias como consecuencia de las reformas de 1880 que en Francia implicaron un afianzamiento de la hegemonía *cientificista* alemana, modelo contra el que se elevan los nacionalistas franceses católicos como Maurice Barrès (y más adelante, Léon Daudet y Henri Massis y Alfred de Tarde- dos autores que escribían bajo el seudónimo de Agathon-, entre otros), defensores del humanismo clásico. Ver Prochasson (195-218), Charle (*Paris fin de siècle...*24-26) y Sapiro (106-118).

trayectoria intelectual de Ugarte, pero funcionará como principio constructivo de muchas de sus obras.

Por último, la dimensión política aparece también en un detalle de la crónica, que es el pronóstico hecho por Jaurès para las elecciones de 1902, mención hecha al pasar, mientras se compendian en cuatro páginas noticias de diversos órdenes –teatro, gobierno, letras, actualidad- con el objeto de mostrar la diversidad de temas de un solo día en la prensa francesa:

Del mundo de los teatros pasamos al de la política, y sabemos que el Gobierno ha resuelto gastar 750 millones para el mejoramiento de los puertos en Francia; (...) que M. Jaurès calcula que, después de las elecciones de 1902, el partido socialista tendrá cien diputados en la cámara; que el ministerio actual será mantenido a pesar de las resistencias que provoca; que....⁵⁸

Lo que llama la atención es que el triunfo electoral socialista aparezca en medio de noticias sobre actos de gobierno y de algún modo, que su mera presencia funcione como una suerte de infiltración de la vanguardia socialista en el espacio político-institucional, como si su evocación (reforzada por el nombre de Jaurès) irrumpiera llamando la atención sobre un horizonte nuevo o inesperado que parece abrirse (el cuantioso número de diputados). Se sabe que la mención de fuerzas políticas opositoras y vanguardistas en la prensa puede producir un efecto de sacudimiento y desestabilización (hasta de extrañamiento) que conviene tener en cuenta para evaluar el modo en que Ugarte va definiendo poco a poco sus tomas de posición y anunciando su credo. En este sentido, cabe recordar que la clase obrera organizada representando al otro social, va adquiriendo por esos años, en Francia y casi simultáneamente en Argentina, una presencia de tipo institucional.⁵⁹

⁵⁸ Ib.21. La enumeración de noticias cumple secundariamente otra de las funciones del género de la crónica, a saber, la difusión informativa de cuanto ocurría en los centros políticos y culturales de los países centrales.

⁵⁹ Téngase en cuenta que, en Argentina, el Partido Socialista Obrero Internacional había sido fundado en abril de 1894, al igual que El semanario *La vanguardia*. En 1895 su nombre fue reemplazado por el de Partido Socialista Argentino y se presentó a unos comicios en Buenos Aires, con plataforma electoral y 5 candidatos (3 obreros y 2 intelectuales). El congreso constituyente del PS de la Argentina se realizó en junio de 1896. La elección de Palacios, el “1er diputado socialista americano” tuvo lugar en marzo de 1904 (Camarero, Herrera; Tarcus). En Francia, ingresan 50 diputados al poder legislativo en 1893 aunque no estaban organizados en torno a un partido unificado. En ese momento es que Jaurès es elegido diputado de Carmaux. El Partido Socialista Francés se crea recién en 1901.

A la luz de lo analizado hasta aquí, puede afirmarse que una de las singularidades de las crónicas de Ugarte respecto de otros latinoamericanos reside en la politización de su discurso pero que, debido a la propia lógica de este género y a sus condiciones de enunciación marcadas por el periódico, se sostiene en una atenuación de la toma de posición socialista, o en una dosificación argumentativa paulatina respecto del debate político-ideológico. Habrá que esperar hasta la mitad del libro para encontrar una alusión central a las ideas socialistas, en una crónica que retoma el título de una de las conferencias de Jean Jaurès con mayor repercusión en los círculos intelectuales franceses en plena *Affaire Dreyfus*, momento que la historiografía sobre Jaurès ha marcado como clave en tanto el diputado socialista amplía el alcance de su discurso eminentemente clasista, a otros sectores fuera del proletariado.⁶⁰

1. 2. El Jaurès de Ugarte

“El arte nuevo y el socialismo” se publica en 1900⁶¹ y tal como se desprende de la crónica, fue escrita al día siguiente de la conferencia de Jaurès pronunciada en París, en la sala de la Porte Saint Martin, el 13 de abril de 1900 y presidida por Anatole France, ante el público característico de los meetings socialistas finiseculares. Contiene, al igual que las crónicas que hemos analizado anteriormente, un despliegue inicial de datos sobre aspectos mundanos como los nombres de las figuras públicas presentes, de la vida literaria y teatral parisina. La referencia a las palabras de Jaurès no es extensa y no está al comienzo de la crónica, que parece organizarse en torno a dos preguntas: cuál era el lugar de las ideas socialistas en la sociedad francesa y de qué modo el pensamiento político de vanguardia influía en el arte contemporáneo. En primer lugar, entonces, el cronista se detiene en la heterogeneidad ideológica del público presente, sobre todo de las figuras públicas, y se sorprende e indaga las razones del fenómeno que tiene ante sí. Su apreciación se funda en una perspectiva sociológica para destacar la

⁶⁰ Cfr. Rebérioux « Zola, Jaurès, France : trois intellectuels devant l’Affaire ». *Cahiers naturalistes* 54. Paris: Ed. Fasquelle, 1980); Grousselas, Camille, « Critique littéraire, philosophie et critique de la société » y “Le lutteur contemplatif” (Jaurès 17-25 y 399-400); Launay, Michel, « L’originalité de Jaurès » (Jaurès 11-16).

⁶¹ Ver nota 16. Esta primera conferencia transitó mucho por los círculos intelectuales y artísticos *dreyfusards* y socialistas.

“amplitud” del “ambiente”, término de raíz naturalista con el que busca referirse al estado social francés y explicar dicha amplitud por el grado de penetración que había alcanzado en Francia la idea de un necesario e inevitable cambio social y político.⁶² De este modo, Ugarte apunta muy probablemente a contrastar esa situación con el *ambiente* intelectual porteño:

Para los que no están a cabo de la evolución de las ideas en París, podrá parecer inaudito que el actor Coquelin prestase su teatro y su concurso y que el académico France presidiese y prologase una conferencia en la que el jefe del partido socialista haría una propaganda netamente revolucionaria (97).

El cronista explica entonces la aceptación no conflictiva de una “propaganda revolucionaria” basándose en la creencia, supuestamente compartida por el conjunto de la sociedad francesa, de la inminencia de los cambios sociales determinados por la *evolución natural* las fuerzas históricas. El ejemplo más nítido de este consenso estaba dado por la presencia, en la misma sala, de un vasto arco de escritores y políticos que abarcaba desde Anatole France en cuyo discurso inaugural se refería a la “promesa” de una “sociedad futura con un poco más de justicia y felicidad” hasta el presidente de la República (Waldeck-Rousseau). Para ilustrar esta idea del común acuerdo sobre aquella noción determinista, Ugarte invoca el discurso de este último en la Exposición Universal de 1900: “Estoy convencido de que [...] el siglo XX verá resplandecer un poco más de fraternidad sobre menos miserias de todo orden y que bien pronto quizá habremos franqueado una etapa importante en la lenta evolución del trabajo hacia la felicidad y del hombre hacia la humanidad” (98-99). La referencia a estas dos autoridades incuestionables de la escena pública francesa contribuye a reforzar la argumentación esgrimida sobre el progreso humano que auspiciaba el siglo naciente.

La segunda pregunta sobre la que se estructura esta crónica concierne a un tema expuesto por Jaurès: el impacto de las “ideas reformadoras” sobre el arte y la “influencia que ejercerán en el futuro” (99). Sin embargo, el cronista no se dedica de inmediato a reseñar la conferencia de Jaurès. Por el contrario

⁶² Ugarte concluye lo siguiente: “De manera que esas ideas están en el ambiente y todos encontraron muy natural que Jaurès hablara de organizar una sociedad menos imperfecta” (Ugarte, *Crónicas* ... 99).

habrá que esperar varios párrafos hasta encontrar finalmente dicha reseña. Antes de describirla, vemos en la enunciación de la crónica ya no un uso del estilo directo o indirecto para referirse a las palabras del dirigente socialista, sino la alternancia entre un uso impersonal de los verbos –fiel a un estilo científicista- con un “nosotros” que imprime un efecto de sentencia aforística sobre el texto (“son cosas que nos asombran desde lejos pero que, vistas de cerca, nos parecen completamente lógicas” -97). No sólo posterga el tratamiento de la exposición de Jaurès sino que introduce dos ideas completamente ausentes de la conferencia, tanto más significativas cuanto que son recurrentes en las teorizaciones de Ugarte: en primer lugar, aquélla según la cual la ciencia constituye una guía sobre los procesos modernizadores -una creencia tributaria tanto de la matriz de pensamiento positivista como derivada de la doxa científicista de la época-.⁶³ En segundo lugar, la hipótesis de que las “grandes ciudades” producían un efecto disolvente y retardatario sobre el progreso. De este modo, las mismas se entendían como un espacio simbólico en el que se materializaban las consecuencias de la modernización.

En los argumentos destinados a fundar aquellas afirmaciones, puede observarse la confluencia de corrientes filosóficas heterogéneas: un espiritualismo nihilista de inspiración nietzscheana que asocia implícitamente lo urbano a la masa, lo popular, y donde resuena la *cuestión social*; una concepción con componentes marxistas y socialistas según la cual la vida moderna encierra una forma de la alienación en la que sujeto y mundo se encuentran desarticulados.⁶⁴ Ahora bien, reconocemos un desplazamiento

⁶³ Cf. En particular el capítulo 10 de Hobsbawm (*La era del imperio...*); Terán, O. *Vida intelectual del Buenos Aires fin-de-siglo*. Buenos Aires: FCE, 2000.

⁶⁴ Esta concepción está presente en la mirada consternada de Engels respecto de las multitudes de Londres, que Walter Benjamin analiza como un “rechazo moral y estético” de la masa, por parte del autor de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*: “¿Estos cientos de personas, de todo estado y clase, que se precipitan y atropellan, no son acaso *todas*, hombres con las mismas cualidades y competencias y el mismo interés en buscar la felicidad? Y sin embargo, esta gente se cruza corriendo, como si no tuviera nada en común, nada que hacer junta (...). Esta indiferencia brutal, este aislamiento insensible de cada individuo en el seno de sus intereses particulares, son tanto más repugnantes y dolorosos a medida que la cantidad de individuos confinados en este espacio reducido se vuelve mayor” (Benjamín “Sobre algunos temas en Baudelaire- La traducción es nuestra, del texto de la edición francesa –Cf. Bibliografía). Esta idea de la experiencia desarticuladora de las ciudades como un efecto directo de la industrialización inscrita en la primera fase de expansión del capitalismo europeo puede verse en el análisis de Raymond Williams sobre la experiencia dickensiana acerca de la ciudad cuya composición novelística restituye la complejidad de la experiencia producida por la revolución industrial inglesa. Sintéticamente, una de las hipótesis de Williams es que Dickens intentaría superar la fragmentación de los sujetos mediante una estructura del sentir marcada

doctrinario, o un uso vacilante de los postulados marxistas puesto que la referencia al proletariado se diluye en la noción de *multitudes*, e incluso emerge en las reflexiones de Ugarte la categoría de juventud (en este caso, la literaria) definida por fuera de las clases sociales. El siguiente párrafo ilustra la heterogeneidad filosófica e ideológica de sus reflexiones al tiempo que permite apreciar el mecanismo por el cual el cronista opera la digresión de la que venimos hablando expuesta antes de la reseña:

Pero en las grandes ciudades de hoy han llegado las gentes a un grado tal de confusión en las ideas, se han desmoronado de tal suerte los muros que detenían a la razón en su empuje de curiosidad, se encuentran todos tan aislados en medio de la vida, que las multitudes corren de un lado a otro, reclamando un nuevo ideal, una nueva creencia o una nueva mentira, para poder seguir viviendo. Los prejuicios que antes las acorralaban en su ignorancia, han sido barridos por las revoluciones pacíficas. Las almas han quedado aisladas en medio de un campo vasto. Cuando se dedicaban a derribar supersticiones, tenían un fin. Ahora no tienen ninguno. Por eso piden otras supersticiones. De ahí que en el escenario parisiense surjan Maurice Barrès reclamando una 'conciencia nacional' [...], el doctor Papus desenterrando los misterios de la magia, o Mademoiselle Cuesdón (sic) refiriendo en malos versos los comentarios del arcángel Gabriel sobre la enfermedad de Rostand. La juventud literaria se encuentra así, como las multitudes: sentada sobre las ruinas de todas las verdades rotas, a la espera de una nueva verdad.⁶⁵

Si al comienzo de la primera frase reconocemos cierto sesgo socialista en la reflexión sobre el aislamiento del hombre al que la ciudad ha desligado de su relación con la naturaleza, la ciudad se presenta luego como fuente de disolución de las certezas, la que arroja al hombre hacia el misticismo. En esto puede verse probablemente cierta reminiscencia de una lectura muy difundida en Latinoamérica, a través de la circulación de las editoriales españolas (Real de Azúa), que seguramente Ugarte había leído, la *Dégénérescence* del psiquiatra anarquista húngaro Max Nordau, en dos tomos, el primero de los

por procedimientos que imaginan encuentros casuales entre subjetividades aisladas (*almas sensibles* en la perspectiva del narrador) en quienes la alienación no aparece del todo como fenómeno inevitable (Williams *El campo y la ciudad* 205-208).

⁶⁵ Ib. 100.

cuales se titulaba *Fin de siglo: el misticismo*.⁶⁶ La referencia a las supersticiones derribadas y a las revoluciones pacíficas no es otra cosa que el señalamiento de los efectos que tuvo el positivismo sobre las interpretaciones del mundo. La constatación implicada en la afirmación de Ugarte acerca de que la ciencia no ha conseguido una liberación completa del hombre pues no llegó a neutralizar el impulso degenerativo presente en él (“Las almas han quedado aisladas en medio de un campo vasto (...). Por eso piden otras supersticiones”). En el mismo párrafo, señala algunas manifestaciones vinculadas a esa pérdida de rumbo de los sujetos modernos, analizadas desde las grillas higienistas y regeneracionistas para explicar como confusiones el monarquismo de Maurras y ciertas formas de misticismo superficial, ideas que contrastan netamente con las doctrinas socialistas.

La última frase del fragmento referida a la “la juventud literaria” sin rumbo, que resulta algo desconectada de lo inmediatamente anterior, le permite a Ugarte, sin embargo, presentar su versión del socialismo como la fe del porvenir, que inexorablemente se impondrá por la fuerza evolutiva. Además, el autor equipara a las multitudes y la juventud, concebidas ambas en un sentido optimista, como reservorio de la humanidad, y naturalmente abiertas a los cambios históricos. En esta vinculación de la “juventud literaria” con ideas renovadoras no estrictamente artísticas, es posible reconocer un primer esbozo de formulación heterónoma (Bourdieu). En efecto, la primera es

⁶⁶ Cabe señalar que Nordau publicaba a menudo en la prensa de Buenos Aires, al menos entre 1900 y 1905. Ver por ejemplo sus escritos: “El fin del mundo” (*La Nación*, 1/01/1900, p. 3) y “Cómo civilizamos” (*La Nación*, 25/06/1900, p. 3). Además, figura en el epistolario de Ugarte una carta de Nordau (del 6-9 de enero de 1907), en la que éste le hace comentarios sobre las *Enfermedades sociales* y la *Antología de la joven literatura hispanoamericana* publicada en francés en 1907. El análisis de Carlos Real de Azúa (“Ambiente espiritual del Novecientos”. *Número*. Montevideo, 1950) es fundamental para comprender la relación entre positivismo y la *degeneración* teorizada por Nordau, vivida como el mal del siglo. El autor ha señalado que “Resultó el positivismo el núcleo generador de eso que Joad ha llamado comprensivamente “the world of nineteenth century materialism”; un mundo de sólida materia primordial que se diversifica y afina hasta lo psíquico y que se mueve y perfecciona desde lo inorgánico hasta lo humano, en una ordenada escala en el que cada uno de sus peldaños está determinado por una estricta causalidad desde el inferior. Una de las características más firmes de esta corriente intelectual es la que encarnó ejemplarmente Max Nordau, y su explicación del genio en Degeneración. Se han referido a ella, contemporáneamente, Jean Grenier y Arthur Koestler. Es la constante operación disociadora y negativa que explica —y socava— el ámbito superior de los valores por la actuación de lo prosaico, de lo interesado, de lo morboso o de lo inconfesable. Esta filosofía del “no es más que” tendría su más esplendorosa manifestación en toda la construcción derivada del psicoanálisis freudiano; ya gozaba por esos años de una difusión en la que no es posible desconocer uno de los rasgos mentales más tenaces de la modernidad” (22-3).

presentada como necesariamente unida a la “verdad”, y a la espera de los nuevos rumbos de la historia.⁶⁷ La imagen de la juventud esperando el advenimiento de la nueva verdad cierra la digresión y es sólo entonces cuando Ugarte pasa a sintetizar, en no más de dos páginas, las respuestas de Jaurès a las preguntas que el cronista había introducido en el comienzo de su crónica.

Ugarte reseña recién entonces la conferencia de Jaurès, que permite comprender algunas de las postulaciones de éste respecto del arte social. El examen de la misma revela tanto la inspiración jauresiana de algunas de las ideas sobre arte que Ugarte irá desarrollando, como, por contraste, la existencia de una concepción propia de la relación entre cultura y sociedad. Al mismo tiempo, es posible observar el aspecto propagandístico de su retórica destinada a difundir las ideas socialistas en ámbitos latinoamericanos no estrictamente partidarios (esta crónica fue publicada en *El tiempo* de Buenos Aires el 24 de mayo de 1900), presente también en otras crónicas. Así, lejos de retomar todas las ideas de Jaurès, Ugarte selecciona algunos argumentos del socialista francés, teniendo en cuenta un público americano. Realiza una operación que, tal vez producto de una limitación ideológico-intelectual o bien de una estrategia para ubicarse como mediador entre los dos continentes con ideas y procesos históricos particulares, procura enmascarar el componente revolucionario que sin duda se desprende del texto de Jaurès. Lo enmascara detrás de un discurso universalista que busca legitimarse invocando el principio de la evolución irremediable de las sociedades, presentada como natural, hacia una *humanidad plena*.

Ya hemos examinado la organización de la reseña hecha por Ugarte de la conferencia pronunciada por Jean Jaurès.⁶⁸ Resta ahora analizarla, lo que echará luz sobre la recepción de Ugarte y las estrategias críticas desplegadas a partir de ésta.

⁶⁷ Según este razonamiento, lo bello no aparece definido a partir de valores estéticos, dominantes o dominados en el interior del campo literario, sino en base a criterios externos, provenientes en este caso del campo político. Así, la belleza es identificada con la verdad (política, propia de la filosofía marxista) que, a su vez, se asocia a lo vital, la armonía, la unidad, un estado de la humanidad ideal proyectado en la sociedad socialista, “colectivista”, considerada como etapa superadora de la actual.

⁶⁸ Su texto completo ha sido editado en el tomo 16 de sus *Oeuvres*. París: Fayard, 2000: 411-424. Las citas remiten a dicha edición y en todos los casos la traducción es nuestra.

La conferencia de Jaurès

Antes de dar cuenta de los desplazamientos de sentido que realiza Ugarte al reseñar esta conferencia, lo que puede explicarse por los motivos que acabamos de exponer, describiremos primero la estructura y el contenido de ésta, a partir del texto editado en el tomo 16 de las obras completas del dirigente socialista francés. Advertimos que aquella conferencia se estructura abiertamente como un diálogo entre el orador y el público, al que invoca como “ciudadanos, ciudadanas” según el repertorio nacido con la Revolución Francesa. Al pronunciarla, Jaurès se coloca en una primera persona que alterna entre el singular y el plural (cuyo referente es la clase obrera), a la vez que se sitúa como el mediador entre los ciudadanos y la juventud, representada por (o mejor, homologada a) los artistas convocantes del acto. Ellos son designados como “obreros de la belleza convertidos en amigos y hermanos de los otros” y reconocidos como aquellos que “presienten el porvenir”, frase por la cual expresa una idea que será el hilo conductor de su conferencia y representa un sentimiento que, según él, ha sido el que motivó el encuentro.⁶⁹

En la citada reunión, Jaurès aborda los siguientes temas: en primer lugar, la función del arte en la sociedad socialista, a partir de un razonamiento basado en la necesidad de democratización del acceso de los sectores populares a las obras de arte. En un segundo momento, el orador pasa a analizar el arte del presente a partir de la idea de que la época que les toca vivir constituye el período final de la *democracia burguesa*, y el advenimiento de la *democracia social*. En ese marco, describe el legado artístico de la sociedad que se apaga, aunque sostiene, mediante la exposición de un razonamiento propiamente dialéctico, que dicha sociedad aún no se ha agotado del todo pero que ya existen en ella formas futuras,⁷⁰ situando el

⁶⁹ “Unos jóvenes literatos, artistas, me han pedido que les diga esta noche lo que para nosotros, en nuestra concepción socialista, representaba la idea del arte; contesté alegremente a su llamado e inicio aquí un diálogo con ellos pues espero que (...) al menos más adelante, me contesten. Ellos están tentados de ir hacia una vida militante para encontrar en ella un principio nuevo, una fuerza nueva de belleza. Han visto, en un drama reciente que revolucionó la conciencia humana, que el conflicto de las fuerzas sociales, de la desigualdad y del derecho, de la mentira y la verdad suscitaba en las almas emociones tan plenas, fuertes, vehementes, que otras, en comparación, parecían mediocres y fútiles; quieren pedirle a la vida renovada una renovación del arte y de la belleza misma” (411-412).

⁷⁰ Con una metáfora astronómica, percibe su época como el crepúsculo de un día de verano, cuando perdura la luz en el horizonte aun cuando el sol se haya puesto: “Es posible que la

origen de las ideas renovadores en la filosofía del siglo XVIII y la de la Revolución Francesa. En efecto, lo que según él caracterizó dicho período fue la diversidad y variedad de las formas de arte así como su expansión en busca de sensaciones, colores, y símbolos. Concluye así que “Desde hace un siglo y medio el arte nos grita: ‘Amad la vida, tened la curiosidad universal de todas las formas de la vida’” (Jaurès 413). La aspiración a abarcar un mundo ampliado y la constatación del hombre ante su “incapacidad para abarcarlo” explicarían según Jaurès la interpretación individualista de la naturaleza, more hegeliano (“Cada individuo vive por sí y para sí” -415), la que es propia de esa etapa histórica. Jaurès agrega otro rasgo de esta etapa que reside en la renuncia del hombre a confrontar la naturaleza con toda la humanidad de la que forma parte, y que el pensador define como una interpretación idealista de la naturaleza.

Una vez valorados los avances de la cultura en el período de la democracia burguesa, Jaurès pasa a contrastarlos, desde su perspectiva dialéctica, con una serie de rasgos negativos, como el “carácter caótico y superficial de la vida de arte”, o la ausencia de armonía y unidad en el conjunto de las expresiones artísticas, falencia que es interpretada como reflejo de la falta de concordia y cohesión de una sociedad dividida por las clases en conflicto. En ese orden de ideas, expresa que la unidad humana sólo sería posible en el marco de otro orden social que constituiría el presupuesto para la existencia de claridad y armonía en las producciones culturales.

Goethe y Hugo son para Jaurès los artistas que, en el siglo XIX, lograron dar cuenta de la complejidad de la vida moderna, al representar una “acumulación de fuerzas y energías”. Sin embargo, el orador observa que en la oscuridad del *Segundo Fausto*, la incapacidad de sentir la “plenitud de las fuerzas ocultas del universo profundo”, puede verse la ausencia de un sentido imaginado para el hombre y el universo. Aunque el hombre perciba el “desarrollo del espíritu humano”, no alcanza a vislumbrar su “fin claro, su objeto preciso”.⁷¹ En el caso de Hugo, Jaurès afirma que pese a su

revolución burguesa siga iluminando a los hombres, aún cuando nace la aurora de una nueva revolución” (Ib. 413).

⁷¹ Agrega Jaurès: “porque en el fondo de la revolución burguesa, y antes de que el socialismo y el comunismo hayan verdaderamente unificado y organizado a los hombres sólo existe

“concepción amplia y firme”, surge cierta incoherencia debido a una incapacidad constitutiva de la obra de arte, (estructural, diríamos hoy) en tanto ésta surge de una sociedad regida por relaciones de fuerza que dividen a la humanidad. Esto se traduce, en el caso de Hugo, en el rechazo panteísta de la perspectiva evolutiva descubierta por la ciencia, según la cual la humanidad había surgido de una animalidad inferior.

Jaurès demuestra que la sociedad burguesa mantiene la actividad artística en un plano superficial, sin lograr que participen de ella todos los hombres. Para dar sustento a su idea, argumenta que dejando de lado ciertos elementos de belleza dispersos, presentes en el trabajo mecánico realizado por la clase obrera, que hacen que ésta corporice el “genio de la invención”, la renovación artística dependerá de la renovación social. Sólo la revolución socialista mediante la cual los proletarios tomarán decisiones sobre el producto de su trabajo, hará posible una democratización de los medios de expresión a los que hoy no accede la clase obrera. Al emanciparse esta clase, hará que rompa con el modo alienante en que se relaciona con la naturaleza y pueda al fin escucharla: el socialismo y el orden nuevo del comunismo son las etapas en que la dominación de la humanidad sobre la naturaleza es cabal, al punto de que el arte será su interpretación, hecha “con más confianza y más suavidad” (420-1).

A lo largo de la exposición de Jaurès, puede verse que su desarrollo argumentativo pone énfasis en el aspecto teleológico del destino último del arte, que se ve condicionado al de las fuerzas históricas. Ahora bien, la argumentación se detiene en un punto muerto, en la medida en que, en su intento por llegar a lo esencial, el presente queda suspendido. Jaurès parece considerar ese riesgo mecanicista, y pasa entonces a esbozar una acción posible para el presente, en el que la revolución social no ha llegado todavía. Es entonces cuando afirma que, aun cuando la sociedad socialista no exista como tal en la experiencia de los sujetos como una nueva organización de la actividad humana, el pensamiento socialista, que como idea sí existe, ya ha comenzado a actuar sobre el arte y por eso puede verse que predomina en el

discordia en el fondo de la sociedad y porque los artistas no pueden más que hallar en el fondo de la vida aquello que ésta contiene, y extraerlo luego” (Jaurès 417).

presente, un tipo de práctica artística capaz de mostrar de manera anticipada la orientación hacia donde se encamina la vida social futura.

Para apoyar esa idea, toma tres ejemplos. En primer lugar, afirma que fueron las ideas de Saint-Simon y de Fourier las que con su influencia contribuyeron a reorientar el romanticismo que tenía, en sus comienzos, elementos “reaccionarios”. El segundo ejemplo concierne a la creación wagneriana, que, para definir su ideal de belleza, se habría inspirado en el pensamiento socialista naciente de mediados de siglo. El comunismo aparece descrito como una filosofía capaz de generar en los artistas formas nuevas de representación, llegando a revolucionar los modelos estéticos vigentes:

Del mismo modo, cuando en 1848 comenzó a surgir un pensamiento socialista y al estallar la Revolución, fue ese pensamiento socialista el que reveló a Wagner la plenitud de su genio y todo el sentido de su obra. No hay refutación posible ante esto: fue el comunismo el que le reveló el arte, fue el comunismo el que, mediante el acercamiento de todas las categorías sociales, por la fusión proyectada de todas las energías humanas, inspiró a Wagner la idea de realizar dicha unidad en el arte, de no disociar más la pintura, el drama, la música sino de convertir a todas esas fuerzas en un conjunto, una armonía, una unidad, un mundo, y la característica de la obra de Wagner fue haber reunido alrededor de una inspiración ardiente, un alma universal, todo un mundo de imágenes, figuras, colores, sonidos, toda una orquestación casi infinita; es como una inmensa ola central que extiende y comunica su ritmo a todo el océano levantado, es la marca del comunismo (422).

El tercer ejemplo corresponde al pintor simbolista Puvis de Chavanne (1824-1898).⁷² Jaurès interpreta su concepción del arte como un ensueño y como materialización simbólica de las fuerzas históricas impulsoras de renovación. Así, encuentra en su pintura tanto una concreción sensible de la utopía, que anticipa la sociedad futura, cuanto una práctica imaginaria inspirada por la filosofía política. Por eso, al describir los cuadros, destaca los paisajes apacibles y vastos cargados de luminosidad en el horizonte viendo en ellos la evocación del mañana. Reconocemos en el análisis los rasgos de una concepción del arte marcada menos por la mimesis que por la imaginación utópica o ensoñación surgida de la acción inspiradora y modeladora de las

⁷² “En la obra de Puvis de Chavanne podemos entrever la serenidad de la humanidad reconciliada consigo misma y con la naturaleza” (422).

ideas nuevas y revolucionarias. Esta capacidad de imaginación utópica se articula con una función anticipatoria atribuida al arte, que es definido como manifestación primera de la estética del “arte socialista, el comunismo de mañana”.⁷³ Así, el sueño del “alba de serenidad y suavidad” (por oposición al desorden de los tiempos y al carácter conflictivo de las relaciones sociales, y por ende humanas), ya está esbozado en algunas formas de arte como el de Puvis de Chavanne pero además, la imagen del comunismo incluye elementos artísticos, como si en esa sociedad imaginada o esperada, el arte perteneciera plenamente al orden histórico natural. Por eso la sociedad comunista aparece figurada en imágenes de belleza que adquieren a su vez atributos morales: la belleza y el bien (la justicia) son una misma cosa y han venido a iluminar la obra de Puvis de Chavanne. Aquí Jaurès parece dar un paso más en la inscripción de su discurso en una temporalidad inmediata, pues subraya la función presente de las producciones culturales a las que entiende como manifestaciones de las fuerzas profundas de la humanidad, situándolas en la vanguardia del movimiento en que se gesta la renovación social. El arte es entonces, a la vez, resultado del proceso y medio de difusión de la nueva sensibilidad.

A la vez que, para el diputado socialista, Puvis de Chavanne es la encarnación de los nuevos tiempos,⁷⁴ France y Zola representan un paso

⁷³ Al describir las obras del pintor dice: “...habéis visto, todos, aquella luz que envuelve a los grupos de hombres que piensan y meditan; es la humanidad feliz, fraternal; es la imagen anticipada de lo que será la sociedad de mañana. Y bastó a Puvis de Chavanne soñar con vastos conjuntos apaciguados y armoniosos para adivinar por adelantado, para esbozar por adelantado lo que soñamos. Parecería que el ideal comunista lo hubiera rozado con su rayo antes mismo de aparecer” (422-3).

⁷⁴ El hecho de que Jaurès se detenga en la obra de Pierre Puvis de Chavanne (1824-1898) es significativo por varios motivos. Hay que tener en cuenta que su estética no se encontraba en la vanguardia del movimiento artístico finisecular francés; era un pintor oficial (como lo atestiguan los frescos decorativos que le encargó el estado francés para el anfiteatro principal de la Sorbona, el palacio de Bellas Artes de Lyon y el museo de dicha ciudad), con una fuerte impronta cristiana en sus obras y sus opiniones políticas eran reaccionarias (Prochasson 1991:105-109). Sin embargo, Prochasson ha observado que ocupó, paradójicamente, una posición faro en el campo artístico de la época, sobre todo porque suscitaba la admiración de las vanguardias más audaces, entre ellas, la simbolista en formación -desde Paul Gauguin hasta Cézanne, el grupo de los *Nabis* y de los *Fauves*-, en tiempos en que los impresionistas iban dejando de ocupar posiciones simbólicamente dominantes. Según Prochasson, esta atracción no sólo se explica por su juego con los símbolos, pues eso era frecuente en la pintura oficial. También incidió el hecho de que, además de pintor, fuera un decorador, logrando así integrar su obra con su época pese al carácter poco novedoso de sus temas (para el autor, su arte es un arte de las multitudes. Además, Gauguin, entre otros artistas, atribuía al arte una función decorativa). Por otra parte, se alejaba del realismo colorista y de la saturación de luminosidad de otros pintores oficiales: “El arte de Puvis de Chavanne llevaba

evolutivo más hacia un compromiso concreto de justicia: el primero, al denunciar en sus obras las “raíces [...] de la mentira que alimenta a nuestra sociedad”; el segundo que, al haber chocado un día “con la injusticia y ha[ber hecho] estallar todo con su furia”⁷⁵, ha sabido evolucionar dejando atrás su antigua confianza en que el movimiento fisiológico podía por sí mismo renovar la vida y arrastrar en su caudal todos los males.

Ese compromiso de justicia es presentado como determinación irremediable de las fuerzas históricas y aparece como resultado de un movimiento hacia la renovación que va trazando el camino que guía a la creación artística:

Toda obra hoy en día, a medida que la vida va actuando sobre ella con mayor fuerza y amplitud, participa cada vez más en la glorificación de la justicia y el trabajo y en el anuncio de una sociedad nueva. ¡Oh! Ustedes se dan bien cuenta de que somos toda la belleza, porque somos toda la verdad; saben muy bien, ven muy bien que los demás no pueden vivir más que con la trampa, la hipocresía y la mentira. Ellos simulan creer en cosas en las que ya ni creen, y tanto pretenden acostumbrar al país a vivir de la mentira, que aun cuando es evidente, y hasta flagrante, aun cuando los hechos denuncian la mentira, intentan acallar a los hechos mismos que gritan la realidad de la vida (424).

A partir de este párrafo, el conferencista va cerrando su intervención que concluirá con una alusión a circunstancias más concretas y en particular, al contexto político del movimiento en defensa de Dreyfus. Jaurès parece buscar –mediante un discurso que ataca el militarismo, el belicismo y el nacionalismo antisemita de la clase dominante– la marcha hacia el socialismo, una tendencia histórica más general, con cuestiones de política inmediata. Así,

las marcas de una reacción saludable contra el arte oficial [academicista] y el impresionismo (...). Sus colores pálidos y hasta apagados, su interés por los humildes y la fuerza emotiva que emanaba de sus telas valían mucho más que un programa estético” (Prochasson 1991: 107. La traducción es nuestra). Todo esto permite afirmar que al tomar el ejemplo de este pintor, Jaurès sigue el gusto predominante en el campo artístico, y que seguramente influyó en su apreciación la presencia en las telas de los sectores populares. Puede decirse que la concepción del arte de Jaurès no está sometida a una idea del arte como reflejo de lo social, lo que se conocerá más adelante como *realismo socialista*. Se ubica a medio camino de las propuestas convencionales y de las más revolucionarias, valorando cierto clasicismo en las producciones artísticas que está marcado, como vimos, por los valores de unidad, armonía, claridad, autenticidad.

⁷⁵ Para todas las citas, cf. Jaurès (2000: 423). El cambio que señala Jaurès en Zola estaría dado por el abandono de su creencia en que la renovación social se haría por selección natural, sin necesidad de intervención humana. Jaurès la encuentra en el compromiso del escritor en defensa del capitán Dreyfus.

el “ellos”, y las “instituciones de la sociedad que se defienden con la mentira”, dirá unas líneas después, se enfrentan a un “nosotros” representativo del movimiento socialista, que aparece como la fuente de inspiración y encarnación de la verdad del devenir histórico, que interpela a los artistas instituyéndolos de alguna manera en sus aliados. Pero también, en las circunstancias presentes del caso Dreyfus, los otros son los nacionalistas que se oponen a la denuncia de los *dreyfusards* (de allí la referencia a François Coppée, escritor miembro de la Academia Francesa y cercano a la “Ligue de la patrie française”, el frente anti-Dreyfus).

Distintos usos del nosotros pueden distinguirse a lo largo de la conferencia. El primero es el nosotros socialista que se dirige a los obreros (es decir, el proletariado organizado frente a una masa “ciega”)⁷⁶. En segundo lugar, se trata de los obreros dirigiéndose a los artistas (un destinatario que ya encontramos en la apertura de la conferencia) o en algunos pasajes, en los pensadores socialistas exhortando a los escritores.⁷⁷ Finalmente, el último uso del nosotros es aún más abarcador y retoma la polarización del campo político de la época, incluyendo a artistas y proletarios unidos en defensa de la justicia y la verdad contra un otro que, como ya vimos, designa en la argumentación de Jaurès, a los nacionalistas y católicos.

Como podía esperarse, el de Jaurès es un discurso mucho más doctrinario que el de Ugarte. Veremos que el argentino no retoma ni hace mención al diálogo entre un nosotros y un vosotros, ni se detiene en la confrontación con un ellos presente a lo largo de la conferencia. En cuanto a la caracterización jauresiana del arte del porvenir visto como unidad armónica y como claridad, como la culminación de un proceso iniciado en el siglo XVIII y marcado, en el presente, por manifestaciones de un ideal de justicia y verdad, la encontraremos en la crónica pero no tratada de manera central. Estas diferencias de estilo con Jaurès, son reveladoras del modo en que Ugarte

⁷⁶ “Es el socialismo el que por primera vez otorgará la belleza sagrada del arte al proletariado hoy en día desheredado. ¡Oh, artistas! No nos teman, nosotros seremos los primeros en convocar ante sus obras, ya no a porciones de humanidad dividida, ya no a una elite hastiada y aburrida a la que le sigue una multitud ciega, sino a una misma humanidad fraternal y libre”, Jaurès (*Oeuvres* t.16... 420).

⁷⁷ “Nosotros, los creadores de un mundo nuevo (...)... Nosotros, ha dicho Saint-Simon, les pedimos, románticos, que no miren hacia el pasado, que no se aislen de la corriente del siglo, y (...) que creen un gran arte de sentido común (*senso communis*)...”, Jaurès (422).

desplaza algunas cuestiones y las reorienta en función de las problemáticas específicas de los intelectuales latinoamericanos. Este desplazamiento se produce, en primer lugar, respecto del público destinatario de las ideas desarrolladas: ya no militantes socialistas y artistas comprometidos a partir de la lucha en defensa del capitán Dreyfus, sino los lectores latinoamericanos de un periódico y más en particular, los escritores de este continente para quienes propone una función social que inscribe en la historia. En segundo lugar, el argentino otorga a la ciencia una función primordial que no aparecía en Jaurès y que se explica en el contexto específico del debate latinoamericano.

La primera idea-eje presente en la conferencia de Jaurès, que el cronista sintetiza, es la de la “influencia de las ideas reformadoras sobre el arte, y la que ejercerán en el futuro”.⁷⁸ Más allá de los conceptos implicados, que sin duda resumen bien los argumentos aunque someramente, puede destacarse el mecanismo de *eufemización* de aquello que en el discurso de Jaurès aparece expuesto de manera precisa, a saber, la doctrina socialista y el comunismo como horizonte o utopía. En Ugarte, encontramos sólo al final de su relato, el término “sociedad comunista”, pero está incluido en una cita que refiere la declaración firmada por los artistas presentes, al final de la conferencia, y no las palabras directas del diputado socialista. En cambio, la idea de socialismo aparece aludida (y eludida) como “sociedad menos imperfecta”, “ideas reformadoras”, “doctrinas colectivistas”, “una existencia más ancha y más purgada de errores en un mundo más abierto y menos erizado de egoísmos”, “algo insospechable”.⁷⁹ A excepción de la segunda y tercera expresión, el resto no remite al pensamiento socialista, y más bien apunta a generar una empatía de ideas en el lector. Ahora bien, ¿Qué lector? En primer lugar, no bien ha puesto en evidencia el eje de la exposición del diputado socialista, y que ya hemos mencionado, el cronista se encarga de designarlo con los términos que en cursiva figuran en el párrafo que se transcribe a continuación. Los interlocutores son referidos con atributos intelectuales y morales:

Todos los que analizan y se defienden de la tradición que nos hace ser continuadores de otras vidas, están de acuerdo en dirigir su actividad hacia la realización de una existencia más ancha y

⁷⁸ Ugarte (*Crónicas...* 99).

⁷⁹ *Ib.* 99, 100, 102.

más purgada de errores, en un mundo más abierto y menos erizado de egoísmos. Es una aspiración generosa que se ha manifestado en todos los tiempos, y que reaparece ahora modernizada por la ciencia. Pero en las grandes ciudades de hoy han llegado las gentes a un grado tal de confusión en las ideas, se han desmoronado de tal suerte los muros que detenían a la razón en su empuje de curiosidad, que (...) las multitudes corren de un lado a otro, reclamando un nuevo ideal, una nueva creencia o una nueva mentira para poder seguir viviendo. Los *prejuicios que antes las acorralaban en su ignorancia*, han sido barridos por las revoluciones pacíficas (Ugarte 99-100).

En segundo lugar, no aparece en Jaurès la concepción de la ciencia ilustrada en este fragmento. Esta referencia corresponde, en cambio al discurso científico positivista, aún hegemónico entre los intelectuales latinoamericanos.⁸⁰ Ugarte ubica la ciencia a la cabeza del movimiento de renovación que aparece eternizado (“en todos los tiempos”), de un modo análogo a la continuidad implicada en la teoría darwiniana de la evolución. La función de guía del futuro (de “aspiración” renovadora) atribuida a la ciencia en la crónica de Ugarte, no sólo está ausente de las ideas desarrolladas en la conferencia de Jaurès sino que difiere de ellas. En efecto, recordemos que Jaurès ve en el abandono hecho por Zola, de su antigua creencia en las teorías fisiológicas, un avance positivo en sus definiciones filosóficas, de modo que está muy lejos de colocar a la ciencia en la vanguardia de toda renovación.

En cambio, las “revoluciones pacíficas” mencionadas por Ugarte, que tampoco aparecen en Jaurès, se refieren al impacto de la ciencia, con su efecto disolutorio sobre las creencias religiosas y las supersticiones.⁸¹ Esa diferencia con el dirigente socialista se explica precisamente por el recurso a la confianza científica puesta en el positivismo determinista y evolucionista que

⁸⁰ Nótese que el verbo “analizar” se usa en sentido intransitivo. El término “tradicción”, identificado con el pasado y con los “prejuicios” –ajenos a la *razón*, entonces-, parece oponerse, en el contexto de esta crónica, a la fuerza de la *evolución*.

⁸¹ Encontramos una concepción cercana a ésta en Juan B. Justo según el análisis de Leticia Prislei (58-59). Para el socialista argentino, el arte y la ciencia posibilitarían un “plus cognoscitivo” común, que la autora sintetiza de este modo: “El reencauzamiento del sistema de creencias a través de la ciencia y el arte coadyuvarían al complejo desencantamiento de la sociedad en una larga marcha de consolidación del laicismo. En este sentido, el arte forma parte significativa en la formación de un sujeto individual y colectivo en cuyos rasgos aparecen las búsquedas de Justo en el horizonte de ideas y en las preocupaciones emergentes ante el proceso de democratización política y sociocultural en los años tempranos del siglo XX” (61).

apenas estaba en crisis entre los pensadores de este continente.⁸² Al respecto, cabe observar que Eric Hobsbawm ha demostrado que la crisis del paradigma positivista no fue un proceso uniforme ni lineal. Ubica entre los años 1875 y 1914 la “crisis intelectual” que hizo eclosión, sobre todo, en Europa occidental que, según describió, se manifestó como un rechazo por parte de los pensadores, de la razón y de la ciencia, en Europa occidental sobre todo, pero que no tuvo un gran impacto entre los sectores recientemente ilustrados⁸³ y menos aún en los sectores de la izquierda republicana o socialista, sino en zonas marginales de la alta cultura. En cuanto a Latinoamérica, el historiador británico comenta:

Y en el resto del mundo que quedaba fuera de la democracia occidental y el socialismo, la ciencia significaba poder y progreso en un sentido todavía menos metafórico. Significaba la ideología de la modernización, impuesta a unas masas rurales atrasadas y supersticiosas por los científicos, unas elites políticas ilustradas de oligarcas inspirados por el positivismo.⁸⁴

En este marco puede entenderse el modo en que Ugarte, pese a su fe en el *evangelio de la ciencia y la razón* (Hobsbawm 272), conoce la crisis intelectual que seguramente percibe a su alrededor, en los bulevares parisinos y también entre los intelectuales españoles (piénsese en la recepción que tuvieron Nietzsche, Shopenhauer, Le Bon o Taine a través de las traducciones españolas de Maucci o Sempere).⁸⁵ Desde su reciente adscripción al credo socialista, dicha crisis no es formulada como tal sino en términos de una pérdida de rumbo de las “multitudes aisladas” (un término francamente opuesto al del proletariado organizado que articula el texto de Jaurès) o crisis espiritual, como puede leerse en el extenso párrafo que citamos en la página precedente,

⁸²Jaurès se refiere sólo en otro momento y lateralmente a la ciencia y sitúa su utilidad en el pasado, cuando habla de los avances que permitió la revolución burguesa en la cultura. Aparece como una etapa necesaria (para derrocar la religión) pero insuficiente del progreso de la humanidad: “El universo no está más disciplinado, ni organizado por las antiguas hipótesis religiosas que se han desvanecido frente a las claridades de la ciencia. La ciencia sólo es aún un esbozo y, aunque disipe los fantasmas del pasado, no puede aportar a los hombres conclusión certera alguna” (415).

⁸³ “Y lo que absorbían las masas de nuevos sectores educados, (...) eran las certidumbres racionales de la ciencia decimonónica, enemiga de la superstición y el privilegio, espíritu que presidía la educación y la ilustración, prueba y garantía de progreso y de la emancipación de los sectores más bajos de la sociedad”, Hobsbawm (*La era del imperio...* 272).

⁸⁴ Ib. 273. y todo el capítulo titulado “La razón y la sociedad”.

⁸⁵ Cf. Real de Azúa (). Ya Alberto Zum Felde en el *Proceso intelectual del Uruguay* : 213 se refiere a la contribución de Sempere en la difusión de las ideas de Nietzsche, Proudhon, Stirner y Marx.

una cuestión que, por el contrario, Jaurès no menciona. Un poco más adelante en la crónica, la pérdida de rumbo reaparece pero esta vez se aplica a la juventud de intelectuales y artistas, “desorientada e indecisa” entre opciones “engañosas” como el monarquismo de Maurras y el anarquismo de Pierre Quillard y su *Revue blanche*. Frente a esto, no sólo Jaurès representa la “esperanza de un nuevo ideal” ofrecido a “la juventud”, sino que además, trae una “verdad sólida” a los “equilibrados (...) bien a caballo sobre su razón”.⁸⁶ Nótese, finalmente, la autofiguración del escritor como sujeto altruista orientado hacia un ideal trascendente y universal de superación humana.

Paralelamente al lugar pensado para escritores e intelectuales, la representación que hace Ugarte de Jaurès se funda en los rasgos del profeta y supone un vasto poder sugestivo y adivinatorio: “posee el arte de *percibir las cosas que escapan a los demás. Ha adivinado* la inquietud de los espíritus y *la ha calmado, para apoderarse de ellos y encaminarlos* hacia lo que él cree justo” (Ugarte 1902: 103). Otro modo de legitimar la figura del diputado socialista reside en la mención del éxito de la conferencia. La imagen del profeta se completa con el ascetismo y la abnegación del líder socialista, así como en su atributo de visionario, expresado en un contraste de su imagen, entre su desaliño corporal y humildad vestimentaria, y el vigor espiritual de su mirada.⁸⁷

Si a primera vista la crónica se presenta como una reseña de la conferencia, nos encontramos con que el cronista está menos preocupado por difundir sus argumentos que por presentar pruebas tendientes a mostrar a Jaurès como figura autorizada de la sociedad francesa. Para ello, el autor despliega una estrategia de mediación cultural abierta, de tipo propagandístico, destinada a lectores argentinos y sudamericanos. Como vimos, tal propaganda socialista se presenta atenuada retóricamente, tal como ocurría en otras crónicas.

Volvamos, para concluir, al título de la crónica (“El arte nuevo y el socialismo”). Este retoma casi el de la conferencia pero con una variación, el

⁸⁶ Ugarte, *Crónicas...* 103).

⁸⁷ “Y a la salida, cuando se apagaron las luces, Jaurès se alejó, simplemente, a pie, entre un grupo de compañeros, mal abotonado en su abrigo de campesino, con su cara tosca, sus modales burdos, y en los ojos, sólo en los ojos, la denuncia de que era el primer orador de Francia”, Ugarte (104).

agregado del calificativo “nuevo” para designar el arte. El de Jaurès podía tener una intención más didáctica, propia del *magisterio intelectual* ejercido por los militantes socialistas de origen burgués a comienzos del siglo XX⁸⁸ y destinada a ofrecer una lección de estética y filosofía política a la vez. En cambio, la caracterización del arte como *nuevo* apunta a otras cuestiones.

En primer lugar, intenta inscribirse en la lógica de la noticia periodística en tanto la disertación que promete implicará el suministro de una información sobre prácticas artísticas antes inexistentes o poco visibles. En segundo lugar, da cuenta, a nuestro entender, de una operación recurrente en las crónicas, marcada por una voluntad propagandístico-persuasiva. En este sentido, Ugarte interviene en el debate argentino e hispanoamericano intentando dar por históricamente superado el modernismo, y su concepción del arte inspirada en el *arte por el arte* parnasiano y en las corrientes simbolistas y decadentistas europeas. Por eso es que aparece en la crónica, más de una vez, la referencia a un supuesto momento de confusión en las *elecciones* artísticas de las jóvenes generaciones, y sobre todo, al hecho de que esa situación trasciende las fronteras parisinas.⁸⁹

El argumento de la superación responde, claro está, a la matriz evolucionista darwiniana, pero también a uno de los supuestos implícitos y compartido por los integrantes del sector vanguardista y restringido dentro del polo más autónomo del campo literario, que Bourdieu (1992) describió como la lógica de la revolución permanente según la cual las escuelas se suceden vertiginosamente en las definiciones del valor literario legítimo y de las formas literarias adoptadas. Esta creencia compartida por escritores y artistas hace que resulte difícilmente objetable toda tendencia a la que se haya atribuido el valor de novedad, en tanto constituye un valor en sí que sanciona y da entidad al fenómeno en cuestión. Este modo de valoración está presente en el discurso

⁸⁸ Prislei (41)

⁸⁹ “La palabra de Jaurès ha resonado muy oportunamente en estos momentos en que la juventud literaria de todos los países está desorientada e indecisa, ante el comienzo de un siglo que es el prólogo brumoso de algo insospechable” (Ugarte (1902: 102). Más adelante, leemos: “Y en esa incertidumbre, en esa espera de una verdad sólida que pueda servir de base para sus vidas futuras, aguardan grandes caravanas de soñadores a la puerta de la filosofía” (p. 103).

de Ugarte, y el argumento implícito en la calificación de un programa artístico como *nuevo*, busca imponerse por sobre cualquier discusión estética.⁹⁰

1. 3. En torno al estado de “evolución” de las jóvenes repúblicas sudamericanas en el presente: primeras formulaciones juvenilistas y racialistas

La primacía que adquiere lo político en el discurso de la crónica ugarteana, ya desde las *Crónicas del bulevar*, se verifica en la cantidad algo mayor de artículos sobre cuestiones de política y sociedad que de crítica de arte o literaria. Los problemas que preocupan a Manuel Ugarte en las crónicas que escribe desde París irán reapareciendo, algunos con variaciones, a lo largo de la década, de modo que nos detendremos en aquellos que son recurrentes en su libro de 1902. En cuanto a los componentes ideológicos de su discurso, su heterogeneidad es bastante nítida. Resulta de una combinación entre nociones y fundamentos provenientes, en primer lugar, de un positivismo naturalizado en las formas de aproximación a los fenómenos sociales –y en particular, de su fe en la ciencia, dogma que no se abandona–. En segundo lugar, vienen de un socialismo pensado como filosofía de una transformación social hacia el colectivismo.⁹¹ Este último parece ocupar la función de una filosofía ordenadora respecto de las alternativas espiritualistas hispanoamericanas, que Ugarte vive como falsas expectativas, y también de las alternativas nacionalistas que comienzan a circular en Europa aunque aún no tanto en Sudamérica.

A la vez, de un modo particular, se percibe la construcción de un juvenilismo propio de los primeros años de permanencia de Ugarte en París. Esta debe ser leída en el marco de las vinculaciones porteñas del autor con el modernismo, en especial el sentido renovador que dio a las prácticas de los jóvenes intelectuales; también está asociada a la aparición de *Ariel* a comienzos del año anterior.⁹² Ahora bien, más allá del “sermón” de Rodó, la

⁹⁰ Al respecto, Antoine Compagnon (1990) sostiene que una de las primeras tradiciones de la modernidad fue la de la superstición de lo nuevo como valor, que está a su vez estrechamente ligada a noción de progreso, y se define como una estética “del cambio y de la negación” (23).

⁹¹ Una de las consecuencias de esto tal vez sea que se diluya la reflexión en torno a la revolución y al lugar de la vanguardia histórica en la ésta.

⁹² Los datos suministrados por Real de Azúa (“Prólogo” de *Ariel*. Caracas: Ayacucho, 1976 : XX y notas 19 y 25) señalan que Rodó desplegó una estrategia muy cuidada de difusión de su

apelación a la juventud como grupo destinado a encabezar los cambios orientados a la evolución social mediante la elección de un rumbo *adecuado y necesario*, constituye un tópico ya codificado. Carlos Real de Azúa observa en su prólogo al libro de Rodó (XXXII) que el discurso destinado a la juventud era “*un género de oratoria sagrada*” que contaba entre sus cultores un “Sermón laico” de Ernest Renan de 1896 ante la Asociación de Estudiantes de París y muchos otros universitarios franceses.⁹³

Además de esta apelación a la juventud, en dos crónicas que analizaremos a continuación, aparecen en otras crónicas, reflexiones en torno a la raza cuando Ugarte se refiere a las culturas de los países periféricos, no sólo latinoamericanos. Nos interesa destacarlo porque, en primer lugar, esto es revelador del sesgo cientificista que va adquiriendo el discurso ugarteano desde su llegada a París. En segundo lugar, el racismo⁹⁴ es una clave de interpretación omnipresente en los análisis sobre Latinoamericana, en los que Ugarte comienza a incursionar. Finalmente, esto deriva en algunas formulaciones referidas al imperialismo que constituyen un primer esbozo de la orientación que adoptarán las tomas de posición de Ugarte en los años

libro hacia Hispanoamérica por vía postal (con dedicatoria y carta adjunta y valiéndose de una larga lista de direcciones), más allá de la rapidez con que se vendieron los ejemplares en las librerías uruguayas. Sin embargo, según este crítico, la difusión y el éxito continental del libro fue casi inexistente al comienzo, y se produjo con la reedición de Sempere, en 1908, cuya red distribuidora abarcaba todo el continente. Esto permite inferir que en los primeros años, se trató de un debate entre intelectuales. Las primeras reseñas pertenecieron a españoles (Unamuno, Valera, Clarín, Gómez Baquero, Rueda, Altamira) y aparecieron en diarios y revistas españoles entre abril de 1900 y enero de 1901 (*Revista crítica, El imparcial, La lectura*), aunque hay que mencionar la del uruguayo Pérez Petit en *El Mercurio de América* en mayo-junio de 1900, la del venezolano César Zumeta en junio de 1900 y la del chileno Eduardo Lamas en 1901. De modo que Ugarte, lector de la prensa española, tuvo probablemente noticias inmediatas de la aparición del libro por la vía periodística.

⁹³ Real de Azúa (XI y ss). La cursiva pertenece a dicho autor. Menciona entre los “predicadores laicos” a Jules Ferry, Anatole France, Ernest Lavisse, Léon Bourgeois y Jules Simon. En América también había discursos a la juventud anteriores a *Ariel*. Puede mencionarse, entre otros, el libro de E. Visconti, *Juventud*, de 1898 (en la cronología a la edición de *Ariel de Ayacucho*, 1976), Ángel Rama destaca el premio que obtuvo dicho libro en la Exposición de París de 1900).

⁹⁴ En *Nous et les autres...* Todorov distingue entre, por un lado, el racismo como conducta de odio y desprecio hacia personas con características físicas diferentes de las de otras constituidas en un “nosotros”; y por otro lado, el “racismo”, una ideología fundada en una doctrina acerca de la existencia de razas humanas. Todorov la define como “conjunto coherente de [cinco] proposiciones presentes en un ‘tipo ideal’ o versión clásica de dicha doctrina, algunas de las cuales pueden estar ausentes en tal o cual versión marginal o ‘revisionista’” (134 –traducción nuestra). Estas son la existencia de razas; la continuidad entre lo físico y lo moral; el principio determinista de la acción del grupo sobre el individuo; la jerarquía única de valores, en cuya cúspide está la etnia a la que pertenece el autor racista; una política fundada en el saber derivado de las cuatro proposiciones anteriores, en virtud del cual se deriva una política que “ponga al mundo en armonía con la descripción anterior” (137).

siguientes. Estas culminarán en su gira por Centroamérica y Sudamérica emprendida en 1911, y en su libro escrito durante 1910 y publicado a comienzos del año siguiente, *El porvenir de la América española*.⁹⁵

“La juventud francesa” ilumina el camino a “La juventud sud-americana”⁹⁶

Ambas crónicas aparecieron en *El País* de Buenos Aires en febrero y marzo de 1901, sucesivamente. Estos escritos son claves para comprender, por un lado, la evolución político-ideológica de Ugarte en el contacto con los debates europeos y por otro lado, el tipo de intervención intelectual que realiza así como aquél que imagina y aconseja a sus coetáneos americanos. Si tenemos en cuenta, además de la evidente cercanía temática, que aparecieron en *El País* de Buenos Aires una inmediatamente después de la otra, conviene leerlas en relación. De un modo análogo a la vinculación deseada entre las dos juventudes evocadas, la primera crónica provee el marco ideológico de la siguiente. En efecto, ésta se ocupa largamente de describir las posiciones en pugna en el Congreso de la Juventud celebrado en París unos días antes de la publicación de este artículo, para cerrarse con una proyección respecto de la necesaria “repercusión en España y en América” que “debe tener” el “primer resultado apreciable”, a saber, la preocupación por “el bien común”. La segunda adopta más abiertamente, como veremos luego, la forma de una interpelación, o de un llamado a la juventud.

La primera crónica constituye un buen ejemplo de las modalidades de la escritura ugarteana que combinan una enunciación propagandística amparada en la pedagogía ciudadana, con una evaluación sintética o general del debate político de ideas (que en la época aparece recurrentemente designado como las *tendencias*), lo que se relaciona con los imperativos retóricos del discurso sociológico positivista de la época. Así, el marco que servirá de introducción a la reseña sobre el Congreso de la Juventud de diciembre de 1900 es la referencia a los discursos sobre la decadencia francesa de las últimas décadas

⁹⁵ Debe decirse que en los debates finiseculares del Río de La Plata, el antiyanquismo y el debate de circunstancia en torno a lo latino y lo anglosajón estuvieron vinculados a una revisión de la tradición antihispánica posterior a la Revolución de Mayo. Cf. Zuleta (9-28; 165-189) ; Rubione (2006: 19-42).

⁹⁶ (Ugarte, *Crónicas...* 49- 67 y 69-86 respectivamente).

del siglo XIX, .Tales discursos habían sido motivados, primero por la pérdida de Alsacia y Lorena en la guerra franco-prusiana; por la Comuna de París, y más adelante se habían reanudado por el caso Dreyfus y por los distintos conflictos sociales y huelgas del movimiento obrero local. A esto se sumaban, en el contexto francés, las crisis de los gobiernos sucesivos durante la *III^e République* proclamada en 1877 al votarse una nueva Constitución. Ugarte contrasta ese pasado reciente con un presente marcado por la acumulación de “esfuerzos generosos”, y enumera indistintamente las iniciativas de formaciones políticas socialistas -la creación de las Universidades Populares, las conferencias y las cooperativas- y las políticas oficiales de los republicanos radicales en el gobierno, como la Exposición Universal de 1900. A la vez, presenta una utopía difusa que ya hemos señalado, en la que la ciencia es representada como garantía de progreso capaz de organizar las fuerzas históricas. El propio modelo de análisis responde a un discurso darwinista aplicado a lo social, como puede verse en lo que resaltamos en cursiva:

Y todo parece tender a difundir la ciencia y *determinar* una época mejor. Es una nueva era que se abre, después de clausurada la Exposición, y en la que la juventud francesa desempeña un papel preponderante. Siempre es la juventud la que decreta el porvenir. El siglo que empieza *trae el germen* de grandes luchas nebulosas, y es difícil saber cuál será el *resultado del choque* de tantas ideas exasperadas y tantas concepciones antagónicas. Las nuevas generaciones deben cortar el nudo. Por eso es curioso *seguirlas en su evolución* y sorprenderlas en sus preferencias actuales (50).

Pero sobre todo, Ugarte sienta las bases de un juvenilismo tanto más relevante para nuestro análisis cuanto que se enuncia simultáneamente al que puede leerse en el *Ariel* de Rodó. De este modo, proponemos analizarlo en diálogo con el arielismo y con las retóricas juvenilistas de las corrientes socialistas europeas, que pueden leerse en particular en las intervenciones de los intelectuales socialistas franceses. Vemos entonces que entre las fuerzas sociales Ugarte selecciona, a los fines de su análisis sociológico, una categoría etaria como la de juventud, sobre la que intenta esbozar una clasificación que hará derivar de otra más general “de los espíritus” que el caso Dreyfus había contribuido a poner en evidencia: así, puede hablarse según él, de espíritus “individualistas, enamorados del principio autoritario, los habituados a

obedecer o a mandar, los hombres de iglesia o de cuartel: el viejo mundo” que se oponen a “los altruistas, los científicos, los habituados a razonar y a descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo” (51). Estas dos “tendencias decisivas” se seleccionaron entre las multitudes y fueron determinadas por una síntesis entre fenómenos biológicos, fisiológicos y culturales:

La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos [enemigos o defensores del capitán Dreyfus], de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas (51).

Cuando Ugarte afirma que la clasificación entre los “bandos” se dio menos fácilmente en la juventud, parece buscar razones para comprender por qué no fue ésta quien encabezó la polarización en torno a Dreyfus. Encuentra una explicación en cierto aislamiento de ésta respecto de la “vida real”, intensificado por el hecho de estar “trabajada y solicitada por filosofías y sistemas contrarios, que todavía no habían tenido tiempo de imponerse a los espíritus”. De este modo, sostiene Ugarte, la juventud había sido llevada a elegir entre esas dos tendencias. El cronista les otorga, por momentos, rasgos transhistóricos en base a una borrosa oposición entre temperamentos que “profesan ideas avanzadas o no” (52); ambos resultan, desde la percepción de éste, “análogos a lo largo de los siglos” (53), tanto en el orden político cuanto en el artístico y se corresponden con “simetrías morales” que “se manifiestan en un sentido o en otro [...] según el ambiente” (53). Buscando correspondencias con las tensiones de la sociedad francesa en el presente, Ugarte distingue entre dos juventudes. La primera es definida con ironía como egoísta, epicuriana, bulliciosa y fácilmente “adaptada al mundo”, la segunda está conformada por los “tímidos, los estudiosos, los que habían sufrido injusticias, los que imaginaban una civilización superior a la actual” (53). La primera se ampara en una “contramoral cínica” inspirada según él en las obras de Nietzsche donde encontraba “una justificación y una bandera rara”, una “doctrina [que] era ‘el cultivo del yo’” (54), cuya existencia consistía en “acumular sensaciones”(56). El cronista no oculta su preferencia por la segunda, según él “más numerosa y considerablemente más sincera, que se

inspiraba en Bakunine (sic.), Karl Marx y Tolstoi. Proclamaba su fe en la vida y en la naturaleza y tenía la inmensa ventaja de ser una juventud *joven*" (56).

Este último pleonasma pone en evidencia que lo juvenil encierra un valor en sí y remite a una constelación de valores, representaciones y discursos políticos que se sobreimprime al concepto etario. Se trata de un uso que a comienzos del siglo XX es propio de las retóricas militantes socialistas y que, de mero momento biográfico, se convierte en un valor capaz de representar a grupos dotados de un sentido político transformador. El hecho de referirse al término "joven" implica ya una politización de ese sujeto colectivo, en tanto supone una constitución formativa y un imperativo ético destinado a tener una presencia histórica. Por eso el juvenilismo como conjunto de tópicos y modelos de acción, está asociado, en Ugarte y en el socialismo, a términos como *porvenir* o *elemento dinámico capaz de impulsar el cambio*, como puede apreciarse en la descripción siguiente:

traía una gran confianza en el porvenir y un deseo violento de reformar las cosas y componerlas de una manera equitativa (...). No era un grupo de ideólogos ni una reunión de adolescentes obstinados en ensayar una *pose*. Formaba una corriente de hombres sanos, que salían de las Universidades armados para la vida, con una base sólida de positivismo, defendidos por convicciones y empujados por esperanzas (...). Eran partidarios de una evolución hacia la humanidad. Y es natural que, en el caso Dreyfus, fueran defensores de la justicia (56-57).

Además de este juvenilismo característico del discurso socialista pero que, en el contexto latinoamericano se construye sin duda como una alternativa al juvenilismo arielista, como veremos luego en la crónica sobre la juventud sudamericana, cabe leer aquí una autofiguración de su toma de posición política pero también de sus reservas respecto del esteticismo modernista, las que, como veremos en el último capítulo de esta tesis, ya se planteaba Ugarte cuando animaba *La Revista literaria* en Buenos Aires, entre 1895 y 1896. Así se entiende que al presentar los rasgos generales de las dos juventudes, se refiera no sólo a elecciones estéticas de aquéllas sino también a las ético-políticas aun cuando está describiendo sus posiciones en torno al capitán Dreyfus:

Representan dos tendencias, independientes de un caso particular como es el caso Dreyfus. Aquéllos continúan buscando

rimas raras, acumulando paradojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad.⁹⁷

Lejos de quitar homogeneidad a la concepción positiva de la juventud que levanta Ugarte, esa polarización entre los tipos de juventudes denota en cambio cierta crisis en sus expectativas sobre el modelo liberal respecto del rumbo de las sociedades modernas. Esta crisis aparece considerada en la hipótesis de Real de Azúa⁹⁸ respecto del juvenilismo arielista, el que define como “un modo de denegación de las fuerzas sociales en pugna”, o sea como una manera de sustraerse a la crisis del pensamiento liberal amparado en la idea de progreso, una de cuyas consecuencias era la dificultad para incluir “entidades sociales definidas –clase, nación, raza, etc.-” en un “acontecer con sentido”. Real de Azúa sugiere así que

El progresismo, que venía impostando el pensamiento del porvenir desde antes de Condorcet, se unirá para esta emergencia con el inenarrable universalismo del pensamiento liberal, al hallarse éste desatendido o resistir formalmente a todo cargar sobre una entidad social definida –clase, nación, raza, etc.- cualquier dialéctica finalista y ascendente que en la historia pueda desplegarse. Excluidos tales sujetos de un acontecer con sentido, habría de ser entonces la ‘juventud’, esto es, la irrupción indiscriminada, genérica, de nuevas ondas de la vida humana en el escenario, la que tomara sobre sus hombros la palingenesis de todo lo existente, el advenimiento, inmemorialmente anhelado, de todo lo mejor (XII-XIII).

La contraposición de las juventudes que plantea Ugarte responde también al lugar de enunciación periodístico en que se coloca el análisis del cronista. En efecto, reaparece una estructuración que ya habíamos observado antes como uno de los rasgos característicos de las crónicas ugarteanas: una primera exposición general de la cuestión, inscripta en una retórica propia del “estudio” o el análisis que intenta sistematizar tendencias en el estado presente de una supuesta línea de evolución cultural (que en el texto se lee como

⁹⁷ Ib. 57. Ese distanciamiento respecto del modernismo puede leerse en el uso reiterado del adjetivo “raro” (como en el fragmento citado) a lo largo de la crónica, que sin duda remite a *Los raros* de Darío, para calificar el *habitus* decadentista atribuido al artista que de alguna manera dicho libro sintetiza: “Y todos los *snoobs* en busca de originalidad llamativa, encontraron en [las obras de Nietzsche] una justificación o una bandera rara” (54).

⁹⁸ Real de Azúa “Prólogo” de *Ariel*. Caracas: Ayacucho, 1976:XII.

tendencia moral). Un segundo momento de la escritura está dado por la presentación de noticias destinadas a apoyar las clasificaciones anteriores. Así, por ejemplo, la reciente creación de la Escuela de Altos Estudios Sociales fundada por universitarios, científicos e intelectuales con cargos públicos, de tendencia republicana y partidarios de Dreyfus. El detalle de los cursos y conferencias se analiza como una “nueva tentativa de evolución hacia el ideal y un nuevo medio de emancipación ofrecido a la juventud” y su objetivo se sintetiza como el de “enseñar a la juventud el mecanismo y el estado de la sociedad en que debe vivir”, mientras se dice que ciertas conferencias sobre la organización obrera, “trabajo, salario y aspiraciones”, están destinadas a que “la juventud ten[ga] una noción clara de lo que es la sociedad actual y de las reformas que exige”. Confluyen en la descripción las intenciones más renovadoras, de tipo reformista, de carácter oficial y aquellas con cierto grado de consenso público en los temas tratados, una combinación que Ugarte busca destacar:

Se trata de una Universidad donde se enseñará todo lo que se calla en las Universidades oficiales. Tiene el carácter de una protesta. Y es muy digna de atención puesto que la vemos formulada por notabilidades que han dirigido y dirigen actualmente la enseñanza superior en Francia (58-9).

Esta forma argumentativa se corresponde con la construcción de dicotomías que, como vimos, estructuran muchas de las crónicas. Si nos detenemos en esta forma discursiva, es para mostrar el modo en que es constitutiva del lugar de enunciación de Ugarte ubicado a menudo en la intersección de lo revolucionario y la renovación, la heterodoxia y la asimilación de las ideologías liberales que conciben al progreso como una fuerza natural de superación humana.⁹⁹ Resulta recurrente el uso de la antítesis como figura predominante relacionada con una tensión constitutiva de la trayectoria política e ideológica de Manuel Ugarte, marcada por fuertes contrastes entre sus disposiciones biográficas ligadas a su origen burgués, y las tomas de posición vanguardistas que adopta en el campo político. En el campo literario, Ugarte

⁹⁹ Esta misma crónica ofrece un fragmento de dicha ideología, que convive al menos en la textualidad con otra concepción más resistente al pensamiento dominante: “La insensatez de los que confían en la eficacia del bien, es quizás la mejor tentativa de religión. Todos los progresos realizados hasta hoy son debidos a los hombres, los partidos o las naciones que han tenido la audacia de confiar en un principio generoso” (58).

construye una posición ambigua (ambigüedad que explica su escasa consagración literaria, registrada en la poca visibilidad de su figura, pasada la década de 1910), debida, en parte, a la heteronomía en sus tomas de posición estéticas.

En la crónica sobre “La juventud francesa”, entonces, las formas antitéticas funcionan como posibilidades discursivas en las que Ugarte ensaya el difícil acercamiento y hasta la armonización de tendencias irreconciliables en la vida real, lo que da lugar a un discurso que puede definirse nuevamente en términos de heterogeneidad ideológica. Esta presencia contigua –en la escritura- de realidades antagónicas puede verse tanto en lo analizado anteriormente, en términos de una eufemización del carácter subversivo de prácticas y discursos políticos anticonformistas, como en la omisión –y por lo tanto, negación- del antagonismo de los discursos e ideologías evocados en las crónicas, en sintagmas que acercan horizontes ideológico-políticos contrapuestos. Así, por ejemplo, Ugarte se refiere vagamente a las “innovaciones acertadas y atrevidas” en conferencias como la del “secretario del Ministerio de Comercio, M. Fontaine, sobre la organización obrera”. Esto alcanza grados de conciliación voluntarista (entre lo *revolucionario* y lo *conservador*) como en la siguiente conclusión que expone tras reseñar el debate sobre el servicio militar, en el Congreso de la juventud francesa de Enero de 1901, que cierra la crónica:

El espíritu revolucionario de Tolstoi ha penetrado hasta el corazón de los mejores conservadores. La discusión se hace más tibia. Todos parecen estar de acuerdo (...). El Congreso de la juventud ha tenido la cordura de no votar ninguna decisión final. (...) Pero (...) ha sancionado un principio elemental, que dará nuevos rumbos: la necesidad de influir sobre la vida (66).

Si la idea predominante en la crónica es que la juventud aparece como un sujeto destinado a encarar las fuerzas del cambio y la evolución, advertimos que interviene a la vez en el desarrollo de la crónica, otra concepción de la juventud, que se aprecia cuando vemos que el escritor menciona a las universidades y otros espacios del intercambio intelectual de las formaciones artísticas parisinas.¹⁰⁰ Según ésta segunda concepción, la juventud es el

¹⁰⁰ El Collège d'esthétique moderne o la revistas *L'Effort*, *La revue naturiste* y *L'Oeuvre Sociale*

destinatario de los discursos socializantes y el receptor de las enseñanzas impartidas por intelectuales o especialistas provenientes de las esferas gubernamentales o de instituciones educativas del Estado; en dicha concepción está implicado el magisterio laico y social de los intelectuales. Entonces, la juventud aparece como el sujeto capaz de “encarar sin miedo la verdad” y ante todo como motor de la acción, pero acción que se deja guiar por profetas laicos, en este caso, los presidentes honorarios de las instituciones mencionadas (Zola, France, Charpentier, Rodin, Descaves). Ugarte Intenta siempre subrayar la legitimidad de estas tendencias y formaciones, encauzándolas en un sentido positivo de la evolución social.

Otro rasgo del juvenilismo de Ugarte reside en la perspectiva heterónoma con que define algunas tomas de posición estéticas, en una suerte de indistinción entre juventud política y juventud artística y literaria que lo lleva a asociar posturas conservadoras en política (en particular, el monarquismo y el nacionalismo) con tomas de posición esteticistas entendidas como *aislamiento somnoliente* e indiferente, o como culto del yo. Esta politización de los discursos sobre el arte recupera criterios estéticos del romanticismo que resultaban ya residuales, tales como la *belleza* y el *ideal*. Así se entiende que Ugarte ponga en duda la defensa de una u otra doctrina en base al “punto de vista del arte”, que en su argumentación aparece como demasiado lábil :

Est[e punto de vista del arte] haría casi suponer que el arte se presta a todas las fantasías, puesto que de él se reclamó también D’Annunzio cuando se convirtió al colectivismo. Pero sería aventurado suponer que los hombres se definen por la república o por el imperio, influenciados por la riqueza de la rima. No es juicioso que la suerte de una nación esté a la merced de un soneto (62-3).

La estructuración bipolar de la argumentación que organiza toda la crónica aparece también en el balance del Congreso de la juventud con la que ésta se cierra. Allí el cronista va contraponiendo valores políticos de los que parecen desprenderse naturalmente valores estéticos (“colectivismo” versus “capitalismo” pero, en cualquier caso, abandono del aislamiento del artista) hasta que el discurso se centra en una tendencia supuestamente común de la “nueva generación”, nombrada en singular, en torno a la que “todos los delegados se reconcilian” (66), respondiendo a una suspensión de los

antagonismos ideológicos que busca imponer la idea de un curso común hacia la *acción*, figurada también como “necesidad de influir sobre la vida” y mediante los verbos “reformular o conservar lo que les rodea” que dejarían atrás la “degeneración fatal de una juventud aislada...”. La describe con *síntomas* de indiferencia, somnolencia, momificación y “pereza de *dilettant*”.¹⁰¹ Como ya dijimos, este mecanismo encierra sin duda una forma de denegación del carácter irreductible de pugnas ideológicas que no responden más que a los conflictos de intereses propios del mundo capitalista, las que Ugarte parece aspirar a resolver discursivamente en una síntesis superadora formulada mediante tópicos vitalistas. Significativamente, dicha denegación resulta aún más efectiva cuando se trata de interpelar regiones periféricas como Hispanoamérica y sobre todo, de volver atractivos discursos políticos socialistas si no radicalmente transformadores, al menos anticonservadores. Así se comprende la indicación que hace Ugarte de una lección que debía extraerse, en España y América, mencionada al comienzo de este apartado: las concepciones antagónicas debían hallar un punto de acuerdo, que Ugarte encontraba resumido en el lema “ocuparse del bien común”, el único capaz de dejar atrás “las indiferencias de antaño”. En esta suerte de reconversión hecha a los jóvenes, quienes están en la mira de Ugarte son las generaciones intelectuales y artísticas de América, llamadas a abandonar una supuesta indiferencia originada en el artempurismo modernista, para orientarse así hacia el vitalismo de un yo capaz de intervenir en su entorno.

La siguiente crónica denominada “La juventud sud-americana” formaliza aún más, mediante varias estrategias, la interpelación a la juventud como modalidad de la intervención intelectual. En primer lugar, la crónica instala en sus lectores más directamente la discusión sobre las modalidades del compromiso juvenil que los sudamericanos necesitarían. Retoma las ideas de la crónica anterior sobre la “juventud francesa”, pero esta vez mediante una retórica fuertemente argumentativa que recurre a la clasificación moral entre por un lado, los apasionados por la vida, (ergo, por las reformas) y por el otro, los “desinteresados por todo”; al incremento de los estudiosos como garantía de renovación moral (o sea, que demuestra la confianza particular puesta en

¹⁰¹ (Ugarte 62). La cursiva es del texto.

los intelectuales); a la definición de lo juvenil como atributo ético y político; a la postulación de una moral de intelectual basada en la legitimidad del “estudio” (opuesto a una supuesta “pereza nativa” y a la ligereza de la imitación de “ideas comunes” que ahogarían la “propia personalidad”) o también de una “voluntad de saber que empuja a algunos hombres a discutir con su conciencia” (77).

En segundo lugar, el razonamiento se organiza en torno a dos argumentos de autoridad, seguidos de un manifiesto juvenilista destinado a interpelar a los sudamericanos, desde un lugar de interpelación y con un programa opuestos al de Rodó. El primero de dichos argumentos de autoridad tiene lugar en el marco ficcional de un diálogo entre un “Profesor de la Sorbona” y un estudiante sudamericano cuya identidad no se menciona, y el segundo, en el contexto de la reseña de un reciente folleto de Unamuno sobre la educación, publicado poco antes del artículo, que importa más, en la propia argumentación, por el señalamiento de éste como autoridad influyente sobre la “juventud hispano-americana” que por el contenido de sus consejos humanistas a los estudiantes. El anonimato del estudiante también torna más legítima la intervención ugarteana en tanto a través de dicho recurso el cronista vuelve impersonales las palabras enunciadas por aquel joven que en la crónica, se dirigirá a la juventud luego de conversar con el profesor francés. De este modo las ideas debatidas son llevadas a un plano general y se acentúa su carácter irrefutable y universalmente compartido. Además, en un gesto antiarrialista, no pone en boca de un maestro ficticio consejos y advertencias sino que utiliza la forma dialogada, realzando el lugar del interlocutor joven. Tampoco construye, como Rodó, su descripción de los debates en base a la retórica del diálogo socrático. Por el contrario, predomina en la crónica una ficción de intercambio entre posiciones igualitarias que sólo se distancian por la diferencia generacional antes que nacional o socio-profesional, lo que se ve reforzado por marcas de informalidad de la charla¹⁰² que la acercan incluso al modelo periodístico reciente de la *interview*.

¹⁰² Por ejemplo, ante la confesión del estudiante respecto del escaso número de “estudiosos”, el profesor “murmura”:

-Si es así (...) tienen ustedes revoluciones y desorden (sic) por años.

- Es que somos un país libre, -rectificó el estudiante, con cierto orgullo irrespetuoso- y no nos sometemos a nadie.

Pero la intervención contraria a la arielista que puede leerse a través de esta crónica, aparece sobre todo en definiciones alternativas de la identidad juvenil sudamericana basadas en la politización de sus rasgos. Estos van de la exhortación a “tener opinión sobre todas las cosas”, a la exigencia de precisión en las ideas con vistas a erradicar el peor de los males de la *política criolla* que para Ugarte es la tendencia hacia la oposición sistemática, insensata e impulsiva. Si *Ariel* se presentaba como un programa espiritualista, según el cual las tomas de posición de los estudiantes reunidos alrededor del maestro Próspero, se centraban en el fortalecimiento de la “voluntad individual” (Rodó 5) para preservar a la *civilización* de los avatares del progreso material, la intervención de Ugarte se construye en cambio como programa de acción pública que requiere una “vida intelectual” desarrollada. Para ambos escritores, el modelo está en Europa y en Francia pero Ugarte –a diferencia de Rodó y partiendo de la premisa de que la humanidad ha “llegado al nudo de la historia contemporánea”– busca particularmente los signos de aparición de “nuevas aspiraciones que fermentan” y que evidencian el carácter “transitorio” de la sociedad actual. Reaparece la estrategia propagandística socialista antes analizada, que postula eufemísticamente la insoslayable inminencia de una sociedad igualitaria. El cronista se enmascara detrás de autoridades indiscutibles, interpretando el sentido de la supuesta evolución humana:

Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre le presente (...) En el momento actual, especialmente en este recodo peligroso y terrible de la historia, la juventud puede detener o precipitar ciertas corrientes y dirigir hacia un punto u otro del horizonte la barca abandonada de la sociedad. El mundo ha llegado a un grado tal de madurez, que es posible darle, sin esfuerzo, la forma deseada. Es el momento de determinar un empuje decisivo hacia la emancipación. Sin tomar la etiqueta inmediata de ningún partido y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, debemos sostener, ayudar y alentar las ideas liberales, marchar hacia el progreso moral, ensanchar nuestras concepciones de la vida, sacudir los prejuicios, ennoblecer las ideas y poner todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad, de bondad y de justicia. La evolución reciente nos empuja hacia una vida más aligerada de animalidad y más accesible al altruismo. (82-3)

- Precisamente, -replicó el profesor con calma- la libertad no consiste en hacer oposición a todos los Gobiernos, sino en saber cuál es el Gobierno que se quiere” (70).

...*Juventud* quiere decir generosidad y entusiasmo. Debemos creer y obrar. No imitemos a los escépticos, que se abandonaban a la existencia sin voluntad, como barcas vacías. Somos el pensamiento y la fuerza. Tenemos un pie sobre el pasado y otro sobre el porvenir. Nos sentimos bien preparados para la lucha (84)

...Los jóvenes cederán paulatinamente al deseo de realizar un 'más allá' y dar forma práctica a sus sentimientos altruistas, tratando de atenuar las desigualdades y hacer reinar mayor equidad entre las gentes. Pero aparte de determinadas doctrinas filosóficas que sólo nos asustan cuando las ignoramos, la juventud no puede menos que estar de acuerdo con el pensamiento de Miguel de Unamuno y con las opiniones del doctor X, profesor de la Sorbona. El siglo que se abre será el campo de batalla de dos tendencias decisivas que alcanzarán su Austerlitz o su Waterloo. Una se dirige hacia el pasado y otra se aventura hacia el porvenir... (85).

Este alegato en favor de la acción resume bien uno de los sentidos de la intervención intelectual ugarteca que hemos venido analizando. Lejos de constituirse en un intelectual de partido, Ugarte privilegia formas larvadas de propaganda, a la vez que sus tomas de posición políticas lo acercan claramente a la vertiente jauresiana del socialismo europeo. Así, entre 1900 y 1902, el destinatario está lejos de ser el proletariado; son los lectores del diario *El País* (que el estudiante sudamericano menciona explícitamente) y en mayor medida los intelectuales hispano-americanos. Aún cuando escribe sobre una noticia pasajera, como el viaje en globo dirigible de Santos-Dumont entre Saint-Cloud y la torre Eiffel en octubre de 1901, Ugarte vuelve sobre el tópico vitalista. Entonces, contrasta el "sonambulismo de las vidas inútiles" con otra juventud, "laboriosa y audaz que hoy surge en todas partes como una germinación inesperada" sosteniendo una moral de la acción (cifrada en la *voluntad*, el *estudio* y la *destreza*) que proyecta en la "energía" del aviador brasileño. En la síntesis que ofrece de la vida de Santos-Dumont aparece además en germen una autoimagen de su posición, en tanto la descripción va abandonando referencias concretas para adoptar un tono generalizador. La historia de este aviador, al que describe como "hijo de millonario" le resulta así

“edificante” por el modo en que ha desertado de su entorno y se ha dedicado a la resolución de problemas prácticos, ennobleciendo la mera fortuna familiar.¹⁰³

1. 4. Los fundamentos de una modernización cultural

En este apartado analizaremos las crónicas que Ugarte dedica a representaciones teatrales, exposiciones artísticas, movimientos poético-literarios o producciones del propio periodismo cultural en su libro de 1902. Un primer aspecto llamativo es que ninguna está dedicada a publicaciones de escritores o poetas. Este rasgo, si bien es frecuente en la crónica modernista, puede vincularse, en el caso de Ugarte, con aquello que el escritor busca transmitir y que se refleja en el título del libro que compiló las crónicas (el “bulevar”), a saber una suerte de mirada etnográfica sobre las expresiones de la cultura urbana que describe como compleja y múltiple, con intereses efímeros, comparable a una “tromba indefinible” (15). Los artículos sobre estos temas, motivados por las circunstancias de la actividad cultural en París, que Ugarte propone dar a conocer a sus lectores americanos, permiten sin embargo relevar ciertas constantes.

Uno de ellos, “El teatro argentino en Europa”,¹⁰⁴ se suma a los diagnósticos de las letras americanas e incluye la postulación de un programa para éstas, donde el formato crónica viene a ser una suerte de plataforma. Así, la noticia publicada en un diario francés, sobre la llegada de una compañía de teatro criollo, motiva las reflexiones de Ugarte sobre la “literatura nacional”. Se registra en ella una perspectiva cercana a la de la alta cultura porteña que miraba con desconfianza el supuesto carácter primitivo de las realizaciones estéticas y la sedicente amoralidad criminal de los personajes. Para el cronista, la sofisticación estética alcanzada por el teatro europeo torna imposible el interés del público por el drama criollo, que refleja según él “el alma de la multitud”, definida como “rebelión de instintos”. Sin embargo, no deja de señalar un tipo similar de expresiones teatrales en la propia Europa, cuando comparar el teatro criollo con los espectáculos populares andaluces, acercando la figura del payador con la del “cantaor” gitano o flamenco. En

¹⁰³ “Una voluntad inteligente le guió desde sus primeros pasos. Y, en vez de disipar la riqueza, se dedicó a poner una excusa de gloria sobre el capital de su padre” (291). La crónica “Globos dirigibles” apareció primero en *El País* de Buenos Aires, el 19 de octubre de 1901.

¹⁰⁴ Ugarte, “El teatro argentino en Europa”, *Crónicas...*251-263.

defensa del teatro criollo ante la mala acogida de la crítica española, esgrime así un argumento basado en una equiparación de los resultados estéticos en España y Argentina en materia teatral. En cambio, en el caso del público francés lo caracteriza otorgándole el grado de máxima modernidad por su capacidad de valorar producciones teatrales estéticamente más complejas. Aquí Ugarte exhibe un criterio de caracterización de formas de literatura popular, basado en la idea de cierto atraso cronológico vinculado al menor grado de desarrollo de la sociedad argentina.

Es desagradable que exhibamos en el exterior, bajo el nombre de 'vida y teatro nacional', seres y costumbres que ya han desaparecido casi de nuestro país. Los extranjeros que no están a cabo de los rápidos progresos realizados, pueden suponer que los hechos que se desarrollan en el teatro criollo ocurren corrientemente en nuestros campos, y que, lejos de combatir esos productos de una semicivilización que ya hemos dejado atrás, nos aplicamos a perpetuarla, dándole el prestigio de la escena (260-1).

Este diagnóstico que se inscribe en la matriz liberal que oponía los modelos inconciliables, para la tradición nacional, de civilización y barbarie, recupera sin embargo para sí el término de lo criollo auténtico, que estaría dado por un tratamiento culto de la "vida de las pampas", del "misterio" que encierra esa "vida original", que Ugarte llega a definir como "cantera del arte del porvenir". Ugarte parece decir que las condiciones están dadas ("Todo indica que llevamos ese rumbo"; "no está lejano el día en que podremos hablar de *nuestra literatura*" -261) y el programa está trazado; sólo faltan sus cultores legítimos, respecto de lo cual el programa se reapropia un sentido de lo nacional, al que quiere hacer compatible, como veremos, con la idea de una renovación estética que tienda hacia formas más modernas. Así, Ugarte discute el carácter de nacional atribuido a las pantomimas circenses continuadoras de la tradición teatral del *Juan Moreira* aunque les otorgue un valor precursor al describirlas como los "primeros ensayos de literatura nacional". Si bien encuentra en el drama criollo materiales dignos de ser trabajados, reconoce la falta de talento en los resultados artísticos. Este reconocimiento coloca a su enfoque entre las menos apocalípticas de la recepción de la literatura criollista popular, que tal como lo ha descrito Prieto,

no eran predominantes.¹⁰⁵ Aquí aparece el aspecto programático de las intervenciones de Ugarte, extensible a otros escritores del período urgidos por la necesidad del “balance” (Prieto 183), como Rojas, Gálvez o Becher aunque las soluciones sean otras.

Ugarte entiende que, para elaborar un programa, ante todo debe señalarse la falta de producciones capaces de tomar dichos materiales locales y la necesidad de darle un tratamiento acorde a los patrones de literatura culta. Esta constatación se ve reforzada por el hecho de que sólo destaque como ejemplos de la renovación necesaria a *La ciudad Indiana* de Juan Agustín García y *La Guerra Gaucha* de Lugones, cuya preparación anuncia.¹⁰⁶ Significativamente, esboza una suerte de promesa formulada de manera enigmática : “Otros libros que tienden a parecido fin se elaboran en el silencio”, en lo que no podemos más que leer el propio programa literario, si tenemos en cuenta que en ese período se encontraba escribiendo los relatos que compilaría en 1903 en sus *Cuentos de la Pampa*.

Junto a esta redefinición de lo criollo, los otros aspectos que completan el diseño de un programa de modernización literaria inspirado en los modelos europeos atañen, por un lado, a la incorporación de la ciudad y por el otro, a la función que asigna al teatro como modelador de *conciencias*, ético y estético a la vez. En esto Ugarte no se aleja de los esfuerzos de la época realizados en Argentina por conferir al teatro títulos de nobleza literaria y por convertirlo en un instrumento de pedagogía ciudadana y moral (Seibel 267- 294), pedagogía

¹⁰⁵ Además del valor informativo respecto de la recepción del teatro criollo a fines del siglo XIX (publicada a mediados de 1900), la siguiente descripción permite observar el modo en que Ugarte no se identifica del todo con la censura del criollismo en Argentina, mirándolo con complacencia: “En Buenos Aires se han dicho cosas peores [que en España] sobre esos primeros ensayos de literatura nacional. Tras un corto entusiasmo, todo convinieron en decretar que el drama criollo era un atentado contra la razón y los buenos sentimientos. Algunos llegaron hasta afirmar que era una escuela de criminales. Y Moreira fue desterrado de la ciudad, y abandonado al suburbio, donde hizo las delicias de los que no saben leer, en esos pintorescos circos de lona, iluminados con kerosenne y burbujeantes de multitud, que son los coliseos de los que tienen pocos recursos” (*Crónicas...*255)

¹⁰⁶ El anuncio permite apreciar la cercanía de Ugarte respecto de la red de intelectual en el Río de La Plata, pese a su residencia en Europa, lo que se evidencia en la asidua correspondencia con los exponentes de la actividad cultural porteña y montevideana, entre 1897 y 1903, fecha en que regresa al país, y desde mediados de 1904 y 1911, cuando emprende su campaña. Entre 1912 y su regreso a Buenos Aires en 1914, son escasas las cartas con sus amigos de juventud: mantiene contacto epistolar con José Ingenieros, Juan José Soiza y Reilly y comienza a escribirse con Alfonsina Storni. En cambio, abunda su correspondencia sobre asuntos políticos con amigos latinoamericanos y militantes y dirigentes socialistas argentinos.

que supone la consolidación de una identidad nacional a través de la representación de lo local:¹⁰⁷

Es innegable que no pasarán los años sin que un verdadero artista (...) escriba la epopeya de los bohemios de la Pampa (...). Porque la palabra 'nacional' no puede aplicarse exclusivamente a las obras que presentan escenas del campo. La vida de Buenos Aires o las costumbres de nuestras viejas capitales de provincia, han dado y darán cuadro y asunto para dramas y novelas de positivo mérito. No debemos excluir las escenas gauchas; pero no es posible encastillarnos tampoco dentro de ellas. Asunto nacional es todo asunto argentino, desde la vida miserable y original de los indios del Sur, hasta la existencia suntuosa y casi europea de nuestra *élite*. En esa gama de diversidades puede ensayarse fácilmente nuestro espíritu, hasta encontrar su tonalidad propia. El teatro argentino no escapará a la ley que lleva a la escena un reflejo de la vida nacional; pero no alcanzará tampoco a olvidar su misión educadora. La verdadera obra dramática no debe limitarse a presentar las costumbres, aprobándolas con el silencio. (...) Y nuestro arte dramático futuro, que habrá aprendido en el de Europa la suprema destreza del *métier* y la elegancia y la corrección de la forma, podría ser, discretamente manejado, un poderoso educador. Lo que actualmente llamamos 'drama criollo' está destinado a transformarse o a desaparecer. No podemos seguir aplaudiendo en el teatro lo que condenamos en la vida real. Nuestra sociedad moderna y europeizada exige otros espectáculos (262).

Ugarte combina allí las dos lógicas definidas por Pascale Casanova (1999) en su análisis de las relaciones de los escritores con los espacios literarios dominantes en el campo literario mundial. Por un lado, entonces, la asimilación formal a los modelos literarios centrales marcados por una fuerte autonomía (lo que llama Ugarte la "suprema destreza del *métier*" que los dramaturgos deben aprender de Europa) y por otro lado, la acumulación de patrimonio literario nacional y literaturización de materiales locales, más o menos ligados a prácticas populares o, en su defecto, destinados a un público

¹⁰⁷ Seibel cita la declaración de los miembros la Academia del Teatro Nacional creada en 1900 y presidida por Martín Coronado, y su intento de que "nazcan obras y artistas que con orgullo llamaremos argentinos". Dice la autora que "conceptos similares se vierten la primera vez que un elenco argentino, la compañía de dramas criollos de los hermanos Petray, llega de gira a España, a mediados de 1900; según *El Diario*, si bien el público madrileño llena el Parish para asistir al *Juan Moreira*, 'ciertamente no concurrirá a la divulgación de nuestra cultura esa exteriorización del *arte nacional*', opina Bosch" (Seibel 274). A esa misma gira se refiere Ugarte en la crónica que analizamos, publicada en *El Tiempo* de Buenos Aires el 23 de julio de 1900. Es notable la coincidencia de las ideas de Ugarte sobre el teatro nacional, con las de los sectores porteños de la elite letrada.

amplio, un modelo inaugurado por Herder en su intento por legitimar la cultura alemana en base a la especificidad de las lenguas populares, sus relatos y leyendas (Casanova 300-348).

La propuesta de Ugarte cobra una dimensión interesante en el contexto de los debates rioplatenses suscitados a mediados 1880 y hasta el Centenario, en el espacio de la cultura letrada impactada por el fenómeno criollista que se difundía entre los sectores populares recientemente alfabetizados. Tal como analizó Adolfo Prieto, el consumo de literatura criollista tras la ampliación del público lector y la plasmación de ésta en otras manifestaciones y empresas culturales que se venía produciendo desde 1880 (el circo y los “centros” criollos o los desfiles de carnaval), pueden explicarse por las transformaciones producidas por la modernización, en particular las fuertes migraciones internas hacia Buenos Aires, contemporáneamente a la llegada de inmigrantes favorecida por la ley de inmigración dictada bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda. Según Prieto, esto tuvo como consecuencias la “diseminación de formas de vida campesina en los ámbitos urbanos” y “una generalización y mayor consistencia dada al horizonte impregnado de resonancias rurales que pareció prevalecer sobre muchos signos de la incipiente modernización” (Prieto 17). Si la primera reacción de la elite letrada ante la cultura popular criollista había combinado la “fascinación y la cólera” (Prieto 20), a comienzos del siglo XX prevalecería, según el crítico, una actitud de alarma que daría lugar a una ruptura de los vínculos que habían mantenido en contacto a los dos circuitos culturales, apreciable para él en la prensa periódica y en la cultura política (Prieto 157-168). Así, al publicar *El “criollismo” en la literatura argentina*, en 1902, Quesada encabezaría un verdadero “frente de oposición a la literatura de folletines criollistas” (Prieto 174), trazando un programa literario que recuperaba los mitos campestres y la gauchesca tanto en la lengua (evitando la “jerga ítalo-criolla” (Prieto 170) como en los modelos de conducta social enarbolados, en pos del mantenimiento del orden social establecido, según un ideal integracionista respecto de los inmigrantes y de las masas nativas instaladas en las ciudades. El *Santos Vega* de Obligado pero también los escritos de Leguizamón, Granada y Coronado se inscribían en dicha línea anticriollista.

En ese contexto, las ideas vertidas por Ugarte en la crónica “El teatro argentino en Europa” que se publica en *El Tiempo* en julio de 1900 resultan más que significativas pues se suman a las intervenciones en *La Nación* de Rafael Obligado y de Calixto Oyuela censurando el *engouement* de la elite porteña por el “Juan Moreira” de Podestá, así como a las réplicas de Eduardo Schiaffino quien valoraba en los dramas criollos su carácter representativo (Prieto 158-160). Entonces, al abordar la cuestión del “teatro nacional” con motivo de las representaciones que una compañía de circo criollo daba en Madrid, Ugarte, cotidiano lector de *La Nación* desde París, se hace eco de los debates que en Buenos Aires se venían suscitando desde *La tradición nacional* (1888) de Joaquín V. González.¹⁰⁸ Como se ve en el párrafo transcrito en la página precedente, dos líneas argumentativas matizan la animosidad anticriollista de tantos letrados: la primera supone la facultad mimética del arte al proponer una tolerancia necesaria respecto de las “escenas gauchas” (Ugarte *Crónicas...*262) porque, innegablemente, éstas perduraban en las costumbres provincianas. Lejos de polarizar los modos del tratamiento literario de “cuadros” y “asuntos”, Ugarte insiste en la “gama de diversidades [en] que puede ensayarse fácilmente nuestro espíritu” (262) como si esa posible complejidad armoniosa fuera precisamente un signo de la modernidad ya alcanzada por la nación, y perceptible en la variedad de existencias (la “vida miserable y original de los indios”, la “suntuosa y casi europea de nuestra *élite*”) capaces de convivir sin conflictos en un mismo territorio. El segundo argumento refiere otra cuestión, que traduce una concepción de la literatura como formadora de conciencias. El “drama criollo” es censurado por el cronista debido al primitivismo de las formas que instrumentaba. Aunque no lo haga invocando el peligro disolvente de la endeble nacionalidad, como lo haría Quesada, en el pasaje citado queda claro que Ugarte comparte con dicho enfoque la desconfianza respecto del modelo de conducta social implicado en el criollismo, en tanto se refiere por ejemplo a la necesidad de abandonar cierta

¹⁰⁸ Cfr. Dalmaroni *Una república de las letras...*(59-67) que sintetiza la “poética estatal de la literatura” (60) diseñada por González en *La tradición nacional* y destinada a “engendrar un sujeto colectivo identificado con la nación” (60). Fundada en el señalamiento de la literatura como discurso construido por un “sujeto nuevo” según Dalmaroni, “mezcla de genio artístico y arqueólogo o filólogo”, dicha literatura sería capaz de “establecer una continuidad integradora y de largo alcance sobre el pasado” (61) seleccionando, entre otros materiales, las formas poéticas de la “herencia popular”(61).

complicidad respecto de “costumbres (...) aproba[das] con el silencio”, en sintonía con el tópico antimoreirista. El núcleo problemático de la crónica coincide, salvando las diferencias programáticas, con el que ocupará Quesada en su ensayo crítico pues se trata de establecer los temas y estilos adecuados para teatro nacional, definición más abarcadora que su carácter de “argentino”.¹⁰⁹ Por un lado, la valoración del cronista es severa en cuanto a los riesgos de anacronismo cultural que conlleva el recurso a la figura del gaucho cuya actualidad, supuestamente, se ha perdido, coincidiendo con el enfoque de Juan Agustín García en *La ciudad indiana*. Por otro lado, sin embargo, Ugarte participa de la perspectiva más tolerante o matizada respecto del fenómeno criollista propia de la década de 1890 que describió Prieto. Además, al referirse a los personajes del teatro criollo como sujetos que “ya han desaparecido de nuestro país” (Ugarte *Crónicas...* 260), mediante una fórmula de época, que recuerda a “la pobre visión de una leyenda que desaparece” de Darío,¹¹⁰ Ugarte reproduce uno de los lugares comunes que desde la generación del Ochenta en adelante había relegado al pasado la vida rural, sosteniendo el triunfo de la modernidad urbana, aún de sus efectos más inquietantes.¹¹¹

La orientación mitigada de Ugarte respecto del teatro criollo y su insistente proyección hacia el futuro, propia de su concepción evolucionista de las formas culturales, encontrará pocos años después su materialización en la dramaturgia de Florencio Sánchez. En efecto, en esta crónica de 1900, Ugarte auspicia que por la fuerza del progreso “el ‘drama criollo’ está destinado a transformarse o desaparecer”, dejando de remitir a costumbres arcaicas y ajustándose a la sociedad “moderna y europeizada” (262) que no duda en postular como ya alcanzada. Dicho programa preanuncia el optimismo con que

¹⁰⁹ Al respecto, resulta significativa para un momento de tal alteración de las referencias identitarias tradicionales como fue el entresiglos, la distinción espontánea entre el epíteto “argentino/a” y “nacional” para caracterizar la producción literaria local. La primera aparece más cercana al sentido atribuido a lo nativo mientras que “nacional” parece corresponder a las expectativas del circuito letrado y remite, con su carácter formativo, a un programa cultural que, aunque impreciso o indefinido, podía inscribirse en el proceso de nacionalización de las masas dirigido desde el Estado. En el texto de Ugarte que venimos analizando aparecen los dos términos con sentidos distintos. El cronista ensaya una definición de lo que debería ser el teatro local en base a una oposición, menos razonada que espontánea, entre los términos señalados.

¹¹⁰ En su crónica sobre el carnaval de 1896, citada por Prieto (151).

¹¹¹ Veremos al analizar los *Cuentos de la Pampa* (1903), el modo en que el escritor pone en ficción la desaparición del gaucho y el arcaísmo de su figura.

Ugarte aplaudirá el teatro de Florencio Sánchez, en su estudio crítico “El teatro criollo” publicado primero en *La revue* de París, en *La razón* de Montevideo y en *Las nuevas tendencias literarias* (1908), que Prieto lee como una “versión menos tendenciosa de los orígenes de ese teatro” (182).¹¹² Resulta significativo que Ugarte no abandone el término “criollo” sino que lo resignifique al aplicarlo a las obras de Sánchez, atribuyéndole procedimientos novedosos, propios del teatro moderno.

Como se ve, la propuesta de modernizar estética y formalmente el arte dramático local (legible en su fórmula referida al arte europeo a emular, basado en la “destreza del *métier* y la elegancia y la corrección de la forma” -262) para que sirviera como “poderoso educador”, constituye la respuesta específica de Ugarte a los debates sobre las representaciones teatrales populares en el Río de La Plata. Otra propuesta aparece en cambio cuando se ocupa del escenario teatral parisino. Esto puede leerse como prueba del modo en que la vida cultural parisina era vivida por los artistas extranjeros como el centro de la novedad, y era depositaria de las formas e ideologías literarias tenidas por más legítimas, y capaz de consagrar en base a criterios específicamente literarios. En efecto, los análisis de Ugarte varían cuando éste se ocupa de las prácticas culturales de la capital francesa, respecto de aquellos dedicados a las producciones literarias o artísticas argentinas. Así, el programa, que consiste en ajustar dichas producciones a los patrones estéticos más modernos y a la vez a ciertos requisitos menos estéticos como la incorporación de materiales locales (legible en el fragmento citado), no aparece en el horizonte de creencias que organizan su evaluación de las expresiones culturales parisinas. En ésta última prevalece una mirada atenta a manifestaciones culturales estéticamente legítimas, menos interesada en la capacidad representativa de la literatura.

Así, después de la crónica sobre el teatro argentino en Europa publicada en *El Tiempo*¹¹³ de Carlos Vega Belgrano, Ugarte envía otra al mismo diario, sobre una puesta innovadora en la vida teatral parisina. Esta vez, es abandonada la preocupación estética respecto de las producciones

¹¹² Nos ocuparemos más adelante de dicho estudio en el capítulo sobre los escritos críticos de Manuel Ugarte.

¹¹³ “Teatro cívico”, *El Tiempo*, 23 de julio de 1900.

dramáticas, que se detiene en la novedad de temas y soluciones formales, y reemplazada por otro criterio heterónimo, más abiertamente político: la cuestión de la democratización del acceso de los sectores populares a los bienes culturales considerados literariamente legítimos y producidos por escritores dotados de cierto grado de capital simbólico (que Ugarte opone a lo que define como “mala literatura”) en el campo literario francés. Sus crónicas “Teatro cívico” y “El drama revolucionario ‘La Poigne’” son ilustrativas de esta mirada. En la primera, el discurso del cronista va adoptando un léxico y una retórica provenientes del sector vanguardista del campo político: la “solidaridad” está en el origen de las representaciones teatrales dadas en la sala pobre de la *Maison du Peuple*, y la “razón, el renunciamiento, la mansedumbre y tolerancia” son las disposiciones morales encontradas para “resolver” el desigual acceso a la cultura legítima por parte de las “clases laboriosas”. Con una visión miserabilista del público (“Esas pobres gentes”), denuncia a los “fabricantes de dramas o novelas populares” que con su “influencia embrutecedora sobre el pueblo (...) explotan los sentimientos bajos, sanguinarios y egoístas que la ignorancia cultiva en la multitud”. Confluyen todos los tópicos del discurso letrado construido desde mediados del s. XIX,¹¹⁴ asociados a la llamada *literatura industrial*, tanto en pensadores de derecha como de izquierda: los efectos alienantes de ésta, la creencia en la irracionalidad de las acciones (en la crónica, los personajes del drama son “muñecos fanáticos”) y una explicación en términos de subjetividades criminales que dicha literatura fomentaría por basarse en ellas. Sólo en este aspecto compara Ugarte el “teatro barato de suburbio” con los dramas criollos de los arrabales porteños. La solución parece residir en la sustitución de la mala literatura por otra, según un criterio pedagógico destinado a formar moral

¹¹⁴ Cf. Thiesse (*Le roman du quotidien*. Paris, Seuil (coll. Folio), 2000: 33-58). La autora muestra que la preocupación de las clases dominantes francesas por supuestos efectos incontrolables de las lecturas entre los sectores populares fue una constante y dio lugar no sólo a censos de libros de cordel durante el Segundo Imperio sino también a leyes destinadas a multar la publicación de folletines en los periódicos (como el “amendement” Riancey a la ley sobre la prensa, votada en 1850, que imponía una multa por la publicación de folletines en periódicos). Hacia 1900, los ideólogos conservadores acusan a la literatura popular de ser el origen de las sublevaciones obreras (desde la *Revue des deux mondes* y publicaciones católicas), pero también emergen discursos socialistas que parten de premisas semejantes, y encuentran en el folletín un mecanismo de dominación social en tanto vehículo de alienación tendiente a *envenenar* de conformismo y conservadurismo a los lectores, una función cercana a la analizada por Marx respecto de la religión.

y hasta cívicamente al público, en base a la idea de belleza concebida como el Bien: “una literatura benéfica, redentora, que depure, dulcifique, corrija y empuje a los hombres hacia el perfeccionamiento”, y capaz de poner en escena a aquellos personajes “sanos, fuertes, hermosos y bien intencionados que admiramos en el ‘Teatro Cívico’” (133). En esa confianza voluntarista y militante, puesta en lo que el propio cronista llama el “soplo misterioso que empuja a los intelectuales hacia la democracia”, tal vez resida el punto de menor sujeción al discurso basado en la creencia y necesidad de ejercer un control moral sobre la subjetividad de los sectores subalternos y cobra más peso la creencia redentora o liberadora de la literatura. En efecto, Ugarte imagina que el contacto mismo con formas de arte más complejas –ya no se refiere a un mensaje *sano*- dotará al público obrero de las herramientas y conocimientos necesarios para que, podríamos decir siguiendo a Bourdieu (*La distinction*), éste sea capaz de dominar teóricamente las prácticas críticas de consumo de bienes simbólicos basadas en el modelo cultural dominante que ve en la literatura una forma de “educación para la vida” (Thiesse). Por eso, al describir los sucesivos espectáculos del teatro Cívico, Ugarte no deja de detenerse en su carácter *docto*, delicado, de compleja ironía y *belleza* pero acompaña ese detalle describiendo su recepción por parte de “aquella masa atónita”. Dicha recepción cobra la forma de una epifanía, del develamiento de una verdad. La transformación cognitiva que opera en los espectadores es inmediata:

Cada uno puso su empeño en hacer valer las sensaciones de arte, y en hacer brillar la belleza ante aquella *masa atónita*, que asistía a la representación como al nacimiento de un mundo que se abría bruscamente y se ensanchaba, dejando ver horizontes rosados y mares cristalinos. Aquello fue una *revelación* para la mayoría (...) *La transición fue brusca*, y provocó un estupor pasajero. Pero todos se repusieron muy pronto, y estalló el aplauso delirante (132).

He aquí un modo poco usual para la época de concebir la cuestión de la democracia articulándola con una perspectiva de clase, sólo comparable al Jaurès de “El arte y el socialismo”. En el contexto argentino, se acerca a ciertas reflexiones de Juan B. Justo según las cuales, al decir de Prislei, “entre la clase obrera el goce del arte [se difunde] ‘como una expresión que tiene un

fin en sí misma y crea a raudales, como la ciencia pura, el más generoso placer” y lleva a “[acentuar] la idea de que el acceso a tales bienes produciría un *plus* cognoscitivo al agudizar la percepción de las contradicciones y complejidades de la experiencia social”.¹¹⁵ Si bien dicha creencia se enmarca en aquella que asigna un rol magisteril a los artistas e intelectuales respecto del público ampliado, confiere a la vez un papel más activo a los sujetos que por su pertenencia de clase establecen una relación dominada respecto de la cultura. Así, Ugarte no sólo refuta que pueda sostenerse “la incapacidad del hombre sin instrucción para concebir la belleza”, sino que denuncia como contradicción el que “siendo todos los hombres accesibles al arte, que es la manifestación más alta del ser humano, esté la inmensa mayoría alejada de él y condenada a vegetar en la sombra” (134).

Como hemos señalado anteriormente, la atención puesta en las manifestaciones de lo *nuevo* responde a una visión teleológica del arte que ya analizamos, según la cual la detección de las “tendencias” permite corregir o reforzar el rumbo hacia el que se encamina el arte. Este principio se combina con otra de las constantes que caracterizan las crónicas ugarteanas sobre prácticas culturales, legible en el intento de ajustar el rastreo de las manifestaciones artísticas nuevas, a una perspectiva heterónoma respecto de aquellas prácticas y tributaria de las tomas de posición propias de la vanguardia política. Por eso Ugarte lee en la pieza teatral *La Poigne* un modo de acción (la incluye en la categoría de las *obras de combate*) contra las “conclusiones de la clase dominante”, acción cuyo valor se funda en el éxito obtenido ante el público, imposible unos años atrás. La innovación de la obra reside en haber construido un drama “revolucionario”, capaz de poner en evidencia las tensiones sociales mediante la dramatización de un conflicto generacional y de valores entre un padre conservador y un hijo libertario (“Y nada contribuye más a la eficacia de esa prédica que el teatro, cuando pone en escena dramas como ‘La Poigne’” -202). De alguna manera, Ugarte lee un giro moral presente en las obras del *teatro social*, rastreando indicios de la síntesis alcanzada por la supuesta evolución de las manifestaciones teatrales que según él han sabido dejar atrás los “lirismos”, la “antigua concepción egoísta y

¹¹⁵ Cfr. Prislei “Los intelectuales y el socialismo...”, 61.

utilitaria” y el “ambiente de derrota moral” (201). Ugarte vuelve una vez más sobre uno de sus anatemas favoritos contra el artepurismo.

La función otorgada al teatro sigue en parte la de Jaurès, expresada cabalmente en su conferencia *Le théâtre social* de julio de 1900.¹¹⁶ Lo hace ante todo en la concepción del teatro como manifestación social y producto de una época en la que las fuerzas históricas convergen hacia una sociedad nueva porque, para Jaurès, la orientación del arte coincide con una conciencia política que ha evolucionado merced al avance de una clase obrera organizada, al punto de que se ha impuesto una sensibilidad nueva más allá de la clase revolucionaria.¹¹⁷ Ahora bien, mientras que en Jaurès el teatro es un producto de la actividad humana y como tal lo que allí aparezca interviene *per se* en el proceso de descomposición de las sociedades capitalistas, Ugarte no deja de creer en la deliberada misión educadora del arte, de proveniencia romántica, un aspecto ausente de la reflexión jauresiana. Esto se explica sobre todo por la pertenencia de Ugarte a las redes de intelectuales y escritores latinoamericanos en cuyos países de origen el proceso de diferenciación del campo literario no había concluido, y el espacio era fuertemente permeable a las presiones del campo del poder. En el contexto rioplatense, los jóvenes nucleados alrededor de Darío en su estancia porteña o que habían encontrado en el modernismo un modelo de valores estéticos y de producción literaria, en su intento por insertarse en el mercado a través de la prensa escrita, desarrollaban prácticas autónomas con vistas a profesionalizar su actividad. Aunque en contacto con los miembros letrados de la elite liberal, ya no provenían de ésta. Sin embargo, algunos más que otros (Lugones, Rojas, Gálvez), se constituyen ya sea directamente, en “agentes del Estado liberal modernizador” (Dalmaroni 25-53) o más indirectamente, mientras apuestan a consagrarse en el mercado, como lo ha demostrado Dalmaroni en el caso de Payró. El caso de Ugarte es particular pues su modo de intervención prescinde de cualquier puesto o trabajo para el Estado (a excepción de que fuera

¹¹⁶ Jaurès 429- 440. Volveremos sobre este texto al abordar la postulación ugarteana del arte social.

¹¹⁷ Nótese la argumentación claramente dialéctica del socialista francés: “...Así, pese a la división de la sociedad en clases, nuestro ideal es hoy tan poderoso, verdadero y bello, responde tan plenamente a la evolución económica y a las necesidades de la conciencia, que nadie puede hoy en día dejar de pensar sin pensar un poco con nosotros, aun aquellos que creen combatirnos” (Jaurès 439 –La traducción es nuestra).

convocado por Joaquín V. González para elaborar el Proyecto de Ley de trabajo, en 1903), y construye una figura de escritor intelectual inspirada en el modelo de intelectual de Zola. Encarna así para sus pares argentinos, la posición heterónoma del escritor, marcada por la construcción del escritor político, más allá de la visibilidad alcanzada por su figura y de los logros de su producción (esto es retomado en el capítulo 4 de esta tesis).

En la crónica dedicada a la obra “La Poigne”, persiste además el principio constructivo antitético que analizamos (que lee, en este caso, una oposición fundamental entre *egoísmo* y *libertad*), aunque esta vez el rumbo a seguir sea más explícito, del mismo modo en que lo son las últimas expresiones del teatro francés, objeto de su crónica. En cambio, en el cierre del artículo que incluye una exhortación a “nuestras juventudes”, reaparece la retórica eufemística de los dos caminos posibles y contrapuestos, elegida para dirigirse a los lectores porteños y sudamericanos, a la vez que se insiste en el carácter irrevocable y paulatino de la imposición de uno de ellos, señalado como el de la *razón* y las “ideas generosas”.¹¹⁸ Esta elección que puede llamarse moral, estuvo sin duda en el origen de las crónicas en las que Ugarte aborda cuestiones de política internacional.¹¹⁹ Ellas convergen en una misma preocupación, la de definir específicamente las identidades nacionales de los países no centrales, teniendo en cuenta los grados diversos de dominación imperialista inglesa, española, francesa o norteamericana.

Con las *Crónicas del Bulevar* se inicia el período más productivo de la vida intelectual de Manuel Ugarte, el que se extiende hasta su gira por los países latinoamericanos, en 1911. Allí aparecen referencias e inscripciones en debates del 900 en Buenos Aires que dialogan con las corrientes de pensamiento con las que Ugarte toma contacto en Europa: en primer lugar, la cuestión de la raza es retomada desde una perspectiva que ve en el socialismo una utopía de progreso social y alcanza conclusiones inusitadas y poco conocidas. En segundo lugar, la cuestión nacional, que Ugarte orienta hacia una perspectiva continental, lo que lo lleva a sus postulaciones

¹¹⁸ Ugarte, *Crónicas...*202.

¹¹⁹ “La raza” (*Crónicas...*161 -166); “Krüger” (221-224); “Aguinaldo” (225-228) ; “Un barco argentino en España” (233 -237); “Carta de un cubano” (265-274); “La reina Ranavallo” (279-286); “El zar en Francia” (301 – 308).

antiimperialistas. Esto se complementa con una posición de intelectual construida a partir de una lógica heterónoma que intenta articular sin conflictos la doble intervención en el campo político y en el emergente campo literario argentinos. Así, en el próximo capítulo, intentaremos demostrar que a lo largo de los artículos que va publicando en la primera década del siglo XX, Manuel Ugarte continúa la línea inaugurada en sus *Crónicas del bulevar*, pues escribe a partir de una combinación imaginada como posible, pero escindida o en tensión, de producciones literarias y escritos sociológico-políticos. Los puntos de encuentro entre esos dos universos discursivos cobran forma en, por ejemplo, sus ensayos sobre crítica literaria que tienden frecuentemente a la polémica y casi nunca a producir un conocimiento exclusivamente estético, aun cuando el objeto sea el arte. Finalmente, nos detendremos en otro aspecto que caracteriza esta *solución discursiva* propia de Ugarte que reside en su postulación del arte social como modelo necesario para la joven intelectualidad, pero también como tendencia irrevocable del progreso en las artes.

CAPÍTULO 2

LA CONSTRUCCIÓN DE UN INTELLECTUAL UNIVERSALISTA

Reflejar los sentimientos de su generación, descubrir la lucha de los espíritus en estas épocas desmelenadas y febriles sin mostrar sus preferencias y sin tomar posición, es tarea casi irrealizable. Al contacto de los entusiasmos, tiene que incendiarse también el alma vibrátil del escritor. Los odios, los deseos, los ideales de la multitud se le entran a pesar suyo por los poros del alma; la injusticia le arranca una imprecación; la desgracia una frase de solidaridad y envuelta en una tromba generosa, atraída por la luz, cámbiase la pluma en ariete y se despierta el apóstol.

Manuel Ugarte. *El arte y la democracia* (1905)

Entre 1904 y 1910, Manuel Ugarte emprende la publicación de libros de tipo principalmente ensayístico, además de continuar con la publicación de sus crónicas previamente escritas para los periódicos:¹²⁰ En *El arte y la democracia* (1905), *Burbujas de la vida* (1908) y *Las nuevas tendencias literarias* (1909) incluye artículos aparecidos en *La Nación* y en revistas y periódicos madrileños o parisinos¹²¹, además de estudios enmarcados en la crítica literaria, género en plena expansión, o que abordan cuestiones sociales contemporáneas. Recordemos que desde 1897, se encontraba en Europa, una experiencia que le proveía temas de análisis, además de vinculaciones, permitiéndole a la vez conocer las actualidades literarias de la moderna capital de las Letras.

¹²⁰ Recordemos su producción no ficcional del período: *Visiones de España*, Valencia, Ed. Sempere, 1904, *El arte y la democracia*, Valencia, Sempere, 1905, *Enfermedades sociales*, Madrid, Casa Editorial Sopena, 1906, *Antología de la joven literatura hispanoamericana*, Paris A. Colin, 1906, *Burbujas de la vida*, Paris, Paul Ollendorf, 1908, *Las nuevas tendencias literarias*, Valencia, Sempere, 1909.

¹²¹ *La lectura y La revue*.

Desde 1900, entonces, Ugarte alterna sus viajes de placer o por razones de militancia¹²² con la producción de crónicas, estudios, poesía y prosa. Reparte las publicaciones entre Buenos Aires, París y Madrid. Después de 1910, la *Revista moderna de México* le publicará también artículos, así los diarios venezolanos. En Argentina sus colaboraciones en *El Tiempo* se sumarán las de las revistas *El Sol* e *Ideas y figuras* (1911) dirigidas por Alberto Ghirardo, las crónicas para *El País* (1900-1901) y de 1901 a 1907, para *La Nación* así como poemas y cuentos escritos para *Caras y Caretas*. Es en España donde más artículos publica, como lo muestra su colaboración regular en la revista madrileña *La lectura* (1901-1920), entre 1903 y 1911, antes de abandonar el continente. Sus amigos de la bohemia madrileña lo ponen en contacto, a su vez, con los lugares adonde publican, como *La libertad* de Madrid¹²³, *Nuevo Mundo*, *Madrid cómico*, *La República de las letras*, *Helios* (Dirigida por Juan Ramón Jiménez) -entre 1903 y 1904-, *El País* de Barcelona que también recibirán los escritos de Ugarte, desde cuentos hasta artículos políticos.¹²⁴ También se registran artículos suyos de crítica literaria en *El Imparcial* y *El Heraldo* de Madrid, diario en el que Ugarte establecerá polémicas con Darío a propósito de su prólogo a *Las trompetas del órgano* del español Salvador Rueda, y con Rodó, respondiéndole a su crítica a la *Antología de escritores hispano-americanos* publicada por él en 1906.

En París, además de algún artículo en *Paris Journal* sobre literatura española contemporánea, ponderado por Paul Adam¹²⁵, escritor francés de novelas sociales de anticipación, publica entre 1905 y 1910 en *La revue* de Jean Finot un estudio sobre el teatro criollo, otro sobre escritores españoles

¹²² Sabemos por su epistolario y los cambios de direcciones mencionados allí, que Ugarte recorre España, Bélgica, Holanda, Suiza, Argelia y pasa vacaciones estivales en la costa Atlántica francesa, desde Arcachon hasta el *Pays Basque*. En 1904 y 1907 viaja a Ámsterdam y Stuttgart respectivamente, como representante del Partido Socialista de Argentina en los Congresos de la internacional Socialista.

¹²³ Ugarte comenta en *Escritores iberoamericanos...*(131) que en esa época escribía para dicho periódico “dos o tres crónicas semanales sobre la vida de París” hasta que el escritor Eduardo Ortega y Gasset, “desterrado en París por sus opiniones republicanas, pasa a ocupar [su] puesto”.

¹²⁴ En el caso de *La lectura*, *Nuevo Tiempo*, *Madrid cómico* hemos podido consultar directamente los ejemplares donde encontramos artículos de Ugarte y referencias a otras de sus publicaciones en las secciones “Revista de revistas” o semejantes; en otros casos, las referencias figuran en el epistolario de Ugarte por comentarios de lecturas de sus textos o recortes enviados por sus amigos. También, como ya señalamos, Ugarte consignó datos en *Escritores iberoamericanos de 1900* sobre todo.

¹²⁵ Cf. AGN, A. Ugarte T. I f.10, s/f.

contemporáneos y varios sobre el imperialismo norteamericano, y en las revistas latinoamericanas *El Nuevo mercurio* (1907-1908) dirigida por Gómez Carrillo y en *Mundial* para la que Darío, su director,¹²⁶ le pide una publicación. A fines de los años 1920, formará parte del comité de redacción internacional de la revista *Monde* de Henri Barbusse.

Efecto inevitable de la propia dispersión de este joven porteño tempranamente conectado con la vida cultural de las ciudades europeas, los libros de esa época poseen una gran variedad discursiva y retórica. Si conviene constatarlo, es porque la forma breve de los artículos y aún de los ensayos de corte sociológico puede vincularse con las condiciones en que éste producía: el ritmo de vida acelerado, pautado por viajes entre ciudades españolas, París y hasta por un ritual viaje a la colonia francesa de Argelia, sus experiencias de la vida urbana y la asistencia a cursos de sociología o de filosofía en la Sorbona recientemente reformada. Así, en algunos prólogos de sus libros, el autor presenta la composición -por cierto confusa- que los caracteriza, menos como el producto de una organización sistemática que como una transposición espontánea, debida a la "premura con que fueron expuestas [las ideas], al azar de las circunstancias, en medio de los juveniles entusiasmos y las ciegas improvisaciones". Esto vale tanto para el relato de viajes *Visiones de España* (1904) -que guarda cierta coherencia interna- como para el resto de los libros que proponemos analizar en este apartado: *El arte y la democracia* (1905), *Las enfermedades sociales* (1906), *Burbujas de la vida* (1908) y *Las nuevas tendencias literarias* (1909). En las crónicas y ensayos breves que componen dichos libros, fuertemente marcados por una exhibición del yo, que se traduce en un tono de intervención literaria y política, se reconocen algunos rasgos con los que Ángel Rama definió a los intelectuales de la generación finisecular, mayores que Ugarte -como Martí, Darío, Gutiérrez Nájera, o Julián del Casal, a quienes situó en la "cultura democratizada" correspondiente al 2do momento de la cultura modernizada internacionalista en América Latina.¹²⁷

¹²⁶ Cf. la carta enviada por Darío desde París, el 19 de abril de 1911 (AGN, A. Ugarte T. III f.22).

¹²⁷ Rama, Ángel, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985, Cap. II.

En efecto, pueden aplicarse a nuestro corpus tanto la improvisación como la superficialización y el oportunismo de las producciones de los jóvenes modernistas en los periódicos y libros, así como el interés por lo nuevo o el triunfo de la impresión subjetiva sobre el estudio pormenorizado. Ahora bien, al menos en el período de estos libros, tal vez no se lo pueda distinguir de sus mayores por su pertenencia a la "cultura modernizada pre-nacionalista" (Rama). El vuelco nacionalista es posterior y no se produce tanto en su producción literaria o crítica como en su pensamiento sociológico y su actividad política.¹²⁸

Si la crítica literaria representa buena parte de los artículos que van componiendo cada uno de los libros, el resto de los mismos resulta más variado en su temática y aun en su retórica. Está constituido por conferencias del publicista, crónicas sobre algún aspecto de la vida urbana francesa o española, o retratos de personalidades políticas o de literatos. Muchos permiten reconstruir la actividad de Ugarte como periodista o repórter, por las encuestas y sobre todo por las entrevistas y visitas a dichas figuras.

Pese a la heterogeneidad que los caracteriza, estos libros encierran ciertos dispositivos que permiten dar cuenta de su inscripción en el paradigma positivista visible en la retórica evolucionista que asumen, así como en la reiterada perspectiva de *balance*, síntesis de *tendencias*, y detección de *taras* y *enfermedades*. A esto se suma la adscripción al socialismo, cuando el autor se detiene a examinar la cultura contemporánea, en política como en artes. Así, irán apareciendo en algunas crónicas preguntas propias de las vanguardias socialistas, en torno al rol de los intelectuales y del arte. Éstas confluirán, hacia 1905, en la postulación de la doctrina del *arte social*, que ha de interpretarse como una actualización de la teoría romántica francesa del arte social. De este modo, en los artículos de crítica literaria que Ugarte multiplica hasta emprender su gira por Latinoamérica, los que serán analizados detalladamente en el capítulo 4 de esta tesis, se lee un doble intento de, por un lado, fijar una posición que sea superadora del artepurismo propio del modernismo

¹²⁸ De todos modos, éste no es el objeto central de este trabajo, simplemente me permito retomar los rasgos discursivos con los que Rama define la producción literaria y crítica finisecular. La hipótesis según la cual antes de la I. Guerra mundial, América latina aún no se piensa como problema regional ha sido sostenida, entre otros, por Patricia Funes, *Salvar la Nación* (2007).

hispanoamericano y por el otro, de sostener una figura de intelectual autorizada a intervenir en las *jóvenes repúblicas* por la legitimación adquirida en el campo literario. La doctrina del arte social se vuelve entonces a la vez un modelo literario fundado en la *mimesis* de las formas culturales americanas y un modelo axiológico de *engagement*. Por eso, como veremos aquí, las crónicas ugarteanas de la primera década del siglo XX permiten también reconstruir la intervención de Manuel Ugarte en algunos de los debates de los intelectuales hispanoamericanos en torno a la cultura del continente durante los años siguientes al novecientos. Finalmente, veremos cómo despliegan una concepción del intelectual afín o en consonancia con estos dos aspectos.

2. 1. “La pluma se cambia en ariete”

El regreso de Ugarte a Buenos Aires, en julio de 1903, coincidió con su adhesión al Partido Socialista Argentino, que selló con una de las formas modernas de la práctica intelectual, su conferencia, “Las ideas del siglo”, pronunciada en septiembre de dicho año en la sede del sindicato porteño “Operai Italiani” de la calle Paraguay. El texto fue editado luego en *El arte y la democracia*, un libro que mezcló intervenciones públicas producidas en el país, con crónicas anteriores a su regreso.

Como se desprende del epígrafe que encabeza este apartado, el discurso ugarteano asume un carácter inusual, importado de la matriz dreyfusiana de intervención de los escritores y, en un plano más amplio, recortado en el paño de la retórica militante socialista. La modernidad de su discurso reside en que se trata de una de las primeras formulaciones explícitas, en el ámbito local, sobre el rol de los intelectuales, pensado a partir de la idea de un saber y una práctica específicos que definen al escritor y que autorizan su intervención pública en el campo político. En este sentido, el modo en que el escritor experimenta en el cuerpo una transformación provocada por fuerzas irracionales (“Los odios, los deseos, los ideales de la multitud...”) tiene las características de una *conversión*, legible en la retórica evangélica del pasaje (“envuelta en una tromba generosa, atraída por la luz, (...) se despierta el apóstol”). A la vez, recupera la retórica residual del romanticismo político de inspiración lamartiniana y su versión local, la poética

de Almafuerte, para resignificarla en una modalidad activista. Dicha concepción del escritor que toma partido, del intelectual orgánico, se combina entonces con las creencias jauresianas en el artista como traductor de la sensibilidad de una época,¹²⁹ y en la obra de arte como espejo de un momento histórico, idea tomada de la noción hegeliana de *aire de época*. El carácter pionero de este discurso del intelectual como traductor de los deseos de las multitudes orientadas a un porvenir de justicia fue percibido como tal en el momento de su enunciación, como se desprende del comentario que el parnasiano Emilio Becher vuelca en la revista *Ideas* a poco de haber asistido a la conferencia sobre el socialismo en el *Operai italiani*, comentario en el que Becher parece mimetizarse con el lenguaje socialista reformista desplegado por Ugarte en su conferencia, coincidiendo ante todo en el rechazo romántico del *burgués* y en la atribución de un rol profético a los escritores:

Ha sido más que una manifestación de partido. Ha venido a afirmar la función moderna de la literatura, la necesidad de que el escritor sea, delante de los pueblos humanos, una especie de columna de fuego. Ha clamado, sobre la estéril actitud argentina, sobre las miserables preocupaciones de la política, de la bolsa, de los salones, la vocación del Ideal. En una ciudad donde el escritor es perseguido y despreciado, donde la literatura es un oficio infame, es de agradecerle que haya demostrado, contra la mediocridad imperante en los clubs, la superioridad social del artista.¹³⁰

Así lo ven sus contemporáneos, desde Gálvez que lo frecuentará cuando Ugarte permanece en Buenos Aires, entre 1903 y 1904, hasta Rojas (Carta AGN sobre el "Parti-pris del arte social") y Giusti en *Nosotros*.

De allí que la novedad de *El arte y la democracia* resida tanto en una formulación de un dilema - las letras, la política - cuanto en un intento de Ugarte por volver compatibles dichos universos discursivos. Así, son abandonadas las formas eufemizadas de alusión a un supuesto progreso gradual e inevitable de las sociedades hacia etapas superiores de organización cuyos caracteres no se precisan y va emergiendo una explicitación de la doctrina socialista. Este intento está ya presente en la conjunción que lleva el título del libro, donde "democracia" debe leerse, en el marco del socialismo de

¹²⁹ Cfr. Nuestro análisis de "El arte y el socialismo" (cap. 1).

¹³⁰ Citado por Cúneo, Dardo. *El romanticismo político* 25).

fines del siglo XIX (Halperín Donghi), como horizonte o forma institucional utópica de la emancipación social y de avance de las clases dominadas. Además, la intención activista se ve enfatizada por el subtítulo “(prosa de lucha)”.

El prólogo del libro puede analizarse en ese mismo sentido. Allí el autor pone en escena una tensión entre el “escritor” y el “ciudadano” que está destinada a dar legitimidad a su discurso atribuyéndose los rasgos identitarios del artista, y disputándolos a la concepción modernista del arte por el arte, dominante entre los escritores hispanoamericanos, a la que Ugarte se refiere también en términos de decadentismo literario. Así, aunque en su discurso recurra a la modalización, se define como un “enamorado de las letras, que son quizá mi razón de vida, pero enemigo del ‘literatismo’”.¹³¹ Esta hipótesis según la cual Ugarte no abandona su identidad de poeta y disputa a los modernistas en su propio terreno el sentido de las letras, al que le impone principios heterónomos, provenientes del campo político, también indica el grado de autonomía que adquieren en la época las representaciones de la actividad literaria entre los escritores. Por eso, es desde su “ser artístico”, que entiende como una mezcla de ensueño y de capacidad de *pensamiento* aplicada a la *vida*, que brega por una intervención en el espacio público, intentando refutar lo que a sus ojos es el “prejuicio (...) de que el condensador de belleza resulta inepto para toda otra actividad”, generado por la abstención de “contribuir a transformar favorablemente las cosas y a levantar el nivel de las instituciones”.¹³² Así, vemos que aunque admita que las páginas de su libro no son “trozos literarios” sino “jirones de la lucha social y de la vida intensa contemporánea”,¹³³ Ugarte no descarta ni renuncia a que otros de sus libros “descubr[a]n los paisajes interiores del artista”. La propia discursividad del prólogo abona esta idea si tenemos en cuenta el grado de estilización de su prosa, contra cualquier expectativa de una escritura más política y hasta doctrinaria. En efecto, el texto adopta los tonos y tópicos de la poesía modernista, acumulando metáforas y comparaciones cargadas de lirismo:

Como los audaces pescadores bretones que se lanzan lejos de las costas, empeñados en buscar el límite de las brumas,

¹³¹ “A los lectores”, Ugarte (*El arte y la democracia V*).

¹³² Ib. VI, para todas las citas.

¹³³ Ib. VII.

tenemos que salir en la juventud hacia el ideal, confiados más que en nuestras propias fuerzas en la justicia de nuestra causa [...] La divisa del artista tiene que ser: sentir intensamente pero sonreír (sic) por encima de los acontecimientos, tanto en la felicidad como en el desengaño. Es innegable que conviene a la juventud cierta insensatez tranquila, domadora de imposibles. Nos nos será fácil atravesar a nado todos los mares, escalar todas las montañas, abrírnos paso en todas las selvas y darle un beso al sol, pero intentarlo es dejar testimonio de una fuerza moral que agiganta al hombre y le prepara para realizar después las más lejanas quimeras (VI-VII).

Mientras asume “salir del arte puro”, Ugarte se apoya en su *sensibilidad* de artista manifestándolo en la materialidad de la escritura. Borra, por considerarlas arbitrarias, las supuestas fronteras entre el escritor y el ciudadano mediante la misma retórica vitalista que leíamos en crónicas anteriores, según la cual la *acción* (presente en los actos corporales descritos en el fragmento tanto como en la autoimagen de “domador del mar”) debe contener el *ensueño* para “neutralizar la costumbre y vivir la vida real”¹³⁴. En la referencia a la acción *neutralizadora de la costumbre* puede leerse la intervención específica de los intelectuales, en términos de una crítica de la cultura en sentido amplio.

Si nos interesa resaltar este aspecto del discurso de Ugarte, es para señalar que se trata de una formulación temprana de la oposición entre el artista y el político, la función artística y la pública (Gilman). La aparición de dicho tópico está ligada al proceso de profesionalización del escritor y a la consolidación de un espacio literario diferenciado, con reglas propias, en el que Ugarte ocupa una posición heterónoma emergente. Hasta entonces, la figura del *letrado* ya presente en el romanticismo no suponía una escisión entre funciones o prácticas específicas sino más bien una identidad indiferenciada en la esfera pública. Pocas habían sido las intervenciones de escritores que, reclamándose de un alto valor simbólico atribuido a las letras y, en particular, de la novedad estético-literaria, buscaban hacer coincidir esa vanguardia con los valores propios de los sectores más de avanzada en el campo político. En estas tomas de posición coinciden, en Argentina, las figuras de los anarquistas Alberto Ghirardo (1875-1946), Juan Mas y Pi (1878-1916), José de Maturana

¹³⁴ (Ugarte *El arte y la democracia* VII). Para todas las comillas de este párrafo.

(1884-1917), Alejandro Sux (1888–1959), Juan Pablo Echagüe.¹³⁵ Así se entiende la disputa con la concepción del arte puro, que está basada en la importación del paradigma político propio del dreyfusismo.

De este modo, Ugarte justifica su intervención en la política, que se cuida de mantener en armonía con su identidad de escritor. Aquí nos distanciamos de lecturas de la intervención ugarteana basadas en la idea de un conflicto entre su actividad literaria y su praxis política (Ehrlich).¹³⁶ Insistimos en que la propia lógica del campo literario argentino en constitución (en el que intervienen latinoamericanos como Darío o Rodó) de comienzos de siglo, hacía posible la representación de este tipo de oposiciones, de modo que conviene leerlos como discursos antes que como hechos. La presencia de voces surgidas de la propia esfera del arte que respondían a la presión de fuerzas externas al campo-provenientes de la política- del mismo modo en que otras respondían a la presión del mercado de bienes simbólicos, está fundada en una oposición entre autonomía y heteronomía, de tal modo que la importación de valores propios de la política por parte de ciertos escritores constituye un modo de distinguirse de sus pares, y de cuestionar el valor literario fundado en la autonomía absoluta del arte, mediante una concepción universalista de las actividades intelectuales. Así se entiende que Ugarte asuma un discurso que responde a una lógica heterónoma, aspirando a una posición universal, capaz de abarcar a la vez al pensador-científico, al periodista y al político. En su caso, esta disputa con posiciones artepuristas simbólicamente más dominantes que la suya, se da en el interior de una misma generación (Ugarte suscribió por un tiempo al modernismo y su crítica se dirige a sus cultores). Paradójicamente, esto contribuye a la consolidación del espacio literario en su proceso de diferenciación.

En las páginas de *El arte y la democracia*, el autor podrá entonces abordar tanto la denuncia de la miseria de las clases populares parisinas¹³⁷

¹³⁵ Esto atañe incluso al propio Leopoldo Lugones cuando co-dirigía la revista *La montaña*.

¹³⁶ Ehrlich, Laura. «Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo». *Políticas de la memoria* 6/7 (Buenos Aires, Verano 2006/2007): 105- 119. Cf. también Olalla, Marcos. «Literatura y política. Apuntes sobre los supuestos críticos de la modernidad en Manuel Ugarte». Arpini, Adriana: 55-80.

¹³⁷ El libro se abre con la crónica "La conquista del centésimo" (Ugarte, *El arte y...* 9-18) que responde a las convenciones del género: el sujeto propone al lector un recorrido por la ciudad y le revela sus secretos –nocturnos, inusuales, extraños al gusto burgués- ; la crítica a la modernidad a través de una estilización de la prosa que combina el tono ligero con el

como cuestiones de doctrina socialista, de política partidaria o de propaganda, sin abandonar su “razón de vida” evocada al comienzo de las palabras dirigidas a los lectores. Esta forma de la subjetividad de *artista militante* explica en parte la atenuación estratégica con que Ugarte expone su credo socialista, aun cuando ésta es explícita. Se cifra en el modo en que se defiende de las ironías formuladas en *La Tribuna* a raíz de un artículo suyo aparecido en *La Nación* en octubre de 1903, donde denunciaba el arresto y encarcelamiento de que había sido víctima en esa fecha, al haber acompañado por las calles porteñas a Alfredo Palacios, candidato a diputado para las elecciones de marzo del año siguiente: al “señalar los vicios de un sistema, protestar por otros, constatar el mal y pedir el remedio”, lo hace evitando los “apasionamientos”, por juzgarlos “antiestéticos e ineficaces”¹³⁸.

Un mes antes, en “Las ideas del siglo”, había expuesto su adscripción al socialismo presentando una autoimagen basada en dotes intelectuales y una moral igualitaria y sencillista:

No soy más que un simple hombre de buena voluntad que ha leído, que ha comparado, que ha sabido quizá comprender algunas de las cosas que ha visto y que, con toda sinceridad, viene a decir lo que él cree ser la verdad. Esta conferencia no será, pues, una exposición dogmática llena de afirmaciones decisivas, sino una simple conversación familiar en la cual trataré de decir con claridad y sin vanas fórmulas retóricas mi opinión sobre algunos de los problemas que hoy agitan la conciencia universal (19-20).

Dicha conferencia parece enunciarse, al menos desde un punto de vista doctrinario, desde la posición universalista que adopta la intervención intelectual de Ugarte, tal como venimos analizando. Por un lado, al argumentar en torno a la posibilidad y necesidad del socialismo, tiene en la mira cualquier sociedad humana sin distinciones, aun cuando los únicos ejemplos se refieran a la política francesa. Por otro lado, son escasas las referencias a las discusiones específicas del Partido Socialista Argentino hacia 1903, y las que aparecen insisten en aspectos que también se debatían en Europa, como por ejemplo, la cuestión relativa al carácter moderno del partido, derivado de su

dramatismo de las escenas; una fábula para cerrar la crónica con el repertorio modernista de la mezcla entre vida real y fantasmagoría, en una ficción de diálogo con un hombre “de fisonomía serena y noble”, con “ojos azules llenos de ideal” y con final sorpresivo (“Pero ese hombre se llama Jesucristo, y sólo lo he visto en sueños”).

¹³⁸ “Una aventura policial” (Ugarte, *El arte...* 143).

forma organizativa.¹³⁹ Esta universalidad en la perspectiva deja ver el grado en que Ugarte había aprendido la lección de los debates del socialismo europeo e internalizado los modos de legitimación de ese tipo de discurso, pues se inscribe completamente, como veremos, en la discursividad de los *Grandes relatos militantes* de las corrientes europeas de pensamiento, analizada por Marc Angenot. Según dicho autor, este discurso capaz de dar respuesta a todo, toma como axioma la afirmación hegeliana presente en el prefacio a su *Filosofía del espíritu*, según la cual “lo verdadero es el todo y sólo el todo es real”. También la interpreta como la búsqueda de un discurso total en el que todo debe “desplegarse como una intriga que contiene un Narrador trascendental, o al menos un sentido inmanente, una orientación inteligible y un desenlace, de modo tal que pueda inscribirse en esa trama la *pars destruens* de una crítica radical de la inequidad pasada y presente, y la *pars construens* de una demostración de la caída inevitable del antiguo mundo y de la aparición de un mundo liberado del mal” (Angenot 14).¹⁴⁰

En el contexto específico de la Segunda Internacional, en cuyo seno, como ha señalado Georges Haupt, por un lado, se había dado la ruptura definitiva entre la socialdemocracia y el anarquismo y por el otro, se había consolidado asimismo la hegemonía del “marxismo científico” como cuerpo doctrinario sistematizado por el socialista alemán Kausky, la voz de Ugarte se hacía eco de los principios mecanicistas con los que se auguraba universalmente el destino emancipado de la humanidad. En efecto, el determinismo en el proceso histórico y la lucha de clases se presentaban como

¹³⁹ Una argumentación que está lejos de incluir referencias locales explícitas: “Los partidos políticos no tienen, en su mayor parte, por ahora –y no es quizá culpa de ellos sino del ambiente–, ni programa, ni principios, ni razón de ser. Son simples agrupaciones heterogéneas (...). Sólo el partido socialista puede declarar de dónde viene y adónde va. Por eso debe ser el partido de los jóvenes” (Ugarte, *El arte...* 45).

¹⁴⁰ También parece inspirarse en las tesis hegelianas de la *Fenomenología del espíritu* y de la *Enciclopedia de la ciencias filosóficas*, cuando argumenta que la sociedad humana ha asumido formas que constituyen *etapas de un gran espíritu en marcha hacia...* o que “cada uno de esos momentos ha sido un estado transitorio que ha dado nacimiento a formas nuevas”, aunque no se trate de un discurso organizado exclusivamente en torno a la fenomenología de Hegel. Este eco hegeliano aparece también en *Enfermedades sociales*: “En todas las naciones vemos las mismas enfermedades sociales[...]. Lo que conviene es fomentar un entrelazamiento de imitaciones benéficas y abandonar a los rezagados del nacionalismo la convicción infantil de superioridades regionales. Las victorias se borran, las teorías se desvanecen, las rivalidades ruedan, y sólo queda el alma humana multiforme que atenace el ideal y que la sombra retiene, en esas luchas brumosas y desconcertantes de *la conciencia final que se despierta*”(23 – la cursiva es nuestra).

las claves explicativas para entender el presente y el porvenir de las sociedades humanas.¹⁴¹

Al mismo tiempo, la impronta cientificista y universal que adoptará el discurso de Ugarte en “Las ideas del siglo” era capaz de parecer más familiar y de conferir legitimidad a ideas que su auditorio porteño, fuera de los obreros, desconocía -cuando no se demostraba hostil a ellas-. La de Ugarte puede así definirse como una *acción* intelectual propia de la fase de expansión de las ideas socialistas por el mundo y en particular, por Latinoamérica. Tal como lo ha estudiado Patricio Geli (121-143), las posiciones del PS argentino en los congresos de la Segunda Internacional, referidas a la cuestión inmigratoria –en las que Ugarte tomó parte como representante del partido- ponen en evidencia una “tensión entre la pretensión universalista de la ideología socialista europea del período 1889-1914 y su decodificación eurocentrista de los procesos históricos en América Latina que deriva en el predominio de una lectura reduccionista de los fenómenos latinoamericanos y la expulsión del análisis de aquellos hechos que no resultan adaptables al paradigma evolucionista del viejo mundo” (Geli 121). Ya veremos los aspectos universalistas del discurso de Ugarte, y aquellos que sólo se explican en el marco de algunos debates políticos locales. Con todo, existe una creencia firme en él, según la cual cualquier socialista del mundo posee un repertorio común, y está inscripto en la misma tradición emancipadora de los desposeídos, una de cuyas líneas históricas se remonta a la Revolución Francesa.

En este marco se entiende que en “La Revolución Francesa y el socialismo” (127-131), que junto con la conferencia que venimos analizando constituye, como ya dijimos, uno de los escritos más doctrinarios del libro, Ugarte apele a una tradición propia de las formaciones utópico-socialistas francesas de la primera parte del siglo XIX y aun de las marxistas posteriores. En efecto, Ugarte lee selectivamente la Revolución Francesa, es decir adopta

¹⁴¹ Cfr. (Haupt, Hobsbawm et al. *Historia del marxismo* v.2, 232). Respecto de esta cuestión, en su libro *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos* (2007) Horacio Tarcus ha señalado que “La compleja teoría histórica de Marx acerca de los modos en que en cada época histórica se organiza la producción social y se realiza la apropiación del excedente económico fue leída, en el marco de la doctrina marxista de la Segunda Internacional, en términos de una teoría evolucionista de corte histórico-filosófico, según la cual la historia marchaba ineluctablemente, siguiendo una serie de estadios sucesivos y necesarios, del comunismo primitivo al comunismo moderno, pasando por la esclavitud, la servidumbre y el capitalismo” (Tarcus 26).

su representación jacobina como despertar de los pueblos. Un despertar incuestionablemente violento, un “huracán igualitario”, que fue capaz, por un instante, de hacer rodar todo “al vacío” pero que, en tanto proyecto de emancipación, quedó inconcluso debido a la falta de organización y de saber científico. Precisamente, es con estos dos atributos que el partido socialista vendría a completar lo iniciado un siglo atrás. Aunque esto se contradiga con otras zonas del discurso ugarteano más proclives a insistir en la posibilidad de revoluciones pacíficas, el hilo principal de su argumentación gira en torno al hecho de que “en un momento dado, cualquier pueblo es capaz de derribar cualquier tiranía; de lo que *ninguno ha sido capaz hasta ahora* ha sido de preservarse de ellas en toda circunstancia, de tener en jaque al mal” (128- la cursiva es nuestra). Queda implícito pero es fácil de inferir que el rol del socialismo ya estaba inscripto en aquella “prehistoria de la emancipación social” (131) a la que sólo un partido organizado podía dar continuidad armándose de herramientas llamadas científicas y sustituyendo la “poesía” por “una serie ordenada de constataciones y de axiomas” (131). El presente parece dar su sentido cabal a las luchas originarias, y así es como se *ligan* los ideales revolucionarios con el socialismo actual:¹⁴²

El pueblo francés, jadeante, orgulloso de su triunfo, seguro de su victoria, después de haber recorrido en tres años el camino de un siglo, empezó a decrecer en sus ímpetus y a retrogradar por las etapas del Imperio y del Directorio (...). La nación que en un empuje maravilloso y casi sobrenatural había hecho un paréntesis de porvenir en el pasado, sintió la fatiga de su esfuerzo, sin comprender que al detenerse se declaraba vencida. (...) Más o menos decisivas, más o menos valiosas, la democracia había alcanzado en aquellos años una serie de victorias que la colocaban en excepcionales condiciones para realizar buena parte de sus anhelos. Sólo faltaba delimitar el ideal, concretar las reivindicaciones, ensayar un poco de aritmética social y hacer de las grandes realizaciones algo preciso y tangible. *Babeuf presentía el socialismo pero no alcanzaba a condensarlo en una fórmula.* Fue quizá también esa incertidumbre la que impidió que la masa se posesionara más resueltamente del momento histórico, y consiguiese imponer y

¹⁴² En este aspecto, es de notar que Ugarte acuña una noción de democracia precisa, centrada en la idea de poder popular no mediado y capaz de imponerse sobre los “privilegiados”, y hace convivir un análisis de tipo estructural, atento a las condiciones objetivas, con explicaciones propias de la psicología leboniana de las masas, esgrimiendo una “tendencia al descuido y a la pereza” que habría incidido en la incapacidad del pueblo francés para “conservar las ventajas obtenidas en momentos de heroísmo”(128-129).

afianzar su predominio...En la reacción se ahogaron, naturalmente, *todas las esperanzas del proletariado* (...) La Revolución no había sido hecha completamente en beneficio de una casta, como han afirmado algunos después. Había sido un movimiento confuso, donde coexistieron todos los matices. La clase más preparada se apoderó después de él. (129-130-cursivas nuestras).

Ahora bien, en la conferencia “Las ideas del siglo”, estos modos de legitimación universales, basados en una perspectiva tanto doctrinaria como internacionalista (aunque bien podría llamarse eurocéntrica) no son los únicos. El examen de los destinatarios del discurso de Ugarte permite precisar su posición. En primer lugar, los argumentos destinados a convencer de que se avecinan cambios radicales en las sociedades, dejan ver una estrategia que ya habíamos analizado antes, según la cual Ugarte construye un diálogo imaginario con los miembros de la clase dominante local. Tanto es así que son los únicos interlocutores explícitos de su conferencia, y se sostiene en la interpelación que enuncia una advertencia a través de la siguiente paradoja: “Oh, prudentes conservadores! Cuán revolucionarios sois”.¹⁴³ Al querer convencerlos de que su resistencia a los reclamos del proletariado puede traer las peores consecuencias para ellos, en tanto ésta agudiza los conflictos entre las clases, Ugarte parece buscar una alianza de orden moral y hasta sentimental con ese sector, pero sobre todo convencerlos mostrando el mal menor ante los cambios que trae el nuevo siglo. Ugarte sitúa su punto de enunciación en el interior de la clase de la que ha decidido alejarse, emulando a la mayoría de los intelectuales socialistas de su época, pero menos cínica

¹⁴³ Este tipo de discurso fundado en una advertencia apocalíptica recuerda la interpelación del narrador dickensiano, en *Tiempos difíciles*. Para prevenir contra los peligros del exceso de materialismo de los capitalistas, éste advierte: “¡Oh, economistas utilitarios, maestros de escuela en esqueleto, comisarios de realidades, elegantes y agotados incrédulos, charlatanes de tantos credos pequeñitos y manoseados, siempre habrá pobres en vuestra sociedad! Cultivad en ellos, ahora que todavía estáis a tiempo, las gracias supremas de la fantasía y del corazón, para adornar con ellas sus vidas, que tanta necesidad tienen de ser embellecidas, o de lo contrario, cuando llegue el día de vuestro triunfo completo, cuando hayáis conseguido raer de sus almas todo idealismo y ellos se encuentren cara a cara y a solas con su vida desnuda de todo ornato, la realidad se volverá lobo y acabará con vosotros” (Dickens 194-195). Otra formulación de la advertencia se encuentra en el discurso célebre de Perón en el que sugería a la burguesía avenirse a las reformas sociales, resignando sus orejas para no perder las manos.

que socavadamente, como si se tratara de un último intento de complacencia o de benevolencia simulada, respecto de esa clase.

En segundo lugar, puede leerse hacia el final de la conferencia una alusión implícita al anarquismo, la posición a la que se enfrentaba el socialismo en el interior del sector vanguardista del campo político argentino. En efecto, aparece una estrategia de demarcación respecto de las tácticas anarquistas, en una crítica que afirma el justo equilibrio y defiende la necesidad de “iniciar en América lo que se llama en Alemania una *Real politik*, es decir una política de reformas inmediatas y tangibles” (Ugarte, *El arte...*43):

A igual distancia de las incitaciones a la revuelta y de los crueles conservatismos, existe un terreno matizado, que es el que conviene a nuestro esfuerzo. Es evidente que hay que acabar con el estado de guerra que hoy reina entre los hombres (44).

De todo esto, tratemos de hacer entrar en la vida actual lo que la vida actual está preparada para recibir. No exageremos la dosis, pero no pequemos tampoco por timidez. Hagamos una campaña de reformas, ya que no es posible hacer una campaña de soluciones. Tratemos de modificar y resolver, ya que no es posible transformar y resolver. Pero marchemos con paso firme, y no nos dejemos intimidar por nada (45).

Ugarte anticipa la llegada del socialismo por la fuerza de la evolución, basando su argumentación en la idea del desenlace natural de un destino existente *in nuce*, inscripto en el origen de la era capitalista, inaugurada políticamente con la Revolución Francesa:

Hay que transformar el régimen, o mejor dicho, hay que realizar todas las promesas que el régimen hizo concebir, porque el lema de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad, contiene todo el programa del socialismo (44).

La idea de que la transformación vendrá por etapas sucesivas de evolución -habla incluso de “movimiento evolucionista”(28) y de un “socialismo escalonado” (40)- se apoya en un análisis de las formas socialistas del presente que, dialécticamente, harán que la “revolución socialista se produ[zca] gradualmente” (37).¹⁴⁴ Citando a Jaurès, se refiere al “comunismo económico” al que basta dar un sólo paso más, al tiempo que apoya las

¹⁴⁴ Cabe aclarar que el término de *evolución* aún no se oponía al de *revolución*, como ocurrirá después de 1917 y tras el IIIer Congreso de la Internacional Comunista.

tácticas de la *Real politik*, que estarán en el centro del debate durante el Congreso de Ámsterdam del año siguiente, defendidas por Kausky y Jaurès. Además, en el plano nacional, la posición ugarteana tiene puntos de contacto con la concepción de Juan B. Justo acerca del Partido Socialista como único partido organizado (Camarero, Herrera 14-16). Se acerca también a las posiciones de Alfredo Palacios en ese mismo período, caracterizadas por lo que Martínez Mazzola analizó en términos de una estrategia de diferenciación respecto del anarquismo, la que lleva a los socialistas a “enfatar la importancia de la participación política y el carácter evolutivo y pacífico de la evolución social” (94). En este sentido puede entenderse la inclusión en *El arte y la democracia*, de “Algunas bases para la legislación obrera”, tomadas del anteproyecto de ley de trabajo en el que tomó parte el autor, convocado por el ministro Joaquín V. González.¹⁴⁵

La conferencia adopta todas las legitimaciones del socialismo concebido como una etapa superadora en la historia de la humanidad, a la vez que estructura su exposición buscando el orden argumentativo y la ostentación de la verdad científica, en una retórica que recuerda la de Jean Jaurès quien es, por lo demás, la única autoridad intelectual mencionada por el orador. Las seis partes que estructuran el discurso, señaladas con marcas tipográficas, postulan todos los tópicos de los Grandes relatos militantes destinados a ofrecer una “hermenéutica histórica total” (Angenot 7) construida en base al diagnóstico oscuro de una crisis de las sociedades presentes.

Este “discurso de la necesidad histórica como ‘moral’ inmanente al mundo” (Angenot 17) que logra aclarar la confusión del presente volviendo transparente el porvenir, y que lo explica a su vez en tanto etapa de una sucesión, está en la base del dispositivo de la conferencia. Así, el sujeto que se propone examinar las “ideas del siglo”, lo hace convencido de que el siglo XX contiene la solución a la crisis diagnosticada. Además, se lee una confianza en que las propias ideas son capaces de desentrañar la Verdad del curso de la historia. Ugarte aparece como el garante de un futuro figurado como una panacea. Recurriendo a la modestia convencional y a la serenidad en el tono,

¹⁴⁵ Se trata de apuntes sobre los principios generales que rigen la necesidad de las leyes de protección a los asalariados. A su vez, publica en la revista *Ideas*, año III n° 23-24, de marzo-abril de 1905, el artículo “Sobre el proyecto de ‘Ley de trabajo’ ”: 406-426.

promete decir sus ideas “sin inútiles intransigencias, sin impetuosidades contraproducentes, seguro de que sólo la tranquila afirmación de la verdad, el obstinado esfuerzo de las ideas, conseguirán vencer los obstáculos, más de costumbre que de convicción, que impiden el florecimiento de una sociedad más justa” (20). El curso de la historia orientada hacia el socialismo es a tal punto presentado como un fenómeno natural, que cualquier resistencia a esas ideas parece vana y hasta borrosa. El voluntarismo de su creencia lleva a Ugarte a desestimar la existencia de conflictos de intereses o de diferencias ideológicas, atenuándola, para lo cual ofrece la prueba de la presencia en la sala de “personas de opiniones tan diversas” (19). La supuesta tolerancia casi unánime del público presente es señalada como indicio de la armonía entre los hombres que se va produciendo gradualmente, y a la que está destinada su historia (las “luchas pacíficas del porvenir”, los “torneos de razón”). Si bien no desconoce del todo el conflicto de intereses antagónicos de clase, encuentra que el terreno de esas luchas ya ha sido ganado por el nuevo orden de armonía que se impondrá, presuponiendo que es posible un convencimiento *por las buenas*.

Una vez más, comprobamos que Ugarte se dirige a la porción de público con la que comparte el mismo origen de clase, pese al lugar elegido para la conferencia (el teatro del sindicato de obreros italianos), y también, en un sentido más amplio, a quienes no eran militantes socialistas. Se trata de una estrategia similar al modo eufemizado que leíamos en las *Crónicas del bulevar*, cuando Ugarte aludía al mundo por venir. Esta referencia se mantiene hasta el final de la conferencia, donde se vuelve incluso más preciso el destinatario pues, como ya dijimos, hablará de “clases dominantes” como “prudentes conservadores” cuya torpeza corre el riesgo de precipitar la tormenta social.¹⁴⁶ Una vez que ha autorizado su calidad de simple ciudadano, convencido de la necesidad de revelar una Verdad que no le pertenece sino que proviene de la ciencia, el conferenciante destinará las seis partes siguientes de su discurso a

¹⁴⁶ Este principio de solidaridad social circula ampliamente en el socialismo reformista. Supone la creencia en la necesidad de un Estado como burgués esclarecido que debe mediar entre el capital y el trabajo, para mantener la paz social. En la época, era fuertemente cuestionado por los economistas liberales como Mills o Bastiat, en nombre de la responsabilidad individual que contenía *per se* una moral capaz de frenar la tendencia a la acumulación irracional de capital y defendiendo el librecambismo contra el proteccionismo. Cf. Zimmermann 41-49 y 173-192; Laurent, Alain. “Le conflit libéraux-solidaristes au 19e siècle”.

legitimar el socialismo. Las etapas argumentativas van retomando paso a paso los siguientes tópicos:

1- La idea evolucionista de la historia explicada por su correspondencia con los fenómenos de la naturaleza misma y por el carácter evolutivo de las formas de gobierno de las sociedades humanas.¹⁴⁷ Se reconoce en el determinismo asignado a los fenómenos sociales, la doctrina hegemónica del marxismo de la Segunda Internacional, que hacía confluir a Darwin y a Marx en tanto, como señala Tarcus, “la fe en el progreso irreversible de la humanidad se confunde inextricablemente con la creencia en que la historia marcha de modo ineluctable hacia la emancipación humana” (Tarcus 27).

2- La imperfección de las sociedades del presente, verificable en el sufrimiento por las condiciones de trabajo de las mayorías, la miseria, los privilegios de la minoría y la corrupción moral de esta clase (lo que Angenot (9, 20) describe como el “mal social”, “escandaloso para la conciencia”). Este miserabilismo permitía a la vez señalar la entropía irremediable inscripta en el capitalismo, cuyo fin estrepitoso se pensaba inminente.

3- Un señalamiento de la “atmósfera del siglo” definida hegelianamente como el producto de una tensión dialéctica entre las “realizaciones alcanzadas” y las “aspiraciones nuevas”, y la presentación del socialismo como la doctrina nueva y superadora que ya se ha impuesto en las conciencias, por la fuerza evolutiva.¹⁴⁸ La aspiración es, según Ugarte, general. Apela a la moral generosa para fundar la adhesión ampliada. Aquí también, explica las resistencias que recibe con hipótesis de orden psicologista (la “pereza intelectual”, la “pusilanimidad del hombre”, el “escepticismo ante los sueños”), eludiendo todo sentido de pugna.

¹⁴⁷ “Si todo cuanto existe sobre el planeta, hasta el planeta mismo, es una reunión de átomos que se transforman sin tregua; si sólo hay vida a condición de que haya movimiento, ¿cómo hemos de pretender que los hombres, que son los reyes del universo, los productos más vivientes (...) de su vida, deban permanecer inmóviles en medio de la general renovación, atados a las fórmulas de sus antepasados y condenados a volver a vivir (...) lo que ya vivieron otros?” (21). Más adelante, insiste en dicho argumento preguntando a la audiencia: “¿Bastará nuestro silencio obstinado y nuestra fingida indiferencia para detener esa evolución, para poner trabas a la realización de un fenómeno físico, cuyo secreto está en las entrañas de la naturaleza, en perpetuo trabajo de renovación, en eterna gestación de vida?” (39)

¹⁴⁸ “La transformación de la sociedad capitalista en sociedad colectivista o comunista, y la abolición de la guerra y el salariado, no pueden asustar ya a nadie. Todos los hombres de buena fe y sano corazón se muestran inclinados a ello. A cada instante oigo decir en torno mío: ‘pero yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también deseo mejorar la suerte de los trabajadores, (...) deseo el fin de las guerras, (...) hago votos por que haya menos desigualdad entre las fortunas; (...), espero para la humanidad mejores destinos” (28-29).

4- La definición del socialismo como modo de organización colectivista que ya está en germen en las sociedades actuales (sin distinción de las particularidades nacionales), y cuyos indicios (“átomos y núcleos”, 31), Ugarte detecta en las “cooperativas”, las “empresas de servicios a cargo del Estado” (que le permiten deducir que ya ha desaparecido la competencia como motor de progreso indispensable), y en la figura jurídica de la expropiación, prevista en las atribuciones del Estado. La “nacionalización del capital”, evalúa Ugarte, se presenta como una etapa en la progresiva marcha hacia el colectivismo.

Como señala Angenot, el socialismo se legitima aquí en base al axioma del determinismo histórico, así como en la capacidad predictiva de la ciencia socialista. Todo parece indicar que bastaría sólo un último paso en la serie progresiva, para realizar completamente el colectivismo.¹⁴⁹

5- Una de las últimas pruebas está dada por el argumento de la necesidad histórica, y se lee, tal como lo analizamos antes, en los términos de una advertencia a las clases dominantes respecto del potencial arrollador de los movimientos sociales. El orador lo ilustra mediante una metáfora climática (el socialismo como una nube que puede convertirse en tempestad si choca con la atmósfera), enfatizándolo con la paradoja del domador cuya acción hostil favorece el alzamiento de la bestia maltratada.¹⁵⁰

Este tópico es uno de los pilares sobre los que se basa Ugarte para pensar la posición del Partido Socialista en las sociedades capitalistas, y aparece también en su nota sobre “El impuesto progresivo” (Ugarte, *El arte y...* 123-126), en forma de carta dirigida al director de *La Tribuna* de Buenos Aires: más allá de que por su naturaleza misma, el Partido sea el representante de los intereses de las clases dominadas, el autor se ubica, estratégicamente, desde el punto de vista de los intereses de la burguesía. Pone el énfasis en que se trata de la única formación política capaz de encauzar el conflicto social

¹⁴⁹ “Pero cuando oyen confesar que la revolución social se consumará gradualmente, humanamente, sin maravillas, esa prevención se disipa, y caen todos al fin en la cuenta de que aquellos pretendidos soñadores ilusos son simples hombres prácticos, que si ven un poco más allá del momento, no pierden la noción de las realidades” (37). “Todo anuncia que hemos llegado a una de esas encrucijadas de la historia en que surge un gran remolino de vida nueva y en que la sociedad cambia de estructura (38).

¹⁵⁰ “¡Oh! Prudentes conservadores (...) Sois los mejores apóstoles de las ideas nuevas, los más eficaces defensores de la transformación inevitable, porque sólo vuestra terquedad, sólo vuestra hostilidad contra la democracia, han podido dar incremento en tan pocos años al movimiento evolucionista. Sin vosotros, la obra hubiera fructificado más tarde. La habéis hecho madurar a cintarazos de injusticia” (40).

derivado naturalmente de la explotación capitalista. Nuevamente, Ugarte defiende el reclamo de este “partido organizado” (124) que propone las llamadas “reformas”, menos desde una lógica confrontativa que en base a una retórica de la advertencia a la clase dirigente, postergando deliberadamente toda discusión ideológica más elemental y por ende, menos consensuable. Además, interviene en los debates específicos del campo político argentino (el del impuesto progresivo había aparecido en *La Nación*, según señala el mismo Ugarte en la nota).¹⁵¹ Los argumentos para defender la necesidad de dicho impuesto se fundan en mecanismos recurrentes: por un lado, la suposición de unanimidad en el reconocimiento de la situación “penosa” de los “trabajadores manuales”, o de los males sociales derivados de la explotación inherente al modelo económico vigente. Por otro lado, la advertencia sobre los riesgos de los conflictos sociales, percibidos desde el punto de vista de la clase dominante, que llega hasta el vaticinio de las peores catástrofes.¹⁵²

6- Sobre el final de su conferencia, Ugarte vuelve a recurrir a una proclama universalista de las conciencias y hace aparecer un sujeto histórico hasta entonces no mencionado en su desarrollo argumentativo. Mientras que hasta ese momento sólo se había referido a las *clases laboriosas* como motor del cambio, en el cierre de su discurso y de un modo abrupto, pone a la juventud en ese lugar. Esta irrupción aparece claramente en el siguiente párrafo y marca una continuidad con las ideas desplegadas en las *Crónicas del bulevar*:

¹⁵¹ “La iniciativa de *La Nación* no fue, ni con mucho, revolucionaria. El impuesto progresivo (...) sólo tiene enemigos por las consecuencias probables que trae en sí para el porvenir. Lo que alarma [a los conservadores que hoy le hacen la guerra en Francia] es la sospecha de que los partidos avanzados, armados de ese precedente, pueden ceder al deseo de utilizarlo y robustecerlo hasta la expropiación (...). *No abriremos aquí opinión sobre si el impuesto progresivo puede ser o no una base para transformaciones más vastas. Lo que se discute es (...) su ‘legalidad’...*” (124).

¹⁵² El autor advierte en la misma nota (125-126): “Si no se quiere exasperar hasta el límite las reyertas sociales, habrá que admitir la necesidad de tender la mano al trabajador”. Con sorna, enarbola otra solución propia de los librepensadores republicanos –que recuerda la reciente ley francesa de las Asociaciones de 1901 dictada en perjuicio de las congregaciones religiosas-, pero inconcebible para la ideología conservadora de los *burgueses*: “A menos, naturalmente, de entrar en otro orden de ideas y emprender, con la separación de la Iglesia y del Estado, la confiscación de los bienes de las congregaciones, cosa que levantaría aún mayores resistencias. Por eso tengo para mí que ese sistema de contribución acabará siendo aceptado complacientemente por los mismos que lo combaten, porque en él está el germen de la evolución pacífica e imprescindible”. Probablemente Ugarte tenga en mente la actualidad de las tensiones entre laicos y clericales en Francia que alcanzan su punto más alto en julio de 1904, con la sanción de una ley que suspendía la enseñanza congregacional, seguida de la ruptura de relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Sólo el partido socialista puede declarar de dónde viene y adónde va. Por eso debe ser el partido de los jóvenes. (...) Porque juventud y porvenir son sinónimos en nuestro pensamiento. Ambas palabras representan lo irrealizado, la esperanza, la poesía. Ambas significan un empuje que está en contradicción con lo existente. Creer en la perfectibilidad humana es una manera de ser joven. Tengamos confianza en nuestro propio esfuerzo. Y guardemos la convicción de que los tiempos futuros nos reservan felicidades morales verdaderas (45).

De un modo análogo a lo que había aparecido en crónicas anteriores, puede inferirse que, para Ugarte, la juventud constituía el nuevo sujeto al que le tocaba coincidir históricamente con la emergencia de la sociedad futura. Pero esta aparición inesperada en el hilo argumentativo también es reveladora del modo en que Ugarte intenta conciliar discursividades heterogéneas como el juvenilismo espiritualista y el socialismo. Dicha referencia tiende a reencauzar el imaginario juvenil arielista, de una espiritualidad contemplativa hacia una historicidad transformadora, también cargada de una retórica religiosa (la fe en la humanidad y la creencia en la superación moral del hombre en un más allá, donde el Paraíso es reemplazado por el Porvenir).

En los escritos más ideológicos y aún en los de tipo político que selecciona al compilar *El arte y la democracia*, Ugarte busca autorizarse como interlocutor de la clase dominante, ofreciendo una imagen de sí como “estudioso” (para retomar un término recurrente en su repertorio). Un “estudioso” sereno y humilde que relata *científicamente* las “verdades” de la historia, aunque por momentos omita el origen de éstas, y que se inscribe en el “sistema socialista” que Angenot definió como una discursividad cuyos dispositivos narrativos y argumentativos totales desplegaron un desciframiento preciso del mal social propio de las sociedades modernas y se formularon en el repudio del presente como “escandaloso para la conciencia humana”. Esta autoimagen se completa con otras dos y derivan en una nueva identidad militante asumida por Ugarte en esta etapa: por un lado, la del “desertor” de su propia clase¹⁵³ que desde su posición tráfuga interpela a los suyos. Por el

¹⁵³ “Cuando un hombre nacido dentro de la burguesía se apercibe de que son abusivos los privilegios de su clase, y comprendiendo los dolores de la masa popular, va hacia ella, atraído por un gran ideal de reparación y de concordia igualitaria, debe hacerlo como simple soldado, y no como jefe” (Ugarte, *El arte...*209). Así justifica Ugarte su renuncia a la propuesta de la circunscripción 20ª (de la Boca) del PS en Buenos Aires, de llevarlo como candidato en las

otro, la imagen del “escritor-ciudadano”, “publicista y poeta”, conjunción que apunta además a dar coherencia a la composición multiforme y heterogénea del propio libro. Esta nueva identidad militante también se vuelve legible en la retórica partidaria con que se refiere a los sectores populares, que ya casi no aparecerán designados mediante el psicologismo positivista inspirado en Le Bon. A partir de ese momento, Ugarte hablará de “proletariado”, “héroes de la labor diaria” y “correligionarios”, abandonando categorías empleadas anteriormente, como la de “multitudes” o “masas atónitas”. Otra modalidad interesante de esta transición discursiva aparece, como veremos ahora, en la articulación entre racialismo biologicista y socialismo.

2. 2. Racialismo y culturas nacionales en las naciones jóvenes

Hacia fines del siglo XIX, la apropiación del discurso latinista europeo por parte de los intelectuales hispanoamericanos se evidenciaba en sus frecuentes reflexiones acerca de la identidad del continente y en sus evaluaciones de los conflictos sociales y políticos que allí se producían. Esto es así, al extremo de que la circulación del latinismo coincidió temporalmente con la emergencia de una nueva denominación para el continente, hasta entonces designado como América e Hispanoamérica. En efecto, a fines del siglo XIX se consolida la definición de América, con los calificativos de “española”, “hispanica” y “latina”. Estos adjetivos fueron apareciendo de manera oscilante hasta que el uso terminó por fijarlos definitivamente. No obstante, de los tres mencionados, el de más reciente utilización en lengua española, fue el de “*la América latina*”. Esta designación no sólo permitía

elecciones legislativas. Asimismo, al finalizar su entrevista con Millerand (183-188), incluye el microrrelato de una lección de humildad reveladora: bajo una lluvia torrencial, el cronista renuncia a tomar el coche que lo había llevado a la casa del político francés cuando lo ve salir detrás de sí y “atravesar la calle con el paraguas abierto y los pantalones remangados” (188): “Entonces comprendí la inutilidad del coche de alquiler que me esperaba al borde de la acera. La comodidad es un lujo mientras no se extienda a todos los hombres...Pagué el cochero y me alejé también bajo la lluvia, como un ex ministro” (188). Puede leerse, una vez más, el *ethos* militante basado en la lógica de la *conversión proletaria*, el renunciamiento que prefiguran otras formas de proletarización o estoicismo que prosperarán durante todo el siglo XX. Otra prueba de esta posición aparece en el modo en que se refiere a la posibilidad que le da su origen de clase, de “defenderse” (141), en ocasión de su detención en una comisaría porteña, a la que ya nos referimos. En su artículo de denuncia aparecido en *La Nación*, celebra - no sin cierto paternalismo en la expresión pero a la vez con un tono que connota el sacrificio cristiano- que le haya ocurrido a él pues así puede denunciar lo que a otras “docenas y docenas de pobres diablos” les ocurre a diario: “Nos agrada que estos golpes, al caer una vez sobre nosotros, sirvan para denunciar los vicios de la organización policial y la concepción curiosa que tienen algunos de la libertad del ciudadano” (141).

distinguir ese territorio de Norteamérica –en el idioma francés se usaban las expresiones de *l'Amérique* y *les américains* para referirse a la nación estadounidense y sus habitantes- sino que su emergencia proviene de la hegemonía de la matriz latinista que imperaba en los estudios sociológicos que circulaban en ese entonces, así como en los artículos periodísticos.

Otro factor decisivo en la difusión del término “la América latina” estuvo dado por la relación que, como es sabido, las elites intelectuales latinoamericanas establecieron con la cultura francesa, desde mediados del siglo XIX, encontrando en ésta modelos para demarcarse de la herencia colonial e imaginar vías de modernización institucional y cultural. En efecto, el término apareció a mediados de 1850 en París. Ahora bien, tanto Aillón Soria como Granados, apoyándose a la vez en estudios anteriores e interviniendo incluso en el debate sobre el origen de la expresión, de Phelan, Ardao, Zea a Quijada, Rojas Mix y Tenorio Trillo¹⁵⁴, cuestionan que sea el producto exclusivo del expansionismo francés (Granados, “Inicios de una conciencia continental latinoamericana” 41-42) y vinculan su sentido, ya en aquel momento, con una intención demarcativa respecto de lo sajón. Ambos autores afirman que la difusión del término, tanto como el gentilicio acuñado a partir de la expresión “América Latina”, estuvieron vinculados a ciertos intelectuales latinoamericanos en contacto con la vida cultural parisina, entre los que se destacan el chileno Francisco Bilbao y el venezolano José María Torres Caicedo quienes emplearon la expresión en 1856 (ver también Rojas Mix). Se registra su uso en francés en 1861, en un número de la *Revue des races*, empleada por un funcionario del Tercer Imperio, Emmanuell Domenech (el secretario de prensa de Maximiliano durante la intervención francesa en México: Phelan, citado por Aillón Soria 74). De este modo, el término se fue consolidando merced a una “estrategia de reconocimiento de muchos escritores, profesores y científicos que vieron en Francia su verdadera ‘patria intelectual durante decenios’” (101), en el marco de la estrategia expansionista de Napoléon III que promocionó el

¹⁵⁴ Para Mauricio Tenorio Trillo (*Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y “América Latina”*. México: Paidós, 1999) la historia del concepto implica “la historia cultural más importante de la región [...] plena de presupuestos culturalistas, a veces compañeros del antiimperialismo, otras vecinas del racismo o de las ideas de superioridad intelectual” (Citado por Aillón, 101). Las primeras apariciones del término fueron señaladas por Ardao y Rojas Mix, entre otros: Bilbao, Francisco, “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas” (1856; 1978 [Reed. UNAM]) y Torres Caicedo, José María, *Unión latinoamericana, pensamiento de Bolívar para formar una liga americana, su origen y desarrollo* (Rojas Mix 344).

“panlatinismo”¹⁵⁵ para justificarla, esto es la idea de lazos comunes fundados en un mismo origen lingüístico. Hacia 1880, el término no estaba fijado, pues convivía con otras expresiones, siendo incluso más usual, según Granados (64-65), el de “Hispanoamérica” y aun otros más antiguos como “Centro-” y “Sudamérica”. Su sentido respondía a una necesidad de unificar a las ex colonias en torno al origen lingüístico y cultural mencionado, reforzando así la filiación de las repúblicas posteriores a la Independencia, con las ideas derivadas de la Revolución Francesa. Asimismo, conviene vincularlo con la primacía que adquiere por esos años el *latinismo*, tal como veremos a continuación.

En Europa, el discurso sobre la *latinidad* se fue constituyendo desde mediados del siglo XIX y permitió delimitar simbólicamente un espacio cultural, pretendidamente homogéneo. De hecho se definía por contraposición a otro – el anglosajón- en base a un supuesto origen histórico y geográfico común de los grupos que lo poblaban y a valores culturales excluyentes. En el último cuarto del siglo antepasado, fue montándose sobre dicho discurso, un tópico de la decadencia de la *latinidad*, por oposición al progreso anglosajón. Detrás de esta idea se escondía el temor de la burguesía frente a la complejización de las relaciones sociales y, en particular, al avance de las luchas obreras y la agudización de la conflictividad social. Dicho de otro modo, la constitución imaginaria de lo *latino* como un área de *civilización* históricamente difusa, que remitía a un pasado cultural arcaico (la “cultura clásica”) y a otro moderno (el liberalismo político, el romanticismo, el modernismo artístico) se presentaba bajo la renovada retórica de la psicología antropológica en boga. Publicistas, periodistas, científicos y escritores la definían por oposición a una amalgama igualmente arbitraria, lo *anglosajón*, y su uso sintetizaba eficazmente la reacción ante la Alemania victoriosa, el imperio Británico y el pujante capitalismo norteamericano que amenazaba con la conquista de territorios y vocación de dominio.

Tal inquietud formó parte de las problemáticas de la época, de tal modo que la cuestión de la decadencia *latina* frente al vigor anglosajón se constituyó

¹⁵⁵ Aillón Soria, Esther. “La política cultural francesa en la génesis y difusión del concepto *L’Amérique Latine*, 1860-1930”. Granados, A. Marichal, C. (comp.). *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*. México, El Colegio de México: 76.

en una clave hermenéutica en los estudios y crónicas sobre las sociedades contemporáneas, de allí su persistencia por más de tres décadas desde ya iniciado el siglo XX. A comienzos de esa centuria, esta grilla de interpretación permanecía vigente, tal como se observa no sólo en revistas y periódicos franceses sino en españoles¹⁵⁶ y porteños: citemos, al respecto, la columna semanal de Max Nordau en *La Nación*, las revistas especializadas como la *Revista Nacional* o los *Archivos de Psiquiatría y criminología* (1901-1913), dirigida por José Ingenieros, y aun las revistas culturales cuyos creadores eran amigos o conocidos de Ugarte: *Martín Fierro* (1904-1905) de Alberto Ghirardo, de orientación anarquista¹⁵⁷, *Ideas* (1903-1905) fundada por Manuel Gálvez y *Nosotros* (1907), de Giusti y Bianchi. Prueba de la persistencia de dicho patrón discursivo es que se prolonga hasta ya entrada la década de 1910, como puede verse en el caso de Manuel Ugarte, Alcides Arguedas o Francisco García Calderón.

El sentido de “la América latina” –donde corresponde subrayar el artículo que antecede a la expresión, tanto por el galicismo que encerraba cuanto que su presencia reforzaba el atributo que acompañaba el sustantivo, y con esto, la idea de que existía otra América, diferente- va alcanzando mayor difusión hacia 1900. Es preciso considerar, sin embargo, que no se corresponde con el que se cristalizará más adelante, a partir de los años 1920, cuando el adjetivo aparecerá en mayúscula, como sintagma ya cristalizado. En efecto, aquel uso, transformado después, responde ante todo a los debates suscitados respecto de la *latinidad* y su decadencia.

En la obra de Ugarte, la oscilación entre “lo latino” y lo español para calificar al continente se materializa en las vacilaciones frente al título de su

¹⁵⁶ Ver las referencias en la *Revue des deux mondes*, la *Revue Bleue* y *La lectura* o *Nuestro tiempo* de Madrid.

¹⁵⁷ El modo en que el racialismo funciona como matriz de análisis puede verse en algunos artículos de autores europeos y argentinos difundidos en la revista de orientación anarquista. Cf. el de Charles Letourneau sobre las “Costumbres guerreras” (a. I, núm. 30, 29 de septiembre de 1904); el de Luis Bonaparte, “Feminismos. La mujer latina y la mujer sajona” (a. I, núm. 26, 1 de septiembre de 1904); un buen ejemplo es “Pueblos nuevos...” (a. I, núm. 9, 28 de abril de 1904) de Enrique Agustín Alvarez. Allí establece una distinción “espiritual” entre pueblos viejos y nuevos, asociando los primeros al “entendimiento europeo del siglo XII”, para refutar que la “raza se entienda por el elemento físico” y no por el “moral” y deducir el atraso de la “raza” de “estas tierras”, del “alma del argentino”, pese a que se trate de una joven nación. Prueba de la circulación del tema son también las referencias al libro del pedagogo Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* (1897) y su circulación local (hay ejemplares en varias bibliotecas públicas del país).

libro escrito en 1910 y publicado en la “sociedad editorial” valenciana Prometeo a comienzos de 1911, *El porvenir de la América española*. El mismo libro pasa a llamarse *El porvenir de la América latina* en una reedición de 1911 casi simultánea, aparecida con el sello del valenciano Sempere. En 1920, la editorial Prometeo¹⁵⁸ saca una reedición con el “Prefacio originario” y un nuevo prólogo de Ugarte en el que justifica haber abandonado el otro título por considerarlo “un poco vago, sustituido por otro que mejor expresa el pensamiento del autor”¹⁵⁹. Es dable pensar que una década después de las dos primeras ediciones, el autor está preocupado por que la nueva edición tenga actualidad y para ello decide dejar atrás el adjetivo “latino”, como un modo de alejarse de las resonancias de un debate ya atenuado en torno a la decadencia latina, aunque no del todo perimido. También resulta llamativa la persistencia en el hispanismo, por parte de Ugarte, lo que no era vivido como una contradicción respecto de su adhesión hispanoamericana. Esto pone en

¹⁵⁸ No existe un estudio dedicado exclusivamente a la editorial Sempere. El trabajo más completo es el de José A. Piqueras Arenas, “Cultura radical y socialismo en España 1868-1914” (Cf. Bibliografía). El autor afirma que la editorial Sempere y Compañía se fusionó con la editorial Prometeo en 1914 (lo que puede comprobarse por el cambio en la dirección postal indicada, en varias de las ediciones que he consultado). Creada en 1900, fue la principal difusora de literatura social entre la clase obrera española, además de que sus libros se vendieron por Hispanoamérica. La dirigía Francisco Sempere Masía y los libros se imprimían en los talleres del diario republicano *El pueblo* que dirigía el diputado por la Unión Republicana y escritor Blasco Ibáñez, con el que Ugarte estaba vinculado y de cuya novela *El intruso* había escrito el prólogo. Blasco Ibáñez era además el director literario de Sempere. Piqueras Arenas advierte “una interacción prensa/empresa editora/literatura/política en la propuesta republicana a la que hago referencia [de Blasco y Sempere]. Mientras el diario sostiene una línea de denuncia del régimen político y de los abusos concretos, a la vez que construye la imagen de un pueblo que vive de su trabajo –pequeños productores, comerciantes, menestralía urbana y obreros de taller- la editorial proporciona las lecturas formativas y el mismo caudillo local [Blasco Ibáñez] ejercita una literatura satisfactoria para el público al que se destina. Las facetas política, ideológico-cultural y literaria resultan inseparables y alcanzan por ello la máxima eficacia” (65-66). Para Piqueras, la editorial de Sempere fue un “vehículo de difusión de autores de escuelas y tendencias muy diversas que sin embargo coinciden al proponer una literatura y un pensamiento que acerca a los trabajadores a la comprensión de la sociedad desde una tradición democrática, humanitaria y social que no excluye la perspectiva revolucionaria” (66).

¹⁵⁹ Las ediciones de 1911 circularon simultáneamente, como queda probado en las cartas de amigos y contactos que recibe Ugarte, donde éstos acusan recibo de uno y otro título. En enero de 1911, varias cartas (de García Calderón, Juan Maragall, Alcides Arguedas, Rufino Blanco Fombona :AGN, Leg. 2217 fº 4 a 8) mencionan la recepción de *El porvenir de la América Española*; ya en febrero de 1911 y hasta noviembre de 1912, otras cartas mencionan *El porvenir de la América latina* de Sempere (AGN, Leg. 2217, fº9 a 10bis; 12, 14 a 21; 26, 32 a 38; 46-55; 57 a 59; 95). Los ejemplares se encuentran en la Biblioteca Nacional de España. Hemos tenido acceso a la edición de Prometeo de 1920, que retoma la original, así como a la que Jorge Abelardo Ramos publicó por primera vez en Argentina, en 1953 en la editorial Indoamérica. En su estudio preliminar (“Redescubrimiento de Ugarte”) hace referencia a la edición de Sempere de la que toma el título del libro, aunque lo fecha en 1910. Asimismo, el segundo título figura en los catálogos que Sempere publica en las páginas finales, tapas y contratapas de cada volumen que va sacando.

evidencia el hecho de que hacia 1920, la referencia al latinismo se asociaba aún a los debates europeos anteriores a la Gran Guerra, y que no estaba del todo fijado el sintagma “América Latina” entre los intelectuales del continente aunque, por supuesto, circulara de manera oscilante. En este sentido, puede mencionarse un texto, conservado entre los papeles de Ugarte que exhibe de modo espontáneo estos debates. Se trata de un acta redactada en junio de 1914, por la Sociedad Española de Beneficencia de Panamá y dirigida al Rey Alfonso XIII para pedirle que no emita ningún documento oficial de la nación española empleando la designación de América “latina” para referirse a los países dicha región. Vale la pena transcribir un fragmento, para evaluar, en la reacción sintomática, los sentidos en conflicto, en el momento de fijación del término:

Hemos leído en reciente publicación, que en un Congreso reunido en Sevilla no hace mucho tiempo, se le ocurrió a un señor Delegado proponer que a los países de América, descubiertos y colonizados por los españoles, no debe seguirseles llamando hispano-americanos, sino latinos; a lo que accedió, sin una sola protesta, el personal todo del mencionado congreso. En vista de ello, nosotros, americanos y españoles que vemos (...) una verdadera injusticia, contra lo que clama indignada la verdad histórica, protestamos desde lo más hondo de nuestros corazones contra la nueva denominación (...) por cuanto esa denominación tiende a borrar de la mente de los pueblos que moran entre el Río Grande y la Tierra del Fuego el recuerdo de la epopeya histórica y científica más admirable que registran los pueblos antiguos y modernos. La grande y heroica nación española, unida a estos países hispanoamericanos por los inquebrantables lazos de la sangre, de la religión, del idioma y de las costumbres, les ha dado ya, con perfecto derecho, a todos su nombre, nombre que ellos desean conservar y en el que ven personificados su gloria y su valor y al que quieren vincular además, su brillante porvenir (AGN, *Epistolario* 46-47).

Nada se dice, lamentablemente para nosotros, de los sentidos que encerraba lo *latino*. Es probable, por otra parte, que este tipo de reacción, en 1914, ya fuera residual pero da cuenta del proceso de surgimiento y fijación del nuevo sintagma. Ese tipo de resistencias persistirán en España, a tal punto que en el II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericana celebrado en Sevilla en 1921, los congresales hacen sentar en Actas, por unanimidad, que “Considerando que es impropia la denominación de América Latina aplicada a

los países descubiertos y colonizados por los españoles, el Congreso declara que la única expresión adecuada es la de América Española o de Repúblicas Hispanoamericanas”.¹⁶⁰

En Latinoamérica, entonces, el tópico de la latinidad toma un cariz propio, en tanto muchos intelectuales reorientan el discurso latinista, disociando el carácter decadente, que queda reservado para el continente europeo. Así, a la vez que integran al continente americano en esa *serie latina*, proponen augurarle, amparándose en la juventud de éste, un futuro prometedor. Fundada en la creencia de que, tal como señalamos, existe una continuidad natural –aunque problemática– de la cultura europea, concebida como originaria, tal como señalamos, la idea de lo *latino* sirve para distinguir a Hispanoamérica de la América *sajona* del Norte. De este modo, el concepto pretendía encerrar exclusivamente una distinción antropológica respecto de la porción septentrional del continente. Con los años, este significado irá modificándose y la expresión presentará usos oscilantes, hasta autonomizarse del sentido originario y pasar a designar un área cultural diferente de Norteamérica. Su representación ya no implicará una relación natural ni con España y ni con Europa. De algún modo, el sintagma posterior de “América Latina” supondrá realidades también ajenas al Viejo Mundo.

Cabe señalar, asimismo, que a comienzos del siglo XX, el discurso sobre la latinidad iba más allá del tópico de su decadencia; constituía una verdadera matriz de pensamiento y se sostenía en lo que podría llamarse un paradigma racialista importado de la biología, y reapropiado por la psicología social y la sociología en sus análisis sobre las sociedades contemporáneas. Ahora bien, la difusión e implicancias de este discurso no han sido suficientemente valoradas por la historiografía cultural del continente. Esto explica, por ejemplo, que se haya atribuido a *Ariel* un gesto inaugural en el modo en que Rodó llamaba a preservar los valores latinos.¹⁶¹ Los estudios han indagado en las relaciones de dicho ensayo con las corrientes de pensamiento idealistas francesas, sin atender a la circulación local de los discursos, ni a las redes de intercambio entre los latinoamericanos, propias del período de

¹⁶⁰ Citado por Aillón Soria (92) quien refiere la refutación de Jean de la Nible en la *Revue de l'Amérique Latine* de febrero de 1922, en defensa de dicha expresión.

¹⁶¹ Ver Zum Felde; Carlos Real de Azúa; Gutiérrez Girardot.

profesionalización de sus prácticas intelectuales. Adelantemos que la consideración de estos aspectos permitirá apreciar mejor la percepción de Ugarte respecto del debate entre latinos y sajones, y el grado en que, por momentos, persisten en sus textos presupuestos racialistas a la vez que se registran intentos de objetivar y distanciarse de dicho paradigma. Estudiaremos también el modo en que estos presupuestos resultan decisivos en los ensayos de García Calderón, quien cita a Ugarte entre sus precursores, publicados poco después que los de Ugarte, *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913).

El latinismo es el marco discursivo elegido para discutir la especificidad de las repúblicas latinoamericanas, que dejan de ser pensadas en los términos decimonónicos, en tanto geografías desprovistas de un sentido histórico, y comienzan a ser analizadas como el resultado de una evolución en la que, desde la conquista, vista como origen histórico inaugural, la *mezcla* de elementos principalmente españoles e indígenas y el contacto con un *medio* particular habían engendrado sociedades con algunos rasgos “originales” respecto de las naciones centrales. De este modo, las sociedades latinoamericanas quedan inscriptas como *civilizaciones* y provistas de una historicidad universal, mediante lecturas basadas en el uso de patrones analíticos comunes y la consideración de los mismos tipos de factores (progreso, modernización, etc.) establecidos para el estudio de las sociedades occidentales. Así, la cuestión continental o *americana*, para decirlo con el vocabulario de la época, giraba en torno a la indagación de las culturas del continente atendiendo a su “originalidad” (término recurrente entre los intelectuales latinoamericanos). Tanto para Ugarte –primero- como para García Calderón y Alcides Arguedas –unos años después-, dicha especificidad estaba dada por un espacio que, en su base, provenía de lo español –en el que gravitaban la lengua, la religión y las instituciones-, pero transformado por el impacto de las ideas liberales francesas, luego de la independencia, y cuyo resultado era la constitución de sociedades más avanzadas que la propia España. El reconocimiento de la raíz hispánica, tan negada por los pensadores vernáculos del siglo XIX, es un efecto, entre otras circunstancias, de los debates suscitados en los congresos panamericanistas del período de

entresiglos y la pérdida de la imagen imperial de España producto del impacto de su derrota en Cuba, Puerto Rico y Filipinas (Gutiérrez Girardot).

La aludida perspectiva racialista, base del discurso de la latinidad aparecía como un imperativo cada vez que se intentaba caracterizar las sociedades, tanto las coloniales como las metrópolis y los fenómenos sociales allí producidos. Aplicada a las naciones “jóvenes”, la noción de *raza* se definía en base a elementos religiosos, geográficos o étnicos (evaluados en su mayor o menor cercanía respecto de lo latino o lo español). En cambio, cuando funcionaba como categoría de análisis de los países europeos, el calificativo distintivo sólo respondía al binomio *latino/sajón*, que remitía a poblaciones de tiempos remotos, vinculadas a tipificaciones que resaltaban los orígenes de las civilizaciones occidentales, ya inexistentes en el siglo XIX (a partir del modelo de Renan continuado por Le Bon).

En el caso de Ugarte, más allá de los debates franceses de circunstancia en torno a la decadencia de lo latino frente a lo anglosajón (una amalgama capaz de hacer confluir al imperio británico, al imperio prusiano y los Estados Unidos), la referencia a la *raza latina*, presente en muchas de sus crónicas -hasta 1902- resultaba funcional a sus intentos por definir las culturas del continente americano por oposición a la de los Estados Unidos, de quien denunciaba su intromisión en el continente, su invasión a Cuba, la política exterior del presidente Roosevelt, y el *panamericanismo* de la doctrina Monroe.

La insistencia en la latinidad raigal del continente, además, permitía -en consonancia con el discurso arielista- oponer un distanciamiento crítico respecto del modelo de vida utilitarista atribuido a la sociedad norteamericana, que los intelectuales arielistas percibían como efectos indeseados del ingreso de países como Argentina, Brasil, Chile, México o Uruguay a la economía capitalista mundial.

La necesidad de alejarse del modelo utilitarista, en el caso de Rodó, o de alertar sobre los riesgos de penetración cultural y comercial de Estados Unidos, explica que el significado de *raza latina* -opuesto a la *raza anglosajona*- en el contexto específico de las antiguas colonias españolas, haya cobrado una dimensión clave. Más allá de que en Europa, desde las intervenciones de Renan, hubiera sido un tópico ampliamente difundido,

encauzando los primeros discursos nacionalistas franceses,¹⁶² este discurso fue aquí fuertemente activo y configuró sentidos específicos.¹⁶³

Es también una reedición de las características performativas de la elite liberal del '80 pues se trata de un modo de universalizar los debates, es decir de inscribir el conjunto de los asuntos locales vinculados a la modernización de los países latinoamericanos, en una problemática que trascendía las fronteras continentales, desviando así los análisis fatalistas en torno a las taras de la herencia y el medio.

Pero en el caso de Ugarte, las referencias a dicha categoría son escasas, y ésta no funciona como un elemento determinante de sus reflexiones sobre las culturas no europeas, contrariamente a lo que venía ocurriendo con la sociología positivista en el continente. Así se entiende que el término esté casi omitido de los artículos incluidos en *El arte y la democracia*,¹⁶⁴ y que finalmente, Ugarte justifique de manera explícita su

¹⁶² En Francia, los discursos sobre la decadencia nacional, posteriores a la guerra franco-prusiana y a la reacción de la burguesía posterior a la insurrección de la Comuna París, en 1871, se articularon dos décadas después en torno a los antagonismos entre intelectuales suscitados de las reformas universitarias de los gobiernos republicanos de la *IIIe République*, cuando se configuraron oposiciones entre los “valores literarios” y los “científicos”, entre “creadores” y “profesores”. La reforma se inspiró en el modelo alemán de enseñanza superior y la *ciencia* desplazaba la antigua hegemonía de las *humanidades*, la enseñanza del latín. Las reacciones traducían el temor ante la devaluación de los títulos tradicionales de las elites ante el acceso de los sectores medios a cargos universitarios antes reservados a las elites (Charle, Sapiro). Sobre estos antagonismos se recortaron los del caso Dreyfus, defendido ante todo por los científicos. Sapiro analiza sin embargo que la contraposición entre “genio francés” y “ciencia” será sustituida por una reapropiación del carácter científico de la enseñanza a través de la construcción, por parte del colectivo nacionalista de la *Action Française* (Maurras, Laserre, Alfred de Tarde y Massis), de una filosofía social basada en una ciencia empírica, atenta a la tradición, por oposición a la “ciencia racional, deductiva” imperante en la Nueva Sorbona (Sapiro 120).

¹⁶³ En Francia, los discursos sobre la decadencia nacional, posteriores a la guerra franco-prusiana y a la reacción de la burguesía posterior a la insurrección de la Comuna París, en 1871, se articularon dos décadas después en torno a los antagonismos entre intelectuales suscitados de las reformas universitarias de los gobiernos republicanos de la *IIIe République*, cuando se configuraron oposiciones entre los “valores literarios” y los “científicos”, entre “creadores” y “profesores”. La reforma se inspiró en el modelo alemán de enseñanza superior y la *ciencia* desplazaba la antigua hegemonía de las *humanidades*, la enseñanza del latín. Las reacciones traducían el temor ante la devaluación de los títulos tradicionales de las elites ante el acceso de los sectores medios a cargos universitarios antes reservados a las elites (Charle, Sapiro). Sobre estos antagonismos se recortaron los del caso Dreyfus, defendido ante todo por los científicos. Sapiro analiza sin embargo que la contraposición entre “genio francés” y “ciencia” será sustituida por una reapropiación del carácter científico de la enseñanza a través de la construcción, por parte del colectivo nacionalista de la *Action Française* (Maurras, Laserre, Alfred de Tarde y Massis), de una filosofía social basada en una ciencia empírica, atenta a la tradición, por oposición a la “ciencia racional, deductiva” imperante en la Nueva Sorbona (Sapiro 120).

¹⁶⁴ El término aparece sólo dos veces y supone un cuestionamiento de la inferioridad de las razas, en un mismo artículo del libro, “La colonización francesa en Argelia”, país que había

abandono en *Las enfermedades sociales*, un libro que puede resultar curioso, o residual, si se observa el modo en que vuelve a plantear su enfoque organicista e higienista para analizar las sociedades contemporáneas, pero que registra sin embargo una mirada atenta al debate europeo en torno a la latinidad y su decadencia. Ahora bien, este último recurso científicista puede explicarse, precisamente, por dos razones. En primer lugar, le permite a Ugarte, en el contexto del arielismo emergente, como “reacción del humanismo tradicional latino” (Zum Felde, *Índice crítico...*309) frente al positivismo, proponer una mirada antiidealista sobre estas sociedades, contraria a la interpretación nacionalista fundada en la teoría de las razas y coherente con la impronta científicista autorizada en el socialismo científico que conocía por los escritos de Kausky. En segundo lugar, veremos que introduce un paradigma universalista para examinar los fenómenos de la vida urbana en las sociedades donde se ha constatado el progreso industrial. Aunque en consonancia con el internacionalismo proletario, uno de los principios declarados de los partidos socialistas europeos, no estaba exento de generar conflictos en la izquierda europea (al respecto ver las posiciones del propio Ugarte en el Congreso de Amsterdam de la Ilda Internacional socialista).

La cuestión de la raza pone en evidencia el eurocentrismo de los análisis y revela además la centralidad de los debates en torno a las culturas latinoamericanas, en el plano tópico tanto como en su enunciación. Ahora bien, el uso que hace Ugarte de dicha noción es altamente revelador de las tensiones entre discursividades diversas y a veces enfrentadas, que operaban en América Latina. En efecto, permite dar cuenta de uno de los debates de circunstancia que más ocupó a los intelectuales latinoamericanos.

En Europa, como dijimos, la cuestión de la raza no se circunscribía sólo a los estudios antropológicos. Se vinculaba en cambio con discursos

recorrido en 1902. La primera vez, cuestiona la “superficialidad de las observaciones” sobre los musulmanes por parte de los viajeros franceses a Argelia, afirmando que “No puede ser inferior una raza que ha dado hombres como Abd.el-Kader, de quien decía el Mariscal Soult (1843) que era ‘uno de los tres grandes hombres de su tiempo’”. (91) Una líneas más abajo, refuta las sospechas de otro viajero respecto de los argelinos judíos refiriéndose a las persecuciones sufridas por éstos hasta el momento de la actual “política liberal francesa respecto de sus colonias”, y los defiende diciendo que si eran “sinuosos como toda raza tiranizada”, sus “astucias [son] el único medio de que dispone para contrarrestar la hostilidad general” (91). Como se ve, el uso de la categoría presupone su aplicación a las culturas no europeas y posee un componente político, sirviendo para explicar la reacción de las poblaciones sometidas, explotadas.

inspirados en las tesis de Renan y con corrientes de pensamiento ligadas al catolicismo. Al analizar las representaciones de los Estados Unidos a fines del siglo XIX en su genealogía del discurso antinorteamericano francés, Philippe Roger (249-242) ha señalado que en ese período se impone el motivo racial envuelto en el discurso cientificista de las nuevas ciencias de lo social para abordar, para figurar a los norteamericanos. Observa así que la “doxa racial difusa” finisecular tuvo en la obra de Renan su vector más eficaz en los tiempos de la empresa colonial francesa, probablemente porque la problemática de las civilizaciones y las razas alcanzaba en él una “ambigüedad tal que ofrecía una tercera vía entre la perspectiva histórica, culturalista de un Tocqueville” respecto del Nuevo Mundo, y “las teorías exclusivamente raciales” basadas en lo fisiológico (241):

Instalado en el cruce entre la historia de las religiones, de la filología y una suerte de filosofía de las culturas, Renan siembra a los cuatro vientos una concepción de la raza que combina dimensión histórica, componente étnico y estratificación cultural (en la que la lengua ocupa un rol decisivo). La definición de raza que propone no está exenta de contradicciones; pero dicha indefinición es precisamente lo que facilita su adopción, tanto en el marco de teorías culturalistas como en las construcciones etnográficas con fundamento fisiológico” (Roger 241 –traducción nuestra).

Roger analiza el modo en que el sentido de raza cambia en Renan no bien traspasa las fronteras de Europa: por un lado, Renan previene contra “el absurdo de la preeminencia de las razas europeas entre sí” (242) imaginando para Europa, en su *Réforme intellectuelle et morale* (1871), un ‘gran Senado en que cada miembro sea inviolable’,¹⁶⁵ y descarta el determinismo de la sangre para proponer la idea de un juego complejo de fuerzas diversas como “la lengua, las leyes y las costumbres que hicieron la raza, más que la sangre”¹⁶⁶. Por otro lado, cuando se trata de otras sociedades, no europeas, “la tara etnográfica recae nuevamente en los hombros de los pueblos” (Roger 242).

Así, entre el fin de siglo y comienzos del siglo XX, en el marco de la doxa racia lista asociada a las *civilizaciones*, uno de los debates más recurrentes de la sociología psicológica positivista se registraba en los

¹⁶⁵ Citado por Roger (242).

¹⁶⁶ Renan, *Histoire du peuple d’Israël*, t.6, citado por Roger (242).

diagnósticos formulados sobre las sociedades. Tales análisis se basaban en una idea de la decadencia de las sociedades europeas definidas como *latinas*, la cual se explicaba por la pérdida de vigor de la raza *latina*. Tanto en las revistas francesas como las españolas, así como en las argentinas, estos debates están omnipresentes. Entre fines del siglo XIX y hasta la primera guerra mundial, circulan constantemente artículos y reseñas de libros que proponen diagnósticos sobre las sociedades basados en la supuesta decadencia de la raza latina, sinónimo, como veremos, de *civilización*, frente al vigor de la anglo-sajona.¹⁶⁷ Este diagnóstico funcionó como un a-priori de los enfoques sociológicos sobre el presente, dando lugar a una verdadera etnologización de los fenómenos sociales estudiados (donde todo se explicaba por los caracteres, taras y deficiencias hereditarias). Una de las constantes de esta doxa racialista se registra en la existencia de un vínculo natural de determinación entre rasgos físicos (clasificándose la especie humana según el color de piel y la forma y altura corporal) y rasgos *morales*. En los primeros escritos de Ugarte, la categoría de “raza” forma parte de la doxa común finisecular¹⁶⁸. Esta remite a una constelación ideológica de tipo racialista (Todorov 135), si tenemos en cuenta que se basa en el supuesto de la existencia de razas, si no superiores e inferiores por esencia, al menos marcadas por distintos tipos de evolución, a la vez que admite la relación de determinación entre atributos biológicos y morales. Al respecto, la expansión del término fuera del ámbito científico revela precisamente el carácter cristalizado de los significados que éste podía aglutinar (véase, por ejemplo, la

¹⁶⁷ Más allá de la aparición en los periódicos, entre 1901 y 1908 pueden verse al respecto, en Buenos Aires, los artículos aparecidos en la *Revista nacional* y los *Archivos de psicología, criminología y ciencias afines*; en España encontramos referencias en las revistas *La lectura, Revista Moderna, El Mercurio* (Barcelona); en París se comentan libros sobre la decadencia latina o el porvenir de los anglosajones en la *Revue Bleue, La Revue, La revue des deux mondes*.

¹⁶⁸ En “Le mot *race* au tournant du siècle” (*Mots*, nº33, 1992: 53-58), Madeleine Rebérioux vincula la amplia circulación de la palabra en el lenguaje político con la institucionalización que le imprimió la antropología física al ser fundado el “Institut d’Anthropologie” por Broca en 1859. La historiadora francesa observa que en el entresiglos, su acepción más frecuente equivalía a la noción de *pueblo*, connotando aquello que constituía la armazón de un pueblo, y era el garante de su perdurabilidad y vigor antiguo y combinaba atributos físicos y morales. Otros usos emergen en ese momento, que abandonan el que remitía a cierta cohesión parcial de grupos humanos y pasan a enunciar exclusiones más radicales nacionalistas, antisemitas o antigermanas (entre otros, se trata de las formulaciones de Barrès por un lado y de los científicos dedicados a la psicología comparada de las razas). Así, observa Rebérioux que la palabra *raza* se hace portadora no de una sino de varias memorias.

referencia a la “unidad en el espíritu de la raza” que aparece en Darío a propósito de las diferencias entre España y América).¹⁶⁹

Ahora bien, tal como aparece en algunos artículos de *Crónicas del bulevar*, al tiempo que Ugarte se apoya en estos supuestos, parece incluir en los rasgos biológicos asociados a la noción de “raza”, una significación culturalista que va incluso más allá de su uso antropológico, predominante en las ciencias sociales. Llega a invertir esta noción al hacerla gravitar como elemento de análisis en torno a la especificidad *local* de los países periféricos del mundo, es decir como elemento distintivo entre los rasgos identitarios de una cultura.

Así, al escribir, en 1901, “La raza”,¹⁷⁰ se distancia de lo que hoy llamaríamos un etnocentrismo de las perspectivas sobre las culturas no europeas, en la medida en que la propia categoría sirve de punto de partida para reflexionar sobre las operaciones militares imperialistas en el mundo. En dicho artículo, “raza” está asociada ahora a “pueblo” y parece encerrar un núcleo irreductible de defensa, entre naciones periféricas, ante las políticas expansionistas de los países centrales: “Los débiles –concluye en el artículo– saben las humillaciones que les esperan, y se resisten, oponiendo en conjunto y en bloque la barrera formidable de la raza” (166). La creencia que subyace a sus análisis es que cuanto más alejada de los patrones occidentales se encuentra una cultura, más nítidos se vuelven sus rasgos identitarios, y que esto puede constituir un reservorio de defensa ante cualquier invasión. De allí que en su intento por desenmascarar el “pretexto de ‘civilizar’, [que] no engaña a nadie” (163), Ugarte se detenga en la lejana cultura china para rescatar el modo en que está preservada por “la cohesión de su pasado, de su color y de sus costumbres” (163). Esto le sirve a la vez para distinguir *raza* de *nacionalidad*, noción de la que desconfía, fiel al socialismo que hacia 1901 era apenas una afinidad, por considerarla asociada al conservadurismo de Maurras y Barrès. Esta concepción preculturalista de la raza adopta un sesgo idealista, al esencializar los componentes singulares e históricos de las culturas en un potencial de resistencia frente a la mezcla o la contaminación provenientes de las invasiones extranjeras. Si bien las “diferencias etnológicas”

¹⁶⁹ (Zanetti, *Rubén Darío en La Nación...* 35).

¹⁷⁰ *Crónicas del bulevar* 161-166.

que menciona en el artículo combinan lo simbólico y lo biológico, esto último no predomina sobre lo primero, ni lo explica. Así, el abandono del sentido biológico asignado a las “razas” viene dado sin duda por las lecturas de Renan, que como vimos, había establecido una oposición entre “razas semíticas” y “arias” no por sus diferencias fisiológicas sino lingüísticas y culturales. En Ugarte, la *raza* queda equiparada al pasado y a las costumbres, lo que traduce además en cierto modo la noción naturalista del *medio*,¹⁷¹ pero va más allá de eso:

La raza es la única *valla* que pueden oponer *los débiles a la ambición de los fuertes*, porque es indivisible e imborrable y resurge a pesar de todo (164)”

Y cuando los dominadores son una minoría ínfima, como ocurre en China, a pesar de todos los ejércitos de ocupación que los europeos pusieran en movimiento, el problema se agrava de una manera alarmante. *La raza es invencible*. Los yanquis han conseguido filtrar su espíritu en Cuba, donde los dirigentes son blancos y pueden, al cabo de una generación, fundirse con los conquistadores; pero no han logrado apoderarse de Filipinas, donde los ma[*l*]ayos comprenden que, si ceden, quedarán en calidad de raza inferior, despreciada y humillada, sin esperanza de confundirse nunca con el vencedor. *Las diferencias etnológicas son, por ahora, el único obstáculo a la ambición de los fuertes*. Dentro de la raza, no pueden nacer esas flaquezas que precipitan a veces la derrota dentro de la nación (165 –cursiva nuestra).

Puede decirse que el abandono del dogma de la desigualdad de razas, nacido en el seno de las ciencias naturales y fuertemente anclado en la sociología positivista latinoamericana y europea, se concreta, en una primera etapa, mediante la politización –anticolonialista- y la restricción de su uso. En efecto, hasta la publicación de *Crónicas del bulevar*, Ugarte restringe la referencia a la *raza* a cuestiones de política internacional y, si no desecha por completo la noción científicista, la flexibiliza. Al hacerlo, politiza dicho dogma sustituyendo el paradigma de la superioridad/inferioridad por el de dominación/resistencia. Vuelve así positivo el concepto, dotándolo de un

¹⁷¹ Esto es comparable a las preocupaciones, señaladas por Compagnon, de Ernest Renan en sus escritos de madurez (Cfr. *Histoire du peuple d'Israël* y “Le judaïsme comme race et comme religion” [1888]), quien aclaraba que “el hecho etnográfico, capital en los orígenes de la historia, va perdiendo siempre importancia a medida que se avanza en civilización” (Citado por Compagnon, *Connaissez-vous Brunetière?* 154 n.1). Cf. También su *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques* (donde distingue entre lo biológico y lo cultural para basar la oposición entre razas) y *Le Judaïsme et le Christianisme* (1883), donde Renan se aleja de un uso abusivo del término *raza*.

componente irreductible, esencializado y definido por la capacidad de los *pueblos* sometidos de sobrevivir a la invasión de los imperios modernos. Un aspecto que la crítica sobre Ugarte no señaló es la abundancia de artículos dedicados a cuestiones de política internacional. Esta puede explicarse por la adopción de una perspectiva internacionalista sobre “el coloniaje (sic) y las conquistas” (222) y sobre la situación de los países periféricos o colonizados, y permite apreciar de un modo más preciso no sólo las consecuencias de su adscripción al socialismo, sino también el modo en que su estancia europea, y la práctica intelectual que allí desarrolló, redundó en una politización de su discurso sobre América Latina. Puede leerse esta perspectiva en las crónicas del libro dedicadas a los caudillos boer y filipino, “Krüger” y “Aguinaldo” respectivamente: “dejemos que los europeos utilicen este acontecimiento para sus fines de política internacional y renunciemos a vivir de agitaciones extrañas a nuestro medio. Tengamos vida propia. Nuestro héroe (...) debe ser Aguinaldo. Su obra nos interesa particularmente, porque es nuestra historia que resurge” (223/4) dice evaluando con ojos americanos la lucha anticolonialista de los filipinos.¹⁷²

Esto se confirma en otro artículo¹⁷³ en que la crónica aparentemente mundana sobre la visita de la reina Ranavalona de Madagascar termina en un alegato antiimperialista y antiracista a la vez, que pone de manifiesto una ambigüedad en el uso de la categoría de raza, reveladora de la desconfianza que Ugarte va elaborando en torno a la dominación política y cultural de las naciones europeas. Esto es así al punto de que el cronista va a compensar, de alguna manera, las posibles deficiencias inscriptas en la “soberana desgraciada” –colonizada- exaltando el refinamiento de la reina, lo que acusa al mismo tiempo la matriz orientalista (Saïd) de su perspectiva. Ugarte cuestiona la falta de protocolo empleado por el gobierno francés en la acogida de la reina, que había sido apenas recibida por un funcionario de segundo rango y formula hipótesis sobre las posibles razones, que condena:

¹⁷² Ugarte, *Crónicas...*, “Krüger” (221 -224) y “Aguinaldo” (225-228). Evaluando con ojos americanos la lucha anticolonialista de los filipinos, hace la siguiente invitación a los lectores: “dejemos que los europeos utilicen este acontecimiento para sus fines de política internacional y renunciemos a vivir de agitaciones extrañas a nuestro medio. Tengamos vida propia. Nuestro héroe [...] debe ser Aguinaldo. Su obra nos interesa particularmente, porque es nuestra historia que resurge” (223/4).

¹⁷³ (Ugarte, “La reina Ranavalona”, *Crónicas...*, 279-285).

...porque es de 'raza inferior'; porque se ha visto obligada a aceptar el protectorado de Francia, y porque posee sus Estados en el 'barrio del Sur', es decir, fuera del *centro elegante de las naciones poderosas* (...). Pero es de sentir que una soberana joven y desgraciada, cuyo árbol genealógico es más viejo que el de cualquier casa de Europa, haya sido tratada con ese amable desdén (...). ...es una mujer pequeña y delgada, que viste con garbo las modas de París y sabe calzar los guantes y recogerse el vestido (...). Sus facciones son regulares y casi europeas (...). No es la horrible salvaje que algunos se imaginan, sino un tipo de selección, donde *la raza ha suavizado*¹⁷⁴ sus rasgos gruesos. Tiene algo de los habitantes de Ceylán. Y es una silueta distinguida, llena de majestad y sencillez, que sabe saltar del carruaje con mucha elegancia y saludar amablemente a la multitud con el aleteo de los guantes. Su exotismo la ha hecho célebre en pocas horas (280-281- cursivas nuestras).

Pero otro aspecto de la crónica resulta llamativo, a saber la relación de complicidad que el sujeto establece en la representación de la reina, desde una posición de observador alejado de la *fiesta exotista* en la que están implicados los parisinos y los reporters empeñados en verla de cerca y en entrevistarla. Va siguiendo a la distancia los sucesivos paseos de la soberana por París; registra en el circo su expresión de desagrado ante el número de un payaso africano recibiendo bofetadas, lo que el cronista interpreta como una suerte de identificación con la condición dominada del payaso, que recuerda a la reina su propio sometimiento:

cuando *Chocolat*, el negro célebre que gana 1000 francos mensuales por hacer de Tonny y recibir diariamente las bofetadas, apareció en las pistas (...), la reina tuvo un gesto duro y se condenó al silencio. Quizá hervía en ella una protesta contra las humillaciones de aquel ejemplar de su raza. El recuerdo de su hegemonía, la visión de sus palacios de Montaora y Tamatave pasaron en un galope de derrota. *Chocolat* parecía ser el símbolo de su pueblo. Y dos dientes blancos mordieron la seda del abanico (283).

La categoría de *raza* cobra un valor distintivo, aparece asociado a ciertos invariantes culturales propios de cada país periférico y se presenta como más poderosa que las diferencias de clase. Esto pone en evidencia que

¹⁷⁴ Nótese cómo la construcción del transitivo "suavizar" cuyo sujeto es la "raza", aplicado a los "rasgos gruesos" originarios supone un atributo activo a la categoría y descarta la idea de algo innato en ella (pues lo innato son los rasgos). La construcción misma otorga a la "raza" un atributo cultural, equiparable al de *civilización*.

en Ugarte el debilitamiento del modelo racialista de análisis de las culturas no europeas proviene de su indagación en torno a la especificidad de los procesos sociales y culturales, más que de un abandono de la matriz organicista aplicada a lo social, uno de cuyos efectos es, como vimos, una politización de dicho análisis.

Finalmente, al referir la humillación en que incurre el gobierno francés que insta a la reina a que no presencie el evento oficial y mundano convocado en el Hipódromo parisino de Longchamps, el cronista, devenido en admirador anónimo, estrecha su solidaridad con ella, proyectando una cierta identificación con su *habitus* de nobleza distintiva y dignidad, proveniente de la condición común de dominados/humillados por la prepotencia de las naciones centrales (a esto puede sumarse cierta autoimagen de intelectual). La intimidad es completa cuando parece ser el único en seguirla por el Jardín de Plantas, el domingo del evento, y en interpretar la “tristeza” de la reina de Madagascar, destacando su condición de prisionera. Pero al concluir, previendo posibles connotaciones elitistas y como si quisiera controlar el sentido de su crónica, descarta posibles derivas monarquistas de su discurso resaltando universalmente valores antiimperialistas, lo que pone en escena la politización en el enfoque que venimos describiendo:

Y he aquí por qué insinuaba el domingo la reina de Madagascar una tristeza tan noble y un gesto tan amargo de ironía. No es que compartamos las ideas de Charles Maurras sobre los tronos. Pero todos los vencidos, todos los que sufren, merecen nuestra simpatía, -hasta los que tuvieron la mala suerte de nacer reyes (285).

Un último detalle o prueba incidental, lo encontramos en el estudio sobre Argelia que Ugarte ensaya en 1905, después de su viaje por el Maghreb. En él puede verificarse nuestra hipótesis de la preponderancia del discurso sobre la latinidad y su carácter determinante en las reflexiones en torno al análisis de las sociedades capitalistas. Es probable que estuviera aun más latente cuando se trataba de estudiar el aspecto contemporáneo de países periféricos, lo que implicaba, de alguna manera, medir las distancias entre centro y periferia en los territorios colonizados durante el siglo XIX. Sobre el final de esta crónica a la que ya nos hemos referido, Ugarte imagina una

solución bastante llamativa para remediar los estragos de la dominación francesa en Argelia que cuestiona por ser contrarios al *ideal civilizatorio* galo.

Por un lado, señala su tesis recurrente acerca del carácter reciente de las sociedades del *Nuevo mundo* que constituye una base fértil para la importación del “progreso moderno” y que explica la “rapidez de la evolución”.¹⁷⁵ En este sentido, queda descartada cualquier referencia a las *taras* asociadas al medio (pereza tropical, laconismo, falta de sentido abstracto en indígenas y negros) frecuentes en la sociología positivista latinoamericana. Por otro lado, Ugarte previene, insólitamente, contra los peligros del “separatismo” de la región respecto del Estado francés pues esto dejaría un territorio vacío susceptible de caer ante los deseos imperiales de otras naciones occidentales. Para fundamentar su idea cita el ejemplo de Cuba a partir del cual concluye que después de lo ocurrido allí, “sería un esfuerzo infantil” intentar lo mismo. La perspectiva puede parecer en parte contradictoria si se la compara con la continua brega ugarteana en favor de las naciones dominadas. En realidad, esto evidencia, precisamente, el peso del latinismo como elemento demarcatorio de una identidad cultural, transnacional, a la que se le otorga un sentido de *elevación espiritual*¹⁷⁶ para distinguirla de un universo *no latino* (por cuanto queda implícito que las naciones capaces de disputar la dominación francesa son las llamadas “sajonas”).

Como ocurre con la mayoría de sus contemporáneos, la confianza ugarteana en el progreso no tiene grietas y no se contradice siquiera con sus ideas socialistas. Este no será abandonado ni revisado en libros posteriores sino que Ugarte le dedicará un tratamiento particular en su estudio de 1906, *Enfermedades sociales* que le editará Ramón Sopena en Barcelona. Así, “Adelanto material”, el cuarto capítulo de dicho libro, parece estar destinado a cuestionar la oposición entre latinos y sajones sobre la que se apoyaba el tópico de la decadencia latina, a partir de una refutación de la creencia acerca de que el progreso material pudiera ser constitutivo de los países sajones.

¹⁷⁵ “El progreso moderno ha operado con mayor holgura en estas tierras nuevas donde todo estaba por hacer, que en las viejas ciudades de Europa, donde tiene que luchar con los mil impedimentos que le opone la tradición. De ahí que encontremos una frescura de iniciativa, una resolución para crear, que sólo hemos visto en algunas ciudades de América” (Ugarte, *El arte...* 97).

¹⁷⁶ “Y si Francia supiera contemporizar con el indígena y atender más que a la difusión de sus productos, a la de su espíritu, podría continuar quizá ejerciendo su dominación durante largos años y en beneficio de todos”, *Ibid.* 100.

Para ello, critica la supuesta división entre lo material y lo espiritual basándose en la existencia de una relación dialéctica entre ambas dimensiones, concebidas como formas variadas e igualmente necesarias de la “energía humana” (Las simetrías de la existencia quieren que a una superioridad de pensamiento corresponda una superioridad de vida material”108):

No faltará quien argumente que unos pueblos han nacido con particulares aptitudes para los asuntos materiales y otros para los asuntos espirituales, que unos resultan excelentes administradores o empresarios y otros incomparables poetas o filósofos, que aquellos son la carne y éstos el alma de la humanidad (113)

Ugarte recurre a una retórica vitalista inspirada en el organicismo para enfatizar la necesidad de la “acción” inherente a las sociedades modernas, por oposición a la “timidez” producto de una enfermedad moderna: la “falta de iniciativa” en todos los órdenes imaginables¹⁷⁷. Sin embargo, aunque rehúse el binomio latino/sajón buscando una oposición superadora (material/ideal) y con equilibrio de sus términos, la propia argumentación no destierra del todo la cuestión de la decadencia latina al explicar la tendencia al “ideal” por parte de los “pueblos latinizantes” (106), por su dificultad para la acción pues “han conservado como recuerdo de su origen y de sus aficiones de varios siglos, una confusa tendencia a encerrarse en el ideal” (106). Si el progreso significa un fenómeno tendiente al “bienestar” (108) general de toda una comunidad y no sólo de su élite en el marco de una nación, está entonces determinado por la omnipresente *Ciencia* y su influjo positivo en la educación de los pueblos. Es a la falta de una educación “racional, deductiva, experimental” que debe atribuirse la ausencia de iniciativa y así también la imposibilidad para sobrevivir a la “existencia moderna” (114) o, lo que es lo mismo, para escapar a la “incertidumbre” y a un estado “neuro”(115). Significativamente, pese a las propias advertencias y binomios alternativos esgrimidos por Ugarte, los

¹⁷⁷ “La iniciativa es la renovadora de la existencia; la facultad con ayuda de la cual el hombre va haciendo entrar el futuro en el presente. Sin ella todo permanecería estancado a lo largo de los siglos y las edades serían reproducciones pálidas de un eterno tipo ancestral. Es lo que pone en movimiento a las sociedades, lo que les da rasgos propios, lo que las hace cambiar de piel. (...) No es obra de los organismos, sino de las moléculas. Se traduce en una acción individual y constante que descubre circunstancias, analogías, procedimientos, disociaciones, matices, aplicaciones o formas desconocidas, que después se difunden y aumentan el haber de la colectividad.” (110).

modelos de progreso y ciencia que asoman en la argumentación ugarteana son Alemania, Inglaterra y América del Norte.

Es que la cuestión del cambio basada en la fe en el progreso sobrevuela todos los debates modernos y suministraba una respuesta posible, a la que tampoco el socialismo finisecular está ajeno. En este sentido, la explicación de Shanin respecto del evolucionismo como un “arquetipo intelectual” propio de las ciencias sociales decimonónicas es esclarecedora. Shanin lo entiende como una “solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio”¹⁷⁸, un impacto que se intensifica en el caso de los escritores latinoamericanos de fin de siglo, tanto por el contexto de modernización de algunas metrópolis del continente como por la complejidad de la vida urbana que descubrían en sus viajes europeos.

Aun Juan B. Justo, cuya perspectiva clasista se manifestaba de un modo más sostenido, y era menos proclive a los debates de circunstancia, dedicó unas líneas a cuestionar la relación entre *raza* y progreso. En un artículo publicado en *La Nación* el 24 de junio de 1896, cuatro días antes del congreso Constituyente del Partido Socialista Argentino, y titulado “No es cuestión de raza”,¹⁷⁹ Justo discute sobre esta cuestión desde un sesgo ideológico más diluido, lo que se explica por la consideración hacia sus interlocutores, que no son los lectores militantes de *La Vanguardia*. La primera distancia que construye el cronista puede verse en el procedimiento de impostación de un discurso patriótico, con una modalidad marcadamente sarcástico y mediante el recurso al discurso indirecto libre. Justo ironiza sobre la contradicción entre la retórica del amor a la patria y la creencia en la inferioridad del país en lo relativo a “al campo de la actividad industrial, comercial y social. ¡Cómo pensar en construir nosotros mismos nuestros

¹⁷⁸ El análisis de Shanin (citado por Tarcus 198) tal vez resulte esclarecedor respecto de las razones por las que el positivismo se impuso por más de medio siglo en el mundo occidental. Shanin afirma respecto del “arquetipo intelectual” que permitía dar cuenta del cambio, que “La diversidad de las formas física, biológica y social se ordena y explica por la hipótesis de un desarrollo estructuralmente necesario a través de estadios que el método científico debe descubrir. La diversidad de los estadios explica la diversidad de las formas. La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos (...)” (Tarcus 198 [Shanin, Teodor (ed). *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, 1984/1990: 15]).

¹⁷⁹ Publicado en su libro *Internacionalismo y Patria* (ver Bibliografía): 195-198.

ferrocarriles y nuestros puertos! ¡Cómo esperar que nazcan aquí grandes sociedades anónimas o cooperativas! ¡Cómo pretender que todos los argentinos sepan leer!” (Justo, *Internacionalismo y patria* 195). En este contexto, se refiere a la “raza anglosajona” afirmando su superioridad como un modo de verificar hechos de progreso, pero distanciándose del tópico de su superioridad, al reivindicar los inventos y descubrimientos de España o Italia en la era moderna (“No fueron ingleses quienes inventaron la palanca y la rueda. Los primeros bancos florecieron en Italia...” 196). También pone en cuestión el determinismo climático, desestimando su carácter irremediable aun cuando no deja de reproducir el binarismo entre la razón nórdica y la imaginación y sentimientos del trópico, según el paradigma naturalista aplicado a las ciencias sociales, desde la Teoría de los climas desarrollada por Montesquieu. Justo no sólo opone a esa condición irremediable el factor trabajo, sino que llega a invertir la fuerza regresiva asociada al clima cálido, mostrando las facilidades que ofrece en la vida diaria:

Es cierto que somos menos fuertes para el trabajo, pero también lo es que, para vivir lo mismo o mejor, necesitaríamos trabajar menos; nuestro clima es más benigno, no nos exige tanto alimento, tanto abrigo ni tanto fuego. Si no somos tan capaces como el pueblo alemán, por ejemplo, de una observación paciente y prolongada, en cambio nos ayuda una asociación de ideas más fácil, una imaginación más viva.

Pero hoy no sólo podemos menos, no sólo crecemos menos e influimos menos en la marcha del mundo, sino que, para llegar a ese resultado, trabajamos relativamente más. Nuestros obreros viven mucho menos bien que los obreros norteamericanos, pero trabajan más horas cada día y más días en el año... (196)

Aun cuando mantiene la dicotomía entre *anglosajones* y *latinos*, pues su criterio sanciona en los datos del progreso las razones de la superioridad de los primeros, sostiene la posibilidad de transformar dicha situación, con una confianza iluminista respecto de los sectores populares, mediante prácticas de pedagogía consideradas capaces de transmitir el libre examen contra el dogma religioso; y el orden y las ventajas de la asociación. Así, Justo sugiere una relación de causalidad entre el carácter más avanzado en la evolución económica de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, y su mayor grado de conocimiento práctico, lo que lo lleva a extraer leyes (“sin el progreso económico no es posible el progreso intelectual” -198) y soluciones: para que

haya progreso en Argentina -parece decir- tanto la clase capitalista como el proletariado deben organizarse. La primera, abandonando divisiones y formando “partidos económicos [según] las clases de propietarios”; la segunda, construyendo “una acción colectiva” (198). El lema liberal evocado en el cierre del artículo, según el cual “el bienestar general depende del orden y el progreso”, le sirve a Justo para restar veracidad al factor determinante de la *raza* y a insistir en que las causas del progreso residen en cuestiones más objetivas de “doctrina y de método, de educación y de instrucción”, en coherencia con una de las líneas partidarias que confiaba en lo que Camarero y Herrera han definido en términos de “un modelo de accionar de reforma por integración social” (Camarero 10).¹⁸⁰

En síntesis, hemos visto hasta aquí que en Europa la constitución imaginaria de un área de *civilización* históricamente difusa que remitía a un pasado cultural arcaico (la “cultura clásica”) y a otro moderno (el liberalismo político, el romanticismo, el modernismo artístico) pero renovada por las ciencias sociales en emergencia, era definida por publicistas, periodistas, científicos y escritores también por oposición a un amalgama arbitrario, lo *anglosajón*, que sintetizaba eficazmente la reacción ante Alemania, el imperio Británico y la emergente nación norteamericana que amenazaba con conquistar territorios y se había impuesto por su capitalismo pujante. Tal inquietud formó parte de las problemáticas epocales, de tal modo que la cuestión de la decadencia *latina* frente al vigor anglosajón se constituyó en una clave hermenéutica al estudiar las sociedades contemporáneas, de allí su persistencia por más de tres décadas. A su vez, el tópico que alertaba sobre la caída progresiva de la *latinidad* implicaba un modo de exorcizar los peligros concretos dados por el avance de las luchas obreras que agudizaba la conflictividad social, luego del período de bonanza para la burguesía, posterior a la Comuna de París. En el naciente siglo XX, esta clave de interpretación no se había desterrado si se tiene en cuenta su presencia en las revistas y

¹⁸⁰ Muchas ideas de este artículo van en el sentido que asignan Camarero y Herrera a la fundación del Partido Socialista en Argentina; ellos subrayan por ejemplo el modo en que el PS se construye una identidad como “agente modernizador” (13) de la política argentina y expone un diagnóstico según el cual “el sistema político argentino, imperfecto, alcanzaría las condiciones de democratización plena y social con ‘el progreso propio de la evolución económica’” (Camarero 13).

periódicos franceses pero también españoles y porteños: puede citarse la columna semanal de Max Nordau en *La Nación*, las revistas especializadas como la *Revista Nacional* o los *Archivos de Psiquiatría y criminología* (1901-1913) dirigida por José Ingenieros y aun en las revistas culturales de los amigos de juventud de Ugarte, Alberto Ghirardo, *Martín Fierro* (1904-1905) de orientación anarquista¹⁸¹ e *Ideas* (1903-1905) creada por Manuel Gálvez; las referencias en la *Revue des deux mondes* hasta la *Revue Bleue* y *La lectura o Nuestro tiempo* de Madrid. En Latinoamérica, el debate toma un cariz propio en tanto los jóvenes intelectuales encuentran una ocasión para integrar al continente en la serie latina, tal hemos venido demostrando, y para augurarle, merced a su juventud y al menor desgaste que ésta implicaba, un futuro prometedor. Prueba de la persistencia de dicho patrón discursivo es que se prolonga hasta ya entrada la década de 1910, como analizaremos en el próximo capítulo: en Arguedas, en García Calderón, que remitirán a los escritos de Manuel Ugarte.

2. 3. Inscripción de los problemas americanos en los procesos históricos de las sociedades europeas: *Las enfermedades sociales*

Su americanismo me parece un poco belicoso, un poco intolerante, y yo procuro conciliar con el amor a nuestra América, el de las viejas naciones a las que miro con un sentimiento filial.
Carta de Rodó a Rufino Blanco Fombona, 1899¹⁸²

¹⁸¹ El modo en que el racismo funciona como matriz de análisis puede verse en algunos artículos de autores europeos y argentinos difundidos en la revista de orientación anarquista. Cf. el de Charles Letourneau sobre las "Costumbres guerreras" (a. I, núm. 30, 29 de septiembre de 1904); el de Luis Bonaparte, "Feminismos. La mujer latina y la mujer sajona" (a. I, núm. 26, 1 de septiembre de 1904); un buen ejemplo es "Pueblos nuevos..." (a. I, núm. 9, 28 de abril de 1904) de Enrique Agustín Alvarez. Allí establece una distinción "espiritual" entre pueblos viejos y nuevos, asociando los primeros al "entendimiento europeo del siglo XII", para refutar que la "raza se entienda por el elemento físico" y no por el "moral" y deducir el atraso de la "raza" de "estas tierras", del "alma del argentino", pese a que se trate de una joven nación. Prueba de la circulación del tema son también las referencias al best-seller del pedagogo Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* (1897) y su circulación local (hay ejemplares en varias bibliotecas públicas del país). Sólo en el año de su publicación, fueron vendidos en Francia 15000 ejemplares del libro (Roger 232).

¹⁸² Citado por Emir Rodríguez Monegal, "La generación del Novecientos", op. cit., p. 56, nota 49.

Durante los años en que, de regreso por Europa, asume la representación del Partido Socialista de Argentina en los congresos de la Segunda Internacional en Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907), Ugarte alterna sus crónicas, poemas y cuentos, con la publicación de estudios de corte sociológico que progresivamente irán ocupando el centro de sus escritos. Su militancia en el Partido lo lleva a intentar conciliar su vocación de escritor con dicha actividad, abordando temas contemporáneos que, si bien coinciden con muchos de los tratados en sus crónicas anteriores, serán desarrollados en clave sociológica. Esta sistematización en la escritura coincide con el progresivo desplazamiento que operaban las ciencias sociales respecto de la hermenéutica social de las letras tradicionales.

En este sentido, puede destacarse el ensayo de Ugarte de 1906, *Enfermedades sociales*, el primer libro que no resulta de una compilación de escritos dispersos. El autor pretende interpretar los fenómenos sociales en lo que entonces se designaba como la “vida contemporánea”. Lo hace recurriendo a un enfoque organicista y a la vez evolucionista que no se contradice con su creencia en el socialismo. En efecto, el discurso hegemónico en el socialismo de la Segunda Internacional fundaba precisamente su filosofía de la historia en un fuerte determinismo económico derivado de la conjunción entre el evolucionismo darwiniano y materialismo dialéctico, síntesis que Kautsky había consagrado en su interpretación de los escritos de Marx (Tarcus, Haupt, Hobsbawm, Andreucci). Tarcus señala que esto está en la base de la orientación que tomará el socialismo finisecular:

Un socialismo científico leído en clave fuertemente determinista, e incluso de un determinismo tecnológico, llevó a Kautsky a considerar como irreversible la decadencia del capitalismo e inevitable el triunfo del socialismo. Confiado en la inexorabilidad de la revolución en términos históricos, rechazaba el empleo de la violencia (salvo como defensa frente a la reacción): lo que es históricamente necesario no tiene necesidad de violencia. Las formas del socialismo contemporáneo están ligadas, para Kautsky, al desarrollo de la democracia moderna. Esta concepción se expresaba en las dos partes, teórica y reivindicativa, del nuevo programa de la socialdemocracia alemana –el Programa de Erfurt (1891)- que Kautsky había contribuido a redactar con el consejo de Engels: de una parte, determinismo histórico, de otro, lucha política por reformas (Tarcus 197).

Ugarte toma conocimiento de estos debates cuando llega a Francia a fines de los años 1890 y será testigo de las discusiones internas al participar en los dos congresos internacionales mencionados.¹⁸³ En este marco puede entenderse la heterogeneidad discursiva del “estudio” de Ugarte, en tanto gravitan en él ciertas problemáticas propias de los debates del socialismo internacional. Ahora bien, si por momentos se registra un léxico marxista aplicado a la intelección de la política y la cultura del presente, el socialismo científico no llega a constituirse en programa del libro. A la vez, ciertos tratamientos traducen concepciones provenientes del positivismo inscripto en las ciencias sociales, como del higienismo o de la psicología de las masas. En el cruce de estos discursos emerge un distanciamiento respecto del racialismo propio de la hermeunéutica social, sobre el que vale la pena detenerse. Anticipando los temas en juego, puede decirse que el *internacionalismo proletario* de la doctrina socialista de la época lleva a Ugarte a interrogar la jerarquía implícita entre viejo y nuevo mundo, la que se sostenía en el carácter más o menos primitivo de las culturas. Así, su ensayo sociológico *Las enfermedades sociales*, que publica un año después que *El arte y la democracia*, articula más extensamente las convicciones socialistas de Ugarte y el método positivista, al ser aplicados a una reflexión sobre aspectos de las sociedades contemporáneas.¹⁸⁴

La motivación primera del libro parece responder a dos preocupaciones: por un lado, la de describir los males de la modernidad señalando “enfermedades sociales” y su efecto, ser “llagas de un pueblo” (9), lo que puede interpretarse como un intento de analizar los modos en que se produce la caída del capitalismo, sobre el supuesto del advenimiento inminente de transformaciones redentoras de la humanidad. Por otro lado, la de establecer que dicha descripción de dichas enfermedades está destinada a demostrar su carácter internacional, *universal*, que en varios tramos del texto es vinculado a la expansión del capitalismo mundial. Esto parece constituir un intento de Ugarte de analizar los modos en que se produce la caída del capitalismo,

¹⁸³ Curiosamente, no encontramos el registro de los debates de los congresos de 1904 y 1907 en la correspondencia recibida por Ugarte, archivada en el AGN. Las cartas escritas por Palacios o Ingenieros no hacen referencia a estos debates ni contienen respuestas o comentarios a posibles informaciones o reflexiones hechas por Ugarte.

¹⁸⁴ Puede decirse que la mayor parte del libro fue escrito por los mismos años, pues la conclusión que lo cierra está fechada en abril de 1906.

sobre el supuesto del advenimiento inminente de transformaciones redentoras de la humanidad, a la vez que permite al autor dar fundamentos a la necesidad de aplicar sobre los fenómenos contemporáneos una “concepción amplia y un criterio universal que rechaza los localismos” (10). De este modo, la elección del objeto del libro presupone la existencia *urbi et orbi* de una crisis en las sociedades modernas,¹⁸⁵ la que se explica con metáforas clínicas como el resultado de dos tipos de enfermedades, “ofensivas o simplemente esterilizadoras”, o sea por sus efectos destructivos o inhibitorios respecto de un supuesto progreso siempre ascendente, pautado por la lucha del hombre con la naturaleza.

Tales reflexiones, en cuya base gravitaba el binomio evolución/degeneración-decadencia, echaban por tierra la idea misma de una jerarquía entre los pueblos según sus grados de civilización y en virtud del progreso material alcanzado. Vemos entonces que el tópico en boga de la *decadencia del mundo latino*, omnipresente en la doxa de la época, aparece resignificado mediante la universalización de los problemas. El interés de esta argumentación resultaba tanto más decisivo para un hispanoamericano que ataba la tradición política y cultural del continente a un supuesto origen hispánico. Es mediante este mismo mecanismo que las repúblicas americanas eran insertadas en la historia occidental contemporánea. En efecto, el analista parte de la perplejidad ante el diagnóstico, “en España y en la América del Sur”, del “estado desfalleciente y la pasajera amnesia de nuestros destinos” (10) pero se preocupa por remitirlo a causas más generales, centrando su argumentación en la idea de que “las enfermedades sociales son comunes a todos los pueblos” (17). El mecanismo resulta significativo en la medida en que intenta sortear el obstáculo metodológico dado por la premisa de la desigualdad hereditaria entre poblaciones del viejo y nuevo mundo, uno de los tópicos de la sociología positivista argentina (Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)...*). De un modo más intuitivo que sistemático, Ugarte pone en duda las categorías antropológicas vigentes, para lo cual recurre, en los momentos más heterodoxos de su escritura, a un discurso universalista. Esto puede vincularse a su intento de ajustar sus

¹⁸⁵ Al respecto, Patricia Funes propone en *Salvar la Nación* que los ejes sobre los que giran los debates de los intelectuales desde fines del siglo XIX son la idea de modernidad y la de crisis.

criterios a la doctrina socialista internacional de fines del siglo XIX. En efecto, además de implicar una disolución de la jerarquía racial eurocéntrica, busca legitimar la identidad de las repúblicas llamadas jóvenes, lo que está formulado en consonancia con la retórica antibelicista jauresiana:

En todas las naciones vemos las mismas enfermedades sociales y en todas apuntan iguales tentativas de redención. Lo que conviene es fomentar un entrelazamiento de imitaciones benéficas y abandonar a los rezagados del nacionalismo la convicción infantil de superioridades regionales. Las victorias se borran, las teorías se desvanecen, las rivalidades ruedan y sólo queda el alma humana multiforme que atenace el ideal y que la sombra retiene, en esas luchas brumosas y desconcertantes de la conciencia final que despierta (23).

Así, los fragmentos de discurso segundointernacionalista proveen a Ugarte de reflexiones útiles para su indagación en torno a la identidad de Hispanoamérica que se va ubicando en el centro de sus preocupaciones. En este sentido, puede decirse que también está presente en la motivación inicial de su estudio la necesidad de interpretar el estado de las sociedades española y americanas tras la crisis del '98. Lo resuelve primero mediante un gesto que consiste en ubicar estos problemas en una dimensión más amplia, deteniéndose en la sociedad francesa contemporánea. Francia es presentada como la cultura en que se encuentran sintetizados los males que aquejan a todas las sociedades. De este modo, la vinculación misma de los problemas sociales americanos con los franceses tiene por efecto desterrar lecturas en términos de atrasos. Además, logra otorgar coherencia a la lógica de la nueva era universal en la que habría entrado la humanidad. Así, ya en el prólogo, Ugarte fundamentará el panorama propuesto respecto de la sociedad francesa, construido a través de un discurso organicista. En un segundo momento, hacia el final del estudio, este plan es abandonado (lo que quita coherencia al propósito inicial) cuando el ensayista introduce una comparación con España fundada en la necesidad de indagar el mismo problema en "el alma de nuestra raza". El desvío resulta significativo porque vuelve visibles las motivaciones del estudio, que como señalamos, están vinculadas a la indagación de problemas de la modernización en Hispanoamérica.

La incorporación de un saber científico específico para abordar los problemas sociales se produce en un contexto de consolidación de las ciencias

sociales que desplaza la figura profética del poeta hacia la del intelectual-sabio. En este sentido, la propia noción de *humanidad* se tiñe de una impronta evolucionista-biologicista a tal punto que Ugarte la define por oposición a la *animalidad*:

El hombre trabaja por acercarse al tipo imaginario de perfección que todos llevamos dentro. Para conseguirlo, tendrá que (...) evitar el peligro de resbalar, después de rotas esas ligaduras [con la moral sectaria existente], de negación en negación hasta la bestia.¹⁸⁶

La confluencia, recurrente en los escritos de Ugarte, entre el evolucionismo como método y el socialismo como principio, dogma y moral nueva que orienta el sentido de la perspectiva científicista sobre la sociedad, recurrente en los escritos de Ugarte, ilustra el modo hegemónico de funcionamiento de la ideología positivista aún en pensadores opuestos al conservadurismo. Al mismo tiempo, es una muestra de la expansión alcanzada por el “marxismo de la 2da internacional” (Andreucci) y su científicismo.

Como dijimos, Ugarte hace hincapié en el carácter universal de los fenómenos, que trasciende toda esfera regional, proponiendo implícitamente una tesis que al final del libro será expuesta abiertamente: las enfermedades sociales son el producto de un estado alcanzado por la civilización en su etapa capitalista. Es a través de este mecanismo de universalización e internacionalización del objeto de estudio como entra en diálogo con obras de latinoamericanos claramente anclados en un positivismo “de derecha” (Ansaldi, Funes “Cuestión de piel...”): *La transformación de las razas en América* (1899) de Agustín Álvarez, *Manual de Patología Política* (1889) de Juan Álvarez, *Continente enfermo* (1899) de César Zumeta, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Estados Unidos* (1889) de Francisco Bulnes¹⁸⁷ y con *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge¹⁸⁸. En efecto, al adoptar la perspectiva universalista respecto de los fenómenos sociales acarreados por la modernización capitalista, perspectiva que está en sintonía con el internacionalismo socialista, Ugarte busca producir

¹⁸⁶ *Las enfermedades sociales*, op. cit., p. 147.

¹⁸⁷ Cf. La hipótesis acerca del racismo de Bulnes expuesta por David A. Brading (Cambridge University)

¹⁸⁸ Cfr. O. Terán, Op. Cit., cap. 2.

un cambio de foco decisivo respecto de la sociología positivista continental. Esto explica el hecho de que dedique el comienzo de su estudio a justificar la reorientación de la mirada sociológica cuyo enfoque –hasta ese momento– se basaba la descripción de las taras ambientales y de la herencia racial, hacia una perspectiva exterior:

Hemos reducido nuestro campo de acción a un solo país, convencidos de que en estas épocas de intercambio y de nivelación, *en todos los pueblos existen, más o menos acentuados, los gérmenes de los mismos males y de las mismas virtudes; que, al fin, la humanidad es una en su esencia y en sus resultados.*

En todas las naciones vemos las mismas enfermedades sociales y en *todas apuntan iguales tentativas de redención.*¹⁸⁹

La formulación dialéctica de una implicancia entre las enfermedades sociales y la supuesta existencia de atisbos de “redención” mundial expresada, mediante una retórica promisorio, en el final del fragmento citado, resulta reveladora de la operación que describimos, en tanto la perspectiva universal construida por Ugarte se dirige a abandonar el examen de situaciones específicas de Hispanoamérica, mediante el señalamiento de imperfecciones telúricas, herencias falladas o, en el mejor de los casos, atrasos. De alguna manera, también Ugarte aborda la "cuestión social" que, tal como lo analizan Patricia Funes y Waldo Ansaldi,¹⁹⁰ se encuentra en la base de las preocupaciones de los intelectuales latinoamericanos en tanto la complejización de las sociedades, efecto inevitable de la modernización económica, requería una redefinición del rol de las élites gobernantes y de las instituciones del Estado-nación. Pero al hacerlo, contrariamente a muchos de sus contemporáneos cuyos libros mencionamos, Ugarte no ubica el origen de los males en rasgos específicos y factores inherentes a las sociedades latinoamericanas (como las diversas "razas" del continente, o el mestizaje) y por eso mismo irreversibles o solucionables con medidas drásticas como la tan mentada inyección de pobladores europeos. En Ugarte, se trata en cambio de diagnosticar tendencias universales inherentes a la modernidad urbana

¹⁸⁹ *Enfermedades sociales*, Op. Cit., pp. 11 y 23 respectivamente. La cursiva es nuestra.

¹⁹⁰ Funes, P. y Ansaldi, W., "Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano", Ansaldi, W. (Comp.). *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes para un debate vigente*. Buenos Aires: Ariel, 2004: 451-488.

producida por el avance del capitalismo occidental. Mediante un discurso teñido de higienismo, en el que la ciencia funciona como modelo de interpretación total,¹⁹¹ el ensayista señala las intoxicaciones, malformaciones y demás patologías modernas que acechan universalmente a las naciones, debilitándolas (provocándoles *anemia*, llegamos a leer), aunque esto ocurra en grados desiguales.

La táctica elegida por Ugarte consiste, significativamente, en redirigir la mirada hacia un punto de vista universal sobre las problemáticas que –según sugiere– aquejan a cualquier sociedad moderna. Esta se apoya, tal como hemos adelantado, en la elección de Francia para llevar a cabo ese examen. La primera razón esgrimida evidencia el procedimiento universalizador: Ugarte fundamenta su decisión atendiendo al carácter de "síntesis de la humanidad" que constituye dicha sociedad. Por un lado, entonces, la justificación aportada para justificar el estudio de los problemas contemporáneos en la sociedad francesa, es de orden metodológico. En efecto, expresa que las "observaciones generales" aplicadas a un caso le evitarán caer en "vaguedades". Ahora bien, por otro lado, se vale de un argumento característico del discurso latinista para sostener la invención de una comunidad cultural trascendente y de larga duración, así como para ir trazando una demarcación identitaria, cuanto menos necesaria en el contexto post 1898, sobre cuyo impacto decisivo será preciso detenerse: el caso de Francia le interesa sobre todo porque se trata para él del "representante más alto de nuestros grupos neo-latinos" (12). En virtud del criterio evolucionista de la supervivencia de los más aptos, Francia funciona en el sistema analítico del texto como el caso representativo, el punto de "equilibrio" en el devenir de la humanidad, razón por la cual el diagnóstico de su estado sociohistórico presente podrá servir de patrón para el estudio de otras sociedades:

Por su equidistancia, por su equilibrio entre los pueblos que más adelante van y los que quedan rezagados, se ofrecía como ninguna para sintetizar en ella las fluctuaciones de nuestro siglo y

¹⁹¹ Así define Ugarte la función de la ciencia como subsidiaria de la nueva etapa en la civilización: "La moral vetusta basada en proposiciones inexactas y apoyada por rancios silogismos está en innegable contradicción con nuestra época experimental, en que la ciencia destruye día a día lo que aún subsiste de las interpretaciones ingenuas en que se complacieron nuestros padres, y en que nuestra actividad interrogativa va precisando por medio de deducciones y acercamientos, la verdadera esencia y la exacta finalidad de las cosas" (*Enfermedades sociales* 147).

poner al descubierto las enfermedades sociales que son comunes a toda la colectividad en estos tiempos de prueba, que podríamos llamar las horcas caudinas de la historia. Francia no es ni la que más sufre de las enfermedades sociales que señalamos, ni la que puede considerarse menos atacada por ellas (12).

Entonces, el mecanismo parece consistir en estudiar a Francia para deducir las causas universales. De este modo, dicho procedimiento autoriza al escritor a observar en perspectiva, como en un espejo, los males propios, esto es, los que aquejan a las modernizadas sociedades sudamericanas, y aun la española. En efecto, Ugarte siempre relaciona ambas geografías en tanto pertenecientes a una *raza* común, al punto de que el anteúltimo capítulo de *Enfermedades sociales* está dedicado a examinar desde el mismo título "El alma española" (Ugarte 155-178).¹⁹²

Ahora bien, la hermenéutica racialista aplicada a los fenómenos sociales, propia de la sociología positivista, aparece desviada. A partir de un mismo discurso científicista y del tópico universalista aplicado a la explicación de los cambios en las sociedades modernas, Ugarte se preocupará por desterrar el dogma de la inferioridad de las razas, aun cuando el racismo funcione inevitablemente en ciertas zonas menos controladas de sus escritos, como marco de lo pensable. En efecto, creer en dicho dogma podía llevar, entre otros riesgos, a asumir como insuperables los problemas señalados en el diagnóstico de las sociedades latinoamericanas y por eso Ugarte intentará desarticularlo apelando a la circulación mundial de los males que se apresta a describir. Aquí puede verse el modo en que su socialismo lo lleva a implementar cierto autocontrol para evitar derivaciones ideológicas no queridas, e implicadas en los saberes esgrimidos para analizar el mundo

¹⁹² Así se abre el ensayo: "Escribir un libro sobre las enfermedades de otro país, cuando *nuestra raza sufre en España y en América un eclipse tan doloroso y tan indiscutido...*" (Ugarte, *Enfermedades...*9 -subrayado nuestro). Más adelante, afirma: "Bien sabemos nosotros, y ya hemos tenido ocasión de declarar en otras obras (1) [Nota: *Visiones de España*], cuáles son las tristes llagas que nos roen en España y en la América del Sud." (10). En el capítulo III (titulado "Las enfermedades sociales son comunes a todos los pueblos"), cuestionará precisamente el carácter circunstancial del "porvenir de los latinos" en Francia, sugiriendo que "Deberíamos empezar por preguntarnos si realmente existe una raza latina y si los vicios y los yerros que advertimos en las naciones que con más o menos razón reclaman ese origen, no son *vicios o yerros universales*, que nuestro meridionalismo ha acentuado quizá, pero que se advierten en todas las naciones y no respetan las fronteras caprichosas en que algunos los quieren encerrar"(17).

contemporáneo: en Europa el discurso sobre la decadencia latina manifestaba la emergencia de las doctrinas nacionalistas; en Argentina, dicho discurso servía para demarcar fronteras de clase y sustentar políticas conservadoras, lo que el libro de Ugarte intentará refutar. Así, otra consecuencia política de la ideología racalista era la de conferir a los conflictos sociales los rasgos de primitivismo importados del discurso antropológico, considerándolos en tanto involuciones respecto de una supuesta *civilización* alcanzada. De allí no podían surgir más que soluciones conservadoras respecto del orden político y social, bien visibles en Carlos Octavio Bunge y que encontramos, tal como analizaremos luego, en el antisocialismo de Spencer o Le Bon.

Contra estos efectos de sentido, la explicación por la raza aparece mínimamente y las pocas veces que se la evoca en *Enfermedades sociales*, es para oponerle la idea de universalidad de los fenómenos, más allá de las tendencias particulares. Evitando las derivas nacionalistas racialistas, la intervención ugarteana se hace explícita, en el comienzo de dicho libro, cuando el autor se refiere a los debates suscitados en Francia sobre la decadencia de *los latinos*, por oposición a la vitalidad de la raza *anglo-sajona*, para argumentar tanto en contra del dogma de la jerarquía racalista cuanto –siguiendo la línea jauresiana–, contra su actualización nacionalista, ello, aun recurriendo al higienismo:

La verdad es que el bien el mal, los vicios y las virtudes, como los perfumes y como el aire, no viven apriscados en determinadas zonas o comprometen el porvenir de los pueblos, como las enfermedades materiales que arruinan la salud de los individuos, las epidemias morales que desbaratan o comprometen el porvenir de los pueblos, como las enfermedades materiales que arruinan la salud de los individuos, *son cosas que están en el ambiente, que a todos alcanzan* o tienden a alcanzar y que sólo pueden ser contenidas o debilitadas con ayuda de una higiene que está en la mano de todos. Cuando me hablan de la decadencia de ciertos grupos nacionales, como de una cosa local y limitada que no tiene precedentes o simetrías en otros países, admiro la ingenuidad de los patriotas que así se expresan. (...) El prejuicio de las razas y de las naciones sólo es un espejismo del pasado....(18-19).

Ugarte intenta excluir de su argumentación el recurso al sistema de pensamiento racalista (Todorov 135-180) de origen europeo, aplicado a la indagación de la conflictividad social en la modernidad occidental durante la

segunda mitad del siglo XIX, ideología que se fundaba en la creencia en la superioridad de una *raza* sobre otras. Aunque, como ya dijimos, el término aparezca esporádicamente en el texto ugarteano, no aparece nunca empleado como principio explicativo de supuestos atrasos del continente respecto de las sociedades occidentales ni de la exclusión de grupos sociales dominados (mestizos, indígenas, africanos), contrariamente a los usos consagrados por Sarmiento, Bunge o César Zumeta. En sintonía con el tópico sancionado en el último cuarto de siglo XIX por la ensayística de Renan que mencionamos en el capítulo anterior, el término “raza” alcanza resonancias no estrictamente biológicas sino culturales. Pese a los propios intentos de control sobre lo que denomina el “prejuicio de las razas”, por ejemplo, cuando se refiere a los grupos “neolatinos”, o al “alma de nuestra raza” en referencia a España (Ugarte, *Enfermedades...* 155), la persistencia de la palabra pone en evidencia el modo en que la noción positivista de *raza* funciona, con sus límites, como un instrumento de análisis que está anclado en el sentido común cientificista.

Vemos entonces que la rectificación que aparece en la insistencia de Ugarte en afirmar que trata de fenómenos presentes en todas las naciones, está destinada a refutar las interpretaciones raciológicas de los fenómenos sociales contemporáneos, y en particular, los debates de circunstancia en torno al porvenir de la latinidad. En el contexto específico de los debates latinoamericanos, Ugarte se mantiene dentro de una matriz positivista de análisis, pero su operación *universalizadora* propone argumentos –centrados en el principio racialista y hasta racista– que echan por tierra los fundamentos mismos de los libros de Octavio Bunge, Juan Álvarez, y aun del último Sarmiento de *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883), con los que dialoga, en 1906, *Enfermedades sociales*. En efecto, al decir de Waldo Ansaldi y Patricia Funes, quienes estudiaron el modo en que el racismo funcionó como discurso legitimador del proceso de consolidación oligárquica de fines del siglo XIX,

En América Latina, el núcleo duro de las proposiciones racialistas más corrientes se elabora a partir del pensamiento positivista de comienzos del siglo XX. Establecido el “perímetro” de los Estados, hacia finales del anterior, la urgencia por definir el “volumen” de lo nacional lleva a los intelectuales positivistas a precisar inclusiones y sobre todo, exclusiones, a legitimarlas y fundamentarlas. En ese ejercicio se impone la reflexión acerca de

“las multitudes”, del “pueblo”, de la “nación” o el “alma nacional”, en un contexto de complejización social y de aparición de sujetos sociales que impugnarán el orden de cosas vigente.¹⁹³

Ansaldi y Funes han analizado que Carlos Octavio Bunge (*Nuestra América*, 1903), Alcides Arguedas (*Pueblo enfermo* 1909), Fernando Ortiz (*Hampa cubana. Los negros brujos* (1906); *Entre cubanos. Psicología tropical* (1909)) sobre todo, construyeron una “hermenéutica raciológica” cuyo propósito era la “búsqueda de correspondencias entre sociedad y orden político”:

El hilo conductor por el cual discurren las argumentaciones tiene que ver con lo que estos analistas consideran una distancia patológica entre realidad social (esa historicista y etnométrica “alma nacional”) y el orden político y sus objetivaciones. Sus esfuerzos más vehementes están dirigidos, entonces, a describir con falsa imparcialidad las características de la “política criolla”, a partir de lo cual se evidencia una inequívoca crítica al orden liberal-democrático de las instituciones republicanas, tanto en el plano formal cuanto en el sustancial.

Ugarte rastrea lo que llama desde la tapa del libro “Los problemas contemporáneos” con un coherente patrón organicista, pues habla de enfermedades, intoxicación, profilaxia y prevención, en los aspectos más diversos de la cultura: la política internacional, el caso Dreyfus (cuya síntesis revela uno de los análisis más detallados y novedosos), las tendencias experimentales de la literatura “alta” y la cultura popular (cuando examina en un capítulo entero, por ejemplo, los efectos “desintegradores” del *music-hall* en París y en Buenos Aires).¹⁹⁴ Por contraste, los problemas americanos, cuando son mencionados, no aparecen más que como manifestaciones de tendencias universales. En este mismo sentido, cuando, por ejemplo, denuncia a la burocracia como traba para el progreso, elige el caso de la Rusia zarista y no

¹⁹³ Ansaldi, Funes. “Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano”, mimeo: 2.

¹⁹⁴ Resulta significativo que el único momento en que se aluda a Buenos Aires sea cuando se aborde la cuestión del café-concierto: “es, más que un obstáculo a la depuración moral, un agente de retroceso. En los *Archivos de Psiquiatría y Criminología* de Buenos Aires se ubicó no hace mucho un notable estudio sobre los auxiliares del delito y entre ellos figuraba el *music-hall* como una de las causas más poderosas de desorganización social.[...] El café-concert es, desde luego, una enfermedad universal”. En Inglaterra, en Alemania y en todos los países hay innumerables establecimientos de este género, pero los franceses se llevan la ventaja en lo que se refiere a virtud venenosa” (150).

los de los gobiernos latinoamericanos. Prueba de su alejamiento respecto de las interpretaciones racialistas que circulaban en los estudios sociológicos europeos -pero también latinoamericanos- es la siguiente afirmación, hecha al pasar, cuando se encuentra analizando los factores que dieron lugar a la derrota rusa frente al ejército japonés:

Esto [las cuatro enfermedades sociales -régimen opresivo, corrupción administrativa, optimismo enfermizo y burocracia- que disolvieron el régimen imperial ruso] *es un hecho que tiene que hacer meditar a los sociólogos*, porque establece de una manera indiscutible una especie de escalafón de valores dentro de la movible uniformidad de la vida, *y porque desmiente el prejuicio semi-científico de las razas inferiores* (49- la cursiva es nuestra).

Nuevamente, la operación *universalizadora* de Ugarte procura demostrar la superación de la dicotomía latinos/sajones y así poder desterrar la creencia en la dominación sajona que estaba asociada, en el imaginario de la época, al progreso material y a las consecuencias de la segunda revolución industrial. La referencia explícita a los sociólogos, en el fragmento citado, torna evidente el modo en que el escritor busca intervenir en el debate señalado tomando como interlocutores a los propios intelectuales entre los que están incluidos los latinoamericanos.

El lenguaje de la sociología psicologista, dominante en los ensayos de sus contemporáneos, persiste aun en un escritor como Ugarte adscripto al socialismo. Es recurrente, en este sentido, la definición de las enfermedades sociales como enfermedades morales, lo que es la simple aplicación del principio darwiniano de la *correlación* entre los estados *biológicos* y los *morales*, los *físicos* y los *psíquicos*. Las categorías analíticas de origen marxista para explicar el origen de los problemas sociales, como la noción de capitalismo, están ausentes casi por completo a lo largo del libro. Si bien aparecen recién en la conclusión, encontramos una referencia que funciona como explicación ad-hoc, en un pasaje final de síntesis, en el que el autor establece, de manera general, una relación de causalidad entre las "enfermedades sociales" y el modelo de producción económico de los países occidentales. Es como si asomara de repente el sentido político de los problemas de la modernidad abordados en el "estudio". Bajo las pautas de una interpretación organicista, el libro analiza la miseria urbana, la complejización y

diversificación de las prácticas culturales y artísticas entre distintos sectores sociales o las guerras de independencia anticolonialistas y entre naciones imperiales, para concluir en un programa de reforma “moral”, como se decía en la época, antes que de acción política directa, programa basado en una educación tendiente a la libertad de pensamiento:

Las enfermedades sociales que hemos apuntado ligeramente en este rápido estudio, derivan desde luego casi exclusivamente de un mal único; *el viejo régimen capitalista que urge reemplazar por una organización más de acuerdo con la cultura del siglo*. Pero aún sin destruir las bases esenciales de lo existente, sería posible escalar reformas hasta hacer desaparecer algunos de los errores apuntados, preparando así el camino a la inevitable evolución que debe transformarlo todo.¹⁹⁵

Una vez que denuncia el modo de producción capitalista como origen de los males contemporáneos, el ensayista introduce de inmediato una moderación contraria a las corrientes del sindicalismo revolucionario (cuando descarta una transformación absoluta de las estructuras sociales del presente), volviendo así a situar el socialismo en un terreno de evolución, de marcha irrefrenable, más que de programa revolucionario. Resuenan en el horizonte los debates de táctica socialista que la polémica entre Kautsky y el revisionismo de Bernstein, defensor del “oportunismo”, había reavivado a fines de 1890 (Hobsbawm, *La era del Imperio* 140-147; Andreucci 16-28), así como el pragmatismo reformista que formaba parte del programa de la SPD y era hegemónico en los congresos de la Internacional.

De los ocho “libros” que componen el estudio, los seis primeros cumplen con el propósito inicial de analizar la sociedad francesa como si se tratara de una muestra –en el sentido más científico-experimental del término– de los problemas contemporáneos. Allí se abordan, respectivamente, el caso Dreyfus, el centralismo de la administración pública, los debates en torno a la decadencia latina –exaltando el progreso como motor de las sociedades–, la literatura decadentista, el *café concert* como entretenimiento popular disolvente. Emblemáticamente, el tema del “alma española”, considerado en la séptima parte, se desvía de dicho programa y torna explícita una de las motivaciones del estudio que se había perfilado cuando Ugarte intentaba –tal

¹⁹⁵ Ugarte, *Enfermedades sociales* 200. La cursiva es nuestra.

como se adelantó en este trabajo- delinear cierta identidad común latina dentro de tendencias mundiales sobre las que insistía en centrarse. Termina así demarcando su objeto, al proponer analizar el “alma española” como un modo de comprender los problemas americanos,¹⁹⁶ aunque no es en este libro donde se detendrá a indagar en la identidad del continente. La enfermedad diagnosticada para el caso español es la anemia, y sus síntomas son la apatía, pereza, la falta de “energía”. Esto se mezcla, sin embargo, con otros argumentos en los que asoma un análisis economicista vagamente marxista. En efecto, el carácter antimoderno de la sociedad española, ajena a “las complicaciones actuales” (163), a “los resortes múltiples y complicados de la vida de hoy” (175), permitía explicar la falta de progreso industrial y de “iniciativa febril y de lucha intensa” que definían a “nuestras épocas” (178). En base a un análisis idealista que se detenía en los rasgos del espíritu y la moral, Ugarte recurre para justificar el atraso español, al tópico medievalista con que el socialismo explicaba en términos etapistas la presencia residual de elementos retardatarios para el progreso social, percibido como imparable¹⁹⁷:

Que en la vida española de hoy queda todavía mucho del espíritu medio-eval (sic), es cosa que parece indiscutible (172).

... porque en realidad el alma española contiene actualmente, no en la exteriorización, sino en la esencia íntima, infinitas supervivencias de los siglos que pasaron. Lo que constituye el eje de nuestra vida de hoy, la preocupación constante a favor de la verdad y de la exactitud, el método experimental, la ansiedad de las certidumbres, no ha penetrado todavía en España. (172)

¹⁹⁶ Resulta significativo para analizar la construcción de la imagen del escritor profeta científico abocado al estudio de fenómenos sociales sorteando los obstáculos de la tradición, del mismo modo en que la ciencia *positiva* se enfrentaba a la religión, que Ugarte discrimine explícitamente dos motivaciones en su estudio del alma española. La primera está relacionada con la perspectiva universalista (“Escribir para el público, no es escribir lo que el público quiere que le digan, sino decir lo que el público necesita escuchar. Vale más arrostrar el desprestigio diciendo la verdad que conseguir el aplauso repitiendo a sabiendas el error común” -166). La segunda se expresa en términos de una búsqueda de claves de interpretación para definir la identidad continental, en los rasgos de la cultura española: “Sin contar con que al estudiar el fondo del alma española llevo también el propósito de explicar así por herencia los defectos de los sudamericanos y mostrar en su mejor terreno de cultura el germen de algunas enfermedades que con mayor o menor intensidad son comunes a todos los pueblos” (166).

¹⁹⁷ Al respecto, puede notarse que en el sintagma recurrente de “Vida de hoy” aparece empleado tautológicamente, como si la mera designación del presente en asociación con el sustantivo que remitía a las sociedades recurriendo a la biología, bastara para definir la complejización de las relaciones y prácticas sociales de la modernidad. En 1914, ese mismo sintagma será elegido por Ugarte para el nombre del periódico que dirigirá en Buenos Aires.

Al mismo tiempo, no pierde de vista el propósito inicial de examinar los problemas contemporáneos, pues en el “Libro octavo” con que cierra su estudio, propone una solución de tipo universal a las “enfermedades sociales” descritas, solución que resulta interesante por el modo en que recepciona la confianza del reformismo jauresiano en la pedagogía como instrumento de emancipación.¹⁹⁸ Ugarte propone reformar las malas tendencias mediante la implementación de cambios integrales en la educación de los pueblos, que deben ser capaces de “modificar las bases mismas de la enseñanza” (180). Para ello, su propuesta supone un avance en el “pensamiento moderno” (180) que sería necesario profundizar. Así, observamos que las reformas en la educación imaginadas por Ugarte quieren ser radicales si tenemos en cuenta su propuesta de dejar atrás el “sistema actual” en que “todo concurre a multiplicar reproducciones de la mentalidad vieja o copias anónimas del maestro o de la generación que dirige, pero nada tiende a hacer posible la germinación de almas nuevas, de cerebros autónomos que partiendo de la base de lo adquirido se lancen a audaces investigaciones” (180). Autonomía individual frente a un sistema aniquilador del “libre examen”, pensamiento científico capaz de dotar de instrumentos para seres humanos creativos y la libertad, contra el sistema de “obligaciones, amenazas y castigos” de la enseñanza escolar, son los ideales que aparecen en esta renovación radical de la educación, destinada a acercar al hombre a los tiempos nuevos que se avecinan. Aquí asoma claramente la concepción socialista, difícil de discernir en los tramos anteriores más higienistas del estudio de Ugarte. Su creencia en la reforma, una de las líneas de la Segunda Internacional, no excluye la radicalidad de la transformación social a la que aspira, aunque sí su carácter abrupto, al que se prefería oponer el cambio escalonado y no por ello menos integral:

Cuando a los gobiernos de transición entre un siglo y otro sucedan los mandatarios que traduzcan o se adelanten a las aspiraciones del día, se abrirá inevitablemente tanto en América como en Europa, una era nueva para la educación. Lejos de

¹⁹⁸ Cabe mencionar a modo de ejemplo de la apuesta a una renovación en materia de enseñanza, las colaboraciones enviadas regularmente por Jaurès desde 1905 a la *Revue de l'enseignement primaire et primaire supérieur*. Jaurès publicaba en la sección “Revista social” que, junto con dos otras secciones (“Revista escolar” y la “Revista corporativa”), conformaba las tres partes de esta revista de pedagogía dirigida a maestros laicos, de quienes representó desde 1903, las aspiraciones sindicales y socialistas (Cf. Jaurès, *Oeuvres*, t. 16: 484).

prohijar tímidamente pequeñas reformas de detalle, los hombres removerán los cimientos y reconstruirán, de acuerdo con nuevos ideales, un edificio sostenido por la lógica.

Se empezará por hacer conocer al niño la estructura, las particularidades, la pequeñez comparada y los recursos del planeta en que va a vivir (...). Se le explicarán los fenómenos más inquietantes de manera de evitar que se “patriotice” en el planeta y con el fin de anclar en él la idea de su pequeñez; se le hará ver al mismo tiempo con ejemplos accesibles la posibilidad de un progreso ilimitado que llevará al hombre a apoderarse del universo; (...) (194-195)

Coherente a la vez con un análisis afín al paradigma psicologista preocupado por indagar las anomalías llamadas “morales”, el libro termina con una apuesta al cambio absoluto respecto del “sistema antiguo” de enseñanza (195). Su confianza está depositada en la acción del socialismo reformista jauresiano y en la corriente posibilista bernsteiniana que –pese a su típica retórica eufemística– logran vislumbrarse en la “Conclusión”, en la que se advierte, asimismo, la ausencia de referencias intelectuales o políticas. Con el persistente condimento profético juvenilista, procede al autoseñalamiento de su generación, referida fuera de todo espacio concreto, como “los de menos de treinta que venimos preparando el porvenir”(197), donde el proletariado ha quedado lejos detrás de los “hombres de pensamiento y de palabra” que rondan los treinta años:

Sólo harán obra útil [los hombres de pensamiento y de palabra que hoy tienen de cuarenta a cuarenta y cinco años] si (...) saben *ser tan revolucionarios para concebir como serenos para realizar*. Porque si bien la audacia de las concepciones tiene que ser apoyada en ciertos casos por la de los procedimientos, cuando éstos son sistemáticamente bruscos, cuando no se amoldan a las exigencias del instante, acaban a menudo por comprometer hasta el éxito de lo que más seguro se tenía. (...) *Que los ideólogos y los unilaterales son excelentes obreros del ideal* en épocas de preparación y propaganda; pero cuando se empieza a trabajar sobre los hechos y a traducir en sistemas aplicables y en resoluciones concretas las aspiraciones comunes, cuando el ensueño madura y se transforma en vida, cuando las visiones nuevas se superponen a las antiguas sin borrarlas completamente, cuando llega, en fin, *el instante supremo de la metamorfosis*, es necesario tener siempre en cuenta las posibilidades. Pero entiéndase bien que esta reserva ha de ser hecha de equilibrio y no de debilidad (199 –cursiva nuestra).

Así, sólo esta posición profética puede explicar la variedad de aspectos abordados y de soluciones propuestas. Al referirse, por ejemplo, al problema de la centralización en la administración francesa y su responsabilidad en la falta de iniciativa de las regiones alejadas de la capital y el consiguiente progreso desigual del país galo, adopta sobre el problema una perspectiva universalista pues niega que se trate de “una enfermedad exclusivamente francesa”. Para esto se apoya en la siguiente afirmación: “en un siglo de ventanas abiertas, no hay nada rigurosamente privativo de una colectividad o una raza. El viento del intercambio ha dispersado las virtudes, las ideas, los vicios y cuanto caracteriza a los hombres” (102). También justifica su propio acto de explicar “las razones”, contrastándolo con el “patriotismo *ad usum*” de los “escritores [que] temen herir en cada país la fibra patriótica” (uno de los blancos de la retórica socialista) y lamentando la “falt[a] [de] hombres audaces que rompan con la tradición”.¹⁹⁹ Como se ve, la imagen autodesignada de “escritor” se recorta en un espacio transnacional y en una posición de ruptura con la tradición y con cualquier forma de *statu-quo*.

Volviendo al fragmento citado, si tenemos en cuenta el marco de la Segunda Internacional, no resulta difícil adivinar que, al referirse a los “ideólogos y unilaterales”, está designando tanto a los representantes de la socialdemocracia alemana que habían logrado imponer su posición en el Congreso internacional de 1904 con una moción contraria opuesta a la participación de los partidos socialistas en alianzas con gobiernos de partidos burgueses, cuanto al obrerismo de los guesdistas contra los que Jaurès había polemizado en 1900.

Además, allí parece quedar atrás el modelo organicista que daba sustento a la incursión sociológica de Ugarte, en la medida en que utiliza un movimiento argumentativo que flexibiliza dicha matriz. En efecto, el análisis introduce esquemas de pensamiento y tópicos provenientes del socialismo. En particular, está presente la fe en una sociedad del porvenir emancipada, cuyo advenimiento se piensa como dado merced a la fuerza evolutiva de la historia; puede verse un momento argumentativo marcado por una dimensión relativa a

¹⁹⁹ La operación autojustificatoria se ve enfatizada por aparecer en los dos párrafos finales con los que se cierra el “Libro tercero” (91- 103) titulado “El tirano moderno” en referencia al funcionario público parisino.

las condiciones “objetivas” en que se dará el cambio social, aún cuando ése no sea el objeto del libro, consagrado a repertoriar las taras que frenaban el *progreso social*. Ante el inventario de enfermedades anémicas o disolutorias, la formulación confiada en la emancipación de la humanidad que tendía al socialismo (“El instante supremo de la metamorfosis”; el “despertar resplandeciente” de las “masas” -200), funciona casi como un recurso ad-hoc frente a los límites fijados por los desvíos respecto del supuesto rumbo, perpetrados por las *enfermedades* de las sociedades modernas. Para esta visión determinista, éstos amenazaban la marcha hacia la evolución.²⁰⁰ Además, no deja de gravitar la dimensión ético-romántica del conflicto (Tarcus), lo que se aprecia si observamos la atención puesta por el autor en el modo en que la acción humana intervendrá en la historia, o bien en que las condiciones subjetivas harán posible el paso hacia otra *etapa* social. Dicha dimensión subjetivista resultaba tanto más decisiva para la identidad intelectual de un escritor cuyas intervenciones estaban marcadas por el romanticismo político. Ugarte parece sugerir que, puesto que el cambio social ya estaba en marcha o, siguiendo las metáforas botánicas, estaba germinando (“cuando el ensueño madura y se transforma en vida”), la acción política (de los “ideólogos y unilaterales”) debía tender a enfatizar dicha orientación en términos concretos, *posibles* (“es necesario tener siempre en cuenta las posibilidades”), pues ya no alcanzaba la mera propaganda de las ideas colectivistas o transformadoras.

Sin duda, el momento más universalista de Ugarte, en su doble cara, epistemológica y política, lo constituyó su estudio sobre las *Enfermedades sociales*. Por eso mismo resulta clave para comprender su errático proyecto creador y el modo en que circulan en sus escritos los *saberes comunes* de la “cultura científica” (Terán) en los letrados, intelectuales y periodistas de fines del siglo XIX y la primera década del nuevo siglo pero a través de los cuales asoman sentidos menos cristalizados, como resultado de su incursión en otras discursividades y prácticas políticas vanguardistas. Esto explica sin duda la

²⁰⁰ Horacio Tarcus ha analizado el modo en que la dimensión objetivista estaba omnipresente en los marxistas argentinos de fines de siglo, del mismo modo que en Europa, lo que lo lleva a hablar, en el caso de Germán Avé-Lallemant, de un “marxismo sin sujeto” (Tarcus 203-205; 454-455).

construcción ugarteana de un latinoamericanismo universalista que se manifestó en su discurso antiimperialista. Hemos constatado que en la hermenéutica social propuesta por Ugarte, se conjugan marcos analíticos divergentes –la sociología positivista y el socialismo- de un modo singular, lo cual no resulta un aspecto menor, pues se sostiene en una resignificación de los presupuestos ideológicos conservadores que se inscriben en la *psicología de las masas* (1895) consagrada por Le Bon, e inspirada explícitamente en Taine y Spencer.

El anti-Le Bon. De la decadencia latina al prejuicio de las razas.

Si examinamos el propósito de Le Bon, expuesto en su libro *Psychologie des foules* (1895), de estudiar los comportamientos de las masas, sus “creencias y opiniones” (Le Bon II, 73) en las sociedades modernas, encontramos que, justamente, estaba destinado a ofrecer un diagnóstico preciso susceptible de actuar sobre el síntoma de la decadencia de los latinos, a proponer una terapéutica y una prevención. En el origen de dichos males, Le Bon señala al “Estado y la restricción progresiva de todas las libertades” como “síntoma precursor de toda decadencia, en las civilizaciones modernas” (II 188), siendo evidente su adscripción al liberalismo, que podía aun prescindir del republicanismo si fuera necesario. Así, continuando con la distinción entre lo latino y lo sajón, cuestiona los “errores de los pueblos latinos” (Le Bon II, 80) derivados del “dogma de la democracia” y su “idea dominante”, la creencia en que “la instrucción es capaz de cambiar a los hombres y de volverlos iguales” (Le Bon 79). Esa idea es la responsable, según él, de generar individuos con instrucción (con “educación latina”- 85) pero disconformes respecto de su origen, de allí que dé lugar a “las peores formas del socialismo”, a “ejércitos de proletarios descontentos de su suerte y dispuestos a la rebeldía”, a “anarquistas reclutados entre los mejores alumnos de las escuelas” (Le Bon 79-85).²⁰¹ Recordemos al respecto que dedica un libro a la cuestión,

²⁰¹ “Es en la escuela donde se forman hoy en día los socialistas y anarquistas y donde se preparan para los pueblos latinos, próximos tiempos de decadencias” (Le Bon II, 88 – Traducción nuestra). Inspirado explícitamente en *Le régime moderne* de Taine, Le Bon sitúa el modelo ideal de educación en los Estados Unidos. Nótese por otra parte, el modo en que se espiritualiza la noción de “raza histórica” (67-68) a través del término *alma de la raza* y al considerarla fijada por el *factor lejano general* de las tradiciones, uno de los elementos que,

Psychologie du socialisme (1898, reed. 1902), para demostrar que las “aspiraciones socialistas” son contrarias al mundo moderno y que su realización llevaría a las sociedades a “fases inferiores superadas desde hace mucho tiempo”. También previene a los pueblos latinos, a su juicio lo más afectados por dicha doctrina, pues el socialismo agudizaría su “inferioridad económica”.²⁰² Con el mismo método de observación fundado en el darwinismo social, intenta demostrar que fue el individualismo y no el colectivismo el motor de progreso de las civilizaciones, desde los tiempos primitivos.

Nada más alejado de las convicciones de Ugarte, de modo que éste realiza un verdadero ejercicio retórico e ideológico al adoptar los presupuestos del francés: aunque no se aparte del examen de los datos de la “experiencia” y del método *psicológico* propios de la matriz positivista, el argentino sí se aleja de las conclusiones políticas que derivaban de dichos presupuestos, y redundaban en discursos apocalípticos elaborados acerca de los sistemas democráticos y gobiernos republicanos. Lo hace interpretando como enfermedades modernas los errores de las instituciones estatales o la miseria de la clase trabajadora causada por la explotación capitalista. Las enfermedades que describe Ugarte no son las mismas que las señaladas por Le Bon. Para el ensayista argentino constituyen, en cambio, obstáculos y desvíos de un progreso natural de la humanidad, orientado hacia la superación de la lucha de clases que traerá la igualdad entre los hombres. Sin abandonar la doxa organicista ni el higienismo, elude la aplicación del método leboniano para medir los grados de civilización y con ello el nivel de decadencia, contrariamente a la mayoría de los ensayos positivistas del continente latinoamericano.²⁰³

junto con la *raza*, el *tiempo*, las *instituciones* y la *educación*, conforman la *civilización*, (Le Bon II, 69-90).

²⁰² Le Bon, Gustave. Prefacios y conclusión de *Psychologie du socialisme*. Paris: Alcan, 1902: 9-40.

²⁰³ Marc Angenot aporta en su último libro datos relevantes que permiten comprender el peso del paradigma positivista que va de Comte a Le Bon teniendo en cuenta el binarismo raigal de sus discursos. Según Angenot, “el paradigma cognitivo binario creencia [religiosa]/Conocimiento” está “en el centro de la sociología de un Vilfredo Pareto, de un Gustave Le Bon” y “parece haber derivado de un hecho concreto que [dicho paradigma] transpone : el conflicto permanente entre la Iglesia y el mundo democrático, los científicos, la Universidad, a lo largo del siglo XIX. El *Syllabus* de Pío IX en 1864, anatema dogmático contra

En efecto, referirse al “prejuicio de las razas” implica desterrar el andamiaje teórico de Le Bon quien sitúa precisamente en las “sugestiones de la raza” la base evolutiva general de las “civilizaciones”: para el francés la raza es un “*substratum* sólido de caracteres y sentimientos comunes fijados por la herencia y que la tradición sintetiza. La herencia la va fijando cada vez más [y hace] nacer el alma de la raza”, la base de la “civilización” (Le Bon II, 188-191). El sentido de la evolución de las *civilizaciones* se inició en la *barbarie*, etapa de mezcla étnica y sanguínea, de invasiones, inestabilidad, dispersión, desorden alrededor de un jefe –lo propio de la psicología de las *masas* según él- hasta alcanzar la *civilización*, “perfecta unidad - dada por el *alma de la raza*- de pensamientos y sentimientos alrededor de un ideal” (el “culto de Roma” o el “poderío de Atenas”) (Le Bon II 189). En la etapa actual, la civilización está destinada a declinar hasta morir, perdiendo su vigor y volviendo a su punto de partida bárbaro, la *foule* contemporánea (donde la civilización pasa a ser un “polvo de individuos aislados, sin consistencia y sin porvenir” II, 190). En otros términos, los males contemporáneos responden, en el sistema de pensamiento leboniano, a una involución social, al *atavismo* darwiniano.

En este sentido, el “Estudio” de Ugarte sugiere lo opuesto a las ideas desplegadas por Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América* (1903), uno de los autores tal vez aludidos en su referencia a “los sociólogos”. Sobre todo porque no sitúa en el origen de los males que aquejan a las sociedades latinoamericanas, factores de orden racial como la predominancia de indígenas y negros sobre los europeos, el mestizaje de la *raza blanca* y la *indígena o africana*.

En cierto modo, si [el] fatalismo primitivo [del indio bravo y salvaje] se convierte en apatía, su fiereza se trastrueca en incurable rapacidad. Por eso, si el mulato representa en la sociedad hispanoamericana la Envidia (sic.) ferozmente desquiciadora, el mestizo indio significa la no menos desquiciadora Conclusión. Impuros ambos, ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de una hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡ Hispano-América! (Bunge 142)

el progreso, el libre examen y los derechos del hombre, contra la democracia, había aportado la prueba puesta en un compendio. Dicho paradigma se limita a organizar la antigua oposición razón/sinrazón, ciencia/religión” (Angenot, *Dialogue de sourds* 291-traducción nuestra). La oposición entre fe y ciencia es constante en los pasajes generalizadores –propios del pensamiento positivo-que circulan en los escritos de Ugarte.

Mientras Bunge brega por desterrar el “jacobinismo agudo” y señala como atraso la “maldita fiebre” de “utopías perniciosas” con que “se perora sobre el sufragio universal, la libertad, la igualdad” (Bunge 305), Ugarte resignificará la doxa evolucionista hacia un discurso del porvenir igualitario de la Humanidad, recurriendo también al científicismo de raíz positivista. Así, la operación ugarteana es coherente con la fórmula generadora en la que se apoya su perspectiva intelectual, caracterizada por reorientar progresivamente las consecuencias políticas conservadoras de los discursos sobre las sociedades latinoamericanas hacia diagnósticos menos fatalistas sobre el futuro de éstas.

Respecto de los discursos sobre Latinoamérica, esta reorientación más optimista resulta tanto más heterodoxa cuanto que constituye un caso aislado. En efecto, si bien el análisis propuesto no es complejo ni riguroso, y recupera, como dijimos, la doxa científicista aplicada a los fenómenos sociales, hay en cambio una percepción divergente, temprana y casi única entre los intelectuales del continente, fundada en un diagnóstico no apocalíptico frente a un problema de fondo, el de la *cuestión social*, propia, claro está, de su adscripción al socialismo. El contraste es absoluto si se tiene en cuenta el diagnóstico de Patricia Funes:

La ensayística de la primera década del siglo estuvo transida de metáforas orgánico-biologistas para expresar la nación. La medicalización del discurso, la naturalización y reificación de lo social impregnó unos relatos en los que la sociedad aparecía como un organismo. Los sujetos sociales, a su vez, se comportaban como tales, es decir –con los matices de cada caso– el dato fatal para definir ese organismo era la constelación racial de esa sociedad (complementada con la influencia del medio físico). La ponderación de cada elemento “racial” constitutivo varía, al igual que las soluciones para su asimilación o exclusión. Bajo el paraguas omnisciente de tales influencias, aparece en la ensayística del siglo XX una preocupación sociológica que intenta dar cuenta de estas mórbidas sociedades [...].

Los pensadores positivistas adjudicaban a la composición racial de las sociedades latinoamericanas los frenos al desarrollo. Desde las elites intelectuales y políticas “blancas” se definía “sociológicamente”, de manera eugenésica, el “otro” étnico, social y cultural (Funes 138-139)

El distanciamiento ideológico respecto de la *psicología de las masas* no fue lo usual en Latinoamérica, donde muchos intelectuales no sólo aplicaron explícitamente dicho método psicologista sino que encontraron en sus tesis principales los fundamentos racistas para explicar las deficiencias del sistema político en las repúblicas sudamericanas y los malogrados efectos del “progreso”, por el exceso de población indígena, por el “hibridismo” (Arguedas 33), por la heterogeneidad de las poblaciones que habría impedido las asimilaciones, o por la combinación de sendos factores. Este enfoque persistió a lo largo de la primera década del siglo XX y aún después, como puede verse en *Pueblo enfermo* (1909) donde el boliviano Alcides Arguedas llega a señalar como causa de los males de su país el escaso número de pobladores de “raza latina”, aunque en el mismo libro denuncie los abusos contra las poblaciones indígenas:

De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente (Arguedas 32).

El cholo de Bolivia, Perú y Colombia, el rolo de Chile, el gaucho de la Argentina y el Uruguay, etc., son una clase de gentes híbridas, sometidas ya a un lento proceso de selección, pero que todavía no han alcanzado a eliminar de sí las taras de su estirpe porque el problema de su modificación aun permanece latente en muchos países, siendo ese, por su magnitud, la primordial de la labor educativa (Arguedas 61).

Otro caso que evidencia el lugar central y la persistencia de los debates en torno al latinismo, pero sobre todo el grado en que fueron determinantes en las reflexiones de los intelectuales latinoamericanos, es el de *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912) de Francisco García Calderón. Seis años después de *Las enfermedades sociales*, basa su exhaustivo análisis de las sociedades americanas en el presupuesto de la existencia de un conflicto entre las civilizaciones *latinas* y *sajonas*, apoyándose también en los escritos de Le Bon (en el ya mencionado sobre las multitudes y las *Lois psychologiques de l'évolution des peuples* -1900).

Las circunstancias de publicación del libro son, en este sentido, reveladoras: en vida del autor, sólo fue publicado en francés y consiguió

hacerlo en la prestigiosa colección que dirigía el propio Le Bon para la editorial Flammarion; tal como recuerda el escritor peruano casi dos décadas después, llevó un prólogo de Raymond Poincaré, presidente del consejo de Ministros, que García Calderón le había solicitado escribir por intermedio de su amigo, el filósofo bergsoniano Boutroux (primo político de Poincaré), luego de que Le Bon le exigiera una referencia, pues ponía reparos en incluir en su “Bibliothèque de Philosophie Scientifique” un estudio sobre “los países de ultramar”.²⁰⁴ El objeto del libro, “la “historia política y religiosa del siglo pasado [en las democracias americanas]” (García Calderón 8) aplica así el método *psicológico* para desentrañar los *caracteres esenciales* de estas sociedades. Para ello, indaga en los orígenes de la constitución de sus poblaciones a partir de la conquista española, definiendo lo “criollo” (también llamado “raza americana”) como el producto del “genio español” (mezcla de africano –el moro- y europeo) “enervado por el mestizaje y el clima”, entre “iberos e indios” y luego los “negros”, y demostrando que el “español degeneró en las colonias”, sin dejar de lado la variedad de resultados del mestizaje (“¿acaso podrían ser idénticos los vástagos de los mansos indios quechuas y fogosos andaluces y los de los viriles araucanos con los sesudos vascos?”).²⁰⁵ Según él, aún hoy subsiste, en su esencia, el “espíritu de la raza” española que puede explicar sus aspectos actuales, sobre los que propone, siguiendo claramente los preceptos lebonianos, ahondar y no “torcer el curso de la evolución a la que lleva una civilización”. En otras palabras, se trata de consolidar la herencia latina de América frente a la influencia norteamericana que aparece representada en términos de infiltración de elementos que son incompatibles *por naturaleza* y que no harían otra cosa que debilitar y llevar a la disolución de

²⁰⁴ Estos recuerdos son citados en la cronología de la edición de Ayacucho establecida por Angel Rama y Marlene Polo (García Calderón 327).

²⁰⁵ “La lenta decadencia del invasor bajo la presión del clima y del contacto con las razas vencidas se manifiesta en la transición de una época de violencia a otra de paz conventual. El criollo, nacido en América, perdió los caracteres angulosos del hidalgo: el soberbio individualismo, la afición a la aventura brutal, el estoicismo, la tenacidad en la resistencia y en la lucha, la rigidez en su fe: pero sí ganó en ductilidad, sutileza y donosura; empero su esfuerzo no es sostenido ni firme su voluntad, y sus odios son tan efímeros como sus amores. La nueva raza no engendra ni místicos ni hombres de acción sino poetas, oradores, magníficos intrigantes, frívolos doctores, comentaristas rebozantes de ideas exóticas...” (García Calderón 20).

las repúblicas del Nuevo mundo.²⁰⁶ En igual sentido, Le Bon bregaba por fortalecer en Europa los núcleos originarios de la latinidad, para hacer frente a los elementos sajones.

El extenso y pormenorizado análisis de García Calderón abarca un balance del período colonial y del independentista, y retoma, como dijimos, las tesis de los *psicólogos sociales*, como puede verse en la descripción de una serie cíclica, tomada de Spencer, dada por una sucesión de períodos dominados por anarquías militares y períodos “industriales”, con vocación civil de orden, así como en las referencias explícitas a los autores. Luego de esto, realiza una descripción de los problemas contemporáneos, a la cabeza de los cuales figura, previsiblemente, el de la *raza*. Esto revela la omnipresencia del impulso antropológico racista en la época (y que quizá sea el que más confiere al estudio su carácter fechado, en contraste con la complejidad de perspectiva legible en los análisis concretos de la historia de las repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX, o también en el panorama de la “evolución intelectual del continente). Así, aún cuando se muestra optimista ante la modernización alcanzada por varias naciones americanas (Argentina, Brasil, Uruguay y Chile), no deja de señalar la persistencia de “antiguos caracteres de la raza” debajo del “barniz republicano” de las formas de gobierno de las “democracias latinas americanas”: la autocracia, la presión clerical, el menosprecio de la industria y el comercio por parte de las clases dirigentes que viven del estado, subsistencia de los antiguos latifundios “que explican el poder de las oligarquías” (47), la burocracia y el “igual sometimiento del indio”. Por eso valora la “evolución económica” posterior a las guerras de independencia, que dio lugar, con la apertura de las fronteras, a la “invasión cosmopolita”, término con el que define el ingreso de capitales extranjeros (ingleses y franceses) hacia mediados del siglo XIX, propio de la dinámica del capitalismo.

Resulta esclarecedor para nuestra hipótesis respecto de la hegemonía del discurso de la *latinidad*, el hecho de que a lo largo del desarrollo, entre

²⁰⁶ “Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición, el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles” (García Calderón, *Las democracias...*157).

descripciones concretas de los procesos histórico-políticos, sociales y económicos particulares de cada país centro y sudamericano, de las relaciones entre ellos y con Norteamérica, el ensayista vuelve de un modo intermitente sobre el *problema de la raza* que funciona de este modo como sistema ordenador de los factores que entran en el juego de las explicaciones de dichos procesos. Así, ese problema está sintetizado en el mestizaje que el autor encuentra no sólo en América sino que retrotrae al propio caso español y que usa para explicar la falta de *unidad de la raza* (latina, claro está), en América a la que García Calderón llama “Babel de razas”. Ahora bien, al reflexionar sobre las soluciones al problema, toda su argumentación estará destinada a demostrar la esencia latina del continente aunque admita que no siempre cumplan los requisitos lebonianos, en términos raciales, necesarios para definir su filiación. Para esto, le bastará con recurrir a otro concepto de Le Bon, el de las “herencias morales” del continente, en virtud de las cuales se esclarecen todas las dudas y la “conciencia americana” cobra un aspecto uniforme: pese a la falta de unidad de la raza, en términos culturales la *raza dominante* es la española, que impuso la “civilización del hombre blanco en América”. Una sedimentación sucesiva de las leyes romanas y del catolicismo hizo que América “se latini[zara]” (155) y más adelante, la herencia se completó con la incorporación de las ideas francesas (liberalismo y enciclopedismo)²⁰⁷ que inspirarían la organización de las sociedades postcoloniales. García Calderón considera que todo concurre a que se fortalezca dicha unidad, desde la lengua y la historia comunes hasta una misma realidad mestiza a lo largo del continente.²⁰⁸ Llama a estos grupos los *neolatinos* (el mismo término que había usado Ugarte en su libro de 1906) seleccionando una tradición e inscribiéndolos en la serie occidental latina y

²⁰⁷ García Calderón acuña una buena síntesis espontánea de los tópicos del discurso de la latinidad, con ecos barrésianos: “Las ideas francesas preparan y luego gobiernan los espíritus americanos, desde la Independencia hasta hoy. En los tiempos modernos, Francia es la heredera del genio de Grecia y de Roma. Al imitarla hasta el exceso, los iberoamericanos se asimilan los elementos esenciales de la cultura antigua. Encontramos en el espíritu francés el sentido del gusto y de la armonía, el *lucidus ordo* de los clásicos, el amor por las ideas generales, los principios universales, los derechos del hombre, la repulsión a las brumas del Norte y a la luz demasiado violenta del Mediodía; el racionalismo, el vigor lógico, la emoción ante la belleza y el culto a la gracia. Para las democracias americanas, Francia ha sido una maestra de sociabilidad y de literatura...” (155-156).

²⁰⁸ “Someteda a presiones uniformes: catolicismo, tradición española, hablando la misma lengua, unido por la raza y por la historia, el Nuevo Mundo latino forma realmente un continente desde el punto de vista geográfico y moral” (186).

apostando aún más: América es la tierra fértil donde podrá regenerarse la latinidad, porque con sólo corregir algunos vicios, muchos de los cuales provienen precisamente de su linaje, no hay en el continente antagonismos seculares ni presencia de culturas hostiles e irreconciliables como en Europa.

Pero además, es importante destacar, por cuanto resulta significativo, que García Calderón no olvide otra de las ventajas americanas, dada por la escasa conflictividad social y por la inexistencia de un capitalismo avanzado, que intuye como peligroso para la *Humanidad*. Y vemos entonces el horizonte político ideológico que mueve al intelectual peruano, en su convicción de que América es el suelo más apto para que se desarrolle un liberalismo pleno y una democracia en armonía con él:

El Nuevo mundo latino es el único que resiste a la presión universal de las ideas que quiere el establecimiento de sindicatos y federaciones, *trusts* y *trade unions*, asociaciones y alianzas cada vez más vastas y poderosas (193).

Una nueva energía, un indiscutible progreso material, una fe creadora, anuncian en el nuevo continente, el advenimiento, si no de 'El Dorado' soñado por codiciosos aventureros, por lo menos de naciones de pujante agricultura e industria, de un mundo en el cual rejuvenecerá la gloriosa ancianidad del mundo latino. La decadencia de los latinos, evidente a los ojos de los sociólogos, podría ser tan sólo un período de quebranto (213).

América, hoy desierta y dividida, salvará la cultura de Francia e Italia, la herencia de la Revolución y del Renacimiento y habrá justificado hasta el final la feliz osadía de Cristóbal Colón (216).

Así, la otra consecuencia de la apropiación del discurso latinista para pensar los problemas americanos reside en la invención de un lugar privilegiado, auspicioso para el así llamado *Nuevo mundo*, al que García Calderón legitima incluyéndolo, como dijimos, en el último eslabón de la *serie occidental* latina. Más aun, redobla la apuesta al situarlo a la cabeza de la salvación del viejo mundo. Este será el fin último formulado en su libro escrito en español, *La creación de un continente*, en el que los *neolatinos* se convierten en la reserva moral y cultural de la *latinidad*, al ser considerados como capaces de "devolver su equilibrio al antiguo mundo" (*La creación...*242).

De este modo, quedaban resueltas, además, las dos preocupaciones que se representaban los intelectuales latinoamericanos: la falta de vida

espiritual, aumentada por el supuesto auge materialista de las sociedades en modernización, y el peligro de la influencia norteamericana. Pese a la “conquista comercial” (157) de los *anglosajones*, dirá García Calderón, divergencias fundamentales separan a éstos del espíritu latino, irreductible, que sobrevive a través de la lengua, las tradiciones, la religión. Los *neolatinos* podían inspirarse en el original y no en la copia para avanzar en su modernización; Inglaterra es vista como fuente auténtica de “espíritu práctico” y Francia, como fuente de “inventiva, cultura, riqueza, grandes universidades, democracia”: “El nuevo mundo latino debe recibir de estos pueblos”, espera Calderón, “el legado de la civilización occidental” (170). Podrían así también profundizar un modelo de desarrollo productivo capaz de alejarse de la influencia de los Estados Unidos, del que el autor diagnosticaba los “síntomas de decadencia” visibles en la criminalidad, el exceso de inmigración y la inestabilidad de la familia deducida del número de divorcios.²⁰⁹

Latinismo y *antiyanquismo* quedan asociados de un modo muy estratégico, mediante un esfuerzo argumentativo sostenido que encuentra su corolario en un nacionalismo continental común a Ugarte, García Calderón y Arguedas.²¹⁰ Se resuelve de un modo novedoso a través de la invención, autorizada en la reivindicación del programa de Simón Bolívar, de nuevos mapas geopolíticos como la “Patria grande” en el caso del argentino y la constitución de siete “confederaciones” unidas por vínculos sólidos, comerciales y diplomáticos en la propuesta del peruano. Dos pasos quedan para este programa según éste último: “corregir los vicios de la raza iberoamericana sin salir del marco de las tradiciones que le son propias” y resistir a la influencia norteamericana, nociva tanto por su peligro de disolución

²⁰⁹ No puede dejar de mencionarse que García Calderón imagina incluso una solución al conflicto social europeo que, como ya observamos, está en la base de las preocupaciones de los científicos sociales idealistas como Le Bon, Nordau, Lombroso o Spencer. En este sentido es que postula a Latinoamérica como el lugar ideal para un desarrollo capitalista sin conflictividad como puede verse en el fragmento citado de la p. 193 de *Las democracias...* y que está aún más reforzado en *El destino de un continente*, libro dedicado a los latinoamericanos donde describe el acecho de “grandes movimientos internacionales [que] tienden a destruir las fronteras: el socialismo y el sindicalismo” (223), entre otras amenazas.

²¹⁰ La cercanía de la propuesta de García Calderón respecto de la de Ugarte, a quien el primero cita en varios momentos en sus dos obras, ya fue señalada por Medardo Vitier (138) en su capítulo sobre el ensayista peruano, que comienza con una referencia a la perspectiva *americanista* de Manuel Ugarte, valorando la acción de éste último, su “esfuerzo de divulgación” de los “problemas de americanismo”, en lo referido a lo político y lo diplomático, así como a lo económico.

como por su incompatibilidad esencial. Resulta además revelador del patrón leboniano, el hecho de que García Calderón no señale tanto un problema político o económico como una situación propia de la lógica evolutiva de las civilizaciones “superiores”, sometidas desde los orígenes a la hostilidad del medio y a las invasiones de pueblos más rudos, rústicos, que intentan assimilarlas.

También en consonancia con la asociación entre nacionalismo y racialismo, García Calderón llega a señalar una ecuación según la cual cuanto más homogéneo es el componente racial de una población, más cohesionada se encuentra por el sentimiento nacional, lo que ilustra con dos casos, el uruguayo y el chileno. En el primero, señalará que la raza es “plenamente conciente de su nacionalidad” por haberse vuelto “más homogénea” como consecuencia de que “se detuvo el mestizaje después de la aniquilación de los charrúas” (68). No sólo eso sino que se vincula el escaso mestizaje con los éxitos de la modernización económica y política de aquel país. En el caso de Chile, el patrón racialista leboniano también le sirve para explicar la “unidad nacional” y los pocos “altibajos” de su historia considerando como factor positivo la “homogeneidad de la raza” dada por un “mestizaje simple” – araucanos y europeos- y por la ausencia de “terribles hibridismos” (86) propios de Brasil o de Perú, donde señala a las poblaciones de origen africano y chino.

La estructura discursiva del diagnóstico y el pronóstico, pensados como un todo, no estuvieron nunca tan armoniosamente articulados como en estos años de hegemonía del discurso cientificista reencauzado en el idealismo *antropológico psicologista*. Las dos obras de García Calderón lo ilustran bien. En su caso, el diagnóstico está ratificado por modalizaciones discursivas (en el uso reiterado de ciertos adverbios y del futuro) que revelan una fuerte autonomía en su posición como intelectual. En efecto, éste no asume un tono profético, concluyendo en cambio sus trabajos con un programa en el que se revela una retórica del estudioso que aporta soluciones *técnicas* y fundadas científicamente, capaces de formular predicciones. Y lo más representativo del modo en que el saber científico organiza los razonamientos reside precisamente en la lectura realizada en base a la matriz antropológica racialista que orienta también las soluciones del porvenir pensadas para revivificar la *latinidad*. Así, está lejos del sermón laico o de la propaganda y las

soluciones propuestas para los problemas contemporáneos rechazan diagnósticos políticos o ideológicos, esgrimiendo en cambio una atención puesta en las “esencias” de las civilizaciones,²¹¹ lo que no implica sin embargo una desideologización del discurso de García Calderón, anclado en el liberalismo. Al intervenir en el debate sobre la latinidad en decadencia o en *depresión*, auspicia una salida y un desenlace feliz para la evolución de dicha cultura entendida como portadora de moldes civilizatorios, en el prometedor *destino* del suelo americano. Paradójicamente, al tiempo que García Calderón no concibe que de dicho suelo pueda surgir una cultura específica, ajena a los patrones europeos, no existía un modo más activo de invertir el sentido de la colonización, al incluir a América en la serie occidental de las “glorias latinas” representándola como “tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado, que aspira a redimirse de sus primeras creaciones” (*La creación de un continente* 313):

Por eso, sin desconocer las imperfecciones actuales, sin olvidar las ásperas costumbres políticas, no es posible negar que *América es una de las más grandes esperanzas de la estirpe latina*. Su agitada historia demuestra que son estériles las ideologías, los prejuicios igualitarios, el romántico liberalismo. Confirma las leyes psicológicas formuladas por el doctor Gustave Le Bon: función deprimente del mestizaje, impotencia de las instituciones para transformar el alma de los pueblos. *Una política fundada en el estudio de las razas puede redimir a estas naciones desconcertadas. De la sumisión a leyes inflexibles dependerá su futura grandeza. Y quizá se realizará algún día, en las Indias de Colón, un nuevo avatar del genio latino que creó en Roma el derecho y la ambición imperial, en España el quijotismo heroico, en Florencia una armoniosa expansión de las energías*

²¹¹ Una prueba del carácter dominante del modelo de la antropología de las razas o de la “herencia racial” que estaba lejos de ser superada, puede verse en las justificaciones referidas por Weber en varios pasajes de su *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, su texto de 1904-1905. Allí Weber se refiere explícitamente a dicho modelo al exponer su preferencia por explicaciones ligadas a “la tradición y la educación” en el comportamiento de la población alemana antes que a su vinculación con “cualidades raciales heredadas”, un razonamiento del que dice descreer: “Las concepciones científicas actuales tienden a vincular esta relación de dependencia, cuando se la constata, con cualidades raciales heredadas antes que a la tradición y la educación. En mi opinión, semejante razonamiento resulta muy dudoso” (106, la traducción de la versión francesa es nuestra). También en su “estudio preliminar” al texto citado toma distancia, con gran cuidado, de los resultados de la antropología de la herencia: al distinguir su investigación, acotándola, de los desarrollos de lo que llama la “neurología y la psicología comparativa de las razas” (67), se defiende de no abordar dicho campo porque toda referencia a una “‘herencia’ implicaría que se renuncie antes de tiempo a explotar los conocimientos que *hoy* tenemos más a mano, y que se desplace el problema hacia factores (aún hoy) desconocidos”(67).

humanas, en Francia la razón serena, el lenguaje sutil y el donaire conquistador (313 –cursiva nuestra).

Como hemos visto hasta aquí, la matriz racialista dominante, producida por los sociólogos europeos desde mediados del siglo XIX ya no servía solamente para estudiar en los países periféricos las sociedades llamadas primitivas. Se aplicaba además a las propias sociedades europeas con el fin de interpretar los conflictos de intereses geopolíticos y económicos en el interior del viejo mundo. Al haber convertido las categorías antropológicas de *raza*, *sangre*, *civilización*, *cultura* y *religión* en fundamentos de la hermenéutica sobre lo contemporáneo, y, a la vez, haber descartado toda explicación economicista, como se designaba a la del marxismo, no quedaba a la *psicología* o *sociología* de la época más que hacer oscilar sus estudios sobre el desarrollo de las sociedades humanas, entre los polos del determinismo biológico por un lado y el ambiental, por el otro. Mientras Le Bon señalará como determinante último el de la herencia, sin desestimar los aspectos psicológicos y sociológicos, otros pensadores como Gabriel Tarde, de quien Le Bon se reconoce como discípulo, cuestionarán la teoría lombrosiana del origen fisiológico de la criminalidad, afirmando el origen psicológico de las conductas individuales y colectivas a partir de la imitación y la invención (conductas que siguen un movimiento que va de lo subjetivo, la percepción de creencias y modelos, hacia lo exterior). Enfrentadas al objetivismo durkheimiano, estas teorías –conservadoras– imaginaban edificios sociales fuertemente jerarquizados en los que, quienes ocupaban posiciones elevadas (sabios, políticos, etc.), debían ofrecer creencias a imitar y contener así el derrame pasional implicado por el comportamiento de las multitudes.²¹²

Es en este marco que pueden entenderse las distintas soluciones de Ugarte y García Calderón que, aun con diferencias políticas radicales, confluyen en un diagnóstico redentorio respecto de los destinos de las

²¹² Citton, Yves. « Esquisse d'une économie politique des affects. Tarde et Spinoza ». Yves Citton, Lordon, Frédéric. *Spinoza et les sciences sociales : de la puissance de la multitude à l'économie des affects*, Paris, Éditions Amsterdam, 2008 (47-123). En su libro *Lois de l'imitation* (1890) Gabriel Tarde (1843- 1904) tomaba la noción de imitación de la de mónada en Leibniz y explicaba la historia como sucesión de modelos susceptibles de ser imitados por los grupos humanos. Es decisivo el peso de lo individual (“creencia y deseo”, que dan lugar a la imitación) en su pensamiento. La visibilidad de este pensador fue enorme a fines de siglo, tanto por la circulación de sus obras como por el impacto de sus clases en la cátedra de filosofía moderna en el Collège de France.

llamadas jóvenes repúblicas latinoamericanas, en franca sujeción a la lógica de las *ilusiones del progreso*.

En torno a los americanistas. Lectores del hispanoamericanismo de Ugarte en las dos primeras décadas del siglo XX

Junto a las referencias explícitas respecto de los representantes de la *psicología social*, la sociología y la antropología racialista que hemos analizado, también se registra un diálogo con los latinoamericanos en el preciso sistema de citas desplegado en las dos obras de García Calderón, a través del que reseña abordajes contemporáneos y discute otros enfoques. Eso constituye hoy una fuente muy rica, justamente en el modo en que el ensayista hace dialogar los escritos, en tanto permite acceder a un verdadero mapa de las lecturas cruzadas entre estos latinoamericanos. Las citas y alusiones confirman la existencia de un espacio específico de debate en torno a lo que podría llamarse la *cuestión americana*, que dio fundamento a la indagación de una identidad continental dada por el diagnóstico de iguales problemas y acechos y de rasgos específicos de desarrollo e idiosincracia regionales. Al mismo tiempo, esto funcionó casi como pretexto para reflexionar sobre las identidades nacionales, lo que ocuparía las dos décadas siguientes. Se confirma de alguna manera el retrato de la generación del Novecientos y de los prenatalistas hecho por Ángel Rama (*La ciudad letrada*).

Entre los historiadores contemporáneos que analizaron el tipo de americanismo construido por Ugarte, cabe mencionar a Tulio Halperín Donghi, quien ha comparado la menor “notabilidad americana” de Ugarte respecto de la de Alfredo Palacios –según él más duradera–.²¹³ El autor se ha referido a la indicación, en la prédica ugarteana, de la “rivalidad ancestral entre pueblos sajones y latinos” como “clave” del “drama latinoamericano”, para explicar el escaso eco de su discurso, rivalidad que Halperín considera un tanto residual para la época. Una segunda causa de esta menor notabilidad estuvo dada por su visión poco aggiornada –según él– del imperialismo norteamericano. La misma se evidenciaba en el peso atribuido a la presencia económica de los

²¹³ En su “Estudio preliminar” a *Vida y muerte de la república verdadera* (113-115).

viejos imperios en el continente- el inglés, francés y español. Si bien es cierto que el latinismo no gravitaba como única problemática, pues convivía con el socialismo y el anarquismo, circuló –como hemos señalado en algunos casos representativos- hasta la 1ª Guerra mundial, de manera dominante en los circuitos universitarios y sobre todo, en las ediciones de divulgación sociológica, en la prensa y en las revistas culturales. Con respecto a la anacronía en la denuncia del imperialismo británico, observada por Halperín Donghi, cabe interpretar que eso no implicó una errónea caracterización del imperialismo norteamericano al que había denunciado varios años antes de publicar *El porvenir de la América latina*. Al respecto, puede recordarse la crónica de Ugarte de 1901, que alertaba sobre “El peligro yanqui”, y también la “Carta de un cubano”,²¹⁴ en que transcribía párrafos completos de la carta que le había enviado un combatiente cubano, dando testimonio de la “infiltración” norteamericana posterior a la guerra contra España.

Si vale revisar algunas afirmaciones del historiador mencionado, ello se debe a varios motivos: en primer lugar, porque éste no considera ni la amplia circulación del discurso latinista en la época ni, sobre todo, su eficacia, aspecto que resulta clave para precisar el marco en que los intelectuales posteriores a los primeros positivistas, que compartían con ellos la matriz de “cultura científica” (Terán, *Vida intelectual...*), reflexionaban sobre la identidad latinoamericana. Precisamente, los jóvenes *americanistas* encontraban en el latinismo los argumentos culturales –una supuesta *herencia moral* civilizatoria y racialista– para distinguirse científica y espiritualmente de Norteamérica. Esto se da más allá de lo que el historiador menciona como “el marco de la Francia del Segundo Imperio”, señalando la lejanía temporal del tópico y refiriéndose probablemente a su origen: el diagnóstico apocalíptico acerca del fin de la civilización latina a raíz un conflicto bélico concreto, la derrota militar francesa de 1871 frente a Prusia, sobre la que circularon innumerables discursos de la decadencia y del advenimiento de las segundas invasiones bárbaras, en la sociedad francesa.

En segundo lugar, en el caso de Ugarte, la oposición entre latinos y sajones aparece con menor relieve en tanto modelo de análisis (sobre todo en

²¹⁴ “Carta de un cubano” (Ugarte, *Crónicas del...* 266-273).

su deriva racialista) aunque sí como objeto de discusión, respecto del que propone un enfoque en términos de geopolítica mundial. Esto prueba, a su vez, la vigencia del debate. Se ve tanto en el carácter temprano de su señalamiento del “peligro yanqui”, como en su insistencia en el tópico antiimperialista. Cuando Ugarte advertía sobre la presencia económica inglesa, francesa u española, contrariamente a lo que sostiene Halperín Donghi, no dejaba de señalar la norteamericana sino que era un modo de observar la posición dominada de Argentina y América latina en la división internacional del trabajo.

En realidad, es probable que la figura de Manuel Ugarte le sirva a Halperín Donghi para evaluar, por contraste, la eficacia de las intervenciones de Alfredo Palacios y de Ingenieros respectivamente, también portadores, a su juicio, de cierto egocentrismo “generacional”. Mientras Palacios supo arraigar su prédica y acción en estructuras institucionales, Ingenieros pudo capitalizar, desde su prédica universitaria y otras empresas culturales, el “reformismo y antiimperialismo latinoamericanista”. A nuestro entender, estas dimensiones institucionales señaladas por Halperín Donghi permiten explicar mucho más el aislamiento de Ugarte que las diferencias ideológicas que indica o las referencias al escenario político mundial que analizamos antes.

Por otra parte, puede sumarse a la explicación institucional, la ubicuidad errática de Ugarte, entre el campo político y el intelectual, puesto que la red de latinoamericanos, concomitante con las prácticas modernistas en Europa, no sobrevivió a dicha corriente. Otra causa puede mencionarse en la fijación de su discurso que lo volvió incapaz de transformarse a medida que se modificaban las problemáticas en el interior del campo intelectual, y que cambiaba la propia sociedad argentina. Lo que también se explica por la falta de una intervención sostenida en el tiempo y simplemente, de un trabajo intelectual más asiduo (los viajes, las mudanzas sucesivas y las conferencias son, al respecto, significativas).

Cabe sin embargo una última observación relativa al contraste, observado por la crítica, entre la fuerte presencia y circulación de su figura (recordemos que fue el primer orador invitado por los reformistas de la FUBA, en 1918, en Buenos Aires) y el escaso eco de su obra. Esto también puede explicarse por las razones que venimos enumerando, a lo que no hay que restarle el peso de la naturaleza crítica de su discurso, menos fundado o

riguroso que de lo que podría llamarse divulgación especializada en la medida en que probablemente haya incidido en los criterios de selección de los editores y en la construcción de corpus por parte de los intelectuales. Ya Alberto Zum Felde había resaltado el carácter de “elocuente predicador” antes que el valor científico o intelectual de la reflexión de Ugarte sobre el imperialismo de América del Norte y la unidad latinoamericana. El crítico uruguayo otorga la exclusividad del origen del “movimiento anti-yanqui” al *Ariel* de Rodó, basándose en la constante intertextualidad con dicho sermón laico que según él “todos (...), repiten, glosan y hasta hiperbolizan” (Zum Felde, *Índice crítico...*313). El lugar que a su juicio ocupa Ugarte en lo que sería la historia del americanismo, es el de la puesta en acción de las ideas arielistas. Otra cuestión que nos interesa destacar respecto de la lectura de Zum Felde sobre la generación de los llamados *arielistas* es el señalamiento del “ideal latino” como eje que reunió, en términos generacionales, a los contemporáneos de Rodó, aunque lo considere, como veremos, en los temas antes que en lo discursivo.

Ahora bien, conviene detenernos en el enfoque del crítico uruguayo, que encierra, en el deslinde del valor intelectual de las obras, los presupuestos críticos del humanismo idealista de la posguerra, dominante en la historiografía de las ideas. Los mismos se fundan en la abstracción de las particularidades de los diversos escritos analizados, atendiendo exclusivamente a la complejidad de las ideas desarrolladas, a su “originalidad” y a un análisis en términos de influencias asociadas a un origen. Se trata de una creencia en la pasividad de un orden de ideas, del que algunas serían la copia más o menos fiel de otras más elevadas. Zum Felde desarrolla una historia tradicional de las ideas, rastreando núcleos problemáticos e insertándolos en una línea de evolución que trasciende los debates concretos determinantes respecto de los tópicos seleccionados, y que no repara en las condiciones de enunciación y circulación de esos materiales. Esto explica que haga gravitar en torno a *Ariel*, los escritos de los intelectuales según una lógica de las influencias, sin llegar a entender como fenómenos sociales las prácticas culturales que daban lugar a la producción de discursos. En cambio, considera esas prácticas como pertenecientes a un espacio de difusión de ideas, de unidades de pensamiento con su dinámica propia, de tipo evolutiva a lo largo de sus sucesivas

manifestaciones y orientada hacia una racionalización cada vez más general. Las ideas se conciben así como “vehículos autónomos de sentido” (Darnton, “La France...” 17), quedando afuera su recepción y descartándose la existencia de una interpretación selectiva a la que son sometidos los discursos en su circulación. Rechaza también la posibilidad de que todo discurso implique a la vez un acto de significación realizado en un determinado marco histórico, en instituciones o formaciones sociales específicas.

Por eso Zum Felde evalúa como academicismo las perspectivas positivistas finiseculares, adoptadas en nombre de una autenticidad rodoniana, que contiene, en cambio, un mayor grado de especulación frente a los inevitables análisis inmediatos inherentes al quehacer ensayístico hispanoamericano.²¹⁵ Esta supuesta constante autorreflexiva en la historia americana de las ideas, que el crítico define atribuyéndole un “carácter predominantemente objetivista y extravertido” (*Índice crítico...* 16), traduce un enfoque tendiente a una aprehensión universal de su sentido, humanista y trascendente a la vez. Aun *Ariel* no escapa a este eje de la ensayística puesto en América, aunque haya sido más capaz, según él, de trascender por el valor de su “idealismo humanista” (17). Entonces, mientras describe esta “tendencia americana” que presenta en términos de una “comprobación empírica”, su hipótesis no deja de indagar dicha tendencia como una unidad de sentido (un “ente histórico” , sostiene, deslindado entre una masa de ideas) que atraviesa épocas, lugares, sujetos:

Hay un esfuerzo por hacer –América- conciencia de sí misma, un difícil esfuerzo de autoconocimiento y autodefinición. Y no sólo en el sentido de resolver los problemas de orden práctico, que plantea la realidad social a la instauración plena de las normas de la cultura occidental en el Continente (...). Esa es la faz más inmediata, positiva, de parte de sus estudios, pero no la más entrañable, ardua y valiosa. Su mejor Ensayística (sic.) tiene un

²¹⁵ Es notable que, aun cuando admite el valor histórico de *Ariel* tanto por su “dirección intelectual” y su expresa “función directiva y profética con respecto a la intelectualidad continental” (17), así como por su localismo deliberado (“pensar las ideas pensando en América, lo general en función de lo particular” -17), no deja de valorar el texto en función de una problemática universal – su “alto valor literario” (18)- y su vigencia “por lo que hay de permanente en el Humanismo” (17). Así, la crítica de Zum Felde, a al vez que se inscribe en una historiografía atenta a la continuidad de las ideas, está atento a la historicidad – teleológica- de los fenómenos, lo que lo aleja apenas de los ensayistas de fines del XIX: “[la presencia constante del tema continental, junto al nacional] indica que no es sólo en razón de la lengua (razón suficiente), sino del bloque histórico-territorial, continuación evolutiva del originario imperio colonial indo-hispano, transformado en agrupación de repúblicas” (19).

sentido medular y trascendente: *un sentido de profecía y de destino*. Y, en medio de ambas, un anhelo de definir la propia posición continental *en la historia de la civilización humana, con respecto a la cultura occidental de la que se procede, su posible y necesario estilo –o estilos- de cultura propia, su auténtica personalidad*, en suma, todo lo que es aún embrión virtual, o fuerza subterránea, o forma confusa.

Conocerse, comprenderse, interpretarse (...), tal es el más alto sentido de la Ensayística hispanoamericana, expresión del esfuerzo que la conciencia intelectual realiza en este Continente (11- cursiva nuestra)

Sin embargo, se escribe a partir de una retórica de la falta –ambigua, o no del todo asumida-. En efecto, si bien Zum Felde abstrae ese “ente histórico” –la mirada autorreflexiva respecto de América– característico de la ensayística continental, no deja de subrayar la ausencia de una universalidad mayor de las ideas, porque confía en que “siempre actúa una razón de universalidad, pues el ámbito de la cultura occidental es mundialmente indefinido, aunque su núcleo sea Europa” (20). Esta retórica de la falta es un efecto directo, a nuestro entender, tanto de una visión eurocéntrica como de una concepción idealista de la historia que interpreta los procesos sociales según su evolución, desde la infancia de sus manifestaciones hasta la madurez de una “conciencia intelectual” –alcanzada por la acumulación de complejidad y trascendencia-. Lo constatamos, por ejemplo, cuando el autor contrapone el estudio continental con el de la “alta crítica europea”, sosteniendo que ésta última dirige su atención a las literaturas del mundo, estudiando a los autores más allá de sus nacionalidades o de cualquier “conjunto continental, ni menos racial o idiomático” (20). Esta última perspectiva es la que le resulta más legítima, o al menos más deseable, y lamenta que los latinoamericanos estén lejos de adoptarla, debido a factores históricos, “telúrico-humanos” (21) y de comunidad lingüístico-cultural:

Las figuras universales de la literatura son universalmente estudiadas, *por aquello que está demás recordar, de que el espíritu no tiene fronteras. Pero este es un hecho distinto al que ocurre dentro de la literatura hispanoamericana, la cual es continentalmente estudiada por la crítica, en razón de una comunidad continental* (20).²¹⁶

²¹⁶ Subrayado nuestro. Para un análisis de la doxa literaria en torno a la universalidad de las letras, ver Casanova, *La République mondiale des Lettres*.

Dada su preocupación por lo concreto o inmediato de una “realidad geográfica histórica determinada”, Zum Felde tipifica esta característica esencial en la ensayística americana en base a una oposición entre este plano concreto, que abarca tanto el examen de los problemas como la cuestión nacional, y otro metafísico, religioso o trascendental. Este último nunca llegó según él a encontrar del todo sus cultores en América. Parece lamentarlo y, en definitiva, identificar las causas de esta metafísica en historia: “Es en primer término esa actitud de ‘vida interior’, ese ahondamiento del ser sobre si mismo lo que se ve embargado, en la Ensayística hispanoamericana, por la imperiosa demanda de la realidad histórica, del ente, imponiendo al escritor la temática de sus problemas” (14).

Ahora bien, ante dicha constatación historiográfica o epistemológica acerca del modo en que la exégesis americana ha ocupado todas las energías de los intelectuales latinoamericanos, Zum Felde no construye un discurso profético destinado a señalar a la polis el rumbo a seguir o a abandonar. Contrariamente a los ensayistas finiseculares, no sólo no traza programa político, sino que se ubica en un orden autónomo, el de las ideas, el de la filosofía fenomenológica, apostando de ese modo a contribuir a la “madurez de conciencia” del continente, como lo sugieren las palabras con las que concluye la introducción a su *Índice crítico de la literatura Hispanoamericana* (1954):

Adviértase que esta comprobación empírica relativa a la ensayística continental en su conjunto (...) nos lleva, inductivamente, a la convicción de aquel sentido de americanidad que es su razón de ser –y de ser como es-, no sólo desde el punto de vista de una filosofía de la historia, sino de una filosofía del propio hombre americano en cuanto tal, cuya expresión es su literatura. Y si los apuntes que siguen tienden a concretar, por vía de examen, los términos generales de este prefacio, *adviértase que ellos mismos responden a una función comprendida en sus términos.*

*Si la intención de acercarse a una madurez de conciencia –a una “mayoría de edad” espiritual, como se ha dicho- de esta América, alienta este trabajo, su autor entiende que sólo puede servirse decididamente a tal fin, no por el rumbo de la fácil exaltación y de la mitopopeya verbal, sino por el de la revisión severa de valores y la palabra más estricta: *midiéndonos con medida universal*, la única que puede darnos la verdadera dimensión de lo que somos (22- cursivas nuestras).*

Puede verse además, el objetivo cultural inscripto en los valores esencialistas del Humanismo con que propone evaluar los productos de la conciencia americana. Cómo no entender entonces la poca atención –propia del paradigma epocal imperante en la historiografía de las ideas–, puesta en producciones consideradas “menores” desde el punto de vista de su valor espiritual, filosófico, científico. Por eso, somete a *Ariel* a un examen riguroso de su prosa –señalando por ejemplo su tendencia “académico-verbalista”– y de los presupuestos de su doctrina, para evaluar a partir de dicho ensayo –que toma como expresión más acabada de la tendencia– a todos los demás escritos sobre el antiyanquismo y de los problemas latinoamericanos. Así, Ugarte, García Calderón, Torres, Valenilla Lanz, Jiménez López, principalmente, quedan relegados a la función de epígonos de *Ariel* en lo que se refiere a la exaltación del “ideal de cultura humanística latina” por oposición al “pragmatismo saxo-americano” (330). Esta resistencia de Zum Felde a un enfoque científicista aplicado a los estudios críticos, no está tan lejos del componente espiritualista de los escritos finiseculares. Lo que sí ha quedado atrás respecto de los cronistas y ensayistas finiseculares, en pos de una normalización de la actividad crítica, es precisamente el profetismo y otras formas de acción directa en emergencia, o de intervención heterónoma entre los pares. Tal vez pueda pensarse que la propia indagación, sondeo, exégesis en torno a la identidad latinoamericana ha sido asimilada como tradición continental, habiéndose codificado como género desde los años treinta.

Durante la primera década del siglo XX, aparecen diversos escritos de intelectuales latinoamericanos que se insertan en la tradición del “discurso de la identidad” (Ramos 232 y ss.). Claramente tributarios de los vaticinios americanistas de Martí, adoptan sin embargo las herramientas provistas por la matriz científicista de los estudios sociológicos y modifican en parte su objeto, en la medida en que proponen estudiar problemas *contemporáneos* a las sociedades hispanoamericanas en una clave universalista. Esta última está dada, tal como hemos analizado, por la propia matriz positivista de su discurso pero sobre todo por el modo en que estos discursos de la primera década del siglo pasado acercan los problemas sociales inherentes al viejo y nuevo mundo. Ya no se trata, en efecto, de medir la distancia temporal respecto del

progreso en los países centrales. Los jóvenes escritores que abordan la cuestión de la identidad continental, consideran como dada la modernización alcanzada por algunos países hispanoamericanos, resultado de la inserción de sus modelos económicos agroexportadores en el capitalismo mundial. Por ende, diagnostican a través del discurso higienista los mismos *males, taras, enfermedades* que según ellos acechaban al mundo moderno. En algunos casos, incluso, asumiendo el pasado hispánico de las repúblicas americanas, señalan la mayor aptitud de éstas frente a España para insertarse en el *progreso*. Es así como una de las consecuencias más duraderas de las intervenciones de Ugarte y otros intelectuales que se habían comenzado a publicar a en la última década del siglo XIX, es el modo en que los *problemas americanos* quedan inscriptos, de alguna manera, en los procesos históricos de las sociedades europeas. El tono científicista deja entrever, además, que quienes están en condiciones de detectar los síntomas susceptibles de dañar, frenar, desviar una evolución *sana* no son otros que los intelectuales, suerte de sabios que operan como el epidemiólogo o el científico, más que como el médico, indagando en los orígenes y acaso profetizando la decadencia o la salvación.

Estas condiciones de posibilidad discursivas permiten observar la forma en que las intervenciones de Manuel Ugarte, en particular su estudio de 1906, *Las enfermedades sociales*, establecen diálogos y rupturas con los textos europeos y con las indagaciones de otros ensayistas, desde Rodó hasta Carlos Octavio Bunge. A la vez, este libro de 1906 constituye una base sobre la que podrá luego escribir *El porvenir de la América española* (1911). Los dos ensayos del escritor peruano Francisco García Calderón, así como el de Alcides Arguedas continúan esa línea explicitando su filiación con el pensamiento ugarteano. Si atendemos a las corrientes de pensamiento europeo con que dialogan estos estudios sociológicos, podemos decir que éstos fueron muy permeables a un discurso de circunstancia vigoroso, el de la *latinidad*, proveniente de la antropología leboniana de las razas que se inspiraba en las tesis de Renan y Spencer. También responden, en García Calderón, al espiritualismo nacido de la crisis del positivismo, por un lado y en el caso de Ugarte, al pensamiento socialista reformista jaurèsiano y al científicismo de Kausky (Hobsbawm).

Por otra parte, en el contexto específico de las problemáticas latinoamericanas, los programas geopolíticos diseñados cuestionan, sobre todo en el caso de Ugarte, la sociología hispanoamericana positivista marcadamente racista (Francisco Bulnes, Agustín Álvarez, César Zumeta, Carlos Octavio Bunge), trasladando a todos los países occidentales los problemas señalados por dichos enfoques. Como hemos señalado, si bien la cuestión racial, como elemento explicativo de las especificidades latinoamericanas, se encuentra reducida, en las reflexiones ugarteanas, a su mínima presencia y cobra un sesgo culturalista antes que biologicista, le permite a este autor legitimar el carácter científico de sus afirmaciones, en el marco de la hegemonía antropológico-psicologista imperante en las ciencias sociales. Además, mantiene cierta funcionalidad que es específica a América Latina, dada su eficacia para demarcar fronteras culturales y esbozar soluciones ante el avance del llamado “peligro yanqui”²¹⁷, que tanto sus trabajos como los de García Calderón, sitúan en un lugar central. Así se explica la combinación particular entre latinismo y antiyanquismo, a pocos años de la derrota española.

2. 4. *El porvenir de la América española. Un Nacionalismo continental en clave de reformismo socialista*

Visiones de España (1904), había significado un primer esbozo sociológico, en el que reconocemos el intento de organizar los “apuntes de un viajero argentino”, anunciados en el título, en torno a un hilo temático pautado por la observación de la sociedad española contemporánea. Después, *Las enfermedades sociales* (1906) inauguró la comprensión del presente y del proceso de modernización en América Latina a partir de un método y una retórica científicas, ya bien diferentes de la crónica periodística. En este sentido, tal como hemos analizado, dicho estudio implicó un abordaje universalista que producía simbólicamente la inserción de los *problemas americanos* en el orden occidental contemporáneo. Fue de este modo que Ugarte sorteaba los diagnósticos fatalistas respecto de las sociedades

²¹⁷ Remito, además de las obras mencionadas en las que aparece esta fórmula, a las crónicas de Manuel Ugarte aparecidas en *El País* de Buenos Aires: “Los problemas americanos. El peligro yanqui”, 19/10/1901: 2 y “Problemas americanos. La defensa latina”, 9/11/1901: 2-3.

latinoamericanas. Su enfoque universalista era tributario de dos discursividades: por un lado, el paradigma positivista y por otro, el internacionalismo propugnado por las socialdemocracias europeas -menos en Alemania que en Francia e Italia (Tarcus 174)-. Al mismo tiempo, hemos visto que el discurso de circunstancia de la decadencia latina aparece reorientado, cobrando un sentido específico en el contexto del intercambio intelectual del continente, pues es por esta vía que será pensada la identidad latinoamericana, en tanto parte del espacio simbólico de la *latinidad* y opuesta a los Estados Unidos, país que se representa en términos de conjunto de acciones y valores propios de lo *anglosajón*.

Este mecanismo es común a un amplio espectro de intelectuales latinoamericanos con posiciones ideológicas, presupuestos filosóficos y programas políticos muy diversos en entresiglos, después de Martí: José Varona (“El imperialismo a la luz de la sociología”, 1906), José E. Rodó y su *Ariel*, los libros y crónicas de Manuel Ugarte, los dos estudios de Francisco García Calderón, Rufino Blanco Fombona (*La Evolución política y social de Hispano-América* -1911), Alcides Arguedas (*Pueblo enfermo*), Carlos Arturo Torres (1910, *Idola Fori*), César Zumeta (*Continente enfermo* -1899). Ellos construirán respuestas muchas veces divergentes con respecto a la *cuestión americana*. Dicha problemática funcionó aglutinando a estos intelectuales que pasaron a conformar una red nada homogénea y un espacio contencioso en torno a la identidad *hispano/latino/americana*.

La serie que proponemos entre los libros de Ugarte culmina en *El porvenir de la América española* (1911), donde se confirma la tendencia que será predominante en la trayectoria de este intelectual, durante las décadas que van de 1920 a 1940. Intentaremos dar cuenta del modo en que, por un lado, en este ensayo, Ugarte ofrece una reflexión en torno a la identidad latinoamericana manteniéndose en el paradigma de la “cultura científica”, y por otro, exhibe una mayor presencia de categorías de análisis provenientes del pensamiento socialista finisecular.

Lo primero puede verse en el organicismo y el evolucionismo persistentes en el enfoque. Al mismo tiempo, sin embargo, cabe reparar en que el libro construye una toma de posición verdaderamente heterogénea

respecto de los estudios enmarcados en la sociología positivista Argentina, que proponían políticas conservadoras frente a los desafíos aportados por los nuevos modelos de gobierno republicano basados en el sufragio universal, y en general, ante cualesquier perspectiva igualitarista o de independencia económica, rechazando el acceso de los sectores populares al ejercicio de los mismos derechos que las clases dominantes.

En cuanto a lo segundo, veremos que se revelan posiciones propias de un socialismo reformista, legibles en la invención de una geografía utópica (la patria grande) y hasta ucrónica (“la América española es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero (...) tiene que reservar a sus habitantes –y a la humanidad toda sobre la cual irradia su producción- las sorpresas más puras y más inverosímiles” (Ugarte, *El porvenir* 318).

Durante 1910, Ugarte fue mencionando su trabajo en curso, en cartas a escritores amigos y conocidos, latinoamericanos y españoles.²¹⁸ Entre ellos cabe mencionar a Francisco García Calderón, Alcides Arguedas, Rufino Blanco Fombona, de la Riva Agüero (que muestra disidencias respecto de la propuesta federalista latinoamericana) y Justo Sierra.²¹⁹ Concluyó *El porvenir de la América Española* en diciembre de 1910, fecha que figura en la página final. El libro apareció en Valencia editado por la casa Prometeo, que había comprado el fondo de Sempere y continuaba su política editorial.²²⁰ Ya en enero de 1911 interlocutores inmediatos de sus posiciones americanistas que mencionamos antes, acusan recibo del libro y lo comentan elogiosamente. Un aspecto inusual a considerar es la publicación casi simultánea, a comienzos de

²¹⁸ Asimismo, proyecta la publicación de una revista desde París convocando a García Calderón y al uruguayo Hugo Barbagelata, ambos radicados allí. La revista nunca saldrá a la luz (AGN Leg. 2216 [1910], f°161, 162, 163). El proyecto es tomado por García Calderón si tenemos en cuenta que en junio de 1912 García Calderón comienza a publicar en París su *Revista de América* (1912-julio 1914 -de la que saldrán 26 números) en la que participa Hugo Barbagelata, cuando ya Ugarte no está en Francia y se encuentra realizando su gira de conferencias por distintos países de Centroamérica y Sudamérica (Cf. AGN Leg. 2216 [1913], f°178 y 187).

²¹⁹ En su archivo también se registran recepciones de *El porvenir de la América española* por Max Nordau, los españoles Rafael Padilla y Juan Maragall (el poeta catalán que había virado del modernismo a una poética sencillista de la “palabra viva”), el italiano Enzo Ferrè (AGN, *Epistolario* de Manuel Ugarte, 178-179) y el francés Henri Lois.

²²⁰ Sobre la política editorial de Blasco Ibáñez en Sempere, ver Piqueras Arenas, José A. “Cultura radical y socialismo en España 1868-1914”. *Signos históricos*. México: n° 9, enero-junio 2003: 43-71.

1911, de dos títulos para un mismo texto :*El porvenir de la América española/ El porvenir de la América latina*.²²¹ Al cotejarlos, surge que las únicas variantes radican en la sustitución del calificativo “español/a” por el de “latino/a”, al referirse a los pueblos, habitantes, y al mismo subcontinente. Si bien el año de publicación no figura en las dos ediciones consultadas, la fecha puede inferirse de las cartas recibidas por Ugarte entre enero y abril de 1911, en que los destinatarios comentan o agradecen el envío de una u otra versión del libro. De las cartas se desprende que el primer título se refería a la América española, y que los residentes en este subcontinente recibieron sobre todo el segundo título, con una diferencia de un mes respecto de la primera publicación. En la reedición de 1920, Ugarte decide restituir el primer título desestimando el segundo porque lo consideraba “un poco vago” y porque el primero “mejor expresa el pensamiento del autor” (Ugarte 1920: XIX), lo que apoya nuestra hipótesis que se basa en la motivación fuertemente circunstancial de la cuestión de la *latinidad* tanto en los debates europeos finiseculares entablados en torno suyo, como en su aplicación a las discusiones promovidas alrededor de la identidad *americana*. Esto, en despecho de que en los años 1930 se haya constituido una larga tradición cimentada en la construcción de América Latina a partir de una resignificación de los sentidos que habían circulado desde el período de entresiglos.

El libro, en sus dos ediciones, estaba dividido en tres partes. Comenzaba con una clasificación y descripción de los grupos pobladores del continente, a excepción del primer capítulo, dedicado al “Descubrimiento” y del último, sobre la “raza del porvenir”. Los sucesivos pobladores iban apareciendo por capítulo, ordenados en una linealidad histórica, según el momento en que habían aparecido. Le seguía, en la parte titulada “La integridad territorial y moral”, una caracterización de *la América española* en base a la distinción y descripción de “Las dos Américas”, un diagnóstico de los problemas y amenazas del presente (invasión, penetración comercial, influencia cultural visible en el discurso *panamericano* que Ugarte desarticula) y el esbozo de

²²¹ Fue consultada la primera edición de *El porvenir de la América latina* que se encuentra sólo en la Biblioteca Nacional de España, y cotejada con la de 1920 que lleva el otro título y en cuyo prólogo se aclara que se trata de una reedición del título de 1911.

soluciones unitaristas, como defensa de la soberanía de las repúblicas latinoamericanas. En la tercera parte (“La organización interior”), va quedando atrás la intención analítica del estudio, a medida que Ugarte expone un programa de modernización política en el plano nacional, y una transformación progresiva de las instituciones, de impronta socialista, donde afloraba a la vez, como veremos, una ética republicana no siempre coherente con dicha doctrina. De modo general, puede decirse que el aspecto más complejo de *El porvenir de la América Española*²²², desde el punto de vista retórico, gira en torno a la adopción de dos paradigmas epistemológicos paralelos, que se evidencia sobre todo cuando Ugarte se dedica a definir la identidad del continente. Por un lado, gravita –aunque de manera atenuada- una hermenéutica de las *razas* que confiere a la perspectiva apuntada cierto sesgo esencialista en torno a los *caracteres americanos*, sesgo que reviste un uso oscilante o conflictivo, similar al que aparecía en *Las enfermedades sociales*. Este primer paradigma presente en la argumentación, se inscribe dentro de las condiciones de posibilidad del discurso psico-antropológico, derivado de la antropología fisiológica, y que volvía omnipresente dicho enfoque. Pero además, se entronca con la tradición sarmientina del *Facundo* al buscar una tipificación de los distintos pobladores. A lo largo de este capítulo, entonces, nos detendremos, en primer lugar, en el tratamiento ugarteano de la cuestión de la *raza*, que aparece cuando el ensayista busca caracterizar los distintos pobladores del suelo americano, e intentaremos analizar el modo en que por momentos se aparta de un racialismo positivista duro, como el de *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge, y se acerca a “Nuestra América” (1891) y “Madre América” de José Martí, al postular cierta ruptura con respecto al determinismo biológico aplicado a los análisis del continente. En otros momentos, el autor va forjando en el ensayo la idea de un proceso abierto de mezcla, o de una raza inconclusa, lo que está en consonancia con la matriz evolucionista. Construye así un concepto inclusivo de identidad nacional, que incorpora tanto al mestizo como al inmigrante, valorando a ambos positivamente, en un sentido similar a las posiciones del socialismo

²²² Optamos por referirnos al libro bajo su primer título teniendo en cuenta que fue el que Ugarte finalmente fijó (en la reedición de 1920) y porque, además, permite recuperar las oscilaciones entre los dos adjetivos usados, puesto que en esa edición hay tramos en los que figura la referencia a lo “latino”, además de lo “español”.

argentino que reclamaban la nacionalización de los inmigrantes. De este modo, Ugarte articula la cuestión del mestizaje con la cuestión nacional, interviniendo también en uno de los debates centrales durante el Centenario.

Por otro lado, el ensayo también propone un historicismo progresivo, fundado en la idea hegeliana de un espíritu humano en marcha hacia la superación, y destinado a dar cuenta del proceso de constitución de las sociedades latinoamericanas.

En un segundo momento, entonces, estudiaremos en qué medida este anclaje historicista –visible en la intención expuesta por Ugarte de trazar una “historia social” americana desde la conquista hasta el presente y sus implicancias–, da lugar a que considere variables socio-económicas, que lo llevan, por ejemplo, a atenuar las consecuencias fatalistas de los análisis basados en la distinción entre tipos psico-biológicos, o analizar la conquista española como un proceso histórico. Esto nos conducirá, asimismo, a indagar cómo piensa Ugarte los procesos sociales y políticos y a evaluar el modo ambivalente en que aparecen ciertos enfoques y léxico inspirados en el materialismo histórico.

En los dos apartados siguientes, nos detendremos en otros movimientos argumentativos del ensayo a través de los cuales Ugarte explora problemas contemporáneos. Por un lado, la cuestión del peligro de invasión norteamericana y la definición de la identidad subcontinental firmemente basada en el discurso latinista, que le permitía reforzar la oposición con Estados Unidos. Por el otro, en el marco de la *cuestión social*, las soluciones reformistas en las que se evidencia el programa socialista al que adhiere por entonces.

Finalmente, abordaremos una de las consecuencias de la reflexión ugarteana sobre la especificidad latinoamericana, la que implica un modo de inscripción legitimadora del continente en el escenario occidental. Paradójicamente, veremos que esto da lugar a una lógica situada en los límites del etnocentrismo y del eurocentrismo fundantes de las miradas clásicas sobre el Nuevo Mundo. En efecto, esta inserción simbólica del continente en un lugar privilegiado dentro del destino occidental puede leerse en el modo en que, en la obra de Ugarte, a América se le asigna un destino promisorio en el seno de la humanidad. El autor llega incluso a trazar un nuevo espacio geopolítico más

amplio, y su sentido histórico es reforzado por el hecho de que se lo presente como el más propicio para implementar reformas destinadas a hacer avanzar la lenta marcha universal hacia la socialización de los modos de producción y el colectivismo final.

Un racialismo oscilante

Ugarte se refiere a la cuestión de la *raza* en la primera de las tres partes de su libro, precisamente intitulada “La raza”. Allí, tal como adelantamos, dedica diez capítulos a describir a los distintos pobladores americanos (“Los indios; los españoles; los mestizos; los negros; los mulatos; la variante portuguesa; los criollos; los extranjeros inmigrados”). Recurre de este modo, a un patrón analítico constitutivo del *mainstream* de la doxa sociológica de la época, que circulaban tanto en Europa como en América no sólo en ámbitos universitarios sino en revistas especializadas y en la prensa masiva (piénsese en los artículos de Lombroso, Nordau o Ferri en *La Nación*). Al adoptar el punto de vista de la *raza*, sobre todo en la primera parte de *El porvenir de la América española*, asume el enfoque psico-antropológico porque éste le otorga cientificidad a su discurso. Esto es así aun cuando las descripciones de los distintos pobladores del continente presentes en el libro, no están basadas estrictamente en rasgos biológicos. De modo que, por “efecto de la imposición simbólica” (Bourdieu, “Le Nord et le Midi...” 22) el tratamiento raciológico funciona, en Ugarte, como garantía de cientificidad de los análisis sobre los fenómenos sociales e históricos.

Ahora bien, se registra en su desarrollo un uso oscilante del propio término “raza” y su sustitución por otros como “grupo social” (*El porvenir* 23), “agrupaciones” (21), o “componentes de una sociedad” (35). Asimismo, cuando, al intentar estudiar los fenómenos sociales contemporáneos en Hispanoamérica, Ugarte se basa en presupuestos racialistas, no adhiere a las implicancias políticas concretas que generalmente éstos encerraban. Así es como en su estudio, aparece un uso fluctuante de explicaciones inspiradas en el determinismo racial, aun cuando las nociones empleadas contienen un sentido culturalista más que biológico. Esto derivaba del sentido renaniano de

raza que, tal como ha sido mostrado por Todorov,²²³ por más que remitiera los fenómenos a causas dadas por disposiciones morales, no abandonaba la visión determinista. Dichas disposiciones, en efecto, obedecían a una clasificación que giraba en torno a la categoría de *raza*, a la que se asociaba una serie de sentimientos, valores, religiones y lenguas. Esto resulta significativo teniendo en cuenta el tratamiento crítico del “semi-prejuicio de las razas” que había propuesto Ugarte tanto en algunas crónicas de 1901 como en *Las enfermedades sociales* (1906). De esta manera, en sus análisis, asoma cierta percepción según la cual las explicaciones racialistas implican una condena para Hispanoamérica y que, por lo tanto, deben ser superadas o evitadas para redimir al continente de su supuesta inferioridad.

De hecho, Ugarte tiende por momentos a formular un programa más moderno de inclusión de los sectores populares. Reclama, por ejemplo, para los mestizos, iguales derechos ciudadanos, denunciando la trampa de que para elegir representantes se les exija una instrucción que no se les ha brindado (“El pueblo expía los errores –o la impotencia- de los mismos gobernantes que le castigan” -15). Aun así, no escapa por momentos a las típicas caracterizaciones psico-raciales del mestizo, de García a Bunge.²²⁴ La

²²³ Todorov (195-211) muestra con exhaustividad el modo en que la doctrina racialista está vinculada al surgimiento del “cientifismo iluminista” de Diderot a Buffon. Un segundo momento, que culmina en el pensamiento racialista, se ubica en la segunda mitad del siglo XIX y está basado en los desarrollos de Taine, Gobineau y Renan. Todorov señala que Renan dio al término un tratamiento complejo haciendo un uso ambiguo de la *raza* al asociarle un rasgo lingüístico y relanzar así el concepto: “puesto que con él (y algunos de sus contemporáneos), ‘ario’ y ‘semita’ dejarán de ser términos usados para designar familias de lenguas, para aplicarse a las “razas”, es decir a los seres humanos. Al mismo resultado llevarán, como veremos, los trabajos de muchos contemporáneos y sucesores, como Hippolyte Taine o Gustave Le Bon. Gobineau, que cree que las razas están fundadas en las diferencias de sangre, constituye una excepción en esta segunda mitad del siglo XIX. Pero este cambio en la noción no hace que Renan y Le Bon dejen de ser racialistas (el caso de Taine es distinto): simplemente transponen los prejuicios comúnmente vinculados a la raza, al plano de la cultura. Y, aunque sea cultural y ya no físico, el determinismo que profesan no es por ello menos inflexible. Al ser miembros de una raza, dirá Renan, no podemos escapar a su dominio; la educación no sirve de mucho” (200-201).

²²⁴ A lo largo de la primera parte de *El porvenir de la América española* se ha podido observar que se describen características morales asociadas implícitamente a distintivas de los grupos seleccionados y el estudio procede abstrayendo dichos “rasgos morales” para establecer el “tipo local”. Cabe recordar que la explicación última por los *atributos morales*, propia del sentido común positivista, se anclaba en la difusión de la obra comtiana, en particular su señalamiento del problema moral de las sociedades modernas (nacidas de a la “gran revolución occidental”). Este problema se derivaba para Comte de la instauración de un orden material necesario en una primera fase pero que debía ser superado. En efecto, según él, el desarrollo industrial no había sido acompañado por un desarrollo en las ideas, lo que explicaba la falta de *moralidad* de la sociedad industrial, cuyos rasgos más visibles eran el culto por el dinero y el individualismo. De este modo, la “regeneración final de la humanidad”, que

mezcla parece alcanzar ciertos rasgos de carácter: el tipo mestizo es definido como contradictorio, entre las “orgullosas fierezas del indio” y el “acatamiento de la domesticidad en que se desarrolla” (14). A la vez, elementos como la falta de instrucción y la “conciencia de su estado” de sometimiento funcionan como causas explicativas de la condición subalterna de los mestizos, quedando atrás cualquier explicación biologicista sobre un primitivismo insuperable.

Puede leerse una argumentación semejante, cuando Ugarte caracteriza a la población negra y mulata. Allí entran en tensión la tipificación psico-racial propia del modelo descriptivo que ha elegido, en el que está implícita una idea de jerarquización, con una tendencia en sentido contrario, que no adhiere del todo a ésta por sostener principios igualitaristas. Destaca entonces, por una parte, el papel clave de dicha población en las guerras de independencia. Por otra, explica su ubicación “en la base” (19) de las sociedades latinoamericanas y la diferencia insuperable entre sus países de origen y el continente describiendo las circunstancias históricas que determinaron su lugar subalterno. Así, aun cuando considera la diferencia de color como criterio descriptivo necesario a los fines de su estudio científico, no la asocia a ninguna tara biológica que desencadene degradaciones morales. Introduce más bien explicaciones económicas y sociológicas (señalando por ejemplo, con una retórica moralista, la lógica de acumulación capitalista), e identifica valores y presupuestos de la cultura dominante respecto del otro social:

Y aquellas muchedumbres inmensas que *la avaricia de los hombres* precipitó sobre el Nuevo Mundo, modificadas por el ambiente, multiplicadas por los años, diseminadas por las revoluciones, pero invariablemente atadas al origen, prolongaron, primero políticamente y después étnicamente, en plena democracia, la situación inicial. Se habían extraviado en la tierra. *El país en que trabajaban y nacían era una patria de adopción. Formaban un haz aparte que no podía confundirse porque llevaba el distintivo en la cara.* El hijo del extranjero emigrado es criollo al cabo de una generación. Nadie logra descifrar su procedencia. ¿Pero quién arrancaba al negro su nacionalidad aparente? (20 –subrayado nuestro)

avanzaba desde la caída progresiva del orden teológico medieval, al que le seguía el metafísico, se alejaba cada vez que no se cumplía la conciliación entre el “espíritu del orden y el espíritu del progreso” (Comte 69).

Por último, este mismo enfoque puede verse en la caracterización de los extranjeros inmigrados cuya presencia en Hispanoamérica Ugarte atribuye a consecuencias generales de la industrialización europea, a las luchas obreras (en tanto habla de “persecución y de búsqueda de libertad”), sin dejar de señalar aspectos de la subjetividad individual como los “gustos o veleidades de aventura”. Contra la tendencia a entender el proceso inmigratorio como resultado exclusivo de políticas estatales, propia de intelectuales argentinos cercanos a los grupos dirigentes que depositaban además sus esperanzas de progreso en ese factor y podían incluso dudar del éxito de dicho proceso por su desconfianza hacia la población nativa, Ugarte prefiere explicarlo invocando circunstancias socio-económicas vinculadas a la nueva división internacional del trabajo y a la propia expansión capitalista.²²⁵ Pero a la vez, desde un punto de vista interno, considerará la presencia de los inmigrantes en función de su carácter de fuerza de trabajo y como factor de progreso antes que como una amenaza para la tradición argentina y la unidad espiritual de la nación. Atenderá a una interpretación económica y clasista de la historia argentina, que hace extensiva a otros países sudamericanos, sobre todo los más desarrollados.

En general, Ugarte cuestiona las tesis fatalistas fundadas en determinaciones climáticas o raciales, tendiendo a considerar las dimensiones culturales en la conformación de las sociedades coloniales.²²⁶ Señala factores económicos al enmarcar la ferocidad de la conquista en el “régimen feudal” (38), y llega a esgrimir una cierta dialéctica al describirla como un “exterminio” llevado a cabo por los españoles y a la “intrepidez” de la empresa conquistadora como lucha del hombre para dominar la naturaleza. Invierte, incluso, el tópico de la barbarie y, no exento de cierto miserabilismo, contrapone las “almas de hierro” de los “heroicos aventureros (...) hijos de un siglo que dignificaba la matanza” con la “solidaridad y altruismo del indio” (37-38). La caracterización de la conquista en esos términos contrasta fuertemente con la visión dominante entre los intelectuales latinoamericanos:

²²⁵ Nótese la distancia respecto de la posición de Ingenieros, hacia la misma época (Terán, *En busca...; De Giovanni*)

²²⁶ Véase el análisis que sobre *Nuestra América* de Bunge propone Altamirano en “América Latina en espejos argentinos”.

Vino después el *atentado más lamentable que recuerda la historia*, grandes rebaños sumisos removieron la tierra que les pertenecía y la sangraron para hacer brotar ríos de oro en beneficio de virreyes y monarcas extranjeros (...) La esclavitud se estableció de lleno en el continente (39).

El modo más decisivo en que Ugarte va en contra del fatalismo racialista hegemónico proveniente de la tesis de Gobineau, Renan o Le Bon, es afirmando el carácter inconcluso de las naciones americanas y señalando el “porvenir de la raza”, una percepción que sin duda era intensificada por las transformaciones de los procesos de modernización en el Río de La Plata. Así, ante el diagnóstico de la transición de una etapa económica hacia otra, dentro de un supuesto proceso paulatino de socialización, América encerraba los mejores augurios. Precisamente, en torno a esta cuestión girarán las conclusiones del libro, como veremos más adelante.

El estudio había partido de un análisis de datos históricos y de un enfoque basado en el desarrollo de las fuerzas productivas a lo largo de la historia²²⁷ pues el ensayista lo consideraba determinante para comprender la especificidad de la *América Hispana*; sin embargo, esta perspectiva se interrumpe cuando éste se somete al imperativo del paradigma racialista dominante en las ciencias sociales de fin de siglo (“Pero antes de formular previsiones, abordemos en esta primera parte el problema de la raza, examinando los diversos componentes [...] para deducir después la orientación general”, 35). Aun así, al abordar la cuestión de la *raza*, Ugarte reafirma lo que venía predicando en libros y crónicas anteriores para desarticular los relatos apocalípticos contemporáneos, contruidos por otros americanos.

De hecho, ni *La ciudad indiana* de Juan Agustín García, ni menos aún *Nuestra América* de Bunge, ponen en duda los presupuestos sobre la desigualdad de razas ni el carácter *irremediable* de las taras ambientales.²²⁸

²²⁷ En este sentido, en el capítulo final de la parte dedicada a “la raza”, se referirá a su escrito, como “cuadro vertiginoso de nuestra historia” (*El Porvenir de América latina*, ed. de 1953: 39) [Cap. X].

²²⁸ Aunque no mencione a estos escritores, podemos reconocer sus postulados en las alusiones de Ugarte: “Algunos arguyen que desde el punto de vista del porvenir hispanoamericano debemos felicitarnos de ello. Pero hoy no cabe el prejuicio del hombre inferior. Todos pueden alcanzar su desarrollo si los colocamos en una atmósfera favorable. Y aunque las muchedumbres invasoras han minado el alma y la energía del indio, no hay pretexto para rechazar lo que queda de él. Si queremos ser plenamente hispanoamericanos, si queremos ser los argentinos, los chilenos, los mexicanos de hoy, si queremos situarnos y alcanzar significación definitiva en el tiempo y en el mundo, el primitivo dueño de los territorios

En cambio, Ugarte se acerca al Martí de “Nuestra América” (1891), cuyo cuestionamiento del racialismo científicista había tenido un carácter marginal entre los pensadores latinoamericanos de fines del siglo XIX y pronunciado desde una posición deliberadamente ajena a la mirada sociológica positivista (Ramos 229-243).

En efecto, aunque Ugarte no mencione a Martí, aparecen las mismas líneas retóricas generales de la conferencia de “Nuestra América”.²²⁹ por un lado, el poeta cubano despliega una argumentación que aspira a alcanzar una perspectiva universal por contraste con una estrechez simbolizada en el carácter “aldeano”, oposición que está en la base de la mirada de Ugarte sobre el continente. Por otro lado, cuestionando la dicotomía sarmientina, defiende a “indios” y mestizos basándose en la tensión entre la naturaleza y el carácter inauténtico y artificial, que se sobreimprime al antagonismo entre el hombre natural/el gobernante o intelectual. Su fe en el progreso exalta, como lo hace Ugarte, la vertiginosa modernización de algunas repúblicas americanas, al tiempo que considera que el origen de los problemas del continente se halla en la organización colonial, cuestionando cualquier forma de determinismo racial y de racismo (“No hay odio de razas, porque no hay razas...”- 17), y resaltando la “identidad universal del hombre” (17). Martí traza una historia de América atendiendo a su constitución múltiple, aun cuando la parte “pensante” sea atribuida a los blancos y el sostén, a la religión del conquistador: “Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones” -12). Exalta el acontecimiento independentista y lamenta la persistencia de residuos coloniales. Como aparece también en el ensayo de Ugarte, Martí presenta un diagnóstico alarmado pero optimista respecto del presente. Finalmente, también figura, por

tiene que ser aceptado como componente en *la mezcla insegura de la raza en formación*” (42, subrayado nuestro).

²²⁹ Martí, José. *Nuestra América*. Buenos Aires, Losada, 1980. No hay en el ensayo de Ugarte una referencia explícita al poeta cubano, lo que no implica que Ugarte lo desconociera teniendo en cuenta la omnipresencia de sus ideas, cuanto menos en la forma del “rumor intelectual” (Bourdieu). Esta omisión puede explicarse, por un lado, porque las ideas de Martí formaban parte de tópicos ya habituales en torno a los destinos americanos y a las definiciones de Estados Unidos. La ausencia de toda mención al poeta cubano también puede responder a un deseo típico de la época, de postulación de discursos marcadamente actuales en los que las referencias se valoraban por su carácter inmediatamente contemporáneo. En este sentido, téngase en cuenta que habían pasado dos décadas desde la publicación de la conferencia de Martí.

supuesto, la consideración respetuosa de la pujanza de Norteamérica, la alerta contra “el gigante de las siete leguas” (10), la necesidad de una “marcha unida” de los hijos de América y de renovación de sus formas de gobierno y, por último, una apuesta al desarrollo americano y a que éste sea mostrado, ostentado fuera de sus fronteras, como una estrategia para conquistar el respeto del Norte.

El propio Ingenieros, aunque a partir de 1911 revisaría sus postulaciones, había tenido su momento “bioeconomicista” (Terán, *En busca...* 61) y sostenido, en “La evolución sociológica argentina” (1901), la inferioridad racial de los pobladores originarios del Río de La Plata, de sus descendientes y de la población de origen africana, vencidos por la “raza blanca” (Terán, *En busca...* 60-76; Tarcus 442-443; De Giovanni cap. II).

En *La ciudad indiana* (1900), García, por su parte, en su liberalismo, señalaba como problemática, la “teocracia pura” del gobierno jesuítico, aunque la justificara en base al presupuesto de las jerarquías raciales, por su capacidad “práctica” de haber “permitido transformar a los indios en hombres civilizados. Por lo menos fue el único que triunfó durante siglo y medio, y si se hubiera persistido, todo ese litoral sería hoy un país próspero y bien poblado, con su raza hecha a la nueva vida, su existencia histórica asegurada” (364). De la misma manera, tildaba de “ingenuidad infantil” el que se juzgara con el criterio contemporáneo esa época, cuando se trataba de “tribus bárbaras, más o menos lascivas y homicidas” (364).

La descripción sintética que hace Ugarte de cada uno de los grupos que componían las sociedades latinoamericanas, inspirada en la doxa científicista antropológica, no redundaba en las mismas conclusiones que las de *La ciudad indiana* que él había leído con interés y elogiado el mismo año de su publicación.²³⁰ Puede conjeturarse que el entusiasmo por el libro de Juan Agustín García estaba probablemente ligado a la consideración del “factor económico” que éste proponía, inspirándose en Loria y Marx, para explicar el proceso histórico argentino hasta el siglo XVIII, como lo ha demostrado Tarcus (468-474). Esto sucedía en el mismo momento en que Ugarte descubría las

²³⁰ Ugarte, “El teatro argentino en Europa”, *Crónicas...* 251-263. Como ya hemos señalado, el libro de García es destacado como ejemplo de progreso intelectual visible en el desarrollo incipiente de una “rama netamente criolla de la literatura nacional” (261). La crónica apareció en *El Tiempo* en noviembre de 1900.

doctrinas socialistas en publicaciones europeas, cursos y congresos (como el Congreso de sociología de París, de 1901, al que probablemente asistió). Entre los cursos, pueden mencionarse los de las Universidades populares socialistas a los que se refiere el autor en alguna crónica, y en un ámbito más académico, las clases sobre filosofía moderna en el *Collège de France*, a cargo de Gabriel Tarde (hasta 1904), uno de los pocos sociólogos que aparecen citados en sus escritos, y en particular, en el libro que nos ocupa.

Apartándose de *La ciudad indiana*, el estudio de Ugarte desanda las equívocas jerarquías raciales y llega a atenuar considerablemente los rasgos negativos con que se estigmatizaba a los pobladores indígenas y negros. Si persisten rasgos distintivos como elementos explicativos de las prácticas culturales en sentido amplio, éstos se atribuyen a la acción del medio antes que a factores raciales. Así, por ejemplo, la herencia de los españoles se alojó en el “hueso de la nacionalidad”, dejando a los gauchos la “llaneza y el amor propio”, el sentido de la hospitalidad, el horror a la hipocresía, la grandilocuencia.

También García recurre a caracteres morales, a los que denomina “sentimientos”, para estudiar la historia de la conformación de la sociedad colonial rioplatense. Así, intenta demostrar el modo en que bajo el “régimen antiguo”, “un conjunto de sentimientos, “el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, la preocupación exclusiva de la fortuna, la fe en la grandeza del país, [que] imprimen rumbos fijos a la sociedad”, determinaron los rasgos de una “sociedad” cuya particularidad consistió en estar desde el comienzo en “lucha” con sus “instituciones” (365). Buen exponente del pesimismo de las elites porteñas ante lo que vivían como un desajuste entre el ideal de civilización, de orden y progreso, y la percepción de una heterogénea composición social y precariedad institucional de las repúblicas sudamericanas, García concluye su libro lamentando la persistencia de esa situación en el presente, y pintando un oscuro panorama:²³¹

Ahora como antes, las iniciativas privadas, el deseo de cooperar en la felicidad y progreso de la República, se traduce en

²³¹ Mientras que los *caracteres locales* que García releva son impugnados por él, cuando Ugarte señala determinados rasgos morales en los pobladores, éstos no son tan claramente sometidos a una crítica, como hemos visto en el caso de los negros, los mestizos y los mulatos.

donaciones cuantiosas para fundar iglesias y monasterios. Ahora como antes la tierra está en poder de unos pocos, dueños de la casi totalidad del área disponible, de lo mejor y de más fácil cultivo, un serio obstáculo para la expansión y progreso futuro del país. Ahora como antes, se deprimen los estudios superiores... (...). Si esto sigue, y parece que seguirá, no sería extraño que alcanzáramos el parecido en las formas y entonces habríamos caminado un siglo para identificarnos con el antiguo régimen (366)

Otro exponente de las explicaciones basadas en las determinaciones del medio, el clima y la composición étnica fue Octavio Bunge que se vale de la psicología de la raza para trazar un retrato lapidario de la política criolla y de las instituciones republicanas. Altamirano se ha referido a su ensayo *Nuestra América* como un ejemplo de “la mezcla de naturalismo y psicologismo” (109) característica de lo que se entendía entonces por ciencia social. El autor contrasta esta hermenéutica social con la propuesta de Ugarte que, según el primero, introducía “razones de índole política” (118) en lugar de las interpretaciones de la psicología positivista. Si bien es cierto que Ugarte busca sustraerse a éstas, queda sin embargo atrapado por dicho modelo como pudo verse a lo largo de nuestro análisis de *El porvenir de la América latina*. Tal vez preocupado marcar la diferencia entre ambos autores, Altamirano no tiene en cuenta la presencia recurrente de la matriz de pensamiento racialista que opera en el libro.

No es azaroso, entonces, si para ilustrar su hipótesis que, sin lugar a dudas tiene cierto grado de verdad, Altamirano invoque, no el ensayo de Ugarte antes mencionado, sino un discurso pronunciado en 1910 en el Ayuntamiento de Barcelona en el que el autor discute explícitamente el modelo psicológico-racialista: “el desgano de buena parte de América no se explica a mi juicio, ni por la mezcla indígena, ni por los atavismos de raza que se complacen en invocar algunos”²³².

Volvamos al libro de Ugarte. Allí, las variables psicoantropológicas y aquellas basadas en factores económico-evolutivos, esgrimidas alternativamente en su ensayo, apuntan a construir una identidad continental

²³² Ugarte, *La nación latinoamericana...* 12.

que el autor entiende como inconclusa o en proceso de formación. Este diagnóstico –que será abordado en la tercera y última parte de su ensayo– le permite situar en el futuro una etapa final que estaría marcada tanto por la unificación de las repúblicas latinoamericanas como por la consolidación del proceso de *socialización* de los medios de producción, dado por el establecimiento de reformas sociales. Es en este sentido que debe entenderse su idea de una *raza* cuya unidad no ha concluido,²³³ proceso paralelo al de las sociedades en formación. De este modo, al ser ubicados en el porvenir, quedan homologados, por un lado, el destino económico y político de los países latinoamericanos, imaginado como promisorio y según el cual dichas repúblicas se adaptaban al rumbo universal de toda la humanidad y por otro lado, el destino de “los americanos” como *raza* inacabada conformada, según el modelo leboniano, por capas sucesivas que se cimentaban y en cuya base estaba el componente español, o como “tipo que se acumula” (46). Este modelo geológico y hasta biologicista (en el que la población americana se define en la metáfora de los sucesivos estadios de la especie), acerca el devenir de la América española al de las *civilizaciones* europeas que proponía la psicología antropológica leboniana, a la que ya hemos hecho referencia. En el pensamiento de Ugarte, esto tiene una consecuencia importante pues funciona como un criterio suplementario de distinción respecto de la conformación de la población norteamericana.

Así, dispuesto a definir la especificidad latinoamericana, el ensayista hace explícita una “objeción” respecto de su idea de la confluencia de *razas* como virtud específica del subcontinente. Precisamente, dicha objeción está dada por el hecho de que la “originalidad nacional” de los Estados Unidos se hubiera alcanzado “sin recurrir a la mezcla con las razas aborígenes” (41). Con una llamativa audacia retórica, hará de tal refutación la base de la diferencia entre los procesos del Norte y del Sur:

Ni hemos apriscado a las razas en determinados territorios, ni tenemos *carpet-baggers* que organicen *feedmen's offices* y susciten sociedades de *Ku-klux-klan*. Además, hay que contar con lo que en los Estados

²³³ Esta idea estaba muy presente en la “cultura científica” de la época: aparece en *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía, en el libro ya citado de Bunge, en *Ingenieros* (Terán). Lo que parece más novedoso en Ugarte es que esta creencia se articula con su fe en el proceso de socialización paulatino de las sociedades humanas, y en la proximidad temporal de su realización.

Unidos no existe, *con la casta intermedia que atenúa los choques, facilitando la refundición.* Por eso es por lo que, *lejos de alentar la tendencia orgullosa que podría inclinar a algunos a excluir ciertos componentes de nuestra formación definitiva o a considerarlos como elemento vergonzoso o incómodo, debemos proclamar las lejanas parentelas, aceptando en bloque la historia de nuestro grupo social.* [...] con las necesarias modificaciones de la época y del medio, continuadores celosos de sus antepasados, los pueblos sólo alcanzan su osificación y su plena audacia cuando establecen el equilibrio interior, nivelan las asperezas y de un extremo a otro de su historia y de su conjunto sienten la rítmica palpación de una voluntad que no se interrumpe ni se desmiente. *Lo que fortifica a las naciones es la unidad de la raza.* [...] *Cuando en América del Sur, donde nadie odia al negro, ni al indio, ni al judío,* se habla de contrarrestar el empuje de los anglosajones, todos comprenden que la mejor manera es sacar los músculos indispensables de nuestras propias características (43-44 cursiva nuestra)

Observemos que Ugarte parece apuntar a una futura integración social, celebrando el mestizaje. Traza una “evolución social” que parte del componente español y se detiene luego en “influencia del pensamiento francés” tras la independencia, fenómeno que se señala como “segunda conquista”. En esto se basará Ugarte para sostener la necesidad de una separación entre las dos Américas a partir de las “particularidades latinas” supuestamente insoslayables del subcontinente. Y así sella un relato armonioso de la “cálida” América latinizada, inasimilable a la del Norte, síntesis entre España, Francia e Italia, y que ha sabido “fraterniza[r] con las razas aborígenes”, razón por la cual “ostenta una unidad y una fisonomía excluyente que la separa de una manera fundamental de “la fría América del Norte...” (50).

Dicho relato que por momentos esbozaba una refutación de las interpretaciones basadas en la creencia y fundamentación científica de una desigualdad entre *razas*, según las cuales las taras de las inferiores explicaban los atrasos del continente, termina en la negación voluntarista del problema (“nadie odia al negro, ni al indio”). Se trata de una verdadera proeza retórica, pues borra, con un fin altruista, la existencia misma del otro social. La argumentación contraria a los presupuestos de la inferioridad racial resulta significativa en la medida en que, por un lado, era divergente respecto del *sentido común* de la época, que revestía fundamentos pretendidamente

científicos, como así también respecto de la mayor parte de los intelectuales positivistas.²³⁴ Por otro lado, pone de manifiesto el modo en que, aun en un momento de fuerte hegemonía científicista, el racismo era sometido a cierta objetivación de sus presupuestos. Dicha reflexión se lleva a cabo, en este ensayo, mediante la consideración de aspectos político-ideológicos, uno de los modos en que se ponía en crisis el paradigma positivista. Así es como Ugarte pondrá en relación, por ejemplo, el lugar subalterno de la población mulata con las sucesivas etapas de la historia americana, señalando supuestos “avances” y hasta innovaciones americanas en el borramiento progresivo de los “prejuicios” asociados a la posibilidad de “ascenso” social de los mulatos. Esta tendencia a la “emancipación” de dicho grupo es también leída en clave evolucionista como “victorias del espíritu nuevo” (67) que encontraron en América el suelo propicio para su desarrollo, donde una vez más están depositadas las esperanzas de emancipación universal: “La América española marchó así a la vanguardia del soplo emancipador que tiende a atenuar las desigualdades y a devolver a todos los hombres su dignidad dentro del Estado” (67).

La recuperación historicista

Más allá de los desacuerdos ideológicos que pudieran suscitar el voluntarismo señalado o aun los argumentos igualitaristas, la eficacia de las reflexiones que Ugarte dirige a sus contemporáneos, acaso resida en que se apoya en la ideología del progreso formulada en base a la retórica evolucionista, que encontraba en el pasado indicios del porvenir, e inversamente, construía una predicción en torno al porvenir partiendo de signos progresivos seleccionados en el pasado de las *civilizaciones*. Enunciada en términos generales, la versión socialista de la fe en el porvenir implicaba el sabido mecanicismo, que Angenot²³⁵ describe desde el punto de vista de su lógica cognitivo-argumentativa, como “razonamiento de las grandes esperanzas” (360) sustentado en el “porvenir de un no-todavía, en la promesa de un orden de cosas que será radicalmente distinto y mejor” (359). Angenot

²³⁴ Además del caso de Martí, en la misma época que Ugarte puede mencionarse el caso del mexicano A. Molina Enríquez (Mailhe 2008).

²³⁵ Angenot, Marc. *Dialogue de sourds. Traité de rhétorique antilogique*. Paris: Fayard, 2008: 350-382

define esta lógica de la “prueba por el porvenir”, como “una de las formas de la racionalidad moderna, la de los grandes males y los grandes remedios que tiene por *último fundamento* una ficción, una conjetura convertida en certeza demostrada, una fe en el porvenir” (359).

Ugarte funda su discurso en esta lógica, de la que se deriva una versión particular, cuando imagina un espacio geopolítico a constituir, formado por las repúblicas *latinas* de América. Como ya señalamos, el sintagma *América latina* supone significados configurados en las primeras décadas del siglo XX y propios de esa época, vinculados con el *latinismo* y en oposición a lo *anglo-sajón*. Pero además, en la utopía continental ugarteana, la carencia de siglos de historia (según el patrón occidental) se convierte en una virtud del continente, utopía que busca hacer confluír un tiempo y un espacio nuevos. Si Ugarte sabía que, a fines de la primera década del siglo, en Europa las perspectivas de salvación humana se dilataban, volviéndose difusas, eso no debía aparecer necesariamente en Hispanoamérica. Contra interpretaciones en términos de sus atrasos, la misma incertidumbre del proceso europeo lo llevaba a creer y postular que el advenimiento del nuevo orden social latente tendría lugar fuera del viejo continente, aun cuando percibiera los posibles cambios de manera difusa o con reparos. Para esto, afirmará la necesidad, por un lado, de rediseñar la geografía continental ensanchando las fronteras del presente, y por otro de imponer ciertas reformas, o de profundizar, en los países más modernizados, las tendencias progresivas ya activadas. En este marco se entiende su interpelación a “los europeos”, que parece estar destinada a argumentar en favor de la igualdad universal del subcontinente y del carácter occidental de sus procesos históricos, en particular el de los sudamericanos, un razonamiento paradójicamente deshistorizante:

En cuanto a la pereza y la incapacidad para la lucha que algunos europeos nos atribuyen, basta echar una ojeada sobre la América del Sur para comprender la verdad. Los levantamientos que nos reprochan sólo son manifestaciones palpables de un empuje creador. La nacionalidad data de ayer y tiene que pasar por las mismas agitaciones que Europa. No han de maravillarse de la inquietud de nuestras costumbres los que edificaron su Constitución alzando barricadas y decapitando reyes. Y en lo que respecta a la actividad industrial, todavía insegura, tampoco nos la pueden echar en cara los que antes de alcanzar el brillo de hoy vivieron la indecisión de quince siglos. (...) La infancia turbulenta

y bulliciosa no es quizá, después de todo, más que un síntoma prometedor, porque los pueblos, como los estudiantes indisciplinados, son precisamente los que más altas posiciones conquistan en el porvenir.

Si se mantiene la integridad étnica, política y territorial del conjunto y si continúa sin tropiezo la elaboración en que estamos empeñados, se puede decir que el nuevo grupo que se incorpora a la fermentación mundial alcanzará una importancia inverosímil a causa de su número y de la amplitud de la zona en que desarrollará su acción... (49-50)

En este fragmento puede verse una de las implicancias políticas del libro, antes señalada, según la cual la argumentación asignaba un destino promisorio a Hispanoamérica que redundaba en una inserción de la especificidad americana en Occidente y que al pensar en lo particular, se correspondía con un inicio de distanciamiento respecto del eurocentrismo dominante en los estudios sociológicos o etnopsicológicos. Esta perspectiva dinámica respecto de la cultura local lleva a que, por momentos, aparezca invertida la percepción positiva respecto de las consecuencias culturales de la conquista sobre el Viejo Mundo. Es tanto más reveladora cuanto que se produce en un contexto de debates hegemonizado por abordajes etnopsicólogos cuyos presupuestos se basaban en la existencia de una jerarquía entre las sociedades humanas, como hemos venido analizando en capítulos anteriores.

Emblemáticamente, la definición de los distintos pobladores en base a la fijación de tipos, que reproducía en cierto modo la tradición sarmientina legible en *Facundo*, analizada en el apartado anterior, corre paralela, en el ensayo de Ugarte, a otra perspectiva. En efecto, la primera parte se organiza a la vez en base a una secuencia temporal que da marco a la caracterización de los pobladores: partiendo del “descubrimiento” (Cap. I), termina en “La raza del porvenir” (Cap. X). Este ordenamiento responde a una filosofía de la historia basada en la lógica evolucionista del progreso continuo. Ugarte sigue así una perspectiva evolucionista, presentando la irrupción de la Edad Media en América como un acontecimiento negativo, verdadero accidente en un “mundo maleable en plena aurora”²³⁶, antes que el resultado de relaciones de fuerzas sociales inscriptas en una continuidad histórica, como en el Viejo Mundo.

²³⁶ Trabajamos con la versión de *El porvenir de la América española* reeditada en 1920.

Según esta lógica evolucionista, en la que cabe constatar la ausencia de toda consideración racial determinista, una primera falla en la cultura americana deriva de la interrupción del desarrollo histórico natural de la “atmósfera social del Continente” (31) pero también de la instauración, aquí, de un orden ya anacrónico en la propia Europa, el feudalismo. Esto redundaba en la paradójica novedad y vejez de América: la Edad Media, aunque ya haya sido “cerrada por la Historia”, no se impone por natural evolución sino por la fuerza, y da lugar a un mundo que nace viejo, marcado por la *tara* orgánica de la etapa de “barbarie” feudal:

Lejos de ser un mundo verdaderamente nuevo donde, al margen de la historia, sin la presión de los cadáveres, *reaccionaban los hombres contra el pasado para crear una vida inédita*, las vastas extensiones vírgenes resultaban, privadas de todo contralor, *una agravación gigantesca de la barbarie social de Europa*. Al ser transplantados al desierto, los vicios cobraron una frondosidad rara. El aire se *inficionó* y el mundo maleable que surgía en plena aurora tuvo el estigma de la vejez antes de darse cuenta de la vida (32 –cursiva nuestra).

Mientras señala y condena los crímenes cometidos por la conquista, esto último infrecuente en la época, Ugarte no deja de celebrar la “noble victoria del espíritu humano, la remoción formidable de todo lo existente” (33). Sigue aquí una argumentación dialéctica que interpreta dicho accidente de la historia como una de las paradojas acarreadas por el progreso, en una línea de análisis que circulaba en el pensamiento socialista desde que Marx la había esbozado al analizar las consecuencias del imperialismo británico en la India.²³⁷

Este argumento que podría llamarse de la *razón de progreso* aparece también cuando Ugarte describe los orígenes de la población africana en América: “En el espacio de tres siglos atravesaron el mar quince millones... Pero los crímenes de la esclavitud son como los de la conquista. Nuestras libertades eran sueños. Las Casas justificó el delito. Y hasta la Revolución Francesa, después de proclamar los derechos del hombre, se detuvo más tarde amedrentada ante el límite” (17). La argumentación se completa con otra

²³⁷ Quizás Marx lo hiciera con menos cinismo histórico que el de sus intérpretes de la Segunda Internacional, si tenemos en cuenta la elocuencia de su denuncia de la barbarie británica, en sus artículos para el *New York Daily Tribune* a comienzos de 1850 (Tarcus 39-41).

lógica propiamente moderna, que podría definirse como contraria al anacronismo que llevaría a evaluar con los valores del presente, las acciones de otros momentos de la historia:

Pero los que entonces empujaban aquellos rebaños [de conquistadores] eran incapaces de razonar. Ante los hombres de mentalidad más elevada que hoy los juzgan desde las alturas de la historia, resultan también en cierto modo una raza subalterna. Los únicos que podían comprender eran los príncipes, los cortesanos o los sacerdotes. Y si nadie protestó fue porque a favor de esos magnates se conquistaban territorios y se hacía correr un estremecimiento de pavor sobre el mundo (18).

En este sentido, al analizar la conquista de América, Ugarte también observa el impacto de la naturaleza americana sobre los hombres europeos y subraya resultados positivos en la revelación de la existencia de “otro mundo”: una desarticulación de las “creencias” que quedaron “en ruinas”, “una ventana abierta sobre la libertad” (33), una “apertura de los poetas hacia el ensueño” y una renovación dada por el descubrimiento de “ritos insospechados, pájaros desconocidos, tesoros inverosímiles, razas nuevas”. El detalle más revelador de esta mirada dislocada respecto del punto de vista eurocéntrico, casi antideterminista, puede verse en el señalamiento que hace Ugarte de la ceguera del conquistador, movido por la rapacidad del oro, que le había impedido discernir, en las tierras del Sur, otras riquezas imposibles de ser codificadas por él como la riqueza de la tierra o la “gradación de los climas, la prodigiosa extensión” (33).

El otro hilo que organiza el relato de los orígenes americanos, esto es la interpretación materialista de raíz evolucionista, parece estar destinada a intervenir sobre las lecturas del presente. En efecto, según dicho relato, el régimen feudal había vuelto imposible que la prosperidad local se organizara en torno a las riquezas de cada región; sin embargo, el curso evolutivo había avanzado silenciosamente, sin que interviniera ningún elemento subjetivo, hacia la prosperidad presente, la que se había alcanzado merced al “separatismo” de 1810:

Porque cuando vemos salir de los puertos del Sur los enormes navíos mercantes que van a dispersar por el mundo el excedente de riqueza de ciertas repúblicas, cuando admiramos las pirámides de trigo [...], cuando el ferrocarril nos conduce durante días y días a través de llanuras feraces y cultivadas y cuando

asistimos al arribo de las multitudes que vienen de los cuatro puntos cardinales deslumbradas por la *prosperidad y el fasto de la tierra nueva*, comprendemos *que la victoria regional irradia sobre la especie* y que el hervidero vivificador de esas ciudades populosas, la facilidad con que *cunde en ellas el progreso* y la vorágine de las improvisaciones que las arrebatan desde que el separatismo les dio una personalidad como la conquista les dio un territorio, *pueden hacer en el porvenir de la América hispana algo así como una oasis y una mano extendida*.

Las tesis evolucionistas aplicadas al estudio de las llamadas *civilizaciones* dan al ensayista el marco teórico para pensar los fenómenos mencionados de manera divergente a los análisis habituales. Por un lado, como ya hemos señalado, los análisis hegemónicos seguían, entre sus presupuestos, la línea sarmientina de oposición entre civilización y barbarie. Por el otro, encerraban diagnósticos apocalípticos respecto de la complejización de la sociedad, que buscaban soluciones en la formación de la nacionalidad argentina (Bertoni 163- 212; 307-316).

Al proponer un panorama histórico del poblamiento de América destinado a comprender el presente, en cuya base está la idea del carácter inconcluso de estas sociedades en las que el progreso debe aún seguir su curso, Ugarte interviene en los debates surgidos en torno a la identidad nacional alejándose del “movimiento patriótico” finisecular estudiado por Lilia Bertoni en *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*²³⁸. Así puede entenderse que introduzca, antes del noveno capítulo sobre “Los extranjeros inmigrados”, un examen minucioso de los usos del término “criollo”, en el que historiza sus sentidos a partir de las transformaciones económicas sucedidas tras la Independencia pretendiendo dar cuenta de la variedad de realidades que el término registraba, y resaltando el carácter relativo e inconcluso de su significado.

Respecto de la cuestión “nacional”, esto es el modelo de nacionalidad que estaba implicado en su reflexión sobre la inmigración, las posiciones de Ugarte estaban cerca de la concepción hegemónica de la nación, que Bertoni (165-168) definió como “liberal y cosmopolita, expresada en la Constitución

²³⁸ Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, 2001.

Nacional y en leyes fundamentales, como la de ciudadanía de 1869 y la de inmigración de 1876". Según ésta, la nación se entendía como "cuerpo político basado en el contrato, de incorporación voluntaria, que garantizaba amplias libertades a los extranjeros y ofrecía tolerancia para el desenvolvimiento de sus actividades económicas o culturales" (166). Sin embargo, la defensa ugarteana del sufragio de los extranjeros iba aun más lejos de estos principios y representaba una reacción ante el rechazo del derecho de voto para éstos durante la convención de 1899, en coincidencia con la posición de los socialistas que se habían pronunciado a favor de una naturalización de los trabajadores extranjeros (Camarero, Herrera; Bertoni 171). Bertoni ha señalado que hacia 1890 el modelo liberal-contractualista entra en conflicto con otra concepción que se va imponiendo a través de un sector nacionalista compuesto por "un conjunto heterogéneo y variable" (Bertoni 166) formado por dirigentes políticos e instituciones culturales, en el que estaban implicados escritores como Gálvez y Lugones y que "asume de manera activa la defensa de una concepción esencialista y excluyente de la nación" (Bertoni 166).

Ugarte opera cierto distanciamiento respecto de las ideas dominantes y cristalizadas, que puede verse como el resultado de una mirada crítica respecto de la organización de las sociedades, vinculada a su adscripción socialista. En este sentido debe leerse la interpretación economicista y clasista de la "evolución" de éstas en Hispanoamérica, propuesta en el capítulo mencionado:

El primitivo criollo [la 'elite social' que realizó la independencia] arrastró a sus esclavos a la guerra, embanderó a los aborígenes y utilizó el descontento de las masas que aborrecían la dominación, ignorando que al cabo de los años esos elementos llegarían a ser tan 'criollos' como él. La evolución ha seguido su curso y hoy nos encontramos ante un mar donde las corrientes de preeminencia de las sociedades coloniales se han perdido, para dar lugar a *recientes jerarquías económicas que metamorfosean el conjunto, imponiendo nuevas divisiones y acercamientos inesperados. De suerte que el grupo y la palabra sobreviven su antigua significación.*

Por eso conviene delimitar una vez por todas lo que hoy podemos entender por criollo. La definición resulta, como ya hemos dicho, difícil porque muchos que han nacido fuera del país lo son, y otros que han nacido en él, mueren tan extranjeros como sus padres. Sin embargo, estas mismas comprobaciones señalan un indicio, dejando suponer que nuestra nacionalidad, insegura

todavía en un país donde se superponen las mareas humanas, puede residir [...] más que en el origen, en la modalidad de espíritu y en cierta suma de particularidades (32 –cursiva nuestra).

[...] Hay lugares donde los naturales sólo han sufrido la influencia de una nacionalidad. En las capitales, donde las diversas capas se superponen, *el tipo* es más complejo y equidistante. *De aquí* que nos encontremos en presencia de un nombre que se aplica a Estados diversos, que tienen a menudo serias diferencias entre sí. Un arriero de Caracas, un *pelao* de Zacatecas, un negro de Cuba, un colombiano de pura descendencia española, un gaucho de la Pampa, un descendiente de suizos y un calabrés arraigado en Buenos Aires *son hoy igualmente criollos. De lo cual parece deducirse* que la palabra se aplica a varias *especies* principales. (33 –cursiva nuestra).

Como en otros escritos de Ugarte, puede observarse en este párrafo el recurso a una retórica básicamente científico-positivista, amparada en el tono neutral y en la acumulación de referencias, “indicios” y deducciones. Ella parece estar destinada a autorizar su toma de posición respecto de debates de la elite letrada y dirigente en cuya base estaba la preocupación por la cuestión social: el de “cosmopolitas” y “nacionalistas” respecto de los inmigrantes o el suscitado en torno al *criollismo*. En otras palabras, el discurso ensayístico ugarteano controla argumentaciones que explicitarían una polémica o confrontación con dichos debates, prefiriendo ampararse en la *fuerza de las cosas* y en la certeza surgida de la confianza en las leyes de la evolución aplicadas a lo social.

En verdad, estaba abordando una de las cuestiones más candentes que, como hemos visto, ocuparon a los letrados entre el fin de siglo y el Centenario de la Revolución de Mayo. En el fragmento citado puede verse que busca convencer al lector acerca del carácter dinámico de las nuevas repúblicas que resultaban de procesos económicos imparables e insoslayables, poniendo en evidencia la imposibilidad histórica de definir a los criollos amparándose en lo que en el texto aparece como el “origen”, esto es la vieja forma de organización patriarcal que los procesos de modernización venían debilitando. Por eso, la referencia a las nuevas realidades que el término criollo denotaba en el presente, termina con una descripción de las formas recientes de organización económica y la consiguiente complejización que había acarreado. Al mismo tiempo, la oposición entre “origen” y “espíritu”,

presente en este párrafo, responde a un cuestionamiento de los postulados elitistas que otorgaban jerarquía a los viejos habitantes frente a los recién llegados, provenientes tanto de clases subalternas, como de otros países (de este modo, el criollo podía ser tanto mestizo como inmigrante). Asimismo, en la noción de “espíritu”, resonaba una búsqueda de homogeneidad de los habitantes de una sociedad, a la vez que se afirmaba un lugar común de la época, esto es la necesidad de fundar la personalidad nacional en atributos que no fueran de orden meramente económico.

Por último, el fragmento resulta una fuerte apuesta a pensar en procesos de construcción nacional que fueran abiertos, o que no se dieran por concluidos. Esto lleva a Ugarte a pensar el presente como un momento de transición en el que aún están operando las transformaciones, lo que traduce otra forma de presentar un porvenir incierto, desterrando diagnósticos apocalípticos y aceptando la creencia en el progreso continuo.

De alguna manera, el argumento de Ugarte supone un determinismo objetivista que lo lleva a conjeturar que si los cambios habían sido tan complejos, el sentido de la historia seguía en esa dirección. Pero a la vez, le permitía responder, entre otros debates, a una cuestión conflictiva como la de los extranjeros inmigrantes, que al igual que en Ingenieros, pasaban a ser vistos como factor de progreso, puesto que les asignaba una función en el nuevo orden económico y social contemporáneo. Así, para defender la necesidad de que se les conceda derechos de “ciudadano elector” aun cuando en Europa no se consiga con facilidad, afirma que esto debe ser así “en repúblicas improvisadas, que deben precisamente a ese inmigrante la mayor parte de sus progresos. Porque la riqueza de nuestros territorios, su habitabilidad y su porvenir son en gran parte la obra de los aventurados obreros de la civilización que, buscando campo a su iniciativa, han ido a dejar lo mejor de su personalidad en las tierras nuevas” (37-38). Ugarte parece tener en cuenta el conservadurismo de los “nacionalistas” (Bertoni) al evaluar que puesto que “el extranjero [...] acelerara el ritmo de la existencia” [...] “En buena ley le corresponde en los asuntos internos una parte de influencia proporcionada a la actividad que pone al servicio del país. La nacionalidad y el espíritu autóctono tienen ya el vigor necesario para absorber esa fuerza sin peligro de disolución y sin disminución” (38). Al respecto, no debe olvidarse

que el reclamo en favor de la nacionalización de los inmigrantes constituía un reclamo del socialismo argentino (Camarero).

Un híbrido doctrinario: de Comte y Le Bon a Marx y Loria

Como ya se ha visto, en los tramos en que Ugarte se detiene en los procesos históricos que determinaron las características del presente, recurre preferentemente a factores económicos leídos en una clave evolucionista típica del socialismo de la Segunda Internacional.

Así, por ejemplo, su caracterización de la “formación económico-social argentina” coincide con la de Juan B. Justo y el Partido Socialista. Cabe recordar que, según Horacio Tarcus (396-298), en la polémica suscitada en 1908 entre Justo y el socialista italiano Enrico Ferri, estaba en juego la caracterización de Argentina como país capitalista. Contra el juicio de Ferri que veía en la ausencia de un proletariado local, debido a la inexistencia de condiciones capitalistas de producción, la consiguiente artificialidad de un movimiento socialista, Justo respondía demostrando la existencia de un capitalismo “puro” (397) visible en la “moderna colonización capitalista” a que había llevado la apropiación de tierras. Tarcus también muestra que el señalamiento del problema de los latifundios como forma local de acumulación capitalista ya había sido diagnosticado, entre 1890 y 1891, por Germán Avé-Lallemant (207-219).

En este marco puede entenderse el análisis propuesto en *El porvenir de la América española* respecto de la *cuestión agraria* argentina, así como la indicación de los múltiples sentidos que encierra lo *criollo*, constatación que revela una suerte de sociología espontánea (reforzada por su mención entre comillas) en torno a los diversos intereses en juego en los usos del término, alrededor del Centenario.²³⁹

Algunos se sirven de la palabra “criollo” como equivalente de campesino, otros la emplean para designar a la persona de cierta respetabilidad y fortuna. Pero estas interpretaciones no se justifican ya. Es innegable que la propiedad rural y la administración de las repúblicas están en poder de un grupo limitado. Innumerables multitudes se ven obligadas, en un territorio cuya población es apenas el doble de la de Francia y cuya superficie es cuarenta veces mayor, a alquilar por sumas

²³⁹ Ver Prieto.

ínfimas su trabajo o su ingenio a los dueños de la tierra. [...] Esta concentración, que pudiera determinar en el porvenir grandes conflictos, no es ahora tan absoluta a causa de los fraccionamientos que impone la inmigración, pero suscitó en ciertas épocas una variante sui generis de potentados, a los cuales se dio por antonomasia el nombre de criollos. [...] Pero la palabra no puede ser desviada de su verdadera significación. Al hablar de raza del porvenir, trataremos de saber cuáles pueden ser mañana las características finales del tipo que se acumula (85).

Si bien está despojada de un léxico marxista, la referencia a la formación social argentina propuesta por Ugarte retoma análisis socialistas argentinos, como el que Germán Avé-Lallemant había iniciado en varias notas sobre “Los elementos de producción de la República Argentina” publicados en el periódico socialista *El Obrero* en 1890 y 1891. Así sintetiza Tarcus los análisis de Avé-Lallemant que identifica como la “primera formulación marxista de la ‘cuestión agraria’” en el país, hecha a partir de observaciones empíricas:

La gran burguesía terrateniente es la clase dominante argentina, que se ha apropiado de los medios de producción y que controla el Estado mediante un régimen político oligárquico. La unidad productiva adopta la forma de ‘estancia’ de explotación ganadera, pero el estanciero es un patrón ausentista... [...] El carácter ocioso e improductivo del estanciero es funcional a un régimen de producción sencillo, que se basa en la extraordinaria prodigalidad de la tierra en la pampa húmeda argentina, en el trabajo semiasalariado y semiservil de los puesteros y en la demanda internacional de lana” (211).

Ahora bien, Tarcus señala en Avé-Lallemant su preferencia por el latifundio antes que por el desarrollo de una pequeño-burguesía agraria, pues ve en el primero una forma más moderna de organización de la producción que podía hacer “avanzar el proceso de socialización y tecnificación de la producción” (215). Esto es lo contrario al enfoque de Ugarte respecto de la tierra, como puede verse en el fragmento citado en que la actividad de los inmigrantes colonos parece evitar la gran concentración, considerada como un atraso. El razonamiento de Avé-Lallemant sí había aparecido cuando Ugarte analizaba la función “progresiva” de los trusts, en su conferencia “Las ideas del siglo” de 1903. Es improbable que hubiera leído los artículos de Avé-Lallemant pero pudo haber accedido a esas ideas, difundidas en *La Vanguardia* y a

través de discusiones con los socialistas argentinos que frecuentó. También conocía las tesis de Kautsky sobre la *Cuestión agraria* cercanas y contemporáneas (Cf. Tarcus 218) a las de Avé Lallemand, tesis que éste último hizo traducir para la revista *La Agricultura* en 1900. Recordemos el contacto directo con los debates de la Segunda Internacional, puesto que participó en carácter de delegado del PS, en los congresos de 1904 y 1907.

En otros momentos, aparecen a la vez ciertos elementos de análisis que pueden vincularse a una interpretación materialista de la historia. Por ejemplo, en el modo en que ciertos factores relativos a la lucha de clases aparecen implicados en la caracterización del mestizaje, señalado como elemento distintivo de América. Así, entre otras consideraciones en torno a las relaciones de fuerza entre clases y la división del trabajo, la mala remuneración recibida por los “mestizos” será evocada cuando Ugarte intente explicar sus conductas insubordinadas:

Sin que intervenga el odio de los hombres, se ha establecido así dentro del campo social un *escalonamiento de barreras* que confinan al componente que nos ocupa en un determinado radio y le abandonan cierto género de actividades. Como algunas labores no concuerdan con su *temperamento al propio tiempo altivo y servil* ha resultado gendarme o sirviente, cuando –para dar rienda suelta a sus *instintos* y libertarse del *medio que le ahoga*- no ha vuelto a recorrer los llanos enormes como conductor de majadas, domador de caballos salvajes o mayoral de diligencia. Con la fortuna pierde muchas de sus peculiaridades distintivas. Pero las elevaciones no redundan en beneficio común, porque los que llegan a emanciparse son a menudo los que adoptan con más estrechez los prejuicios del grupo que los acoge. Además, el mestizo carece casi siempre de iniciativa. En las regiones donde compone un núcleo considerable, prolonga su ensimismamiento y se abandona a una existencia muelle, *bajo el cielo azul, en un clima tibio* donde todo es fácil. También es verdad que el salario se reduce a veces a una suma irrisoria... (52 –subrayado nuestro)

Significativamente, conviven en la exposición tanto la teoría de los climas de Montesquieu,²⁴⁰ como la referencia eufemística a la lucha de clases

²⁴⁰ Cf. el análisis de Pierre Bourdieu sobre la “mitología científica” que implicó la teoría de los climas de Montesquieu al fijar los fundamentos de una ciencia de los hechos históricos a partir de la física, e indagar en las “relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas”. Bourdieu analiza el modo en que desde Montesquieu un conjunto de “preconstrucciones del prejuicio” encontraron una apariencia de científicidad en la transferencia de métodos de una ciencia natural a las ciencias sociales. Así es como Montesquieu llegó a vincular los tipos de

y a la consiguiente complejización de la sociedad y de las relaciones entre sus integrantes propia de la época contemporánea; o también, una percepción de la incipiente y tenue movilidad social (la “fortuna”, las “elevaciones”), o la atención a las condiciones de vida de los grupos subalternos (bajos salarios, explotación y sometimiento). También aparece el comentario sobre conductas sociales que son interpretadas en términos morales y cierta relativización del determinismo cuando Ugarte indaga en las causas posibles de los comportamientos vinculándolos con el sometimiento operado por la conquista y con la reproducción de la dominación. Esto se hace patente, por ejemplo, en sus alusiones al “escalonamiento de barreras”, al “medio que ahoga” y a la adopción de los valores dominantes por los individuos que ascienden de clase. De este modo, rasgos aparentemente “morales” según el paradigma dominante, tales como el “ensimismamiento”, el “temperamento altivo y servil” o la falta de “iniciativa” de las clases subalternas son justificados en su carácter de comportamientos defensivos respecto de las formas de opresión propias de las sociedades. Así, aunque los análisis incluyan una heterogeneidad de perspectivas, resulta evidente la presencia esporádica de un léxico propiamente marxista, como puede verse en el párrafo citado, en el que se reconocen presupuestos provenientes de los desarrollos de Loria o Ferri.

Ahora bien, menciones semejantes de aspectos materiales en la caracterización socioeconómica de los países latinoamericanos no son sistemáticas ni coherentes si se tiene en cuenta que Ugarte no abandona una perspectiva en cierto modo idealista, atenta a lo que podría definirse como una suma de individualidades determinadas por factores no estrictamente económicos. En este sentido, tal vez la matriz evolucionista haga posible la combinación de cierto economicismo materialista con un idealismo legible en la perspectiva psico-antropológica siempre presente. Así, en otros tramos de su discurso, los inmigrantes son asociados a poblaciones de la antigüedad y la baja Edad Media,²⁴¹ y el fenómeno inmigratorio del presente se ve incluido en

regímenes políticos con los climas de los países, a partir de un sistema de oposiciones entre norte y sur, donde las regiones cálidas estaban asociadas a un relajamiento de la moral que explicaba, por ejemplo, el despotismo (“Le Nord et le Midi : contribution à une analyse de l’effet Montesquieu” (ARSS 35, 1980: 21-25; Traducción nuestra y *Ce que parler veut dire*).

²⁴¹ “Los celtas, semitas, galos, latinos, visigodos, árabes o cartagineses convertidos en italianos, húngaros, belgas, polacos, franceses o españoles, traían la decisión y la audacia que distinguió a los antepasados en las migraciones confusas de otras épocas” (86).

una linealidad histórica marcada por una evolución *vital* y ascendente desde el punto de vista *moral*:

Eran las mismas columnas de vida que, espoleadas por el *deseo* de multiplicarse, atravesaban pesadamente los territorios, con nuevas facilidades de comunicación, pero con igual aspereza en los ideales. Sólo diferían en una cosa. Las primeras iban a desalojar o a sumergir a otros pueblos. Estas llegaban a un mundo casi deshabitado, donde en vez de sembrar la desolación y la ruina *debían aumentar la felicidad común*.(86-87)

Al mismo tiempo, entonces, que puede verse una sujeción al método psico-antropológico que retrotraía los análisis hacia los orígenes para poder relatar la *evolución* social, también se reconoce el eco de Achille Loria en *Le basi economiche della costituzione sociale* (1893) y de su “sociología de base económica”²⁴². Más nítida es la consideración materialista de la historia, de amplia circulación en la época²⁴³, inspirada como ya dijimos, en el economicismo del socialista italiano. A la vez, dicho enfoque gozaba de cierto consenso si se tiene en cuenta, entre otros desarrollos, el de Juan Agustín García en *La ciudad indiana* que Tarcus definió como “un ensayo de interpretación materialista” (468). Para él, “la concepción materialista de la historia- en su versión loriana del peso determinante del factor económico- iba a jugar un rol clave en esta lectura científica de la historia argentina, aunque Marx no era la única fuente teórica identificable en la obra” (468). Tarcus ha

²⁴² Ver La reseña que aparece en la publicación dirigida por Emile Durkheim, *L'Année sociologique* (1900-1901) del libro de Loria *Sociologia* (1900), en el que se refiere su aspiración de avanzar en las tesis de Marx y Engels que estos no habían concluido, proponiendo incluso reemplazar la denominación de “materialismo dialéctico” por la de “sociología de base económica”. Loria argumenta que el “hecho económico” puede explicar la religión, las transformaciones políticas y factores morales diversos que luego intervendrán en la evolución de la vida social.

²⁴³ En Ugarte se registra un uso del término “materialista” más allá del sentido marxista de “materialismo dialéctico”. Para una definición del primer sentido, podemos remitirnos a la historización del término propuesta por Gramsci en la que señala el “contenido pasado” anterior al marxiano, en una interpretación crítica que recuerda la de Williams en *Palabras clave*: “El término ‘materialismo’ en la primera mitad del siglo XIX hay que entenderlo no sólo en el significado técnico filosófico estricto, sino en el significado más amplio que fue asumiendo polémicamente en las discusiones planteadas en Europa con el surgimiento y desarrollo victorioso de la cultura moderna. Se llamó materialismo a cualquier doctrina filosófica que excluyese la trascendencia del dominio del pensamiento y por lo tanto en realidad a todo panteísmo y el imanentismo, y no sólo eso, sino que se llamó materialismo incluso a cualquier actividad práctica inspirada en el realismo político (...). Así, en los términos del sentido común, se llama ‘materialismo’ a todo aquello que tiende a encontrar en esta tierra y no en el paraíso, el fin de la vida. Toda actividad económica que saliera de los límites de la producción medieval era ‘materialismo’ porque parecía un fin en sí misma, la economía por la economía, la actividad por la actividad...” (Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* t.4: 271).

relevado además referencias de García a la “relativa verdad de la teoría económica de Carlos Marx” (García: 26), así como la reseña de Ingenieros tras la publicación de *La ciudad indiana*, en la que éste señalaba la aplicación de dicha doctrina. El libro de García sin duda había contribuido a la difusión de la perspectiva economicista sobre los fenómenos sociales en la historia argentina. En el caso de Ugarte, ya se ha señalado que no sólo lo había leído sino que había celebrado su aparición por considerarlo un modelo de lo que debían ser las producciones genuinamente locales.

El enfoque orientado hacia las formaciones económicas nacionales como basamento de los procesos sociales propios de Hispanoamérica, aparece por ejemplo cuando Ugarte deja de ocuparse de los “componentes” de las sociedades latinoamericanas y se detiene en la interpretación económica de “las luchas de 1810”. Dicha perspectiva también está presente cuando Ugarte define su propio estudio como un “cuadro vertiginoso de nuestra historia social”: en ese marco, el acontecimiento revolucionario se presenta ante todo como una necesidad económica de las clases dominantes locales de separatismo ante “el monopolio de España” y es visto como una paradoja histórica según la cual la emancipación fue popular y su efecto político fue “conservador en el sentido de que se negó a modificar de lleno el andamiaje y las características de los virreinos” (62). Ugarte recurre así a una caracterización marxiana de la burguesía como “clase social que, con más o menos errores, ha desarrollado y ha cumplido su alta misión histórica” (62), con su dialéctica disposición al cambio y a la acumulación de “poder omnímodo”, que dio nacimiento a “una nueva hegemonía que evolucionará como todas” en tanto está destinada, por necesidad histórica, a ser “sobrepasada fatalmente por la humanidad en marcha hacia su destino”. La lectura de la táctica jauresiana se hace visible cuando el argentino define el advenimiento de dicho porvenir en términos de “tiempos (...) en que sin violencia, por la fuerza combinada de las cosas, [la burguesía] se verá obligada a abandonar gradualmente sus privilegios visibles para reconciliarse con las demás proporciones de la humanidad en otra organización perfecta...” (31). Reconocemos las tesis de Jaurès en su *Historia socialista de la Revolución francesa*, que Ugarte sin duda conocía, cuando éste compara las motivaciones económicas en el acontecimiento de 1789, con el proceso de 1810, así como

la confluencia en las reivindicaciones políticas de las clases populares y acomodadas en determinados momentos históricos.²⁴⁴

Queda claro, en síntesis, que lejos de constituir una contradicción, en el entresiglos, con frecuencia, las consideraciones economicistas no implicaban que en la indagación de las especificidades americanas, se abandonara el imperativo cientificista racialista, aun autocontrolado. Esto se explica sobre todo por la hegemonía de dicho imperativo en los análisis sociológicos pues constituía a su vez, la garantía de la cientificidad de los estudios sobre los fenómenos contemporáneos. Sin embargo, tal como ocurría en *Las enfermedades sociales*, la valoración a la “unidad étnica” que Ugarte convertía en uno de los pilares de la modernización americana, negándose a considerarla como determinante de las trabas respecto del progreso, lo distanciaba completamente de la hermenéutica racialista dominante en los ensayos positivistas de los intelectuales latinoamericanos. Así es como Ugarte se resiste a deducir taras insuperables aunque persista la atención puesta en los “rasgos morales” para cada uno de los grupos estudiados. Esto aparece incluso cuando asoman en sus reflexiones presupuestos provenientes de discursividades diversas, hasta ideológicamente opuestas –la psicología antropológica, el materialismo economicista- pero que tienen un común científicismo.²⁴⁵

Soluciones universales para problemas hispanoamericanos en el presente: el peligro yanqui

Otro de los propósitos del libro de Ugarte es su intento de dar respuesta a una serie de preguntas que se hacían muchos de los intelectuales migrantes latinoamericanos de principios del siglo XX, las que giraban en torno a la

²⁴⁴ “...Así como la Revolución francesa se realizó desde el punto de vista económico en beneficio de la clase acomodada del país, la de la América del Sur se consumó en provecho de una especie de ‘elite’ colonial [nota 1: Don José Gil Fortoul (...) va más lejos aún y habla de ‘oligarquía conservadora’], más ágil que la de la Metrópoli, pero igualmente personalista” (66).

²⁴⁵ Esto aparece de un modo explícito cuando Ugarte señala “el punto de vista económico” que permitía explicar la revolución de 1810 con los intereses de la clase acomodada del país, admite la imposibilidad histórica de que se instaurara una “verdadera democracia” y señala como causas de dicha inviabilidad, el hecho de que “algunos grupos de que venimos hablando tuvieron que soportar desde los comienzos dos clasificaciones superpuestas: la de la raza y la de la posición social” (66).

posición de sus repúblicas frente a Estados Unidos. Este será el otro eje de intervención de Ugarte en esos debates.

Debe decirse que hasta *El porvenir de la América española*, la cuestión yanqui no constituía el centro de las reflexiones de Ugarte, si se lo compara con otros temas. De hecho, primaba la pregunta por la cultura americana desde una perspectiva continental, surgida muy tempranamente en sus pensamientos, incluso antes de su politización, como lo prueban los artículos de la *Revista literaria* que había dirigido entre 1895 y 1896 en Buenos Aires. Además, en este libro, dicha cuestión aparece recién en la Segunda parte.

Antes de detenernos en la meditada confrontación simbólica respecto de la cultura norteamericana presente en el libro, conviene tener en cuenta que su gravitación se circunscribe a la necesidad de Ugarte de construir una identidad hispanoamericana. En este punto, debemos considerar, a su vez, la presencia de un discurso valorizador de lo hispánico cuando el autor busca definir los orígenes del continente y distinguir sus “diferencias” respecto de lo que llama “todas las nacionalidades, sin exceptuar la española” (41), como si el hispanismo permitiera, fijando un punto de partida, establecer una linealidad en que pasado y presente se fusionan en un sentido que otorga coherencia al curso de la historia del continente y da cauce al porvenir.²⁴⁶ El hispanismo, además, le permite afirmar la latinidad del continente. Esto es lo que explica que en el mismo razonamiento que lo lleva a bregar por una raza americana unificada, lo que se traduciría en alianzas estratégicas entre los países del continente, aparezca el tópico del amor a la *Madre Patria*. Así deben entonces entenderse las motivaciones de Ugarte en no renegar del pasado hispánico del continente, las que aparecen, por ejemplo, inmediatamente después de que llame a “fortifica[r] nuestra [originalidad] cultivando el orgullo de lo que somos” (44):

Nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas a medias. España fue la cuna y el brazo de la nacionalidad. Somos sus

²⁴⁶ Esto puede verse ya al comienzo del libro, donde se nota, además, una retórica hegeliana vulgarizada: “Lejos de quejarnos de nuestra filiación, enorgullecámonos de ella; porque lo que hace la fuerza de los grupos es la constante comunión con los antepasados [...]. No cabe alzar bandera donde cada individuo está desligado de los que le anteceden o le siguen. El poder de los núcleos estriba en la prolongación de un esfuerzo central a través de las generaciones y en la estrecha fusión, dentro del progreso, de un pasado que se hizo presente con un presente que aspira a transformarse en porvenir” (11-12)

hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cercana de nuestro corazón. Claro está que esto no nos obliga a cultivar sus errores. El cariño debe, por el contrario, traducirse en franqueza, en lealtad, en empuje para remover su espíritu. Amar a España no es querer que siga siendo como es sino desear que sea como debe (...). Así se explica que, aunque en libros anteriores he dicho sobre España muchas verdades penosas sin medir los comentarios que iba a provocar (...) declare hoy que me siento parcialmente español y reconozca la necesidad de ser consecuente con los que nos dieron *el espíritu que se prolonga en nosotros* a pesar de todas las modificaciones posteriores. (...) Si renegamos del punto de partida, nos condenamos a construir en el viento. España está presente en nosotros con sus grandezas y sus debilidades. A un siglo de distancia, cuando ya se han borrado los ecos de la lucha, podemos reconocer la verdad ..." (44- 45).

Cabe recordar que, en Argentina, el "retorno a España" (Rubione: 19-40), que contrastaba con el antihispanismo de las elites letradas del siglo XIX, fue contemporáneo de los debates en torno al panamericanismo y la denuncia de la voluntad imperialista de Estados Unidos. En este sentido, la posición de Ugarte frente a España no alcanza a explicarse por las circunstancias referidas por Rubione según las cuales "el giro español de la elite argentina se efectuó por razones intrínsecas a la construcción del Estado nacional, en un marco de inmigración peninsular mayoritario, aunque también en diálogo con la elite intelectual española" (29). No pueden omitirse ni el impacto de la guerra hispano-norteamericana en Cuba, ni la organización de los congresos panamericanos, que tal como veremos, tuvieron gran repercusión en la elite porteña. En este sentido, Terán ha enmarcado la "inversión de la hispanofobia" (Terán, *Historia de las ideas en la Argentina* 164) y su pasaje al hispanismo, en el contexto de la guerra de 1898 y su impacto en la corriente *regeneracionista* española impulsada por Unamuno, de Maetzu y Pío Baroja.

En su capítulo sobre "El retorno a España", Rubione examina las relaciones de distintos miembros de la generación del Centenario con España, como Gálvez y Rojas, distinguiéndolas de la que según él mantenía Ugarte. Mientras los primeros encuentran en el pasado ibérico el cimiento de la "conciencia nacional", en el segundo, según Rubione, predomina una crítica al estancamiento español que toca, "por elevación, a los argentinos" (32). Ahora

bien, resultan inexactos los comentarios del autor²⁴⁷ a ciertas afirmaciones de Ugarte sobre este país en *Visiones de España* y en *Las enfermedades sociales* pues éstas no se agotan en sus juicios acerca del atraso económico y social de la península. Además, la crítica a ciertos aspectos contemporáneos de su organización social habla más de la grilla de interpretación de Ugarte que de una supuesta negación del origen. En efecto, interpreta los fenómenos sociales en base al progreso, por un lado, y al reformismo socialista, por el otro. Ya hemos señalado que, en dichos libros y en el que nos ocupa en este capítulo, se revela un reconocimiento por parte del autor, de las raíces hispánicas del continente y hasta se llega a afirmar un vínculo filial con España. Así, no hay motivos para encontrar contradictoria, como lo hace Rubione, la crítica ugarteana a la falta de progreso español en el presente, y su afirmación de una identidad común a los países hispanoamericanos.

Puede decirse que Ugarte es un buen exponente del hispanismo que definió a muchos discursos de la red transcontinental de intelectuales latinoamericanos en entresiglos, y que fue más allá de visiones nacionalistas conservadoras. Asimismo, favoreciendo alianzas intrageneracionales, fue uno de los pensadores que más activamente estableció vínculos con sus pares españoles, además de haber participado en la vida cultural madrileña en repetidos viajes. En el plano intelectual, al situar en Francia el patrón de medida de la modernidad estético-política, pensaba como equivalente la posición periférica de España y América, lo que implicaba jerarquizar a ésta última, acentuando la búsqueda de una identidad común y la afirmación de autonomía continental. Por otra parte, esta afinidad también se veía reforzada por los debates acerca de la latinidad (por oposición a lo anglo-sajón). Todo esto permite entender la lógica que lleva a Ugarte a afirmar el vínculo histórico con España, un gesto que lo acerca a las perspectivas de Gálvez y Rojas. En cambio, se perfila una diferencia respecto de sus pares en tanto advierte en clave política (antes que estético-ideológica) sobre el peligro norteamericano como peligro expansionista (antes que como peligro materialista, esto es

²⁴⁷ “Lo realmente llamativo –afirma Rubione– es que Manuel Ugarte, muy crítico para con España, pregone la unidad de América Latina. Si bien es por motivos políticos ante la balcanización sobrevinida luego de las guerras por la independencia de España, nuestro continente sudamericano tiene una historia común y una cultura hispanoamericana” (Rubione 32).

espiritual y moral). También se aleja del nacionalismo de Rojas o Gálvez en cuanto inventa un nuevo espacio político-cultural que trascendía el de cada nación latinoamericana. De alguna manera, su posición hispanista no fue acompañada de la tendencia generalmente asumida por el hispanismo en Argentina, que llevó a Terán a afirmar que “En Hispanoamérica, el hispanismo se incorpora en general a las visiones conservadoras y tradicionalistas” (164).

Como es sabido, el antiyanquismo finisecular fue el resultado del impacto de la victoria norteamericana sobre España en Cuba durante la guerra declarada contra la Corona tras la explosión del buque “Maine”. En *El destino de un continente* (1923) Ugarte recuerda que su “convicción sobre el imperialismo” había nacido durante un viaje a Estados Unidos, entre junio y agosto de 1899, fecha en que se dirige a México y luego a Cuba. Norberto Galasso ha señalado que desde allí sigue enviando crónicas a *El Tiempo* de Carlos Vega Belgrano, donde registra sus impresiones sobre Nueva York, Boston, México y Cuba. Denuncia, por ejemplo, la “atmósfera de derrota y de miedo (...) bajo la amenaza del conquistador”.²⁴⁸ Retrospectivamente, incluso, Ugarte afirmó que se había declarado en favor de España durante la guerra, lo que sin duda se explica por el hispanismo reavivado por el discurso latinista europeo que ya hemos analizado.²⁴⁹

Esta posición es clave para comprender la segunda parte de *El porvenir de la América española* (“La integridad territorial y moral”) pues de alguna manera da un giro político al latinismo al distinguir entre “Las dos Américas” en clave de intereses económicos y de soberanías nacionales. En este sentido, uno de los argumentos centrales que Ugarte esboza allí consiste en el pragmatismo como estrategia de política internacional a seguir, por parte de las repúblicas latinoamericanas. En el capítulo que dedica a “La amenaza europea”, por ejemplo, distinguirá entre los intereses comerciales europeos y

²⁴⁸ Ugarte, *El Tiempo*, 16/10/1899 (Galasso, *Manuel Ugarte...* 58). Ver también Galasso, op. cit. 51-60. El autor menciona como antecedente, el debate suscitado en torno a la posición independentista de la delegación argentina en el Congreso panamericano de Nueva York en 1889, y los artículos sobre ésta enviados por Martí a *La Nación*.

²⁴⁹ “Todavía andan por ahí las crónicas que, adolescente ya, escribí a raíz de la guerra de España contra los Estados Unidos. Contra la opinión de unos mal llamados americanistas sostuve que debíamos hacer votos por el triunfo de España –sin cuestionar, por supuesto, el derecho de Cuba a su independencia- como forma de oponernos a la infiltración anglosajona” (citado por Galasso, *Manuel Ugarte...* 46).

los norteamericanos respecto de las repúblicas latinas, desestimando el peligro de los primeros para el continente latinoamericano, debido a que la ausencia de unidad de los países de Europa y sus conflictos internos impedían una ofensiva imperial fuerte. Así, al defenderse cada país del avance de los demás, le resultaba imposible una estrategia colonial sobre el Nuevo Mundo, situación que engendraba, además, un “escudo para nosotros” (165) mientras que “los Estados Unidos forman en cambio una nación aislada que en caso de suplantar a los europeos operaría serenamente, sin ser detenida por nadie” (165).²⁵⁰ Es precisamente este pragmatismo el que sitúa el antiyanquismo de Ugarte en un terreno político, alejándolo del antimaterialismo que regía las tomas de posición contra los Estados Unidos, inspiradas en el *Ariel* que, a su vez, seguía la tradición crítica porteña (Martí en *La Nación*, Groussac, Lucio V. López, Darío, García Merou, Vicente Quesada) como lo ha demostrado con lucidez y precisión Carlos Real de Azúa.²⁵¹

Si en algunos aspectos Ugarte recurre a criterios “espiritualistas” para definir la identidad americana, éstos funcionan como argumentos secundarios respecto del cuadro de situación que expone el autor. Así es como previene sobre los planes del “inmenso imperio que va extendiendo los tentáculos de su industria y apoderándose del estómago universal” (166) y dedica un capítulo a su “Conquista comercial” (167). En este sentido, su percepción se acerca más a problemas que los avatares de la historia del siglo XX vendrán a confirmar, como por ejemplo, el de la dependencia económica de los países periféricos, en la fase de expansión mundial del capitalismo.

Un aspecto de la argumentación que Ugarte despliega en la segunda parte apunta a desenmascarar y desarticular el discurso *panamericanista* al que muchos intelectuales adscribían. Aunque las posiciones antiyanquis en los congresos panamericanos tenían una tradición oficial en Argentina, o al menos había sido asumido por miembros de la elite dirigente, como Groussac y Quesada, no existían propuestas de alianzas regionales, ni una insistencia tan

²⁵⁰ Va aun más lejos en el pragmatismo cuando sostiene la necesidad de que la diplomacia latinoamericana “utili[ce] la circunstancia de la rivalidad japonesa con la América del Norte” acercándose a Japón (196). La advertencia respecto de la estrategia económica norteamericana no implicaba que Ugarte desconociera las formas de dependencia económica desplegadas por los capitales ingleses, como lo prueba su observación acerca de que la establecida influencia comercial británica en Sudamérica le permitía prescindir de innovaciones estratégicas.

²⁵¹ “*Ariel*, libro porteño”. *La Nación*, 18 y 25 de julio de 1971.

sostenida en la autonomía de las repúblicas hispanoamericanas respecto de los intereses extranjeros como la que leemos en la segunda parte de *El porvenir de la América española*. Antes de examinar el antiyanquismo legible en este libro, resulta necesario establecer vínculos con las reflexiones previas de Ugarte sobre esta cuestión, desarrolladas en dos tempranas crónicas sobre el tema, publicadas en 1901, en *El País* del ex-presidente Carlos Pellegrini. Estas serán leídas, si no como respuestas a las posiciones de Rodó, al menos como gestos que buscaban introducir otros aspectos de la confrontación con Estados Unidos, ausentes en *Ariel*.

Cuando publicó “El peligro yanqui” (*El País*, 19/10/1901)²⁵² Ugarte buscaba alertar sobre la voluntad invasora del país del Norte esgrimiendo argumentos concretos para refutar a quienes, por “optimismo” propio de su “carácter latino”, no se adelantaban a considerar una posible rivalidad entre “la América anglosajona y la latina”. En primer lugar, la expansión capitalista de Norteamérica era presentada como inherente al desarrollo de sus fuerzas productivas. La caracterización del problema se hace definiendo las “conquistas modernas” en clave economicista inspiradas en *El Capital*, o al menos según el modo de “rumor intelectual” (Bourdieu, *Intelectuales...*201) en que circulaba el estudio de Marx: “Toda usurpación material - explica Ugarte- viene precedida y preparada por un largo período de infiltración o hegemonía industrial capitalista o de costumbres que roe la armadura nacional, al propio tiempo que aumenta el prestigio del futuro invasor”. Ugarte lo describe apoyándose en referencias a artículos sobre el tema publicados en la prensa europea y argentina sobre conflictos regionales fomentados por Estados Unidos (Venezuela y Colombia; Chile y Perú) o citando expresiones

²⁵² Aún esta designación, que hoy está ampliamente anclada en el léxico latinoamericanista, fue probablemente importada del término que resurgió en Francia a fines del siglo XIX (este uso se registra en Ugarte y también en algunas crónicas enviadas por Darío a *La Nación* desde París (Barcia, *Escritos dispersos de R. Darío* t2: 121-135, 190). En efecto, Philippe Roger (214-225) mostró el sustantivo “Yankee”, si bien había aparecido en la primera mitad del siglo XIX como término peyorativo entre los viajeros ingleses a los EEUU y durante la guerra de Secesión también lo usaron los Sudistas para designar peyorativamente a los Nordistas, no circulaba en el habla inglesa a fines del siglo XIX. El término fue reapropiado y difundido en Francia, como lo prueba su circulación en el discurso de distintos escritores (Octave Noël, *Le péril américain*, 1899; Gustave Le Rouge, *La conspiration des milliardaires*, -1899).

espontáneas en que podía evidenciarse la intención hegemónica, leídas en periódicos estadounidenses. En este sentido, la crónica busca difundir los análisis de la prensa francesa en torno a los *trusts* que son leídos como un emblema de esa lógica de expansión. Un último argumento presente en esta crónica de 1901 dirigida en primer lugar a los lectores de *El País* de Buenos Aires, da cuenta del temprano conocimiento que tenía Ugarte de los debates en el interior de la Segunda Internacional socialista y sobre todo, permite constatar su intento de articularlos desde la perspectiva de los procesos locales. En efecto, amparándose en el discurso de la *latinidad*, Ugarte llama la atención sobre la necesidad de que los socialistas, referidos elusivamente como “aquellos espíritus elevados que no atribuyen gran importancia a las fronteras y sueñan una completa reconciliación de los hombres”, tiendan a “combatir en la América latina, la influencia creciente de la sajona”, ante lo cual pone en cuestión el *internacionalismo proletario* de la doctrina socialista amparándose abruptamente en que “Karl Marx ha proclamado la confusión de los países y las razas, pero no el sometimiento de unas a otras. Además, asistir a la suplantación con indiferencia sería retrogradar en nuestra lenta marcha hacia la progresiva emancipación del hombre”. En otros términos, es con los mismos principios de igualdad socialistas fundados en la lucha contra la opresión de los hombres (propia del “estado actual que combatimos”, dice Ugarte), como responde a la indiferencia *internacionalista* ante conflictos entre las naciones. *El porvenir...* revela una proximidad de tópicos y perspectivas con los de la crónica publicada una década antes, de modo que puede entenderse dicho libro como desarrollo y reafirmación de ideas previamente volcadas en escritos dispersos y menos sistemáticos.

El artículo ilustra bien, además, nuestra hipótesis relativa a la significación específica que adquieren el discurso europeo en torno a la *latinidad* y el antiyanquismo en el contexto hispanoamericano. A la vez, permite medir la particularidad del discurso ugarteano respecto de otros modos del antiamericanismo, como el de Rodó. En este sentido, dado que ningún suceso trascendente había tenido lugar en el momento en que Ugarte envió las dos crónicas al *País* de Buenos Aires, puede conjeturarse que éstas pudieron estar motivadas por la incipiente repercusión del libro de Rodó en los círculos españoles y latinoamericanos, aunque debe decirse que la preocupación por

los Estados Unidos existía previamente en Ugarte (recordemos sus artículos para *El Tiempo* y la “Carta de un cubano” en *Crónicas del bulevar*). Gracias al pormenorizado rastreo de la recepción del libro hecho por Real de Azúa, sabemos que *Ariel* comenzaba apenas a circular entre varios intelectuales españoles y latinoamericanos, porque Rodó se había empeñado en enviar ejemplares con dedicatoria a muchos escritores;²⁵³ que todavía en 1904 muy pocos lo habían leído pero que su evocación despertaba curiosidad (Real de Azúa, “Prólogo”, nota 19); y que su difusión a gran escala vendría recién en 1908, con la edición de Sempere. En cuanto a Ugarte, hasta 1904, sólo pudo conocerlo por “rumor intelectual”: había recibido un ejemplar de *Ariel* en abril de ese año, fecha en que se lo había enviado el propio Rodó (AGN, *Epistolario*, 13-14), a pedido suyo. En 1901, entonces, es probable que Ugarte hubiera leído, al menos, la crítica del libro publicada por Unamuno en enero de ese año en *La lectura* de Madrid. Si se tienen en cuenta estas circunstancias, el contraste de ciertos aspectos de ambos discursos resulta significativo.

En efecto, si bien en el ensayo y la crónica de cada uno de ellos opera la misma matriz latinista para pensar la identidad americana, y aun para distinguirla simbólicamente de Estados Unidos, son distintos, por un lado, ciertos aspectos de la caracterización de la sociedad norteamericana, como la del modelo capitalista en expansión, y la consiguiente tendencia imperialista de su política exterior; por otro lado, son divergentes los efectos políticos de sus discursos. En este sentido, el llamado a pensar en términos prácticos, que puede leerse en la crónica, se opone a las abstractas proclamas de Próspero en *Ariel*, sobre las que volveremos en detalle en el próximo capítulo.²⁵⁴

Un mes después de la crónica mencionada, en el mismo diario, Ugarte continúa en “La defensa latina” (*El País*, 9 de noviembre de 1901; fechado en

²⁵³ Cf. el ya mencionado prólogo de Real de Azúa a *Ariel*, ed. Ayacucho. En España lo reciben y comentan, Juan Valera, Leopoldo Alas, Rafael Altamira y Miguel de Unamuno, Salvador Canals y Rodríguez Serra (nótese que con la mayoría de ellos Ugarte mantenía una relación personal o epistolar, por lo que seguramente le habían hablado del libro); entre los latinoamericanos, César Zumeta, Alfonso Reyes, Max Henríquez Ureña, Pérez Petit, entre otros.

²⁵⁴ Teniendo en cuenta, como ya dijimos, que ningún acontecimiento pudo motivar la publicación de Ugarte, y que sus crónicas de 1901 versaban sobre temas variados, no estrictamente políticos, y las inmediatamente anteriores enviadas a *El País* habían abordado temas culturales, puede arriesgarse la hipótesis, que desarrollaremos en el próximo capítulo, según la cual la ausencia de toda referencia a Rodó es sintomática y puede leerse como omisión significativa.

París, el 5 de octubre), sus reflexiones en torno al “peligro yanqui”. Para ello se centrará en los “medios para contrarrestar la influencia invasora de la América inglesa”, insistiendo en que adoptará exclusivamente “el punto de vista latinoamericano” buscando “abarcarse el conjunto”. Como ya señalamos, el prefijo asociado al adjetivo revela, por la presencia del guión, que se trata de un préstamo del francés y permite además comprobar el uso aun no completamente asimilado del término. La importación del debate francés queda confirmada inclusive en el artículo femenino “la” que encabeza el sintagma “América latina”, a lo largo de la crónica. Pero sobre todo, el uso de la minúscula en dicho epíteto,²⁵⁵ empleado para calificar distintivamente a *las dos Américas*, es revelador del carácter aun no fijado o cristalizado de este nuevo modo de nombrar la porción del Continente ubicada después de la frontera sur de Norteamérica. Así, puede decirse que la apelación no se ha constituido aún como sintagma y pone de relieve, sobre todo, su vinculación con el discurso de la latinidad al que nos hemos referido antes, así como la innovación en el uso. Esto persistiría en la edición de 1911 de *El porvenir de la América latina*.

Al igual que la primera, esta crónica de 1901 desarrolla temas que aparecerán casi literalmente en el libro de 1911. En las dos primeras ya está presente, en efecto, la división en áreas culturales en el interior del subcontinente (que incluye a Brasil) y la idea de una identidad común en el origen, en la historia y en lo *moral*, más allá de las diferencias en el desarrollo económico. Como en el ensayo de 1911, esto sirve de base para fundamentar la necesidad de coordinación entre estos países según el argumento del carácter convencional de las divisiones políticas. Finalmente, también encontramos en la crónica sobre “La defensa latina” el argumento de un estado provisorio de la formación política y social de los países “latino-americanos” y de la necesidad de cambios graduales, que empezarían por un acercamiento progresivo a través de una mayor comunicación entre dichos países, lo que “en el futuro daría lugar a un ‘organismo definitivo’” y permitiría “pensar en lazos más sólidos”.

²⁵⁵ La minúscula en el sintagma en cuestión está presente la versión original de la crónica, que leímos en *El País*; en la edición de Ayacucho, realizada por Norberto Galasso (Ugarte, *La Nación latinoamericana* 3-9), fue sustituida la minúscula por la mayúscula en el adjetivo “Latina”, probablemente con la intención de adaptar el texto al presente, lo que resaltaría su contemporaneidad.

Como decíamos antes, es en esta cuestión que se diferencia del espiritualismo rodoniano, en la medida en que Ugarte construye sus reflexiones en base a lo que él mismo llama un “terreno práctico de acción razonada que trataremos de delimitar” (Ugarte, “La defensa...”). Ese “terreno práctico” supone la misma estrategia pragmática de diplomacia que señalamos en el ensayo escrito durante 1910, cuando piensa en el amparo que podía implicar el contrapeso de Europa como recurso “secundario” de defensa latina frente al avance norteamericano: “los Estados Unidos se encontrarían naturalmente detenidos por las naciones europeas que tratarán de defender las posiciones adquiridas”. Casi literalmente, está prefigurada la idea desarrollada casi una década después, según la cual el peligro de invasión europea quedaría “neutralizado por los europeos mismos, cuyas ambiciones se contrarrestan”.

La crónica pone en evidencia, por último, el modo en que gravita el modelo de acción política del socialismo fundado en la propaganda,²⁵⁶ que Ugarte señala como el medio para alcanzar la “fraternidad entre las naciones”. La “propaganda cada vez más decidida y eficaz de todos los ciudadanos, industriales, cónsules etc.” se expresa en propuestas precisas de giras, conferencias, circulación continental de periódicos, respondiendo a los modos del intercambio intelectual cuya guía Ugarte encuentra en las iniciativas de los intelectuales:

Se dirá, quizá, que tales suposiciones sólo son sueños de poeta. Pero es necesario recordar que las pocas relaciones de alma que existen hoy entre las diferentes repúblicas de la América latina, han sido establecidas por escritores que han simpatizado y se han escrito sin conocerse personalmente. Algunas revistas de la gente joven fueron en estos últimos tiempos el hogar fraternal donde se reunieron nombres de diferentes países. Se podría decir que los artistas han hecho hoy por la unión un poco más que las autoridades y ellos les corresponde seguir agitando sobre las fronteras la oliva de la paz. Sobre todo en el caso presente, porque del buen acuerdo entre todas las repúblicas, depende la salvación o la pérdida de los latinos del Nuevo Mundo.

²⁵⁶ El término pertenecía al lenguaje político y en estaba omnipresente en la retórica socialista. Al respecto, puede verse la historización de su uso que consigna el *Dictionnaire historique de la langue française* (ed. Robert): nacido en el ámbito del discurso eclesiástico en el siglo XVII, se registra su aparición en el lenguaje político durante la Revolución francesa. De allí es que pudo recuperarlo la tradición republicana y las corrientes socialistas.

En *El porvenir de la América Española*, cada vez que Ugarte se refiere a los peligros de invasión norteamericana, aparece con insistencia y formulada confusamente, la idea de que esta voluntad de expansión constituye una “paradoja imperialista” (114; 124; 320) De alguna manera, el hecho de atribuir al avance imperialista un carácter paradójico, partía de un supuesto según el cual el avance de grupos humanos, organizados en naciones, sobre territorios ajenos, había sido una constante casi natural de sus movimientos territoriales, la que a su vez se explicaba por el principio del progreso continuo, que Ugarte celebraba sin reparos. De este modo, Ugarte intenta refutar la idea según la cual la naturaleza indefectiblemente evolutiva del desarrollo social, llevaba a que los pueblos con mayor capacidad –casi esencial- de progreso invadieran territorios ocupados por poblaciones más “débiles”, con menor grado de organización económica, social o urbana. Al no descreer del todo de esta lógica del progreso continuo, revestida incluso de la retórica darwiniana donde las poblaciones pasaban a ser organismos o especies, no quedaba a Ugarte más que atribuirle un carácter complejo y designarla como paradójica cuando ésta era aplicada a procesos económicos y políticos. En otras palabras, si resultaba paradójico el avance imperialista, era porque si bien en apariencia podía presentarse como natural e inevitable, Ugarte advertía que en su base, no lo era, sin ahondar en argumentaciones y limitándose a plantearlo en términos dialécticos. Esto explica, asimismo, la elección de sus argumentos pues éstos no se quedan en la denuncia de los intereses comerciales, propios de la lógica expansiva del capitalismo; por el contrario, el autor cree encontrar causas más *esenciales* en modelos etnográficos, al demostrar la heterogeneidad cultural entre lo sajón y lo latino que volvía incompatible toda mezcla. La solución que encuentra Ugarte es tributaria de la enunciada por Martí en “Nuestra América” y consiste en oponer un freno continental a la infiltración progresiva, mediante la unificación –justificada por *naturaleza*- de los intereses entre países vecinos.

La politización del discurso americanista en el caso de Ugarte, que instauraba un programa antes que bregar por la afirmación de valores espiritualistas, tendrá su aspecto más radical en su posición sobre la primera guerra mundial. En 1917, invitado a México, hablará en medios locales a favor de una toma de partido germanófila de América Latina durante la Gran Guerra,

argumentando en contra de un apoyo a los Aliados “para salvarnos del imperialismo norteamericano”. No sólo eso, sino que justifica esa medida estratégica con el argumento de que su victoria podía contribuir a la consolidación del liderazgo estadounidense en el plano internacional.²⁵⁷

Las reformas sociales, clave del porvenir

¿Cuáles fueron las otras implicancias políticas del optimismo casi ontológico con que Ugarte caracteriza el proceso histórico hispanoamericano? En la tercera parte de *El porvenir de la América española*, dedicada a la “organización interior”, Ugarte abordará cuestiones más políticas, en el sentido en que resultan más reivindicativas, en algunos casos, y en otros se proponen como estrategias de organización de la cosa pública. Así, diagnostica problemas para cada una de las instituciones a las que dedica un capítulo distinto. En cada caso, se enumeran soluciones coherentes con los lineamientos de los congresos del socialismo de la segunda Internacional: oscilan, como veremos, entre la retórica mecanicista del porvenir y propuestas más concretas de reformismo social en las que están presentes las tácticas votadas en los últimos congresos socialistas, como la reivindicación de la jornada de ocho horas, el rol regulador del Estado entre capital y trabajo o la gradual implementación de reformas económicas como, por ejemplo, el impuesto progresivo a las clases pudientes. Pero Ugarte enmarca dichas propuestas en una afirmación de la especificidad del proceso americano, en verdad sudamericano, cuyas líneas ya venía trazando a lo largo del estudio.

Esta vez, contra el europeísmo de las elites locales, explicitará un discurso americanista no tanto espiritualista sino de organización política y cultural. Una de las particularidades de este nacionalismo continental está dada por la postulación de que el ensanchamiento de las fronteras formaba parte de la orientación inscripta en un progreso iniciado en lo económico y que aún no había concluido: “A medida que el progreso remueve las costumbres, la

²⁵⁷ Ver sus declaraciones en contra de los Aliados sostenidas en *El Excelsior* y *El Universal* de México (mayo de 1917) y en periódicos peruanos y chilenos durante su viaje a esos tres países, entre febrero y julio de 1917 (Ugarte, *La nación...* 149-150). Declara que debe apoyarse a Alemania en la guerra y “sus prolongaciones continentales” y que “sean cuales fueren las simpatías ideológicas que tengamos por la admirable Francia de la literatura y la filosofía, no podemos caer en la ingenuidad de hacer política internacional de Ateneo. Son graves los momentos...” (AGN Leg. 2240).

visión de las cosas se metamorfosea y empezamos a salir del villorio para vivir en el Continente” (217). Como puede verse, sostiene la necesidad de una mirada más amplia, estableciendo lo que ya había desarrollado en 1906, tanto en *Enfermedades sociales* como en el estudio preliminar a su *Antología de la joven literatura hispanoamericana*, esto es la transitada idea comtiana según la cual si el progreso material ya era un hecho en América, había llegado la hora de darle forma definitiva a través de una complejización de sus instituciones sociales y culturales.

Ahora bien, en su propuesta de ampliar la “visión”, por oposición a la “imposibilidad de abarcar hasta el límite” que lleva a que “nos refugi[e]mos en minuciosidades de terruño” (218), puede leerse una intervención cultural destinada a dar al “Continente” una entidad simbólica, desarrollando representaciones de ese espacio basadas en su novedad. Además, se trata de una operación en la que los intelectuales cumplían una función específica: construir una mirada abarcadora y producir así conocimiento en torno a un mundo que en aquel momento no era representado como unidad. Por eso señala la carencia de un imaginario continental cuando se pregunta:

¿Abundan los hispanoamericanos que pueden erguirse y dominar mentalmente el territorio como un francés cierra los ojos y se siente en contacto con toda Francia? ¿Existe dentro de cada uno la noción o el esbozo general de lo que podemos alcanzar colectivamente? [...] Cuando, después de las primeras negaciones empezamos a experimentar la sed de construir, el primer obstáculo que nos detiene es la falta de conocimiento de nosotros mismos. ¿Cómo remover y modificar un mundo cuya suprema esencia ignoramos? ¿Cómo asignar forma y límites a una masa que no alcanzamos a definir? (217)

Aquello también explica que postule, como en otras ocasiones, un programa que apuesta a transformar los fundamentos simbólicos con que se pensaban las identidades nacionales. En un primer momento, vuelve entonces a señalar en clave evolutiva el carácter inconcluso de las sociedades sudamericanas, que las situaba en una posición de desfase respecto de las “grandes naciones” (218) en tanto “todavía no [eran] pueblos productores de vida” pues les faltaba “el ansia de crear, que es la distintiva de los pueblos hechos” (218). Luego, si bien la creencia en el progreso lo llevaba a confiar en que eso llegaría, también entiende la necesidad de una intervención activa en

dicho proceso, mediante el desarrollo de un conocimiento respecto de los procesos locales. “La cultura de Hispano América es, desde luego, dirá Ugarte, incalculablemente más alta de lo que la opinión supone (...), se trata de un conjunto prodigiosamente apto para el progreso intensivo, que es la característica de hoy” (218). De alguna manera, debe aprovecharse el progreso alcanzado, para profundizarlo y orientarlo hacia la construcción de un espacio americano ampliado. Dicha construcción no era meramente geopolítica sino cultural, simbólica.

Es esta función dada a la constitución simbólica en torno a lo local (pensado además en términos transnacionales), que puede evaluarse cierta lucidez de Ugarte respecto de otros presupuestos contemporáneos de la sociología hispanoamericana de la época, como el nacionalismo o el eurocentrismo. Así se entiende que su referencia a un desarrollo inacabado de la “civilización que comienza a definirse” (202) lo lleve, en las páginas siguientes, a prever posibles interpretaciones en términos de inferioridad y entonces, a refutar ese discurso. Para ello, se valdrá del tópico leboniano de la decadencia de las naciones latinas en el presente y una vez más, haciendo de necesidad virtud, convertirá al suelo americano en el espacio más propicio, merced a su juventud, para que se instaure un orden cuya resonancia comitiana puede verse en el rol de la “suprema ciencia” como rectora del régimen ideal:

¿Si esto implica una jerarquía? A nuestro juicio marca una diferenciación, sin probar una inferioridad. Acaso resulte esa *frescura* la mejor de las habilidades, porque *el ideal sería absorber la suprema ciencia*, evitando el cansancio y el refinamiento de las razas que traen sobre sus hombros desde la fuente de los siglos, no se sabe si como una fatalidad o como un trofeo, el fardo oscuro de la civilización.

En todo caso, somos *diferentes* y esto es lo que han de tener en cuenta los improvisadores que creen sentar plaza de hombres nuevos transportando al terruño cuanto florece o triunfo en Europa. Pidamos a todas las civilizaciones lo que puede concordar con nuestras características geográficas, étnicas y sociales, pero no nos obstinemos en ir contra la lógica, imponiendo por imitación lo que debe nacer espontáneamente (219).

Así, la América española podía constituirse en una suerte de atajo para acceder al progreso. Y precisamente, el rol de los intelectuales parece surgir

allí donde se prescriben medidas no imitativas, no meramente reproductoras. El *espesor moral* con que se pensaban los procesos que se daban más allá de las determinaciones económicas, llevaba a que se confiriera a determinados sujetos una misión particular que, como dijimos, se esboza aquí en términos de programa destinado a la producción de un conocimiento de las especificidades locales. Si bien dicho programa era ambicioso y excedía el marco de un sólo libro, Ugarte no renunciaba a trazar sus objetivos más generales:

[...] Saber lo que son y lo que valen las veinte repúblicas, delimitar las esperanzas que ese conjunto inspira y definir el espíritu de las reformas que se imponen para dar a la raza nueva el sentimiento de su responsabilidad, la medida de sus ambiciones y el campo de sus posibilidades, sería obra superior al cuadro que nos hemos trazado al comenzar. Por eso debemos limitarnos a cuatro líneas. A medida que se desarrolle el sentimiento de solidaridad y se despierten las curiosidades y las inquietudes que imponen el pasado, el presente y el porvenir, irán surgiendo los sociólogos que deben analizar los orígenes, las realidades y los prolongamientos del grupo enorme y confuso del que formamos parte. Estas páginas sólo contienen un sumario cuya vaguedad será remediada quizá después por los que estudien fragmentariamente nuestro proceso social (218)

También puede leerse, tal como hemos señalado anteriormente, una advertencia contra soluciones nacionalistas como las de sus pares y amigos Manuel Gálvez (*El diario de Gabriel Quiroga*, 1910) y Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*, 1909), aunque en este último caso se tratara de un nacionalismo laico y democrático. Por un lado, esto aparece en el modo en que la argumentación de Ugarte recurre insistentemente al señalamiento de errores y atrasos, contra la “propia suficiencia” que según él cunde en Hispanoamérica. Esto lo lleva a transcribir y comentar, por ejemplo, un extenso párrafo escrito por un observador norteamericano sobre la carencia de garantías ciudadanas en las repúblicas latinoamericanas. El párrafo le sirve para afirmar valores de doctrina política coherentes con la concepción moderna del Partido que sostenía el socialismo argentino: la necesidad de abandonar las “supervivencias del caudillaje” (228) que fomentaban revoluciones de “tiranuelos absurdos” (230); la denuncia de “los gobernantes de una casta inamovible [...]” cuya “tradición hosca y conservatismo ciego nos

hacen olvidar que el lema de la República, libertad, igualdad, fraternidad, contiene el programa de los partidos más avanzados” (226).

Por otro lado, Ugarte reabsorbe el sentido común en torno al *patriotismo* al cuestionar los “patriotismos locales” y proponer su reorientación hacia otro de tipo “continental” (229). Así, fundará su modelo de la unión entre naciones en la necesidad de hacer frente a las “amenazas del imperialismo” (229) ante el que cada república se hallaba, según él, indefensa. Las adhesiones a su proyecto vendrán de intelectuales de diversos países latinoamericanos antes que de sus pares argentinos, como puede evaluarse en la repercusión de su libro que se registra en las cartas recibidas y en las reseñas del mismo. Además, estas reflexiones estarán en el origen de su alejamiento del Partido Socialista argentino en 1914.

Otra de las bases sobre las que Ugarte imaginaba la edificación de las sociedades del porvenir, y que aparecen en el párrafo citado, atañe a la implementación de reformas sociales destinadas a dar homogeneidad al desarrollo irregular entre los países del subcontinente. Así, a una “época de transición” (296) podían corresponder formas intermedias de organización económica. Promueve entonces la intervención del Estado en el aporte de capitales, frente al diagnóstico de una situación precapitalista. En este sentido, ya en el prefacio había recurrido el tópico de la necesidad evolutiva al describir “el estado social de la América española [como] contradictorio: quedan resabios de lo que murió y palpitan fragmentos de lo que vendrá” (XXIII).

La fundamentación de esta propuesta merece una atención particular pues revela el intento de articular temas surgidos en los debates del socialismo europeo, con problemas específicos del continente. Es así como Ugarte se refiere a una tensión que define como específica de *la América latina*, entre el “problema social” o la “cuestión obrera” y el “problema nacional” o “de simple civilización”. La primera es pensada de un modo universal, como inherente a las condiciones sociales derivadas del mundo capitalista (ante el cual había que buscar soluciones en la intervención del Estado y la implementación de las garantías sociales y laborales). La segunda, en cambio, aparecía en la ausencia de progreso propia de las zonas rurales (por oposición a los puertos y centros urbanos) y redundaba no sólo en un “estancamiento” sino en que la “civilización rudimentaria” de las poblaciones indígenas

propiciaban el establecimiento de latifundios al “garantiza[r] la impunidad de los traficantes y plantadores” (298).

Mientras que para las ciudades, Ugarte evaluaba, fiel a la línea de pensamiento socialista, el modo en que los “choques” (298) con los intereses de la burguesía podían ser resueltos por los obreros “porque nadie conoce mejor que ellos sus aspiraciones”, ofreciendo un enfoque no miserabilista de los sectores populares urbanos, dicho enfoque no se mantenía cuando se trataba de las poblaciones rurales cuya caracterización Ugarte asocia con los indios. En efecto, dado que los grandes territorios acumulados conferían a los propietarios de la tierra “cierta autoridad secreta que se sobrepone a los agentes de la República”, se convertían en un “obstáculo para la libertad” y eran contrarios al progreso en la medida en que la concentración no favorecía un grado mayor de civilización. Por el contrario, la forma de “difundir la civilización” podía estar dada por el “fraccionamiento de la tierra, que multiplica los intereses y crea una atmósfera saludable de responsabilidad”. Ugarte afirma que en este caso “el cambio debe venir desde arriba porque se trata de hombres de mentalidad precaria que son momentáneamente incapaces de concebir un estado mejor” (298). De este modo, se podrá “impedir los desmanes de los patrones y [...] educar a esas muchedumbres”. Ahora bien, Ugarte es consciente de la heterogeneidad ideológica de la propuesta, esto es el obrerismo en la lucha de las ciudades y el individualismo de cuño liberal en el desarrollo de la pequeña propiedad, pensado para el campo, no sólo porque distingue explícitamente entre dos soluciones para los tipos de problemas delimitados (el “social” y el “nacional”), sino porque imagina la posibilidad de vasos comunicantes entre ambas cuestiones. Si el programa respondía a las soluciones del socialismo local respecto de la “cuestión agraria” analizadas por Horacio Tarcus, desde Avé-Lallemant hasta Justo, resultaban más disonantes, por un lado, la insistencia en que debía tomarse en cuenta “el progreso de la Nación” (como algo ajeno a la mera lucha de clases).²⁵⁸ Por otro lado, la autoconciencia que mencionamos respecto de la heterogeneidad ideológica de

²⁵⁸ Dicha heterogeneidad aparece expresada con la figura de una paradoja: “Una nación se fortalece en proporción del bienestar que acuerda a sus clases laboriosas; pero éstas sólo consiguen ese bienestar a condición de contribuir al progreso de la nación en que actúan. En esta reciprocidad habrá que buscar mañana las inspiraciones de una política serena que atenúe los roces y facilite la realización progresiva de los ensueños de hoy” (299).

la propuesta queda cifrada en la fórmula con la que Ugarte explica su propuesta afirmando que “Tarde y Bakounine se completan” (298).

Puede verse que por un lado, se atenuaba la confianza en que el simple progreso constituía un fenómeno que podía llevar objetivamente a la superación de los conflictos entre clases, al incorporarse variables ligadas a la identificación de los intereses de la clase dominante, como por ejemplo, la caracterización que hace Ugarte de los latifundios. Sin embargo, por otro lado, tal como sucedía con las corrientes positivistas del socialismo como la de Loria, el fundamento último del progreso no aparecía puesto en crisis (y que en el texto es señalado en términos de “civilización”). En el libro que nos ocupa, esto puede verse en la idea según la cual la supuesta “precariedad” de las poblaciones indígenas constituía un problema decisivo y permitía explicar aspectos específicos de los procesos de los países latinoamericanos. De este modo, la existencia de “territorios con su idiosincrasia primitiva” constituía una traba para el progreso. Significativamente, esta delimitación de lo que designa como “problema nuestro, que no se confunde con el de otros países” lo lleva además a insistir en la necesidad de eludir análisis que quedaran “esclavo[s] de fórmulas importadas” (297). Es decir que cuando en el análisis surgían problemas como la falta de desarrollo económico, sin dejar de esgrimir argumentos inscriptos en la lógica del progreso continuo, Ugarte proponía una suerte de mirada periférica, y dislocada, que debía orientarse hacia la búsqueda de soluciones que consideraran primeramente las variables locales. Al mismo tiempo, era un modo de resolver el remanido dilema entre la adhesión a la doctrina socialista y la dificultad de encontrar condiciones sociales, culturales y económicas equivalentes a las de las sociedades capitalistas de los países centrales.

Gran parte de la argumentación en torno a las reformas sociales incluye un alegato en favor del intervencionismo del Estado, estrategia que, se pensaba, era capaz de regular el trabajo evitando la explotación. Encontramos inequívocos tramos doctrinarios como aquel que señala que “el obrero, el agricultor o el empleado que manipula, cultiva o pone en juego los resortes de una empresa, no ignora que es un músculo pensante, que contribuye a mantener la prosperidad y a determinar los beneficios. La retribución de lo que recibe no equivale al valor de lo que da...” (292).

La legitimidad atribuida a la propiedad estatal también es un aspecto a través del cual puede verse el gesto antioligárquico de la argumentación ugarteana, en cuya mira figura siempre la tendencia a guiar las fuerzas económicas en los caudales *naturales* del progreso social. Así, en largos tramos apunta a la regulación de las ganancias de la tierra haciendo una minuciosa distinción entre tres “factores correlativos de la producción agrícola: tierra, capitales y abono, trabajo del que la cultiva” insistiendo en el legítimo beneficio del Estado, en virtud de la especial calidad local de la tierra (argumento que puede dejarnos perplejos por su actualidad) y de sus inversiones en la construcción de ferrocarriles y caminos: “También es indiscutible que los campos tienen entre nosotros una capacidad para aumentar su valor, que excede cualquier interés legítimo de los capitales y los gastos” (295).

Sin embargo, aunque Ugarte llegue a denunciar la explotación de la clase dominante recurriendo al tópico de la injusta inequidad social, no termina adoptando una perspectiva exclusivamente clasista. En efecto, los argumentos desplegados tienden a dar fundamentos acerca del modo en que los “ricos” podrían beneficiarse si otorgaran “bienestar a las clases laboriosas” (292). Señalando la “reciprocidad” de las acciones de cada clase, sostenía que el beneficio de las “clases acaudaladas” residía en que el bienestar obrero redundaba en el fortalecimiento de una nación. Estas serían retribuidas “en empuje y en adelanto porque el bienestar multiplica el vigor de un grupo, por lo que el entrelazamiento de los intereses de todos es la fuente más pura de la energía nacional” (294). De alguna manera, en este pragmatismo argumentativo así como en la defensa de los intereses del Estado como *buen burgués*, se reconoce parte del programa del socialismo reformista de comienzos del siglo XX. Con claro esfuerzo localista, además, su discurso se entronca de un modo peculiar en una retórica nacionalista no patriótica, anclada en la tradición política moderna que se había configurado en la Revolución Francesa. Así es como sostiene por ejemplo que:

En nuestras épocas complicadas y oscilantes entre dos concepciones, hay que encontrar formas mixtas que traduzcan el equilibrio y la verdad del momento.

[...] ¿Por qué no hemos de intentar restablecer las equivalencias, haciendo que lo que retienen algunos especuladores sirva para

alimentar en forma de monopolio y por intermedio del Estado las necesidades comunes? (294)

La iniciativa individual es indispensable en las etapas penosas que preceden al desarrollo definitivo. Sin embargo, ante industrias que, como la del Seguro, absorben desde el extranjero una parte fabulosa de nuestra riqueza, no es posible dejar de desear que, si faltan dentro del país los hombres o los capitales necesarios para asegurar ese servicio, asuma el Estado la responsabilidad de hacerlo, para liberrar a todos del tributo que están pagando dócilmente. Esto no importa un absolutismo de doctrina. *El proteccionismo y el libre cambio no son quizá para nosotros más que abstracciones de biblioteca. Lo que se aplica a nuestro carácter es el sistema mixto y racional que fluye de la época de transición por que atravesamos aún* (295 –subrayado nuestro).

Si en las reformas sociales que enumeraba con tono programático, Ugarte esgrimía ideas innovadoras, al examinar instituciones como la educativa, la judicial, la eclesiástica o la familiar, su discurso se acercaba más bien a un republicanismo liberal cuyo sesgo más novedoso residía en que era acompañada sin vacilaciones de la afirmación del principio democrático. Ahora bien, la perspectiva adoptada respecto de dichas instituciones giraba también en torno a la táctica del “escalonamiento de reformas” para cada una de ellas. Asimismo, reaparece, aunque más matizada, la retórica higienista empleada para señalar problemas de organización institucional, culturales o “de costumbres”. Estos son caracterizados, además, mediante un repertorio poco doctrinario, propios del psicologismo leboniano, que aparece incluso mencionado. Llega hasta desandar el empeño que había puesto en *Las enfermedades sociales* para definir los “vicios” como universales, cuando afirma que si bien esto era así, no podía dejar de constatarse que estas tierras los llevaban al paroxismo (“El matonismo es una enfermedad universal. Sin embargo, nada reviste entre nosotros un gesto más inconfundible que esa desviación del instinto. No nos ha bastado modificar al personaje, lo hemos rehecho completamente” -306).

La base de principios republicanos que se desprende de los cinco capítulos sobre distintas instituciones sociales,²⁵⁹ puede verse en aquél

²⁵⁹ Eso fue sin duda lo que motivó a Jorge Abelardo Ramos a suprimir los cinco capítulos de la Tercera parte, cuando reeditó el libro en 1953, a dos años de la muerte del autor. Los capítulos estaban dedicados, respectivamente, a “La educación”, “La noción de bien público”, la justicia”,

dedicado a “La noción de bien público” del que Ugarte diagnostica su inexistencia. Así, propone el restablecimiento de la “noción indispensable de los derechos de la colectividad” (260) a través de “un escalonamiento de reformas en la Constitución y en las costumbres” (263). Para “devolver al Estado la respetabilidad perdida en tantos años de avidez y desorden” (262), no duda en tomar como modelos a “los países más civilizados”, ante el diagnóstico de una “enfermedad que nos lleva a no tener en muchas situaciones más criterio de justicia que el bien personal” (260). La tensión está de alguna manera exhibida en el hecho de que mientras sostiene la carencia de este principio del bien público, concebido como un conjunto de valores más complejos que la mera propiedad individual, se ve obligado a explicitar con una sintaxis hecha de proposiciones adversativas, su confianza en la “eficacia creadora y las cualidades morales del grupo” nacional. El republicanismo doctrinario por un lado, y las soluciones higienistas, por el otro, se retoman en el capítulo dedicado a la Justicia, también organizado a partir de la formulación de propuestas de reforma. En este caso, apuntan a solucionar la dependencia del Poder Judicial y lo que designa como estancamiento enfermizo: “supresión de las diferentes categorías de parásitos que obstruyen [el] acceso a la ley”; “depurar un organismo que hoy parece perseguir lo contrario de lo que indica su definición”; “rejuvenecer el ideal de los que accionan” (271).

La construcción de un nacionalismo continental

Más allá de las distintas propuestas con que Ugarte imaginaba una táctica reformista, aparece siempre una dialéctica entre la universalidad relativa a los principios y doctrinas que inspiraban dichas reformas, y la preocupación localista, “pre-nacionalista”, en el sentido en que Rama caracterizó la posición de Ugarte y el grupo del 900. Una dialéctica que da lugar a la peculiar invención ugarteana del Nuevo Mundo como porvenir superador:

“La religión” y “La familia”. Es que en los años cincuenta, muchas de las ideas acerca de dichas instituciones presentes en el libro, ya resultaban no sólo anacrónicas sino claramente conservadoras. Además, Ramos retomó el título de *El porvenir de América Latina* (sacando el artículo y poniendo mayúscula al adjetivo) –recordemos que en la reedición de 1920 Ugarte había reestablecido el título original (*El porvenir de la América española*). En los años treinta, Ugarte preferirá el término de *Iberoamérica* para designar el subcontinente.

Nada más fácil que perfeccionar un sistema cuando para conseguirlo basta imitar las disposiciones que otros países han adoptado después de ensayos múltiples. Pero al copiar lo que rima con nuestro carácter y al coordinar los trozos multicolores en un organismo definitivo, habrá que hacer patente, además de la buena voluntad y del conocimiento de las costumbres locales que la empresa exige, una segura orientación moderna y cierto empuje de concordia social. En pueblos jóvenes no caben las timideces y las supervivencias de Europa. Un soplo nuevo nos inclina hacia horizontes futuros. Y dada la evolución que nos arrebató, no sería juicioso levantar un monumento para tener que transformarlo en seguida. (270)

Como ya hemos analizado respecto de *Las enfermedades sociales*, el principal esfuerzo político del ensayo que nos ocupa está dado por el intento de jerarquizar ontológicamente al subcontinente inscribiendo su historicidad en el curso evolutivo de la humanidad. A la vez, cierto pragmatismo llevaba a Ugarte a formular estrategias de organización continental y de reformismo social. En este sentido, su discurso explora las vías que podían servir para alcanzar un estado social superior; surgen así, por un lado, la modernización de las instituciones y por otro, la “depuración de las costumbres”, donde se reconoce no sólo el basamento evolucionista de su discurso sino también la asunción del modelo etnopsicológico europeo, de Renan a Le Bon, en sus versiones más o menos cristalizadas. Ahora bien, la formulación de esas propuestas necesariamente debía llevarlo a preguntarse por los sujetos que podían realizar las transformaciones que se esbozaban. Es precisamente hacia el final de la tercera parte donde aparecen, muy vagamente, referencias a esta cuestión, sobre todo cuando Ugarte es llevado por su propia argumentación a, por un lado, sostener la necesidad de transformaciones en la sociedad y por el otro, a constatar la resistencia que oponían fenómenos tan complejos como la falta de desarrollo, la dependencia económica, el poder de las oligarquías locales. Así es como encuentra en la *juventud* a los elementos socialmente más *progresivos*, aunque minoritarios, y sobre éstos deposita su esperanza en futuras renovaciones políticas, institucionales o culturales (“morales”). No duda en resaltar el contraste entre estas minorías en cierto modo iluminadas, y “los vicios atávicos” (264), la “incapacidad terca de los más” (304), afirmando incluso la situación “hoy inactual dentro de su propia patria” (264) de la *juventud*, en medio del anacronismo de las repúblicas hispanoamericanas.

Estos serán los motivos con los que Ugarte cerrará su libro, y aparece sintetizado en los siguientes términos:

A pesar de los desfallecimientos y de las grietas, la América española tiene que elevarse hasta el triunfo, empujada, como todas las fuerzas históricas, por la rigidez de su destino. Dentro de la colectividad existe el germen que renovará el aspecto de las diversas repúblicas, el soplo vivificador que empuja y alza, el elemento indócil que todo lo toca, que todo lo discute, que a todo se atreve, que tiene la flexibilidad y el ímpetu de lo que nace, y que se llama la juventud (328).

Ugarte atribuye a las “nuevas generaciones”(328), referidas con metáforas biológicas o evolutivas como el “germen”, el “empuje”, la “savia” o la “energía vital”, un rol activo y protagónico dentro de la “colectividad”, para realizar la lenta evolución hacia formas de vida social más complejas y justas. Los atributos morales que asocia a este grupo de “los que no gobiernan todavía” y sin embargo han contribuido activamente al “florecimiento fecundo” (304) del presente, responden vagamente a cierto ideario socialista romántico, que puede leerse en los rasgos que Ugarte menciona por la negativa, señalando su falta: el “interés en los asuntos colectivos”, la “generosidad para con los menesterosos”, el “carácter inflexible y ambición brusca” (303). Traducidos a una moral *socializante*, en esos motivos subyace una ética contraria al individualismo burgués, un sentido de justicia social y un activismo fundado en una doctrina o programa. Pero además, al mencionar a la *juventud*, Ugarte no ejerce tanto una proyección de la potencialidad de ésta, de manera abstracta, sino que la entiende como vanguardia de los cambios. Antes que atribuirle actos ideales por venir, la presenta como una suerte de movimiento histórico ya iniciado, cuyas acciones ya han determinado cambios en el *ambiente*. Aquí reside una de las diferencias con el sermón arielista, y en este sentido, ciertos fragmentos cobran más bien la forma de una autoimagen generacional. Un tercer aspecto que refuerza este carácter autofigurativo (respecto de sí mismo y de exponentes latinoamericanos consagrados a la actividad intelectual en el entresiglo) reside, obviamente, en que dota de atributos intelectuales a esta subjetividad progresiva, transformadora. Por último, la función política con que se piensa su rol aparece cuando Ugarte imagina la posibilidad de que las generaciones constituyan una formación en el

plano hispanoamericano, capaz de obrar como mediadora entre los gobernantes y –en forma más difusa- con el cuerpo social:

Inspiradas en las fuentes más puras, mordidas por un deseo salvaje de vencer los obstáculos y arrasar los imposibles, rehechas por el estudio y por los viajes y obligadas al heroísmo por la necesidad de vivir y de desarrollar su acción en su propio ambiente, las nuevas generaciones empiezan a estar preparadas, en su *élite* (sic), para realizar en pocos años el esfuerzo histórico que el destino parece exigir de ellas.

[...] Una gran liga de la juventud hispanoamericana que haga un llamamiento a las universidades, al ejército, a las industrias, a los partidos avanzados, al arte, al periodismo, a todo lo que vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina y en la consciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral, tiene que obtener el sufragio de todas las inteligencias y voluntades que hoy se ahoga en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas. (328-9)

Resulta evidente que la misión que busca atribuirle Ugarte es ante todo política y no está pensada en los términos de una resistencia de tipo espiritualista, según la cual el individuo se recluiría frente a la multitud. Por el contrario, se funda en una retórica de la influencia, la penetración, el profetismo de un intelectual clamando el evangelio quintaesencializado de la “libertad y el progreso”, las palabras finales del libro. Si en la América española, el porvenir es visto como ambiente en preparación, el discurso pasa poco a poco de la confianza objetivista en la evolución de las formas de organización social, a un subjetivismo que adopta la forma de una expresión voluntarista y juvenilista, en que las jóvenes generaciones politizadas de América se presentan como el germen y garantía de renovación. De este modo, el *Nuevo Mundo*, territorio que el libro intenta definir y delimitar de acuerdo a cuestiones surgidas de la observación del presente, se presenta a la vez, en el cierre del ensayo, como horizonte utópico donde se concretarán “la libertad y progreso” (330), en el sentido de un triunfo de la *humanidad*. Este es el modo en que, en su proyecto, el subcontinente llegará a formar parte definitivamente del orden universal.

A modo de conclusión, puede decirse que, por un lado, en *El porvenir de la América española*, Ugarte construye en la Primera parte un relato en clave evolutiva, que articula factores económicos con otros *psicológicos* atentos a los procesos de conformación de los pueblos latinoamericanos, buscando establecer los elementos para fijar la “originalidad” del continente respecto de los modelos societarios de la vieja Europa. Por otro lado, dicho recorrido deriva en la constatación optimista de un proceso en marcha, todavía inconcluso (tanto en la *raza*, la cultura como la economía), subrayando la “eficacia creadora y las cualidades morales del grupo”, aun cuando reconoce “vicios”, “trabas” o “enfermedades”(260). Consigue entonces, con audacia, sortear conclusiones fatalistas e instaurar el aspecto positivo de la situación periférica de *la América latina*. Esta idea de una evolución inconclusa conduce por momentos, como hemos visto, a una perspectiva heterodoxa respecto de las miradas eurocéntricas y también va a contrapelo de la inquietud por el “atraso continental”, que Marichal y Vargas señalan como una persistencia del malestar ante la inferioridad de las naciones latinoamericanas, entre muchos escritores del primer decenio del siglo XX.²⁶⁰ Así, en las dos siguientes partes del libro, Ugarte va considerando acechos y peligros específicamente latinoamericanos (las invasiones comerciales, políticas, culturales, por ejemplo). Finalmente, propone reformas capaces de apuntalar o guiar el desarrollo de las sociedades a fin de poder evitar su pérdida o desvío (“En el fondo de la raza existen energías capaces de transformar el medio. Los errores que persisten en las diferentes repúblicas [...] no comprometen la armadura nacional” -264).

El proyecto no podía ser más político, no sólo en lo doctrinario y táctico, respecto de las reformas propuestas, sino en el modo en que al instituir firmemente una voz enunciativa de dicho programa, el discurso ugarteano afirma el rol clave de la juventud intelectual en ese proceso renovador. La intención política se vuelve elocuente cuando llega a revertir, como hemos analizado, el sentido fatalista en los análisis societales, y también cuando

²⁶⁰ Marichal, Carlos; Vargas, Manuel. Introducción a Bulnes, Francisco, *El triste porvenir de las naciones hispanoamericanas*. México, 2004 [1899]. Pdf . Los autores se refieren a una corriente de pensamiento finisecular marcada por la búsqueda de explicaciones respecto del atraso del continente, mencionando entre sus exponentes a Bulnes, Zumeta, Bomfin, Bunge, Arguedas Encina, Mendieta y García Calderón. No mencionan a Ugarte sino entre las fuentes.

intenta clausurar definitivamente la posibilidad de concebir una identidad *panamericana*. Es así como, para acentuar las diferencias respecto de Norteamérica, cobran un sentido específico los tópicos latinistas e hispanistas en torno a la identidad del continente.

Retomando, entonces, la preocupación que vertebra esta investigación, puede verse que un caso como el de Ugarte merece atención crítica en la medida en que abre y acrecienta el repertorio de modos diversos de configuración y combinación históricamente posible de los mismos elementos, significaciones, tradiciones y núcleos problemáticos que el conjunto del proceso histórico del que forma parte suele presentar a través de sus itinerarios y figuras dominantes o prevalecientes y a la postre, más o menos canonizados.

CAPITULO 3

UGARTE Y EL DISCURSO ANTIIMPERIALISTA EN OTROS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS DE ENTRESIGLOS

La exploración del discurso antiimperialista finisecular reviste una gama de posiciones y argumentos, a la vez que encierra tópicos tempranamente constituidos en la tradición que las mismas intervenciones explicitan y alimentan. Ya se han señalado, en primer lugar, el peso determinante la doctrina Monroe y el panamericanismo sobre muchos letrados hispanoamericanos entre fines de 1860 y la década de 1890. A su vez, la derrota española en Cuba, en 1898, volvió a suscitar reacciones.

En el origen de esta tradición discursiva, todos los contemporáneos reconocían a Martí y sus advertencias sobre las intenciones imperialistas norteamericanas, como un precursor, empezando por Rubén Darío y por Groussac (Colombi). Asimismo, en el orden político-institucional, deben mencionarse las posiciones de la delegación argentina en los congresos panamericanos, que rompieron con la exaltación sarmientina de Estados Unidos, cuyo eco también se hace evidente en 1898.

En este sentido, Carlos Real de Azúa²⁶¹ reconstruyó en “Ariel, libro argentino”, la serie de intervenciones antiimperialistas como un tópico de época rioplatense al que todos se referían implícitamente y señaló cómo el horizonte de debates porteño, influenciado por el espiritualismo, que fue la respuesta letrada a los efectos de los procesos modernizadores, constituía el punto de interlocución de *Ariel*, aunque esto no fuera explícito, como sí lo era,

²⁶¹ Artículo publicado en dos partes en *La Nación*, Buenos Aires, 18 y 25 de julio de 1971.

por el contrario, la inclusión de fuentes europeas que, al ser mencionadas, otorgaban mayor legitimidad al sermón. Esto también puede decirse de muchas afirmaciones de Ugarte, tal como hemos podido observar al indagar en sus tematizaciones sobre el imperialismo norteamericano.

Con *Ariel*, Rodó vino a sintetizar los tópicos antinorteamericanos, en su vertiente espiritualista. Real de Azúa también ha sugerido, en su prólogo a la edición de la obra de Rodó por la editorial Ayacucho, que la eficacia del libro estuvo vinculada al desarrollo estilística y retóricamente eficaz del “núcleo temático” antinorteamericano, aunque el “enfoque latinoamericano” en sí ya hubiera sido tratado por otros escritores en “visiones harito más concretas, directas, ricas y matizadas” (“Caso de los de Martí, Varona, Ugarte, Vasconcelos”, detalla Real de Azúa: XXVIII). El crítico uruguayo explica que Rodó “se situaba muy conspicuamente en una tradición temática de firme continuidad y sostenida resonancia” (XXVIII). Recordemos que en 1897 había aparecido *Del Plata al Niágara* de Paul Groussac y que Darío publica en *La Nación* “El triunfo de Calibán” (1898).

Asimismo, en la tradición socialista europea, la cuestión reviste aspectos diferentes, en tanto las sospechas finiseculares respecto del carácter descarnado que cobraban las relaciones de fuerzas en la fase de concentración del capital, se chocaban con impresiones anteriores no necesariamente apocalípticas respecto de los rasgos de la sociedad norteamericana. Al encontrarse en Europa y por su conocimiento de los debates internos al socialismo, Ugarte estaba al tanto de este clima de ideas. A la vez, dada su militancia en el Partido Socialista argentino a comienzos de siglo, también debe ser considerada la lectura socialista local del fenómeno capitalista norteamericano. En este sentido, veremos que el determinismo mecanicista propio de los análisis marxistas de la época, al que ya nos referimos, tuvo particular impronta en los desarrollos doctrinarios argentinos, como lo prueba la interpretación confiada en el progreso capitalista que aparece, por ejemplo, en los artículos de Avé –Lallemant.²⁶² Así, hemos visto

²⁶² La caracterización del capitalismo norteamericano como proceso modernizador que contribuirá a abandonar etapas precapitalistas y el impacto de un modelo social visto como novedoso pueden verse en los artículos del socialista Avé-Lallemant, cuya posición en favor del panamericanismo, a mediados de 1890, se explica probablemente por el carácter opositor del socialismo naciente, en el campo político argentino, respecto de los gobiernos nacionales

que en las intervenciones de Ugarte respecto de los *trusts*, encontramos interpretaciones divergentes que revelan una visión negativa y otra optimista casi simultáneas en “El peligro yanqui” (1901) y “Las ideas del siglo” (1903), respectivamente.

En primer lugar, entonces, analizaremos las intervenciones de Darío, Zumeta y Rodó vinculándolas con las ideas desarrolladas por Ugarte, para detenernos luego en aquellas formuladas desde el socialismo, por Justo e Ingenieros.

3. 1. Demarcación y universalización de la identidad *americana* de José Martí a Rubén Darío

Uno de los hitos del discurso antinorteamericano puede leerse en el artículo de Rubén Darío “El triunfo de Calibán” (*El Tiempo* de Buenos Aires, 20 de mayo de 1898 y *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de octubre de 1898), en que junto a la voz dariana, aparecen también otras representativas de dicha cuestión. El artículo constituye un pronunciamiento que invita a la resistencia frente a los Estados Unidos, designados a lo largo del texto con representaciones hiperbólicas de lo monstruoso y sobrenatural, desde seres mitológicos (“Calibán”, “Behemot”, el gigantismo de miembros y órganos) hasta metáforas zoológicas (los “búfalos”, “el lomo del mamut”, los “tentáculos”, el salvajismo en los gestos y hábitos, etc), algunas de las cuales Darío ya había

representantes de la oligarquía. Así, en su artículo enviado al órgano de la SPD alemana, *Die neue Zeit*, en 1895-1896, presentaba noticias sobre el conflicto fronterizo entre Chile y Argentina y sugería la postura a adoptar, aun ante el antibelicismo doctrinario de los partidos socialistas: “Sea quien fuera el vencedor, [...] en ambos países la soldadesca, que ya está gobernando en forma dictatorial, continuará agitando su cetro. A los adversarios del militarismo únicamente se les presenta una lejana esperanza: la posible intervención de los Estados Unidos. El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente. La oligarquía es un enemigo a muerte del panamericanismo” (En Paso, Leonardo, *Selección de artículos de Germán Avé Lallemand* ...179). Hacia 1902, también en un artículo de *Die neue Zeit*, Avé-Lallemand, cuyo eurocentrismo sin duda incidía en los análisis, a la vez circunscriptos en una firme creencia científicista, constatará basándose en el caso de Bolivia, la “Política expansionista de los Estados Unidos en América latina” (probablemente comprobada tras la guerra de 1898). Sin embargo, ésta será analizada como necesaria en tanto influjo modernizador en “miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas [y cuyos destinos] serán entonces determinados por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y a la civilización” (Paso 192-193).

utilizado en la semblanza de Poe incluida en *Los raros* (1896), donde aparece la primera mención de Calibán (Jáuregui 2).

Además de referirse a los discursos pronunciados en el acto del teatro La Victoria por Roque Sáenz Peña, Paul Groussac y José Tarnassi, en reacción a la reciente derrota española en Cuba, la declaración dariana abarca una gran variedad de aspectos sobre el país del Norte, lo que redundará en una destacable amplitud de tópicos. En efecto, predomina el discurso latinista pero también Darío toca múltiples aspectos y sienta posición sobre cada uno de ellos: la cultura -desde una perspectiva etno-psicologista-, la literatura (en las referencias irónicas a Emerson y Whitman; a Poe como rara avis victimizada), la cultura popular (“Cantan ¡*Home, sweet home!* y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*...”), el comercio y la industria en relación con Centroamérica, la política (“el “*yankee*, demócrata y plebeyo”), la diplomacia y hasta una dimensión histórico-evolucionista en claves darwiniana y spenceriana.

Con respecto a lo cultural, están presentes todos los anatemas y tópicos de los viajeros franceses a los Estados Unidos, muchos de los cuales adopta Groussac en *Del Plata al Niágara* y retoma en el discurso de 1898. La actividad intelectual le resulta inauténtica o pobre; Darío no se obnubila ante el progreso, por resultarle acaso criterio insuficiente para atenuar el cuadro negativo de la “gran Bestia” acechante. Aquí puede verse que reconoce en Martí a un visionario, siguiendo los términos en que el cubano había descrito el culto del dinero como constitutivo del capitalismo de los Estados Unidos (Ramos 145-152; 202- 243; Colombi 46). Sin embargo, en otra crónica de 1901 enviada a *La Nación*, matizará su visión negativa. El artículo “La invasión de los bárbaros del Norte”²⁶³, motivado por una reciente iniciativa del ministro de Comercio para crear una escuela sobre un modelo de enseñanza práctica norteamericano, está destinado a señalar los peligros de la invasión *espiritual* de París por la “potencia del dinero, la fortuna individual” y describe irónicamente la relación con la cultura francesa de los “yankees”, que llegan a tomarla como entretenimiento (como su “guignol”, la marioneta del tradicional entretenimiento de los niños parisinos). Ahora bien, en el final de la crónica,

²⁶³ La Nación, 30/12/1901; fechado en París, 26/11/1901: Barcia, *Escritos dispersos de Rubén Darío*... t.2:121-125.

aunque alerte sobre la apropiación y el vaciamiento de la cultura parisina por parte de los norteamericanos, invita sin embargo a “aprovech[ar] lo que debe seguirse, [...] los ejercicios de la energía”, preservando “lo bueno y distinguido de otras civilizaciones”. Va aun más lejos pues llega a valorar otro aspecto de la “vida norteamericana”, distanciándose con sutileza de la propuesta de Carlos Octavio Bunge cuyo libro elogia como “excelente y hermosamente escrito”, al tiempo que contradice con una propuesta alternativa. En efecto, tras el elogio y la transcripción de una cita de *Nuestra América* que contraponía el cosmopolitismo a la necesidad de ‘no apartarse del alma nacional’ sino de ‘reflej[arla]’, Darío reivindica la doble cara del alma de los “yankees”, “nacionalista para adentro y cosmopolita para afuera” e invita a su emulación. Ahora bien, Bunge y Darío no entendían lo mismo por “cosmopolitismo”. En este sentido, resulta interesante observar allí una autoimagen de su propia posición. Fiel al universalismo estético, Darío no olvida nunca su adhesión a esa forma de cosmopolitismo, no pudiendo nunca verlo como negativo; lo reivindica aun cuando los ataques de Bunge estén destinados a los inmigrantes, antes que a la cultura letrada europea, y sin renegar de una valoración de lo “nacional”.

En el marco de esta reivindicación cosmopolita, cabe destacar otro aspecto que aparece en “El triunfo de Calibán”, a saber la tematización de la universalidad de América, representada como espacio inserto en la tradición occidental, que ya hemos observado en otros casos. Puede entenderse como parte estructurante de las indagaciones en torno a la identidad latinoamericana, entre fines del s. XIX y comienzos del s. XX. Darío lo formula en estos términos:

Desde Méjico (sic) hasta Tierra del Fuego hay un inmenso continente en donde la antigua semilla se fecunda y prepara en la savia vital, la futura grandeza de nuestra raza; de Europa, del universo, nos llega un vasto soplo cosmopolita que ayudará a vigorizar la selva propia.

Vemos que también está presente la representación de América como suelo depositario de promesas futuras, lo que será facilitado por el contacto con el viejo mundo. Aparece así una valoración del flujo inmigratorio, tal vez jerarquizando su sentido, puesto que es aludido como “cosmopolitismo”, lo que

acompaña precisamente esta universalización del continente, un modo de afirmar su ingreso definitivo a la modernidad.

Hay a la vez, en el enfático llamado a la unidad de la raza de “El triunfo de Calibán”, un sentido político, aunque vagamente formulado, que continúa la prédica martiana. Es político en tanto Darío no sólo lo esboza en términos simbólicos sino que llama a adoptar una posición defensiva, al enumerar cuestiones geopolíticas y denunciar la “gula del Norte” en México, Nicaragua o Colombia y la aquiescencia de Venezuela, Perú o Brasil. También está operando la matriz racialista que, en cierto modo, sirve para oponer sensibilidades y donde lo latino significa un refugio defensivo para la representación identitaria de lo hispanoamericano. Darío apela a los lazos de fraternidad dados por el origen latino, referido como “sentimental” y de noble tradición, que había dado forma a Occidente (“somos la raza sentimental pero hemos sido dueños de la fuerza. El sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular”). Puede inclusive pensarse que el presupuesto, casi ontológico, de la *unidad latina* determinó la convocatoria misma de los conferenciantes del Teatro La Victoria. En efecto, ésta se materializa simbólicamente en dicho encuentro, si se tiene en cuenta el origen de los tres disertantes, que el propio Darío explicita al nombrarlos en su crónica: Sáenz Peña por Argentina, Groussac por Francia y Tarnassi por Italia, pronunciándose en favor de España (“Por eso mi alma se llenó de alegría la otra noche, cuando tres hombres representativos de nuestra raza fueron a protestar en una fiesta solemne y simpática, por la agresión del *yankee* contra la hidalga y hoy agobiada España” [...] “En nombre de Francia, Paul Groussac” [...]; “Por Italia el señor Tarnassi”).

Resulta interesante observar que Darío articula, en las palabras finales de su proclama, la definición identitaria fundada en la raza latina común, con la lógica científicista del evolucionismo, lo que puede verse en el diálogo que imagina en el texto:

Pero hay quienes me digan: "¿No ve usted que son los más fuertes? ¿No sabe usted que por ley fatal hemos de perecer tragados o aplastados por el coloso? ¿No reconoce usted su superioridad?" Sí, ¿cómo no voy a ver el monte que forma el lomo

del mamut? Pero ante Darwin y Spencer no voy a poner la cabeza sobre la piedra para que me aplaste el cráneo la gran Bestia.

En la referencia a Darwin y Spencer, de cuyas teorías acepta tibiamente Darío que podía inferirse la superioridad de los anglosajones, vemos que adopta una posición resignada ante el mecanicismo de las leyes evolutivas, que lo lleva a rendirse ante la evidencia de la supuesta victoria de una raza sobre la otra. Al mismo tiempo, significativamente, se refugia en el subjetivismo para ofrecer una última resistencia que proviene de su voluntad (“no voy a poner la cabeza sobre la piedra ...”). Asoma en el fragmento una tensión entre objetivismo y subjetivismo expuesta con perspicacia, y que se configura aun cuando el científicismo evolucionista funcionaba todavía como marco de lo pensable.

Esta reacción entre resignada e insumisa también está presente en otro artículo predominantemente informativo publicado en *La Nación* en 1902, sobre “La invasión anglosajona. Centro América yanqui”.²⁶⁴ Dicha crónica se abre con la referencia al comentario de un ministro nicaragüense, el Señor Gómez, hecho al escritor Vargas Vila, donde puede verse que Darío busca otorgar autoridad a los abundantes datos que serán incluidos, atribuyéndolos a personajes de la política. La nota parece estar motivada por el proyecto de construcción del canal interoceánico en Nicaragua, lo que, en el final de la crónica, será interpretado, no por Darío sino por otra voz entrevistada, como beneficioso para Centro América, no así el traslado del proyecto a Panamá. La descripción del acuerdo incluye una enumeración, artículo por artículo, del tratado anglo-americano “Hay-Paucefote” sobre la construcción del canal, gesto que pone en evidencia la intención de Darío de ofrecer a los lectores del diario porteño un panorama de la situación basado en fuentes escritas y en datos obtenidos por consultas hechas a especialistas.

Así, la mayor parte de la crónica se basa en la recopilación de las palabras del político hondureño Marco Soto,²⁶⁵ anteceditas por comillas en los

²⁶⁴ *La Nación*, 23/04/1902; fechado en París, 15/03/1902 (Darío, Escritos dispersos... t.2:130-135).

²⁶⁵ “Deseando conocer la opinión de algunos centroamericanos eminentes que residen en París, he visitado desde luego al doctor Marco Soto, cuya influencia ha sido mucha en la política de aquellos países, y cuya palabra está llena de autoridad. El doctor Soto es persona de gran inteligencia y seguridad de juicio” (siguen los elogios). Darío, Escritos dispersos... t.2:132.

sucesivos párrafos, buscando otorgar legitimidad y fundamento a la alarma, preanunciada en el título, acerca de que “dentro de no lejano tiempo, la tierra en que he nacido [...] pasará a ser dependencia de la gran república del norte; el resto de Centro América lo será después” (131). La respuesta de Soto a su pregunta sobre “el influjo de los Estados Unidos sobre la América Central y la política de esos países” (132) presenta la expansión territorial y política de dicho país como una consecuencia natural de su desarrollo comercial. El cronista refiere además el análisis del ministro respecto de los orígenes de la influencia norteamericana en el sur del continente, primero ejerciendo un rol de protectorado ante los europeos, mediante la doctrina Monroe; luego, su crecimiento económico es explicado en términos de una aplicación de la doctrina Monroe al comercio; finalmente, Soto interpreta la victoria ante España como la consolidación de su poder y su avidez. Ahora bien, si Darío expresa su temor ante esta situación, sus palabras están en tensión respecto de las de Soto, pues la interpretación de éste va en el sentido de una objetivación del fenómeno expansivo norteamericano que no es visto negativamente, tal como puede inferirse de las siguientes afirmaciones, formuladas al referirse al proyecto de canal:

‘Esta obra llevará a Centro América grandiosos y abundantes intereses americanos. La vida, el progreso, la civilización, se irán extendiendo desde las riberas del canal sobre todo Centro América. La *americanización* de nuestros países será un hecho. La influencia de los Estados Unidos será decisiva y absoluta. Esa influencia es inevitable y lo que importa es saberla aprovechar para el bien de los pueblos centroamericanos. Si los gobiernos [...] siguen una política sensata y previsor, el canal de Nicaragua será la salvación. Si por desgracia nuestra los Estados Unidos hacen el canal por Panamá, como se cree hoy, Centro América no reportará los inmediatos y grandes beneficios...’ (134).

Luego de transcribir estos dichos, Darío retoma la palabra vinculando el análisis de Soto a lo que señala como un “gran movimiento anexionista”. Sin embargo, concede algo a la lógica mecanicista del progreso, sin dejar a la vez de oponer la misma contradicción, comparable a la de su crónica de 1901. Así, adopta una posición de resistencia recurriendo al tópico latinista y a una retórica apocalíptica, y apoyándose a su vez en la ironía:

Es cierto que una vez entrado el yanqui, la política singular de esos gobiernos, las asonadas, las tiranías comicotrágicas, la

semibarbarie de algunas regiones, todo eso desaparecerá. Pero desaparecerá también la raza, la savia latina; la ola invasora lo destruirá todo. Y no sé para qué se habla tanto en esos países de [...] unos cuantos bravos soñadores que quisieron hacer una patria. Todos ellos tienen hoy en Centro América una estatua. Deberían fundirlas todas para hacer una a la entrada del canal, al bucanero William Walker... (135)

Puede verse que a lo largo de dos décadas, Darío escribió sobre la cuestión del imperialismo norteamericano cada vez que apareció alguna circunstancia que pusiera en evidencia el problema. En estas crónicas que abordan temas alejados de la literatura, el poeta recurre a la inclusión de nombres y voces autorizadas, provenientes del campo político.²⁶⁶ A la vez, es persistente en su escritura la tensión entre una inevitable aceptación de la superioridad material de los Estados Unidos, verificada en los hechos, y una voluntad de resistencia individual, aunque resignada. En las crónicas sobre esta cuestión, aflora, con las marcas estetizantes de la prosa dariana, un sentido político constante y una tendencia a abarcar una gran gama de problemáticas vinculadas al peligro de invasión. La misma tensión puede verse en algunos de sus poemas escritos durante la primera década del siglo XX,²⁶⁷ reunidos en *Cantos de vida y esperanza* (1905). En “A Roosevelt”, por ejemplo, la invasión del “cazador primitivo y moderno”, “soberbio y fuerte ejemplar de [su] raza” es presentada como inminente. Pero puede leerse en los alejandrinos del poema una advertencia de “la América nuestra” a los “Estados Unidos”, respecto de su capacidad de resistencia y su fuerza, provenientes de antiguos poetas, su herencia del linaje *latino* y español, su tendencia a la elevación y el cultivo de lo espiritual:

Mas la América nuestra, que tenía poetas
Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,

²⁶⁶ De hecho, en “Los anglosajones” (*Peregrinaciones*) exalta la producción de los artistas norteamericanos, a quienes ve como “una minoría intelectual de innegable excelencia” (427).

²⁶⁷ Los sentidos analizados se configuran en pleno auge del discurso latinista, vigorizado, en Europa, tal como ya hemos señalado, por los signos de crecimiento de la economía norteamericana, a lo que se suma la problemática específica de los países latinoamericanos. Sin embargo, después de 1910, ciertos escritos y poemas de Darío revelan una posición más matizada, probablemente motivada por la crisis europea; esto puede verse en el modo en que se muestra escéptico respecto de su Oda a Roosevelt en el “Cabezas” dedicado a Manuel Ugarte. José Agustín Balseiro ha señalado una visión menos negativa de Estados Unidos en un artículo de 1912, “Roosevelt en París” y en dos poemas: “La gran cosmópolis” y “Pax”, escritos durante la primera guerra mundial e inclusive, en algunas estrofas de su “Canto a la Argentina” (1909) en que llama a la unión de todo el continente.

que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un día aprendió;
[...] que desde los remotos momentos de su vida
Vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
(...) esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama y vibra, y es la hija del sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!

También en “Los cisnes” el poeta se lamenta por el “fatal destino” de América y España, que imponen “con águilas feroces” y se pregunta si será definitiva la victoria de los “bárbaros fieros”. Los cisnes le responden invocando símbolos asociados al mundo mediterráneo, y por metonimia, a la *latinidad*, en los que se aloja una última “esperanza” (“¡Oh tierras de sol y de armonía, /aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!”).

3.2. Rodó y Ugarte: programas para el rescate de la América latina

El efecto catalizador que tuvo el discurso arielista ante los jóvenes escritores hispanoamericanos, a comienzos del siglo XX ha sido ampliamente estudiado por la crítica sobre Rodó, lo que puede observarse, en particular, en los escritos de Pedro Henríquez Ureña en *Nosotros* (enero de 1913) y en *Corrientes literarias en la América Hispánica* (1948); en el libro polémico de Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del 900* (1940) y los de Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay* (1930) e *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística* (1954). El impacto de *Ariel*, sobre todo en su reedición de 1908 por Sempere, dio lugar a una consideración aislada del libro y de sus tópicos. Así, fue visto como fenómeno único, hasta que en los años '50, críticos como Emir Rodríguez Monegal y Carlos Real de Azúa, y más adelante Rafael Gutiérrez Girardot propusieron enfoques que tendían a desencializar el discurso arielista y su supuesta originalidad, reponiendo las condiciones de producción del género de la oración magistral, en el ámbito rioplatense y en el francés, así como el contexto de su circulación. A partir de esto último, resulta pertinente preguntarse por la relación entre *Ariel* y algunos escritos de Ugarte, teniendo en cuenta, no sólo que existía un vínculo

intelectual entre los dos escritores, sino que existen zonas de contacto entre sus discursos que merecen ser exploradas.

Sabemos, por su intercambio epistolar, que ambos se conocían y compartían una misma preocupación por las *cuestiones americanas*, mucho antes de la publicación de *Ariel*: Ugarte había tomado la *Revista Nacional* de Rodó como modelo para la creación de su *Revista literaria* (1895-1896), y había publicado, en mayo de 1896, una carta en la que Rodó lo felicitaba por la nueva empresa. En 1897, Rodó le agradece por carta unos sonetos enviados a su revista desde París, y lo invita a escribir sus impresiones sobre esa ciudad. Tal como señalamos antes, es casi seguro que Ugarte no había leído *Ariel* antes de 1904 (se lo manda el propio Rodó a pedido suyo) pero debía de tener noticias de su recepción en España, al menos por su conocimiento de la revista *La lectura*, donde apareció publicado un artículo de Unamuno sobre el libro, en enero de 1901. Ugarte no lo menciona en ninguna crónica ni artículo hasta que, en 1906, incluye un fragmento en su *Antología de la joven literatura* (246- 251), libro que suscita una crítica de Rodó, en su primera colaboración para *La Nación*, dando inicio a una polémica tras la réplica de Ugarte, un debate que analizaremos al final del capítulo 4.

Luego de dicho episodio, resulta significativo que no aparezca una sola alusión a Rodó, teniendo en cuenta que el sistema de referencias fue uno de los primeros mecanismos de reconocimiento específico entre pares, y un claro dispositivo de legitimación de los intelectuales. Si bien es cierto que Ugarte no recurre con frecuencia a la cita de autoridad, aparecen remisiones a intelectuales que habían sido decisivos en la formulación de un discurso antinorteamericano, tales como los venezolanos Gil Fortoul²⁶⁸ y sobre todo, César Zumeta (1860-1955) (*El continente enfermo*, 1898) y el filósofo chileno Jenaro Abasolo (1833-1884), cuyo ensayo filosófico, de influencia leboniana, *La personalidad política y la América del porvenir* (1907), en reedición chilena póstuma, Ugarte cita extensamente en su libro, mencionando sólo al autor y sin dar el título. Pero no figura ninguna referencia a Rodó en *El porvenir de la*

²⁶⁸ José Gil Fortoul (1861-1943) fue uno de los introductores del positivismo en Venezuela. Escribió una *Historia constitucional de Venezuela* (1906, 1907), que Ugarte cita en su libro. Además, había ocupado cargos diplomáticos en Europa desde 1880 y en 1907, en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz en La Haya, se opuso a una propuesta de la delegación norteamericana sobre el cobro de deudas y reclamaciones de un Estado a otro, razón por la cual el presidente Cipriano Castro lo destituye de su cargo diplomático en Berlín.

América española. Es que, por un lado, Ugarte sólo cita a sus mayores (es el caso de los tres pensadores referidos), y de alguna manera, no reconoce como autoridad a quien era su par generacional; por otro lado, las remisiones (aun a los europeos, como es el caso de Tarde) conciernen más a libros leídos y de reciente publicación que a la mera mención de figuras intelectuales. Así puede entenderse, por ejemplo, que no aparezca aludido Martí, puesto que su prédica no circulaba en textos impresos sino bajo la forma del rumor intelectual (Bourdieu, “¿Qué es hacer hablar a un autor?”, *Intelectuales...*); en efecto, el discurso martiano sobre “Nuestra América” constituía un tópico ya instituido como creencia compartida.²⁶⁹ Estos modos de circulación de las ideas pueden explicar el silencio respecto de la obra de Rodó y también de otros contemporáneos dedicados a estas cuestiones (Bunge, Bulnes, Zumeta, Bomfin).

Pero además, el caso de Rodó resulta tanto más significativo cuanto que para 1910, cuando Ugarte estaba escribiendo su libro, *Ariel* había sido colocado como emblema de la reacción antiutilitarista por un lado, y antinorteamericana, por el otro, y aun como modelo de conducta. En este sentido, resulta productiva la idea de Bourdieu acerca de las “fuerzas de no recepción” o “negación” (Bourdieu 201-202) como práctica determinante en el intercambio intelectual, que marcaría la imposibilidad o resistencia de los sujetos para leer ciertas producciones. En efecto, más allá del distanciamiento producto de la polémica en torno al modo de evaluar las producciones literarias y ensayistas hispanoamericanas, suscitada tras la antología de Ugarte, *Ariel* se ubicaba, en varios aspectos, en las antípodas de su programa. Si, cinco años antes, el argentino había seleccionado un extenso fragmento extraído del

²⁶⁹ Esta presencia común de ideas y valores que conforman una tradición, en el sentido williamsiano, acerca del *peligro yanqui* puede verificarse comparando el libro con otros del mismo género y época. En *La creación de un continente* (1913) de García Calderón, por ejemplo, las referencias son mucho más rigurosas y las reseñas más completas- constan de notas a pie con la cita bibliográfica completa y las páginas citadas y se realizan sistemáticamente-. Sin embargo, aparecen mencionados exclusivamente los contemporáneos, señalados por el autor como pertenecientes a la “Corriente americanista”, dedicada a estudiar con métodos renovados, la evolución centro y sudamericana (el “estudio de los hechos”, lejos de la “historia romántica” subraya el autor). Toda la tradición anterior respecto de los peligros de conquista espiritual de América, reconocible en los tópicos y aun en el léxico, funciona casi como patrimonio intelectual común y no se citan las fuentes con el mismo rigor. Algo semejante podría decirse de *Ariel*, de *Nuestra América* (1903) de Bunge, de *Idola Fori* (1910) de Carlos Arturo Torres, que no mencionan explícitamente y a veces sí literalmente, al decir de Real de Azúa, la “densa corriente de precedentes” marcada “por una preocupación por lo nacional y lo americano” (Real de Azúa, “Ariel, libro...”).

capítulo II para incluirlo en su compilación, en 1910 ya no podía dedicarle una sola línea porque, en el fondo, se presentaban como soluciones contrapuestas con respecto a mismos problemas. Muchos de éstos fueron sintetizados por Real de Azúa (“Ariel, libro argentino”): el rumbo de las sociedades en el proceso de su modernización y de las corrientes inmigratorias o, dicho de otro modo, las *cuestiones nacional y social*; el problema de la democracia de masas; el papel de los intelectuales en dicho marco; el lugar de las naciones hispanoamericanas en el plano mundial, ante la consolidación de Estados Unidos como potencia económica y su estrategia de política exterior respecto de los países del continente americano. Intentaremos analizar el modo en que las intervenciones de Rodó y Ugarte corren paralelas, señalando a la vez los puntos en que ésta última adopta un carácter político más radical y busca soluciones “prácticas”.

El primer aspecto a considerar es el hecho de que ambos escritores buscan intervenir en el rumbo contemporáneo de las repúblicas sudamericanas construyendo programas de acción, algo que resulta más visible en Ugarte y que sin embargo también está también presente en Rodó. Una de sus similitudes reside en que ambos atribuyen a la juventud un rol central en la Historia y por ende, clave para su programa. En segundo lugar, intentaremos contrastar sus caracterizaciones de los Estados Unidos, cuyas diferencias derivan, precisamente, de los respectivos programas de acción. Finalmente, puede leerse también una formulación del tópico que hemos venido analizando en Ugarte, acerca del destino americano como tierra de promesas y continuadora de la *herencia latina*.

Aun en un discurso como el sermón ofrecido por Próspero a sus discípulos, que parece sustraerse a lo práctico, puede leerse una alusión a un “programa propio” (Rodó 4). Dicho programa sostiene, entre sus fundamentos, la creencia en los “intereses ideales de la especie” (23) y es concebido en tanto guía moral de la conducta. Se trata de que cada individuo cultive su espíritu en base a los valores del desinterés, la belleza y la razón, los únicos capaces de imponerse frente a la “irracionalidad” de la vida utilitaria. Subyace en la proclama una confianza, típicamente liberal, en el individuo como personalidad moral plena y que se piensa como clave del impulso de las “agrupaciones humanas”.

Una de las estrategias de formulación de dicho programa consiste en dirigirlo no meramente a los alumnos sino a la condición juvenil de éstos, que se entiende como una fuerza inscrita en el curso evolutivo de las sociedades, pautado por el incesante “renacer de las esperanzas humanas”. La juventud aparece, en efecto, como un “puesto” o rol dinámico, transhistórico y trascendente a los hombres, que los mueve a la superación, casi más allá de su voluntad y rige sus conductas, en todas las épocas.²⁷⁰

La juventud que vivís es una fuerza de cuya inversión sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables [...]. Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, *la humanidad* viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. *Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud* (5).

Este devenir es presentado mediante una explícita retórica pesimista respecto de los logros (“sublime terquedad de la esperanza”; “tenaz y conmovedora locura”) y es concebida a la vez en tanto impulso ineludible. Eso se cifra en la evocación de la escena tomada de Guyau, en la que la novia anciana, vestida para su boda, sigue esperando, decepción tras decepción, a su prometido.

¿Cuáles son los fundamentos últimos de esta personalidad moral y cuál es el “ideal” de Próspero, la “nueva fe” que debería mover a los individuos jóvenes selectos? Se trata de alcanzar una síntesis entre el cristianismo (la “caridad”, el “sentimiento de igualdad” -33- que nace en su espíritu) y los valores antiguos de Grecia (“gracia, belleza, armonía” y “sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio” -33); dicha síntesis deberá fundar la “moralidad humana” y guiar la “vida racional”, por oposición a la vida utilitaria, sólo movida por la “inmediata finalidad del interés” (21). Próspero dedica extensos párrafos a exponer su idea del desarrollo del “ser en plenitud” en base a un ideal de cultura que considera a la belleza como una vía de educación moral, puesto que afirma que “el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva media jornada para distinguir lo

²⁷⁰ Rafael Gutiérrez Girardot analizó en “El 98 tácito: *Ariel* de José Enrique Rodó” la dimensión utópica que adquiere la juventud al ser vista como capaz de “provocar la renovación inalterable” (88).

malo de lo bueno” (Rodó, *Ariel*, 12). Pero en su opinión, no todos los espíritus están dotados de esta capacidad de discernir, lo que está justificado por una aplicación de las leyes evolutivas a lo social. Pues, dirá Próspero la “igualdad de condiciones extendida a todos” es contraria a las “misteriosas elecciones de la Naturaleza” (30). Análogamente a lo que sucede en el modelo darwiniano, las “desigualdades legítimas” o las “jerarquías espirituales” son vistas como el producto de una “selección espiritual” y obedecen a un orden que debe ser respetado.

Así, se va esbozando una teoría del poder contraria a toda forma de gobierno derivada de la “utopía igualitaria del siglo XVIII” (28) y según la cual se trata de restituir un orden antiguo, resguardando a las sociedades del presente, de sus derivas igualitaristas más radicales como el sufragio universal o el gobierno de la mayoría, cuyas formalizaciones Rodó sitúa en el siglo XIX, y que propone dejar atrás. Amparándose en Taine, Renan, Comte, Carlyle y Emerson, propone una *rectificación* de tales utopías:

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados, en el aspecto social y en político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite a vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie (Rodó 27).

Como puede leerse en este fragmento, Rodó realiza una operación en el presente. A partir de una oposición entre los siglos XIX y XX, su prédica tiende a instaurar la idea de un mal camino que el nuevo siglo viene a clausurar. Dando por concluidas y fracasadas las utopías decimonónicas, Próspero se focaliza en la actualidad y traza un diagnóstico pesimista respecto de ésta, recurriendo a la retórica de la decadencia occidental, de Renan a Comte, y de

Guyau a Le Bon. El programa enunciado tiene trazadas sus metas: “educar el espíritu del régimen” contemporáneo, para “rectificar” (28) sus fundamentos.

De este modo, tras haber interpelado al sujeto en que deposita sus esperanzas, y esbozado el ideal antiutilitarista que debía guiar el desarrollo espiritual para alcanzar una vida “racional”, de meditación “desinteresada”, mediante un contrapunto entre esta vida y la utilitaria donde se ha perdido al ser integral en detrimento de la especialización, resta al orador, a fortiori, definir el tipo de individuo necesario para la puesta en marcha de su programa.²⁷¹ Pues, como dijimos, está en cuestión el modo en que debe organizarse la vida pública en el presente y la inserción de los sujetos en ésta.

Aquí surge el otro aspecto del programa de soluciones a los problemas contemporáneos que se desprende del texto. Este radica precisamente en la descripción de un régimen de gobierno que estuviese más acorde con el ideal proclamado y que pudiese establecer, tal como figura en el propio texto, la “autoridad moral” de algunos individuos sobre otros. En este sentido, Rodó interviene en la discusión contemporánea, y que circulaba obsesivamente entre los intelectuales latinoamericanos, acerca de los modelos de democracia en pugna, desde el parlamentarismo hasta la llamada “democracia del número”. Respecto de este punto, entiende que el “régimen de la democracia” (26) tal como se presentaba en Francia por un lado, y en Norteamérica por el otro, constituía un modelo peligroso para la *civilización* porque contradecía “la alta vida del espíritu” al “desconoc[er] las desigualdades legítimas” y al “sustitu[ir] la fe en el *heroísmo* –en el sentido de Carlyle- por una concepción mecánica de gobierno”, tildada de mediocre (26 –más adelante define dicho ideal *heroico* en Carlyle como el “culto de cualquier noble superioridad” -28).

Ahora bien, Rodó apuesta al régimen democrático porque ve en él, de un modo abstracto, la realización última de la civilización. Adelanta entonces la forma futura que ésta adoptará:

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, *un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse*. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renan formulaba la

²⁷¹ Esta sucesión puede seguirse, respectivamente, en los capítulos II a IV de *Ariel*.

más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos [...]. Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, *porque aún no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente la empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección*, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretado con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. *La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa* (29 –subrayado nuestro).

Establecido esto, le queda formular el programa: para “obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad [...] sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma” (29). Dicho de otro modo, la idea que subyace es que si se realiza un control moral de las instituciones, estableciendo jerarquías vagamente definidas en términos de “espíritus selectos”, hechos de “inteligencia y virtud” (31) el progreso se encauzará sólo y superará el estadio material, lo mismo que la ciencia, hacia una realización de la democracia. Se trata, como dijimos antes, de rectificar el rumbo de la civilización cuyo sentido ya está cifrado en la Historia universal, y que se expresará en la forma de organización democrática, pero corrigiendo la igualdad del número por una “igualdad del acceso” (29) a las oportunidades iniciales de los individuos, y dejando actuar luego la selección espiritual, análoga a la biológica, que elige a los más aptos moral y psicológicamente. Rodó deja inclusive la puerta abierta para formas futuras aun más acabadas, según su visión, en las que acaso pueda darse, de acuerdo al “ideal de perfectibilidad”, una “futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura” (30). Pero el presente está lejos de esto, y urge prevenir contra la degeneración que acarrea el igualitarismo “nivelador” y sobre todo, rectificarla. Por eso, si Rodó se sumaba al coro de “diagnosticadores del continente enfermo” según la fórmula de Stabb citada por Marichal y Vargas (“Introducción” a Bulnes..., 11), no era tanto para trazar soluciones prácticas (como podían ser las políticas sobre la inmigración, las estrategias diplomáticas o los planes económicos) ni plantear reformas, como hacía Ugarte, por ejemplo, sino para, simplemente, llamar a las elites letradas a que asuman su rol director, insistiendo en los valores del espíritu

conseguidos por la amplitud de la cultura clásica. Como se ha dicho numerosas veces, no hacía más que proponer la instauración de una meritocracia. En su opinión, era la única que podía orientar la organización democrática hacia su verdadera realización. No hay en el discurso arielista ningún atisbo de ambivalencia respecto de los sectores populares, como podía ocurrir en Ugarte, que si bien ostentaba un elitismo de profeta romántico, podía a la vez declarar una sensibilidad populista y pronunciarse a favor de los derechos del proletariado.

Rodó, habla en cambio de progreso espiritual, y de realización de una democracia, entendida solamente como ampliación casi abstracta de las posibilidades de todos los sujetos, pero que debe ser compatible con la imposición de un orden jerárquico concebido como natural y regido por una aristocracia del espíritu. De algún modo, en *Ariel*, puede leerse un programa político en una de las ideas subyacentes, según la cual si se realiza un control simbólico, moral de las instituciones, el progreso se encauzará solo, y ocurrirá lo mismo con la ciencia.

Es en este marco que Rodó pasa a analizar la sociedad norteamericana. La concibe como la máxima realización de una vida pública regida por el interés utilitario, que había derivado en la formación de una clase enriquecida y “soberbia”, la plutocracia, dirigiendo los destinos de los hombres. La caracterización de Estados Unidos aparece en el capítulo VI de *Ariel*, una vez que Rodó ha fijado el marco ético y filosófico que debía dar sustento a las sociedades americanas.

Nuestra lectura de *Ariel* en términos de un programa espiritual destinado a *rectificar* el rumbo de la democracia, puede completar los análisis de Real de Azúa respecto de la motivación local presente en el discurso antiutilitarista, que derivaba de la experiencia de los procesos de modernización iniciados hacia 1870 en el Río de la Plata. En efecto, no hubo en la región un intelectual más o menos vinculado al Estado, que no hubiera fijado su posición respecto del modelo de organización republicana más apropiado, de modo que la declaración de los principios que debían regir la organización de la cosa pública dialogaba con las de otros intelectuales²⁷².

²⁷² Cf. Dalmaroni, *Una república de las letras*. Ver también Halperín Donghi, Tulio. “Estudio preliminar”, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, 1999:

En este sentido, Carlos Real de Azúa (“Ariel, libro argentino”, *La Nación...*) ha restituido la conexión de cada tópico arielista con el horizonte de discursos rioplatenses, provenientes de intelectuales que en su mayoría pertenecían a la elite letrada porteña. Reconstruye las filiaciones de los discursos de la elite del ochenta, encontrando con precisión la eficacia de la intervención de Rodó en la actualización y condensación de tópicos preexistentes y significativos respecto de las problemáticas enunciadas en las ciudades rioplatenses en proceso de transformación. En dicha tradición de debates rioplatenses en torno a la reciente modernización, tanto el antiutilitarismo como la caracterización de Norteamérica determinaron los patrones de análisis del escritor montevideano porque, tal como lo explica Real de Azúa, Rodó se identificaba con los valores liberal-conservadores de la clase dirigente porteña que había impulsado la modernización y veía con desagrado y preocupación el carácter “desnacionalizador” que podía entrañar el fenómeno inmigratorio impulsado por ella misma en sus políticas modernizadoras. Es más, responsabilizaba a los sectores inmigrantes de los comportamientos sociales utilitaristas, un anatema que Real de Azúa señala en Cané y en el Sarmiento de *Conflictos y armonías de las razas en América*.²⁷³

Dando un marco al análisis rodoniano de la sociedad norteamericana, el crítico afirma que Rodó lo “trajo a colación en condición de síntesis nacional” (*La Nación*, 25/07/71, col.2), es decir en tanto permitía convencer -a contrario- acerca de los peligros de la “nivelación social”, la “pasión plebeya” o el “dinamismo democrático”, legibles en el caso norteamericano. Este último funciona, para Azúa, como contramodelo, en tanto permite constatar las derivas igualitaristas de la democracia de masas y de gobiernos no dirigidos por las elites letradas tradicionales. Una de sus hipótesis indica la presencia “literal” de los “lugares comunes” antinorteamericanos propios del ámbito

21-272. Terán, Oscar. *Ideas en el siglo...*; Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.

²⁷³ Sostenía Real de Azúa en su artículo del 25 de julio de 1971 para *La Nación*, que “la misma selección cultural y social que promovió tras de Caseros la modernización de las sociedades platenses, llegó a espantarse de sus consecuencias y la ambigüedad de los logros del período de Roca o del '90 uruguayo suscitó en los viejos equipos ese síndrome de desdén, intimidación y desánimo”, todas “ambigüedades que afectan también el ‘mensaje’ de Rodó [...] Este cuadro de la realidad sociocultural vertebró la estructura vertebral del discurso de Rodó” (3ª sección, col. 1 y 2).

porteño, que Rodó habría hecho circular.²⁷⁴ La particularidad de *Ariel* no residiría entonces en la novedad de sus tópicos sino, precisamente, en su enunciación: en lo que Azúa llama “la labor de yuxtaposición, taraceo (sic) de elementos ajenos”. Así, es esta suerte de *patchwork* con el “material” discursivo porteño lo que podría explicar su impacto.²⁷⁵ En efecto, a partir de esto puede pensarse que la publicación del ensayo tuvo, además de un poder aglutinante, la capacidad de relanzar, en boca de la generación siguiente a la de los ochenta, discursos preexistentes cuya posta venía a tomar. De algún modo, les otorgaba un sentido particular en el presente.

En el capítulo dedicado a los Estados Unidos, Rodó intenta prevenir contra la “conquista moral” de Hispanoamérica por parte de dicho país, cuya sociedad veía regida por “el vacío de ideal” derivado de la “concepción utilitaria como idea del destino humano” y de “la igualdad en lo mediocre como norma de proporción social” (33). Uno de los argumentos en que se apoya, que hemos encontrado en otros escritores, es el señalamiento del carácter inacabado de dicha sociedad, amparándose en el principio evolutivo. A partir de esto, sugiere la imposibilidad de tomarla como modelo, puesto que su conformación no ha concluido y sólo se encuentra en la etapa de conquista de “cierto bienestar material” (46) tras la cual necesariamente operará la selección espiritual. Más aun, afirma no imaginarle un largo porvenir, debido a que el utilitarismo constituye en sí un “germen de desorganización” contrario a toda posibilidad de desarrollo:

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable [entre lo material y lo espiritual], ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbra [...]. Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido Conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles y, en el utilitarismo proscriptor de

²⁷⁴ Desde éstos van del artículo de José Martí sobre la conferencia panamericana de 1889, hasta los discursos de Groussac y Sáenz Peña en apoyo a España, o la “oración rectoral” de Lucio V. López (1890), “El triunfo de Calibán” de Darío y el libro con seudónimo publicado por el ex embajador Vicente Gil Quesada, *Los Estados Unidos y la América del Sur*.

²⁷⁵ Azúa va más lejos aun, al señalar que más de una década después, recién con el movimiento reformista del '18, surgirá el el arielismo como tópico propio, “punto de partida” o “proclama de propósitos iniciales”. Lo que observa con esto el crítico uruguayo es una suerte de reinención de Ariel en tanto conjunto de temas genuinos y representativos de una sensibilidad antipositivista definitiva, posterior a los sentidos que pudo tener en 1900.

toda idealidad, no encontrará una inspiración suficientemente poderosas para mantener la atracción del sentimiento solidario [...]

Esperemos que aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad (47).

Dos lecciones debían extraerse del modelo societal del Norte: la primera concierne a la incompatibilidad de naturaleza entre dos civilizaciones, la sajona y la de origen latino, de donde había que impedir la *deslatinización* de América (34). Rozando la contradicción, Rodó llega a distinguir entre “el pueblo inglés”, y el norteamericano. Mientras aquél había adquirido –por “la conquista” y “la actividad comercial”–, una “virtualidad poética escogida” (al amparo de su aristocracia, celebrada por Taine según recuerda el autor), bajo su “áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil” (40), el segundo ni siquiera había heredado esto y mantenía en su *vulgar* “actividad material y vida política”, el “desorden de todo lo que pertenece al dominio de las facultades espirituales” (41). La segunda lección a extraer resulta decisiva para las bases del llamado que venimos analizando en términos de un programa para Hispanoamérica. En efecto, Rodó esgrime el argumento según el cual resulta inútil adoptar un modelo de vida como el norteamericano que, por necesidad de las fuerzas evolutivas de la Historia, no puede ser más que transitorio:

Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado artículo, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no lo busquemos en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; renunciemos a ver el tipo de civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aun pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio (47).

Como en Ugarte, el ensayo contiene el patrón epistemológico finisecular del latinismo, aplicado a la especificación de los caracteres *americanos*; sin embargo, Ugarte se limita al contraste entre los orígenes *latino* y *sajón* y, rehúsa toda jerarquización, contrariamente a lo que se lee en *Ariel*. En segundo lugar, circula en ambos discursos el tópico de los *trusts* como forma nueva a considerar y que en Rodó se asocia a la materialización de la

plutocracia (43). Asimismo, comparten sin embargo una visión favorable en todo lo que toca a los principios liberales y de progreso del modelo estadounidense, y lo mismo puede decirse del culto a la ciencia, tanto en Ugarte como en Rodó, quien hace primar en ella un supuestamente “desinteresado anhelo de verdad”, contrario al predominio “de su aplicación utilitaria” (41), en los Estados Unidos. Por último, Rodó y Ugarte coinciden en su preocupación por la influencia o *conquista moral* norteamericana, que ven como una consecuencia de la exaltación que podía suscitar la prosperidad material. Sin embargo, la visión de Ugarte se presenta como más concreta, lo que puede verse en su denuncia de la política exterior del Norte y, a partir de esto, en la propuesta de soluciones pragmáticas tales como las alianzas intracontinentales, que hemos venido analizando. Rodó, por su parte, excluye cualquier especulación geopolítica respecto del subcontinente, basando su programa en la voluntad y acción de un grupo generacional, capaz de encabezar la rectificación moral (su “visión de esa América regenerada”- 51), a partir de los “evangelios” espiritualistas de la “delicadeza”, la “inteligencia” y el “desinterés” (50).

El tercer aspecto en que pueden señalarse puntos de contacto entre los discursos de Rodó y Ugarte, está vinculado a sus intentos de asignar, al amparo de una retórica latinista, un destino para *la América latina* en consonancia con Occidente. En ambos intelectuales aparece, en efecto, una construcción simbólica del destino americano como tierra de promesas que, merced a su juventud, puede llegar a producir una refundación de las sociedades europeas mismas. Este aspecto no ha sido desarrollado por la crítica sobre *Ariel*, tal vez porque en ese caso no se trate, a diferencia del proyecto ugaritano, de un programa explícito, marcado por el planteamiento de acciones estratégicas basadas en el principio de soberanía nacional, tales como el desarrollo de comunicaciones entre los países situados al sur del río Bravo, con vistas a la unión entre naciones, o el privilegio de un cálculo pragmático en las relaciones con los países industrializados. Sin embargo, si leemos con detenimiento los dos últimos capítulos del ensayo rodoniano, no sólo encontramos la exaltación de Ariel como símbolo de razón, idealidad y “sentimiento superior” (53); también se lee la necesidad de que todo habitante de la “América contemporánea” que aspire a la propagación de dicho ideal,

sepa “educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir” (50); y por último, el subcontinente se presenta como un lugar de concretización final del sueño civilizatorio plasmado en la figura de Ariel. De este modo, Próspero invita a abstraerse del presente mirando un ideal de sociedad futura o proyectando el porvenir que define como “el pensamiento idealizador por excelencia” (52), y a intervenir en él mediante un “esfuerzo”, también definido vagamente como “filosofía moral en el trabajo y el combate” (51). Pero esto va aun más allá, pues tal como adelantamos, el espacio americano, continuamente evocado en el texto, se ve asignado un futuro auspicioso:

Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndooos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; [...]. *Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que ¡la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!* (Subrayado nuestro -55)

Queda declarada una confianza en el destino americano como el lugar elegido, casi podría decirse, por Historia misma, y sus *fuerzas evolutivas*. En el cierre, surge además una narración del ensueño, con inflexiones romancistas y saturada por las referencias espaciales (el cielo, la estancia, la luz, el rocío, la “noche de estío”, la tierra). Los jóvenes se han despedido del maestro y, al regresar a sus casas, pese a que en las calles acecha la “muchedumbre [que] les devolvió a la realidad que les rodeaba” (55), alcanzan a elevar su mirada hacia el cielo, por encima de la “multitud” y logran ver las estrellas: primero “Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz;” luego “Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo;” hasta que el Crucero parece marcarles el camino. En ese momento, el narrador evoca nuevamente a América, expresando cierta confianza en su destino: “el Crucero, cuyos brazos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza... (55).

Tanto en la imagen del “pedestal definitivo” de la Cordillera para plantar la estatua de Ariel, como en la estrella Crucero, exclusiva del Hemisferio Sur²⁷⁶ simbolizando el sueño regenerador, se configuran un modo de nombrar y pensar el destino continental que pone de relieve la sostenida confianza en el *progreso humano*, y la necesidad de muchos intelectuales, en los que se cuenta tanto a Ingenieros como Rodó, Ugarte o García Calderón, de inscribir definitivamente a sus naciones modernizadas, en la Historia universal.

3. 3. El capitalismo contemporáneo en el laboratorio. Representaciones de los Estados Unidos en el temprano diagnóstico de Juan B. Justo

En otros tramos de esta investigación hemos indagado el modo en que la práctica del “diagnóstico acerca de Latinoamérica” al decir de Stabb (citado por Marichal) se formuló sobre todo a partir de la matriz evolucionista importada de la biología, y de los discursos en torno a la latinidad y el tópico de su decadencia. Estos adquirieron una significación específica en la región, debido a la necesidad de definir la identidad de los países latinoamericanos en el nuevo estado de cosas mundial: la acelerada modernización de ciertos países de Sudamérica, el crecimiento de los Estados Unidos -ya aceptado por Europa-, y la necesidad de dicha nación de completar su hegemonía económica emergente, a través de la incorporación de territorios que podían proveerle materias primas.

En el caso de Ugarte, el discurso diagnosticador respondió a una heterogeneidad discursiva e ideológica en la que, precisamente, se cruzaban los presupuestos científicistas y latinistas, con doctrinas socialistas. De hecho, la matriz evolucionista, fundante de la confianza en el progreso entendido como vía casi natural de socialización, también formaba parte de los presupuestos del marxismo de la Segunda Internacional (Hobsbawm; Tarcus). En los escritos ugarteanos, puede leerse además, una redifusión de ideas esbozadas por otros intelectuales del continente e incluso un diálogo implícito

²⁷⁶ Crucero es una forma antigua de designar a la Cruz del sur. José Guevara (S.J.), *Historia del Paraguay*, Río de la Plata y Tucumán. de Ángelis, Pedro *Colección de obras y documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*. Tomo I, Plus Ultra: Bs. As., 1969.

con éstas. Así, ciertas zonas de sus reflexiones, tanto en *Enfermedades sociales* como en *El porvenir...*, y en algunas crónicas anteriores ya analizadas, ponen en evidencia su conocimiento de los debates en el interior de la Segunda Internacional respecto del movimiento socialista y las reformas sociales, de las relaciones entre los países socialistas y la cuestión nacional, y finalmente, acerca de la caracterización del capitalismo norteamericano y de la organización política de dicho país.

En cambio, aquella que encontramos en el *Viaje a los Estados Unidos* (1895; 1898) de Juan B. Justo resulta muy disonante si tenemos en cuenta dos contextos de debates en torno a la caracterización de los Estados Unidos hacia fines del siglo XIX: el latinoamericano y el del socialismo europeo. Justo había enviado sus artículos a *La Vanguardia* desde su visita a dicho país, realizada antes de seguir viaje hacia Europa. En éstos, su visión no sólo es anterior al momento en que se fija la tradición antinorteamericana rioplatense, con el efecto catalizador de la derrota española de 1898, como también lo es del libro de viajes de Groussac *Del Plata al Niágara* editado en 1897 por Coni, sino que dista mucho ésta tanto en los temas abordados como en la retórica de estas impresiones.

Como es sabido, una de las grillas más frecuentes de interpretación del mundo pasaba, en el entresiglo, por una indagación del desarrollo de los países y su ubicación en una etapa del rumbo progresivo de la Humanidad. En este sentido, el caso de los Estados Unidos, con su crecimiento industrial y comercial, revelaba un capitalismo en plena expansión, dinámico y fuertemente innovador, despertando una gran curiosidad en sociólogos y economistas dedicados a diagnosticar las tendencias contemporáneas. Esto se sumaba, en el caso de los socialistas europeos, a dos preocupaciones que surgían de su observación del proceso norteamericano, y que desafiaban los cimientos de los primeros: el hecho de que la emigración obrera desde Europa había debilitado su movimiento socialista y la superioridad de condiciones de vida del proletariado norteamericano, que podía poner en cuestión el presupuesto marxiano según el cual el desarrollo industrial acarrearía mayor desigualdad entre capitalistas y trabajadores y por ende, una agudización de la lucha de clases.

En realidad, tal como ha observado Philippe Roger, la identificación de los Estados Unidos con el capitalismo fue tardía en las representaciones europeas de dicho país, en las que había predominado su caracterización como país agrícola con supremacía de la pequeña propiedad. En Francia, sólo en la década de 1890 comienzan a circular las representaciones en términos del “país del dollar-rey”, “plutópolis” o “mundo millonario” (Roger 290) provenientes de viajeros franceses como Johannet (*Autour du monde millionaire -1898*) o Barbier (*Voyage au pays des dollars*, 1893). Lo que más circuló en las representaciones de los Estados Unidos fue, según Roger, el análisis de los emergentes *trusts* en tanto prueba del fenomenal crecimiento de este país como potencia económica que había logrado desplazar a Gran Bretaña, en un momento en que se agravaba la *cuestión social*. Los *trust* interesaron a numerosos periodistas, escritores y sociólogos,²⁷⁷ desde los reformistas no colectivistas del “Musée Social” como Paul des Rousiers (*Les industries monopolisées (trusts) des Etats Unis -1898*), o los liberales como Leroy Beaulieu cuyo libro *Les Etats Unis au XXème siècle* (1904) Ugarte menciona en su estudio de 1911, hasta el conservador Edmond Johanet y antes, *Outre-mer. Notes sur l’Amérique* (1895) de Paul Bourget, uno de los modelos de Rodó.

Entre los socialistas europeos, desde que Marx y Engels habían seguido de cerca el desarrollo de la guerra de Secesión y del capitalismo en los Estados Unidos, este país constituía un objeto curioso, tanto más cuanto que la masiva inmigración de obreros socialistas alemanes a dicho país, había representado una franca amenaza para los partidos europeos. En el caso particular de los *trusts*, Roger señala que el libro de Paul Lafargue *Les trusts américains* (1903) reabrió los debates en el interior del socialismo, al ser éstos descritos como una máquina financiera cuya “científica organización industrial” (Lafargue: V) inauguraba una nueva etapa en las relaciones de producción capitalista. Conmociónaban a tal punto el “mundo capitalista, que dejaban en segundo plano todos los hechos económicos, políticos y científicos de los últimos cuarenta años” (Lafargue: VI). Roger ha observado que Lafargue

²⁷⁷ Cf. el capítulo 8 de Philippe Roger: “L’empire des trusts: socialisme ou féodalité?” (Roger : 290-335).

abría su libro con un epígrafe²⁷⁸ sacado de Marx que presentaba a Estados Unidos como “el país más desarrollado industrialmente, que en este sentido funciona como imagen del propio porvenir de los demás países industrializados” (Roger 300). Para Roger, en el contexto del enfrentamiento entre posibilistas y ortodoxos en la socialdemocracia alemana, lo que Lafargue busca cuestionar a través de su libro es la tesis que Bernstein había formulado en *Socialismo evolucionista* (1899), apoyándose en el caso norteamericano, respecto de la posibilidad de un socialismo paulatino. En efecto, al analizar las buenas condiciones de vida de la clase obrera norteamericana, y haciendo caso omiso de la brutalidad con que se enfrentaban las revueltas de los trabajadores, Bernstein buscaba mostrar que el desarrollo de la economía capitalista en dicho país no había suscitado un movimiento socialista igualmente fuerte. De este modo, intentaba revisar la tesis de las *contradicciones insuperables* según la cual el capitalismo favorecía el desarrollo de las fuerzas destinadas a su superación. El yerno de Marx insistirá, en cambio, sobre los efectos devastadores de la alta concentración capitalista respecto de la clase obrera, cuestionará como artificiosa, en el mismo sentido en que también lo hacía Jaurès, la declarada libertad y democracia de los Estados Unidos, buscando poner en evidencia el poder económico subyacente al funcionamiento de las instituciones políticas.

Este panorama convivía sin embargo con visiones que exaltaban a los trusts como modelos de desarrollo progresivo (en el diario socialista *La Petite République* por Eugène Fournière (1/12/1902) (Roger 318), partiendo de un análisis fuertemente objetivista respecto del carácter inevitable del desarrollo capitalista en el sentido de una socialización de las fuerzas productivas, enfoque cercano al de la conferencia de Ugarte sobre “Las ideas del siglo” (1903), analizada en el capítulo 2.

Por otra parte, muchos socialistas veían con preocupación el hecho de que no se correspondieran del todo el crecimiento industrial con la organización y concientización del movimiento obrero, aunque a la vez, se sabía que las luchas de éste habían suscitado la reacción violenta de la

²⁷⁸ El epígrafe no indica la fuente bibliográfica, y dice: “Le pays le plus développé industriellement montre à ceux qui le suivent sur l'échelle industrielle, l'image de leur propre avenir”. Lafargue, Paul. *Les trusts américains*. Paris: Giard et Brière, 1903.

burguesía, como lo mostraban los sucesos del 1º al 4 de mayo de 1886 en Chicago o las huelgas de Carnegie (1892) y Pullman (1894). A esto se sumaba cierta desconfianza en derivas anarquistas de su movimiento obrero, reforzada por el interés del anarquismo europeo por dicho proceso.

En este marco, es muy reveladora la caracterización de los Estados Unidos realizada por Juan B. Justo durante su paso por dicho país en 1895 pues tanto en los temas abordados como en la retórica, su visión dista de y es anterior a la tradición antinorteamericana rioplatense que se fijará después de 1898. Es incluso anterior al libro de viajes de Groussac, editado en 1897 por Coni. Sólo puede compararse, en ciertos aspectos, con la mirada de Martí sobre los Estados Unidos. Asimismo, algunas observaciones sobre los Estados Unidos son levemente anteriores al interés por su tipo de capitalismo, un debate que será relanzado en 1899, como dijimos, a partir del análisis de Bernstein en *Socialismo evolucionista*. En cambio, veremos que tienen puntos de contacto con *Progress and Poverty* (1879) del norteamericano Henry George.

Para Justo, la “vida” de dicho país “tiene el valor de un experimento”, lo que permite definir su consideración de los Estados Unidos como un laboratorio en el que podrá observarse la “evolución” económica del país en sus formas más recientes, el proceso mismo de su constitución y hasta el sentido de su orientación futura. Este enfoque sigue la línea interpretativa del epígrafe de Marx que Lafargue ponía al comienzo de su libro sobre los *trusts*. Veremos que mediante un detenido análisis de la organización económica, política y social, y de su morfología, Justo busca caracterizar el tipo de capitalismo que allí se desarrolla. En este sentido, puede vincularse a una preocupación teórico-doctrinaria, vinculada a las reflexiones del socialismo europeo. Pero no está ausente otra inquietud, de tipo local, en tanto la observación de los Estados Unidos suponía el diagnóstico de que el capitalismo no sólo se había expandido sino que su centro de gravedad ya no estaba en Europa. A partir de esto, el análisis de las formas de organización que podían desarrollarse en dicha economía agrícola-ganadera, podían ayudar a comprender y prever el rumbo del capitalismo argentino y sudamericano. En este sentido, el hecho de que en 1898, Justo decidiera reunir en un libro breve (de 78 páginas y compuesto por 18 capítulos), sus artículos sobre los Estados

Unidos enviados a *La Vanguardia* y ya editados tres años antes, muestra su intención de intervenir en los debates suscitados en el seno de la elite porteña tras la imposición del protectorado norteamericano en Cuba.

Ahora bien, los criterios de análisis que introduce resultan bien divergentes de los de la doxa antinorteamericana rioplatense a la que ya nos hemos referido. Por un lado, Justo no dedica una sola línea a la política exterior estadounidense, limitándose a proveer a sus lectores, de datos y cifras destinados a probar el crecimiento fenomenal de la industria y el comercio, y también la reciente complejización de su organización social. Hay un interés gnoseológico en el desarrollo socio-económico de dicho país. A través de esto, el autor apunta a mostrar que en él se encuentran las formas emergentes del sistema capitalista. Por otro lado, el caso norteamericano, por su atipicidad respecto del capitalismo europeo, lo lleva a abordar un problema doctrinario tanto más interesante cuanto que le servía para observar oblicuamente el proceso argentino, aunque debe decirse que el estudio no se organiza en torno a un contrapunto de realidades. Finalmente, Justo no recurre al repertorio racista para explicar los rasgos *morales* de la población, omnipresente en tantos otros intelectuales latinoamericanos. Así, “Interpretación económica” (Justo 64) de la sociedad norteamericana, en el pasado y el presente, y demostración de la existencia de un antagonismo entre clases son los dos ejes argumentativos que estructuran sus observaciones.

En primer lugar, entonces, Justo presenta un contrapunto entre dos momentos históricos: aparece recurrentemente, a propósito de distintos aspectos, un contraste entre el pasado y el presente; entre una etapa inicial de acumulación, vista como fase positiva, y una etapa siguiente, negativa, visible en el estado actual de cosas. Justo señala que es en ésta última que surgen las contradicciones: durante su viaje, va constatando una falta de armonía entre la prosperidad económica y las instituciones, que no han logrado modernizarse con la misma celeridad que la del progreso material. Así explica por ejemplo, que las formas republicanas, muy innovadoras y libres en la primera fase, se hayan vuelto conservadoras en el presente, marcado por

“anomalías y conflictos en el cuerpo social” (4).²⁷⁹ Al examinar las causas del fenómeno de “centralización” industrial y agrícola, también traza una línea divisoria entre el presente de destrucción de los artesanos y pequeños capitalistas” (15), aniquilados por la competencia salvaje, y otros tiempos en que ésta, “aun bajo el régimen de la propiedad privada de los medios de producción, tiene que haber sido benéfica”, situación que parece explicarse por la fase expansiva del capital (“mientras hubo para todo el mundo la posibilidad de trabajar con provecho, mientras las empresas industriales y comerciales fueron de proporciones moderadas...”, aclara Justo-15). Este contraste de épocas (expresado en recurrentes locuciones temporales) organiza todo el cuadro que va trazando, tanto en lo económico como respecto de la política y las instituciones:

La esclavitud es incompatible con una técnica industrial superior. A medida que se fue desarrollando el maquinismo, los capitalistas del Norte vieron el enorme obstáculo que ella oponía al desarrollo industrial de una gran parte del país y no teniendo el interés de raza, que tenían los señores blancos del Sud, pensaron en abolirla. [...] Esa guerra grandiosa y enorme estalló en 1867, con el triunfo de los estados del Norte y la abolición de la esclavitud.

Hasta entonces, la historia de los Estados Unidos es la historia de un gran pueblo. Grandes intereses nacionales son el móvil de su política. [...] *Hasta entonces*, la verdad y la energía hacen la grandeza del pueblo norteamericano, son la característica de sus héroes, le dan su superioridad moral.

¿Y ahora? (65 –cursiva nuestra)

[...] [La] contemplación [del Capitolio] evoca el recuerdo de los que fundaron la gran república, cuyos talentos y virtudes fueron dignos de la historia clásica.

Sólo con tristeza se vuelve a la realidad. Hoy, en ese grandioso templo de la política, no hay más que apariencia. Dentro de él se albergan la mentira y el fraude, todo lo dominan la ambición rastrera y el interés mezquino.

Ni habrá allí nada mejor, mientras la política norteamericana no sea la expresión de la gran lucha que sólo puede engendrar hoy grandes ideas y grandes sentimientos (74).

La contraposición entre el pasado glorioso (que encierra sin duda una visión teórica y algo esencializada) y el presente de miseria y mediocridad,

²⁷⁹ En su formulación, el análisis retoma la terminología de origen comtiano, recuperado por Spencer, según el cual el progreso económico no había sido acompañado de un progreso en las instituciones, en el orden moral.

está destinado, como dijimos, a demostrar que ha llegado la hora negativa de la evolución capitalista. De este modo, queda desterrada toda “ilusión de que ese país es independiente de las leyes que rigen la marcha actual de las otras grandes naciones civilizadas” (75). Esto alberga, por supuesto, la creencia determinista en que el fin se aproxima, en que las contradicciones se agudizarán inevitablemente. Justo concluye en el final de su estudio que nada puede “imped[ir] que también allí siga su curso la evolución económica” (75).

Por eso, el caso de Estados Unidos, que se le presenta como el tipo más acabado de capitalismo no autóctono, es decir, desarrollado fuera de su lugar de origen, no podía menos que incitar la curiosidad de Justo. En 1895, el dirigente del Partido Socialista argentino aún no había sistematizado por escrito su concepción del socialismo y de la historia, y por entonces sólo llevaba publicados sus artículos en el periódico *La Vanguardia*, creado un año antes. Conocía bien la obra de Spencer y su “‘teorema’[...] de la evolución social del tipo primitivo militar a un tipo industrial definitivo”²⁸⁰ y también *El capital* en su edición alemana (Tarcus 363- 400). De modo que cobran una especial relevancia estas primeras elaboraciones surgidas de su observación *in situ*. De hecho, puede leerse una grilla de interpretación spenceriana, ya desde el comienzo, que lo lleva a relegar a un segundo plano las variables políticas como las “leyes favorables” de su “organización política nueva” (4) y a vincular el “rápido desarrollo económico” de los Estados Unidos con factores derivados de la revolución industrial:

Pronto el carácter prominente del país comenzó a ser su rápido desarrollo económico, *atribuido principalmente entonces a la bondad excepcional de sus leyes. Pero ese desarrollo ha coincidido con el enorme crecimiento de la industria y del comercio universales*, bajo la influencia del vapor y de las máquinas. *Estos, pues, han sido los verdaderos factores del rápido aumento de la riqueza* en los Estados Unidos, favorecidos en su acción por las condiciones especiales de este gran país, entre las cuales hay que contar, por supuesto, leyes muy adaptadas a su objeto (Justo 3 – cursiva nuestra).

La descripción atiende a las condiciones objetivas, interpretadas como únicas respecto de las del resto del mundo, y cuyo origen es percibido como

²⁸⁰ Cf. el relato autobiográfico de Justo en “El momento actual del socialismo” (1920) citado por Tarcus (376-378).

externo, en tanto Justo lo ubica en el envío de población, por parte de “los pueblos de Europa”, a la “conquista industrial de un territorio inmenso” (7). En otras palabras, lo atribuye a la necesidad de expansión económica del capitalismo europeo.

La incorporación de un léxico marxiano moldeado por la matriz evolucionista puede verse cuando Justo explica el proceso de concentración económica con el léxico darwiniano de la lucha entre las fuertes y débiles, descartando que se trate de una mera asociación entre pequeñas empresas y comercios: “Todo lo contrario. La centralización es la consecuencia de la tremenda lucha a que los modernos medios de producción han dado lugar en el campo económico, lucha en que los vencidos han sido precisamente los artesanos y pequeños capitalistas” (15). Por último, la ponderación, por cierto abstracta, del trabajo humano como otro de los “poderosos estímulos a su buena organización” (7), de su “uso con economía e inteligencia”, también tiene ecos inspirados en la teoría marxista, y le sirven para explicar la “fuerza y eficacia” (12) que alcanzó en Estados Unidos. Se trata de demostrar la modernidad del modo de producción norteamericano y con ello, la existencia de una situación nueva y única, de la que pueden, por eso mismo, extraerse enseñanzas y predicciones respecto de la *evolución económica*.

El segundo eje argumentativo, más centrado en cuestiones doctrinarias, apunta a refutar la idea de que el modelo económico estadounidense podía significar una forma buena de capitalismo, capaz de superar aquellas que se conocían en Europa. Justo se empeña en mostrar el revés de miseria y explotación presente en las ciudades norteamericanas, el contraste entre millonarios y obreros, aun aceptando que las condiciones de vida y trabajo del proletariado sean superiores a las del viejo mundo (“La suba de los salarios, durante muchos años, se debió a la escasez de brazos”, explica -35). Si bien en un comienzo, la explotación pudo estar camuflada detrás del progreso, parece decir Justo, ésta existía y podía evidenciarse a través de una observación detenida, que revelaba: la división de la población en tres clases sociales; la emergencia de formas inusitadas como la consolidación de los trusts; la “acumulación de la riqueza en pocas manos” (27); y finalmente la explotación de los trabajadores a gran escala (señalado por ejemplo en la industria textil “de la ropa hecha”), o el trabajo de mujeres y niños.

Justo también indaga aspectos subjetivos de la sociedad norteamericana. Por ejemplo, se detiene en el disconformismo de la clase obrera explicando que “se ha habituado a un género de vida a que no renuncia sino bajo la acción de la más extrema necesidad”. De esta constatación deduce que “de allí nace el desprecio, tan manifiesto en ese país, por los inmigrantes que se contentan con una vida inferior” (35). Asimismo, desarticula la “creencia tan común de que el pueblo norteamericano sólo ha vivido de justicia y libertad” (63), valiéndose de la fórmula comtiana de la política como “resultante de la situación económica y del nivel intelectual de un pueblo”. En el presente -concluye hacia el final de su viaje- resulta insoslayable el estado de “mentira, anarquía y corrupción que ofrece hoy la sociedad norteamericana” (75).

Aquí se enfrenta a un problema doctrinario fundamental para el horizonte de debates de la Segunda Internacional, relativo al aspecto subjetivo de la relación de fuerzas entre las clases, que gira en torno a la debilidad del movimiento obrero organizado y la escasa propagación de las “verdades positivas y generales del socialismo”(70) en un país con semejante desarrollo industrial. Significativamente, la enunciación se vuelve oscilante sobre este punto. Por un lado, el viajero enumera mes a mes, de abril a junio de 1895, las huelgas por aumentos de salarios; expone las condiciones de “empobrecimiento y sujeción” (27); o señala en el penúltimo capítulo el hecho de que “el desarrollo del capital y las crisis repetidas no han podido producirse sin que al lado de los viejos partidos aparecieran otros representando a las clases sociales amenazadas y oprimidas” (66), refiriéndose al éxito del Partido del Pueblo en las elecciones de 1894.

Por otro lado, sin embargo, Justo se pregunta por la escasa importancia numérica del Partido Socialista, y por su “carácter acentuadamente extranjero” (70). No sólo eso, sino que se rinde ante la evidencia de que “el mayor obstáculo a la propagación del socialismo en los Estados Unidos es el estado intelectual del pueblo, cuyas concepciones generales son todavía de orden teológico o metafísico. En política como en moral, la gente subordina su conducta a pequeñas cuestiones que a veces adquieren una importancia verdaderamente ridícula (70)”. Esta explicación deja ver el liberalismo político de Justo, presente en el rol atribuido a lo moral y a las ideas. A su vez, encierra

una preocupación que será una constante en sus reflexiones ulteriores, respecto de la educación de las clases populares y la necesidad de una propaganda adecuada. Por último, puede leerse cierto eurocentrismo en la referencia al segundo estado comtiano, que situaba a los Estados Unidos con un atraso respecto de una etapa evolutiva superior, situable en la Historia europea. Recordemos al respecto su diagnóstico negativo acerca del presente de dicho país. La cuestión inquieta a Justo tanto más cuanto que las similitudes con el caso argentino eran evidentes.

La tensión que señalamos se diluye en el recurso al credo evolucionista que evocará al final del folleto. En efecto, Justo anticipa el futuro, hacia el final del libro, buscando refutar la “ilusión”, a su juicio muy extendida en ese país, según la cual éste podía ser “independiente de las leyes que rigen la marcha actual de las otras grandes naciones civilizadas”. Por el contrario, vaticina que nada puede impedir que “también allí siga su curso la evolución económica [...]”:

La concentración de la riqueza va a hacer cada día más patentes y más activos los antagonismos de clase. El proletariado, cuyas filas se ensanchan día a día, va a sentir cada vez más la estrechez y la inferioridad de su situación, agravada por la competencia cada día más extendida y más viva que reina en el mercado universal” (75).

Además, se apoyará en la necesidad de una propaganda socialista. Pues si bien, para Justo, las condiciones objetivas están dadas, en Estados Unidos, el pueblo no accede a las “verdades del socialismo” debido a una suerte de precariedad intelectual (“el pueblo norteamericano es menos inteligente e instruido, que educado y enérgico” llegamos a leer -77). Así, llega combinar la educación de la clase obrera, condición necesaria de su acceso al socialismo, con un determinismo voluntarista: “una vez que el entendimiento de los trabajadores norteamericanos se abra a las verdades del socialismo, la propagación de éstas será muy rápida, porque ellos todos saben leer y escribir” (76). Las claves de la propagación del socialismo están en la educación, la lectura y la organización: enumera cifras que demuestran el progreso de la educación primaria en los Estados Unidos, y señala la existencia de buenas bibliotecas públicas como elemento decisivo para la “regeneración intelectual” de su población. Finalmente, valora positivamente

sus hábitos intelectuales arraigados, como la disciplina, el libre examen, el respeto por las decisiones de la mayoría, entre otros ideales clásicos. No tarda en vaticinar que “propagada que esté en los Estados Unidos la doctrina socialista, en ninguna parte más pronto que allí va a traducirse en hechos” (76).

Tal como hemos anticipado, al indagar en el capitalismo norteamericano y la situación del proletariado, Justo se adelanta incluso a los debates del socialismo europeo de la primera década del siglo XX sobre los Estados Unidos.²⁸¹ Téngase en cuenta por ejemplo, que el libro de Bernstein *Socialismo evolucionista* mencionado al comienzo de este capítulo, que dio lugar a una polémica con Lafargue, fue publicado en 1899. Allí el socialista alemán examina el caso norteamericano para afirmar la posibilidad de un pasaje sin revoluciones hacia el socialismo poniendo en cuestión una de las tesis clásicas del marxismo y donde señala que el crecimiento económico norteamericano no había sido acompañado por un movimiento obrero igualmente poderoso.

Entre los antecedentes socialistas relevantes que abordan aspectos de la economía norteamericana, puede mencionarse sobre todo *Progress and Poverty* de Henry George, el dirigente y candidato neoyorquino del United Labor Party en los años 1870. El análisis de Justo converge con George en el modo en que subraya las contradicciones del progreso social y el carácter ineludible del antagonismo entre clases sociales.²⁸² En este libro publicado en dicho país en 1879 y al año siguiente en Londres (donde se vendieron 300.000

²⁸¹ Philippe Roger (313-322) menciona la aparición, posterior al libro de Bernstein, de *Les trusts américains* (1904) de Jules Lafargue, en respuesta al socialista alemán; *Le peuple du XXe siècle* (1903) del anarquista Urbain Gohier; del libro de Werner Sombart de 1906, *Warrum gibt es in dem Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* [¿Por qué no existe el socialismo en los Estados Unidos?]; el de H. G. Wells, *The future in America: a Search for realities* (1906). Entre otros socialistas europeos que viajaron y conocieron a los militantes obreros norteamericanos entre 1871 y 1880, Roger hace mención de los hermanos Wilhem y Karl Liebknecht, Bebel, Hyndmann y Aveling, el cuestionado yerno de Marx. Jean Longuet, el nieto de Marx, publica un artículo en noviembre de 1902 en *La petite République*, “Aux Etats-Unis”, en el que define a dicha sociedad como un “gran laboratorio social” retomando, según Roger, la metáfora del viajero francés de mediados de siglo XIX Philarète Chasles.

²⁸² Habida cuenta de la gran difusión del libro de George, de sus sucesivas ediciones cuantiosas (tuvo varias ediciones en castellano, la primera en 1893), es altamente probable que Justo conociera sus ideas. Agradezco a Horacio Tarcus los datos sobre la presencia de las ideas de George en Argentina (tanto en Alfredo Palacios como en Quesada). Según Tarcus es inevitable que Justo conociera las tesis de George, por su coincidencia en varias ideas como la defensa de la *cuestión social* y la centralidad atribuida al problema de la apropiación privada de la tierra como causa de la pobreza.

ejemplares), George intenta responder a la pregunta sobre por qué pese al aumento de la producción, los salarios tendían a no garantizar las condiciones de vida, para lo cual sostiene que se apoyará en el estudio de los hechos antes que en investigaciones “de biblioteca”.²⁸³ Busca refutar en base a dicha observación, las tesis de Malthus que lo explicaban por el crecimiento poblacional. Haciendo confluir “las escuelas de Smith y Ricardo, con las de Proudhon y Lassalle” (XIV), encuentra en el progreso material, o “aumento de la renta”, las causas de la mayor pobreza, y por ende, el punto del que debía partir el “remedio”. Un aspecto central es para George el de la propiedad privada que, por dar lugar a las rentas, es el principal generador de desigualdad y de miseria, por lo que debe ser transformado poniéndolo en común. Para esto, propone que el reconocimiento del derecho común a la tierra no implica “el combate [ni] el despojo” sino que puede implementarse mediante un fuerte impuesto sobre la renta y la “abolición de todos los impuestos salvo el de la tierra”: “Un examen de los efectos de los cambios propuestos muestra que éste haría aumentar enormemente la producción, traería justicia en la distribución, beneficiaría a todas las clases y haría posible el avance hacia una civilización más elevada y noble” (George, *Progrès et pauvreté*, XII). En las conclusiones de su estudio, dirá que para prevenir contra los signos de retroceso debe “identificarse la ley de la vida social con la gran ley moral de la justicia” (532 y ss.). Para George, la razón última y universal del progreso, no está en el mero avance material sino en su orientación hacia la igualdad, que identifica con la justicia, de tal modo que debe evitarse la degeneración de este sentido evolutivo hacia la distribución desigual de las riquezas, lo que ocurre cuando las sociedades dejan a las fuerzas materiales en un completo *laissez-faire*. De allí la necesaria intervención del Estado.

George y Justo coinciden además en el modo en que se legitiman a través de una insistente referencia al trabajo de campo, a la observación y recolección de cifras. Justo sostiene coherentemente la posición del estudioso observando en el laboratorio, apoyada en una retórica informativa. A tal punto que están borradas las marcas axiológicas y los tonos aleccionadores respecto de posibles “vicios” a corregir, un rasgo que también lo aleja de los

²⁸³ Consultamos la edición francesa de 1887 ([http://: gallica.fr](http://gallica.fr). 4/02/09). Cf. Prefacio.

intelectuales que venimos leyendo. Esto se evidencia por ejemplo en el hecho de que Justo no se valga de los parámetros dominantes de la sociología positivista. Sólo en último plano, figura, por ejemplo, la explicación en términos del origen anglosajón de los norteamericanos, lo que también coincide con la revisión epistemológica que hace George de los modelos basados en las distinciones raciales. En efecto, George afirma que el cambio de enfoque propuesto por él acerca de la dinámica del progreso lleva a revisar la “idea muy extendida de que el progreso social sólo se puede alcanzar mediante un lento mejoramiento de la raza”, pues en su opinión ese modelo vuelve a los hombres “insignificantes” (529). Así, llega a postular que las diferencias entre “civilizaciones” no se deben a diferencias entre individuos sino entre modos de organización social, una de cuyas leyes es la de que el progreso se alcanza mediante la asociación entre los sujetos. En cambio, resulta necesario frenar un movimiento retrógrado que nace en la vida social al desarrollarse la desigualdad.

Por último, a lo largo del folleto de Justo, tal como lo notamos a propósito de sus ideas sobre la *instrucción popular*, puede reconstruirse un tipo de mirada en espejo que interpreta a través del caso norteamericano, aspectos de la sociedad argentina. Esto puede verse sobre todo en el señalamiento de las razones del crecimiento extraordinario de la economía, en sus comentarios sobre los procesos inmigratorios y los modos de apropiación de la tierra.

Aunque la comparación sea acotada, ésta aparece por ejemplo cuando Justo enumera las circunstancias favorables a la prosperidad de Estados Unidos: en el origen, figura la recurrente variable racial, en el señalamiento que hace Justo acerca de los “61 millones de personas de raza blanca de origen europeo, 7 millones de negros concentrados en los Estados del Sud” y “250.000 indios sometidos”. Sin explicitarlo, Justo contrasta luego otras circunstancias con las del Viejo Mundo y por último, con Sudamérica: destaca por un lado la ausencia de “trabas feudales”, de “todo militarismo” y su carencia de “colonias que defender”, donde se puede leer el presupuesto de un desgaste de fuerzas en detrimento del progreso; por otro lado, cuando alude comparativamente a los países sudamericanos, aparecen sintéticamente varios de los temas ideológicos y políticos del Partido Socialista en formación: el poder político en manos de la oligarquía, la inmigración, el reclamo por su

nacionalización y su carácter progresivo y la necesidad de que los sectores populares adquieran formación política. Así, Justo contrasta la situación estadounidense con “las convulsiones políticas de los países sudamericanos donde la clase gobernante ha luchado dividida en facciones, por el privilegio de oprimir a una clase inferior, ignorante y débil o donde, como en la República Argentina, una numerosa y activa población extranjera se mantiene fuera del organismo político del país” (5).

Más allá de esto, no cabe duda de que dicha indagación está dedicada, exclusivamente, a comprender la lógica capitalista en sus formas más novedosas. Así, desde las primeras líneas de *En los Estados Unidos*, Justo va presentando un panorama negativo del presente, marcado por “anomalías y conflictos en el cuerpo social” (4), después del auge de desarrollo de las fuerzas productivas. Son estas contradicciones las que explican el hecho de que “el pueblo norteamericano reclam[e] de nuevo la atención del mundo. Su vida tiene el valor de un experimento” (5). Resulta evidente el mecanicismo de su perspectiva, volcada al rastreo de censos, cifras y acontecimientos para aislar las condiciones objetivas y confirmar así la inexorabilidad de las *leyes de la evolución económica*. El aspecto más disonante respecto de los discursos antinorteamericanos que venimos analizando, reside en que el texto se limita a demostrar esa tesis, sin desviarse hacia problemas coyunturales. Resulta entonces significativa la ausencia de toda mención al carácter expansionista o a la doctrina Monroe. En este sentido, su discurso está despojado de cualquier componente mesiánico y se entronca exclusivamente con los modos de intervención intelectual anclados en las tradiciones del socialismo doctrinario.

El capítulo que David Viñas (*Viajeros argentinos...* 229- 240) dedica al viaje de Justo merece consideración, en primer lugar porque parte de una comparación entre Ugarte y Justo. Viñas cuestiona en particular, la contraposición que hizo Norberto Galasso entre las posiciones antiimperialistas de Ugarte y su propuesta de unificación latinoamericana, y las consideraciones de Justo, a las que éste último califica de “dispare”. Viñas discute esta valoración de Justo, por considerar que descontextualiza las impresiones de éste último y desatiende a los matices. El contexto que repone Viñas en su análisis del libro de Justo, es el del “positivismo”, que ve en la tendencia justiana a evaluar el progreso norteamericano en base a la acumulación de

cifras y estadísticas. Asimismo, observa la gravitación del marco segundointernacionalista en la visión de Justo respecto del acecho de las empresas concentradas sobre los medios de vida de las clases medias (los pequeños productores y comerciantes), fenómeno que analiza en términos del “clásico dualismo del socialismo democrático: ‘alma utópica’ /*alma realista*” (Viñas 236). También rechaza por innecesario el establecimiento de una “simetría” entre los dos hombres, aunque caiga un poco en ésta al refutar a Galasso señalando la pertenencia de Ugarte a las elites argentinas y al contraponerlo con el origen inmigrante de Justo.

En segundo lugar, la comparación no indaga en condiciones más generales de existencia de los discursos que permiten dar cuenta del carácter inconmensurable de las perspectivas de Justo y Ugarte en ambos discursos sobre Estados Unidos; en el caso del dirigente socialista, la sociedad norteamericana es evaluada en clave economicista spenceriana, sumada a un “determinismo tecnológico” de inspiración marxiana, según un análisis exclusivamente detenido en la lógica interna del desarrollo de las fuerzas productivas en los Estados Unidos, y en este sentido, comparable a la lectura de Lallemand (Tarcus 204). Viñas parece detenerse sólo un aspecto de la interpretación de Justo, al constatar su “positivismo social” (230) vinculándolo, sin ahondar en precisiones, con el socialismo kautskiano, o al señalar cierto darwinismo social en su visión de la lucha entre pequeños y grandes empresarios. Sin embargo, no termina de insertar la perspectiva de Justo estrictamente en la problemática doctrinaria a la que ya nos hemos referido, propia del socialismo de la época, la que permite comprender, entre otras cosas, los intereses en juego en la difusión de su discurso. Esto explica la omisión por parte de Justo, de referencias a las relaciones diplomáticas y económicas entre los países centrales y los periféricos. En el caso de Ugarte, en cambio, su perspectiva se entronca en una tradición que inevitablemente Justo conoce y prefiere omitir: como hemos visto, la caracterización ugarteana de la política exterior del Norte en términos de *peligro yanqui*, se inscribe – aun con matices propios, marcados por una mayor politización de los desafíos- en los discursos rioplatenses que circularon en torno a las conferencias panamericanas y tras la invasión a Cuba.

En síntesis, los artículos que Justo había enviado desde Estados Unidos a *La Vanguardia* en 1895, respondían a una voluntad de diagnosticar el estado presente de la producción capitalista norteamericana y las relaciones sociales que ella implicaba porque permitía proyectar desde ahí la tendencia hacia donde se dirigían las restantes economías. Esto revela una preocupación teórico-doctrinaria significativa para el socialismo local en tanto le permitía interpretar la economía argentina. Como observamos antes, las reflexiones de Justo se enmarcan en los análisis de George e incluso, se adelantan a los estudios de otros marxistas como Bernstein o Lafargue.

A su vez, la fecha de edición de *En los Estados Unidos*, en 1898, constituye un segundo momento en la difusión del análisis de Justo. Esta puede explicar incluso la intención de dar un formato de libro a los artículos de 1895 y se origina en una voluntad de intervenir en los debates rioplatenses en torno a los Estados Unidos que impugnaban dicha sociedad desde posiciones espiritualistas, preocupadas por su supuesto “plutonismo”, por la democracia de masas de la que dicho país era exponente. En algunos casos, las alarmas de hicieron también en defensa de la identidad *latina* de los países al Sur y en otros, como el de Ugarte, se llegaba a señalar el peligro imperialista. Habrá que esperar unos años para encontrar referencias de Justo a la política expansionista de Estados Unidos en Centro y Sudamérica.

Una de la primeras menciones a dicha amenaza figura en un artículo que Justo publica en *La Vanguardia* el 11 de enero de 1902, con motivo del encarcelamiento de obreros portorriqueños en huelga por un aumento de salarios y exigiendo su pago en la moneda estadounidense, que había sido instituida tras la ocupación de Puerto Rico, para las relaciones comerciales en dicho país. En “El imperialismo en acción.- Contra los obreros de Puerto Rico”,²⁸⁴ Justo se refiere al “espíritu de dominación y conquista” (Justo, *Internacionalismo y Patria*, 223) reinante en Norteamérica “en la actualidad” para explicar sus actos de sometimiento “imperialistas”, en términos similares a los que proponía Ugarte en sus artículos de 1901 “El peligro yanqui” y “La defensa latina”. Allí Justo recurre también a la matriz racialista, al vincularlos

²⁸⁴ Justo, Juan B. *Internacionalismo y Patria*. Buenos Aires, Claridad, 1941.

con la consideración de los portorriqueños, por parte del “gobierno yanqui”, como “raza inferior” (222). El caso de Puerto Rico, que lee en clave indicial, pues propone tomarlo como “lección” para los sudamericanos, le permite precisamente llevar la discusión hacia un terreno de confluencia entre conflicto gremial y nación: en efecto, cuando observa que el gobierno norteamericano “ve en el movimiento obrero el embrión del nacionalismo portorriqueño”, está sugiriendo que la defensa de los intereses de clase puede tener un punto de encuentro con los intereses nacionales, de defensa de la libertad política, en que el movimiento obrero cumple un papel protagónico. Justo puede, de este modo, discutir posiciones internacionalistas ortodoxas y recuperar el concepto de patria en clave socialista:

Y los que vemos en la Patria ante todo a los hombres que la habitan, y ciframos nuestro patriotismo en la holgura material y la elevación mental de nuestros conciudadanos, no seamos indiferentes a las cuestiones de política externa. Nuestros gobiernos son muy malos: esforcémonos por mejorarlos mediante el voto y, *si es necesario, mediante el fusil*. Pero pensemos que sería aún mayor calamidad la dominación extranjera.

Si el imperialismo norteamericano, inglés o alemán quisiera tratarnos como a Puerto Rico, bueno sería ofrecerle alguna resistencia. Hay que frecuentar los ‘stands’” (224 –cursiva nuestra).

Su conclusión va aun más lejos pues imagina una sublevación popular frente a ambiciones expansionistas de los países centrales con influencia en el Continente. Así, considera incluso la posibilidad de una resistencia armada, de allí su sugerencia de practicar tiro en los ‘stands’. Como se ve, el recurso a la violencia armada, del que tanto intentaban demarcarse los socialistas, en su oposición a las prácticas anarquistas, reemerge significativamente aquí, autorizado en la lucha por la soberanía nacional a la que se le asigna un rol vanguardista, sólo asumible por la clase obrera.

Otro artículo del 27 de octubre de 1906 publicado por Justo en *La Vanguardia*, resulta revelador acerca de sus intentos de ensayar caracterizaciones de la intervención imperialista en países periféricos, más allá de recurrir a una interpretación económica respecto de la “colonización capitalista sistemática” (Camarero Herrera 18). En efecto, el título mismo, “Lucha de razas” (Justo, *Internacionalismo...*230), sugiere ya un

amalgamamiento de ideologías, en el que la innovación semántica hecha a partir del concepto clásico del marxismo científico, aparece como una forma de explicar por un lado, los “prejuicios” en torno al sentimiento de superioridad de la *raza blanca* -los europeos y norteamericanos-;²⁸⁵ por el otro, las acciones persecutorias respecto de poblaciones de negros en Cuba y África o indígenas en Asia, sometiéndola a la grilla de interpretación marxiana. Justo parece rendirse ante la evidencia, avenirse a aceptar una situación de hecho, esto es la “pesada y dolorosa [...] dominación extranjera” (231) como modo de explotación, con contornos difícilmente asimilables a un sentido progresivo:

Y en esta tenacidad en la opresión, vemos aún a gobiernos de origen civilizado retroceder a los procedimientos más atrasados y más bárbaros. Hijos de la libre Inglaterra son los que exterminan tribus enteras de negros en Natal [...], los que persiguen a los niños que en las ciudades de la India entonan el himno patrio “Bande Mataram” (¡Salve, oh Madre!), que augura la libertad nacional. ¡Hasta qué punto son relativos los sentimientos y los conceptos sociales!

...El pueblo británico, celoso de los fueros individuales, cultor del “habeas corpus”, da a Egipto gobernantes que levantan ostensiblemente la horca antes de dictada la pena de muerte.

... Los alemanes han reglamentado prolijamente la conservación de los elefantes y las jirafas en sus colonias de África, cuya población negra extinguen por sistema, matando a sangre y fuego o de hambre y sed, hasta las mujeres y los niños. (231)

Así, al referirse a los “antagonismos de razas” en este artículo de 1906, traslada de un modo novedoso la lógica de la explotación capitalista al plano mundial, incurriendo incluso en contradicción con sus propios análisis, a los que ya nos hemos referido, más tributarios de una mirada determinista y objetivista respecto del ineludible curso del “progreso social” a nivel planetario, que se manifestaba en las formas más pujantes de capitalismo. El colonialismo está representado como barbarie y sus modos de dominación adquieren un carácter múltiple, donde Justo suma a la “brutalidad militar [...], la avidez del capital y los prejuicios del pueblo” (232). Como en otros aspectos, es la ubicación periférica de este dirigente la que lo lleva a ensayar modos de análisis inusuales ante las realidades distintas de los procesos europeos.

²⁸⁵ Se pregunta entonces “¿Qué administradores para Cuba podrán salir de un país donde mezclarse al negro es la acción más indigna que pueda cometer un hombre blanco, falta tan grave contra los prejuicios corrientes que se la paga muchas veces con la vida?” (230)

Por otra parte, en su artículo sobre el imperialismo en Puerto Rico, Justo recupera la noción de patriotismo “amplio” (223) y lo opone a otro “más estrecho”, también mencionado en otras intervenciones como “vulgar” (105). Este patriotismo socialista se presenta como una concepción capaz de articular la dimensión local/nacional de la lucha política con su aspecto reivindicativo, como si la primera pudiera conferir un carácter *práctico* a la lucha por condiciones de vida más justas para los sectores populares. Cabe observar, además, que tales condiciones aparecen como la base necesaria para la constitución de sujetos *humanizados* por acción de la cultura (“la holgura material y elevación mental...”).

La argumentación de Justo apunta hacia dos direcciones: por un lado, a señalar los peligros del imperialismo y el rol de las naciones periféricas frente a él. Por el otro, se evidencia una táctica hacia el interior del Partido Socialista, y en particular respecto de los militantes de origen europeo, tendiente a redefinir el internacionalismo propio de la tradición socialista anclada en la historia de las Internacionales. Este será precisamente el nudo del disenso entre Ugarte y *La vanguardia* que analizaremos en el próximo apartado. En efecto, en su creencia internacionalista, los viejos militantes miraban con desconfianza el patriotismo dominante y sus sentidos belicista, proteccionista y asociado a la liturgia eclesiástica, al que veían como forma de la ideología burguesa que ocultaba la lucha de clases detrás de supuestos intereses comunes de todos los miembros de una nación.²⁸⁶ Estos temas constituyen líneas de tensión solapadas o secundarias dentro de la dinámica partidaria. Resultará pertinente analizarlas, teniendo en cuenta que el propio Justo mostró posicionamientos ambivalentes frente a la cuestión “patriótica”, y también que en ellas se originó, como dijimos, la controversia de Ugarte con el Partido Socialista, la que terminará en su expulsión.

²⁸⁶ Otro artículo interesante en este sentido es el que dedica al “Patriotismo” (*Internacionalismo y Patria* 224-226; 22/03/1906), donde discute con una proposición elevada al Congreso de 1906 del Partido sobre la “propaganda antipatriótica”, que seguramente provenían del ala internacionalista del PS de la Argentina (Cf. Camarero). Justo afirma su uso “sobrio” del término, y a menudo “en sentido irónico” pero se opone a que el tema sea tratado pues sería para él un error promover actividades contrarias al “país en que se vive” (226), las que compara con “el estado mental que conduce al suicidio”. Así, no sólo redefine el término en un sentido positivo, de preocupación por hacer “el bien social” en el país y de tender a “corregir lo malo”; sino que, además, invita a que se debata en el congreso la naturalización de los extranjeros, con el argumento de que así es como “mejor contribuimos al bien universal” (226).

3. 4. Patriotismo “sano” o internacionalismo proletario: Ugarte, Justo y *La vanguardia*

Estos sentidos y el modo en que los socialistas los vivían como dilema, pueden verse en una nota anterior de Justo en *La Vanguardia*, sobre “Las fiestas nacionales”, del 6 de junio de 1896. Allí el dirigente comenta la decisión de la Sociedad de Trabajadores de Tolosa de no participar en los desfiles patrios del 25 de Mayo de aquel año. Si bien apoya la postura, aprovecha la ocasión (así lo afirma el propio Justo) para “dilucidar la actitud del proletariado militante respecto de las fiestas nacionales en general” (Justo, *Internacionalismo...193*). Si bien concede la primacía que debían tener las fiestas propias de los socialistas frente a las otras, denostadas por su carácter oportunista y burgués y hasta antipopular, pone un límite a tal posición:

Pero de ahí a creer que el internacionalismo destruye todo sano sentimiento de nacionalidad y pensar que no ha habido hasta ahora en la historia ningún fausto acontecimiento hay mucha distancia.

Los proletarios franceses tienen que admirar la gloriosa revolución de 1789, que destruyó los privilegios feudales, emancipó las inteligencias y allanó el camino de la igualdad política.

[...] La independencia argentina ha abierto este país igualmente para todos los europeos, nos ha librado siquiera en parte del clericalismo que todavía hoy aplasta con su peso enorme a la inteligencia española, y muy probablemente ha contribuido a un progreso económico más rápido, tan absurda ha sido siempre la política colonial de España (193- 194).

Justo cierra su argumentación precisando que la posición a adoptar respecto de las conmemoraciones de fechas de la historia nacional, responde “más a una razón táctica que de principios” (194). De este modo, resulta significativo que en el proceso de consolidación del Partido Socialista argentino, Justo apunte a saldar las contradicciones entre internacionalismo proletario y preocupación por asuntos nacionales, proponiendo superarlos mediante una universalización de las luchas locales: inserta las reivindicaciones políticas y locales en la lucha que llevan, paralelamente, los proletarios de cada país, por idénticos intereses e ideales o por la búsqueda

del “bien social [...] donde vivimos y trabajamos”, como dirá en un artículo de marzo de 1906, adelantando uno de los temas del Congreso de dicho año, sobre la naturalización de los extranjeros.²⁸⁷ Se trata de superar el internacionalismo convirtiendo a la clase proletaria en un particular *universalizable*, a partir de lo cual la lucha de los movimientos obreros de cada país sería a la vez la de todos los movimientos obreros, donde cada uno contribuiría, desde su lugar, a la evolución general. En todo caso, queda relegado hacia el porvenir el momento en que quizás puedan ser abolidas las fronteras geopolíticas vigentes.²⁸⁸

En otra intervención, reseñada en un artículo sin firma publicado en La Vanguardia del 8 de enero de 1897 (“Pro Cuba libre. En el Centro Socialista de Estudios”, Justo, *Internacionalismo y...* 105-109), Justo retoma esta reflexión y acuña el término de “patriotismo vulgar”. En este artículo que refiere un debate entre Justo y Carlos Malagarriga, sucedido luego de la conferencia de éste último, el reseñista menciona la refutación justiana de la idea de patria desarrollada por el conferenciante; haciendo suyas las palabras del dirigente socialista, el autor del artículo se detiene en el valor ficticio que éste otorga a las diferencias entre los hombres derivadas de sus orígenes, y argumenta que otras diferencias más “reales”, como las de clase, oponen a los hombres en la época presente y determinan el curso del progreso social de la humanidad. Este primer argumento, entonces, define como elementos regresivos, propios de tiempos pasados, otras diferencias que tal vez anteriormente hayan tenido su sentido histórico, y se acerca a la creencia internacionalista dominante, más tradicional, del socialismo decimonónico:

Y hoy menos que nunca, y un socialista menos que nadie, puede buscar el progreso en el juego de las preocupaciones patrióticas, cuando en el mundo entero civilizado está planteada la lucha de clases [...] diferencia y contraste frente a los cuales desaparecen

²⁸⁷ “Patriotismo”, *ibid*: 226.

²⁸⁸ Puede citarse a modo de ejemplo el fragmento de una conferencia de 1898 sobre la “Teoría científica de la historia y la política argentina” (Justo, *Internacionalismo y patria* 105): “Amo el país en que vivo [...]; una viva simpatía me une a todos los que aquí trabajan y luchan, y para ellos deseo la vida de los hombres fuertes, inteligentes y libres; [...] me llamo argentino, y quiero que éste sea el nombre de un pueblo respetado por sus propósitos sanos y sus acciones eficientes; veo que todavía cada pueblo tiene una bandera, y deseo que, *mientras la humanidad no tenga una, la argentina o la sudamericana flamee en estas tierras*” (Cursiva nuestra).

las distinciones de frontera, de lengua o de raza, lucha en que se unen los trabajadores del mundo entero (106)²⁸⁹

Así, el “patriotismo vulgar” está evaluado como “causa de debilidad y atraso”, que ha dejado de cumplir la función que antes pudo haber tenido, “cuando las colectividades humanas no podían ser determinadas por claros principios económicos” (108). Esta idea da sustento a una segunda línea argumentativa en que reconocemos la preocupación de Justo relativa a la nacionalización de los extranjeros. En efecto, el autor del artículo se refiere a la necesidad de “unión y cooperación más completa entre argentinos y extranjeros que tengan iguales intereses que defender...” (108), a propósito de lo cual celebra la “actitud [...] de los trabajadores socialistas que, despreciando toda preocupación patriótica, han tomado carta de ciudadanía y se han incorporado a la vida política del país en que viven” (107). La guerra de independencia de los cubanos contra España, que había motivado el debate y dado su título a la nota de *La Vanguardia*, recibe escasa mención, y ha quedado lejos en la exposición de las ideas; de este modo, puede verse que el debate en torno al patriotismo derivaba en cuestiones que resultaban más urgentes a los socialistas argentinos de entresiglos.

Entonces, si bien no resulta evidente la vinculación lógica entre los dos argumentos principales que intentamos reconstruir, éstos aparecen conjugados en el análisis: el carácter progresivo de la lucha de clases como único elemento distintivo entre los hombres – en tanto vector del “progreso social” (106)- y, en ese sentido, moderno, por uno lado, y la unidad de obreros locales y extranjeros en el interior de una misma nación, por otro lado, se presentan como ideas solidarias entre sí. Esta articulación casi ad-hoc, queda sintetizada en la proclama final del artículo, en consonancia con las líneas del Programa socialista: “*queremos el bienestar y el progreso de la humanidad, y por él luchamos cuando defendemos nuestros intereses de clase, y contribuimos a la prosperidad y al desarrollo del país en que vivimos*” (109 – cursiva nuestra).

²⁸⁹ Debe aclararse que el sujeto enunciador de las ideas expuestas resulta ambigüo en el artículo. En efecto, por momentos el reseñista atribuye explícitamente las ideas a Justo pero pasa luego a incluir a un enunciador vago como “los socialistas” y “nosotros” y va borrando las marcas del discurso indirecto (verbos asertivos y sus conjunciones; la tercera persona en referencia a un nombre propio) –además de no incluir ninguna propia del discurso directo-. De este modo, sólo tomamos como propios de Justo, aquellos pasajes del artículo que no contengan ambigüedad.

En este artículo y en los anteriores, las ideas enunciadas por Justo tienen como marco la búsqueda de cierta coherencia en torno al programa partidario que reclamaba por la nacionalización de los trabajadores extranjeros y que se planteaba una estrategia para el campo político local. Ante esto, Justo también encara dos frentes: por un lado la oposición a la Ley de residencia; por el otro, hacia el interior del Partido, su pugna por la construcción de un partido capaz de modernizar el sistema político argentino y que presuponía su carácter nacional.²⁹⁰ Según esta posición, el Partido debía adaptarse a la etapa presente, diagnosticada como de expansión sistemática del capital y causante de las migraciones humanas, proceso que define en otro artículo como de “millones de seres humanos en vías de movilización industrial”,²⁹¹ donde queda claramente expresada su intención de vincular dicho fenómeno a una lógica económica. Precisamente, en un artículo posterior sobre “La inmigración” (*La Vanguardia* 30/03/1915), Justo define las migraciones de obreros como un “fenómeno necesario y sano” y sostiene que “responden a la evolución económica impuesta por nuestra conquista del medio físico-biológico y por el progreso de la técnica” (Justo, *Internacionalismo y...* 109).

Por último, puede observarse que, una vez más, gravita en todos los artículos una interpretación de la historia occidental en clave de progreso, regida por una lógica evolucionista, y ofrece una versión liberal y antidogmática de la historia argentina, valorándola por su carácter moderno. Dicha perspectiva es recurrente entre los intelectuales socialistas argentinos, como lo hemos visto a propósito de *El porvenir de la América latina* de Ugarte, y que también está presente en el nacionalismo cultural de Ingenieros, que según Fernando De Giovanni resultó decisivo en la construcción de una tradición nacional, y se plasmó en el proyecto de la colección La Cultura Argentina.²⁹²

²⁹⁰ Sobre el proceso de constitución del Partido socialista en Argentina, Cf. Camarero y Herrera (op. cit.). Los autores analizan las tensiones en su interior, entre la idea de un partido revolucionario definido por su identidad de clase, y un partido reformista legal, de base pluriclasista en el que el parlamentarismo juega un papel decisivo. Así, interpretan su concepción de “la lucha política como la forma más elevada de la lucha de clases”, lo que explicaría la necesidad de su intervención “científica” en la vida institucional para acelerar el proceso de “evolución económica” de la sociedad argentina (Camarero, Herrera 13).

²⁹¹ “La Patria”. *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1906.

²⁹² “La colección sostendría la idea de que el proyecto de nación desarrollado por los intelectuales posteriores a la Revolución de Mayo de acuerdo a los principios del liberalismo, el cientificismo y el antidogmatismo ideológico, había alcanzado plena realización con la

Lo analizado hasta aquí permite observar una convergencia entre las posiciones de Juan B. Justo y Manuel Ugarte, las que a su vez coinciden con las declaraciones de los Congresos de la Segunda Internacional, en los que ellos participaron activamente como delegados, en 1910 y 1904-1907, respectivamente. Como se sabe, en dichos congresos estuvo en juego, por un lado, el dilema en torno a la acción política con predominio de la lucha clasista y el parlamentarismo, que derivaban de los debates doctrinarios del socialismo alemán, entre marxistas ortodoxos y revisionistas, a los que ya nos hemos referido. Por otro lado, el discurso internacionalista clásico se fue debilitando frente al carácter nacional de las delegaciones, y culminaría en las “unions sacrées” de los campos políticos alemán, francés belga, italiano, esto es los alineamientos de cada partido socialista detrás de su nación de origen, durante la Primera Guerra Mundial, más allá de algunas posturas pacifistas minoritarias detrás de Jaurès, asesinado en el inicio de la guerra, en 1914, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, por eso expulsados de la SPD.

Como analizó Patricio Geli, en cada congreso se tornó hegemónica la aceptación de que la clase obrera se definía por sede nacional, y se asumió progresivamente la “voz del Estado-Nación” (Geli, “El Partido socialista y la Ilda Internacional...”: 142). Para el autor, las posiciones “eclécticas desde lo ideológico”(131), del Partido Socialista argentino, responden precisamente a la necesidad de autodefinirse con una relativa autonomía respecto de las experiencias europeas. Así, por ejemplo, la votación en segunda vuelta, durante el congreso de 1907 en Stuttgart, en favor de la moción parlamentarista de Jaurès, tendiente a autorizar la participación del socialismo en los gobiernos nacionales, le permitía una mayor flexibilidad para “pergeniar estrategias, necesarias para sociedades capitalistas en formación” (Geli 132”).

En este sentido debe entenderse la interpretación sugerida por Ugarte, respecto de las resoluciones de dicho congreso como “forzosamente vagas puesto que tienen que aplicarse a caracteres y países muy diversos”, en un artículo para *La Vanguardia* del 2/09/1908 ([Ugarte], *Manuel Ugarte y el Partido Socialista...* 24). Ese artículo parece estar motivado, en su tono general, por la necesidad de intervenir en uno de los temas debatidos en el Congreso

inmigración europea, la derrota del caudillismo y la imposición de una moral del trabajo capitalista, obra de la Generación del Ochenta” (De Giovanni 139).

mencionado, en torno a la oposición entre el internacionalismo histórico del movimiento socialista (que apelaba a la solidaridad de clase y cuya antinomia era el nacionalismo burgués), y las exigencias nacionales de los diversos partidos europeos. Sin embargo, existe también una motivación local, e interna al Partido. Ésta se vincula, tal como hemos venido analizando, con el proceso de constitución del PS como formación moderna, capaz de intervenir en el campo político nacional representando los intereses del proletariado y reclamando su nacionalización (Tarcus; Aricó; Camarero-Herrera). Así aparece expresado en *La Vanguardia*: "...el Partido socialista Argentino (sic) ha realizado y realiza obra nacional e internacional. En nuestro país somos la gran fuerza homogénea y coherente que asimila y unifica –dándole fuerza y vigor- al cosmopolitismo reinante".²⁹³

Al mismo tiempo, no estaba exento de las tensiones ya mencionadas, provenientes del credo internacionalista propio de las tradiciones militantes de origen europeo, fuertemente presentes, como se sabe, en el movimiento obrero argentino. Estas contradicciones dan marco, por ejemplo, a ciertas discusiones tácticas como la suscitada por la misiva que el Comité Ejecutivo del PS, a través de su secretario Aquiles Lorenzo, había enviado a Ugarte, (y al secretariado de la Segunda Internacional en Bruselas), invitándolo a proponer la moción de un boicot a los productos argentinos. Este debía ser llevado a cabo por los trabajadores de los puertos europeos, para repudiar el estado de sitio decretado tras las huelgas obreras de Buenos Aires, en octubre de 1905. Ugarte se niega a defender dicha moción, que será igualmente debatida y rechazada. Esto explica, probablemente, la publicación de este artículo, de 1908, en el que predomina un tratamiento doctrinario de la cuestión, antes que la polémica o la autojustificación. En efecto, nada se dice en el artículo sobre la circunstancia de la moción de Stuttgart, que sólo aparecerá mencionada cinco años después, en 1913, cuando Ugarte polemice abiertamente con *La Vanguardia* en un debate del que nos ocuparemos más abajo (de hecho, él mismo vuelve a publicar el artículo, situándolo como antecedente de sus diferencias con la dirección del Partido, en el libro anónimo *Manuel Ugarte y el Partido Socialista (documentos recopilados por un*

²⁹³ [E. Dickmann] 29 de julio de 1913, citado por [Ugarte], *Manuel Ugarte y...* (43).

Argentino)),²⁹⁴ dedicado a reconstruir la polémica y las circunstancias, político-ideológicas y personales, de su expulsión del Partido y de su simultánea renuncia al mismo, entre fines de julio y noviembre de 1913.

En su artículo de 1908, Ugarte no sólo se niega a “ser anti-patriot[a]” (*Manuel Ugarte y el Partido ...24*). Al igual que Justo, relega al futuro y al orden de los ideales la posibilidad de “la completa reconciliación entre los hombres, la abolición de las fronteras y el fin de las demarcaciones de nación o de raza” (24). Además, esboza, para el tiempo presente, al que entiende como marcado por una evolución en curso en que “los atavismos de los grupos [...] conservan en el pensamiento o en la sangre muchas partículas de los antepasados”(24), una redefinición positiva de lo que llama el “patriotismo superior”. Lo va oponiendo a otras modalidades que debían rechazarse: el “patriotismo brutal y egoísta”, el “orgullosa”, el “ancestral”. En los dos primeros calificativos pueden leerse, respectivamente, el señalamiento de dos ideologías, una expansionista y otra racial-jerárquica, que distinguía entre grupos humanos superiores e inferiores. El tercer adjetivo encierra un criterio de clasificación más vago, logocéntrico y de inspiración evolucionista: al referirse al patriotismo “ancestral”, el escritor señala las “supervivencias bárbaras” de un sentimiento telúrico, presuponiendo la existencia de *civilizaciones* atrasadas respecto del patrón de medida occidental. Contra esto, son precisamente los socialistas quienes deben, merced a su “labor práctica y tangible de renovación y resurgimiento” (24), expresar un “patriotismo más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea [...] [que] es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras la autonomía de la ciudad, de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca” (25-26). En otras palabras, el

²⁹⁴ Unión Editorial Hispano-Americana, Buenos Aires-Barcelona, 1914. El artículo que desencadena la discusión trataba sobre la situación en Colombia, y pertenecía a Enrique Dickmann, entonces director del periódico y miembro del Comité Ejecutivo. El debate, que Ugarte lleva fuera del periódico al publicar artículos en otros diarios porteños, termina en agosto. Unos meses después, una discusión Alfredo Palacios, cuyo contenido no se menciona, lleva a Ugarte a retarlo a duelo. El asunto tiene sobre saltos novelescos, detallados en el libro de 1914 pero el duelo – entonces ilegal- no se llevará a cabo y valdrá la expulsión de Ugarte, no así la de Palacios, porque, al ser diputado nacional, la resolución de su expulsión debía emanar de un congreso partidario. Norberto Galasso (*Manuel Ugarte...249-252*) reconstruyó detalladamente las circunstancias del altercado con Palacios a partir de noticias en la prensa porteña. En el origen del enojo con Palacios, que motiva su decisión de retarlo a duelo por una supuesta ofensa, está el silencio de éste y de otros compañeros de militancia, durante la polémica con *La Vanguardia*.

partido socialista debe traducir las formas más avanzadas de esta representación de la patria, que llevará a la preservación del grupo. Ugarte traslada así la noción de libertad individual a la vida de las sociedades, haciendo gravitar, aunque no la nombre, la idea decimonónica de soberanía nacional.²⁹⁵ Por otro lado, el principio de igualdad rige la relación ideal entre los pueblos, en términos semejantes a los que Justo había propuesto para interpretar el orden internacional:

...Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo, porque si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletariado al capitalista, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse (26).

Con esos principios establecidos, Ugarte fija los fundamentos de una estrategia de unión entre los países del subcontinente, justificada en el vínculo derivado de la matriz latinista, que persiste en un sentido culturalista, por un lado, y en la común exposición al acecho de Inglaterra y Estados Unidos, por el otro. De este modo, Ugarte asocia la falta de una definición nacional del socialismo en el PS Argentino, en detrimento del internacionalismo, a una debilidad frente al sojuzgamiento potencial del imperialismo norteamericano, sobre todo. Es así como se intentan resolver las contradicciones derivadas de la asunción de posiciones de la Segunda Internacional, que no incluían declaraciones contrarias a la expansión colonial de los países europeos, impregnadas como estaban del eurocentrismo y de la lógica determinista según la cual el avance de las fuerzas capitalistas conducía al socialismo;²⁹⁶

²⁹⁵ Según el *Dictionnaire historique de la Langue française* (Robert), “soberanía” en su sentido moderno de “principio abstracto de autoridad en el cuerpo político y por extensión el derecho individual a la decisión política”(2000) aparece en Rousseau en *El contrato social* (1762) y es en el siglo XIX cuando se aplica, por extensión, al “carácter de un Estado que no está sometido a otro” (2000).

²⁹⁶ Esto es percibido retrospectivamente por Justo, quince años después, cuando evalúa alguna de las posiciones de la 2da Internacional, en el momento de consolidación de la Tercera internacional. En sus “Fundamentos del programa de acción socialista internacional” presentado en el Congreso extraordinario del Partido Socialista de 1921, señala como causas de que en el congreso de Stuttgart, entre otros, no se hubieran “atrevido tampoco [...] a promover una enérgica agitación antimilitarista, ni la huelga general en caso de guerra”, el hecho de que “en el fondo de las conciencias subsistía la idea de la lucha necesaria y eterna entre los pueblos, idea que, al no manifestarse en el reconocimiento pleno de las fuerzas históricas constructivas y en el cuidado de su amplio y libre desarrollo, tomaba fatalmente el camino de un imperialismo más o menos disimulado. No estableciendo explícitamente como un postulado fundamental el libre acceso de los hombres a las fuentes naturales de vida y a los productos del trabajo humano, la libre circulación de hombres y cosas por el mundo, los socialistas europeos tenían que inclinarse ante el sistema colonial militarista, aunque en

en este marco, la perspectiva de Ugarte evidencia una mirada periférica, al considerar la necesidad de una defensa frente a las diversas formas de ingerencia de los países industrializados en expansión. Cabe observar que han quedado atrás posiciones eurocéntricas como las que habíamos señalado en su crónica de 1904 a propósito de la colonización francesa en Argelia; ahora, llama a los socialistas a “simpatizar con el Transwal” contra Inglaterra, a “aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia [...], admirar a la (sic) Polonia [...], defender a la América latina si el imperialismo anglosajón se desencadena mañana sobre ella” (26), entre otras reivindicaciones.

En síntesis, pueden destacarse dos aspectos en torno a la cercanía de posiciones entre Justo y Ugarte respecto de las relaciones entre socialismo y nación: en primer lugar, el cuestionamiento del componente “antipatriótico” propio de la tradición internacionalista, en consonancia con la tendencia que se imponía en la Segunda Internacional, más allá de que aun formara parte del repertorio militante, e incluso de su actualización en los discursos pacifistas.²⁹⁷ En segundo lugar, la reivindicación de un “patriotismo” resignificado cobra ribetes específicos para estos pensadores provenientes de países periféricos pues, tal como hemos visto, su posición los lleva a aplicar la teoría de la lucha de clases a las relaciones entre estados nacionales en el plano mundial. Esto explica el carácter crucial que adquiere este debate entre los socialistas argentinos de la primera década del siglo XX, que se suma a las reflexiones dedicadas a describir las formas del capitalismo propias de esta región (Tarcus 374-407).

aparición lo condenaran” (Justo, *Internacionalismo y...*55). En el mismo texto, Justo llega incluso a hablar de “imperialismo subconsciente de muchos socialistas europeos” (56). Queda en evidencia el modo en que en el nudo de la “cuestión migratoria” debatida en 1907, estaba en juego el abandono de una posición eurocéntrica, ergo colonialista, de los socialistas europeos.

²⁹⁷ Un detalle resulta significativo en la carta de Justo ya citada, publicada en *La Vanguardia*, sobre las declaraciones del congreso de la 2da Internacional de 1910 en Copenhague. Este comienza con una descripción del decorado de la sala de reuniones, donde subraya la conjunción de las banderas rojas y de las del país de origen de cada delegación. Justo celebra que “Ya en el adorno del local revelábase el inteligente concepto que los organizadores de aquel Congreso tienen del internacionalismo [...]. Para la obra de la paz y la solidaridad humana, la bandera roja acogía allí a las banderas nacionales, que, como símbolo de los diferentes países, pueden subsistir sin peligro en nuestras solemnidades, como los escudos y estandartes medioevales de provincias y ciudades persisten todavía en las ceremonias oficiales” (Justo, *Internacionalismo y patria* 4).

En este sentido, el “ala antipatriótica” a la que Ugarte se refiere en su libro anónimo de 1914, lleno de desprecio, en términos de “llaga más o menos oculta de la agrupación”, probablemente sea la misma contra la que Justo venía discutiendo en los artículos que mencionamos. Esta confluencia entre Justo y Ugarte nos lleva a revisar lo sugerido por Norberto Galasso en *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana* (225-260) y en su prólogo a la compilación de escritos del autor por la editorial Ayacucho, *La nación latinoamericana*. El autor contrapone la “ideología” de Ugarte, que centra anacrónicamente en la “cuestión nacional” (258), a la de los “justistas” o a la “dirección justista”; explica esta segunda concepción por la sujeción de dicho sector al discurso del “progreso y la civilización”, como si Ugarte no lo hubiera también suscripto. Tal como venimos analizando, entre fines del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, la cuestión nacional encerraba un núcleo complejo de problemáticas pues exigía definiciones tanto doctrinarias e ideológicas como de táctica específica. Las primeras se vinculaban con la identidad de los partidos socialistas miembros de la Internacional y la relación entre sus debates internos, forzosamente vinculados a las coyunturas específicas de los países, y las definiciones generales en el interior de ésta; también con la tradición internacionalista, ampliamente difundida en el imaginario militante, proveniente de la Primera Internacional y con el rechazo de los discursos nacionalistas estatales sostenidos por las liturgias y eclesiásticas; por último, en la subjetividad de los militantes socialistas se internalizaban las ideologías nacionalistas hegemónicas, como puede verse en las resistencias de los partidos europeos a admitir las migraciones de los obreros fuera de su continente, así como en las dificultades de los extranjeros para insertarse, y de los nacionales para incorporar a los primeros entre sus filas. Entre las cuestiones tácticas, influía el contexto local de los debates de la clase dirigente en torno a la nacionalización de las masas, que llevaba a que los socialistas miraran con desconfianza los ritos y emblemas que asociaban a la nación burguesa; al mismo tiempo, la oposición del PS a la Ley de residencia votada para expulsar a los obreros extranjeros implicados en las luchas gremiales, no podía más que acentuar dicha desconfianza a la vez que se articulaba con el reclamo de otorgamiento de la nacionalidad a los

inmigrantes, en consonancia con el proceso de consolidación institucional e identitaria de dicho partido.

En este marco, los discursos de Ugarte y Justo sobre la necesidad de un “patriotismo superior” que analizamos, materializan precisamente la articulación vivida como paradójal entre socialismo y nación, para muchos militantes socialistas. En efecto, la nueva formulación que proponían evitaba descartar el término por el carácter militarista que podía revestir. Permitía entonces su reapropiación pues se lo deslindaba de sus connotaciones oficiales, incorporándose aquellos tópicos de lo nacional que circulaban en la cultura popular.

Ugarte alude al ala “antipatriótica” del partido socialista, para referirse entonces a aquellos sectores cuyas posiciones respondían más a la tradición internacionalista del movimiento obrero. Al definir en su discurso el *patriotismo superior*, se aleja precisamente de ese marco doctrinario clasista y se traslada fuera de los límites partidarios. Es evidente que esto está vinculado a su gira de conferencias por distintas ciudades de Centro y Sudamérica, a través de las cuales difundió entre los sectores juveniles de origen estudiantil –y no solamente obrero- las ideas sintetizadas en su libro de 1911, *El porvenir de la América [española]*.²⁹⁸ A lo largo de la gira, Ugarte define la identidad nacional de cada país latinoamericano a partir de su pertenencia a un espacio mayor, subcontinental –lo que hace invocando las figuras de Bolívar y San Martín-, e identifica desafíos comunes en el presente: la afirmación de la soberanía territorial frente a acechos colonialistas por un lado, y la igual necesidad de defender intereses económicos propios, esto es, opuestos a los de las empresas extranjeras instaladas en los países latinoamericanos. La identidad

²⁹⁸ En un gesto fuertemente simbólico, Ugarte se despide de la capital francesa dictando una conferencia en la Sorbona sobre “Las ideas francesas y la emancipación americana”, en octubre de 1911. A los pocos días se embarca con destino a Cuba adonde dicta sus primeras conferencias. Luego pasa por Santo Domingo. De enero a febrero de 1912 permanece en México, luego a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, San José de Costa Rica. En julio viaja a Nueva York adonde dicta la conferencia “Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano” en la universidad de Columbia. De allí se dirige a Colón (Panamá), Caracas, Bogotá, Cartagena de Indias. En enero de 1913 está en Quito, en febrero, en Lima; en abril, La Paz y Santiago de Chile. En julio pasa por Buenos Aires –adonde no puede dictar su conferencia- y luego habla en Montevideo, Río de Janeiro y Asunción (octubre). Regresa a Buenos Aires donde residirá hasta enero de 1919, cuando parte hacia Madrid y se instala en Niza en 1921, enfermo de una fiebre amarilla contraída durante su estadía en Brasil. Las conferencias se publican en 1922 en *Mi campaña Hispanoamericana* (Barcelona: Cervantes). Cf. la “Cronología” establecida por Norberto Galasso (Ugarte, *La patria grande*, Ayacucho) y AGN, Leg. 2228, 2230, 2234, 2242, 2250.

subcontinental y el problema de la dependencia económica y –acaso política– de estos países frente Estados Unidos y Europa se encuentran precisamente en la estrategia geopolítica de su unificación: “Seamos hoy nacionalmente – afirma por ejemplo, ante la Federación Obrera de San Salvador– como los hombres de los tiempos de la independencia y en medio de las dificultades de la hora actual hagamos una cadena con nuestras repúblicas y entrelacemos nuestras banderas y nuestros corazones para vencer las dificultades del siglo” (Ugarte, *La nación latinoamericana* 202).

Desde el punto de vista argumentativo, el giro ugarteano consiste en trasladar y fundir los intereses nacionales en los subcontinentales, a partir del establecimiento del carácter indefenso común a todas las repúblicas frente al diagnóstico de la ofensiva colonial y comercial de las potencias imperialistas. Al mismo tiempo, invita a redefinir los sentidos dominantes de la *patria* fuera del marco militar-belicista en que lo hacían los Estados nacionales. Ahora bien, esta forma de nacionalismo continental que apelaba a la sociedad civil antes que exclusivamente a los sectores proletarios y que proyectaba soluciones estatales de política exterior, no podía más que suscitar reparos en la dirigencia socialista argentina más cercana a las tradiciones obreras del socialismo, aun cuando un sector del PS compartiera algunos de los principios que inspiraban estos pronunciamientos, como se ha advertido en el caso de Justo, a través de los artículos estudiados en este capítulo.²⁹⁹

En las columnas de *La Vanguardia*, esta reacción basada en una concepción algo residual de las relaciones entre movimiento obrero y nación – aun en el marco de los debates de la Segunda Internacional–, ya aparece antes de la polémica de 1913, en la reseña sobre *El porvenir...* (28/05/1911). Allí califican al libro de ‘proclama alarmista’ (Galasso, *Manuel Ugarte...* 193), negando la existencia del “peligro yanqui” anunciado por Ugarte. Esto revela la persistencia del optimismo evolucionista respecto del progreso, presente en el *Viaje* de Justo y también en su *Teoría y práctica de la Historia* (1909), combinada con el etnocentrismo dominante; tal mirada busca a su vez ser coherente con el cuestionamiento de la política criolla como instrumento de

²⁹⁹ Si bien en Alfredo Palacios también pueden verse prácticas más personalistas y heterodoxas respecto del PS, su intervención latinoamericanista es posterior a la de Ugarte y se da cuando ya está fuera del partido. (Cf. “A. Palacios”, Tarcus, H. (Dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé, 2007).

dominación de la oligarquía, que se hacía extensivo a todas las repúblicas del continente, y con los análisis de los países latinoamericanos desarrollados por Justo en su libro de 1909, que la misma reseña cita para contradecir la posición de Ugarte. Así, afirma el autor de la reseña que

No creemos en la dominación yanqui y opinamos que toda la conquista no pasará de las republiquetas en donde se vive en perpetua revuelta...No siendo posible la conquista por la guerra, no debe inquietarnos la conquista comercial. [...] Tenemos motivos para creer que la intervención o conquista de las repúblicas de Centro América por los Estados Unidos puede ser de beneficios positivos para el adelanto de las mismas. [...] El gremialismo obrero en Cuba ha tomado impulso después de la guerra, gracias a la influencia norteamericana. En Puerto Rico se araba con el arado de palo. La injerencia de los Estados Unidos ha comportado el progreso técnico en todos los órdenes de las actividades. *Es que en el contacto de razas tienen que predominar los elementos mejores de la raza más civilizada.* (La Vanguardia, 28/05/1911; citado por Galasso 193-194; cursiva nuestra)

Las diferencias estallarán cuando, dos años después, Ugarte cuestione por injustos, en una carta dirigida a este periódico, los términos con que en esas columnas se juzga como débil el estado de “civilización” de Colombia, y se ve con buenos ojos la supuesta “contribución” de Panamá al progreso colombiano, la que según el articulista haría posible su ingreso “al concierto de las naciones prósperas y civilizadas”.³⁰⁰ Lo que más condena Ugarte es que el periódico socialista no se oponga a la injerencia norteamericana en las reivindicaciones separatistas de Panamá, departamento colombiano, que había contribuido a que Colombia perdiera el control de la región del Istmo, en noviembre de 1903 (sólo quince días después de haberse declarado soberana, Panamá firmaba la sesión de los derechos de construcción y explotación del Canal en favor de los Estados Unidos, a través el Tratado de Hay- Bunau-Varilla).

Puede verse que en la reacción de Ugarte estaba en debate la ausencia de una caracterización de la acción norteamericana como imperialista, lo que respondía ante todo a la persistencia de la lógica positiva del progreso capitalista en los análisis internacionales del socialismo. Precisamente, la respuesta del periódico, en la voz no declarada de Enrique Dickmann,

³⁰⁰ LV , 21/07/1913. Citado por [Ugarte], *Manuel Ugarte y el Partido Socialista...*: 27.

entonces director del mismo, –cuya identidad Ugarte restituye en su libro de 1914, también anónimo-, insiste en la “objetividad” de la caracterización de Colombia como país atrasado en términos de progreso. Lo defiende citando el informe de un censo de 1912 que aludía a “la superstición e ignorancia de la masa popular” y extrayendo cifras de él (el artículo completo fue transcrito por Ugarte en su libro anónimo *Manuel Ugarte y el Partido Socialista...*: 29). Dickmann se apoya nuevamente en el análisis de *Teoría y práctica de la historia*, extensamente citado en el artículo.

Ahora bien, sin desdecirse, va virando desde dicha caracterización hacia un argumento clasista: el elemento común a los males de los países latinoamericanos, dado por el gobierno de las oligarquías, tornaba imposible que los socialistas pudieran apoyar dichas repúblicas. Un segundo argumento también apela a la solidaridad de clase como principio situado por encima de las divisiones geopolíticas; en términos retóricos, esto se ve en el recurso a la dicotomía entre “pueblo/proletariado” y “nación” : cuando el autor rechaza la exhibición del “espantajo del imperialismo yanqui” como modo de “redimir la tiranía interna y de la posible presión exterior de los pueblos latinoamericanos”, puede leerse, en efecto, una formulación ambigua respecto del carácter progresivo del capitalismo estadounidense antes celebrado. Esto traduce sin duda cierto reacomodamiento de la argumentación presente en el primer artículo.³⁰¹ Invocando una vez más la adhesión a la lógica del progreso económico como clave del progreso social –ergo, de avance hacia el socialismo-, el artículo afirma la necesidad de su construcción en cada espacio nacional, a través del instrumento del partido como representante de los intereses del proletariado. Dickmann puede entonces reafirmar la línea partidaria, reajustando las omisiones previas a la lógica expansionista estadounidense, ante la que Ugarte exigía definiciones, como puede verse en la respuesta del periódico a la carta de éste:

Es realizando la gran obra constructiva de elevación económica, política y social del pueblo trabajador como se asegurará la autonomía y la independencia nacionales y la fraternidad y solidaridad internacionales.

³⁰¹ De hecho, dicho reajuste será designado unos días después, en términos de “nuestra objetiva y serena exposición sobre lo que nosotros sincera y lealmente creemos ser el buen panamericanismo” (41).

Mucho y muy bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. *Y lo único que podemos oponer al dominio y expansión del capitalismo yankee es el despertar de la conciencia histórica del proletariado latinoamericano, su organización en partido de clase.*

En este sentido, el Partido Socialista Argentino ha realizado y realiza una gran obra nacional e internacional. En nuestro país somos la gran fuerza homogénea y coherente que asimila y unifica dándole fuerza y vigor al cosmopolitismo reinante. Y al proletariado latinoamericano ofrecemos nuestro método, nuestro ejemplo y nuestra literatura para que cuanto antes se ponga en movimiento hacia su emancipación [...]. Tenemos estrechas relaciones de solidaridad con los socialistas uruguayos; los obreros chilenos; los bolivianos y peruanos siguen ansiosos nuestra obra; nuestra literatura socialista circula en todo el continente...

[...] La expansión del socialismo a los pueblos latinoamericanos nos será su salvaguarda y constituirá su gran barbarie contra la invasión del imperialismo yankee.

[...] Y contra la unión y solidaridad de las oligarquías norte y sudamericanas, opongamos la unión y solidaridad de sus clases laboriosas y fecundas. Y repitamos la gran frase final del histórico manifiesto comunista: ‘Proletarios de todos los países, uníos’ ([Ugarte], *Manuel Ugarte...* 33-34).

[...] Publicada la antedicha carta [de Ugarte en LV] estábamos obligados a expresar nuestro punto de vista sobre el socialismo y el panamericanismo para no ir a remolque de una pretendida confraternidad latinoamericana que nosotros consideramos insubstancial e inconducente tal como la plantea el ciudadano Ugarte (42 [Segundo artículo en respuesta a Ugarte, del 29/07]).

La respuesta de Ugarte no se hace esperar. Lo más llamativo de ésta no estriba tanto en la argumentación, puesto que se retoman los términos de desarrollados antes, relativos a la afirmación de una solidaridad transnacional opuesta a “la descortesía [...] contra los países hermanos” (37) –donde claramente, la solidaridad de clase no ocupa el primer lugar-. Es el gesto simbólico de ruptura el que sobresale, en tanto que, al rechazársele la publicación de su carta, Ugarte insiste en exponer su posición llevando el debate fuera del órgano partidario, nada menos que en *La Nación*, en un acto de afirmación de independencia, típica del *habitus* de escritor. Esto también se ve en la retórica de victimización y de pugna personal entre el escritor y los miembros del Comité ejecutivo, presente en esta segunda carta. Algo de esto intuyen los contrincantes que irónicamente contraponen el “lirismo sentimental

de los poetas” bajo la inspiración de “la musa de Clío”, a las posiciones científicas que se adjudicaban: “las leyes fundamentales de la Vida (sic) y de la Historia quienes guían nuestros pasos a través del intrincado laberinto de los movimientos sociales” (33). Seguirán dos cartas más de Ugarte y dos de *La Vanguardia*, que significativamente, abrirá una sección sobre “Socialismo y panamericanismo”, introduciendo en un uso particular de este segundo término, que desconocía el uso vigente, asociado a los congresos homónimos impulsados por la diplomacia estadounidense. El propio Ugarte objetará la elección del término en su libro dedicado a la polémica con el PS.

Ugarte renuncia al Partido tres meses después de la mencionada polémica con *La Vanguardia*, cuando está a punto de ser expulsado por otro motivo (un reto a duelo hecho a Alfredo Palacios) sobre el que volveremos. Recurre también al diario de los Mitre para exponer sus motivos en un “Manifiesto” (21/11/1913). La polémica con el periódico del PS pone también en evidencia los reparos de un sector de la dirigencia socialista ante sus conferencias por Latinoamérica, ya que los pronunciamientos ugarteños expresaban un giro inusual, sobre todo en la retórica del *patriotismo superior*. Sin embargo, recordemos que la posición de Ugarte coincidía en gran medida con algunas de las afirmaciones de Justo. Paradójicamente, tal como hemos analizado, eran más las coincidencias que las disidencias entre ambos, sobre este punto.

Detrás de dichos reparos, había otros más netamente teóricos. Un aspecto significativo del “Manifiesto” ugarteño publicado en *La Nación*, gira en torno al hecho de que, además de referirse a incompatibilidades de pensamiento entre él y la dirección del Partido respecto de la necesidad de un *patriotismo superior* y de la unidad latinoamericana, Ugarte aborda cuestiones doctrinarias más centrales. En efecto, en su artículo, asocia el internacionalismo clásico “antipatriótico” de un sector del PS, a sus posiciones ortodoxas respecto del carácter revolucionario de la vía hacia el socialismo. En este sentido, en su intervención, Ugarte reafirma su adhesión al Programa Mínimo del Partido Socialista impugnando “los desarrollos y prolongaciones que le quieren dar algunos” y sus derivas más radicalizadas: no abandona su condición de socialista que adhiere a las transformaciones de la sociedad vigente, “pero de una manera serena y razonable”. Se declara socialista “como

puede serlo un hombre que además del 'Capital' ha leído las rectificaciones de Bernstein y de Kautsky y la obra considerable de los impugnadores de la escuela materialista y del determinismo histórico”, y se inscribe en el “eclecticismo de la tendencia democrática” (105). En estos dos aspectos se sintetiza su idea de una primacía de la nación sobre la clase, por un lado (“sólo puede existir un proletariado feliz en una nación próspera”), y de defensa del acceso a la “justicia” por la vía de las reformas, frente a la acción directa, la que llega a asociar a una tendencia suicida, a la que debía oponerse la preservación “general”, esto es, por fuera de la lucha de clases (“la preocupación de la justicia, por encomiable que sea, no debe sobreponerse al instinto de la conservación general” -105).

¿Cómo no ver entonces, en la ruptura de Ugarte, una autoafirmación, típica de la intervención del intelectual, que opta por una afirmación principista y ligada a su experiencia personal en torno a la reciente gira por Latinoamérica? La reacción que termina alejándolo del Partido, pone en evidencia lo que Christophe Prochasson analizó en términos de un diletantismo militante propio de la tradición *dreyfusiana*, señalando “los límites de la intervención militante de los intelectuales, por oposición a los profesionales de la política. Los primeros son diletantes, sometidos al cambiante oleaje de sus humores y su sensibilidad” (Prochasson, *Les intellectuels...* 129).

Así se entiende que su autodefensa esté centrada, en el libro de 1914, en una autoimagen del escritor desinteresado que ha elegido abrazar una causa noble, y es capaz de abandonar las filas partidarias merced a la inexistencia de ataduras laborales o financieras respecto del Partido: “He venido al socialismo hecho ya, trayéndole mi nombre de escritor, sin pedirle nada a cambio, llegando a renunciar a las situaciones que me ofrecía, mientras otros, a veces con bagaje precario, se hacían una plataforma del grupo y llegaban a situaciones que sin él no hubieran alcanzado nunca” ([Ugarte], *Manuel Ugarte y el PS* 38). Tal como hemos visto, se trata de un escritor-intelectual que exhibe la posesión de principios propios, independientes del Programa mínimo del PS, con el que puede establecer una relación distanciada, acordando con algunos de los lineamientos y alejándose de otros. Finalmente, Ugarte construye en este libro una autoimagen heroica que se forja, obviamente, mediante su victimización: sugiere por ejemplo un acto

deliberado de indiferencia cuando el órgano socialista anunció erróneamente la hora de llegada del tren que lo traía a Buenos Aires -telegrafiada sin embargo por él mismo-, lo que redundó en la ausencia de todo recibimiento colectivo; denuncia incluso decisiones de silenciar las cartas enviadas por él, ante lo cual justifica su decisión de continuar el debate fuera de la prensa militante.

Otro rasgo de esta posición de intelectual-diletante puede verse en su intención, justificada en el mismo libro, de dar su conferencia latinoamericanista –enmarcada en la gira emprendida desde México, y que continúa aun después de su breve estancia en Buenos Aires, por Montevideo, Río de Janeiro y Asunción- fuera del ámbito estrictamente partidario. Para eso, solicita primero el Teatro Colón que el Intendente le niega. Ante la invitación de algunos centros socialistas para dar sus conferencias, declina esa invitación, exponiendo sus razones en un artículo para *La Vanguardia*, anterior a la polémica, del 27 de junio de 1913: “Antes de intervenir en ningún acto público, quiero, de acuerdo con mis principios, dar cuenta ampliamente a la juventud y al pueblo de Buenos Aires de mi campaña en América”.³⁰² Finalmente, aceptará la propuesta de los estudiantes de la UBA de dictar su conferencia en un anfiteatro universitario.

Con la polémica en torno a la identidad entre patria y continente, se cierra el ciclo partidario de Ugarte. Sus diferencias culminan en una autolegitimación anclada en la figura de un profeta que puede dirigirse a la multitud sin mediaciones partidarias. Él mismo así lo sugiere al informar que su viaje a Montevideo, donde dará una nueva conferencia, le impedía continuar la polémica: “El lunes salgo para Montevideo y no podré contestar a lo que es de prever después de esta carta; pero mi causa queda en buenas manos, porque queda en manos de la opinión pública, hasta la cual no llegan las pequeñeces de los hombres y de la masa sana del partido, que me ha visto siempre desinteresado y leal” ([Ugarte] 39).

La fundación del diario *La Patria*, dos años después de su expulsión del Partido Socialista, en noviembre de 1915, puede vincularse con esta posición iconoclasta, según la cual construye una trayectoria claramente independiente de las formaciones político-partidarias. El título mismo del periódico resulta

³⁰² citado por Galasso, *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad...*235.

sugestivo, en tanto puede vincularse directamente con los temas de la polémica con *La Vanguardia* que hemos reseñado. Al romper con el Partido, había reafirmado su socialismo y hasta declarado el carácter más íntegro de su ideología respecto de “los que pretenden acaparar el título, porque en vez de buscar la realización de un imposible, persigo la grandeza de una colectividad” (111). Sin embargo, a dos años de iniciada la Primera Guerra Mundial, Ugarte insiste parcialmente sobre el debate y acaso buscarlo concluirlo, al publicar “El ocaso socialista y la guerra europea”³⁰³ el 16/5/1916, en *La Nación*.

En ese momento va más lejos que en sus posiciones anteriores. En esta ocasión, apunta a demostrar el carácter inactual de algunas concepciones doctrinarias del socialismo segundointernacionalista, en el nuevo escenario mundial. Sintetizando sus argumentos, que no están exentos de la formulación eufemística que caracteriza a su estilo, puede decirse que para él ciertos factores objetivos surgidos en Europa, en particular, las circunstancias históricas relativas a la “expansión comercial”, la “expansión colonial” y “la política interior” belicista de muchos de sus países, habían engendrado mutaciones profundas que el estallido de la guerra había vuelto nítido, pero que se venían preparando desde antes. Según Ugarte, el efecto de dichas transformaciones había sido la regresión de la cultura europea hacia valores propios del “pasado”. El núcleo de éstos era el nacionalismo, al que entiende no meramente como doctrina sino como “corrientes que trabajaban la atmósfera” (216), y que por esto mismo, determinan nuevas formas de concebir a las sociedades, en las que predomina la defensa de intereses del “grupo étnico”, por encima de las relaciones de clases. En un tono aún más abstracto, sostiene que la “monstruosa revisión de valores” ha redundado en un abandono de “idealismos” y en la “certidumbre definitiva de que el mundo no obedece a sentimientos, sino a necesidades, de que la moral internacional es una cosa y otra, las exigencias que gobiernan la marcha de los pueblos” (219).

Así, sitúa el fracaso del socialismo europeo, en su incapacidad para percibir estas “hondas transformaciones”, este “maremoto [que] ha destruido la mayor parte de las certidumbres” (217), y que había significado un cambio de

³⁰³ Galasso lo incluyó en Ugarte, *La Nación latinoamericana...*214- 224.

rumbo, una interrupción del curso, así como la complejización de las relaciones sociales de cada país y también entre las distintas sociedades:

La realidad barría, aquí como allá, de la imaginación, las construcciones quiméricas. Al humanitarismo parcial se substituía la conciencia de las responsabilidades. La complejidad de los conflictos que, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, según las predicaciones de Marx, se *complicaban inextricablemente*, habían hecho ver, al fin, que las reformas obreras podían ser un capítulo, pero no todo un programa *porque al problema de las relaciones entre los grupos dentro de la Nación se antepone el problema de las relaciones entre las naciones dentro de la competencia universal* (216 –cursiva nuestra).

Ahora bien, esto no alcanza para comprender todo el desarrollo argumentativo de Ugarte, pues semejante diagnóstico podría implicar consideraciones distintas de las que él contemplaba. En efecto, es dable que imaginara que ciertas formas de resistencia podían llegar a activarse, en defensa de los valores que supuestamente habían sido desplazados. El hecho mismo de que esta posibilidad no estuviera considerada en sus razonamientos, pone en evidencia el carácter irreversible, y objetivista, que el autor confiere al nuevo fenómeno de los nacionalismos que según él habían causado el “cataclismo” bélico más inesperado. En cambio, la perspectiva adoptada implicaba una refutación más absoluta de los postulados marxistas, por parte del autor, pues los consideraba incapaces de incluir la complejidad de la nueva situación. Por eso define las doctrinas del socialismo como utópicas y reduccionistas a la vez: en sus términos, no habían sido más que “ensueños”, quimeras y “simplificaciones” (216) de la realidad.

Todo el análisis se basa en el presupuesto evolucionista de “las corrientes que trabajan la atmósfera” y a partir de esto ubica en los años previos a la guerra la preparación de “una honda metamorfosis de valores políticos, morales e intelectuales [...] *subsole* en la sombra y en la inamovilidad aparente de la paz” (217). También esto puede verse en su interpretación del avance de los países europeos más allá de sus fronteras, en la clave darwiniana de la lucha por la vida, como ímpetu de “devora[r] vida” (220) avanzando sobre “países débiles del Asia, del África y de América”: “...en la era de los pueblos fuertes, se ha abierto paso al materialismo político,

económico y social que impondrá fisonomía y carácter a la nueva historia” (220).

Siguiendo dicha lógica evolucionista, el autor explica este movimiento en términos de un retroceso de las tendencias transformadoras que habían caracterizado a las décadas previas a la Gran Guerra, para concluir que el socialismo europeo no había alcanzado a vislumbrar con exactitud la manifestación de ese proceso subterráneo, oculto, en el que habían trabajado fuerzas involutivas. En efecto, éstas habían vuelto inaplicables los principios básicos de la doctrina. Entre éstos, menciona el “colectivismo”, al que califica de “hoy [...] disolvente”, el “antimilitarismo” por “anacrónico”, el “libre cambio”, que “haría imposible nuestro desarrollo industrial” y la “antirreligiosidad que, en este país donde no existe el clericalismo, sólo consigue herir sentimientos respetables” (216-217). Además de su cuestionamiento radical, puede observarse que la conclusión de Ugarte retoma en parte el objeto de la polémica de 1913, en tanto aquellas concepciones señaladas como inviables, debido a que enigmáticas fuerzas históricas las habían erosionado, son algunas de las que ya había discutido en los artículos contra *La Vanguardia*. En particular, evidencian una puesta en duda de la primacía de la solidaridad de clase más allá de las fronteras, propia de la tradición socialista, y exhiben un principio de adecuación a intereses llamados nacionales respecto de otras cuestiones de la vida social.

El tono ambiguo con que Ugarte se refiere a los nacionalismos surgidos antes y durante la guerra, no permite decidir con claridad si celebra el nuevo estado de cosas; sin embargo, tampoco cabe afirmar que se evidencia, en conjunto, un giro claro, definitivo, hacia posiciones conservadoras, más allá del abandono de los principios antes mencionados; ocurre más bien que busca ser enfático en el diagnóstico de la “banarrota del internacionalismo” frente al “resurgimiento y auge universal de ideas borradas y de principios declinantes que readquieren su primitivo vigor al conjuro de la espantosa sacudida”. De hecho, tampoco descarta que una vez pasada la guerra y la regresión, “otro cambio brusco de los vientos” vuelva a activar “un salto victorioso hacia el indescifrable porvenir” (222). En este sentido, no renuncia a la confianza en el porvenir, digna de los “grandes relatos militantes” (Angenot), aunque en este artículo su presencia sólo aparezca en las líneas finales (“La humanidad ha ido

a menudo a la justicia y al bien por el *chemin des écoliers*, por el camino más largo; y acaso volverán a hallar, corriendo el tiempo, ambiente favorable los idealismos que tanto seducen” 224). De modo que el análisis parece sugerir sobre todo, que los últimos acontecimientos han venido a confirmar el carácter obsoleto del internacionalismo, que había estado en el centro de la polémica contra el periódico socialista dirigido entonces por Enrique Dickmann:

El derecho y la justicia se esfuman en medio de la *lucha que lleva a las especies* a sacrificarlo todo al deseo de perdurar. Y nadie debe esperar nada ni de los otros, ni de la casualidad, ni de los principios, porque entramos en una zona en que, ya se trate de individuos o de naciones, la suerte sólo dura mientras dura la energía para vencer la adversidad.

Respondiendo a posibles objeciones, diré que sería vano acusar a algunos de modificar sus ideas, cuando es la vida la que cambia rumbos.

La mejor prueba de que el internacionalismo y el socialismo son hoy concepciones ‘inactuales’ es el hecho de que, en momentos de actividad total de las naciones, hayan tenido que mantenerse en Europa en esferas abstractas y especiales, sin intervenir en los acontecimientos que se desarrollan, sino de pesar sobre ellos más que como disolvente al servicio de otras fuerzas (221).

Además del diagnóstico que venimos analizando, Ugarte se detiene en el fenómeno mismo de la circulación de ideas, lo que da cuenta de cierta interrogación en torno a la relación entre los procesos históricos y corrientes de ideas europeos, y los americanos. Dedicar unas páginas a indagar dicha relación, que explica en términos de “refracción metódica de los acontecimientos”, de “repercusión gradual” (Ugarte, *La nación latinoamericana* 214), es decir en base al presupuesto de una distancia temporal entre el centro y la periferia, más allá de la especificidad de los procesos. Según esta creencia, los avances en materia de comunicaciones explicaban la mayor “celeridad” con que se recibían “las modas, los trajes ideológicos, las inspiraciones mentales, los ‘actualismos’ imperiosos [...], llámense modernismo en literatura, materialismo en filosofía o colectivismo en el orden social” (214). Ahora bien, esto no aparece del todo naturalizado y hasta encierra cierta elaboración crítica, en la medida en que al mismo tiempo, al definir dicha situación como “raro isocronismo” y extraña simultaneidad de palpitaciones”, Ugarte se pregunta por el efecto local de esta “refracción cada vez más directa”, es decir de esta percepción del vínculo especular entre las corrientes

europas de pensamiento y las modalidades de su recepción. Así, la perspectiva pone en escena una concepción algo más activa de este vínculo entre los movimientos de ideas locales y la circulación de aquéllas provenientes de las metrópolis culturales. Hasta es posible pensar que el presupuesto de una relación de causalidad entre *aires de época* europeos y fenómenos americanos, apunta a justificar, por tratarse de una tendencia insoslayable, la necesidad de adoptar una perspectiva atenta a intereses nacionales y por ende, de abandonar concepciones clasistas/internacionalistas. Como lo había venido sosteniendo, vuelve sobre el peligro que significaba para la región la tendencia de las naciones llamadas fuertes, a hacer prevalecer sus intereses propios y materiales, esgrimiendo el valor de las “necesidades vitales” por encima de los valores de justicia y libertad, devaluados en aquel presente. Ante esto, Ugarte sostiene que la defensa de los intereses nacionales deberá ampliar la noción de autonomía, que no abarcará ya sólo los símbolos y las fronteras, sino que fundará su independencia en la homogeneización poblacional, la economía, la política y la cultura, las relaciones internacionales: “el predominio racial, la capacidad financiera, la originalidad mental y la iniciativa diplomática” (223). En esta propuesta se cifra el cuestionamiento de algunos de los principios socialistas, mediante la afirmación del intelectual independiente.

Este alejamiento también se lee en el modo en que el propio artículo encierra una autfiguración de la adscripción inicial de Ugarte a las corrientes renovadoras lideradas por el socialismo. En efecto, va puntualizando –detrás de la generalización- todas las circunstancias personales vinculadas a su contacto con las formaciones políticas y artísticas que descubre al llegar a París a fines de 1897: la función reveladora del caso Dreyfus, y el impacto de los valores *dreyfusards* entre los jóvenes provenientes de la burguesía –como en su caso-, el *engagement* de los intelectuales a través de sus producciones, la difusión del socialismo a nivel mundial, y la proliferación de doctrinas emergentes, desde el reformismo obrerista al pacifismo humanista:

El asunto Dreyfus, que tan *hondamente agitó la opinión hace años*, favoreció en Europa una subversión profunda y coincidió con el auge inesperado de las ideas avanzadas. *Al contacto de los grupos revolucionarios y extremistas con las élites intelectuales y sociales*, nació el idealismo optimista, el pacifismo

ferviente y el humanismo invasor, que parecía anunciar una nueva era de transformación mundial. *Muy pocos se resistieron al contagio de esa atmósfera. Filósofos, dramaturgos, poetas y publicistas llevaban la rebelión a los periódicos, los escenarios y las bibliotecas, y aún aquellos que por pertenecer a clases privilegiadas tenían mucho que perder en la emergencia, se sintieron ganados por el hálito de reparación y de justicia que se adueñaba de las almas.*

El socialismo adquirió así en el viejo mundo un prestigio y una difusión que hizo admitir como posible el advenimiento de la nueva sociedad entrevista por los teóricos [...]. Y *enormes oleadas heterogéneas fraternizaban con los obreros y los empleados, los intelectuales y los aristócratas, llevaron hasta los congresos la lógica implacable de Bebel, el apóstrofe meridional de Ferri, la impetuosa arremetida de Vandervelde y la magnificencia esplendorosa de Jaurès.*

De más está decir que, de acuerdo con lo que hemos comprobado, las chispas del incendio se comunicaron sin tardanza a nuestra América. Una gran capital cosmopolita como Buenos Aires, ofrecía el más propicio ambiente a todas las amplificaciones... (214-215 –cursiva nuestra).

A largo de este capítulo hemos podido apreciar la complejidad de las definiciones en torno a las identidades nacional y subcontinental, por un lado, y partidaria, por el otro. Esto pudo verse, en primer lugar, al contrastar el discurso antinorteamericano de *Ariel* con el de Ugarte en sus artículos y su ensayo de 1911. Asimismo, hemos podido observar en ellos, y también en Darío, la formulación de un similar tópico optimista acerca del espacio americano como tierra de promesas que podía redimir de su decadencia a la “Europa latina”.

En segundo lugar, también dan cuenta de la complejidad de definiciones a que nos hemos referido, tanto la perspectiva justiana sobre Estados Unidos como el episodio polémico con *La Vanguardia*. La primera revela un diagnóstico más anclado en la tradición doctrinaria del marxismo científico, pero buscó también un diálogo con debates extrapartidarios, lo que pudo verse en la reedición, en 1898, de su *Viaje* a dicho país. Asimismo, ha quedado en evidencia la mayor heterogeneidad discursiva propia de la mirada ugarteana, así como el diálogo implícito con el antinorteamericanismo propio de las elites porteñas.

La polémica de Ugarte con *La vanguardia* ha echado luz sobre las tensiones entre la línea predominante en *La Vanguardia* que sostenía el internacionalismo clásico al que estaba asociada una perspectiva clasista, reforzada en la desconfianza respecto del *patriotismo* de los discursos políticos dominantes, y otras menos atadas a las tradiciones del movimiento obrero. Tal como hemos analizado, en esta línea se coloca Ugarte pero también, de un modo ambivalente, Juan B. Justo. A su vez, estos núcleos conflictivos son reveladores del proceso complejo de definiciones doctrinarias y de consolidación de la identidad partidaria propias del socialismo local, así como de la particularidad continental de los debates en juego. Al mismo tiempo, esto nos ha permitido describir con mayor claridad las condiciones de enunciabilidad del discurso ugarteano, en que fue determinante su habitus de escritor, pues le permitió establecer una relación diletante con la línea partidaria. Esto nos lleva a anunciar el próximo capítulo, dedicado a sus intervenciones sobre crítica literaria, pues es a través de éstas que logra hacer confluir la política y la cultura y articular así los dos tipos de actividades y discursos que fue desarrollando a lo largo de su trayectoria.

CAPÍTULO 4

DE TENDENCIAS Y PATOLOGÍAS: LA CRÍTICA LITERARIA DE MANUEL UGARTE

Pero la premura con que escribo, sitiado por acontecimientos que exigen una acción periodística inmediata, limita fatalmente el ímpetu desbordante de la pluma.
Manuel Ugarte, “La poesía de hoy” (1907)

A riesgo de pasar por ultra-conservadoras, [las nuevas generaciones] tienen que rechazar los géneros literarios que desde el punto de vista social como desde el punto de vista artístico le parecen, a pesar de la insuperable belleza de la forma, tan nocivos como inferiores.
Manuel Ugarte, “Un libro de Lorrain” (1908)

L'influence de Hugo est, je crois, à peu près nulle aujourd'hui. Il a bien communiqué à de glorieux écrivains le sens de la forme, le souci de la facture, mais ce n'est certainement pas de lui que s'inspirent les nouvelles générations. [...] La sérénité du maître ne convient pas à l'inquiétude de la nouvelle génération. Sa correction classique paraît un peu simple à tous les chercheurs de syntaxes nouvelles et sa psychologie est jugée, par les subtils, un peu sommaire. [...] Il n'y a vraiment, à mon sens, que deux hommes qui aient profondément agi et qui agissent sur la nouvelle génération littéraire: c'est Baudelaire et Barbey d'Aurevilly. Leur sens du surnaturel (...), leur dédain pour la civilisation bourgeoise et pour certaines grossièretés de la démocratie inachevée, leur goût du symbolisme, leur aptitude à dramatiser, en conflits mystérieux d'idées, les faits divers de l'histoire et de la vie, leur culte de l'esprit, de ses puissances cachées, de ses surprenantes divinations, de ses énergies insondables, tout cela a fasciné et fascine encore bien des esprits inquiets.
Jean Jaurès, La quinzaine littéraire (1893)³⁰⁴

Desde su llegada a París, en octubre de 1897, hasta la publicación de *El porvenir de la América española/latina*, en el mismo año en que emprende la gira de conferencias por el continente (1911-1913), Manuel Ugarte se dedica a escribir con regularidad numerosas crónicas sobre literatura. De hecho,

³⁰⁴ En Jaurès, Jean. *Oeuvres*, t. 16 (2000): 140.

consideramos que en los primeros años, es a través de éstas que pone en práctica su decisión de dedicarse a las letras mientras incursiona eclécticamente en el cuento, las impresiones urbanas, la poesía o en una novela epistolar. Como hemos visto anteriormente, las crónicas que envía a Buenos Aires, a *La lectura* y otras publicaciones españolas y a la pequeña *Revue* parisina de Jean Finot (1900-1921), favorecen el reconocimiento de su firma, al tiempo que le proporcionan un ingreso más constante y sancionan simbólicamente la concreción de la *rara* carrera elegida; sin embargo, no alcanzan a solventar sus gastos, lejos de ello, para lo cual Ugarte cuenta con la ayuda financiera enviada regularmente por su padre, y que será abruptamente interrumpida al perder éste su fortuna, en 1913.³⁰⁵ Esto no impide que su ingreso a la carrera literaria siga algunas pautas propias de otros contemporáneos con quienes se veía en Buenos Aires, como Darío, Ghiraldo, Payró, Lugones, Becher, Rojas, Echagüe, Gerchunoff, Belisario Roldán: justificación en el talento y en la intención de dedicarse integralmente a la actividad literaria, apoyo en la prensa como medio de subsistencia.³⁰⁶

³⁰⁵ En Argentina, a sus colaboraciones en *El Tiempo* (entre octubre de 1897 y octubre de 1899) se sumarán las crónicas para *El País* (1900-1901) y, de 1901 a 1907, para *La Nación*, además de poemas y cuentos escritos para *Caras y Caretas*. También colaboró en las revistas *El Sol*, *Martín Fierro* e *Ideas y figuras* (1909-1914) dirigidas por Alberto Ghiraldo. Es en España donde publica más artículos, como lo muestra su colaboración regular, de 1903 a 1911, en la revista madrileña *La lectura* (1901-1920) antes de abandonar el continente rumbo a Centroamérica. Sus amigos de la bohemia madrileña lo ponen en contacto, a su vez, con los lugares donde publican, como *Nuevo Mundo*, *Madrid cómico*, *La República de las letras*, *Helios* (dirigida por Juan Ramón Jiménez) -entre 1903 y 1904- y *El País* de Barcelona. Allí aparecerán tanto sus cuentos como artículos políticos. También escribe artículos de crítica literaria en *El Imparcial* y *El Heraldo* de Madrid.

En París, además de algún artículo en *Paris Journal* sobre literatura española contemporánea, ponderado por Paul Adam, escritor francés de novelas sociales de anticipación con quien entra en contacto, Ugarte publica entre 1905 y 1910 en *La revue* de Jean Finot un estudio sobre el teatro criollo, otro sobre escritores españoles contemporáneos y varios sobre el imperialismo norteamericano. También escribe para las revistas latinoamericanas editadas en París, *El Nuevo mercurio* (1907-1908) dirigida por Gómez Carrillo y en *Mundial* para la que Darío, su director, le pide una publicación (carta del 19 de abril de 1911, Archivo General de la Nación). A fines de los años 20, formará parte del comité de redacción internacional de la revista *Monde* de Henri Barbusse y colaborador en *La libertad* de Madrid (Ugarte, *Escritores iberoamericanos...*, 131). En el caso de *La lectura*, *Nuevo Tiempo*, *Madrid cómico* y *La revue*, hemos podido consultar directamente los ejemplares, donde encontramos artículos de Ugarte y referencias a otras de sus publicaciones en las secciones "Revista de revistas" o semejantes; en otros casos, las referencias figuran en el epistolario de Ugarte, a través de comentarios sobre sus textos o recortes enviados por sus amigos. Además, como ya señalamos, otros datos fueron consignados, casi cuatro décadas después, en *Escritores iberoamericanos de 1900*.

³⁰⁶ La consideración de estas prácticas, junto a la adhesión política al socialismo, nos permiten sostener que su distancia respecto de la figura del gentleman escritor es más marcada de lo sugerido por David Viñas (*Viajeros argentinos...* 218-228), aun teniendo en cuenta los "tics de

Abordaremos en este capítulo los escritos de crítica literaria que Ugarte publicó durante el período señalado. Intentaremos identificar una serie de dispositivos retóricos y tematizaciones que, vinculados a determinados modos de intervención pública, permiten situar la figura intelectual de Ugarte en un entrelugar cuyos polos son la escritura literaria y la acción política. En este sentido, en el modo de ejercer la crítica, puede ser pensado como “hombre doble” (Charle, *Paris fin de siècle* ...89-95), es decir un mediador cultural caracterizado por una doble condición de productor intelectual o profesional de la escritura (algunos fueron escritores en el inicio de sus carreras) y difusores de la multiplicidad de producciones, en el espacio público a través de una actividad periodística. Estos “hombres dobles” ejercen así una función reguladora en el mercado de las producciones simbólicas.³⁰⁷ En el caso de Ugarte, el período en que despliega su actividad crítica corresponde en primer lugar a una consolidación profesional y en segundo lugar, constituye un momento de pasaje entre su actividad escrituraria y su intervención pública en el campo político que se volverá central, casi exclusiva, a partir de 1910.

Este capítulo se divide entonces en tres momentos: en el primero, indagaremos las circunstancias en que el autor va consolidando su actividad crítica iniciada previamente con las crónicas recopiladas en *Crónicas del bulevar* (1902), atendiendo a las condiciones de enunciación de los discursos críticos, en Europa y en América y con una mirada puesta en la red de relaciones en la que se inserta, en ambos espacios. Un segundo momento se centrará en los ejes de su intervención crítica, que nos permitirán examinar sus matrices, presupuestos y motivaciones, así como las singulares operaciones que realiza; en este sentido, analizaremos el modo en que puede definirse en su escritura un entrecruzamiento de dos dispositivos tributarios de la “cultura científica” (Terán), el diagnóstico y el programa cultural, literario. Finalmente, concluiremos con un análisis de la imagen de intelectual que va construyendo a lo largo de sus escritos, con una atención puesta en la emergencia de una

los grandes gentlemen” que éste señala (“dandismo, oratoria, despilfarros de heredero confortable e insolente, mitología de homme à femmes...” 218).

³⁰⁷ Charle apunta en este sentido una interesante observación sobre la subjetividad literaria al señalar que la aceptación de los hombres dobles o por el contrario, el intento de en algunos escritores de desdoblarse sus actividades y convertirse ellos mismos en críticos para alcanzar una existencia pública, fue vivida como una experiencia psicológica esquizofrénica y encontró traducciones ficcionales en las recurrentes figuras de la prostitución, el suicidio o el doble.

concepción singular de la cultura latinoamericana que puede inferirse de ellos. Como se verá, las tres dimensiones de este análisis pueden relacionarse de maneras variadas pero muy claras, con las conclusiones de los capítulos anteriores de este trabajo.

4. 1. La crítica como diagnóstico de tendencias

Las palabras con que Ugarte recuerda sus primeros pasos en la profesionalización de su actividad, proyectan lúcidamente lo que estaba en juego en las estrategias modernas de edición de una obra, y figuran un detalle no menor en esta experiencia relativamente nueva, esto es, el modo en que aun la obtención del pago por una publicación contenía una cuota de ganancia simbólica (referida en términos de “orgullo”) por el acto mismo de la remuneración, y no sólo porque contribuyera a la consagración del nombre. Ellas traducen, de este modo, cierta conciencia respecto de la novedad de la posición social de los escritores, resultante de la diversificación de las producciones y del público lector, que se había constituido progresivamente en Europa a lo largo de la segunda mitad del s. XIX. Como es sabido, dicho fenómeno también se dio en el Río de La Plata, aunque con menor complejidad, debido a la ausencia de instituciones literarias específicas, durante las dos últimas décadas del anteúltimo siglo³⁰⁸:

El comienzo de mi labor activa como escritor está marcado por la peregrinación que realicé visitando casas editoras con mi primer libro bajo el brazo... Los *Paisajes parisienses* pasaron de mano en mano, rechazados siempre con la misma sonrisa a media luz: ‘La firma es nueva’. A lo largo de los murallones del Sena me detuve perplejo y desalentado, hasta que me decidí, tristemente, *contrariando todos los orgullos, a hacer la publicación por mi cuenta* en uno de esos tomos desamparados y sin atmósfera, destinados a circular entre amigos.... Felizmente, el éxito sobrepasó las previsiones y tres meses después, el editor Garnier que había rehusado mi obra, me compraba la propiedad de ella, ofreciéndome contrato para otras. La sensación de ver mi nombre en una Biblioteca consagrada y en compañía de autores célebres

³⁰⁸ Ver Prieto, *El discurso criollista...* Introd. y Cap. 1; Rama, *La ciudad letrada*, cap. IV; Pastormerlo, Sergio, “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial” (de Diego, Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000); Salto, Graciela, “En los límites del realismo, un libro extraño”. Jitrik, Noé (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 6. *El imperio realista* (dir. del vol. Gramuglio, M^a Teresa. Buenos Aires: Emecé, 2002: 39 - 57.; Bibbó, F., “Vida literaria, instituciones e identidades de escritor en los umbrales del Ateneo de Buenos Aires” (mimeo Jornadas FAHCE 2007, Cf. Bibliografía).

es una de las que más hondamente se marcan en mi vida. Porque yo no perseguía la apariencia sino la realidad. No necesitaba en aquellos tiempos la recompensa pecuniaria –por otra parte, mezquina- que me brindaba el editor. Pero la ansiaba ardientemente, a la manera de ciertos pescadores paradójales que luchan horas enteras para extraer un pez que arrojan al agua de nuevo. Lo que yo quería era dar el salto del ‘*amateur*’ al profesional, probarme a mí mismo que mi trabajo era un valor en circulación, hacer que mis páginas fuesen a las prensas y llegasen al gran público formando parte del conjunto en marcha del pensamiento universal. Confieso que aquella tarde, junto al Sena, el agua me pareció más limpia y el cielo más azul.³⁰⁹

Sobre el fondo del mito de París como lugar de materialización de las aspiraciones intelectuales, aparecen evocados el valor de la creación literaria en tanto expresión singular, libre y de calidad, junto a su valor como bien de circulación y consumo. Pero sobresale el modo en que dichos valores están combinados, representados como indisociables y necesarios para que pueda existir la figura social del escritor. A través de esta figuración dual de la producción literaria (el narrador confiesa que “no necesitaba en aquellos tiempos la recompensa pecuniaria –por otra parte, mezquina- que me brindaba el editor. Pero la ansiaba ardientemente”), puede leerse una variación respecto de antiguas dicotomías fundadas en la existencia de un clivaje entre productores y receptores. En efecto, no se interpone un conflicto entre la concepción artepurista atribuida a los primeros -que postulaba un desinterés absoluto- y los segundos, reducidos a simples consumidores y considerados incapaces de comprender al creador. No es la tensión arte/dinero la que determina, en el fragmento, la posición social de los artistas: los sentidos del texto parecen más bien orientarse a configurar un pacto de comunicación posible, amparado en la mediación de la prensa y la industria cultural en general, en plena modernización y proceso de masificación.³¹⁰

³⁰⁹ Galasso, Norberto. *Manuel Ugarte...75* [México, *Letras y artes*, s.f].

³¹⁰ En las cartas de Ugarte abundan referencias a los pagos recibidos por sus colaboraciones y ediciones. Cf. Archivo General de la Nación. *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*. Dir: Graciela Swiderski. Buenos Aires, AGN, 1999. En *Escritores iberoamericanos...*, 42-3) recuerda Ugarte que se reían con Darío, Nervo y Gómez Carrillo de la avaricia de Garnier; también menciona el pago de dicho editor, de 600 francos por su primer libro, *Paisajes parisienses*; consigna los 200 francos que le pagó el director de *La Revue*, Jean Finot, por los artículos que publicaría luego en *El porvenir de la América latina*. y en *El destino de un continente* (Madrid, Mundo Latino, 1923).

Lo que puede leerse allí, entonces, va más allá de una representación, entre otras, de la actividad del escritor/artista en la sociedad moderna; encierra más bien el indicio de un sentido nuevo, distinto de aquel organizado en base a la oposición arte/dinero propia de las fases de autonomización del campo literario (Bourdieu, *Las reglas...* Cap. I). En efecto, la tensión entre artista y mundo no reviste un sentido radical, lo que está sin duda en consonancia con una concepción menos “rupturista” respecto de los valores estéticos dominantes, o incluso más alienada respecto de las posibilidades que ofrecía el circuito de la difusión intelectual. Supone en cambio la ilusión de un intercambio comunicativo entre productor y “gran público”. La aspiración a que circularan los escritos sin que se formule un temor ante la pérdida de pureza o singularidad puede vincularse, más que a la transposición de un deseo, a las condiciones de enunciación propias de este momento de avance de las formas de producción de bienes simbólicos, visible en la amplia incorporación de los productores intelectuales por parte de las instituciones del mercado, como la prensa o las empresas editoriales, en proceso de crecimiento y diversificación.³¹¹ Todavía no han llegado los tiempos en que los escritores descreerán de la posibilidad de hacer confluír sus producciones con las expectativas de los lectores de la prensa masiva.³¹² En el fragmento, un detalle no menor está dado por la omnipresencia del escenario parisina, emblema de la modernidad (Benjamin; Casanova), que tal vez pueda explicar esta nueva percepción, y representación menos tensas, entre artista y mundo, que venimos describiendo.

Las motivaciones de Manuel Ugarte al publicar sus escritos críticos en los periódicos respondieron entonces, en primer lugar, a una necesidad “profesional”, facilitada por la alianza entre prensa y literatura que, como se

³¹¹ La siguiente apreciación de Ugarte completa lo que venimos desarrollando: “Con ser ardua la conquista del duro esquivo, no intervenía el dinero en las cosas espirituales. Las musas no admitían soborno. Si alguien publicaba un libro por su cuenta, quedaba descalificado. No cobrar en los diarios las colaboraciones era pasar por esquivo. Había que entrar a la literatura con todas las de la ley, por la puerta grande, con la colaboración de los editores consagrados, percibiendo un tanto por ciento o vendiendo en firme las obras. Tendencia sana y encomiable que cerraba las puertas al diletantismo y afianzaba la responsabilidad profesional, al margen de tanta tramoya como hemos visto después” (Ugarte, *Escritores iberoamericanos...*, 55).

³¹² Para el período que estudiamos aquí, pueden verse las hipótesis de Geraldine Rogers acerca de la lógica de la integración de estéticas del circuito de la cultura alta con el de la cultura popular, que operó en los primeros años de la revista *Caras y caretas* (Rogers, Geraldine. *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX*. La Plata, Eulp: 2009).

sabe, había engendrado desde mediados del siglo XIX, condiciones de producción intelectual que hicieron posible la incorporación de escritores a las redacciones periodísticas y la fijación de espacios dedicados a cuestiones de arte y literatura en la prensa (Ramos; Prieto). En segundo lugar, la crítica literaria significó para Ugarte la posibilidad de instalarse en un espacio intermedio entre su *vocación* literaria inicial y otras preocupaciones más políticas, sin abandonar su decisión de ejercer una actividad intelectual pero virando hacia prácticas de escritura no literarias. Dichas preocupaciones lo llevaban a pensar su intervención según las claves del dreyfusismo, es decir, a partir del compromiso autorizado en la especialidad adquirida fuera del campo político.³¹³ En este aspecto, uno de los rasgos característicos de sus escritos es el intento de someter las expresiones estéticas de escritores latinoamericanos o españoles, a un examen *sociológico* basado en los discursos en boga. Tal como lo hemos visto a propósito de otros fenómenos sociales en los que Ugarte ensayaba sus indagaciones, esto implicó, entre otros desarrollos, el *diagnóstico* sobre la etapa contemporánea en relación con la supuesta evolución de las formas artísticas; el examen fisiológico de las expresiones culturales del presente, desde una concepción higienista y, como consecuencia de esto, la predicción acerca del rumbo, o de la tan mentada *tendencia* que mejor se adaptaría a los cambios descriptos.

Quisiéramos entonces destacar que las crónicas literarias de Ugarte constituyeron un espacio de confluencia de las dos actividades que fue desarrollando el autor, literaria, por un lado e intelectual, por el otro. En las crónicas se cifra en parte su recorrido, que combinó la escritura literaria inicial y frecuentación de los ámbitos de sociabilidad modernistas, con la construcción de un *intelectual* profeta, “integral” (como él mismo afirmará a propósito de Blasco Ibáñez, en *Visiones de España*, 108), capaz de transitar por la sociología y la política.³¹⁴ Desde *Paisajes parisienses* (1901) y *Crónicas del*

³¹³ Véase Bourdieu, *Les règles de l'art.*; Charle; Prochasson, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre* (Bibliografía).

³¹⁴ Resulta emblemático el modelo que se desprende del retrato de Vicente Blasco Ibáñez. En esta figura parece proyectar su propia relación pluridireccional respecto de la actividad intelectual: “Algunos le reprochan esa universalidad de espíritu. Acostumbrados a los hombres monocordes, especialistas y fragmentarios que no tienen más que una función y un gesto, les sorprende que puedan coexistir en un mismo individuo tantas y tan diferentes aptitudes. [...] Confinarse un sólo género de labor, es vivir parcialmente. El ser humano debe tener el espíritu siempre abierto, interesarse por todo, opinar sobre lo que le circunda, sentir, ver, comprender,

bulevar (1902) hasta *Las nuevas tendencias literarias* (1909) y *El porvenir de la América latina/española* (1911), Ugarte va ocupando, hasta mediados de los años 1920, posiciones que delinear una trayectoria zigzagueante, con cambios abruptos de géneros, disciplinas, y hasta campos de intervención; así, mientras su carrera se inicia en el campo literario en formación y en estrecha relación con el modernismo emergente, otros escritos, posteriores y más numerosos, lo vinculan con el espacio de producción intelectual y hasta con el campo político, si se tienen en cuenta los años de militancia partidaria en el socialismo argentino (es decir, con la vanguardia política). Luego de *Cuentos de la Pampa* (1903) y de la edición ampliada de *Cuentos argentinos* (1910), el ciclo de sus producciones literarias se cierra con sus dos novelas, *El crimen de las máscaras* (1924) y *El camino de los dioses* (1926) y continúa en cambio la línea crítica y ensayística de su escritura.

Pero en todas las etapas, casi sin interrupciones, Ugarte mantiene la escritura crítica literaria con un propósito que, nuevamente, debe relacionarse con una preocupación extraliteraria, presente desde los años en que animaba su *Revista literaria* (1895-1896), y que fue deviniendo una cuestión política crucial: dar a conocer la literatura reciente escrita por latinoamericanos, favoreciendo así los nexos simbólicos entre ellos y tendiendo a forjar una representación unitaria y transnacional de la diversidad de producciones del subcontinente. Así, progresivamente, la estrategia de las crónicas iniciales en que predominaba, junto a una tarea divulgadora (Rama, *Las máscaras democráticas...*), la postulación atenuada de doctrinas e ideas *colectivistas* - cuya aceptación por parte de los lectores de *El País* de Buenos Aires, dirigido Carlos Pellegrini, podía resultar problemática-, cede el paso a una intervención más militante y hasta partidaria, tanto en cuestiones políticas como en literatura. Este desplazamiento se refleja en los artículos de los años que siguieron a su adhesión pública al Partido Socialista, en 1903. Es decir, desde *Visiones de España* (1904) hasta las compilaciones de sus artículos en *El arte y la democracia* (1905); la *Antología de la literatura hispanoamericana* (1906)

amar la naturaleza entera y expresar su pensamiento, su sensibilidad o su pasión en las formas que le parezcan pertinentes, haciendo flotar en todo sitio y circunstancia el pabellón de su personalidad. Blasco Ibáñez, llevado por su carácter altruista ha distribuido sus riquezas intelectuales a todos los vientos, ha dejado su huella en todas partes..." (Visiones de España 108).

editada en francés en 1907; *Burbujas de la Vida* (1908) y *Las nuevas tendencias literarias* (1909).

A lo largo de la primera década del siglo, las lecturas críticas de Ugarte desarrollan una preocupación divulgadora y vincular respecto de las producciones escritas por latinoamericanos, que también caracterizó a otras prácticas críticas del momento, enmarcadas, se sabe, en los procesos de democratización y profesionalización de la actividad literaria y periodística de los centros urbanos del subcontinente. Como es sabido, esta intención constituye un rasgo omnipresente entre los intelectuales de la época, vinculado, en un comienzo, con las “estrategias de articulación” llevadas adelante por los modernistas hispanoamericanos (Zanetti, “Itinerario de las crónicas de Darío...” 19)³¹⁵. En Argentina, Verónica Delgado ha destacado a propósito de *El Mercurio de América, Ideas y Nosotros*, su “aspiración de intervenir en el espacio de la cultura nacional pero también y más allá de ella, en la cultura sudamericana, como forma de conjurar el aislamiento”.³¹⁶

La perspectiva latinoamericanista constituida en eje de la crítica literaria, la que se recortaba sobre discursos provenientes de los debates en torno al latinismo, como ha sido analizado en capítulos anteriores, se materializó y consolidó en gran medida desde Europa, a través de redes de intercambio y espacios que facilitaron el nucleamiento y reconocimiento de los escritores e intelectuales en sus comienzos, provenientes de distintos países latinoamericanos³¹⁷: las presentaciones de unos a otros ante los editores, la intermediación para publicar en diarios y revistas, entre otras prácticas ya

³¹⁵ Susana Zanetti se ha referido a las estrategias de divulgación del modernismo y de proyección hispanoamericana desarrolladas por la *Revista de América* (1894), la mexicana *Azul* (1894-1896), las venezolanas *El cojo ilustrado* (1892) y *Cosmópolis* (1894), incluyendo también en esta aspiración a la unidad intelectual, a la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*.

³¹⁶ Delgado, Verónica. *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*, La Plata: Edulp, 2009: 262. Muchos de los rasgos analizados por la autora aparecen como propios de este período de constitución del campo literario argentino: el diagnóstico del vacío cultural, la “comunidad” de los escritores en el seno de la revista, el “pacto intergeneracional”, los criterios de selección de las colaboraciones y de análisis de las producciones basados en pautas de profesionalismo (259-270).

³¹⁷ En este sentido, Beatriz Colombi afirma, que “la situación de exterioridad favoreció la definición de relatos supranacionales, como el latinoamericanismo, en el marco de pactos nuevos y necesarios resultantes del avance del imperialismo y de la urgencia por fundar narraciones de autonomía incluyentes y al mismo tiempo homogeneizadores del subcontinente” (“Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)” . Altamirano (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. vol. 1. (ed. del vol.) Myers, Jorge. *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz, 2008: 545-546.

mencionadas. De hecho, estos mismos sujetos eran quienes daban forma concreta a ese *ideal* de cohesión simbólica subcontinental e, inversamente, afianzaban la existencia de este nexo simbólico, sellando así esta identidad supranacional en formación. No sólo promueven el vínculo subcontinental entre escritores, sino que le dan entidad con sus lecturas y ponen en serie las producciones dispersas.

Al respecto, el rol clave de Ugarte en el fortalecimiento de los vínculos entre latinoamericanos fue descrito por Alejandro Sux, en un artículo de 1911 para la revista de Ghirardo *Ideas y figuras*:

Todos sabemos que la meca literaria es París. Españoles o turcos, americanos o japoneses, todos vienen aquí para que la hermosa Lutecia les dé el consagrador espaldarazo. Eso todo el mundo lo sabe; pero lo que no sabe todo el mundo es que en París, en el corazón de París, muy cerca de la Plaza de la Estrella, existe otra meca literaria para exclusivo culto de los latino-americanos. Esta pequeña meca es la casa de Manuel Ugarte. Allí se reúnen cónsules del Uruguay, de Bolivia, del Perú, de San Salvador... poetas y escritores de la Argentina, de Chile, del Ecuador, de Colombia, de Costa Rica...escultores, pintores y dibujantes del Paraguay, de Venezuela, de Cuba, de Panamá, de Honduras...La casa de Ugarte es el verdadero congreso panamericano y mirando el pie de imprenta de los libros que se amontonan en las sillas y suben hasta los sillones por falta de lugar en los estantes, uno se hace la ilusión de estar paseando sobre el mapa de América. [...]Una extremada benevolencia, una excesiva simpatía lo ha convertido en el prologuista oficial de cuanto desconocido periodista quiere ser autor de libro y cuanto poeta joven que se lance a la conquista de la Gloria...³¹⁸

En el caso de Ugarte, esta construcción de una visibilidad común para las producciones singulares y dispersas en el continente, se fue arraigando paralelamente a sus reflexiones sociológico-políticas en torno a los problemas de las repúblicas sud y centroamericanas, así como a las relaciones entre éstas y los países europeos por un lado, y Estados Unidos, por el otro. De algún modo, puede decirse que, forjada inicialmente a partir de la voluntad “articuladora” del modernismo, el autor la fue dotando progresivamente de un carácter heterónimo. En su formulación como en los fundamentos, la valoración conjunta de las producciones de los latinoamericanos fue incluyendo imperativos políticos, y se tradujo en un alejamiento respecto de una

³¹⁸ Sux, Alejandro. “Manuel Ugarte” [Sección “Gustos y gestos”], *Ideas y figuras*. Revista semanal de crítica y arte, Buenos Aires, año 3 N° 43, 11/02/1911.

concepción artepurista de la literatura, por un lado y, por otro lado, en la afirmación constante de un suelo identitario común que caracterizaba a las expresiones artísticas.

En el último tercio del siglo XIX, también las producciones estéticas fueron sometidas a enfoques sociológicos, psicoantropológicos y psiquiátricos, en esta época obsesionada por los diagnósticos sobre lo contemporáneo. Para los escritores publicistas, tanto los latinoamericanos trasladados al viejo continente como los europeos, la crónica era el género que mejor les permitía desgranar sus impresiones y esbozar balances, en Madrid o París, acerca de las expresiones artísticas y literarias cuya multiplicidad se percibía como un síntoma de la cultura moderna. De algún modo, se fundaban en la creencia de que frente a aquella selva de producciones simbólicas, la observación del cronista sancionando y distinguiendo en base al valor literario legítimo, se volvía imprescindible para ordenar esos signos y no sucumbir en la anomia. Más aun, el hecho de que, en el último tercio del siglo XIX, la vida de los artistas hubiera alcanzado formas nítidas de organización específica e independiente,³¹⁹ hacía que el teatro, la poesía, la novela, la pintura, la música o la escultura, despertaran un interés no sólo por cuestiones de estética, sino también respecto de los propios sujetos de dichas prácticas. Christophe Charle³²⁰ ha observado, en este sentido, que una de las innovaciones de los críticos franceses, favorecida por las nuevas prácticas periodísticas de fines del siglo XIX -y en las abrevaron los literatos hispanoamericanos-, fue la puesta en escena de la vida literaria e intelectual. En efecto, a través de esta teatralización se reforzaba el rol mediador de la crítica,³²¹ quien aparecía con el

³¹⁹ Cf. Bourdieu, P. *Les règles de l'art*. (1992).

³²⁰ Charle, Christophe. *Paris fin de siècle. Culture et politique*. Paris: Seuil, 1998: 93-94 (traducción nuestra).

³²¹ En la crónica de Ugarte "Los escritores y la crítica" [1901], antes del comentario sobre la obra de teatro del vanguardista Brioux leída en el Teatro Antoine, encontramos una representación espontánea de esta función estructural de la crítica como mediadora propia de la época, así como de la sujeción de los escritores a su ejercicio: "Los diarios y las revistas tienen rúbricas especiales consagradas a los dramas, los libros o el arte pictórico, en las cuales un hombre, generalmente informado, pero falible, dice su manera de ver sobre las producciones recientes. Es el *lazo de unión* indispensable que pone al artista en contacto con el público. Sin él, las obras pasarían desapercibidas, y el esfuerzo del creador sólo sería apreciado por un pequeño número de hombres. Un pintor, un escultor o un poeta que, después de haber producido la tela, la estatua o el verso, no contaran con ese elemento de difusión, estarían condenados a una celebridad de familia o de barrio" (*Crónicas del bulevar 310* – cursiva nuestra). Además, esta crónica es en sí misma una puesta en escena del mundo literario y su funcionamiento. Significativamente, presenta así con resignación la lógica de la

poder de revelar y descifrar para el público los aspectos privados del quehacer literario. A la inversa, los escritores acumulaban capital simbólico al ser elegidos, distinguidos, por sus pares críticos. Así, para Charle, la década de 1890 fue “la de las encuestas y la difusión sistemática de la práctica de la *interview* a personalidades, especialmente literarias, o de la publicaciones biográficas ya sea en colecciones serias o irónicas” (93). Esto implicó, según el autor, una transformación respecto de las modalidades de la intervención romántica, consolidando la sujeción a las pautas de los periódicos, en la medida en que ya no eran los escritores quienes decidían los temas ni el momento de su intervención pública, pautada ahora por la iniciativa y el cuestionario del *reporter*. Veremos que esta práctica aparece en algunos artículos del escritor que nos ocupa, en el marco de una estrategia singular.

Paralelamente a este proceso, el arte moderno y la subjetividad de los artistas, representada aún bajo la imagen romántica del *genio* insondable o enigmático - para decirlo como entonces-, fueron sometidos a análisis sociológicos desde las perspectivas antropológica y psicológica del positivismo dominante. Según Jean-Louis Cabanès,³²² los estudios de Lombroso y Nordau dedicados a los ámbitos artísticos fueron determinantes en la difusión de los enfoques organicistas aplicados a las formas del arte y a la indagación del “estado mental” (Nordau, citado por Cabanès 7) de los artistas. Funcionaron asimismo como una formación discursiva, en sentido foucaultiano, marcada por un vuelco constante de la clínica sobre la estética. Cabanès afirma que Lombroso y Nordau establecieron una relación de mutuo reconocimiento entre sus obras: mientras el autor de *Dégénérescence* (1892-1893) dedica su libro a

competencia por el valor legítimo del arte, donde “cada parecer se opone a los demás” (312), oponiéndole una utopía denegadora, a la que enuncia al tiempo que acepta como imposible, de un mundo literario sin litigios, sin “p[érdida] de unidad” en que los críticos pudieran “olvidar las propias preferencias y dominar [...] esa armónica diversidad de la naturaleza” (312).

³²²Cabanès, Jean-Louis. “Nordau lecteur de Lombroso: une filiation encombrante”. www.farum.it/publiforum/v/n/01/pdf/Cabanès.pdf. En este artículo iluminador, Cabanès muestra el modo en que Lombroso logró concentrar y divulgar las investigaciones de la psiquiatría naciente, de la que toma principios claves como el límite entre razón y locura; las alucinaciones como claves interpretativas, la noción de degeneración y de morbilidad en Morel, así como el tratamiento contiguo de tres “especies desviantes”: la locura, el crimen, el genio. A esto se sumó un “coup de génie” del italiano que consistió en vincular estos aportes con un “vago darwinismo” que lo llevó a postular, por analogía con la tesis del origen del hombre como “recapitulación del linaje animal” (Cabanès 4), que el criminal contemporáneo no hacía sino repetir un gesto atávico, regresivo. Además, traslada la idea de lucha entre las células al plano del organismo de los genios, para afirmar la existencia de una lucha dentro de éstos, entre el cerebro y sus pulsiones nerviosas, y los músculos y huesos. De este modo, la degeneración se convierte en una involución de las facultades hacia comportamientos primitivos.

Lombroso, éste valora el aporte de su discípulo, al que describe en la sexta edición (1894) de *L'Uomo di genio* (1888) -su propio estudio sobre el tema- en términos de “la primera aplicación sólida de [m]i método a la crítica de arte y a la literatura contemporánea” (citado por Cabanès 1). Las patologías estéticas contemporáneas apuntarán al decadentismo, el simbolismo o el impresionismo, que serán interpretados como productos de hombres degenerados que han perdido el principio de realidad y construyen visiones “histéricas” (Nordau, citado por Cabanès 7), que cultivan un narcisismo enfermizo, atentan contra la norma lingüística y de este modo desestabilizan el cuerpo social. Para Cabanès, Nordau va más lejos que su maestro pues no sólo aplica las tesis lombrosianas al ámbito de la estética, sino que “funda una sociología del arte sobre la base de una medicalización de las normas estéticas” (8). Finalmente, este autor muestra que, para explicar la *sugestión* y el *contagio* de los comportamientos individuales que daban lugar a la gregarización de las escuelas estéticas, Nordau recurre a la idea de imitación propia del fenómeno de las multitudes, desarrollada por Le Bon y Tarde.³²³

De este modo puede verse que la crítica literaria no escapó a la importación de la medicina naturalista en las ciencias sociales, que ha sido analizada en capítulos anteriores. El traslado de los principios de la biología evolutiva, la fisiología, la psiquiatría, funcionó como un régimen de discurso y circuló rápidamente bajo la forma de doxa científicista, en la que se abrevaron, por supuesto, los cronistas. Las consideraciones psiquiátricas fueron aplicadas, por analogía, al ámbito de lo estético. En este sentido, Cabanès afirma que en Francia la crítica,

tal como se desarrolló desde Sainte-Beuve, participa siempre de una semiótica [que] apunta a ser mimética respecto de la clínica, pretendiendo recurrir al escalpelo (imagen que aparece en Sainte-Beuve), para analizar a los hombres y las obras. Convertida en psicológica a partir de Taine, no deja de inspirarse en el saber y en las creencias de los alienistas (5).

³²³ Graciela Salto se ha referido a la circulación local, y simultánea, de las hipótesis degeneracionistas de Lombroso, Nordau y Magnan, que vinculaban genialidad y locura. En su estudio, muestra cómo se activan dichas interpretaciones en la recepción de *Libro extraño* (1894) de Francisco Sicardi. (“En los límites del realismo, un libro extraño”. Jitrik, N. *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 6. *El imperio realista* (dir. Del vol. Gramuglio, M.T.: 39 - 57).

En este marco entiende Cabanès la amplia difusión del estudio de casos, bajo la forma de los retratos literarios, que estaban organizados en torno a la caracterización física de un escritor, seguida de su caracterización moral y luego, de la evocación de su obra. Así, el modelo sociológico inscripto en la “cultura científica” (Terán) ofrece uno de los sustentos del discurso crítico ugaritano: la perspectiva historicista, atenta a la evolución de las manifestaciones artísticas dentro una cultura; el higienismo, en el enfoque organicista sobre la sociedad y en particular, sobre las “tendencias literarias”.

4. 2. Las crónicas sobre literatura contemporánea

En las crónicas literarias de Manuel Ugarte, los juicios estéticos que reproducen los principios de la cultura científica constituyen uno de los pilares de sus consideraciones críticas, que serán analizados en este apartado. En efecto, veremos el modo en que están enunciados a partir de la grilla evolucionista, de la psicología antropológica y el higienismo. El segundo pilar, derivado en parte de la perspectiva evolucionista, está dado por la creencia moderna en el valor de lo nuevo, que funciona como baliza que el observador va buscando para orientarse respecto del sentido del progreso y orienta las lecturas críticas. Examinaremos entonces el enfoque crítico sobre las producciones literarias y artísticas, tendiente a vislumbrar lo nuevo para detectar los cambios, que puede leerse en algunas crónicas del autor. Por eso, antes de detenernos en la operación antimodernista que despliega Manuel Ugarte, conviene examinar las modalidades de sus abordajes críticos que reproducen, como dijimos, la doxa científicista, pues éstos le proveen los fundamentos principales para su cuestionamiento del modernismo. Por último, retomaremos el análisis de la confluencia entre política y cultura en sus escritos críticos. Esta instauro, en efecto, una lógica heterónoma en torno a las relaciones entre escritor y sociedad que lo lleva a adoptar con gesto normativo aquellos principios del *arte social* vinculados al romanticismo tardío. En particular, estos axiomas figuran en ciertos escritos de Lamartine y Victor Hugo posteriores a 1830, en que ambos afirman la necesidad de una acción política del poeta a favor del progreso de la humanidad (Cassagne)³²⁴. Dicha

³²⁴ Cf. Cassagne, Albert. *La théorie de l'art pour l'art en France chez les derniers romantiques et les premiers réalistes*. Paris : Champ Vallon, 1997 [1906].

concepción servirá de base a Ugarte, a fines de la primera década del siglo XX, para la postulación de un “arte nacional”, lo que será estudiado en el último apartado. Por tanto -como podrá verse en el curso del análisis y según ya advertimos- la crítica literaria de ugarteana es mucho más que un aspecto complementario de una trayectoria intelectual vertebrada principalmente por otras preocupaciones e intereses: son los mismos núcleos problemáticos, las mismas vacilaciones y, sobre todo, el mismo tipo de heterogeneidad, los que – como en los aspectos de su trayectoria analizados en los capítulos anteriores- se presentan en sus comentarios sobre literatura. Estos no sólo completan sino que resultan configuradores, además, de esa misma trayectoria que esta tesis procura reconstruir.

Entonces, en varios artículos escritos en la primera década del siglo XX como "La literatura", "Literatura de droguería", "El mundo literario en Francia", "La poesía de hoy", "La orientación actual", "El 'Modernismo' en España"³²⁵, el cronista procede mediante la generalización, en un intento, propio del paradigma evolucionista, de sintetizar los rasgos de evolución de la cultura letrada en el presente, a partir de la creencia en que el siglo entrante había alcanzado un estadio superior en el avance del pensamiento universal. El sentido del progreso en el *nuevo siglo* podía resumirse, sin reparos, en dos tendencias: una mayor *democracia* y el impacto de la ciencia (visible según Ugarte en la “exactitud” y el “método” característicos de las nuevas generaciones intelectuales).

La primera tendencia, que el autor vincula al avance hacia la democracia inscripto en los nuevos tiempos, era pensada en términos de una consolidación de la caída de los privilegios y una mayor equidad.³²⁶ En “La poesía de hoy” por ejemplo, contradice, dándola por superada, la necesidad de los poetas de replegarse ante la incompreensión del público (“si viven fuera de lo que nos preocupa, si persisten en contarnos lo que no nos interesa, bien merecido se tienen el desdén con que les mira la multitud [...] Que no declamen que el

³²⁵ Fueron incluidos, respectivamente, en *Visiones...., El arte y la...., Burbujas...., Las nuevas tendencias...* Respecto al segundo, Ugarte recuerda en *El dolor de escribir* (1930), que fue escrito contra Darío y publicado primero en *El Heraldo* de Madrid.

³²⁶ Para medir el efecto de lectura heterodoxo que encerraba toda alusión a la democracia, cabe recordar lo que afirma R. Williams en *Palabras clave*: hasta el s. XIX, “Democracia” fue “un término desfavorable”. En la tradición socialista, significaba “control popular de los intereses de la mayoría” (96). Es ese sentido que puede reconocerse en Ugarte.

talento es incompatible con la democracia” *Burbujas...* 201). El argumento heterónimo de la representación democrática contrapone, otras veces, la “monotonía gris” de cierta poesía “de anticuario”, en una retórica antinómica, a la del nuevo siglo que, como nunca antes, había tenido “tanta sed de ideal, tantos arranques de altruismo, tan gran empuje hacia la generosidad y la justicia [...]”. Para ilustrar esta “sinceridad y vigor”, destaca *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez por su naturalidad, más allá del tono melancólico, y *La victoria del hombre* (1903) de “un escritor argentino, Ricardo Rojas”. En ésta última valora el “himno a la naturaleza, al progreso, al porvenir” (202), traduciendo la mirada evolucionista aplicada a la cultura.³²⁷ Ambas obras le interesan por ser representaciones de “dos fibras del alma contemporánea” que “serán leídas con interés porque expresan lo que sentimos todos” (203). Su existencia misma, su capacidad para “sin descender del trono, presidir la vida de hoy” se le presenta como la prueba de que han quedado en el pasado las fuerzas regresivas hacia lo “artificial”. En el mismo sentido, en un capítulo de *Enfermedades sociales* que dedica a las patologías de los *literatos*, esgrime una oposición entre las ideas transformadoras en política y en literatura, al referir dos paradojas a propósito de la vida literaria parisina: “el libertinaje en las lecturas coincide con cierto espíritu hostil al progreso y a las reformas”; con respecto al escritor decadente y cronista mundano Jean Lorrain, ironiza que “sobre cien [de ellos], no hay veinte capaces de aceptar una reforma anodina como el divorcio” (120). Así, para desarticular el vínculo entre “inmoralismo literario” y “teorías libertarias”(120), señala las contradicciones entre la innovación literaria y las concepciones políticas conservadoras de un Sade

³²⁷ En la crítica de Becher sobre *La victoria del hombre* del nº 8 de *Ideas*, Emilio Becher, Año I, Tomo 2, diciembre 1903 leemos también términos atentos a las relaciones entre el escritor y la política que busca situar al primero por encima de aspectos “materiales” como el partidismo: “Libro de asunto moderno, nada impedirá que se le atribuya una determinada intención política, y no faltará quien vea una profesión de fe anarquista en *La epifanía del sueño* o anticlerical en *La vuelta de Cristo*. Rojas no ha justificado tales suposiciones. Escritor, no hace más que constatar con imparcialidad. Poeta, tiene demasiado respeto por su arte para degradarle hasta las bajas tareas de la propaganda. Intelectual, el proyecto de juntarse con otros hombres en partido político, a fin de pensar en común, no le seduce. La idea de que el idioma divino del verso pueda servir anunciar opiniones de comités de facinerosos, le parece, con razón, la más siniestra de las profanaciones” (372 -384).

monárquico, de Baudelaire, con sus “sus aplausos a las represiones sangrientas del 48” (120) o un Lorrain.

La exaltación del nuevo siglo, representado como una etapa que todo lo unifica, capaz incluso de resolver definitivamente los destiempos de una *marcha universal*, lo lleva a insistir en la necesidad de fijarse en “El Arte reciente” (*Burbujas* 209), título de una crónica-carta al poeta mexicano Luis Urbina. Haciendo uso de la ironía, emplea una metáfora imperial para refutar modos supuestamente antiguos de relación entre metrópolis y colonias; al instar a los americanos a no “seguir siendo eternamente los incautos primitivos que el explorador deslumbra con novedades arcaicas que ya no se estilan en su país”, afirma –con su típica fe en el progreso- la igualdad actual de los países debido a la *universalidad* alcanzada merced al “ritmo de la civilización contemporánea”: “Vivimos la vida universal, seguimos al día el movimiento de las ideas y naturalmente, tendemos a sacar como los demás países el fruto revelador de nuestras propias entrañas” (210). Esta misma afirmación acerca de la necesidad de “crear una literatura que esté de acuerdo con el siglo” (*Burbujas* 228) reaparece en su prólogo a *Trompetas de órgano*, en que insinúa ataques a Darío. Más aun, acerca de algún modo las formas literarias del presente a configuraciones subjetivas más amplias, de las que el arte sería la traducción formal, tal como llega a teorizar en su ensayo “La literatura”, de 1904:

La literatura, que al fin no es más que una forma de exteriorizar el alma del siglo, tiende a confundirse más y más con la vida cívica. Si el arte consiste en traducir y encarnar en personajes el pensamiento contemporáneo, claro está que habiendo sido heroico en Grecia y místico en el siglo XV, tiene que ser hoy democrático. Y a medida que más unificamos y centralizamos las tendencias de nuestro espíritu, de más en más se confunden a nuestros ojos los horizontes del arte con los de la política. Admitiendo que pueda llamarse política a esos sentimientos humanitarios que son como una resurrección práctica de antiguas creencias. (*Visiones...*161).

Así, el cambio estético aparece vinculado con el curso general de la cultura y formando parte de los efectos de los procesos históricos contemporáneos en los modos de vida y en los valores: “Y en estos tiempos- escribe un año antes, al relatar su viaje a España- en que el hombre, libertado

(sic) de los esnobismos torpes, vuelve a la sinceridad y a la naturaleza, esa franca y comunicativa claridad es el mejor mérito” (*Visiones...*109).

En cuanto a la segunda tendencia, vinculada a la determinación de la ciencia respecto del progreso, Ugarte la materializa en los propios supuestos adoptados para estudiar la renovación –que entiende como ya sucedida- del *nuevo siglo*. Así, la aplicación del principio evolucionista para estudiar las manifestaciones artísticas contemporáneas, lo lleva a presentar como necesidad histórica, proveniente de la “atmósfera”, el abandono de la “obscuridad artificiosa que pone al margen de las masas [a la literatura de la América española]” (*Las nuevas tendencias...*VI):

Dadas las lentas e inevitables transformaciones del arte y del idioma, la literatura tiene que renovarse como la vida, y nuestro siglo complejo y febril exige cierta flexibilidad de lenguaje, cierta rapidez de expresión y cierta sinceridad de emociones que acabará por forzar los moldes de la gramática y las fórmulas artificiosas de la composición (*El arte y...*55).

Del mismo modo en que la confianza en la ciencia podía explicar la operación de reescritura que realizaba Ugarte en su reseña de la conferencia de Jaurès sobre “El arte y el socialismo”, analizada en el primer capítulo de esta tesis, dicho dispositivo retórico reaparece en la fundamentación acerca del estudio de las corrientes intelectuales del presente, expuesta en “El ‘Modernismo’ en España”³²⁸. En efecto, para discutir la actualidad de dicho movimiento, recurre a la doxa hegeliano-darwiniana, con reminiscencias lorianas, que ya hemos visto en las tentativas sociológicas de otros ensayos (Cf. Capítulos 2 y 3 de esta tesis) acerca de las etapas históricas que se sucedían por la lógica organicista de la adaptación a los cambios.³²⁹ En el siguiente párrafo puede verse el modo en que ese vago darwinismo se aplica a lo cultural:

³²⁸ “El ‘Modernismo’ en España”. *Las nuevas tendencias...* 41-50.

³²⁹ Un ejemplo del grado de naturalización del imaginario organicista y evolucionista aplicado a los fenómenos culturales, y en particular, de la tendencia al diagnóstico, puede verse en la reseña de Emilio Becher sobre *La Victoria del hombre* de Rojas publicada en *Ideas* en 1903, donde, aun desde un conservadurismo literario, éste evalúa la “revolución simbolista” basándose en el supuesto de la evolución de las formas literarias: “Se ha puesto muchas veces en duda la eficacia de la revolución simbolista; no se la negará de aquí en adelante. Un lento y sordo trabajo de renovación se ha efectuado en los últimos tiempos, en el sentido de orientar las inteligencias hacia un arte más noble que la retórica estrecha de los pseudos románticos y las pueriles calcomanías del clasicismo. Bajo la dura hostilidad exterior, el Ideal ha crecido, obscuro, con la silenciosa paciencia de una semilla” (Becher 263).

Si tuviera que condensar en pocas frases mi opinión sobre el asunto, diría: En todas las épocas ha habido una “nueva escuela literaria y una nueva tendencia intelectual”, porque *la evolución es la condición primera de la vida* y porque así como *cada siglo está en cinta (sic) del que vendrá después*, cada forma momentánea del ideal da nacimiento a una pequeña revolución, que *hace ley hasta que es suplantada por otra*. Desde ese punto de vista se puede decir que nada es durable y que todo es eterno. En lo que construimos entran elementos de lo que derribamos. *La vida resulta un sistema de moléculas que se entrededoran sin alterar la composición del conjunto (...)*. Por otra parte, una literatura es el producto de un estado social y de una conciencia colectiva. De ahí que en todos los países -hablo de los grandes conjuntos definitivamente organizados- se observen sucesivamente las modalidades literarias que correspondieron a las diversas vicisitudes de su historia. Cada una de ellas fue una “nueva tendencia intelectual” con respecto a la anterior (*Las nuevas...47-48 cursiva nuestra*).

También recurre a la matriz científicista para interpretar las producciones particulares de ciertos autores. En su retrato de Juan Valera, justifica, por ejemplo, la “superficialidad” y la “falta de doctrina actual” de la obra de dicho escritor, en la determinación del medio y relegando al pasado, una vez más, la estética artepurista:

Porque en la prosa impecable del autor de *Pepita Jiménez* hay mucho de lo que perseguimos en América: la concisión en el estilo, la exactitud de color, la precisión, la sencillez y la verdad. Lo único que podemos reprocharle es la superficialidad de su obra, la falta de doctrina central. *Pero ese mal proviene más de la época que del hombre. Valera nació en tiempos en que la bandera era el ‘arte por el arte’. Hoy buscamos el arte por la Verdad. El vivió en el siglo de los artistas. Hoy entramos en el de los apóstoles. Pero la belleza es inmortal (Visiones de España 106 –cursiva nuestra).*³³⁰

En el mismo gesto, además, afirma performativamente un programa de escritura al que sustrae su condición de discurso en pugna con otros, pues lo presenta como ya consensuado: “arte por el arte” y “arte por la verdad” no son posiciones enfrentadas en el presente pues son sucesivas, siendo la primera, anterior a la otra y por ende, destinada a ser superada.

³³⁰ Agradezco a Verónica Delgado la comparación con una reseña de Rojas sobre *La catedral de Blasco Ibáñez*, en que aparece una idea similar: Rojas se refiere al pasaje del nuevo ideal de la ciencia al arte y habla de los escritores como predicadores laicos. (*Ideas*. Año II, Tomo 3, nº 10, febrero, 1904, *Letras españolas*: 162-180).

Las explicaciones por el ambiente coinciden con la incursión de Ugarte en la sociología, emprendida hacia 1905. Así como la publicación de crónicas le permitía resolver las contradicciones entre acción política y escritura literaria, el estudio sociológico con apoyo en las teorías psico-antropológicas, las doctrinas higienistas y la psiquiatría, tomadas de sus lecturas de Tarde, Nordau y Le Bon, hacían posible una articulación entre sus convicciones socialistas y sus reflexiones en materia de estética. De este modo, los temas que aborda entrecruzan lo político y lo estético; politiza entonces el debate sobre el arte, en un doble sentido: primero, al afirmar –dándole una entidad real- el supuesto advenimiento de una era de reconciliación entre artistas y público, de formas artísticas *transparentes*, como consecuencia del rumbo progresivo de la humanidad (en consonancia con el optimismo objetivista propio del socialismo de la Segunda Internacional estudiado en capítulos anteriores). Esta politización se materializa en la propia retórica con que Ugarte compara al modernismo con determinados movimientos políticos, retomando el mismo tópico acerca de la ausencia de “programa” que encontramos en los Partidos Socialistas de entresiglos: “El ‘modernismo’, como ciertos grupos electorales sin programa, tiene actualmente la ventaja de que todos puedan identificarlo con lo que apetecen, pero fuerza será decidirse y definirlo”³³¹. Segundo, este borramiento de la idea de una existencia independiente del arte, puede verse en su construcción de un programa estético en torno al *arte nacional*, de carácter mimético, formulado con una retórica tardoromántica, que analizaremos más adelante.

Ya hemos recordado que la autorización en la ciencia era a fines del siglo XIX una vía fuertemente instituida. Esto se relaciona con el proceso de autonomización de la ciencia respecto de la religión y la política, que había fundado la ciencia moderna. Wolf Lepennies ha observado que con su ingreso a las grandes academias como la Royal Society o l’Académie de París, a mediados del siglo XVII, se instituye este principio “puro”, según el cual los científicos abandonan el tratamiento de cuestiones normativas, suspendiendo el juicio y convirtiéndose así en “hombres de buena conciencia” (Lepennies 28), lo que constituye según este sociólogo alemán, uno de los relatos fundantes

³³¹ Ugarte, M. “El modernismo’ en España”. *Las nuevas...* 47.

del “patrimonio espiritual” de los europeos. Sin embargo, para Leppenies, esto tuvo consecuencias paradójales pues dio lugar a la utilización de las ciencias naturales, por ejemplo, con fines ideológicos. Puesto que sus verdades eran la garantía de una supuesta objetividad, podían servir de base segura para edificar las especulaciones filosóficas y políticas. Esta misma fe en la ciencia permite también a Ugarte dotar de un fundamento objetivo y por ende incuestionable, a sus valoraciones respecto de las poéticas modernistas, simbolistas y decadentistas.

Junto a la autorización en el evolucionismo para minar la legitimidad del modernismo y valorizar cierto *arte nuevo*, Ugarte se apoya en la psiquiatría y las doctrinas higienistas, en la línea de Nordau y de los sociólogos de las multitudes Le Bon y Tarde, a quienes menciona en varias ocasiones. Así, recurre con frecuencia a una estrategia de patologización psiquiátrica del arte moderno, en los mismos términos en que ésta había sido consagrada por *La Dégénérescence* (1892-1893), de Max Nordau, cuya traducción francesa (1894) se había convertido en best-seller. El objeto principal de este libro era precisamente indagar en la psicología del artista moderno para endilgarle la responsabilidad sobre los males contemporáneos. Su perspectiva conservadora podía ser recuperada, paradójicamente, desde el imaginario antiintelectualista del socialismo y también por los críticos que buscaban alejarse de las tendencias decadentistas. En este sentido, Ugarte es un buen exponente de la recepción de las teorías de Nordau, asiduo colaborador de *La Nación*. Aun en *Enfermedades sociales*, por ejemplo, un libro que no es de crítica literaria, Ugarte dedica el “Libro V” a las patologías de los artistas (o tal vez por cumplir con el patrón adoptado), con el sugestivo título de “La intoxicación literaria”.³³² Allí establece una relación de causalidad sin mediaciones entre las “enfermedades morales” de los personajes novelescos y la subjetividad moderna³³³, responsabilizando directamente a los escritores. Obsérvese el razonamiento que supone una idea de comportamiento imitativo, típicamente leboniano (Cf. Capítulo 2) :

³³² En realidad, encontramos una versión previa, retomada exactamente para el libro, en un artículo homónimo que lleva su firma, publicado en *La Nación* el 24 de abril de 1905: 4.

³³³ “La caprichosa que se entrega a todas las fantasías, el desequilibrado que condimenta su civilización con regresiones de barbarie, el adolescente vicioso, la compañera desleal y el sátiro estúpido, no son a menudo más que *sugestionados de la literatura*” (Ugarte, *Enfermedades...* 117, subrayado nuestro).

Con la intoxicación literaria se han difundido muchísimas enfermedades que, como el misoginismo, la morfinomanía, etc., empiezan a menudo siendo una *pose* y acaban casi siempre en lamentable llaga crónica (Ugarte, *Enfermedades sociales* 122).

En este fragmento, si bien retoma todos los tópicos que circulaban en torno a la literatura popular, como el infantilismo del lector, su mimetización con los personajes ficcionales, la inmoralidad del sistema de valores y la falsedad de los saberes desplegados en las novelas o la inverosimilitud de sus tramas, no se limita el fenómeno a las prácticas populares de lectura pues la patologización también recae sobre la literatura culta. Inclusive, al referirse a los lectores de folletines en términos de “multitud”, el referente resulta ambiguo, pues el ensayista le atribuye, paradójicamente, atributos propios de un *habitus* aristocrático y ya no sólo obrero, al designarla, por ejemplo, como “acomodada y ociosa” (119).

Ahora bien, esta patologización hace que en ciertos tramos de estas crónicas, la cultura adquiera un rasgo más activo respecto de la constitución de las subjetividades modernas, que se suma al carácter determinado respecto del medio, omnipresente en estas reflexiones. Esta implicancia mutua puede verse en el siguiente pasaje, de la crónica “La ciudad envenenada”, donde el cronista se refiere jocosamente a sus experiencias respecto de la falta de higiene en la alimentación propia de los lugares públicos, cafés y brasseries parisinos. Allí, la suciedad material parece duplicarse en otra espiritual, que lo lleva a abordar la cuestión de las enfermedades morales de la que ciertos “literatos” son exponentes:

Los que esperamos vastos derrumbamientos de prejuicios, que nos permitan seguir andando hacia el porvenir, tenemos que asistir con dolor a esta perdurabilidad del prestigio de las apariencias [...].

Los acróbatas de la literatura que se pretenden fascinados por el ideal y afectan desdeñar todas las certidumbres, para refugiarse en un misticismo absurdo de lo imposible y lo desconocido, son simples *poseurs* que sólo llevan en público sus trajes de astrólogos y que, en cuanto se hallan en la intimidad, se apresuran a vestir la cómoda y prosaica americana. *De ellos provienen en parte las enfermedades colectivas y los manejos que envenenan a la ciudad.* Una filosofía y una literatura se reflejan fatalmente en síntesis sobre la vida entera. La concepción de arriba se vulgariza abajo. *Porque aunque es evidente que la literatura es, en principio, una resultante del*

espíritu que predomina en la colectividad, también es innegable que al expandirse y llenar la atmósfera ese producto del medio, cobra a su vez influencia sobre el medio mismo, por cuanto resulta un conquistador de disidentes, un anulador de minorías, un unificador poderoso que difunde el pensamiento dominante y crea el mal de la época. En este sentido, ha contribuido la falsa literatura a dar a las gentes de la comarca no sé qué gusto enfermizo por la decoración y la superficie (*El arte y...* 203-4; cursiva nuestra, subrayado del autor).

Detrás de estas afirmaciones grandilocuentes, abstractas, a que nos acostumbra la prosa ugarteana, llama la atención en estas reflexiones, el intento por formular una teorización respecto del problema de los límites de la determinación material sobre las ideas. El movimiento argumentativo, aunque no aparezca exactamente en este orden, se presenta del siguiente modo: el cronista parte de la premisa según la cual la vida social engendra simbolizaciones (“el espíritu que predomina en la colectividad”) que determinan ciertas formas literarias (“La literatura es, en principio, una resultante de...”), lo que está en consonancia con su idea de un vínculo existente entre el arte y lo social. Aceptada tal premisa, examina un fenómeno que podría refutarla parcialmente (“también es innegable que...”), a saber que la determinación puede no ser unidireccional. Así, propone pensar la relación entre “medio” y subjetividad en términos de reciprocidad. De algún modo, intenta afirmar la incidencia de lo simbólico en las prácticas culturales puesto que la literatura termina, en el párrafo, determinando la cultura en un sentido amplio, casi antropológico (“el gusto enfermizo por la decoración...”).

En este pasaje, el cronista atribuye a la literatura un carácter “de apariencia”, y podemos vincularla con las poéticas que procuran la búsqueda formal, juzgada como artificiosa; es decir que revela una conducta no auténtica, acaso alienada, si tenemos en cuenta que se la sugiere asociada al gusto – burgués- dominante, incluso servil a éste. En este sentido, a esta influencia recíproca entre dicha literatura y la vida cultural, el cronista suma otra cuestión, cuando la considera un factor activo en la difusión del “pensamiento dominante”. Si bien la formulación resulta enigmática, encierra un intento por acercar la circulación de las producciones simbólicas, a la construcción de

hegemonía³³⁴ (“el mal de la época”) y su acción (la conquista, la anulación, la homogeneización) sobre los sujetos más conscientes (designados como “*disidentes*” y “minorías”), donde dichas producciones resultan ser subsidiarias de la dominación simbólica.

Tiene hoy un efecto casi cómico el intento de explicar por medio de fenómenos físicos (“al expandirse y llenar la atmósfera”) el proceso mediante el cual esa literatura considerada perniciosa, incide en los sujetos. Por otra parte, el uso del término “minorías” resulta contradictorio respecto de la concepción “colectivista” del autor. En el texto, la palabra parece tener como referente, no precisamente a los sectores populares, en verdad numéricamente mayoritarios, sino a las minorías políticas, esto es los grupos situados en la vanguardia del campo político, que aspiraban a representar a dichos sectores (el término está asimismo en continuidad semántica con el ideologema “disidentes”). El mismo mecanismo contradictorio respecto de la ideología de adhesión del escritor, puede verse en la confusa frase que afirma que “la concepción de arriba se vulgariza abajo”, pues supone que entre las elites las ideas eran en principio elevadas (¿no son el “mal” sugerido luego, entonces?) y que tras comenzar a circular (a descender, más exactamente) han sido desvirtuadas, degeneradas, por las bases de la supuesta pirámide social (pues afirma que “la concepción de arriba se vulgariza abajo”). Todo el párrafo encierra, de hecho, una concepción algo miserabilista acerca de las “colectividades”, que no parecen ser capaces de resistir a las ideas dominantes.

En otras crónicas que también se ocupan de la literatura culta, puede observarse, tal como lo anticipamos, el desarrollo de una lógica heterónoma, que proviene del sector vanguardista del campo político, antes que de otras lógicas heterónomas, mercantilistas o burguesas, convencionales. El discurso ugarteano encierra un moralismo no conservador (desde el punto de vista ideológico, no estético), que se perfila en torno a, podría decirse, el ethos humanista y vitalista³³⁵ que ya hemos señalado. Este se recorta en base a una

³³⁴ Cf. Williams, R. *Marxismo y literatura.*; Dalmaroni, Miguel. “Conflictos culturales: notas para leer a Raymond Williams”. *Punto de vista. Revista de cultura*, XXVII, 79, agosto 2004 : 42-46.

³³⁵ Los términos de dicho ethos aparecen, por ejemplo, cuando Ugarte lamenta que los personajes novelescos imitados no sean “generosos, audaces, justos o altruistas” (Ugarte, *Enfermedades ...*121).

distinción y contraposición explícitas entre el carácter revolucionario de la “insurrección contra las supersticiones sociales”, que Ugarte considera legítima, propia de ciertas prácticas culturales y lo que para él resultaba un mero “libertinaje” propio de un “instinto subalterno”, llevado a cabo por “personajes perversos”. Una vez desarticulado el vínculo entre subversión política y subversión literaria, sólo resta hacer la elegía de la juventud paradójicamente “vieja”, sintagma en el que el primer término designa exclusivamente a sujetos escritores. A través de esta moral literaria heterónoma, logra conjugar anticonformismo socialista y vitalismo, fustigando las “modas” engañosas de decadentistas y simbolistas:

Muy pocos se interrogan y consultan su íntimo deseo. Los más ceden a la atracción de los brillantes falsos y se libran sin freno a mil enormidades ridículas o nocivas, que suponen ser la última palabra de la civilización. Lo han leído en los libros y debe ser verdad (...). Para estar a la moda, es necesario ser moralmente viscoso. Los héroes de las novelas favoritas están ahí para atestiguarlo. Y los pobres ilusos, después de haber quemado una vida o un talento en fuegos artificiales, se aperciben [...] de su error. Pero [...] están prisioneros de sus *llagas*, de su ‘literatismo’. *Pudieron ser fuerzas vivientes, brazos del porvenir, vigorosos removedores de ideal, pudieron trabajar por el bien común y por el arte que se confunde en los límites con la justicia, pero tropezaron en el dintel con un mal autor y se desangraron en un baño frío (Las enfermedades...123-124- cursiva nuestra).*

Como dijimos antes, esta concepción que se vincula con el dispositivo antes analizado permite a Ugarte construir una interpretación del *clima* o *atmósfera* literarios, coherente con sus tomas de posición estéticas pero que no se corresponde con el carácter agonístico, propio de la lógica de los campos literarios, de la relación entre las diversas corrientes y posiciones. En síntesis, dos argumentos sustentan principalmente su cuestionamiento de la “bandera del arte por el arte” (*Visiones...106*): en primer lugar, una perspectiva higienista tendiente a convertir las expresiones artísticas en patologías capaces de desestabilizar el equilibrio del supuesto organismo social. En segundo lugar, la idea evolucionista aplicada al estudio de la literatura contemporánea, hace que gravite de un modo inobjetable el argumento de la renovación. Según éste, el decadentismo representaba una etapa destinada necesariamente a ser superada por tendencias más actuales y más *fuertes*, y sobre todo, más acorde

o en armonía con el progreso social que tendía hacia el vitalismo. Si se sabía hacer el diagnóstico con los instrumentos científicos aceptados, la conclusión era evidente; el modernismo constituía una corriente superada.

La cuestión de la novedad ocupó un rol central en los “dispositivos narrativos y argumentativos *totales*” definidos por Marc Angenot, que “identificaron una voluntad y esperanza colectiva con la capacidad que alcanzaban para *comprender* la coyuntura, descifrar el curso de las cosas” (Angenot, *Les grands récits militants...* 8); estos “grandes relatos” desplegaron “un modo propio de desciframiento de lo que hacia 1830 va a ser denominado como ‘lo social’, partiendo de un *escándalo fundador* frente al mal social” (8). En los escritos críticos de Ugarte, la novedad funciona como argumento decisivo, que permite establecer el carácter inactual de la tendencia artepurista en literatura y justifica la necesidad de dejarla atrás. El escritor argumenta entonces:

Además, Verlaine y Mallarmé fueron ‘reciente literatura’ hace un cuarto de siglo (...). La verdad es que el decadentismo y el simbolismo han sido reemplazados en París como tendencia de última hora por lo que se ha dado en llamar el arte social. No discuto las excelencias de esta novísima orientación (*aborrezco las chapelles y conservo siempre mi completa libertad de espíritu*) pero constato que todo el vigor de la juventud, que todo el desborde de savia de las nuevas generaciones parece determinar una vuelta a la Naturaleza. Lo que hoy nos mueve es un gran deseo de verdad, de justicia, de arte supremo.

.....
En épocas serenas y acariciadoras, cuando por tiranía aceptada o por sometimiento ingenuo la vida colectiva no era más que un trasunto de la vida familiar, *podieron existir esos creadores abstraídos* que lo ignoraban todo, excepto su divina misión de destilar el cielo en frases. Pero la *existencia borbotante y atormentada que hoy* llevamos no da lugar a tan altas prescindencias.³³⁶

Asimismo, Ugarte da sustento a su idea sobre la inactualidad del decadentismo y el simbolismo apoyándose en una “*enquête*”³³⁷ a los escritores jóvenes de Francia, sobre la que volveremos más adelante: “casi todos me han contestado como Saint-Georges de Bouhélier que ‘la nueva generación está

³³⁶ Las citas corresponden a dos crónicas de *El arte y la democracia*: “Literatura de droguería”: 57 y “La verdad y la literatura”: 109). El subrayado es nuestro.

³³⁷ La misma había sido publicada en *La Nación* bajo el título de “¿Cuál es la nueva orientación literaria? El arte social. ‘Enquête’ de ‘La Nación’”, el 24 de abril de 1905.

enamorada de vida activa, ardiente, popular y social' ". En el mismo sentido, valora en Blasco Ibáñez que su novelística haya "adelantado lo que vendrá". Puede verse una vez más que el valor literario encierra como criterio la novedad, entendida como la cifra del "porvenir", la síntesis de un presente, antes que cualquier lógica de tipo experimental. Así, Ugarte desestima la *originalidad*, fundante de la lógica de la revolución permanente, frente a lo *nuevo*, regido aquí por la idea de evolución y considera el criterio estrictamente cronológico como suficiente.

El extenso ensayo "La literatura" (*Visiones de España*, 1904) es uno de los primeros en que puede leerse por primera vez un gesto de legitimación teórica y de sistematización de sus ideas sobre literatura. Resulta significativo que en el mismo texto, incluido en un libro dedicado a España, el autor se refiera conjuntamente a la literatura española, a los escritores hispanoamericanos y a la literatura francesa en tanto modelo, por su influencia de uno y otro lado del Atlántico. En efecto, España, Hispanoamérica y París van conformando un triángulo imaginario donde los dos primeros son equidistantes respecto de París, es decir punto de referencia para evaluar el grado de modernidad de una literatura. Además, Ugarte encuentra en la cultura francesa del presente, el rumbo actual que ha tomado la *civilización*: por encima de cierto gusto por la "paradoja ergotista"(135), ha triunfado la vocación por la verdad y lo experimental, interpretación que se sostiene en la creencia de que en el mundo contemporáneo lo "positivo" ha vencido sobre lo "probable", la razón a la imaginación, oposiciones con las que se cierra su artículo. El ensayista pasa sin transiciones argumentativas o retóricas, de la descripción de la mentalidad contemporánea, a la descripción de literatura francesa o española, un gesto que da cuenta de la propia función asignada a las letras: lejos de ser el confín de debates específicos, la literatura es engendrada por una mentalidad, de allí que *naturalmente* dé cuenta del espíritu de una época o que en tanto "forma de exteriorizar el alma del siglo, tienda a confundirse más y más con la vida cívica" (160).

A partir de esto, Ugarte evalúa la cultura letrada española, intentando discutir la idea de que España se encuentre cerrada a "las manifestaciones del

alma moderna" (Ugarte, *Visiones...*129);³³⁸ con cierto tono voluntarista (que, por cierto, está presente en todos sus ensayos), afirma que el conservadurismo de la cultura española no es absoluto sino que existen en dicho país dos mentalidades. Una que mira hacia el pasado, marcada por su "casticismo y academicismo", y otra que mira hacia el futuro: un grupo minoritario cuya "concepción social" está "en pugna con lo que existe" y Ugarte sitúa, significativamente, "bajo la influencia directa del pensamiento francés"(131).³³⁹ En contraste, los escritores hispanoamericanos se han liberado primero del purismo castizo, emprendiendo así la "evolución", debido a que "[su] cultura es exclusivamente francesa" (132).

Con el mismo argumento que lo llevaba a establecer un cambio subjetivo en la etapa presente, que se traducía en producciones literarias renovadas, Ugarte sugiere una vez más, dar un cierre definitivo a la oposición simbolista entre belleza y mundo, según la cual la poesía corresponde al dominio de lo onírico, el misterio, lo esotérico y la reenvía hacia un pasado superado. Para Ugarte, el poeta moderno no debe hacer otra cosa que reconciliar la *belleza* con la *vida*:

Debemos todos hacer hoy, a nuestra vez, la síntesis de la vida y la belleza. Debemos bajar al fondo de nosotros mismos y tratar de encontrar allí el resumen del mundo, para expresarlo después en una forma hermosa que será universal y eterna porque será humana. (Ugarte, *Visiones...*158).

Según esta concepción, lo bello no se encontraría en la forma pura sino en la vida -que Ugarte entiende como "las costumbres contemporáneas, lo que nos rodea" (135) o mejor, la belleza residiría en la transposición literaria de la *verdad*, quintaesencia de la vida. Estas afirmaciones encierran un eco naturalista que concuerda con el pulso positivista, de allí la frecuencia con que el ensayista señala a Zola como gran precursor de la etapa actual. Pero a la

³³⁸ En la nota de Rojas (Año I, Tomo 2, nº 5, septiembre, 1903, Letras Hispanoamericanas pp. 137-146) Sobre *Cosas de España* de Pompeyo Gener, aparece esta misma cuestión referida al renacer de España, por obra de algunos intelectuales, que como Gener tienen una formación francesa, pero también por un antigalo como Unamuno (véase el índice crítico de *Ideas* en la tesis de Delgado, V. *El nacimiento de la literatura argentina...*).

³³⁹ La misma idea es retomada cuatro años más tarde en un artículo en que busca enumerar a todos los actores del espacio literario y periodístico españoles del momento, "El movimiento intelectual en España" (*Burbujas...*). Entre los escritores que se pusieron "en contacto con la vida universal", destaca a Emilia Pardo Bazán y Pérez Galdós como precursores, y a Blasco Ibáñez, Salvador Rueda, Joaquín Dicenta, entre otros.

vez, pueden vincularse a las ideas sobre estética propias de los círculos socialistas, constituidas, sobre el modo del rumor intelectual (Bourdieu, *Intelectuales...*), a partir de las teorizaciones en torno al arte desarrolladas por los socialistas utópicos en la primera mitad del siglo XIX, como veremos más adelante.

Estos núcleos argumentativos, fuertemente programáticos, se van ampliando y consolidando a lo largo de la primera década del siglo XX. Así, en el balance que ofrece acerca de “El modernismo en España”, editado en su libro de 1909, por ejemplo, encontramos el mismo dispositivo tendiente a resignificar el valor de lo moderno despojándolo de todo sentido de innovación o experimentación formal y acercándolo a su sentido de actualidad. Una vez más, relega esta corriente hacia el pasado, tildándola de vetusta e insiste:

De suerte que, a una época de depuración y de razonamiento, tiene que corresponder una literatura severa, universal y humana. Vamos hacia un estado en el que el escritor será el verdadero conductor de las colectividades. La verdad es belleza en acción, y debemos derramar belleza sobre la vida. Somos las partículas más vibrantes de nuestra época y tenemos que expresar y traducir en sueño sus verdaderas inquietudes
Encarando el porvenir, me parece que lo menos que se le puede pedir al 'modernismo' es que sea moderno y *que traduzca las inclinaciones que sacuden el corazón de nuestros contemporáneos*. La especie ha tomado posesión de sus músculos y está haciendo un esfuerzo prodigioso para destruir lo feo y lo malo (que son rezagos de la barbarie) [...] y realizar al fin sus luminosos destinos (*Las nuevas tendencias literarias* 49).

En este marco puede comprenderse la recurrencia con que Ugarte ofrece, en varios ensayos y crónicas, panoramas de la literatura contemporánea francesa considerada como el lugar en que la modernidad se renovaba continuamente. Por un lado, las tendencias literarias parisinas, situadas en el centro de la modernidad, podían aportar datos certeros sobre las formas que emergían e irradiarían desde allí hacia zonas más *atrasadas*, del mismo modo en que argumentaba sobre la oportunidad del estudio sociológico de las enfermedades sociales en la sociedad francesa en su ensayo homónimo, debido al carácter equidistante que existía en ésta, entre progreso y decadencia, vitalidad y patología; por otro lado, demostrar la superación del movimiento decadentista y simbolista en el mismo lugar de origen le permitía,

ante los hispanoamericanos, argumentar en favor de la necesidad de superarlo; finalmente, estos argumentos se completaban con otros de tipo moral, que veían en la supuesta nueva escuela emergente, los valores capaces de evitar la decadencia y contribuir a la etapa siguiente, de un progreso que se traduciría en una mayor socialización, en que había ingresado indefectiblemente el siglo XX.

Los ataques directos a dichas corrientes pueden verse en “Literatura de droguería”, “La última novela de Blasco Ibáñez”, “La verdad y la literatura”, “El mundo literario en Francia”, compiladas en *El Arte y la Democracia*, crónicas que expresan a la vez, una retórica marcadamente profética. La argumentación combina los tópicos higienistas, criminológicos y evolucionistas, inscriptos en la aplicación del paradigma cientificista a los fenómenos sociales y culturales, tal como hemos venido analizando:

A pesar de la muerte del decadentismo, quedan aún en la atmósfera los gérmenes malos que nacieron de aquel movimiento artificial. Nadie se atreve a adoptar el nombre de la escuela, pero, voluntaria o involuntariamente, muchos jóvenes mantienen dentro de su alma el estado enfermizo y la predisposición a lo maravilloso que fue la distintiva del grupo enamorado de los exotismos geográficos y morales. [...] En España se ha formado en estos últimos tiempos una curiosa agrupación de 'decadentistas', y como de América vino en cierto modo el mal, a un americano le corresponde la tarea de contribuir a combatirlo. Durante varios años, los demoníacos, los cínicos, los perversos, todos los desequilibrados de la literatura, formaron un conventículo de delincuentes que pretendió imponerse a la salud y a la juventud del mundo nuevo. Apenas queda hoy memoria de tan lamentables fantasías (55).

[...]

Entre los grupos que se reúnen con el crepúsculo alrededor de las mesas de mármol para perorar, saboreando el mortal aperitivo, no falta nunca un ejemplar del género [de los *fumistes* que nunca publican una línea]. *Son los sobrevivientes de una modalidad literaria que pasó* (163 –cursiva nuestra).

Consciente del rol modélico de la literatura francesa contemporánea para los escritores de todas partes, Ugarte construye una particular operación tendiente a presentar a la recién llegada escuela *naturiste* como superadora de la estética simbolista, basándose en su carácter de novedad y en el argumento considerado inobjetable de la renovación constante. Así, va construyendo en varias crónicas, una lectura unilateral de los debates que animaban la vida

literaria francesa, poniendo el foco exclusivo sobre el joven grupo de los naturistas³⁴⁰ y consagrándolo. Dicha operación que consiste entonces en una interpretación oblicua de las fuerzas en juego en el lugar de las Letras más legitimado y productor de modernidad,³⁴¹ le permite argumentar en contra de las posiciones artepuristas del modernismo hispanoamericano y, al mismo tiempo, fundamentar más teóricamente y dar autoridad a su concepción vitalista de la literatura (“La naturalidad, la sinceridad, la sencillez empiezan a reinar de nuevo en la literatura”, sentenciaba en su ensayo “La literatura”, *Visiones...*167).

De este modo, el dispositivo que consiste en postular una nueva era o nueva etapa en la que ha ingresado la humanidad, se traslada a todo el análisis ugarteano de la cultura de su época y rige, en particular, su concepción de la literatura y el arte.³⁴² En él se apoya la afirmación según la cual decadentismo constituye una etapa plenamente concluida, un argumento de muchas de las crónicas que fue esbozando menos polémicamente entre 1900 y 1901, adoptando luego un tono confrontativo que coincidió con su distanciamiento personal respecto de Darío, quien había sido su compañero cotidiano de andanzas parisinas entre 1900 y 1903.³⁴³ Este diagnóstico que da por

³⁴⁰ La escuela *naturiste* aparece mencionada, por primera vez, en “La literatura” (*Visiones de España*, 1904). La operación entronizadora que describimos se continúa en “La última novela de Blasco Ibáñez” (*El arte y...*63) y en una encuesta enviada a *La Nación* sobre “La orientación actual” (24 y 26/04/1905).

³⁴¹ Para el análisis de París como capital del universo mundial literario, y entendido como lugar históricamente construido -entre el Renacimiento y la Ilda Guerra Mundial-, en el que se concentra la concepción de la historia literaria y artística como perpetua superación y como concentración de la modernidad literaria entendida en base al valor de lo nuevo, ver Casanova.

³⁴² El crítico dedicó algunos artículos al arte latinoamericano en *Burbujas de la vida* (“El Salón Hispano-americano”). En *El Arte y la Democracia*, incluye una interesante conferencia dictada en la inauguración de una muestra en Buenos Aires, en 1903, “El arte de hoy”, donde condensa en un párrafo tres argumentos que venimos describiendo: la determinación entre vida presente y arte -y el relegamiento al pasado de estéticas simbolistas; la patologización de esas tendencias anteriores, y la afirmación vitalista del arte del presente: “Lejos de nosotros la vieja concepción arcaica, que hacía de él una antítesis de la vida y una originalidad arqueológica. Hoy creemos que la poesía no es una mujer maniática que huye de la efervescencia común y se refugia en los museos, sino una ingenua y sana fuerza joven que es contemporánea de toda la existencia. Los artistas, lejos de encerrarse como antes en torres de cartón, comienzan a descender al llano, a codearse con nosotros, a participar de nuestra vida” (*El arte y ...*71).

³⁴³ Recordemos que Rubén Darío vivió en París entre 1900 y 1906. Ugarte estaba allí desde 1897 -con los viajes intermitentes a Estados Unidos, México y Cuba en 1899) pero regresó a Buenos Aires entre julio de 1903 y agosto de 1904. El distanciamiento aparece mencionado en las memorias de Manuel Gálvez y se confirma por la interrupción de las misivas que se enviaban casi a diario, hacia 1903, dándose citas e intercambiando invitaciones a conferencias, libros y entradas para el teatro (Cf. AGN, Archivo Manuel Ugarte). En una de ellas Darío pide a Ugarte que interceda ante Mitre, de paso por París, para que le conceda una

superado el movimiento simbolista en Francia, instaura una lectura desviada y oblicua de la historia literaria contemporánea, y revela una intención de refutar desde el centro mismo a la poética modernista ya declinante:

Muchos partidarios de la antigua manera de ver, han abandonado las viejas posiciones para evolucionar de acuerdo con la corriente. Gustave Kahn, Laurent Tailhade, Adolphe Retté y Paul Adam, se escaparon hace mucho tiempo de la prisión simbolista. Hoy les siguen otros. Y el movimiento parece acentuarse progresivamente hasta el triunfo.

La nueva juventud trae escritores de verdadero valer. Ante todos, Saint-Georges de Bouhélier, fundador de la *Revue Naturiste* [...]. Es, sin discusión, uno de los escritores de lenguaje más fácil y de pensamiento más alto que existen hoy en Francia [...]. Y goza entre la juventud de una autoridad merecida. Fernand Gregh [...] como todos los escritores de este grupo, une una gran delicadeza de alma a un temperamento de luchador. Es uno de los más activos propagandistas en las Universidades populares. Louis Lumet [...] que deja a menudo su pluma de literato para escribir párrafos sueltos sobre asuntos de política palpitante [...]. Eugène Montfort [...] que escribe en las revistas artículos notables en defensa de las doctrinas nuevas. Maurice Leblond, autor de *Essais sur le Naturisme*, y fundador del Colegio de estética moderna, uno de los críticos más altos de su generación; Marc Lafargue [...] espíritu preocupado por los problemas del siglo; Paul Fort, [...] autor enternecido por la miseria que le rodea. [...]. Si todos ellos no coinciden exactamente en una concepción determinada, si no forman, por así decirlo, una *escuela*, representan una gran tendencia general y armónica.³⁴⁴

Ugarte realiza un borramiento de los conflictos y debates propios del campo literario francés entre el fin de siglo y los primeros años posteriores a 1900, presentando a los escritores nucleados en la escuela *naturiste*,³⁴⁵ como el movimiento superador del simbolismo, en virtud del principio de la *renovación* imparable, propio de la concepción evolucionista de las formas estéticas que analizamos más arriba. Los *naturistes* habían encabezado una de

entrevista. En *Escritores iberoamericanos de 1900*, Ugarte recuerda dicho episodio y se refiere a la incidencia de Vargas Vila para que se reconciliaran.

³⁴⁴ "La literatura". *Visiones...* 162-163. Omitimos los títulos de las obras de cada autor mencionado. Obsérvese cómo las valoraciones respecto de cada uno de los escritores responde a la articulación heterónoma, analizada anteriormente, entre arte y política.

³⁴⁵ Las primeras insurrecciones habían venido de la escuela *romane* encabezada por Charles Maurras que pugnaba por una vuelta al clasicismo denunciando la falta de estilo de la literatura francesa desde el romanticismo en adelante, y lo hacía en nombre de la belleza clásica entendida como armonía, forma y estilo en nombre del "principio greco-latino". Así, sostiene en su manifiesto publicado en *Le Figaro* en septiembre de 1891, que "La Escuela románica francesa reanuda la cadena gálica que habían quebrado el romanticismo y su descendencia parnasiana, naturalista y simbolista" (citado por Raymond 59).

las dos principales protestas contra la estética simbolista, en nombre de una necesidad de revisar el principio artepurista mientras que la Escuela *romane* lo hacía esgrimiendo valores conservadores, antirománticos.

Ahora bien, los jóvenes *naturistes* no estaban tan consagrados como los presenta Ugarte; sólo algunos constituían antes bien un movimiento pequeño y emergente, como es el caso de Saint-Georges de Bouhélier, Maurice Leblond y Eugène Montfort. Puede entonces formularse la hipótesis según la cual Ugarte produce un verdadero *tour de force* interpretativo puesto que, si examinamos la historia del campo literario francés que era contemporáneo a los escritos del autor, encontramos que dicho período se caracteriza por la ausencia de una posición reconocida como dominante. Son frecuentes las alusiones a la anarquía literaria reinante y al eclecticismo, propios del período.³⁴⁶ Varios representantes del simbolismo habían renegado de él, aunque éste seguía siendo la doctrina o código común debido a su alto grado de institucionalización (a través de las revistas que lo sustentaban) y al hecho de que ninguna escuela joven había conseguido imponerse al predominio de la poética simbolista. Sin embargo, es cierto que se veía debilitada, en primer lugar, por el neoclasicismo propugnado, entre otros, por Moréas -quien reniega del simbolismo en su pleno auge³⁴⁷ y participa en la fundación de la Escuela románica-. Por su parte, los *naturistes* se proclaman herederos del naturalismo y postulan "simpleza y claridad" por oposición al artificio y la oscuridad en literatura, en un manifiesto publicado el mismo año en que Ugarte llega a París.³⁴⁸ Aunque traduzcan cierto malestar respecto de la "efusividad sentimental" propia del decadentismo, el aislamiento pensado para la poesía y el rechazo del mundo ordinario (Boschetti 64), no alcanzan a debilitar la hegemonía simbolista. En el final del párrafo citado, puede leerse cierta atenuación respecto de la cohesión

³⁴⁶ Remitimos aquí a los análisis de Christophe Charle (*La crise littéraire à l'époque du naturalisme*) y Boschetti (Cap. 2).

³⁴⁷ Moréas lo hace en la *Encuesta sobre la evolución literaria* de 1891, en la que se consagra al simbolismo y se proclama la crisis del naturalismo. Siete meses después dará un vuelco en su adhesión al simbolismo, firmando la declaración de la Escuela románica.

³⁴⁸ Lo hacen principalmente en la revista que dirige M. Leblond, *Documents sur le naturisme*, que se publica entre 1895 y 1896. Por otra parte, el periódico *Le Figaro* publica su manifiesto en enero de 1897, el que da lugar al nacimiento de varias revistas en todo el país, que retoman sus principios. Además, las revistas artepuristas consagradas como *La Plume* o el *Mercure de France* comentan su aparición con buenos ojos (Raymond 65-68). En 1901, los naturistas organizan unas conferencias en el Colegio de Estética moderna, en París. Cf. (Boschetti 69). Además, Saint Georges de Bouhélier es fundador de la *Revue naturiste*.

sugerido un poco antes, pero Ugarte mantiene sin embargo un reagrupamiento de los escritores que proviene de su propio recorte, que significativamente, al referirse la “gran tendencia general y armónica”, resulta una proyección de la poética vitalista y del arte social que él mismo viene construyendo.³⁴⁹

Además, sitúa en el campo político el origen de la “importancia [que] cobró el arte social”, al señalar el caso Dreyfus (ese “proceso [cuya] resonancia política y social delimitó los partidos y dio bases nuevas para que se agruparan los hombres”), como fenómeno determinante que “consumó en la literatura una demarcación clara” (*Visiones...*165). En aquellos tiempos en que, efectivamente, desde 1898 el caso Dreyfus polarizaba la política y amenazaba la relativa autonomía del campo literario, la postulación de una *acción social* necesaria, recupera la tradición humanitaria del romanticismo en nombre de una poética fundada en una moral vitalista y en el abandono del culto del yo. Una perspectiva semejante no pudo menos que atraer a Manuel Ugarte por varios motivos. En primer lugar, éste coincidía en edad con los jóvenes naturistas. En segundo lugar, los frecuentaba y leía, como lo atestigua su correspondencia de esos años en París, de la que se infiere, por ejemplo, la amistad que lo unió a Saint-Georges de Bouhélier durante toda su vida.

Pero lo más decisivo sea tal vez que Ugarte encuentra allí los fundamentos de una inquietud por la cuestión social y por pensar en una función específica sólo atribuible a la profesión intelectual, que ya estaba presente en su *Revista literaria* (1895-1896). La preocupación antiburguesa que compartía con sus amigos porteños y coetáneos como Ingenieros, Lugones, Payró, Gerchunoff, Echagüe y Ghiraldo, de la que no estaba exento, por supuesto, Rubén Darío (Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*; Cúneo 13-20) fue sin duda decisiva, al igual que las lecturas de las últimas corrientes de pensamiento político y filosófico. Por eso Ugarte introduce simultáneamente el debate en la vida intelectual porteña, con la publicación de una “enquête” en abril de 1905, sobre la “Orientación actual”, mostrando una lógica que puede ilustrarse con la imagen de la profecía

³⁴⁹ Unas páginas más adelante, intenta legitimar al joven grupo vinculándolo con proyectos de antecesores más consagrados, e insiste: “esa tendencia social del arte está representada en Francia con singular brillo por escritores de la talla de Octave Mirbeau, Paul Adam, Lucien Descaves, J.H Rosny, Paul y Victor Margueritte, Paul Reboux, etc. (...). De suerte que no arriesgábamos una paradoja al afirmar que el grupo juvenil que hoy ocupa la atención del mundo literario en Francia ya había hecho sentir su hegemonía victoriosa” (165).

autocumplida, en que se completa la operación descrita a favor de la escuela *naturiste* destinada a enterrar al simbolismo y por elevación, obviamente, al modernismo. “La juventud de América -había proclamado en su ensayo de 1904 “La literatura”- ha entrado también en la corriente que nos devolverá un arte noble y generoso capaz de alzar y regenerar la prole” (*Visiones...* 167).

La intervención se hace evidente en las palabras introductorias del artículo, en que el crítico interroga retóricamente la validez de la pregunta acerca de si el escritor “es también un ciudadano”. Una vez que resume las respuestas encontradas de los “partidarios del ‘arte por el arte’” y “los amigos del arte humano”, presenta las preguntas que, en sí mismas condicionan, en tanto están formuladas desde el punto de vista de una de las dos doctrinas mencionadas:

- I. ¿Cuáles son las características de la reciente literatura?
- II. ¿Los jóvenes se inclinan hacia un arte social con cierta prolongación sobre la política?
- III. ¿Cree usted que el escritor debe tomar partido en los conflictos que agitan a la sociedad e intervenir en las luchas sociales?
- IV. ¿Cree usted que el arte puede tender a moralizar y a depurar a los hombres?

Comienza refiriendo o transcribiendo las respuestas de los artepuristas. Pero la objetividad exigida por la convención del género se diluye ante la extensa cita de Maupassant que transcribe el escritor entrevistado Eugène Montfort (recordemos que, paradójicamente, había formado parte del *grupo naturiste*); Ugarte acepta la perspicacia de esa visión pero moraliza, al cerrar la primera parte de la encuesta: “¿Cómo callar que apunta también en [esas declaraciones] un egoísmo helado que nos hiere?... porque la Naturaleza, pasmada ante su obra, sufrió un olvido y los lanzó al mundo sin corazón”(*Las nuevas...* 110). Entre las respuestas del segundo grupo, figuran algunos nombres conocidos: Max Nordau, Saint-Georges de Bouhélier, Camille Mauclair, los españoles Emilia Pardo Bazán, Salvador Canals quien menciona a Lamartine, Salvador Rueda, que se muestra más reticente para aceptar que el arte deba ser “social, político, o como usted dice, pero (...) ha de ser sincero”; el comentario que sigue a esas palabras revela cierta censura por parte del encuestador, que inmediatamente lo compara con el siguiente entrevistado, Vicente Medina, afirmando que “ha sido más resuelto en su

voluntad". Lo ilustra con la respuesta del español, que podría ser exactamente la suya: "La característica de la literatura española del día- escribe- es precisamente el alborear de ese arte social comprobado en Francia". Esta segunda parte se cierra con una evaluación final en la que observa que todos han sido consultados pero que ninguno "alzó la voz a favor del arte por el arte". Ante esto, descarga su ironía contra el mutismo de algunos "distinguidos escritores", en busca de polémica ("quizá se han rehusado en virtud de sus propios principios, que les empujan a elaborar belleza al margen de la acción").

Respuestas y reacciones ante los escritos críticos de Ugarte en el ambiente porteño

La encuesta que el escritor envía a *La Nación* en 1905 y publica cuatro años después, con leves cambios, en *Las nuevas tendencias*, responde a una intención propagandística que se completará con el manifiesto sobre "Las razones del arte social" que el diario de los Mitre se negará a publicar en 1907.

³⁵⁰ Dicha circunstancia es un indicio del carácter aislado y único de la toma de posición de Ugarte respecto de sus pares porteños, lo que también se verifica en las reacciones de éstos.

El prefacio a *La joven literatura hispano-americana*, la encuesta, el manifiesto y la respuesta airada de Ugarte a la crítica de Rodó a su antología, lo sitúan definitivamente en esta posición no sólo marginal sino débil desde el punto de vista de la consagración alcanzada. En este sentido, la "respuesta al Señor Rodó" está escrita sin que Ugarte haya medido las consecuencias de su intervención, que pueden inferirse de algunas reacciones de los críticos porteños. Lo podemos constatar en ciertos escritos de Roberto Giusti y de Ricardo Sáenz Hayes, uno de los defensores que tendrá Ugarte en Buenos Aires, quien se dedicó más tarde a la docencia y a la publicación de ensayos sobre literatura. ³⁵¹ Este último explica, por ejemplo, la mala aceptación de *Las*

³⁵⁰ Ricardo Sáenz Hayes dice haber sido "cautivado" por su estudio "Las razones del 'arte social'", leído en el ejemplar de *La lectura* de Madrid (del 1/01/1907) que le envía Ugarte. En una carta del 28 de marzo relata sus gestiones infructuosas para publicarlo en *La Nación* y explica "los señores que moran en esa casa son fanáticos del arte por el arte. Es una lástima que Ud. no haya enviado los originales. Lo llevará a *El tiempo*; si bien es cierto que este diario no tiene muchos lectores, circula en un ambiente no popular pero sí intelectual" (Ugarte, M. *Epistolario...*20-21).

³⁵¹ Sáenz Hayes se había presentado ante él como amigo de Alfredo Palacios y lo conoció en París, adonde trabaron amistad. Ugarte le prologa luego *Las ideas actuales*, su primer libro

nuevas tendencias literarias porque “esta gente tan mala en sus sentimientos está dispuesta a no perdonarle la arremetida que le hizo Ud. a Rodó. Sé que lo critican tan injusta como cobardemente”.³⁵² La censura solidaria a favor de Rodó se constata asimismo en la reseña de Giusti a *Las nuevas tendencias...* en la que todavía recuerda el suceso polémico de 1907 y defiende a quienes habían “atacado” el libro de Ugarte, mencionándose junto a Rodó, Blanco Bombona y Juan Mas y Pi. Así analiza Giusti, en la reseña de 1909, el gesto de Ugarte: “dejándose arrastrar por su amor propio herido, en una mala hora de olvido de su decantada benevolencia, incurrió en el antipático error de cometer con Rodó una injusticia evidente y de reincidir en ella publicando ese documento de polémica en un libro...” (Se refiere a *Burbujas de la vida*).³⁵³

En esos mismos años sus amigos porteños van conociendo esta orientación artístico-social y se pronuncian sobre ella. Becher, a quien había conocido en su estadía de 1903 en Buenos Aires, cuando frecuentaba la redacción de *Ideas*, le escribe su apreciación sobre *El arte y la democracia* que Ugarte le había enviado, elogia su prosa “muy buena, clara, vigorosa, límpida, de sencillez severa” y declara su disenso.³⁵⁴

En cuanto a las ideas ya sabe Ud. que estamos en completo desacuerdo. Usted dice que el escritor debe tomar parte activa e intervenir en la lucha política, yo creo que sólo debe intervenir de manera indirecta, aplicándose a hacer una obra de arte puro y desinteresado que a *la larga* influirá como elemento de civilización. (...) Agregaré también que a Ud. no le reprocho su profesión de fe socialista pues a sus cualidades de escritor Ud. une ciertas cualidades de político (el sentido de los movimientos sociales, la capacidad de la acción, etc.) que le permiten aplicar, sin perjudicar una ni otra, dos actividades casi siempre excluyentes.

publicado por Sempere, seguramente a instancias suyas, en 1909 [reed. 1912]. Entre fines de 1910 y la década de 1920 escribió, entre otros estudios, “Darío todo corazón” en *Nosotros* año X, T. 21; *La fuerza injusta* (1918); *De Stendhal a Gourmont* (1923); *Los amigos dilectos* (1927); *Miguel Cané y su tiempo* [1955].

³⁵² Carta de Sáenz Hayes del 5 de junio de 1909. Ugarte. *Epistolario...*: 29.

³⁵³ Giusti, Roberto. *Nosotros*, Año III, N° 18-19, enero-febrero de 1909 (Sección “Letras argentinas”).

³⁵⁴ AGN, t. 1, f. 156. Carta del 2/10/1905 (Subrayado del autor). En la carta, además, le confirma haber publicado, en Rosario, el artículo “La paradoja del arte social”, como respuesta a su encuesta para *La Nación*. Este no figura en la recopilación de sus escritos a cargo de Rojas (1938, Cf. Bibl.), ni hemos podido ubicarlo en los periódicos rosarinos de la época.

Lo mismo opina Rojas que, sin explayarse, expresa sus diferencias en una carta en que sin embargo, evalúa favorablemente la antología de 1906. Al acusar recibo del libro, dice, en efecto, que pese a que el prólogo es “lo mejor del libro, contiene dos ideas en que no estamos de acuerdo: o (sic) *parti-pris* del arte social y su profesión de fe unitaria” (XLIV). Sobre lo primero habría que escribir largamente para explicárselo; sobre lo segundo, es suficiente decirle que yo soy federal”.³⁵⁵ La carta contiene información valiosa sobre la red de relaciones que se tejía en Buenos Aires e incluía prácticas que podrían llamarse de mediación *solidaria*, propia de la lógica del “autobombo” en la vida literaria porteña (Delgado): Rojas le cuenta detalladamente sus gestiones para conseguir quién reseñe la antología; conviene tener en cuenta, sin embargo, que los interesados figuraban en el libro, como él mismo reconoce:

Conforme con sus deseos y con la acogida que merece el libro, he conversado acerca de ella con los amigos. Becher me ofrece ocuparse de ella en *La Nación*. Chiappori [...] escribirá un artículo, también para *La Nación*. [...] [Juan Pablo Echagüe] dice que anda muy atareado con graves asuntos personales. Seguramente se la haré yo mismo. Si aparece se la remitiré. Casi podría decirse que el habernos incluido nos incapacita para escribir sobre esta obra. Si de mal, parecerá despecho, si de bien, gratitud. Yo había conversado con Payró para que él escribiera, en la creencia de que sólo era de los que habían pasado los treinta años. Incluido, queda en las mismas condiciones que nosotros. Becher y Chiappori están más libres. Quizás, desde lejos, y respirando en ambiente más libre, le parecerán un tanto aldeanas estas preocupaciones; pero, qué quiere? somos (sic) hombres de nuestro medio.

(...)Se hagan o no los artículos, puede tener la certidumbre de que el libro circulará. Ha empezado ya a serlo. Es de tal índole que remueve muchas pasiones, halaga vanidades, despierta recelos.

Hay dos cosas que no se puede desconocer de su trabajo: la utilidad que presta a los autores y la sinceridad con que Ud. ha dado cima a su empresa.

En la autopercepción de Rojas acerca del carácter interesado de las prácticas mediadoras, es interesante observar la torción moralizadora que produce respecto de éstas, como si necesitara negar la materialidad de los

³⁵⁵ AGN, t. 2, f. 3/4. Carta del 9/09/07 (Subrayado del autor). La transcripción de esta carta figura en *El epistolario de Manuel Ugarte*, AGN: 18-20. Seis meses antes de esta carta, Rojas ya había escrito un suelto, anónimo, sobre el libro, para *La Nación*, publicado el 20 /03/1907. En carta del 23/03/1907 le informaba a Ugarte que se lo había enviado a Becher quien lo haría publicar en dicho periódico (AGN, T. 2 f.11).

intereses en juego. Así, no sólo desestima el ambiente literario local, en una posición entre avergonzada y resignada, sino que busca relativizar el efecto del ejercicio de la crítica en la recepción del libro, expresando una confianza en su circulación directa, casi “natural” (“se hagan o no los artículos...”). En realidad, la energía puesta en la difusión había comenzado seis meses antes, cuando Rojas anunciaba su próxima aparición en un suelto enviado a Becher para que lo publicara en *La Nación*³⁵⁶ y que había salido el 20 de marzo de 1907.

Las relaciones en cierto modo “materiales” entre los miembros del acotado mundillo intelectual porteño, no sólo se constatan en los intercambios privados, sino pueden verse en los escritos de crítica, como es el caso de la extensa nota ya mencionada, de Roberto Giusti sobre *Las nuevas tendencias literarias*, el último libro de crónicas de Ugarte. En efecto, de las casi cuatro páginas que la componen, una tercera parte se refiere al juicio del crítico acerca de *La joven literatura hispanoamericana*, escrito dos años antes, y allí el autor se ocupa de defenderse del mote de “gacetillero” asestado por un defensor de Ugarte, el “señor Bazzano”. De algún modo, se dividen las aguas a partir de la puesta en escena de las afinidades electivas entre los escritores que habían cuestionado la obra: nada menos que Rodó, Blanco Bombona y Mas y Pi. Giusti queda de este modo, vinculado simbólicamente a estas firmas.

Precisamente, en el resto del artículo, el director de *Nosotros* se dedica a cuestionar el ejercicio mismo de la crítica en Ugarte, al censurar la falta de un criterio de distinción de las producciones literarias contemporáneas, que estuviera basado en el valor literario tenido por legítimo. En ese sentido, le critica la actitud ecuménica con que Ugarte incluye menciones a escritores del presente, y la vincula con el credo político del autor: “Ugarte es demócrata también en literatura y como tal tiende a nivelarlo todo”. Y eso, aun cuando en principio, Giusti se declare “actualmente adversario decidido de la crítica despiadada” y confiese que también él “pe[que] tal vez de benévolo, lo cual sin embargo no me obliga a enaltecer cuanto pordiosero de la literatura merodea

³⁵⁶ Lo sabemos por otra carta de Rojas, del 23 de marzo, en que le informa sobre dicho artículo. Resulta curioso, por otra parte, que en él Rojas se refiera al artículo de Rodó que criticaba la antología, mientras que en la carta a Ugarte, de septiembre de ese año, no haga ninguna mención a éste y otros artículos críticos que ya circulaban sobre el libro, y que habían motivado la impresión de Sáenz Hayes según la cual la hostilidad de la crítica respecto de *Las nuevas tendencias* venía de la arremetida de Ugarte contra Rodó a propósito de *La joven literatura*....

por estos pagos”.³⁵⁷ Teniendo en cuenta esto, nos interesa destacar que lo que el primero intenta instituir, entre él y Ugarte, son dos modalidades críticas en divergencia. Por una lado, una crítica sin un juicio estético que organice la lectura, de allí que señale los límites de la necesidad acumulativa, cuando es llevada al paroxismo por la “benevolencia ilimitada” de Ugarte, de quien circulaba el mito, comprobado por los mismos actores, de la generosidad con que mediaba entre editores parisinos, traductores y escritores o aspirantes latinoamericanos y aun con que compartía su fortuna.³⁵⁸ Por otro lado, Giusti prescribe los rasgos necesarios para el ejercicio crítico (al tiempo que los ilustra con su propia reseña), propios del *habitus* crítico: “Le falta el juicio sereno, indulgente si se quiere, pero equilibrado”. No es un azar si, a través de las cualidades que reconoce al autor reseñado, aparecen figuradas, objetivadas, las condiciones de la escritura crítica que Giusti aspiraba a convertir en una práctica específica, y a la vez, la red continental invisible de consagración que podía urdirse a partir de esos parámetros:

Y a la verdad que todo esto es de lamentar pues Ugarte se halla en excelentes condiciones para ser de verdadera utilidad para las letras americanas, suscitando mediante sus cartas, sus crónicas y sus libros, interés en un país por los literatos de otro, alentando a los buenos y estrechando vínculos entre los escritores, los verdaderos, de habla española (135).

Como decíamos, la autonomía que reclama Giusti implica, en el caso de la crítica, la preeminencia de criterios específicos de valoración literaria. La excesiva laxitud podía llevar a que se diluyera el criterio que debía regirse por el mérito que sólo otorgaba, a su vez, la calidad de la escritura y la imaginación (“En su libro Darío o Valencia, Sánchez o Fortoul, entremézclanse fraternalmente, en interminables y heterogéneas retahílas de nombres...” 134). De este modo, Giusti asocia el abuso en la amplitud con los principios heterónomos provenientes del credo democrático en política, que a su juicio

³⁵⁷ Ib: 135. Sobre la estrategia crítica de inclusión en Giusti véase Delgado, Verónica, “La crítica a principios del siglo XX: Roberto Fernando Giusti”. *La Biblioteca* 4/5, Biblioteca nacional, Buenos Aires, verano 2006: 188-196.

³⁵⁸ Se registran en su epistolario, entre otros gestos, los agradecimientos por préstamos de dinero a Echagüe y a Sáenz Hayes, por las recomendaciones y prólogos (Vargas Vila, Soiza Reilly, Darío, Blanco Fombona, entre tantos), por su hospitalidad, etc. Véase también el recuerdo de Gálvez (que leyó en su casa, en Buenos Aires, en 1903, su drama *la hija de Antenor: Amigos y maestros de mi juventud*: 152) o el artículo de Alejandro Sux ya citado, para *Gustos y gestos* (1/02/1911), en que figura la casa parisina de Ugarte como “pequeña Meca”.

debían permanecer fuera de los asuntos literarios. Apocalíptico, sanciona: “La culpa de esto reside en el descaminado concepto que del arte se comienza a tener. El socialismo también va entrando en este terreno, que debiera quedarle cerrado (...) Es la confusión de las ideas seculares, el derrumbe de las cumbres, la muerte del ideal, el enseñoramiento de lo plebeyo” (134). Por último, cabe observar que el uso de la noción de arte social presente en sus juicios, no aparece tanto asociado a una poética como al aspecto cuantitativo de la inclusión amplia de los “proletarios de la literatura” (134).

Distinta es la recepción de Alberto Gerchunoff, socialista como él, quien al elogiarlo y reivindicarlo, en una carta de junio de 1905, frente al “estéril núcleo argentino que pierde su tiempo en pueriles alucinaciones”, sitúa con perspicacia la posición de Ugarte de conciliación entre el escritor y la *acción*, y aun su condición desdoblada de escritor-periodista:

Volúmenes con su firma aparecen con frecuencia y sus artículos se leen en los diarios y en las revistas más importantes. Ello significa que su labor se cotiza y su labor –he ahí e gran mérito- es a más de arte fino cátedra y guía. [...] En una palabra, el arte con un fin útil y generoso, tan preconizado y combatido como tesis, halla en Ud. una confirmación sin réplica.

Este pensamiento altruista circula en su labor de literato y de periodista desde los lúgubres capítulos de *Paisajes parisienses* hasta las correspondencias circunstanciales que publica *La Nación* tiene esa virtud preciosa.³⁵⁹

Veamos ahora los argumentos que despliega Ugarte en su manifiesto, que inaugura las tomas de posición heterónomas en el campo literario argentino, tal como lo percibieron y ante lo que reaccionaron muchos de sus contemporáneos.³⁶⁰

“Las razones del arte social” aparece cuando la firma de Ugarte es ya reconocida, y en un momento en que produce de una manera sostenida crónicas, ensayos y cuentos. Lo publica, como ya hemos señalado, en la revista madrileña *La lectura* (1901-1920) que dirigía el escritor e intelectual

³⁵⁹ AGN, T. I, fs. 142/148.

³⁶⁰ Esta misma idea de superioridad del artista, que redundaba en un rechazo del acercamiento entre el artista y “las muchedumbres”, que se vivía como el riesgo de una pérdida de calidad y especificidad literaria también está presente en la recepción de *El arte y la democracia* en *La lectura* de Madrid, en un artículo de Angel Guerra que dice no comprender la democratización del arte “hasta convertirlo en tributo de la plebe y agitador callejero. Creo por el contrario, en la aristocracia del talento y en la superioridad espiritual del arte sobre las miserias de la vida y las luchas mezquinas de ordinario en que se afanan los hombres” (*La lectura*, mayo de 1906: 415).

Francisco Acébal y cuyo proyecto apuntaba a la “unión hispano-americana” (15/01/1901), tendiendo puentes entre estas literaturas. Esta revista reconocía la renovación que había aportado la generación de la “cultura modernizada internacionalista” (Rama, *Las máscaras democráticas...*) y estaba atenta, además, a la literatura “nueva”, en especial la francesa.³⁶¹ Con la publicación de este manifiesto, Ugarte inaugura un período de colaboraciones mensuales que se extenderá por dos años, con artículos críticos encabezados por el mismo título de “Crónicas americanas”, y que luego integrarán *Las nuevas tendencias del arte*.

No habrá que extrañarse, a esta altura, al constatar no sólo que el manifiesto se abre con una diatriba en contra de la forma como fin de la literatura en sí mismo, sino que el discurso ugarteano, antes mismo de proceder a argumentar, busca rendir a la evidencia a sus propios adversarios esgrimiendo un estado de cosas supuestamente natural: “A menos de caer en la incoherencia, el autor no puede menos que llevar siempre un hilo central, un propósito definido, una finalidad prevista. De suerte que los mismos que se declaran fanáticos del arte por el arte, empiezan por desmentir fatalmente y desde los comienzos la rigidez de su doctrina” (*Burbujas...*131). Así, su primer argumento afirma que el “rumbo filosófico” existe siempre, al menos en la intención de negarla o en la “modalidad de vida” (131) y las “ideas disolventes” que propagan (132). La segunda figura retórica es una de las que predominan en sus crónicas, como hemos podido constatarlo en algunas de las que componían las *Crónicas del bulevar*; se trata del recurso a la oposición que en este caso establece una dicotomía entre dichas ideas y sus cultores y otro arte “didáctico, más viril”. Los primeros se ven patologizados mediante adjetivaciones recurrentes en su prosa, tales como la “curiosidad venenosa” y la “inquietud perversa”, en contrapunto con una retórica vitalista humanizante,

³⁶¹ Un interés constatable además en la nutrida sección “revista de revistas” donde registra no sólo los números de muchas revistas culturales españolas sino francesas e italianas. La sección sobre libros americanos había estado a cargo de Unamuno, de 1901 a 1904. El vínculo de Ugarte con la revista puede verse a partir de 1903, año en que colabora con dos cuentos, “El pintor y la actriz” y “La guerra” (1/07/1903); en 1904 aparece “La colonización francesa en Argel” (1/09/1904); Desde 1902 aparecen reseñados todos los libros que va publicando. En cuanto a la sección “Crónica americana”, aparece mensualmente desde el 77 (Mayo de 1907) y hasta el N°83 (Septiembre de 1908), con artículos que integrarán luego *Las nuevas tendencias literarias*; en 1909, publica más esporádicamente (“Índice de libros americanos”). Ingenieros también publica con cierta regularidad entre 1906 y 1908.

que habla de un arte capaz de “abrir horizontes de esperanza” y “empuja[r] hacia la justicia” (133). En tercer lugar, puede leerse un gesto de desenmascaramiento de las tomas de posición políticas de los escritores artepuristas. En efecto, el autor denuncia una contradicción entre las innovaciones de éstos, o incluso sus rebeldías estéticas, y su conservadurismo respecto de “los intereses que dominan” (133). Mientras identifica el sentido del arte como fuerza que en la historia de las sociedades siempre ha cifrado “rebeldías y anticipaciones”, advierte que un arte que “calla”, amparado en el “pretexto de prescindencia” (133) puede convertirse en “lacayo atado al triunfo transitorio de determinada clase social”; esgrime entonces, nuevamente, una lógica heterónoma, fundada en la ética militante, que concentra el sentido político del arte en acciones explícitas de expresión del “espíritu descontento”. Como se ve, de entrada Ugarte sitúa su discurso en un terreno de fusión entre política y literatura.

De este modo, en el manifiesto encontramos condensados todos los dispositivos e ideas desarrollados desde 1900, que hemos venido reconociendo: por un lado, la disputa con la poética modernista ya consagrada, que se ve cuestionada mediante su conversión en “reliquia”(138) o anacronismo (“esas anticuadas interpretaciones de lo que en la Francia de 1880 sirvió de excusa a la pereza orgullosa y al egoísmo subalterno de un grupo desprovisto de orientación y de voluntad”-139) y mediante la patologización tanto de sus representantes cuanto que de sus efectos de sentido. Por otro lado, la invención de un arte para el presente, definido a partir de un repertorio vitalista, con ciertos ribetes de higienismo (en tanto el autor interpreta el supuesto surgimiento del arte social en términos de una “reacción contra las desviaciones de los últimos tiempos [y] una vuelta a la normalidad”-144) y de evolucionismo (“Después de treinta siglos de esfuerzo, sólo caben las selecciones y las rectificaciones” -143). Finalmente, inscripción en la doctrina artístico-social de larga tradición, recortada en el ethos militante, con su ingrediente antiintelectualista³⁶², pero enmascarado detrás de inflexiones generalizantes que le otorgan un estatuto de verdad irrefutable, casi natural:

³⁶² Este antiintelectualismo puede verse asimismo en la incorporación de un registro coloquial y de marcas de oralidad tales como la inclusión de un diálogo imaginario. Por ejemplo: “-¡Basta, señores, de Verlaine, de Moreas y de Mallarmé! ¡Demasiado nos han atormentado ustedes los

Encarar la vida en forma de espectáculo es tan imposible para el hombre como observar el planeta desde lejos, a la manera como observamos la luna. La tierra y la vida nos poseen. [...] De suerte que cuanto más nos hundimos en la vida y más luchamos, sufrimos y acumulamos sorpresas y sensaciones, más dispuestos estamos para hacer obra de arte (139).

[...] Queremos aire, queremos luz, queremos naturaleza. Preferimos el vino generoso de nuestra radiosa Andalucía al ajeno adulterado con que os envenenan desde París. Somos sanos, somos vigorosos, somos jóvenes y pretendemos vivir y crear normalmente, bajo la gloria del sol, entre el clamor de las asambleas oleosas, donde hace espuma la audacia y el ímpetu de la multitud, junto al hervidero de las verbenas alegres, en la soledad reconfortante de los trigales amarillos [...] bajo la atmósfera propicia de los salones, en la Cámara, en el Museo, en el café, en el arroyo, en todas partes menos en vuestros sótanos de pesadilla [...] porque tenemos pasiones y no lecturas y porque creemos, en fin, que la originalidad no es el resultado químico de una invención calculada, sino el producto espontáneo de una sinceridad inteligente (141).

En los dos fragmentos se revela, a través de la afirmación vitalista, una voz panfletaria que se apoya en un nosotros, autodesignado en otros tramos como “una juventud [de América] atrevida”. De hecho, el manifiesto produce un efecto semántico de discurso práctico o de acción, en contraste con marcas más ensayísticas (la especulación, la exposición de tesis/antítesis/síntesis, el caso, etc.) y en este sentido, incluye marcas de modernidad propias de la crónica, en el modo en que algunas inflexiones lo acercan a los géneros periodísticos en boga como la petición, la interview, el estilo directo o el punteo con números o letras, de ideas y principios (“1.^a... 2.^a... 4.^a...”; “A. ... B. ... E.”). Este carácter práctico se evidencia también en la diversificación de los sujetos de enunciación: el artículo comienza en una primera persona del singular que luego se transforma en plural. Intercala otro yo –adversario- al transcribir un fragmento extenso de la carta de “uno de los pocos escritores sudamericanos que creen aún en la reliquia del arte por el arte” (138). Finalmente, incorpora a dos interlocutores imaginarios; uno representa al adversario mismo, el otro, a

oídos con esos nombres! [...] Id al diablo con vuestro cubilete y vuestras pócimas. Los alquimistas son un anacronismo...”(*Burbujas*...140- 141). Más adelante, leemos también: “—De manera –interrumpirá un lector impaciente- que la famosa teoría social del arte de que nos vienen hablando ustedes con tanta abundancia no es, en resumen, sino un ataque contra el difunto decadentismo.

- Los movimientos que se hacen *contra algo* –contestaremos- no son más que efímeras rachas negativas (142-143 –cursivas del texto).

un lector imaginario con el que esa voz plural establece una relación de complicidad. Así, la proclama se vuelve palabra colectiva y más acorde a las retóricas militantes de izquierda. Estas marcas panfletarias materializan, mediante los mecanismos enumerados, un acercamiento y una complicidad con sectores más amplios.

Dicha confluencia aparece puesta en escena, asimismo, a través de otro mecanismo que consiste en la inclusión de un personaje indefinido (“[los artepuristas de España y América] parecen estar esperando que *alguien* se encare con ellos y les diga: - ¡Basta señores...”), diferenciado del cronista. Este asume en un léxico popular y con claras marcas de oralidad, un “nosotros” que proclama la vuelta a la vida y declara su hastío por las “princesas imposibles, los instintos perversos, lujurias estridentes y originalidades de manicomio”, instando a sus interlocutores a “volve[r] a la naturaleza, que si no lo hacéis así, acabaremos por creer que sois unos majaderos...” (142). Ahora bien, a la vez, dicha multiplicidad de voces enunciadoras que producen de algún modo un efecto *democratizador* sobre el panfleto mismo, entra en tensión con el sesgo profético y los atributos intelectuales que el cronista imprime a la “misión” del escritor, en un gesto típico de los intelectuales finiseculares.³⁶³ Veamos cómo se manifiestan estas torsiones en la escritura. Cuando el personaje indefinido concluye su diatriba, el cronista retoma la palabra:

Quien así hablara tendría evidentemente la razón de su parte, y, a pesar de la viveza de las expresiones, se quedaría corto...Pero evitemos los rigores, que si la razón desarma las resistencias, la agresividad las encona (142).

Allí, el cronista sujeta el discurso de la crónica que podemos llamar dialógico, en el sentido bajtiniano, a una torsión particular, al delimitar el espacio simbólico del escritor, reservándole tanto el poder de evaluación de los argumentos (“quien así hablara tendría evidentemente la razón...”) como también el atributo de la *razón* frente a los embates pasionales de ese “alguien” que se dirigía a los adversarios y cuya intervención ocupó dos páginas de la crónica.

³⁶³ Véase Prislei. "Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin del siglo a la década del '20)". *Entrepasados* II, 2, Buenos Aires: 41-59.

Una segunda torsión aparece cuando el cronista se enfrenta a los límites de su impulso ideológico democrático al construir una figura sublimada del escritor como profeta. La primera idea representa la misión del escritor en términos metonímicos, como portavoz de una comunidad, lo que disuelve las jerarquías sociales entre intelectuales y sectores populares (y se cifra en el objetivo declarado de “fortificar los lazos que nos unen a nuestra generación y a la época en que vivimos; tratar de ser algo así como la voz de nuestro tiempo”-145). La segunda, en cambio, repone una distinción entre escritor y “multitud”, al ser definida su identidad en términos de “un maestro encargado de desplegar bandera, de abrir rumbo, erigirse en guía y llevar las multitudes hacia la altísima belleza que se confunde en los límites con la verdad” (144). No habrá que extrañarse al encontrar, una vez más, la impronta evolucionista en el intento por justificar la idea de superioridad del escritor. Este aparece definido como “grado supremo de perfección que ha podido entrever el hombre en cada momento histórico” (145); se trata casi de una superioridad del escritor, dada “por delegación” respecto del resto de los mortales, en la que éste viene a ser un ejemplar depurado de la especie frente a los demás “ejemplares incompletos que pululan en torno suyo”. Esta justificación histórico-naturalista se completa con un imperativo moral de la humildad, en el que resuena la clave igualitarista de los discursos militantes socialistas. El escritor sentencia entonces:

Hace su obra y cumple su misión con un poco de esa sencillez inconsciente de los iluminados. Ni deja de ser un hombre como los demás, ni se atribuye el menor mérito. Tiene conciencia de su valer y es superior precisamente porque no trata de establecer ninguna superioridad. Sabe que, así como el reino de Jesucristo no era de esta tierra, sus consagraciones y sus recompensas no las debe alcanzar en vida. Y si es un gran sacrificado voluntario, es también un gigantesco obrero feliz que saborea el goce de su fuerza, el vértigo de su desinterés y el orgullo inconmensurable de su modestia (145).

También puede leerse esta torsión en la heterogeneidad lingüístico-discursiva de toda la crónica, en el modo en que se suceden, de un lado, las marcas de oralidad, el registro de habla popular, las distintas voces enunciativas del manifiesto, antes señalados, y del otro lado un estilo culto, las marcas propias de la oratoria intelectual o la exposición sistemática de

principios, ideas y objetivos abstractos y generales que refuerzan el rol apostólico asignado al escritor, hacia el final del manifiesto.

Al ofrecer un manifiesto basándose en la expresión del “arte social”, Ugarte actualiza, sin ser explícito en la referencia, la vieja doctrina homónima, forjada hacia 1830 en los ámbitos de las corrientes políticas anticonservadoras, llamadas entonces “avanzadas”. Así, el hecho de vincular los principios declarados en sus crónicas con una alta tradición de las teorías literarias modernas, legitima y ennoblece su intervención crítica. Pero también, al no mencionarla abiertamente, más que en la coincidencia del nombre, su sentido se ve en cierto modo eufemizado, como si buscara ponerle una máscara más aceptable, un gesto retórico que hemos encontrado en otras crónicas sobre política. Esto puede verse en el modo en que desvincula la expresión de posibles sentidos más partidarios, nada menos que en el párrafo final: “A esta orientación, a este estado de alma, le han dado algunos el nombre de ‘arte social’, como pudieran darle otro nombre cualquiera. Pero el movimiento no es obra de una personalidad o de un grupo de hombres. Como todas las cosas fuertes y durables, ha nacido anónimamente al conjuro de una necesidad colectiva” (146). Esto contribuye, a su vez, a despojar de un carácter artificioso a los argumentos, lo que refuerza la impronta antiintelectualista a que nos hemos referidos más arriba. Sin embargo, en sus principios, el manifiesto se mantiene fiel a la tradición del arte social, tal como surge al examinar su surgimiento y presupuestos.

La teoría del arte social había surgido en el “tiempo de los profetas” (Bénichou), en el seno de revistas sansimonianas, republicanas y socialistas, en plena efervescencia de las ideas reformadoras sociales posteriores a los levantamientos populares de julio de 1830 que, en alianza con los diputados de la burguesía liberal en el Parlamento, habían llevado a la destitución de la monarquía restauradora de Carlos X.

A la vez que se inscribían en estos grandes relatos sobre las sociedades venideras emancipadas (Angenot 7-13), los discursos sobre la necesidad de un arte útil a la evolución de la humanidad reaccionaban contra el artepurismo característico de los románticos franceses Théophile Gautier, Alfred de Musset y Alfred de Vigny y también Victor Hugo y Lamartine, al menos hasta la década de 1830, (Cassagne; Bénichou). Sus críticas se centran, por un lado,

en las evocaciones romanticistas del pasado medieval y en la ausencia de referencias a cuestiones de las sociedades contemporáneas. Por otro lado, censuran los cantos a las pasiones y confesiones, por considerarlos propios de un individualismo egoísta, exigiendo en cambio la “utilidad social del arte” que debía “contribuir al progreso”³⁶⁴. Si bien estas teorías del arte social se desarrollaban en momentos de múltiples teorizaciones tendientes a profundizar las conquistas liberales, alcanzaron mayor visibilidad por las “conversiones” espectaculares (Cassagne 94) de los románticos de primera hora como George Sand, Lamartine y Victor Hugo. Los dos primeros lo hacen tras el impacto que les produce la revolución de 1830.³⁶⁵ En el caso de Victor Hugo, su conversión resultó más mitigada y sobre todo, tuvo como momento de quiebre la censura de su obra teatral *Le roi s’amuse*, por parte del nuevo gobierno.³⁶⁶ Cassagne muestra que después de la revolución de 1848 y de su exilio en los primeros años del Segundo Imperio de Napoleón III, época de su “conversión hacia la izquierda” (Bénichou 335), Hugo llega a negar la paternidad que le atribuían

³⁶⁴Del periódico liberal *Globe* convertido en sansimoniano en 1831. Citado por Albert Cassagne, *La théorie de l’art pour l’art en France chez les derniers romantiques et les premiers réalistes*. Seyssel: Champ Vallon, 1997 [1ª ed. 1906]: 74. Cassagne señala entre los primeros teóricos del arte social, a Pierre Leroux e Hyppolite Fortoul en la *Revue encyclopédique*. A fines de la década del 30, a través de la *Revue républicaine*, intervienen contra los románticos, los socialistas utópicos Lamennais, Louis Blanc, Etienne Arago, Proudhon y los sansimonianos (Cassagne 75-80).

³⁶⁵George Sand entra en contacto con los círculos sansimonianos desde 1830, con quienes discute sobre la concepción romántica de la creación literaria, hasta que comparte con ellos la dirección de la *Revue indépendante* (1841). El giro social hacia de sus escritos puede verse en *Consuelo* y *La comtesse de Rudolstadt* apunta a que “los libros cambien y mejoren a los hombres” (tal como sugiere en una crítica a *Volupté* de Sainte-Beuve en 1834: Cassagne 93). En el caso de Lamartine, luego de 1830 Lamartine decide volcarse a la actividad política en el Parlamento francés. La literatura ocupa poco espacio en sus actividades. Según Cassagne, “Aquel *légitimiste* recién convertido, se pasaba al socialismo más audaz, y expresaba tempranamente su oposición a la burguesía y a Thiers”. De este período son su ‘epopeya humanitaria’ *Jocelyn* (1836) y *Recueils poétiques* (1839). El poema “Utopía”, por ejemplo, cifra en su final, una imagen del rol del poeta en la marcha de la humanidad: aparece el movimiento del astrónomo de un barco, que se sube al mástil para estudiar las estrellas y el mar hasta encontrar el camino; cuando llega “con el pesamiento hasta una orilla”, regresa y se suma al trabajo de la tripulación:

“Hay que separarse, para pensar, de la muchedumbre,
y confundirse en ella para actuar” (Trad. nuestra. En Lamartine, *Méditations poétiques* 388).

³⁶⁶En 1834 publica *Littérature et philosophie mêlées* y afirma que “el arte, sobre todo el arte dramático, sin convertirse en servidor de una causa política efímera, debe buscar el bien tanto como lo bello” (Cassagne 87). La posición del arte social se consolida en 1840 con *Les Voix intérieures* (“Como un sacerdote en la iglesia,/sueño con el arte que encanta, el arte que civiliza,/ que cambia al hombre un poco...” (87) y el prefacio a *Rayons et ombres*.

respecto de la teoría del arte por el arte y va construyendo una imagen de poeta apóstol, cuya concepción del arte social venía desde sus orígenes:³⁶⁷

El antiguo jefe del romanticismo, de quien algunos revolucionarios decían no encontrar evolución alguna en sus ideas, acusado por Proudhon, e incluso por Lamartine, de 'literato sin empleo que va de la edad media católica al Oriente mahometano sin ver a la Revolución bajo sus pies', se había convertido tan bien al socialismo que se dedicaba a antedatar dicha conversión. En *William Shakespeare* (1864), [Victor Hugo] recordaba que *Le dernier jour d'un condamné* era de 1828 y *Claude Gueux* de 1834. Se apoyaba en estas obras para proclamarse uno de los más antiguos escritores socialistas (...). Y agregaba: "El arte por el arte puede ser bello, pero el arte por el progreso es aun más bello". (Cassagne 111).

Como es sabido, Ugarte y los demás jóvenes de la década de 1890, se habían nutrido con lecturas de los románticos franceses³⁶⁸ y conocían además dicha tradición a través de sus mayores de la generación del ochenta, y de Almafuerde (uno de los poetas faro de su *Revista literaria*), Andrade o de Armas.³⁶⁹ Además, el repertorio socialista finisecular había asimilado completamente el vocabulario utópico respecto de la relación entre poeta y pueblo, arte y política. Ahora bien, Ugarte es quien recupera de un modo singular la teoría del arte social hacia el interior del campo literario, para emplearla en su operación antimodernista.

³⁶⁷ Al formular la hipótesis según la cual Hugo buscó a posteriori acercar la revolución romántica y la de 1830, Bénichou aporta un dato significativo: el poema "Respuesta a un acta de acusación", donde Hugo presenta al Romanticismo como "el Verbo necesario a través del cual se formula el Progreso" Bénichou 354), en la edición de *Contemplaciones* (1854), que el poeta fecha en 1834, fue escrito en realidad en 1854, como surge de la fecha que Bénichou encuentra en el manuscrito.

³⁶⁸ Rama lo menciona respecto de los escritores del período de la cultura modernizada internacionalista, quienes "combinan la omnimoda influencia victorhuguiana con el rigor parnasiano" (*Las máscaras...*37). Ver también M.T. Gramuglio quien se refiere a los tópicos de exaltación del poeta y de la libertad del pueblo, la métrica, el léxico y las figuras de "la tradición de filiación romántica que Hugo contribuyó (...) a difundir y que tuvo larga descendencia en la poesía de América latina. Pues las músicas de Hugo se prolongaron no sólo en los textos de poetas postrománticos, como los Almafuerde, Olegario Andrade y Santos Chocano (...) sino también en los de muchos escritores modernistas, incluidos los de (...) Rubén Darío" (Gramuglio, "Comienzos en fin de siglo: Leopoldo Lugones. *Revista Orbis Tertius* 2: 51).

³⁶⁹ "Oh, en aquel tiempo leía con avidez, bebía la historia de todos los pueblos y profetizaba con Lamartine en *Los girondinos*, para caer con Robespierre en Thermidor. Recuerdo que de todas las naciones cuyas hazañas aprendí en aquellos dos años de fiebre, sólo Francia me dominó y se impuso a mis asombros de efebo" (Galasso, *Manuel Ugarte...*25). Galasso indica también que Ugarte tomó clases de literatura con Augusto de Armas durante su primera estadía en París en compañía de sus padres, en 1889, a los 15 años.

Así, las crónicas despliegan una retórica propagandística -que incluye la ironía contra los “creadores abstraídos” (*El arte y...*109) - en torno a la misión del escritor, articulando con frecuencia los tópicos del arte social combinados con la concepción *vitalista* que mencionamos anteriormente. En “La verdad y la literatura” (*El arte y ...*101-113), se defiende de una crítica a *Visiones de España* aparecida en la *Revista Moderna* de México, formulando los núcleos de ideas que reaparecerían en forma de manifiesto unos años después en “Las razones del arte social”:

En mi entender el artista es ante todo un ser humano. Su vista abarca todo el panorama de la existencia, sus sensaciones son múltiples, y no es juicioso exigir que se aísle de las luchas sociales y de las corrientes de ideas que hacen crujir el siglo (...). Y el artista, como los demás hombres, se siente arrebatado y mordido por la formidable ebullición que todo lo sacude y lo transforma (...).

Los odios, los deseos, los ideales de la multitud se le entran a pesar suyo por los poros del alma, la injusticia le arranca una imprecación; la desgracia una frase de solidaridad, y envuelta en una tromba generosa, atraída por la luz, cámbiase la pluma en arriete y se despierta el apóstol.

Algunos dicen que rebajamos nuestro ideal hasta ponerlo al nivel del mundo, la verdad es que nosotros soñamos con elevar el mundo hasta la altura de nuestro ideal. No disminuimos el arte, lo desdoblamos, le damos una actuación histórica, le multiplicamos un público, lo hacemos director de vida y en contraposición a los tiempos de los reyes poetas, preparamos quizá el siglo del poeta-rey (109).

Este fragmento es revelador de los contornos borrosos que adquiere la figura del artista, a medida que va perdiendo los atributos específicos de su actividad para adoptar los del hombre de acción. En el mismo momento en que Ugarte consolida estos principios, se produce el episodio polémico con José Enrique Rodó. En el próximo apartado, indagaremos los resortes esta controversia. Advertiremos que también está en juego un diagnóstico sobre el presente y la invención por parte de Ugarte, de una línea literaria continental a la que entiende, más allá de la variedad de propuestas, como tomas de posición que han sabido dejar atrás una etapa de decadentismo disolvente, para orientar la práctica literaria en el mismo camino de las nuevas “ideas del siglo”.

4. 3. En torno a la generación de 1900. La polémica entre Rodó y Ugarte

El optimismo confiado y algo desmedido que se lee en las palabras finales del "Prefacio" de Manuel Ugarte a su libro *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas* (1906),³⁷⁰ resulta sorprendente en tanto el autor proclama que la generación a la que pertenece, la joven generación, está en el origen de la existencia de una "intelectualidad activa", aspecto que faltaba a las "pequeñas repúblicas de la América del Sur" para constituirse verdaderamente en un "país". Una afirmación tanto más ambiciosa cuanto que tal conquista proviene, para Ugarte, de la generación a la que pertenece y a la que alude mediante un "nosotros" grandilocuente entremezclado con otro "nosotros" que se puede traducir, creo, como "nosotros los sudamericanos":

Al conquistar *nuestro* derecho a entrar en el concierto de las naciones ilustradas y a fundirnos en la humanidad pensante, podemos decir que *nos* hemos hecho una bandera con la pluma. Otros forjaron la nacionalidad geográfica, otros nos dieron nuestros límites, otros prestaron forma material al anhelo confuso de vivir que trabajaba a las antiguas colonias; *pero la verdadera patria moral, la verdadera mentalidad activa, la que amalgama, la que difunde, la que concilia las voluntades, esa la hemos creado nosotros*. Con la materia prima de saber, recibida de Europa, *hemos* conseguido fabricar productos que llevan *nuestro* sello que sitúan un país, que repican un alma nueva. En una generación ha florecido una historia, y la savia contenida, que trabajó en la obscuridad durante un siglo, ha venido a estallar y a abrir sus brotes de porvenir en la comarca atormentada (XLIV).

El autor propone una antología de textos de escritores menores de 40 años, provenientes de países hispanoamericanos. Pero en el prefacio del libro, hace mucho más que una presentación: a lo largo de cuarenta páginas, ofrece un estudio general de la historia intelectual y literaria de América del Sur desde la Independencia hasta 1905, destinado a trazar los sucesivos estadios en la vida intelectual de la región. La concibe como una evolución que culmina con la obra de los jóvenes,³⁷¹ de quienes sostiene que son la "generación que triunfa". Se trata de una versión de la historia literaria inspirada, por supuesto, en las

³⁷⁰ París, Librería Armand Colin, 1906. (Con una segunda edición, en 1912).

³⁷¹ Retomo el título del último apartado del Prefacio, "La obra de los jóvenes y el porvenir".

tesis evolucionistas : la vida social en los países recientemente emancipados se compara con un organismo vivo, desde su nacimiento hasta su plenitud. En ese marco, la aparición de las tendencias decadentistas y simbolistas en producciones literarias americanas son vistas como factores incongruentes y artificiales en la medida en que provienen de sociedades con grados más avanzados de *civilización*, lo que tuvo como consecuencia el hecho de que algunos de sus aspectos hubieran sido copiados a destiempo e inadecuadamente.

Así, en la marcha de esta "América del Sur", señala Ugarte tres etapas, relegando el período colonial a la prehistoria: la revolución, que conquistó la "tierra libre"; la segunda etapa, que dio lugar a "una sociedad organizada" y que se refiere al proceso de modernización de las sociedades y corresponde al momento de contacto con las ideas iluministas y democráticas, producto de la apertura para el intercambio de las mercancías conseguido en la primera etapa;³⁷² la tercera, la del presente, que pudo dar lugar al nacimiento de "una intelectualidad activa" (XLIV), con "vida propia y personal ". Es durante el segundo período que, además de las producciones de tipo político, señala Ugarte que "comienzan a dar sus primeros brotes" formas artísticas claramente discernibles de las primeras. Ese brote habría *crecido* y se habría reforzado durante el período de organización del continente, que constituyó un medio favorable para que esto sucediera. El resultado fue una literatura de imitación directa que se producía en medio de transformaciones económicas y sociales profundas ("Cuando empezó a imitar a Quintana y a Zorrilla, que imitaban a su vez a Victor Hugo y a Lamartine, la América del Sur había cambiado de aspecto")³⁷³; por el contrario, en el período actual podía hablarse ya de imitación aplicada. La diferencia entre ambos momentos no reside tanto en la calidad o el valor literario de las producciones y autores, parece sugerir Ugarte, como en el hecho de que el primero no había dejado ni un escritor fundamental, (ninguno de esos "hombres-reyes que se imponen en medio de la

³⁷² Dice Ugarte al comienzo del Prefacio que "Al abrir las puertas y al suprimir las trabas que entorpecían el intercambio de los productos, las Juntas facilitaron el intercambio de los pensamientos. La América del Sur se puso en contacto con la vida del siglo, con el pensamiento universal y con la historia, y comenzó a palpitar de acuerdo con los otros pueblos, entró a formar parte de la humanidad, respiró fuerza y quedó en condiciones de poder crear, a su vez, *más tarde, la vida propia y personal que vive ahora*" (XIII)- el subrayado es nuestro.

³⁷³ Ib: XXVIII.

universalidad de la época") y tampoco había dado lugar a alguno de "esos grandes movimientos homogéneos que valen por su conjunto y por la simultaneidad de sensación que exteriorizan".³⁷⁴

Resulta interesante destacar la agudeza con que señala otras diferencias entre ambos períodos, vinculadas con lo que hoy llamaríamos condiciones materiales de producción literaria: el hecho de que el continente no hubiera aún adquirido cierto prestigio específico a nivel mundial, la escasa existencia de un ambiente literario local, el carácter no profesional de los escritores y la función decorativa de la literatura durante el período anterior. Finalmente, la renovación de la lengua y el abandono de su carácter vetusto y academicista aparecen como un rasgo del primer período, aunque realizado por intuición, y que será completado por la generación actual que lo hará en cambio por "convencimiento".

Al declarar como objeto para su Prefacio el de "trazar sucintamente un cuadro de la intelectualidad sudamericana y apuntar los orígenes y los antecedentes del movimiento actual"³⁷⁵, Ugarte está otorgando una linealidad teleológica al conjunto de las prácticas literarias e intelectuales de aquellos escritores incluidos en su compilación. Puede decirse que este gesto un tanto voluntarista se encuentra en el origen de la distinción realizada por el autor entre los escritores que denomina "actuales" y otros, inmediatamente anteriores, los únicos a quienes, significativamente, nombra en forma personal: Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí y Rubén Darío. Un indicio del carácter voluntarista, y por qué no ilusorio de la distinción mencionada, puede verse en el hecho de que Darío, mencionado como un mayor, figure al mismo tiempo en el cuerpo de la Antología.

En un pasaje de su estudio, Ugarte se refiere a sus mayores en términos de un "movimiento" y también menciona el mote de 'decadentes' que les fuera asignado, "al principio con desprecio y con admiración después". En ese pasaje, se refuerza nuestra idea según la cual la línea divisoria que el ensayo en cuestión establece entre los introductores del simbolismo y decadentismo en América y los escritores más jóvenes, verdaderos aplicadores de las renovaciones literarias importadas, responde a una expresión de deseo, acaso

³⁷⁴ Ib: XXVIII.

³⁷⁵ Ib: XXIV.

a la proyección de aspectos de un programa personal sobre un conjunto, antes que a una situación real. En efecto, allí Manuel Ugarte reconoce que los decadentes "determinaron la actividad literaria más intensa y más rica en resultados que se haya hecho sentir en la América del Sur", y los presenta como los renovadores de la lengua y los que hicieron posible la emancipación del estilo y la apertura del "individualismo literario".³⁷⁶

¿Qué queda entonces a la generación siguiente, en la que el autor se incluye? Cierta alejamiento respecto de desvíos inmorales, o *degenerescencias*, aunque esto se afirme indirectamente. Es decir, una "asimilación equilibrada" de las tendencias estéticas revolucionarias. El ensayo se cierra entonces con la enumeración de las características de la literatura reciente que no puede sino leerse como un programa: libertad lingüística "abierta [...] a todo lo moderno", la "preocupación por las cuestiones sociales", el "culto por los grandes autores", creadores de "literatura normal" y la "tendencia a utilizar como elemento de arte *européico* los asuntos nacionales". Poco a poco, la descripción abandona el aspecto informativo, explicativo para convertirse en una argumentación en contra del decadentismo. El estudio parece alejarse de su objeto para convertirse en una expresión de deseo del autor: lo que espera de la joven literatura: esto se acerca a la tesis de Rama (*Las máscaras...cap.2*) según la cual opera un deslizamiento que hace que Ugarte atribuya a su generación, rasgos que fueron propios de la generación anterior. Finalmente, como si esto fuera poco, en el último apartado, el ensayo se torna cada vez más retórico y, con cierto tono profético, anuncia con euforia que el terreno ya es propicio para el triunfo universal de la literatura sudamericana: "Nuestra intelectualidad naciente que, como guía que será del pueblo de mañana, debe llevar en sí los gérmenes y los elementos de una conciencia nacional depurada y vigorosa"(XX).

La crítica de Rodó

El ambicioso propósito de la Antología, sospechamos, habrá suscitado la reacción de José Enrique Rodó quien en 1907 dedica nada menos que su primera colaboración en el diario *La Nación*, a comentar y reseñar el libro

³⁷⁶ Ib: XXXVI.

publicado por Ugarte un año antes.³⁷⁷ Aquí nace la polémica. No sin tono magistral, Rodó celebra la aparición de una antología sobre escritores del presente, señalando la existencia casi nula de empresas de ese tipo. Sin cuestionar mucho al autor, Rodó dedica su artículo a poner en cuestión los criterios para la elaboración de la antología, yendo de menor a mayor. No se encuentran ataques ni reservas serias respecto de su par, lo cual puede entenderse como una estrategia del uruguayo tendiente a erigirse en evaluador objetivo y especializado, y a despersonalizar el asunto. En este sentido, la abundancia de clasificaciones, binarismos, definiciones y comparaciones que va formulando, da cuenta del tono magistral adoptado por el cronista. De allí que empiece disertando sobre los criterios generales a tener en cuenta a la hora de escribir antologías, estableciendo una distinción entre, por un lado, el "colector" que efectúa una selección y, por el otro, aquel que apunta a la síntesis de las obras tomadas como "documentos" más que por lo que llama su "valer estético".³⁷⁸ Por ser "improvisada y precaria" el ensayista sugerirá, sobre el final, que la Antología de Ugarte no es ni lo uno ni lo otro. Es más, no vacilará en aconsejarle que se dedique a elaborar una nueva, "verdadera antología americana de nuestro tiempo".³⁷⁹

Respecto del estudio que antecede la antología, Rodó se propone cuestionar la afirmación de que "la verdadera actividad literaria, empieza con las generaciones jóvenes". De manera tajante, realiza dos objeciones de peso: la nueva generación no presenta individualidades que hayan podido superar a un Sarmiento, un Martí, un Montaldo o un Andrade. En segundo lugar, si la tesis de Ugarte se refiere a la obra colectiva, Rodó sentencia que "...la literatura hispanoamericana, como obra social, como organismo autóctono y maduro, ni ha existido antes de ahora ni existe todavía".³⁸⁰

De la división que cuestiona entre imitación directa y aplicada, también introduce una conceptualización al respecto: pensar el vínculo necesario entre la joven cultura de América y la europea como el de un magisterio. Sin embargo, encontramos términos parecidos a los del Prefacio de Ugarte, lo que

³⁷⁷ El artículo apareció publicado luego en *El mirador de Próspero* (1913). La edición que consultamos es la de Rodó, José Enrique. *Obras completas*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1956: 707- 714.

³⁷⁸ Ib. 707.

³⁷⁹ Ib. 714.

³⁸⁰ Ib. 711.

da cuenta de una concepción común acerca del modo en que debían ingresar las naciones recientemente modernizadas al Occidente civilizado: ambos postulan la necesidad de la influencia europea, de la aplicación razonada al medio teniendo en cuenta las especificidades locales y sobre todo, independencia, elección libre de los elementos de la cultura del maestro.³⁸¹ La coincidencia va aún más allá, puesto que puede verse en dos afirmaciones reveladoras: en primer lugar, Rodó acepta también la idea según la cual la imitación de las corrientes europeas se ha hecho pasivamente, sin distancia crítica. En segundo lugar, en una clara mirada positivista, evalúan del mismo modo negativo la atracción y la incorporación de los componentes de degeneración formulados como "desaliño", "falsa espontaneidad", "abundancia viciosa", "sensualidad [...] artificiosa, alambicada y senil" por el ensayista uruguayo, mientras que Ugarte hablará de "rebuscamientos exquisitos, [con] delicadezas morbosas" de las escuelas literarias simbolistas y decadentistas, y de "enfermiza enfermedad moral [con] tendencias disolventes". También leemos esta conclusión: "Implantar en un continente joven, el producto de la fatiga de una civilización secular, era tratar de envejecer a un niño".³⁸²

Conviene señalar un aspecto significativo, cual es la no mención por parte de Rodó, de la influencia simbolista, ya que la periodización que ensaya va hasta la influencia del naturalismo. Para Rodó, la generación del presente parece ser la de los modernistas, y no otra posterior a éstos.³⁸³ Entonces, la disidencia de Rodó sólo se limita a la evaluación acerca de la existencia de un cambio en la evolución literaria, encabezado por la joven generación. En este sentido, hasta podríamos preguntarnos si entiende por joven generación lo mismo que Ugarte puesto que en su periodización, menciona primero a los imitadores del romanticismo, luego a los del naturalismo, para referirse luego a lo jóvenes presentes como los "modernistas". Eso refuerza nuestra hipótesis

³⁸¹ "Así, el joven estudiante no debe ni puede con desventaja, prescindir del maestro; pero la enseñanza del maestro no es, para el estudiante capaz de reflexión propia, yugo brutal ni imposición dogmática, sino sugestión que excita la virtualidad del pensamiento que la recibe, y estimula, lejos de ahogarlo, el instinto de originalidad", Ib: 711.

³⁸² Rodó, Ib: 712-713; Ugarte, *La joven literatura...* XXXVII.

³⁸³ "¿Cabe afirmar, como afirma el señor Ugarte, que, a partir de la obra de las generaciones jóvenes, la imitación de lo europeo haya dejado de ser remedo inconsulto y sumiso para trocarse en atinada y consciente adaptación? *¿Imitan nuestros 'modernistas' con criterio más cercano de la originalidad que nuestros realistas y nuestros románticos?*", Rodó: 714 –cursiva nuestra.

del carácter de proyección individual presente en el artículo de Ugarte, legible en la construcción de un conjunto de rasgos atribuidos a una generación de jóvenes apenas menores que los primeros modernistas.

Ahora bien, Rodó no corrige esto en Ugarte. La desaprobación de la antología, más allá del valor literario de la generación en la que Ugarte deposita sus esperanzas, tal vez resida en que Rodó rechaza, no el contenido de la periodización en sí, como el intento por sistematizar, caracterizar y vaticinar con optimismo a la generación del presente. Con tono magistral, ejerce vigorosamente su práctica de crítico, evaluando que aún no ha alcanzado el mundo literario a dar lugar a producciones que, aunque inspiradas en las últimas manifestaciones de la cultura europea, sean genuinamente locales. De alguna manera, la discrepancia de Rodó implica una impugnación de la capacidad crítica de Ugarte para apreciar y valorar adecuadamente el estado presente de la actividad literaria. Esto explica el tono altivo con que Rodó evalúa a su par.

A la severidad de Rodó, Ugarte opone, en su "Respuesta al señor Rodó"³⁸⁴ también publicada en *La Nación*, una pose de cortesía despreocupada y confiada. Se postula en crítico entendido pero modesto mediante dos estrategias: por un lado, contestando al cuestionamiento hecho a la ausencia de ciertos nombres, con el señalamiento de nuevos olvidos por parte de Rodó. Por otro, sugiriendo cierta benevolencia en el criterio de selección, la que cree necesaria en pos de constituir un corpus de textos, dada la escasez e insipiente de la literatura sudamericana. En efecto, se sugiere que por sabio juicio, supo considerar que "Todo es, sobre todo en América, relativo" pues de lo contrario "corría el riesgo de dejar el libro en blanco".

Ahora bien, la respuesta más polémica reside en incluir a Rodó entre los elementos retrógrados, desaceleradores, involutivos -usamos este término teniendo en cuenta el paradigma positivista que domina en sus análisis- del progreso moderno ya alcanzado en lo económico y que queda por hacer en lo cultural.³⁸⁵ Por eso critica a Rodó su falta de "concepción general" que se

³⁸⁴ El artículo fue publicado en *Las nuevas tendencias literarias* en 1909, en Valencia, por la Editorial Sempere. Había salido en *La Nación* el 4/06/1907.

³⁸⁵ Basta citar estas palabras con las que cierra el artículo en cuestión: "La tierra parece hincharse de ansiedad, reclamando máquinas para hacer valer su riqueza, exigiendo ciudades

manifiesta en detenerse en detalles y en la inacción bajo todas sus formas: no dar opiniones sino criticar, "...Estar descorazonando a la juventud con tristes afirmaciones y vaticinios hoscos [en vez de] realizar cosas durables y sembrar el optimismo y la confianza, que son la distintiva de los fuertes".³⁸⁶ La mayor respuesta a su "amable contradictor" reside en reafirmar su tesis con más argumentos, lo cual torna aún más altruista su propósito: "Con lo que conviene comparar la imitación de antes, si se quiere advertir la diferencia, es con la floración prometedor y original que triunfa en este siglo, con la masa enorme de alientos victoriosos y de individualidades indómitas que están sentando las bases de nuestra literatura definitiva". Y agrega luego: "Decir que estamos en la misma situación que en tiempo de Montalvo y Andrade, es cerrar en la misma América los ojos ante una evolución que empieza a ser estudiada en Europa".³⁸⁷

Para concluir, puede decirse que nos encontramos ante una polémica entre contemporáneos que tienen perfiles cercanos: el ejercicio de la crítica como actividad sostenida, un compromiso en la vida política, salvando, claro está, las distancias ideológicas, y la preocupación por la cuestión de la identidad cultural americana. En esta discusión sobre si existe una nueva generación que acompañe y realice en el ámbito de la cultura letrada, los progresos conseguidos en lo económico, paradójicamente, son más las coincidencias de perspectivas que las discrepancias puntuales. Ya mencionamos el cientificismo común a los análisis, que puede verse particularmente en el modo de aplicar la Teoría de la Evolución de los Géneros a la cultura entendida como "organismo social". A esto se suma el cosmopolitismo como recurso para la producción un fondo literario nacional y sub-continental. Menor, en cambio, es la valoración positiva de las innovaciones formales de los primeros modernistas, un aspecto que Rama explica por el excesivo clasicismo de Rodó.

La relectura de esta breve polémica permite mostrar que lo que parece estar en juego es el afianzamiento del ejercicio de la crítica (literaria, cultural) y a través de éste, la consolidación de la figura del crítico, un intermediario

populosas para centralizarlas y llamando a los talentos creadores que deben servir de espejo en el despertar maravilloso", lb: 73.

³⁸⁶ lb: 72.

³⁸⁷ lb: 70.

imprescindible entre los nuevos lectores y el auge y la complejización de la producción de libros durante la incipiente industria cultural. Esto nos lleva a introducir la última etapa de nuestro recorrido por la producción crítica de Manuel Ugarte. En efecto, los tópicos heterónomos de sus intervenciones que piensan la relación entre literaria y sociedad, consolidan el pasaje de la imagen de escritor a la del intelectual que le permite hacer confluír la actividad literaria, de orden individual, y la actividad política orientada hacia problemas ajenos a la primera.

4. 4. Por un universalismo intelectual

Mi ensueño hubiera sido situar -latitud y longitud- a la América Hispana dentro
del pensamiento universal
(Manuel Ugarte. *El dolor de escribir*, 1933)³⁸⁸

La figura del intelectual, de reciente fijación en los debates europeos de comienzos del siglo XX, reviste en el discurso ugaritano los rasgos proféticos propios del modelo *dreyfusard* en auge (Charle; Prochasson) pero también, y sobre todo, aquellos inspirados en sus reflexiones sobre la función del arte y del artista, que estaban vinculados a su vez, a la subjetividad militante socialista. Luego de examinar las implicancias del profetismo en el discurso del autor, indagaremos otras crónicas en las que traslada sus reflexiones sobre el arte al espacio latinoamericano, haciendo confluír los principios del arte social con el desarrollo de ideas acerca del estatuto del arte nacional, que consideraba en proceso de formación, como lo estaba a su juicio la

³⁸⁸ Ugarte, "Ensueño y realidad", selección de *El dolor de escribir* (1933) incluida por Norberto Galasso, en Ugarte, *La Nación latinoamericana*: 337.

nacionalidad; finalmente, analizaremos el modo novedoso en que imagina el lugar de la cultura latinoamericana respecto de la occidental.

Cuando, en las palabras que dedica “a los lectores” de *El arte y la democracia*, Ugarte no sólo emplea la palabra “intelectuales”, cuya circulación era, se sabe, muy reciente, sino que les encomienda la custodia del “alma de la nación”, introduce conceptos novedosos, poco transitados en los debates literarios porteños. En ese sentido, el alcance político y la función específica, de profeta o “conductor de colectividades” que otorga al escritor resultan eminentemente modernos. Dicha tarea es posible para él, a condición de que éste no se aleje “de la plaza pública alegando tareas especiales”, lo que no podemos dejar de leer en el contexto de su campaña contra la concepción modernista, que es el modo en que él mismo busca resolver las tensiones que le produce su adhesión socialista; dicho de otro modo, su antimodernismo, que devendrá en concepción artístico-social, es la solución ideológica que le permite mantenerse en la carrera literaria cuya sola elección había implicado, en los años de la precaria profesionalización, la renuncia a una trayectoria social más normalizada o convencional. Asimismo, esta función del escritor está elaborada con arreglo a una concepción evolucionista que lo sitúa en una posición privilegiada más apta para enfrentar el curso natural de las cosas e intuir el sentido positivo que llevará hacia el progreso social del grupo: “Somos las partículas más vibrantes de nuestra época y tenemos que expresar y traducir en sueño sus verdaderas inquietudes”.³⁸⁹

Recordemos que esta concepción del intelectual contradice la creencia en la autonomía del arte, puesto que lo bello se define con términos y nociones provenientes de otras esferas del saber: las ciencias naturales (en tanto el arte debe aspirar a “la verdad”, “la vida”, “las verdaderas inquietudes” concebidas como naturalmente dadas) y la política. Ésta es una constante en el pensamiento de Manuel Ugarte, al punto de que la encontramos en la mayor parte de sus escritos críticos de la primera década del siglo XX³⁹⁰, y que

³⁸⁹ (Ugarte, *Las nuevas tendencias literarias*, 49).

³⁹⁰ En *Visiones de España*, dice por ejemplo: “Debemos todos hacer hoy, a nuestra vez, la síntesis de la vida y la belleza. Debemos bajar al fondo de nosotros mismos y tratar de encontrar allí el resumen del mundo, para expresarlo después en una forma hermosa, que será universal y eterna porque será humana” (158).

incluso, motiva su polémica con Darío desde las páginas de *El Heraldo* de Madrid en torno a la cuestión del arte social.³⁹¹

El tono general y especulativo con que Ugarte reflexiona acerca de los intelectuales, que puede observarse en los fragmentos citados más arriba, puede relacionarse con una concepción universalista que los inscribe sin fisuras en la tradición del pensamiento occidental, en la que se autoriza incluso, como veremos, para interpelar la cultura europea desde su interior y no en base a una relación subalterna. No se trata siquiera del cosmopolita que establece una relación de cita con el texto de la cultura, puesto que se sitúa por encima de las fronteras:

Por medio del *telégrafo* y *del libro* vivimos a diario fuera de nuestras fronteras. Los vastos territorios que habitamos resultan pequeños para la inquietud de *nuestro espíritu*. Estamos habituados a ver entrar y salir por nuestros puertos todas las costumbres y todas las civilizaciones. Y *nuestros ideales son tan amplios*, que nos duele asistir a una nueva subdivisión [...] cuando el deseo tiende más bien a una unificación general". (Ugarte, *Visiones de España* 177)

Esta concepción universalista dialoga, por supuesto, con la matriz latinista analizada en capítulos anteriores. En efecto, aún cuando, por ejemplo, se encuentra discutiendo la oposición entre la cultura de los "pueblos anglosajones" y la de los latinos, no se detiene a pensar en la especificidad de los latinoamericanos en el orden intelectual y artístico y sostiene en cambio que

...lejos de pretender para la raza latina el monopolio de la luz, afirmamos que el sol alcanza a todos y se ve desde todas partes. Los grandes pensadores y los artistas más altos, son un producto de la cultura universal y pueden nacer en cualquier comarca, dado que con el espíritu viven en el mundo y son contemporáneos de la humanidad (*Enfermedades sociales* 22).

En el gesto de modestia ("lejos de pretender...") puede verse hasta qué punto se considera como perteneciente, sin distinciones, al continuum de la

³⁹¹ Lamentablemente no hemos podido reconstruir esta polémica: hemos buscado el artículo de Darío donde critica el prólogo que Ugarte escribió para *Trompetas de órgano* (1907) –que según Ugarte motivó la disputa- de Salvador Rueda en las páginas de *El Heraldo* de Madrid, siguiendo los datos de publicación existentes (Galasso) pero éstos resultaron inexactos. Profundizamos la búsqueda de otras fechas posibles de publicación, sin resultados.

"raza latina".³⁹² Como vimos analizando, subyace la idea de que el destino de los intelectuales se define en la cifra de la atmósfera de su época y en la puesta en forma del "espíritu de la humanidad", por eso su imagen es indisoluble de la del poeta. En tanto tales, son capaces de circular por encima de las fronteras, de modo que importa poco que los latinoamericanos sean recién llegados. Más aún: dado que, para Ugarte, que había abrevado desde joven en el antidogmatismo positivista dominante, la tradición se piensa como traba, atadura, *costumbre*, puede entonces resultar una ventaja no poseerla y urge, en cambio, alcanzar las ideas más actuales. Entonces, puede entenderse que este carácter universal dado al intelectual sudamericano sea una vía para realizar efectivamente la modernización cultural o el ingreso a la nueva hora pronosticada para la *humanidad*. Esta solución consiste, en otras palabras, en asignarle la tarea de recuperación del tiempo perdido, imaginándolo como componente de la modernidad literaria y política de Occidente, en el nuevo siglo. Así se entiende el acercamiento que realiza, sin confrontarlos, entre los destinos de España y América, más si tenemos en cuenta que esto se había reavivado por la guerra entre España y Estados Unidos por Cuba, durante la cual Ugarte había apoyado a la primera. Allí nace, además, el núcleo programático continentalista de su discurso que retomaremos al final de este apartado:

España es una segunda patria, España es algo *mío*, que quiero y que defiendo como si hubiera nacido en la Península [...]. El mejor indicio de que al hablar de España hablo como de mi país, es la misma libertad con la que me expreso [...]. Sólo los de casa hablan en alta voz y dicen su opinión sin ambajes. Porque así como los españoles no pueden ser extranjeros en América, los sudamericanos *no queremos* ser extranjeros en España. Reclamamos nuestra parte en la derrota ("España y los sudamericanos". *El arte y...* 145-146, cursiva del texto).

Ahora bien, este modo de relacionarse con la cultura occidental no redunda en una negación de las especificidades regionales. Ésta será una preocupación creciente, como lo muestra la cantidad de crónicas sobre las producciones literarias locales y su recopilación en dos de los últimos libros de

³⁹² Sobre este tópico, véase el análisis de Ángel Rama acerca del modo en que los modernistas habían realizado una "reinserción de lo peculiar americano dentro del discurso intelectual europeo" (*Las máscaras democráticas...* capítulo V y en particular p. 151).

la década sobre asuntos literarios. Así, en el "Prefacio" a su antología *La joven literatura hispano-americana*, que comentamos al analizar la polémica con Rodó, Ugarte se propone abarcar en un solo conjunto la breve historia de la literatura sudamericana poscolonial y apoyarse nuevamente en la misma idea que mencionamos antes, según la cual su generación, superadora de un primer momento decadentista y simbolista, había alcanzado una "asimilación equilibrada" de las tendencias estéticas experimentales, artepuristas europeas. El camino estaba entonces ya trazado y sólo faltaba reunir las manifestaciones culturales dispersas, para sondear en éstas el modo en que sintetizaban el "espíritu" local y continental.

Del arte social al arte nacional

Continuando la tarea emprendida en su *Antología de la literatura hispanoamericana* (1906), Ugarte sitúa en el centro de su labor crítica un acción similar a aquella que se propone, en 1907, la revista *Nosotros*: poner en serie y reunir, las expresiones literarias y culturales diversas; Ugarte lo concibe a nivel del subcontinente, y es en sus crónicas mensuales para *La lectura* de Madrid (entre 1907 y 1908) donde más se dedicará a difundir la literatura escrita por latinoamericanos. Dicho programa latinoamericanista encontraba su fundamento, claro está, en las ideas y desarrollos de las crónicas que acabamos de examinar. Sin embargo, en el caso del teatro criollo, el cronista abandona las generalidades y hace ingresar en sus análisis, tal como veremos, elementos más complejos.

"¿En qué medida y forma podemos o debemos utilizar los elementos americanos?" (60) se pregunta Ugarte en una de sus crónicas americanas para *La lectura*, de mayo de 1907. A través de esa pregunta, el cronista da por superado (con un gesto similar al que había empleado para confrontar con la literatura modernista) el dilema acerca de la legitimidad literaria de estos "elementos" e instala la cuestión de los modos de su desarrollo. En esta tribuna que ocupará mensualmente por más de dos años, aparecen los tópicos y principios que venía elaborando, analizados en apartados anteriores, pero esta vez orientados a demostrar que el proceso de constitución de la literatura hispanoamericana moderna ya está en marcha. Así, selecciona en sus

lecturas, casos que le permitan ilustrar su idea de que el modernismo o bien tiene resabios que deben ser superados, o bien ya lo ha sido. Sin embargo, no dejará de seguir cuestionándolo con el argumento de que “El ‘modernismo’ indefinible, impalpable y contradictorio, parece consistir en no sé qué diletantismo hueco”. Al mismo tiempo, expone el programa alternativo: “los verdaderos modernistas son los que riman con su siglo, rompen con la tradición esotérica de la literatura”, se animan a “codearse con la multitud y ponerse, como consejeros o inspiradores, a la cabeza de una nación” (*La lectura*: 58). Bajo la forma del diagnóstico, delinea rasgos generales de los libros que reseña, afirmando por ejemplo que “el rasgo distintivo de la literatura sudamericana de hoy parece ser cierto deseo de sinceridad, cierto anhelo de justicia, cierta inclinación hacia lo durable” (*La lectura*: 59). Los ejes del programa están trazados: primero, materiales locales, autóctonos; segundo, abandono de lo “artificial”; tercero, fundamento último en la doctrina del arte social (o al menos, traslucimiento de algún “espíritu generoso” (*Burbujas de la vida...* 258); en último lugar, estilo “universal”,³⁹³ esto es no convencional y moderno –que está asociado a lo europeo-. En otras palabras, afirma el valor legítimo dominante, de innovación antes que tradicionalista, pero no vanguardista. Así, la novela de Eugenio Díaz Rodríguez, *Idolos rotos*, es ponderada por ser “novela de corte europeo y de tela indígena” y por encerrar, aun borrosamente, “un empuje transformador que traslucen, borrosas algunas doctrinas democráticas” (*Burbujas de la vida...* 357). A propósito de *Gesta*, de Ghirardo, dice valorar el “sabor de realismo vigoroso y sobrio” y el modo en que “el pensamiento europeo se ha renovado bajo el sol de las Pampas” (261).

Esto último nos lleva a establecer que, junto al diagnóstico sobre la paulatina formación de una literatura Latinoamérica, y la prescripción acerca de los principios que la sustentaban, el cronista tematiza, en afirmaciones dispersas, la invención de *América* como tierra del porvenir, destinada por las leyes de la evolución, a abandonar su estado actual y, dado el vigor que le

³⁹³ “Pero la tendencia localista no supone en los escritores una ausencia de sentido universal” (*Las nuevas tendencias literarias*: 49). En la crónica de *La lectura* (mayo de 1907) expresa algo semejante a propósito de tres novelas de Blanco Fombona, Ghirardo y Horacio Maldonado: “Estas tres obras se parecen en que agitan asuntos nacionales sin caer en regionalismos excesivos y sin comprometer la alta dignidad del arte, que nunca debe dejar de ser universal” (60).

otorga su breve historia, dirigirse hacia el progreso social que acarreará formas de vida superiores entre las que se encuentra el arte:

...nuestras repúblicas sudamericanas, que envueltas en el vértigo de su prosperidad y su triunfo, mordidas por la savia nueva, esclavas de la improvisación vertiginosa, que es la esencia misma de su vivir, ignoran los atavismos y los cansancios de las civilizaciones viejas y exigen el cuadro general, la visión vasta que debe traducir el ímpetu y la vitalidad del conjunto (“La orientación actual”. *Las nuevas tendencias...*16).

(...)Y los que empiezan a traducir más o menos fragmentariamente el hervidero actual, no hacen más que conformarse a las leyes ineludibles. Como no hay fuego sin luz, no hay engrandecimiento social que no engendre una literatura (20).

(...) Yo abrigo la certidumbre de que si mantenemos la homogeneidad actual y si desarrollamos las tendencias que empiezan a manifestarse, la América latina acabará por imponerse como una fuerza creadora de belleza, de justicia, de vida superior (24).

A través de este tópico, que encontramos también, según hemos visto, en sus escritos sociológicos y políticos de la misma época, Ugarte inserta simbólicamente a las “jóvenes repúblicas” modernizadas en el devenir histórico occidental.³⁹⁴ Pocos años después, su imaginación optimista irá más lejos, al proponer, en *El porvenir de la América española/latina*, que de éstas depende que se regenere la *civilización*.

Ahora bien, en sus reseñas sobre las producciones literarias cultas de autores del continente, Ugarte se mantiene -algunas veces más implícitamente que otras- dentro de las expectativas más frecuentes en torno a las literaturas locales, lo que era ya en sí mismo, un tópico.³⁹⁵ Es cuando se ocupa de la literatura popular, como en el caso del teatro criollo, que hace a un lado los programas, la “línea”, en el sentido militante del término, y se pone a indagar

³⁹⁴ No podemos dejar de mencionar la proximidad de estas ideas con las de Martí, aun cuando no estén explícitos los préstamos, por las razones que ya mencionamos en el capítulo 3 de esta tesis. En particular, véase la idea de Ramos según la cual el latinoamericanismo de Martí, legible en sus *Versos sencillos*, “es un intento de superar la ‘alienación’ de la poesía y de convertir la literatura en el paradigma de la identidad colectiva, nacional y continental” (Ramos 243 n.18).

³⁹⁵ En este sentido, la siguiente idea del autor, en “La orientación actual” (*Las nuevas tendencias literarias...*11-24) podría atribuirse tanto a Giusti como a Rojas, o incluso a Quesada: “...cada etapa de la vida de un pueblo trae su manifestación artística que concuerda con ella. Estamos en plena juventud, y hay que expresar ideas simples y saludables en formas espontáneas y cristalinas” (24).

los sentidos del fenómeno. Llamativamente, llega a resultados tanto más interesantes cuanto que relativizan evaluaciones antes guiadas por el buen gusto o por necesidades de pedagogía social o militante. Como ya lo había hecho en una crónica de 1901 para *El País* sobre la gira europea de una compañía de teatro criollo, Ugarte dice encontrar en el teatro las bases de un arte nacional. El artículo sobre "El teatro criollo" publicado en *La revue* (el 15/01/1907) de Jean Finot, fue primero escrito para un público europeo e incluido luego en *Las nuevas tendencias literarias*. Se trata de uno de los estudios críticos más fundados, con mayor información y exento de aquellas largas tiradas de petición de principios. Paradójicamente, resulta además, una de las menos prescriptivas, puesto que antes de sentar programa, se ocupa de describir sus resortes, las condiciones de la producción y de recepción teatrales y los aspectos estético-formales que la caracterizan. Traza incluso una genealogía y describe detalladamente su evolución. Además de examinar allí las razones del éxito del drama criollo, el estudio deja entrever los presupuestos estéticos que sustentan la concepción del *arte nacional* que se va constituyendo a través de las críticas sobre producciones artísticas completas, antes que en los trabajos más doctrinarios, digamos.

En primer lugar, entonces, releva factores que podríamos llamar imaginarios, señalando que "Las ciudades [...] se dejaban arrebatar en un vértigo de simpatía por los personajes hoscos", en un sentido que recuerda la idea del impacto del *moreirismo* como "forma de conducta reactiva" (Prieto 153). Entre esos factores están "el culto del valor"; el "carácter malcontento de la raza", el "realismo del cuadro" que tendían a la identificación del público con las escenas y también, un efecto de "moda". Asimismo, atribuye al público un carácter más activo en la recepción de las producciones culturales, al afirmar que "Las deficiencias de la obra fueron olvidadas. El gusto del público hizo las más amplias concesiones, y nadie quiso ver más de lo que el drama tenía de profundamente criollo" (79).

En segundo lugar, quisiéramos detenernos en la concepción de "arte nacional" que aparece en el estudio. Ugarte no lo entiende como un conjunto de rasgos identitarios ideales y por lo tanto modélicos; su concepción acuña muchos de los criterios herderianos que según Pascale Casanova asociaban las raíces de la nacionalidad a manifestaciones artísticas de origen popular, y

veían en el folklore una expresión genuina. Como ha analizado esta autora (110-118)³⁹⁶, eso permitía a los intelectuales de países con un menor desarrollo de sus literaturas, sustraerse a los criterios de valoración legítimos, imperantes en las concepciones “universalistas” de la literatura, y caracterizados por concepciones experimentales y puras del arte. La vinculación entre pueblo y literatura eximía a los primeros de aplicar criterios estrictamente estéticos en el examen de sus producciones locales. Eso está operando precisamente en la idea de Ugarte acerca de un “espíritu de la nacionalidad” (75) que se materializaría en la forma teatral criolla. Este aparece también definido en términos de una “diferencia mental” propia de cada cultura o de una “existencia fundamentalmente autónoma”. Más aun, estos “sentimientos generales y hasta las pasiones humanas [que] se modifican según el matiz y las características de una colectividad” son las condiciones necesarias para que exista un “teatro de costumbres”. De modo tal que el teatro criollo, en tanto forma cultural dada, podríamos decir, se convierte, en la reflexión ugarteana, en un indicio que permite reconocer la existencia de un arte nacional.

Por supuesto, esta concepción se sostiene a su vez, en la creencia en el carácter mimético del arte, pero en segundo grado, podría decirse; de hecho, Ugarte se refiere al arte como el “reflejo de nuestra propia vida”. Sin embargo, no es tanto el criterio de verosimilitud el que predomina sino otro que podría asociarse al modo en que en nuestra época se han definido los imaginarios sociales; sin querer forzar los términos en que Ugarte lo formula, las definiciones que propone rozan bastante la idea de simbolizaciones históricamente determinadas y con un fuerte poder de fijación y reproducción. El modo en que piensa aquí el arte retoma la concepción de Martí en su artículo dedicado a Whitman, analizado por Ángel Rama (*Las máscaras...* 65-

³⁹⁶ Casanova se basa en la “revolución filológico-lexicográfica” descrita por Benedict Anderson para analizar el modo en que a fines del siglo XVIII las teorías de Herder instauraron, contra la concepción universalista francesa de la cultura, “un vínculo estrecho entre nación y lengua, autorizando así a todos los pueblos menos reconocidos política y culturalmente a reivindicar su existencia (literaria y política) en la igualdad” (110-111, trad. Nuestra); contra el “gusto francés” Herder y Goethe escriben *Von deutscher Art und Kunst*, (1773) donde revalorizan los “cantos populares”, reivindicando a Ossian y a Shakespeare. Elabora según Casanova tres armas contra “el poderío aristocrático y cosmopolita del universalismo francés: en primer lugar, el pueblo, luego la tradición literaria no emanada de la antigüedad greco-latina –contra el ‘artificio’ y el ‘embellecimiento’ asociados a la cultura francesa, Herder elige defender una poesía que sea a la vez ‘auténtica’ e ‘inmediatamente popular’ – y finalmente, elevar a Inglaterra” (111).

72). En efecto, el poeta afirma allí que “cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas” (citado por Rama 68).

Aunque su valoración del estado actual del teatro no esté destinada a invalidarlo, por la concepción que acabamos de describir, su análisis no deja de sostener mínimamente el gusto legítimo, basado en las características del teatro moderno europeo, ante todo en la lengua literaria y en la mayor complejidad de los conflictos y caracteres. Así, describe la evolución de las formas teatrales basadas en asuntos autóctonos, desde el circo criollo de los hermanos Podestá, hasta el teatro más reciente que ha tendido a una “europeiza[ción]” de sus “formas esenciales” (82): el abandono del escenario circense, la elipsis sobre algunos episodios, la reducción de los “desmanes” lingüísticos “antiliterarios” de su lengua (82) y un intento de “ampliación” de sus temas, hacia motivos urbanos.

Podemos reconocer dos vías señaladas para alcanzar el “refina[miento]” del teatro. La primera reside en que Ugarte parece creer que su evolución depende de la propia práctica teatral, puesto que afirma que sólo la “experiencia”(83) tras la “observación” es capaz de adquirir la “delicadeza en las pinceladas, la sobriedad en el gesto, la exactitud, la vivacidad”. En cuanto a la segunda, volvemos a encontrar la idea del arte como forma acorde a un estado social, en la medida en que Ugarte tiende a pensar que el teatro criollo alcanzará progresivamente modalidades estéticas más elevadas cuando el propio “estado social” adquiera formas más complejas. Así es como, fiel a su concepción universalista de las culturas humanas, lamenta la “falta de complicación en las almas” (89) al tiempo que admite, paradójicamente, que en los caracteres “simplistas” de este teatro, reside su mayor “fuerza”, dado que es así como capta lo genuinamente local y presente: “Y aquí reside precisamente el imán de este teatro, que por su misma falta de complicación en las almas nos da una extraña sensación de fuerza ciega y salvaje” (89). Es por eso que concluye que “desde el punto de vista social, [el teatro criollo] anuncia la victoria de una consciencia nacional nueva” porque “dentro del arte, es la única realización plena”.

Traduciéndolo a estos días, podríamos decir que Ugarte valora en el teatro criollo su capacidad para registrar las formas de la subjetividad contemporánea. En el carácter pre-moderno del “espíritu” que dejan traslucir estos dramas, está precisamente su carácter nacional, es decir, representativo de un determinado estado social (lo que supone pensarlo en su carácter de determinado históricamente). Los dos ejemplos para dar cuenta de las “distintivas” del espíritu (y por lo tanto, del teatro) son elocuentes.

El primero analiza *La gringa* de Florencio Sánchez la concepción hostil frente al inmigrante, que daba lugar a la representación del gaucho como víctima de la estafa de un gringo:

El gaucho simplista y extremadamente orgulloso se siente desalojado de su patria por intrusos que, en su hermosa soberbia, juzga inferiores porque se someten al ahorro, aceptan tareas bajas y se niegan a compartir su concepción del amor propio y del valor.
(84)

Allí Ugarte observa con perspicacia el desfase entre la visión vencida del criollo, y la realidad del proceso inmigratorio. Ugarte se ocupa de descartar el peligro de la “sustitución” (86) del primero por el segundo explicando que “No peligra la originalidad nativa puesto que el inmigrante se metamorfosea en la patria nueva hasta el punto de perder al cabo de algunos años su nacionalidad moral. Lo que ocurre es que el antiguo tipo criollo se desvanece para dar paso a otro menos pintoresco quizá, pero mas de acuerdo con el siglo” (85).³⁹⁷ En términos semejantes a los del nacionalismo bioeconomicista de Ingenieros (Terán; De Giovanni), pondera los efectos positivos de la inmigración sobre la nacionalidad valiéndose del argumento evolucionista de la sociedad en proceso de constitución inconcluso, según el cual los hijos de los inmigrantes se convertían en genuinamente criollos y completaban la consolidación de la nacionalidad.

El segundo ejemplo identifica la “concepción inflexible y un tanto arcaica del honor. Un marido engañado tiene que asesinar al amante de su mujer. Un padre debe dar por muerte a la hija que delinquiró” para analizar que “el teatro no hace más que reflejar susceptibilidades extremas, que dan a las costumbres

³⁹⁷ Nótese que Ugarte retoma en su análisis aquello que está sugerido en las palabras finales del drama, en boca del personaje de Horacio: “¡Mire qué linda pareja!... Hija de gringos puros, hijo de criollos puros... De ahí va a salir la raza fuerte del porvenir”. (Sánchez, Florencio. *La gringa* (Buenos Aires: Atlántida, 1975): Acto Cuarto, Escena XIV).

rurales cierto matiz medioeval” (86). Ugarte describe entonces la figuración premoderna criollista de la mujer, y la explica como el producto de un “estado social de la mujer” (87) según el cual ella no es un “ser autónomo” sino que es considerada como “niño mimado que pasa de la tutela del padre a la del marido sin que en ningún momento pueda tener la veleidad de dirigirse” (87).

En este estudio, entonces, resulta llamativo el grado en que, contrariamente a su crónica de 1901, Ugarte propone cierto argumento relativista para evaluar el teatro criollo, y reduce tanto las valoraciones moralistas tendientes a censurar los sentidos que transmitía, cuanto aquellas que lamentaban la falta de europeísmo en las técnicas y la lengua literaria (cuestiona, en este sentido, el juicio de “nuestros ojos educados por el convencionalismo de los grandes centros” -79). Revela en cambio un modo más concreto de definir el arte nacional, si se lo compara con las crónicas más prescriptivas que teorizaban sobre la doctrina del arte social, analizadas anteriormente.³⁹⁸ Por supuesto, sus reflexiones presuponen un sentido del progreso evolutivo de las culturas que en cierto modo parecía afirmar que la densidad simbólica de las producciones artísticas llegaría indefectiblemente a medida que las sociedades mismas se complejizaran, proceso en pleno desarrollo. A la vez, debe decirse que implican un análisis atento a las determinaciones histórico-sociales de las prácticas culturales, que contradecía las reacciones alarmadas de los letrados tradicionales (Prieto, *El discurso criollista*).³⁹⁹ Podemos encontrar miradas similares en otras de sus lecturas de obras latinoamericanas. Tal vez haya que vincular esta tendencia al hecho de que en esta etapa de acumulación de “capital simbólico” de la literatura argentina (Casanova), las concepciones de la literatura definidas a partir de los rasgos autóctonos o nacionales, situaban al analista en una posición más activa y por lo tanto menos dependiente de los modelos centrales y

³⁹⁸ Es interesante observar que el criterio de hacer primar este tipo de teatro atendiendo al carácter genuino de la lengua y temas es el mismo que llevará a Rojas a colocar al inicio de su *Historia de la literatura argentina* (1917-1921) a “Los gauchescos”.

³⁹⁹ Esta creencia aparece también cuando Ugarte intenta explicar por qué los motivos urbanos aplicados al teatro han dado obras menores que las del teatro criollo. Alude allí al carácter inconcluso de los caracteres urbanos, producto de la reciente modernización, que tornaba imposible todavía que los escritores pudieran plasmarlos en la obras: “ Pero el ambiente de las ciudades se presta menos a la síntesis, a causa de la diversidad, del cosmopolitismo, los caracteres contradictorios y los colores menos netos (...) Ninguna tarea más difícil, en efecto, que la de fijar dentro de una vida todavía inestable las siluetas transitorias de un momento de la evolución social” (82-83).

dominantes, basados o en los criterios de elevación artística según patrones clásicos, o bien en el valor de la innovación y el esteticismo autónomo de la literatura.

En efecto, lo que Ugarte se propone cuando estudia las producciones de los escritores latinoamericanos, es rastrear las tendencias más *modernas* de la cultura como proceso social, convencido de que en ello reside el elemento dinámico de las jóvenes sociedades latinoamericanas, que contribuye a insertarlas definitivamente en la orientación de la *humanidad* hacia el progreso moral y colectivista, una utopía social y política que la Gran Guerra vendrá a erosionar. Pero al mismo tiempo, así como a través de sus escritos sociológicos o críticos, Ugarte ensayaba diagnósticos sobre “estados sociales” y, podría decirse, estados culturales, tanto sobre los países europeos centrales cuanto que sobre las repúblicas hispanoamericanas, pues se autorizaba en la perspectiva ideal universalista que construía, y evitaba sacar conclusiones fatalistas respecto del porvenir de dichas sociedades, también muestra una actitud ambivalente al evaluar la literatura contemporánea continental. En efecto, el criterio de la modernidad de las formas y temas literarios es puesto en suspenso en algunas de sus reflexiones, lo que está justificado en la idea del proceso inacabado de constitución de la cultura.

Esto nos lleva a reconocer los rasgos que van configurando el lugar que Ugarte imagina para la cultura de los países latinoamericanos en la era moderna. Según su concepción, mientras que en Europa el ingreso a la modernidad exigía dar la espalda a la tradición, y encontrar el rumbo adecuado despejando las tendencias enfermizas y disolventes que acechaban a sus sociedades, en América, desde la modernización económica y social iniciada hacia 1870 en algunas regiones, la modernidad cultural podía ingresar con un vigor diferente.

En este sentido es que llega a sostener que el medio americano no podía dar cabida a las “degenerescencias” o “disoluciones” presentes en ciertas manifestaciones literarias del viejo continente. Esto se debe a lo que podríamos llamar efectos positivos de la falta de tradición, que Ugarte observa en todos los órdenes de la vida social. Así, por ejemplo, para explicar la “resistencia” de los americanos “a ciertas costumbres”, sostiene en su crónica “La ciudad envenenada”:

Es evidente que para nosotros, que hemos llegado de afuera y hemos aprendido de golpe toda la civilización que los europeos han acumulado lentamente, *resulta más fácil independizarnos y concebir cosas mejores. No estamos arraigados. Todavía no tenemos costumbres. De ahí que nos hallemos en mejores condiciones para soñar nuevos adelantos y percibir los vicios de lo existente. Si los civilizadores se han momificado, nosotros, civilizados por ellos, tenemos otra libertad de espíritu.* (Ugarte, *El arte y...* 202 –cursivas nuestras).

Suerte de formulación *avant la lettre* de las ideas borgeanas sobre “El escritor argentino y la tradición”, Ugarte sostiene que el hecho de que la cultura americana estuviera desprovista de toda carga secular, significaba una ventaja y la dotaba de una mejor predisposición para los rumbos futuros de la *civilización* o el *porvenir* de la humanidad. El espacio latinoamericano se configura, ya lo hemos visto en los ensayos sociológico-políticos que nos ocuparon en capítulos anteriores, como lugar prometedor para la cultura del porvenir.⁴⁰⁰

Sin llegar a negar el menor grado de desarrollo de las repúblicas latinoamericanas, Ugarte despliega un segundo dispositivo a lo largo de los ensayos y artículos que consiste en convertir las diferencias culturales en diferencias cronológicas, en vías de disolución. Esto supone una creencia según la cual, más allá de las culturas nacionales, existe una equivalencia o condensación entre viejo y nuevo mundo, porque a eso está destinada la nueva era. Según esta concepción de la cultura, tal disolución de las diferencias, que en su proceso a lo sumo deja fuera cierto atraso en el tiempo en que se producen los fenómenos, o cierta arritmia, encuentra en la literatura, que Ugarte concibe como síntesis de la actividad cultural, una de sus mayores manifestaciones.

Esta visión arrítmica, discrónica o cronológicamente desigual, que se emparejará en el largo plazo, explica también la estrategia de Ugarte analizada a lo largo del capítulo, que lo lleva a confrontar con el modernismo hispanoamericano. Así, aparece insistentemente en sus estudios una preocupación por diluir los conflictos y debates literarios, en base a un doble

⁴⁰⁰ Nora Catelli (*Punto de vista* N° 77, diciembre de 2003) se refirió, en este mismo sentido, a un tópico de corta duración que circuló en Latinoamérica, según el cual América podía pensarse como el “relevo de Europa” y como utopía de “sustituir a Europa en la tarea de ser Occidente”.

movimiento: postular que se ha alcanzado una síntesis y relegar al pasado la pugna entre una concepción decadentista de la literatura y una concepción "social" en tanto surgida de la "vida" misma, o "vigorosa" y ya no "disolvente", según la cual la literatura proviene de un "espíritu sano", que se impuso sobre la etapa anterior. Sólo sobre esta base piensa Ugarte que la literatura del continente alcanzará su carácter singular (nótese, por ejemplo, qué poema elige de Darío):

En nuestra naciente literatura sudamericana, la orientación se ha definido ya. Sicardi con sus novelas durables, Darío con sus cantos a Roosevelt; Carrillo, con sus prosas dignas de Houssaye o de Scholl; Ingegnieros con sus bellos estudios de patología; Vargas Vila, con sus novelas vibrantes; Lugones, con sus versos grandiosos; Sánchez y Payró, con sus dramas que fundan un teatro; Rojas, con sus rimas bravas; Chocano con sus ímpetus; Ghirardo con sus apóstrofes; Echagüe, Olivera y Becher, con su fina apreciación; el que estas líneas escribe, con su labor tenaz (...) han dado nacimiento a un arte de ventanas abiertas, de verdades estentóreas, que ha tenido una prolongación singular sobre los hechos y ha dado origen a una formidable ebullición de la democracia. Porque el arte sólo se concibe hoy así. Espada florecida de arabescos, pero espada con filo. ("La última novela de Blasco Ibáñez" (*El arte...*62).

Entonces, una primera línea de ensayos y crónicas que va desde *Crónicas del bulevar* hasta *Las nuevas tendencias literarias*, la constituyen las evaluaciones acerca de las últimas tendencias de la literatura guiadas por la "victoriosa hegemonía intelectual de París" (*Visiones...*141) tanto en Europa como en América, que procuraban dar por concluida la etapa modernista en la literatura hispanoamericana. En una segunda línea pueden situarse las crónicas destinadas a difundir las producciones del continente y a través de su análisis, a legitimar teóricamente un programa para las letras hispanoamericanas. A lo largo de este capítulo hemos advertido que ambas están atravesadas por la operación antimodernista del escritor, que tendía a imponer una concepción heterónoma del arte. Para esto, hemos visto el modo en que el autor recurre, por un lado, a las mismas corrientes de las ciencias sociales, dominadas por los discursos científicos de la psicología antropológica, el higienismo, la fisiología o la biología; por otro lado, reactualiza las doctrinas del arte social y a partir de éstas, va formulando principios artísticos basados

en un discurso vitalista. Otro de los ejes de nuestro análisis buscó examinar el reconocimiento de la voz heterónoma de Ugarte en el espacio literario local, e indagar las reacciones de sus contemporáneos ante los principios que éste sostenía. Además, pudimos situar el lugar de Ugarte y reconocer algunos elementos que incidieron en su aislamiento respecto de sus pares porteños.

Las líneas de sus intervenciones críticas se cifran en este sentido, en la idea de la literatura y el arte como manifestaciones culturales que corren paralelas a tendencias sociales más profundas, y que una perspectiva sociológica puede desentrañar, diagnosticar, contribuyendo a evitar *vicios* que desviarían dicho curso. Por otro lado, afirman la necesidad de adoptar la perspectiva del arte social, que más que un manifiesto, es postulado como tendencia social del nuevo mundo que se avecina. En consonancia con esto, una idea del arte como síntesis de las fuerzas de progreso de una nación, que necesariamente asigna un rol de representante/guía a los escritores lo lleva a hablar, a propósito de los textos latinoamericanos que analiza, de un “arte nacional”. Por último, en este cuadro de progreso social paulatino, coherente con su concepción de las transformaciones sociales, Ugarte construye la figura de un artista-portavoz del *pueblo*, fundada en la ilusión de una comunicación plena entre poeta y público, que diluye toda idea vanguardista del arte (lo que echa una nueva luz sobre la confrontación que Ugarte sostuvo insistentemente con el modernismo). Finalmente, la combinación entre formas estéticas europeas y asuntos nacionales acerca más a Ugarte de sus contemporáneos, si se piensa en la crítica de Giusti o Rojas. Además, confirma nuestra idea del universalismo americano al que aspiró el escritor. En este sentido, cobra relevancia el modo en que pensó activamente la inserción de las manifestaciones literarias contemporáneas en la cultura occidental y la posibilidad de que se convirtieran en el porvenir de la misma Europa.

CAPITULO 5

ESCRITOS LITERARIOS: 1901 -1924

Manuel Ugarte, joven cuyo talento ponderado y buscador ha logrado la realización de más de una bella joya de arte. Su sobriedad le ha impedido los pasos en falso, las caídas icáreas.
Rubén Darío, *La Nación* (1903)

Ugarte, que es un preferido de la fortuna, trabaja con entusiasmo por el triunfo de las ideas nuevas. Debiera servir de modelo a la juventud americana que, salvo pocas excepciones, vive entregada a la más profunda bonhomía en lo que respecta a cuestiones sociales, cosa que hoy trae preocupados a los espíritus superiores de la vieja Europa.
La Revista Nueva (Montevideo, 1903)

En este capítulo, examinaremos la actividad literaria de Manuel Ugarte partiendo de una periodización de sus escritos en tres etapas. La primera abarca el período inicial de su vocación, transcurre en Buenos Aires y se caracteriza por la publicación de libros de versos y algunas narraciones breves en revistas, práctica que desarrolla casi simultáneamente a la dirección de la *Revista literaria* (1895-1896), a la edad de veintiún años.⁴⁰¹ Nos interesa destacar el hecho de que ya en el inicio Ugarte haya combinado la producción con una actividad intelectual más amplia o no exclusivamente centrada en su proyecto literario, un rasgo determinante del modo en que se insertó en el incipiente campo literario argentino. El segundo período está comprendido entre dos viajes: el que lo lleva a Europa, en 1897 y fines de 1911, año en que

⁴⁰¹ Edita sus primeros libros de versos con ayuda de su padre: *Palabras* (1893) y *Poemas grotescos* (1893); *Versos* (1894), *Serenata* (1897) y *Sonatina* (1898). Publica muchos de ellos en el volumen *Vendimias juveniles* (Garnier, 1906). La lista de cuentos aparecidos en *La revista literaria* y otros lugares de su publicación figuran en el anexo de esta tesis.

emprende su gira de conferencias por los países de Centro y Sudamérica. Es el período central y más productivo de su actividad literaria, e incluye ficciones breves, una novela, cuentos, crónicas sobre literatura, política y vida cultural y por último, paralelamente, sus escritos sociológicos. Sin mencionar a estos últimos, ni a los libros de crónicas analizados en los capítulos anteriores, en esta década larga Ugarte publicó en París y en España, los siguientes escritos literarios: *Paisajes parisienses* (1901), *La novela de las horas y los días* (1903), *Cuentos de la Pampa* (1903), *Una tarde de otoño* (1906), *Cuentos argentinos* (1910). Hasta aquí, puede pensarse cierta continuidad en el proyecto, con giros emblemáticos que analizaremos más adelante, la que será interrumpida por un silencio literario de catorce años, que puede interpretarse como una renuncia a la práctica literaria y una concentración en la intervención intelectual.

El tercer momento, que analizaremos hacia el final de este capítulo, se inicia cuando Ugarte publica su novela *El crimen de las máscaras* (1924),⁴⁰² al regresar a Europa en busca de posibilidades para desarrollar su actividad de publicista. Podemos señalar esta etapa también como la última en su trayectoria, en la que Ugarte intenta retomar la actividad literaria. Además de la escritura de dos novelas (la segunda, en 1926, fue *El camino de los dioses*), en la década de 1920, Ugarte inaugura una línea de escritura con un fuerte gesto memorialista, paralelamente al desarrollo de reflexiones político sociológicas y a su activismo latinoamericanista. Este puede entenderse como una fijación juvenilista que lo lleva a construir una imagen de escritor derrotado y aislado por su exceso de entrega a ciertos ideales de cambio finiseculares, y que enmarca en un movimiento mayor al que denomina “generación del Novecientos” -probablemente por el auge de las ideas de Ortega y Gasset respecto de las generaciones-.

En los apartados de este último capítulo, seguiremos la tripartición propuesta para la trayectoria literaria de Manuel Ugarte, sin aplicar un criterio de exhaustividad sobre sus textos literarios y atendiendo ante todo a reconocer tematizaciones que nos lleven a establecer vinculaciones con los desarrollos

⁴⁰² Suponemos que la obra circuló por Argentina puesto que fue editada por Sempere, que difundía ampliamente sus colecciones en el continente; sin embargo, se verifica una escasa recepción por parte de la crítica.

de los capítulos anteriores de esta tesis. En este sentido, hemos privilegiado, sobre todo al comienzo, la identificación de aspectos que resultaron decisivos o que simplemente tuvieron una prolongación en alguna de las etapas siguientes de su itinerario intelectual. Asimismo, nos hemos dedicado más particularmente al análisis de los escritos en prosa, teniendo en cuenta que sus poemas correspondieron a ensayos tempranos, casi obligados para formalizar una vocación literaria, pero que resultan escasamente relevantes en relación con los ejes desarrollados a lo largo de este trabajo.

5. 1. Motivos y estrategias en el nacimiento de una vocación literaria

Más allá de los libros de poemas publicados por su propia iniciativa, nos interesa destacar que la carrera literaria de Manuel Ugarte se inicia con la creación de una revista, un acto típico de las prácticas literarias modernas. Aparecida sólo un año después de la *Revista de América* de Darío y Jaimes Freyre, y cinco meses después *Buenos Aires* (Arrieta 26-29), *La revista literaria* comenzó a aparecer quincenalmente desde el 8 de octubre de 1895 (y cerró en diciembre de 1896). Enseguida estableció afinidades electivas con la montevideana *Revista Nacional* recién creada por Rodó y Pérez Petit (marzo de 1895), publicando incluso entre sus páginas una carta de felicitaciones firmada por el primero. Se trató de una revista juvenil que buscó refugio en firmas consagradas a las que procuró vincular, mediante su inclusión contigua entre sus páginas, con los nombres de los recién llegados.⁴⁰³ En el marco de esta estrategia, puede mencionarse, por ejemplo, la publicación en el número 22 (julio de 1896), de una “Epístola” atribuida a Almafuerte (con envío de la revista al supuesto autor), que suscitó la respuesta condescendiente y elogiosa desmintiendo la autoría.⁴⁰⁴ Esto fue celebrado por la revista como una treta

⁴⁰³ Entre los letrados tradicionales argentinos, figuran Bartolomé Mitre, Carlos Guido y Spano, Adolfo Saldías, Osvaldo Magnasco, Almafuerte. Entre los latinoamericanos ya consagrados están el peruano Ricardo Palma y el chileno Guillermo Matta. Entre los más jóvenes, varios eran partícipes de las tertulias de Rubén Darío, como el director de la revista, Alberto Ghirardo y Diego Fernández Espiro; también publican Angel Estrada, Jorge Navarro Viola; Blanco Fombona y otros nombres hoy desconocidos (los hermanos Súnico; Claudio Pozuelo, el español Francisco Moreno entre otros). Darío publica el poema “Frank Brown” en Mayo de 1896 (Nº 17).

⁴⁰⁴ En el número siguiente de agosto de 1896, se publica la esquila de Almafuerte elogiando dicha epístola, y más abajo, la confesión de Ugarte acerca de su autoría (“Quise escudarla en su nombre ara salvarme, una vez siquiera, de las garras del monstruo. Hoy que el peligro ha

consagratoria. Por esta vía consiguió dar prestigio a su director y a la revista, al incluir la firma del poeta platense en números siguientes, y hasta publicar una entrevista, con fotografía del escritor en su casa. *La revista literaria* se propuso ante todo como un espacio para los escritores *americanos*, las novedades europeas sobre las obras y la vida intelectual; por eso cada número reseñaba detalladamente noticias y publicaciones de Londres y París, así como de Buenos Aires, a la vez que publicaba versos y cuentos de escritores del continente (de hecho, al cumplir un año, declara un cambio de formato tomando como patrón la *Revue des revues*). Las únicas colaboraciones que aparecen con la firma de Ugarte son poemas o cuentos, algunos firmados incluso con el seudónimo “Carystus”. En el número 26, de septiembre de 1896, al cumplirse un año de su aparición, puede leerse una suerte de manifiesto de intenciones en la que se reconoce el estilo de Ugarte. Allí recuerda la intención inicial de “lucha por un ideal como la grandeza de un arte americano”(414):

No pretendía ser una revista argentina sino una revista americana. Buscaba unir bajo los pliegues de una bandera impersonal a todos los escritores del continente, borraba las fronteras y ensanchaba los límites (...) consagrando así la fraternidad de los espíritus y la unidad de las inteligencias en todo el territorio sudamericano (413)

La segunda característica autoafirmaba la “benevolencia” respecto de las “producciones” de los “principiantes”, a quienes dice seleccionar únicamente de acuerdo a un criterio de calidad intelectual (“siempre que ellas revelaran un talento y una preparación” 414). Esta definición se realiza mediante una retórica defensiva frente a un “ellos” indefinido, autoexcluidos por “propia intolerancia”, que parecen haber mostrado “desdén o resistencia” por la revista. Esto se completa, hacia el final, con una alusión a la “protección del público” de que goza la revista. Lo más preciso que se dice respecto de ese otro contra el que la revista construye su identidad, es la voluntad restrictiva de éste tanto respecto de escritores foráneos como de “firmas no consagradas” (414). Ugarte exhibe, por un lado, un interés puesto en dar visibilidad y cohesión a los escritores de los países hispanoamericanos; por otro lado, una posición

desaparecido, confieso mi falta y le agradezco a Ud. su benevolencia. No abrigué jamás la esperanza de que se confundieran mis versos con los del águila; sólo quise conocer la opinión de Ud. y lo he conseguido. Gracias. Esa opinión es la mejor palabra de aliento que ha sonado jamás este soñador de veinte y dos años” (Nº 23, 15/08/1896: 369).

confrontativa sostenida mediante una retórica de tipo defensiva, que dará el tono dominante a las intervenciones posteriores del escritor. Esta construye cierta victimización respecto de oponentes que aparecen representados en términos de necesidad. No podemos dejar de vincular esta estrategia defensiva con la posterior constitución de un discurso paranoide que se consolida a mediados de la década de 1910 y termina ocupando un lugar central en el tercer período de su producción, a partir de la década de 1920, es decir cuando se acerca a los cincuenta años de edad. “Ni decepciones - declaraba en el mismo número aniversario de su revista-, ni agravios ni injusticias (...) detuvieron la marcha del peregrino. Y la *Revista Literaria* triunfó” (313).

Otro aspecto que se perfila, que será uno de las motivaciones de sus crónicas sobre literatura, tal como hemos analizado en el capítulo anterior, es cierto distanciamiento, acaso residual, respecto de la poética modernista en plena fase de consolidación. Si bien no es Ugarte quien la cuestiona directamente desde las columnas de *La revista literaria*, las expresiones contrarias a su poética ya tienen cabida dentro de ella, y coinciden con los tiempos en que Ugarte frecuenta a Darío en Buenos Aires y participa de las *fourberies* de la Syringa. Los cuestionamientos están firmados por un periodista español, el “doctor” Francisco Moreno, que firma como “Dr. Moore”.⁴⁰⁵

Entre los escritos anteriores a la partida de Ugarte rumbo a París, y publicados en la revista que dirigió, nos interesa destacar uno aparecido en el n°19, “Beso amargo” (15/06/1896).⁴⁰⁶ Este cuento breve con un final fantástico que cruza lo alegórico, es revelador del modo en que el socialismo encierra la atracción por lo prohibido y quimérico a la vez, en esta etapa anterior a su contacto con los meetings socialistas, en París.⁴⁰⁷ Asimismo, condensa todas las osadías y motivos orientalistas y sensuales a la vez, en clara consonancia con el ambiente modernista porteño. El título de “beso amargo” preanuncia el final sorpresivo de la escena en la que un joven promete y prueba su entrega

⁴⁰⁵ Por ejemplo, en su artículo sobre “los escritores efectistas y poetas ripiosos”, n° 19 de la revista, junio de 1896, dos números después de la aparición, en el n°17 (15/07/1896) de “Franck Brown”, con autógrafo de Darío (p. 251).

⁴⁰⁶ Al final del Anexo a esta tesis incluimos el cuento fotografiado en la revista.

⁴⁰⁷ En esta época Ugarte, al igual que su amigo Alberto Ghirardo, tiene simpatías por Alem. Cuando éste se suicida, en julio de 1896, Ugarte publica un poema en su nombre en el N° 21. Si bien no ha adherido al socialismo, denuncia también en la revista, la censura a la prensa socialista decretada por el gobierno, en noviembre de 1895 (N° 6).

absoluta a una mujer de nombre francés (“Friné”), echada sobre una cama, narrándole la “historia de Namuc” “aquel “moro que besó a la dama encantada (...) y “que luego cegó y tuvo labios de piedra” y declarándole su disposición a repetir el gesto de aquel hombre. De la descripción sumaria de la mujer resalta, en el comienzo el recurso al heterodoxo repertorio socialista (“sus labios que ondeaban como dos banderas socialistas sobre la aristocracia de sus dientes”). El efecto de la leyenda referida se repite en el cuento, pero además del mármol de los labios de Friné, sobreviene la revelación de su verdadera identidad: “¿Quién eres? Pregunté. La realidad...”. Se configura así una representación disyuntiva que opone socialismo a realidad, la que resultará decisiva en las definiciones de Ugarte de los años sucesivos. Si la mujer encierra la incitación (“a la lujuria” y “a la revuelta”), es decir la encarnación del deseo, asociado a la rebeldía política, el narrador coquetea con el socialismo y está dispuesto a perderse por un beso de la mujer, lo que sólo puede destinarlo al “desengaño”: al darle un beso, los labios se transforman en mármol (perdiendo precisamente el color rojo comparado con emblemas socialistas). El efecto fantástico se redobla por la transformación de la mujer en alegoría, en la revelación del final, lo que evidencia una mezcla de los elementos modernistas señalados con el recurso clásico a lo alegórico. Pocos meses después del cierre de la revista, debido a las dificultades para autofinanciarse, Ugarte toma la decisión de viajar a París para estudiar y dedicarse a la literatura y el periodismo. Sus primeras crónicas, enviadas desde allí, revelan precisamente esa curiosidad ante los modos de vida de la cultura urbana, las “ideas avanzadas”, y prácticas amorosas y de sociabilidad más sofisticadas, como recordará en 1947, en *Escritores iberoamericanos de 1900*:

Pertenecemos –y nos envanecemos del estigma- a una generación en que el donjuanismo, casi obligatorio, resultaba signo de independencia y hasta de elevación intelectual (...). Y así como fuimos malos estudiantes, fuimos después, con el correr del tiempo, enamorados inquietos y ciudadanos indóciles. (202)

5. 2. Vida y la literatura: el impacto de París en las primeras ficciones de Ugarte

Ya nos hemos referido al momento en que Ugarte comienza su actividad literaria en París, que fue acompañada por numerosas estrategias de acumulación de capital social mediante el cultivo de relaciones con escritores latinoamericanos, franceses, españoles, de contactos con editores dedicados a la venta de libros en español para los países latinoamericanos, el envío de cartas y libros para hacerse conocer.⁴⁰⁸ Mientras a través de sus crónicas va revelando a los lectores argentinos los secretos de la vida cultural parisina, en las primeras ficciones de esos años se registra la reconstrucción de atmósferas situadas en lugares públicos (salones, teatros, cafés, parques, bulevares), de la vida mundana, bohemia u obrera; de espacios más privados como el taller del artista, la buhardilla de un escritor o de jóvenes obreras. En todas reconocemos en los diversos narradores –observadores-participantes en su mayoría-, el gesto de capturar los resortes de esas vidas y de ensayar simultáneamente procedimientos de inspección de la subjetividad juvenil femenina (desfilan por las páginas estudiantes, obreras, actrices, prostitutas), o masculina (artistas y estudiantes). Asimismo, ya en los *Paisajes parisienses* escritos entre 1897 y 1900 (fueron publicados al año siguiente), encontramos que se construyen un motivo centrado en conflictos entre dos formas de “conciencia”, o moral; otros motivados por las relaciones de poder entre sujetos de clase alta o media y de clase obrera; o también se perfila cierta tensión entre autenticidad y superficialidad. Pero todas las escenas cultivan el vínculo entre vida y obra, buscando en la primera motivos para la imaginación, y en la escritura, un registro de sensaciones y experiencias inmediatas:

Los libros son almas y son cuerpos –le dice al narrador un “hombre extraño”, en la ribera del Sena-. Todos esos tomos que están apilados sobre las estanterías, han tenido sus noches ensangrentadas de amores brutales y se han retorcido bajo las manos febriles de un hombre, que los ha arrojado después con desdén, sobre la carpeta de la mesa de trabajo (...).

⁴⁰⁸ Esto se verifica en las numerosísimas cartas de agradecimiento a los libros enviados por el autor, las que incluían comentarios sobre éstos (Unamuno, Baroja, Juan Ramón Jiménez, Rémy de Gourmont, Paul Adam, Laurant Tailhade, Jean Finot, Henry Houssaye, Nordau; los editores Sopena, Zamacois, Martínez Sierra, Blasco Ibáñez –por Sempere-, entre otros). Cf. AGN Archivo Ugarte.

Y me contó una historia de amores juveniles. Una mujer seducida y abandonada. Un libro más en las estanterías de los mercaderes”– (“libros viejos”, *Paisajes...*10).

Estas narraciones breves incorporan además procedimientos retóricos y narrativos de procedencia heterogénea, propios de dos poéticas novelescas enfrentadas en la última década del siglo, y ambas consagradas: la novela psicológica y la naturalista. Sin embargo, las ficciones no se autorizan en tradiciones de novela convencionales, y prefieren explorar formas breves, que requieren menos competencias específicas, un rasgo propio del diletantismo de muchos jóvenes novecentistas latinoamericanos. El propio Ugarte lo confiesa y defiende su escritura como “apuntes del transeúnte”, en la “advertencia” con que prologa sus *Paisajes* para justificar la falta de unidad del libro: “Cuando el operador no es diestro, vale quizá más renunciar a la forma oficial y presentar las escenas en su sinceridad de origen”. Esta falta de sistematicidad, fue una característica permanente en su práctica intelectual y no debe olvidarse que se explica también por las posibilidades de subsistencia que le otorgaba su origen social, así como por el cultivo de la vida bohemia, compartida con la mayoría de sus contemporáneos y sustituida luego por las obligaciones de la vida militante.

Al prologar *La novela de las horas y los días. (Notas íntimas de un pintor)*, Pío Baroja constata también el carácter no convencional del libro. Otra vez, el autor ha recurrido a una forma fragmentaria, que justifica la yuxtaposición de introspecciones, cartas a amigos, relatos de encuentros, impresiones de la ciudad, comentarios sobre la bohemia, apuntes de ideas. En efecto, el texto tiene la forma de un diario íntimo escrito durante un año por un pintor instalado en París y alejado de su patria. El género le permite así combinar ficción y ensayo de ideas, y registrar, precisamente, la vida contemplativa y la acción. Continúa en la línea de los *Paisajes*, indagando psicologías modernas y procurando dar cuenta de ciertos modos sofisticados de la subjetividad contemporánea, al ofrecer un cuadro variado y complejo de sentimientos y comportamientos, tanto masculinos como femeninos, así como de las

relaciones amorosas, con muchas evocaciones sensualistas.⁴⁰⁹ De este modo, Ugarte escribe la experiencia de variedad y dispersión que le trajo París, lejos de la sociabilidad pacata de la vida criolla. En este sentido, las claves de su percepción de la ciudad están en la “incertidumbre y la movilidad”, como dice uno de los personajes de *Una tarde de otoño* (1906: 61).

Así, los paisajes parisienses se prolongan en la novela de 1903 pero incluyen un aspecto decisivo dado por la autoimagen del artista que cuyas impresiones sobre la vida urbana y cavilaciones constituyen el eje de la acción.⁴¹⁰ La novela se presenta como transcripción del diario manuscrito de un pintor que ha perdido la inspiración y permanece con una obra inconclusa, hastiado de la vida bohemia y en busca de un sentido existencial. El editor ficticio justifica en el prólogo su decisión de “dejar al libro la ingenuidad, la falta de ilación y el sencillo sentimentalismo de aquel hombre hosco que vino de quién sabe dónde y desapareció después (...). Después de todo, el interés de una obra no está en las complicaciones de la acción sino en la realidad de lo que en ella se cuenta o describe. Y nada más vívido que las melancolías de ese desterrado...” (1). El artista encuentra un nuevo rumbo alejándose de la ciudad, cuyos rincones y sujetos oscuros ha plasmado a lo largo de los días, y emprendiendo una vida nueva junto a una sola mujer (descrita con rasgos de sobriedad y distinción “sencilla”), y en contacto con la naturaleza. Promete en la carta epílogo que cierra la novela, una obra “toda de piedad y altruismo”. Entre los manifiestos artísticos que escribe en las páginas del diario, reconocemos las preferencias estéticas y políticas del pintor: Zola (“Sólo haciendo prueba de un empecinamiento inexplicable se puede sostener después de haber releído los más osados volúmenes del osado poema, que Emilio Zola es un escritor inmoral” -155); la democracia (“Un crítico escandinavo dio anoche una conferencia docta y amable sobre (...) la

⁴⁰⁹ Sobre las experiencias latinoamericanas de liberación sexual y de sensualismo finiseculares, véase las observaciones de Angel Rama en *Las máscaras democráticas del modernismo ...* cap. 4.

⁴¹⁰ La novela incluye también numerosas e interesantes puestas en escena de la experiencia del destierro. Aunque se esté refiriendo al barrio chino de París, no podemos dejar de reconocer las prácticas comunitarias de los intelectuales y artistas de entresiglos cuando el personaje que dice admirar “la cohesión de esos expatriados que reconstruían el medio en que nacieron y se prestaban calor, desafiando las burlas con una sonrisa orgullosa al negarse a vestir esas costumbres (...) los hombres plácidos que se paseaban en grupos hablando en una lengua indescifrable, fueron para mí filósofos rebeldes...” (93).

pretendida incompatibilidad entre el talento y la democracia. Nietzsche fue el primero en poner en circulación esta idea que tantos escritores egoístas aceptan” -83); la “humanización del arte” señalada como tendencia de una “nueva escuela” (166).

La aparición casi simultánea (1903) de la novela y de *Cuentos de la Pampa*, dos libros muy divergentes en lo formal, los materiales y las temáticas, permite pensar en un vínculo de tipo paratextual entre éstos, según el cual las concepciones del arte sostenidas en la novela constituirían el “entorno”⁴¹¹ de los segundos. Leemos, por ejemplo, en la síntesis que ofrece el pintor al final de su diario, declaraciones de principios que dan fundamento a la escritura de los cuentos, esas “voces de mi rincón de América”, como las llama Ugarte en *Una tarde de otoño* (61): “El color y la forma, puestos al servicio de lo justo, cobrarán mayor poder. Al embellecer la vida, ensancharé mi arte. Y de la pintura, lujo de los ricos, haré un instrumento para libertar a los desheredados” (*La novela...*230). Aun en un libro que ha incorporado las innovaciones formales y los muchos de los tópicos psicologistas y naturalistas⁴¹² (sujetos y ambientes sombríos, percepción heterogénea de la ciudad, fascinación ante lo moderno y registro de formas de cultura popular obrera, cultivo de un arte urbano), Ugarte adelanta, a través de la mediación ficcional que permite el género, algunas de las ideas de la doctrina del arte social. Los *Cuentos* abren entonces una nueva línea de escritura, pero cuya justificación estaba presente en los desarrollos anteriores. Este giro en su escritura materializa un

⁴¹¹ Tomamos esta definición de lo paratextual como “entorno del texto” del diccionario de Maingueneau, *Términos clave del análisis del discurso* (65). La noción fue propuesta por Genette en *Palimpsestes* (1982).

⁴¹² En efecto, teniendo en cuenta el análisis de Rémy Ponton acerca del “Nacimiento de la novela psicológica” (Cf. Bibliografía), no puede pensarse en modalidades discursivas uniformes, o monológicas aun teniendo en cuenta las diferencias entre los tópicos y la retórica de la novela psicológica que compite en el campo literario francés, con la poética de la novela experimental zoliana. El autor demuestra, en efecto, que si Bourget, Vogüé, Barrès, Loti construyen sus novelas en oposición al naturalismo, y oponen a la legitimación de éste en las ciencias naturales, otra amparada en la ciencia psicológica desarrollada por Taine, virando luego hacia el espiritualismo, la emergencia de esta escuela tuvo a su vez un efecto en los protectos novelescos de Zola y de su grupo de Médan: su novela *El sueño* (1888) y *Une vie* (1883) de Maupassant hacen ingresar en las tramas preocupaciones psicológicas e introspecciones sentimentales, antes ausentes. Asimismo, debe tenerse en cuenta que a comienzos del siglo XX, las soluciones formales propias de dichas novelísticas ya formaban parte de un repertorio moderno común. De este modo, es posible reconocer en las novelas y ficciones latinoamericanas del período esa heterogeneidad capaz de introducir tanto descripciones y hechos “concretos” de tipo realistas, cuanto miradas introspectivas, símbolos e ideas generales características de las novelas espiritualistas.

acercamiento entre la práctica literaria y sus recientes adhesiones políticas socialistas, que puede leerse como una búsqueda de formas de coherencia entre sus convicciones políticas y estéticas y de trabajar sobre materiales *americanos*. No es un azar, entonces, si reedita *La novela de las horas y los días* en 1908, en plena campaña antimodernista.

5. 3. Últimos coletazos de la barbarie: representaciones del campo y la ciudad en los *Cuentos de la Pampa* y *Cuentos argentinos*

En los *Cuentos de la Pampa* (1903)⁴¹³ de Manuel Ugarte, y en dos de sus novela cortas posteriores, “La leyenda del gaucho” (1907) y “La sombra de la madre” (1908),⁴¹⁴ se configuran representaciones de la modernidad urbana y de su impacto sobre las zonas del territorio nacional alejadas de las ciudades. El campo, espacio en que el escritor sitúa dichas cuestiones, se va configurando como lugar de tensión con la ciudad. En la época en que se publicaron estos textos, como se sabe, en dicha relación estaba implicado el problema de la identidad nacional, en tanto ésta remitía a una interrogación sobre las formas de organización nacional y más en particular sobre la reforma institucional del país, luego de haberse alcanzado cierto grado de modernización económica, urbana y edilicia, ante todo en la ciudad de Buenos Aires.

Las narraciones que analizaré dejan ver que a la voluntad científicista (inscrita en el paradigma positivista hegemónico en las ciencias sociales) de comprensión sistematizadora de los aspectos propios de la Argentina, se suma la búsqueda de aquellos elementos considerados retardatarios respecto de una evolución ideal de la nación. En particular, estos cuentos se inscriben en los debates en torno a la “cuestión indios”, que por momentos se toca con la

⁴¹³ Esta 1ª edición, a cargo de Calpe (Barcelona) contiene “La lechuza”, “El malón”, “Los caballos salvajes”, “Costura”, “Rosita Gutiérrez”, “El curandero”, “La muerte de Toto” y “Giovanni”. Sólo “Los caballos salvajes” fue publicado previamente en la *Revista Nacional* de Buenos Aires (1902 Cf. Anexo). Par ala edición de *Cuentos argentinos* (Garnier, 1910), Ugarte agregó a estos títulos las dos nouvelles “La leyenda del gaucho” y “La sombra de la madre” y los cuentos “El tigre de Macuzá”, “La venganza del capataz”, “Totota” y “Los pobres viejos”. En adelante, las citas remiten a la última edición, de 1933, Madrid: Espasa-Calpe.

⁴¹⁴ Ambas fueron publicadas en *El cuento semanal* de Madrid en 1907 y 1908 respectivamente. Fueron incluidas en *Cuentos argentinos* (1910) y en las reediciones de los *Cuentos de la Pampa* de 1920 (Madrid, Tipográfica Renovación) y de 1933 (Madrid, Espasa-Calpe).

"cuestión social", una de las preocupaciones de los intelectuales y de la élite dirigente entre la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX.⁴¹⁵ El análisis de estos relatos es revelador de algunos aspectos del imaginario del "900" y los textos pueden leerse a la vez como un condensado de ideología y como espacio en el que se formulan respuestas a los efectos de los procesos de modernización cultural, económica y urbana iniciados hacia 1870.

La "cuestión social" funciona entonces como horizonte a partir del cual se construyen las representaciones de la ciudad y el campo como condensadores de modernidad y criollismo, civilización y barbarie. Este tema será evaluado a la luz de los temas y perspectivas de la historia cultural en torno a las formas en que se representó y configuró la experiencia urbana moderna.

El análisis estará orientado a trabajar tanto sobre las representaciones y figuraciones estrictamente literarias, como sobre aquellos aspectos en los que aparece de un modo más explícito la perspectiva del sujeto-narrador, en cuyo discurso examinaremos las implicancias ideológicas. En primer lugar me detendré en los interrogantes que aparecen en los cuentos de Ugarte en torno a la experiencia implicada por la modernización que, como veremos, se presenta en tanto fenómeno exclusivamente urbano, y se basa en una homología entre ciudad y tiempo presente por un lado, y campo y pasado, por el otro.

En un segundo momento, abordaré entonces los valores asignados al campo, a través de diversos mecanismos como la figuración de sujetos en tránsito, que buscan refugio en la ciudad, la representación del universo indígena, la matriz positivista y darwiniana en la perspectiva del narrador. Por un lado, en la mayoría de los relatos aparecen personajes de origen indígena. Por otro lado, constituyen el núcleo conflictivo o el factor de conmoción en la pampa. Con respecto a dichos conflictos, podemos reconocer en las ficciones, dos tipos de interpretaciones. La primera apela al supuesto "primitivismo" de

⁴¹⁵ Me baso aquí, en la descripción del término que hace Eduardo Zimmermann quien sostiene que describía durante el período "el conjunto de consecuencias sociales del proceso de inmigración masiva, urbanización e industrialización que transformó al país, entre las que se contaron problemas en áreas de vivienda, sanidad y salud pública, el aumento de la criminalidad urbana, la protesta obrera y el surgimiento de nuevas corrientes ideológicas que desafiaban la validez de las instituciones políticas y económicas vigentes", en *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890 – 1916*, Buenos Aires: Sudamericana-Editorial de San Andrés, 1995.

las conductas de los indios y la segunda a una representación de sus prácticas culturales o bien desdobladas o bien como subjetividades en quienes la transición toma cuerpo. Veremos en este sentido, el modo singular en que el narrador presenta a los indios según su grado de incorporación al mundo *cristiano*.

En un primer momento, entonces, examinaremos el tratamiento que realiza la ficción sobre la "cuestión indios" de comienzos del siglo XX. Así, atenderemos a los aspectos ideológicos en la voz narradora que se presentan como verdaderos modos de intervención en los debates de los intelectuales en torno a los problemas que aquejaban a la nación. En un segundo momento, nos detendremos en ciertos aspectos ficcionales para analizar las imágenes de la ciudad que aparecen en las dos nouvelles de 1907 y 1908.

Como el título permite imaginarlo, los *Cuentos de la Pampa* se proponen indagar en el mundo rural argentino. Suponen la idea de que ese mundo constituye el elemento más extraño y resistente a los modos de vida considerados modernos, identificados fundamentalmente con lo urbano. En este sentido, configuran representaciones de la modernidad en uno de sus aspectos específicos, esto es la confrontación o el contraste con los modos de vida de una región en que la falta de modernización podía verificarse en una naturaleza que parecía no presentar transformaciones. De un modo general, en todas las representaciones, el campo constituye un elemento de involución, en que el progreso aún no ha podido imponerse, pero que no permanece aislado de las ciudades. Esto se traduce ficcionalmente en la presencia de un *drama* o un conflicto melodramático entre los personajes, que se lee claramente como un modo –residual– de la imaginación romántica. Paradójicamente, iremos viendo que en la tensión entre las fuerzas involutivas del campo y el progreso material exitoso de las ciudades, parece situar Ugarte el elemento autóctono, distintivo y por ende clave para interpretar la cultura americana.

Uno de los primeros motivos ficcionales que podemos reconocer es que los cuentos transcurren en zonas de frontera, al menos en el origen de la trama; en efecto, casi ningún cuento sitúa la acción tierras adentro de una manera absoluta. La existencia de tales límites está sobreentendida: en la

primera edición de los relatos, puede constatarse que no sólo transcurren en zonas de frontera reales, algo no explícito que el narrador presupone, sino que lo fronterizo, que simbólicamente representa la no acomodación definitiva a formas de organización urbana, constituye precisamente el origen de los conflictos o nudos dramáticos que van apareciendo. De allí la recurrencia de sintagmas como la "aldea lejana", la "lejana población".

Significativamente, en cambio, "La leyenda del gaucho" y "La sombra de la madre", acentúan discursivamente y a nivel de la historia, una demarcación imaginaria, construyendo el núcleo de los conflictos, como veremos, en el tránsito de la frontera que va de la ciudad hacia el campo. A través de esto, las ficciones materializan simbólicamente una *transición* geográfica y temporal, pasaje entre el antiguo mundo rural percibido como arcaico y el urbano, moderno.

Configuraciones de la transición

Acaso por efecto del extraordinario dinamismo que caracterizó la época de modernización, el mundo rural que también había sufrido cambios, lejos de aparecer como un espacio inamovible, quieto o como el lugar del arraigo por antonomasia, está marcado, en las tramas mismas de estas ficciones, por movimientos, traslados, cruces de fronteras, amenazas desestabilizadoras de tribus nómades, sujetos que se fugan de allí escapando a la ley penal, a las costumbres, o que conmueven el orden patriarcal. Teniendo en cuenta que los cambios se habían producido ante todo a nivel urbano, puede decirse que mediante esos episodios y escenas, los relatos que nos ocupan trasladan al campo la experiencia conflictiva de la modernización y paralelamente, en una relación complementaria, las ciudades son presentadas como el lugar ordenado, asentado, en el que la era de progreso ha conseguido imponerse. Se imagina su grado de modernidad como cosa alcanzada, según un mecanismo que se ve acentuado por la retrospección de los narradores. La transición también puede leerse en un eje temporal, a través del mecanismo de comparación implícita entre pasado y presente. Puede tomarse, a modo de ejemplo, la siguiente observación por parte del narrador, en "Totota" :

Lejos de nosotros la fantasía de afirmar que Buenos Aires era *hace veinte años* una aldea. *La gran ciudad futura brillaba ya* en sus múltiples manifestaciones. Pero no cabe negar que por aquel tiempo subsistían ciertas modalidades de la colonización. Sobre todo en lo que se refiere a la religión.⁴¹⁶

Es evidente que la concepción deseada de la vida urbana que se desprende de este comentario, que el narrador incluye al comienzo del relato, supone la necesidad de un vínculo natural entre las costumbres y los modos de organización política de las modernas naciones emancipadas, y que muchas de las primeras tardan más en abandonarse. La perspectiva adoptada siempre pone de manifiesto la breve distancia temporal que existe respecto del presente de la enunciación. También puede verse, otra vez en un comienzo, en el cuento "La lechuza":

...la familia de Jiménez tenía alto prestigio entre las que vivían en los alrededores de la *por aquel tiempo insignificante* ciudad de Bahía Blanca. La 'estancia' de los Jiménez era una de las más hermosas de la región; su casa, la mejor construida, y su carruaje, el mejor puesto. Porque *ya empezaba a reinar en América ese afán de lujo que tantos males causó más tarde*. Las familias acaudaladas, que en los comienzos habían hecho una vida modesta y laboriosa, se tornaban, *desde hacía algún tiempo*, disipadoras y amigas de todo esplendor, ganadas como estaban por las costumbres modernas que los viajeros traían de Europa, y especialmente de Francia. Para hacer buena figura era necesario tener trajes confeccionados en el extranjero, muebles de lujo y librea. Todo esto, exagerado y lleno de relumbrón, como convenía al carácter de aquellas gentes primitivas, para las cuales lo que tenía más valor era lo que brillaba más"...Los Jiménez entraron también en la nueva corriente [...] Es verdad que los rendimientos de la hacienda, cada día más próspera, les permitían tales larguezas.⁴¹⁷

El uso de déicticos temporales que marcan una distancia entre presente de la enunciación y pasado reciente, se registra cada vez que se menciona a las ciudades modernizadas, lo que pone en primer plano el carácter reciente que esa evolución tiene en América, en entre fines del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Están presentes los tópicos posteriores a la crisis del noventa que imprimen un tono de censura moralizante respecto de la sofisticación del modo de vida acarreado por la modernización que se señala, naturalmente, como un síntoma de la vida que en las ciudades llevan los sectores dominantes:

⁴¹⁶ *Cuentos de la Pampa* 152 - El subrayado es nuestro.

⁴¹⁷ Ib. 10.

Decíamos pues que Buenos Aires era en 1893 una hermosa ciudad de seiscientos mil habitantes que, aunque moderna y adelantada, conservaba algunos usos y tradiciones de pueblo chico. La improvisación había sido tan rápida, que los mismos que la determinaron se veían en la imposibilidad de seguirla. De aquí una contradicción pasajera entre el progreso material y las costumbres, y de aquí un estado encantador donde se conciliaba el bienestar de una ciudad nueva con los resabios de la simplicidad del coloniaje (32).⁴¹⁸

Si por un momento, el fragmento puede resultar nostálgico respecto del pasado, ese sentimiento se desvanece pues el propio narrador lo menciona para abandonarlo, censurando con apoyo en la razón, lo que no debe ser más que una impresión pasajera tan abruptamente abandonada como ha sido vertiginosa la evolución de las ciudades americanas. Este mecanismo retrospectivo se une a otro, el de la generalización tendiente a sintetizar el aire de época presente. Así, con frecuencia, el autor recurre al panorama o descripción general de las costumbres, que además del modo realista, pone de manifiesto los tópicos de la época, fundamentalmente el rechazo espiritualista del materialismo y de la plutocracia, junto con una celebración del progreso urbano. Al mismo tiempo, encontramos, esta vez de manera explícita, la idea de que las transformaciones alcanzaron un grado tan elevado, que las costumbres no consiguieron acercarse al mismo ritmo, dejando cierta asimetría o incongruencia entre ambos órdenes. Si el discurso realista caracteriza a los cuentos en la voluntad científicista de la ficción así como en el registro etnográfico detallado, no exento de cierto sesgo naturalista, éstos introducen a la vez elementos decadentistas provenientes de las adhesiones juveniles del autor, los que pueden verse en ciertas introspecciones sentimentales de los personajes y en el uso de metáforas psicologistas.

Ficciones pampeanas con indios⁴¹⁹

⁴¹⁸ Resulta interesante constatar que la última idea alude casi exclusivamente podría decirse, a la forma de vida de la élite porteña. Estas frases sueltas contribuyen a la caracterización de Ugarte como *escritor – gentleman* (Viñas). Téngase en cuenta que Ugarte nació en Flores, adonde su familia poseía una propiedad.

⁴¹⁹ De aquí en adelante, remito a las síntesis argumentales de cada uno de los cuentos analizados, incluidas en el Anexo.

El marco desde el que se evalúa el presente está impregnado de una matriz científicista, en sintonía con un realismo de la lengua literaria, y que se combina con una voz evaluativa, moralizante respecto de lo que podían considerarse defectos en la implementación del proyecto de modernización liberal, en la Argentina. Según un movimiento prismático, es en el campo donde Ugarte rastrea la modernización defectuosa. Sorprendentemente, no encuentra sólo las causas en la tradicional identificación del campo con la barbarie. Algunas son vinculadas a fuerzas naturales características del *ambiente*, producto de la matriz positivista con que el autor observa los fenómenos sociales. Otros factores apuntan, como iremos viendo, a atribuir responsabilidades a los sectores dominantes, principalmente a aquellos ligados al roquismo. Sin duda, estas interpretaciones presentes en los cuentos, se relacionan también con la adhesión socialista de Ugarte y con las relaciones familiares que lo conectaban con los círculos mitristas.⁴²⁰

También están presentes en los cuentos las representaciones del campo en términos de un conflicto de resistencia con la ciudad que, se sabe, es una de las ficciones fundacionales de la literatura argentina. Inevitablemente, entonces, se encuentra el motivo del malón para dar cuenta de la realidad de la pampa. Refiriéndose a Sarmiento y a Echeverría, Graciela Montaldo lo explica en los siguientes términos, que bien pueden aplicarse, con algunas modificaciones que se irán señalando, a los *Cuentos de la Pampa* de Manuel Ugarte:

La naturaleza y los indígenas no son, para este romanticismo, lo exótico y pintoresco, sino –quizás– lo más real de la patria, la acechanza de una fuerza que puede devorar a todos y, en especial, al sujeto letrado que se propone revelar la verdad de la nación. La literatura ocupa el discurso que el caudillo eclipsó con su alianza. Barbarie social y caos natural se dan la mano en el discurso que trata de la organización del país. Por esta deliberación paisajística del romanticismo, naturaleza y cultura (que en el discurso intelectual están tan separados) se hallan indisolublemente ligadas en la literatura creando los primeros grandes mitos argentinos.⁴²¹

⁴²⁰ Remito aquí a la cronología incluida en la compilación de escritos de Ugarte hecha por Norberto Galasso en *La Nación Latinoamericana*, Caracas, Ayacucho, 1978 así como a su libro de 1973, *Manuel Ugarte*.

⁴²¹ Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: B.Viterbo, 1999: 51.

En el relato homónimo, la aparición de los malones evoca, por sus imágenes, la descripción de Echeverría⁴²²; La dinámica del malón está representada mediante las imágenes de "empuje", "impetuosidad", "huracán semejante al de la Pampa", "torbellino", "hecatombes", "perturbación que conmueve", las que se presentan contrapuestas a la "monotonía laboriosa", la "triste solemnidad de las Pampas", al "aislamiento y a la tristeza" de las costumbres en que viven, se dice, los colonos asentados en las pequeñas poblaciones. Así, la pampa aparece como una quietud súbitamente interrumpida y destruida, mientras que las ciudades representan el lugar de lo dinámico, del movimiento en armonía, orientado hacia un porvenir claro. Además, los malones se conciben como prácticas provenientes del pasado, frecuentes en otras épocas, "antes de que el ejército regular consiguiese imponer a los indios el acatamiento de las leyes de República"⁴²³ y que sin embargo perduran anómalamente "aún en regiones que por hallarse más cerca de los centros civilizados parecían deber estar a cubierto de [los mismos]".⁴²⁴

No es un azar, entonces, que el cuento "El malón" no esté centrado en la posición de la cautiva como víctima de ese sacudimiento, una parisina trasladada a la pampa, sino en el conflicto del joven indio Sitlán. Podemos definirlo como una subjetividad en transición, en tanto ya no está enteramente ligado a los valores de la generación de su padre cacique, aunque tampoco encuentre una posibilidad de aculturación con el mundo cristiano. La ficción construye su núcleo conflictivo en esa zona de indefinición de la "conciencia" indígena, lo que está reforzado por el tono melodramático de la historia de un amor no correspondido. Dicho núcleo está identificado como experiencia real por su carácter presente, de allí las repeticiones del deíctico "ahora" y otros recursos que contraponen presente y pasado, en el monólogo de Sitlán. Casi parece tratarse de un indio atraído por la cultura cosmopolita:

⁴²² "Primero era una nube de polvo que aparecía en el horizonte y se acercaba; después un torbellino de acero, del que surgía un gran rumor, y por fin, una brumosa confusión de centauros desbocados que [...] entraban en las poblaciones en un vértigo de lucha, entre alaridos espantosos" (*Cuentos de la pampa*: 76).

⁴²³ Aquí puede comprobarse nuevamente la posición de enunciación, siempre posterior al momento de cambio, en la medida en que se presenta el sometimiento de las poblaciones indígenas como un hecho ya alcanzado y concluido.

⁴²⁴ *Cuentos de la pampa*:76.

Pero ahora que me siento atraído hacia ti, ahora que veo que brotan en mi corazón no sé qué cosas nuevas, quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida. Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto a la naturaleza virgen, el último secreto de lo que fue... Tú eres de otra esencia. Pero te adoro y te deseo, quizá por eso mismo, porque me traes aromas de otra región... Si quieres, serás la reina de nuestra tribu nómada (89).

Al tratar el regreso de la cautiva a la frontera (que el indio decide marcar, en un gesto algo inverosímil, con un punto donde René deberá depositar una flor como señal de regreso hacia él), la ficción tematiza un tránsito de ida y de vuelta, ya no sólo de ida hacia el desierto. Esto pone en paralelo, a su vez, el contraste entre ambos lados de la frontera y la dualidad entre pasado y presente. La separación entre los personajes enfatiza ese sentido, dado que el indio permanece junto a su tribu *nómada*, no existiendo la posibilidad de que ingrese a otro modo de vida. Sin embargo, no se trata simplemente de dos modelos en pugna; la narración construye en la voz de Sitlán un discurso de la resignación, señalándose el carácter inexorable que ha adquirido la imposición del modo de vida sedentario, propio de las ciudades. En efecto, el relato construye un cuadro del presente en el que resulta inconcebible el regreso a una vida pre-moderna, a través de expresiones como "la raza en derrota", los "antiguos reyes de la región", o el "clamor de venganza contenida".

Puede leerse una suerte de batalla simbólica, dada por la confrontación entre el hombre y la mujer, a través de la cual la joven René, "comprendi[endo] el partido que podía sacar de la pasión de *Sitlán*", presiona al hijo del Cacique *Largacurá* ("Si quieres que te conteste llévame adonde están mis padres... Mientras me sigas separando de ellos serás mi enemigo"). Ante esto, Sitlán, con una "palidez de ajusticiado", cae "en un abatimiento singular". La batalla parece librarse entre culturas, que se vinculan menos por la superposición en un mismo espacio que por la contigüidad o sucesión temporal: el mundo primitivo parece estar destinado a la derrota, del mismo modo irremediable en que, en clave de conflicto amoroso, se enfrentan dos estadios de civilización.

Mientras se libra la batalla entre ambos representantes de dos "civilizaciones", el propio narrador aporta una explicación que se recorta de la matriz psico-etnológica de la época, analizada en capítulos anteriores:

Aquella niña de diez y ocho años tenía una serenidad, una audacia y una persistencia en las ideas que sólo podía explicarse *por la vida libre que había llevado durante los últimos tiempos y por los atavismos imborrables de una raza de luchadores.*⁴²⁵

Entonces, el *medio* y la *raza* -en ese orden, como se lee en lo que subrayamos- condicionan a los sujetos en las situaciones más adversas, y sobre todo, en los momentos de alteración radical. Esto puede relacionarse con otras dos cuestiones que aparecen en el cuento. Por un lado, las imágenes del campo que circulan, y por el otro, la interpretación que se hace de la conquista al desierto, marcada por la idea de un avance inexorable, una evolución orientada a un progreso civilizatorio según el modelo occidental. Esta idea se vive a la vez como conflictiva en tanto no se la reviste del carácter marcial y criminalizador respecto del otro, propios del discurso oficial de la época como el de Alsina y luego el de Roca.⁴²⁶

Así se entiende que, después de la introducción explicativa y general respecto del fenómeno del malón, la narración presente una suerte de contraste entre el cacique Largacurá y el Conde de Renaudy. De este modo, la oposición entre las *razas* y la descripción del *medio* abren el relato para introducir dos culturas y luego, dos visiones de la vida en el campo. En efecto, el narrador presenta por un lado al cacique como un caudillo virulento nunca capturado por las expediciones militares, cuya tribu "acampaba unas veces en las grietas de los cerros, otras en los grandes matorrales inexplorados", siempre a salvo del ejército gracias a la protección de la llanura:

Como si la tierra amiga, como si la tierra madre, se abriese bajo sus plantas para salvarlo del invasor. [...]Y las coléricas expediciones se veían burladas por la fría habilidad y el conocimiento del terreno de que daban prueba los indios. (78)

Por otro lado, el Conde de Renaudy, padre de la joven, es un noble francés que añora profundamente la vida mundana de París y prototipo del

⁴²⁵ Ib. 91, el subrayado es nuestro.

⁴²⁶ No dejan de sorprender, por ejemplo, las palabras del propio Roca dirigidas al Coronel Villegas en una carta de abril de 1883: "...La ola de bárbaros que ha inundado por espacio de siglos las dilatadas y fértiles llanuras de las pampas y que nos tenía como orpimidos en estrechos límites, imponiéndonos vergonzosos y humillantes tributos, ha sido replegada a sus primitivos lugares allende las montañas" (Citado por Walter Delrío en "Indios amigos, salvajes o argentinos", en Nacuzzi, Lidia (comp.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002: 217.

*dandy*⁴²⁷. Arruinado por el juego, se ha instalado transitoriamente en la pampa para recuperar su fortuna gracias a unas plantaciones. El narrador no lo presenta como víctima indefensa sino que lo contrapone a Largacurá en tanto los representantes de dos culturas, en particular en el saber bélico: mientras el indio es quien mejor conoce la geografía y topografía del lugar, y organiza su estrategia en base a la inflexibilidad y la rapidez, el francés aplica sus estudios realizados en la tradicional escuela militar de Saint-Cyr y se pone temerariamente a la cabeza de un pequeño ejército de ocho peones y cuatro colonos, con una estrategia defensiva que resultará insuficiente pero no menos digna. Su saber bélico no sirve para enfrentar a un enemigo "superior en armas y número", se dice, y con quien no comparte cánones ni convenciones. La narración vuelve a menudo sobre la afinidad entre los nativos y su medio natural, al punto de que aparecen representados por semejantes rasgos de salvajismo, misterio o imprevisibilidad.⁴²⁸ Paralelamente, la naturaleza aparece como la dueña indiscutible de la región, en lo que resuena la retórica romántica, hugoliana en particular:

La Pampa extendía sus llanos inmensos bajo el cielo, acribillado de estrellas...No se oía más rumor que el que producían los cascos de los caballos sobre la tierra reseca. Y la noche y la soledad, dueñas del horizonte, dueñas del mundo y del espacio, envolvían a la caravana como en una atmósfera de misterio (86).

Como se ve, los jinetes producen un ruido al cabalgar, que se une en armonía a los demás elementos naturales. En este sentido, el espacio -la naturaleza anterior a la presencia humana- parece ser el que opone mayor resistencia al cambio que como vimos, resulta inevitable porque según la concepción decimonónica, responde a las propias leyes de la Historia, de la evolución de la humanidad. Así se entiende que la naturaleza esté representada, en éste y otros cuentos, en tanto armonía y continuidad, mientras que las alteraciones surjan principalmente de factores ajenos al orden de la región.

⁴²⁷ Quien "habitado al lujo y a las fiestas [...]echaba de menos el bulevar, el club, las emociones de la existencia parisiense".

⁴²⁸ Así por ejemplo, se compara al malón con el huracán de la Pampa, y se alude a los indios como "jaurías salvajes" o "grupo dantesco de centauros desgrefiados". O se dice que su "melancólica actitud" está en armonía con el paisaje", etc.

Ligado a esta concepción, otro tópico frecuente respecto de la naturaleza, también presente en este relato, es el relativo a la vida en contacto con el mundo natural, percibida como fuente de libertad, plenitud, vitalidad y ausencia de convenciones. A primera vista, esto parece contradecir las demás representaciones del espacio natural entendido como la hostilidad del medio frente a la acción humana. Sin embargo, esta incongruencia permite introducir un contraste entre la vida en la pampa y la de ciudades plenamente modernizadas como las europeas, presentadas como fuente de decadencia, y carentes de vitalidad, lo que activa las representaciones más convencionales entre la ciudad como fuente de debilidad y el campo, fuente de vigor. Esto aparece, significativamente, al describir la vida pasada de la hija del Conde en la capital francesa, en lo que reconocemos una retórica espiritualista según la cual la vida en la ciudad implica debilidad física y moral a la vez que brinda a las mujeres un sistema rígido de prohibiciones y obligaciones.⁴²⁹ Si por un momento, el proceso de virilización de la muchacha es visto con buenos ojos por el narrador, en la ficción, éste resulta efectivo, y por lo tanto pensable, sólo en un aspecto de la existencia femenina, aunque no menor: la "serenidad... audacia y... persistencia en las ideas" (atributos tradicionales masculinos) le permiten hacer frente al deseo de posesión de su captor;⁴³⁰ sin embargo, aquella libertad de decisión no es cabal pues no alcanza para que René pueda enfrentar sola la intemperie ya no natural sino social, que significa haber quedado sola en medio de la pampa, despojada de su núcleo familiar. Esto se cifra ficcionalmente en la pérdida de razón de la joven, al descubrir los cadáveres de sus padres. La ficción imagina una existencia liberada respecto

⁴²⁹ Para probar esta hipótesis, me permite citar extensamente el texto: "Pero, contra todas las previsiones, la que menos contrariada se mostraba [ante la nueva] situación [...] era René, a quien había fascinado el exotismo y las sorpresas que emanaban de la región y del medio. [...] Ahogada primero en un colegio religioso, donde todas eran prohibiciones, transplantada después a la atmósfera meticulosa de una sociedad arcaica, saltaba y se desperezaba al sol en aquella tierra libre, donde podía imponer carreras locas a su caballo, vestir a su antojo y gritar hasta enronquecer en los campos vacíos [...]. Estaba en pleno triunfo de la savia y no pensaba en saraos ni en trajes. Los ejercicios físicos a que se entregaba habían acabado por virilizar en cierto modo su naturaleza, y era una muchacha sana, llena de vida, de ojos azules y tez blanca, con un rayo de sol en los cabellos y un chispazo de aurora entre los labios. Así que [...] vio los preparativos de la lucha reclamó un puesto junto a su padre, armó su carabina, dio consejos útiles, sembró la confianza y se dispuso, como los demás, a defenderse" (Ibid: 80).

⁴³⁰ En este sentido, puede pensarse que el nombre de la protagonista resulta muy significativo ya que en su lengua materna, el francés, René significa "Renacido", algo paralelo al proceso vivido por la joven en su contacto con la naturaleza pampeana. Obsérvese, además, que el nombre tiene un sufijo masculino.

de los condicionamientos de género en las relaciones amorosas, para cerrarse sobre un fracaso rotundo, simbolizado en la locura.⁴³¹ A través de esto, sin embargo, pueden leerse ciertas tensiones en la representación social de las mujeres a comienzos del siglo, y se ponen en escena, a su vez, los límites de dicha posición.

Echando una mirada de conjunto, es evidente que la “avalancha salvaje” (82), que da su nombre al título del cuento, es la fuente de la destrucción y los males, en lo que Ugarte sigue las representaciones dominantes respecto de la “cuestión indios”, aunque con ciertos matices, como la breve victoria de la cautiva sobre el indio (como resultado de las virtudes de su *raza* vigorizados por el contacto natural, como hemos mostrado). Sin embargo, las consecuencias tampoco son buenas para los indios, y no por imposición de la fuerza militar. En efecto, puede verse un deslizamiento respecto de los sentidos dominantes en el carácter escindido del personaje de Sitlán (que se condensa en el contraste con su padre). De algún modo, se proyecta una visión menos uniforme de los supuestos efectos del progreso: el malón cifra la persistencia de atavismos irreductibles, acaso constitutivos de una singularidad (piénsese en los atributos positivos, aunque occidentales, que posee el joven indio). Además, el narrador no logra concebir una salida favorable a su evolución vital, desde que los sujetos se encuentran sometidos a una naturaleza *virgen* (término repetido con insistencia), esto es, carente de elementos civilizados y están apremiados por elementos regresivos desde el punto de vista de la organización social -el modo de vida indígena es concebido como primitivo-. Este cuento y otros que iremos analizando, tematizan de este modo el arcaísmo del mundo rural pampeano, entendido como un conjunto de prácticas enfrentadas, por su esencia misma al mundo del progreso pero constitutivas del espacio nacional (en ese sentido, el cuento no se cierra con un triunfo del ejército ante el malón, sino sobre los escombros de la población).

⁴³¹ El contraste entre una mayor fortaleza para enfrentarse al hombre, y la debilidad para asumir sola una existencia, se condensa aun más si observamos que cuando despierta de su rapto, durante el cautiverio, también “una ola de locura atravesó sus ojos” (83), aunque esa vez, ella tuviera recursos para superarla.

De la cuestión indios a la cuestión social

La representación de prácticas y modos de organización sociales premodernos como elementos regresivos se relaciona con un malestar real para la época, y se corresponde con una etapa más ofensiva por parte del estado nacional respecto de su relación con los indios. En efecto, ciertas investigaciones de la antropología⁴³² muestran que durante el período colonial y hasta mediados del s. XIX, la relación con las poblaciones originarias se había caracterizado antes por la negociación y el intercambio que por una ofensiva aniquiladora. En cambio, después de 1885, al concluir la campaña roquista, se abandonan esas estrategias (los pactos son vistos como agraviantes, como surge del fragmento citado en una nota anterior) para dar lugar a una acción de policía del desierto, que trajo como consecuencia una generalización de estrategias como los malones, por parte de las poblaciones indígenas. Según Walter Delrío, que analiza las campañas del desierto como parte del proceso de construcción y consolidación de los estados-nación,

Desde el punto de vista estatal la 'cuestión indígena' era básicamente entendida como un problema de tierras y grupos humanos organizados en tribus. Al mismo tiempo que el estado construía su territorio se planteaban proyectos de disolución del orden tribal y la utilización productiva de los indígenas fuera de dicho orden. En este contexto de acciones militares se impuso un discurso que homogeneizaba y 'salvajizaba' a los pueblos originarios más allá de las historias particulares de cada uno de ellos. Si bien se mantuvieron voces discordantes, se constituye como hegemónica la idea de la misión civilizadora como valor universal, a partir de la cual bastaba la condición de preexistencia de dichos pueblos para su categorización en términos de inferioridad racial, cultural y social.⁴³³

Teniendo en cuenta ese contexto político, puede decirse que en "El malón", aparece cierta indecidibilidad en la enunciación, entre el sentimiento de imposición inevitable de modos modernos de organización comunitaria (acatar las "Leyes de la República") y una justificación algo legitimante de la estrategia de resistencia defensiva de los indios que se lee en la voz, introducida en discurso directo por el narrador, del indio Sitlán, raptor de la joven René e hijo

⁴³² Cfr. Nacuzzi, Lidia, (comp.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

⁴³³ En Delrío, Walter. En Nacuzzi: 216.

de un cacique que había sido fusilado por los soldados de la República": no se criminaliza su accionar, contrariamente al discurso político-militar hegemónico, como puede constatarse en el siguiente pasaje:

Entre tu raza y la mía, dijo el cacique, como si hablara más que para René, para su propia conciencia, hay grandes rencores acumulados. *Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus ciudades en formación.* No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios. Pero ahora que me siento atraído hacia ti [...] quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida. Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto a la naturaleza virgen, el último secreto de lo que fue ... Tú eres de otra esencia. Pero te adoro (89 – cursiva nuestra).

Por un lado, vemos aquí que el modelo societario tiene en la ciudad su símbolo más representativo, en la medida en que allí reside una diferencia radical respecto del modo de vida nómada de las poblaciones originarias, desde la empresa colonizadora, al menos en el Río de La Plata, tal como ha analizado, por ejemplo, Ángel Rama.⁴³⁴ Por otro lado, la indecidibilidad antes mencionada toma la forma, en la construcción melodramática del amor no correspondido que experimenta el joven Sitlán (véase, por ejemplo, el detalle que simula el monólogo interior, en la observación respecto de que el indio parece hablar para sí).

Antes de abordar otras configuraciones, conviene señalar aquí también la presencia de esta suerte de estructura del sentir (Williams) del tránsito y la transición. La misma se caracteriza por una tensión entre descripciones de una pampa salvaje aunque sometida a una voluntad político-militar de asentar (ordenar el espacio, construir poblaciones sedentarias, fijar fronteras) propia de la campaña del desierto,⁴³⁵ y las representaciones en movimiento abrupto, en tránsito, que revelan un imaginario marcado en las ficciones por las alusiones a los cambios urbanos, a la anexión de barrios a la Capital, por descripciones biologicistas de la ciudad como hormigueo, ebullición, o por alteraciones de

⁴³⁴ Rama, Ángel, *La ciudad Letrada*, ver Bibliografía.

⁴³⁵ Que, como vimos, respondían a un programa necesario para el avance y consolidación del modelo económico capitalista de la oligarquía argentina, que implicó en su última etapa la puesta en el mercado de las tierras ganadas a los indígenas, y la incorporación de las poblaciones indígenas como fuerza de trabajo (con, señala W. Delrío, deportaciones masivas desde la Patagonia, para servir de mano de obra para la zafra en el Norte, la marina, el servicio doméstico, la industria vitivinícola de Cuyo).

las costumbres aldeanas por parte de las jóvenes generaciones (que huyen del seno familiar).

Esto aparece en el cuento "La lechuza", que cruza de una manera llamativa una ficcionalización de la *cuestión indios* y la representación de la ciudad como refugio de sujetos en fuga respecto de la rigidez de las costumbres rurales. Ya señalamos al comienzo, que el cuento incluye una perspectiva crítica respecto de ciertos males de la vida moderna, sobre los que volveré más adelante. Este cuento propone otra indagación del universo indígena, que esta vez se centra en la dimensión mágica⁴³⁶ aplicada a lo real propia de esta cultura.

La presencia de lo indígena se representa, tanto a nivel ficcional como en el discurso del narrador, en conflicto respecto del modo de vida dominante basado en el modelo de civilización occidental y urbano. Pero tal como sucedía en otros relatos, a esto se suma un segundo conflicto (sentimental y que confronta a dos generaciones) que pone en escena el carácter transicional que tiene el modo de vida pampeano imaginado, respecto de una orientación *necesaria* hacia los procesos de modernización cuyas consecuencias las narraciones perciben no sólo a nivel material sino a nivel cultural y moral (de allí la atención puesta en las costumbres y su modificación). Sin duda, esta representación conflictiva refleja la matriz discursiva evolucionista de la época, y hasta cierto darwinismo social, como veremos luego.

Al igual que en otros relatos, el título tiene como referente a estos sujetos, aunque la india apodada Lechuza no sea la protagonista del relato. En efecto, su aparición en la historia se sitúa sobre el final, produciéndose un efecto acechante y sorpresivo dado por la dilación que se establece entre su evocación en el título y la aparición de la Lechuza en el desenlace, cuando

⁴³⁶ Tomamos el concepto del análisis de María Paula Iruña en "La visión de los indios respecto de los 'cristianos' y 'huincas' en el norte de la Patagonia, siglos XVIII y XIX", quien se basa en los trabajos de Nathan Watchel. Dice Iruña que la dimensión mágica constituye un aspecto de la visión respecto a los cristianos: "La realidad es percibida según la visión del mundo de cada sociedad que está regida por una lógica cultural particular. Los acontecimientos novedosos que exceden esta lógica se asocian al ámbito de lo sobrenatural constituyendo un esfuerzo de racionalización que intenta comprender la presencia de lo extraño" (Nacuzzi et al: 275). Iruña sostiene que mientras en las fuentes del s. XVIII no se registran características mágicas asociadas a los españoles, en las de fines del s. XIX, en cambio, "aparecen con mayor frecuencia menciones al carácter sobrenatural de los 'cristianos' y de los objetos asociados a ellos". Según ella, la interpretación mágica también está asociada a la desconfianza hacia los 'cristianos' sobre los territorios indígenas y el robo de sus riquezas.

ésta irrumpe. Allí su visión sobrenatural pasa a ocupar el primer plano del relato. El comienzo del cuento, en cambio, está marcado por una presentación de la familia Jiménez y de las costumbres modernas incorporadas de un modo que se evalúa como abrupto y excesivo. La alusión a la lechuza recién aparece en el relato con el primer signo de conmoción del orden social, dado por la fuga del hijo de Jiménez con la criada alemana, y su desobediencia a la ley paterna que lo había enviado a casa de unos familiares al descubrir la relación:

Desde la fuga de Raúl la propiedad parecía estar bajo la influencia de los espíritus malos. Esta era, por lo menos, la opinión de *La Lechuza*, una india más que centenaria que había asistido a las guerras de independencia y que los Jiménez habían encontrado en aquel campo cuando lo adquirieron. *La lechuza* vivía en una pequeña choza, perdida entre el maizal, y divertía en sus buenos ratos a los peones con historias fantásticas e inverosímiles, donde se mezclaban

los recuerdos y la superstición. Pero esta vez sus afirmaciones comenzaban a inquietar...

- Está hechizada la hacienda [...] Si Dios no nos ayuda nos vamos a morir todos aquí de repente.... (33)

La india, como se ve, forma parte de la tierra y proviene del pasado, dos atributos que confirman el modo en que la representación del campo está asociada a formas de organización social arcaicas y superadas en el presente en que se sitúa la acción. Es la única que ha conseguido mantenerse al margen del proceso civilizatorio, lo que se desprende de la alusión a su modo de vida. En cuanto a los peones, “predispuestos a creer en todo lo maravilloso” (33), prestan oídos a la descripción detallada de los signos del hechizo, conducta que da lugar a una explicación científica por parte del narrador.⁴³⁷ Cuando especifica los efectos del presagio en estas “mentes primitivas”, el narrador no olvida mencionar que uno es mestizo, el otro indio, etc. Así, el cuento pone en escena la visión mágica atribuida a la cultura indígena, desde una perspectiva mediada por el positivismo. Sin embargo, la ficción asocia su surgimiento, representado como un despertar, a un momento de desequilibrio

⁴³⁷ “Cuando en una reunión de gentes primitivas cae una chispa de miedo a lo sobrenatural, todo se incendia. El escalofrío cunde, la imaginación se desborda y cada cual cree ver y sentir lo que se ha contado...Esto engendra nuevas supersticiones y de fantaseo en fantaseo se crea una atmósfera de maravilloso que acaba por enloquecer a todos” (Ugarte: 23).

interno al mundo civilizado (el desencuentro generacional entre valores desprejuiciados y libres de los jóvenes y conservadurismo y tiranía del padre).

De alguna manera, si el peligro de regresar a visiones del mundo más *primitivas* está al acecho, la causa de una involución, o al menos el elemento susceptible de activarlo, no reside allí sino en desencuentros originados en los sectores civilizados de las sociedades en proceso de modernización: así se entiende la insistencia en la descripción de Jiménez como sujeto perteneciente a la clase dominante que se resiste a una evolución de las costumbres y del modo de relación feudal que mantiene con las clases desposeídas. Esto deja entrever el modelo de progreso en el pensamiento de Ugarte, basado en un socialismo con rasgos de reformismo social, en tanto la conducta del propietario rural es valorada negativamente mediante la mirada distanciada del narrador.

Los diversos signos sobrenaturales dan lugar a una “leyenda pavorosa” según la cual el hechizo había nacido por culpa del amo, al haber desheredado a su hijo. A estas dos voces se suma la introducción en el relato, de la voz de Jiménez, mediada por la del narrador que califica su mirada:

Su ignorancia relativa le hacía mirar con mayor desdén la ignorancia de aquellas gentes. Una vez [...] se desató en injurias. ¿Qué sabían aquellos brutos de las cosas de la vida? Vivían como las bestias, sujetos a miedos irrazonados. Que no empezaran a molestarle, porque sabría castigar...(24)

No cabe duda de que se señala culpable de la situación conflictiva a Jiménez y no a los hijos o a la *servidumbre* (la mucama alemana y el peón indio). Por el contrario, estos últimos sobresalen de los de su clase por virtudes como la inteligencia, la buena disposición, la belleza y los modales, lo que explica para el narrador su asignación a tareas privilegiadas, más en contacto con los amos.⁴³⁸ Ambos son jóvenes, lo que permite entrever que allí es donde Ugarte deposita sus esperanzas: en sujetos más libres de ataduras morales por su corta edad, pero con rasgos más *aptos*, que se “hacen notar”. Ciertamente el darwinismo social está presente aquí, dado por la detección de individuos que sobresalen del grupo, más *aptos* para desenvolverse en el mundo más

⁴³⁸ En este sentido, sostiene que “Ambos gozaban de una situación intermedia entre el criado y el pariente pobre. Se les consideraba lo suficiente para conversar con ellos, pero no se borraban las distancias, y más de una vez la voz autoritaria de Jiménez les recordó su esclavitud” (12).

complejo o sofisticado que supone la vida de sus superiores, más allá de su origen de clase. Esto se continúa en la figura de los hijos de Jiménez que “se reían de aquellas máximas añejas y desmentían la ceremoniosa gravedad del padre”. Explica entonces el narrador:

Quizá fue esa educación [dada por el padre], quizá los misteriosos impulsos que el destino pone dentro de nosotros; pero es lo cierto que Julia y Raúl estaban destinados a frustrar las esperanzas de su padre. Se sentían molestados por el ambiente en que se desarrollaban. Raúl hubiera querido partir inmediatamente hacia Buenos Aires, no para estudiar, como era el proyecto de Jiménez, sino para hacer vida libre y accidentada en la capital populosa (13) .

Esta intervención revela varias cuestiones. En primer lugar, la doble justificación, por cierto contradictoria, de la ruptura de los hijos respecto de las expectativas de su progenitor. La primera introduce un aspecto del ambiente, el exceso de autoritarismo y la rigidez de las convenciones. La segunda razón remite a un elemento de tipo espiritualista, propio del imaginario finisecular y que también se puede leer en la alusión al malestar de estos jóvenes, ahogados por el ambiente. En segundo lugar, Buenos Aires aparece como el lugar en el que estos jóvenes podrán liberarse del universo arcaico y conservador pero sobre todo, como el ambiente que permite a los jóvenes soñar un porvenir, puesto que constituye un lugar de proyección futura más acorde con su sensibilidad. Como si allí pudiera alcanzarse una armonía entre la interioridad y el medio. No es el caso del padre que ve en la ciudad un medio para cultivar el privilegio de clase que suponen los estudios, que son también un modo de conservación o incremento de capital.

Las representaciones divergentes de la ciudad también confrontan a las generaciones, configuración ficcional a través de la cual puede leerse el modo en que Manuel Ugarte experimenta e imagina el impacto de los procesos de modernización en la Argentina. Entonces, puede entenderse la extensión que ocupan las cuatro primeras páginas del cuento, que el narrador dedica a introducir con tono generalizador el modo de vida de un propietario rural para quien “los rendimientos de la hacienda, cada día más próspera, permitían librarse a las larguezas” de una “vida nueva de despilfarro”. Toda la narración tiende a establecer un contraste entre el hecho de que este ganadero bonaerense esté inmerso activamente en el progreso económico y encuentre

altos beneficios en ello, y el hecho de que la vida más “moderna” adoptada en lo material no redunde en una flexibilización o modernización de su universo de valores y creencias, lo que puede verse en el modo en que Ugarte se detiene en el rechazo de la vida porteña por parte de Jiménez:

Los criadores ganaban lo que querían y uno de los más poderosos era Jiménez, que empleaba doscientos peones y que, en sus vastas tierras cercadas, según la costumbre del país, con alambre, amontonaba fabulosas cantidades de caballos, vacas, carneros, que se multiplicaban sin cesar y constituían una riqueza incalculable. Jiménez, que había confiado la administración de la hacienda a un capataz de confianza y sólo ejercía una vigilancia superior, era un hombre un tanto rudo, más bien hosco que tímido, que se encontraba muy a gusto en el campo. Bahía Blanca, donde todos le conocían y le miraban con respeto, bastaba para sus necesidades sociales. A Buenos Aires iba pocas veces, por dos razones: porque el viaje era largo y penoso y porque le intimidaba la vida de la que ya empezaba a ser una gran ciudad. Jiménez era, en apariencia, afable y compasivo con sus inferiores; pero en el fondo tenía ese arcaico orgullo y esa idea exagerada de la superioridad del rico sobre el pobre que en América es un mal atávico difícil de remediar. Sin embargo, pasaba por ser un buen amo y, satisfecho de su suerte, seguía su vida sin tropiezo (11 –subrayado nuestro).

Si comparamos el campo que aquí se describe con otras representaciones presentes en los demás cuentos, vemos que éste se corresponde más a la realidad rural de comienzos del siglo XX, a tal punto de que en él se registran aspectos ligados al sistema de producción agrícola-ganadera en auge, descriptos con gran énfasis: el proceso acelerado e hiperbólico de acumulación de ganancias, o la variedad y cantidad del ganado.⁴³⁹ La narración sugiere que según la perspectiva del estanciero, éste puede prescindir de la gran ciudad por el conservadurismo de sus creencias. La ciudad en cambio, es fuente de peligro o de desestabilización. Paradójicamente, las transformaciones materiales que provienen del campo son inmensas pero tolerables, para el estanciero, mientras que éste se imagina poder mantenerse al margen de otras transformaciones en el orden moral o

⁴³⁹ Remitimos al análisis de Beatriz Sarlo en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988, y en los datos que la autora consigna basándose en los trabajos de Jorge Sábato. Allí señala Sarlo que después de 1900, los procesos de modernización agraria eran evidentes y profundos. El presente del cuento de Ugarte, entonces, remite seguramente a la década de 1890 (teniendo en cuenta el mecanismo de retrospección antes analizado), momento de desarrollo del modelo económico de producción agrícola-ganadero, de allí el énfasis puesto en la acumulación desmesurada de ganancias.

cultural. Si atendemos a los sucesos del cuento, puede decirse que éste funciona como refutación de la creencia de Jiménez, poniéndose en escena el carácter retardatario, tercaamente regresivo de la clase oligárquica en su sistema de valores. De alguna manera, el cuento despliega una ilusión liberal que entra en choque con los sectores dominantes de la sociedad argentina.

Así se entiende el panorama general de la sociedad - situado en una perspectiva que abarca a toda América- con que el narrador abre el relato. En él aparecen los tópicos posteriores a la crisis del '90, en particular, como ha analizado Oscar Terán a propósito del joven Ingenieros, el antimaterialismo y cierta fuga hacia el moralismo.⁴⁴⁰ En el panorama inicial, el narrador tiende a mencionar, desde una perspectiva moralizadora, los efectos superficiales y derivas consumistas del progreso, lo cual contrasta con la suerte de esta familia que el cuento sugiere no ha conseguido una evolución moral hacia un modo de vida moderno más libre respecto de las convenciones sociales y de la rigidez en las diferencias de clase:

La 'estancia' de los Jiménez era una de las más hermosas de la región; su casa, la mejor construida y su carruaje, el mejor puesto. Porque ya empezaba a reinar en América ese afán de lujo que tantos males causó más tarde. Las familias acaudaladas, que en los comienzos habían hecho una vida modesta y laboriosam se tronaban, desde hacía algún tiempo, disipadoras y amigas de todo esplendor, ganadas como estaban por las costumbres modernas que los viajeros traían [...] de Francia [...]. Los Jiménez entraron también en la nueva corriente (9-10).

Se impugna así el parasitismo burgués presente en el afán materialista de las familias acaudaladas del país. Si tenemos en cuenta el recaudo del estanciero en otras cuestiones que trascienden lo material, no podemos sino leer el desarrollo de la historia como una advertencia: las costumbres evolucionan, la complejización del modo de vida y el aumento de las riquezas de un estanciero no pueden mantenerse al margen de evoluciones mentales que redunden en una ruptura de rigideces jerárquicas y en un debilitamiento de las desigualdades. Aquello que el discurso del narrador identifica como "la

⁴⁴⁰ Cfr. Oscar Terán, "José Ingenieros o la voluntad de saber", en *La ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 52-53.

vida”.⁴⁴¹ Cuando esto no se produce, debido a la necedad de Jiménez (con sus “ideas muy arraigadas sobre las diferencias sociales” y diciendo que las “jerarquías son necesarias” –12), los efectos son devastadores, y la *cuestión indios*, con marcas claras ya de *cuestión social* (una peonada que se amotina) se imagina como inevitable. El cuento afirma ficcionalmente que es en esos momentos cuando los indios, sometidos ya al modo de vida “cristiano”-occidental y devenidos en fuerza de trabajo del capitalismo agrario, regresan a sus identidades originarias y destruyen todo orden social.

Tal vez este relato sea más moderno que otros, en tanto el conflicto se da menos a causa de fuerzas telúricas presentes en la raza cuya representante es la Lechuza y otros indios convertidos en peones (aunque algo de esto aparezca), que por elementos conservadores presentes en la propia civilización, y simbolizados en la ideología de Jiménez. Así debe entenderse la frase pronunciada sobre el final que atribuye el asesinato de Jiménez, en una mezcla de interpretaciones sobrenaturales y políticas, a “la maldición del país”. En otras palabras, la barbarie retornará si la clase dominante no abandona prácticas autoritarias, ni flexibiliza su moral clasista. La ficción lo afirma con la descripción del ataque al casco lujoso de la estancia por la horda de aquellos “hombres primitivos que sintieron en sus espaldas como un zigzag de barbarie”, llenos de “odio” ante la muerte del que estimaban y consideraban como “un caudillo”, términos de otra época que remiten al modo en que la tradición liberal representaba a las multitudes rurales.⁴⁴²

Dos conflictos y dos finales para este cuento: en efecto, el cuento no termina con la fuga del primogénito ni con el asesinato del subordinado sino con una desobediencia colectiva, la insurrección que se origina con el abuso de autoridad del amo que mata injustamente a un peón.

⁴⁴¹ Obsérvense, como prueba, estos dos comentarios del narrador: 1) “Jiménez [...] estaba tan seguro de su autoridad, tan convencido de que nadie podía resistir a sus órdenes, que no se inquietaba en lo más mínimo. Según él, Raúl y Julia eran dos chicuelos caprichosos a quienes él sabría hacer felices. Que se dejaran conducir. Lo demás corría por su cuenta...”)Op. Cit., p. 13). 2) “La autoridad de Jiménez no podía llegar hasta el punto de detener e inmovilizar la vida” (p. 17), a propósito de los encuentros a escondidas de Raúl y Julia con la mucama y el indio.

⁴⁴² Aparecen asimismo metáforas que asocian el retorno de la barbarie con la noche, que ensombrece y torna misteriosos a los campos.

Habitantes marginales de la ciudad pampeana: indios asimilados, indios rebeldes.

Otro cruce que la ficción construye entre, como dije anteriormente, la *cuestión indios* y subjetividades situadas en la transición entre la pampa y la gran ciudad, en este caso por haber escapado del hogar, aparece en "Rosita Gutiérrez".

Se repite la estructuración inspirada en la narrativa naturalista, en tanto el cuento se abre con un comentario general acerca de las costumbres amorosas de los jóvenes, desde un presente que establece una distancia breve respecto del momento en que transcurren los hechos narrados. Este mecanismo encierra un gesto optimista pues tiende a descartar toda simultaneidad de los sucesos con del presente. El narrador precisa que la casa de la familia Gutiérrez se encuentra en las afueras de la ciudad, y pasa a describir su interior con los detalles convencionales (recorriendo los zaguanes, el patio, las habitaciones alrededor del mismo, describiendo las ventanas enrejadas).

Cuando pasa a la caracterización de los personajes que conforman el triángulo familiar, el primer comentario del narrador responde a la retórica del eufemismo, siendo altamente revelador de su perspectiva ideológica, en tanto el mismo pone de manifiesto el impacto en el imaginario de la clase criolla tradicional, de los cambios dados por la emergencia de nuevos sujetos antes ignorados, en este caso, aquellos de origen indígena que habían adoptado formas de vida sedentarias y cristianas. En efecto, en lugar de aludir abiertamente al carácter de recién llegada de la familia Gutiérrez a una clase superior en términos de capital económico, el narrador la define como desconocida, lo cual revela su condición de advenediza ante los habitantes del Tandil (el padre de Rosita, se dice, "había ganado algún dinero regenteando una estancia", ocupaba los primeros cuartos de su casa colonial y alquilaba los de atrás). Examinemos el comentario:

Los Gutiérrez venían de quién sabe dónde y nadie sabía decir en el pueblo cuál era el origen de su familia, ni de dónde habían sacado el apellido. Pero don Pedro Gutiérrez, que era un indiazo gordo, cachazudo y bonachón, no había tardado en granjearse las simpatías de los vecinos. Su cara redonda y cobriza, sus ojos vivos, sus cabellos duros y cortados al ras, su vestimenta cuidada, su actitud prudente y su risa abierta, le daban ese aspecto campechano y enérgico que tanto agrada en aquellas regiones. Su

mujer era, en cambio, poco simpática y las gentes del Tandil estaban de acuerdo para murmurar contra ella. Le reprochaban su gesto adusto, su actitud desconfiada, la brevedad de sus respuestas y la hosquedad con que evitaba hacer intimidad con las vecinas. Algunos le atribuían un carácter envidioso y reconcentrado; otros, una maldad contenida que acabaría por estallar (125-126 –subrayado nuestro).

Ahora bien, hay que tener en cuenta que este comentario aparece sólo después de que la descripción generalizadora ha representado a la familia como si se tratara de cualquier familia criolla, a pesar de que su bienestar sea reciente. De este modo, puede inferirse que en la visión del narrador, el bienestar económico puede confundir respecto de la posición social, pero no la connotación del apellido ni la ausencia de un pasado (éste no existe en la medida en que todos lo desconocen). Esto también se desprende de los epítetos atribuidos al padre, en el fragmento transcrito: señalan el origen racial, y remiten a las representaciones del indígenas en términos de infantilismo o ingenuidad, a la vez que el adjetivo "cachazudo" delata dos *vicios* atribuidos a la raza y a las clases subalternas: el alcoholismo y la flema. Con todo, la caracterización no resulta negativa al punto de que recibe el apelativo de *don*, lo que revela su pertenencia a la clase acomodada.

La contraposición con su esposa introduce un primer conflicto, dado por dos tipos de relación entre los criollos y aquellos indios que han abandonado su modo de vida nómada. Mientras Pedro Gutiérrez se ha sometido a la forma de vida impuesta a su raza, su esposa, que no es designada por su nombre ni por un apelativo sino como "india semisalvaje", es vista como una extraña por las "gentes del Tandil", cuya focalización complejiza los niveles narrativos, agregándose a la del narrador (que funciona como focalizador externo a la fábula). Se construye así una oposición entre, por un lado, el indio asimilado, y por el otro la india rebelde. Nuevamente, el narrador nos sitúa en la etapa posterior al avance "civilizatorio" sobre las tierras de los indígenas, y lee, a través de un conflicto surgido en el propio núcleo familiar, la modernización inacabada y los elementos involutivos que ponen resistencia a un progreso concebido como inexorable.⁴⁴³ Ahora bien, resulta interesante tener en cuenta

⁴⁴³ Por eso se dice de esta india que "A veces sentía nostalgia por su pasado...La vida nómada y accidentada de la tribu guerrera donde vivió sus primeros años se le aparecía como la más feliz. Su familia había quedado allá, en las vastas extensiones que se abrían al Sur, lejos de

que si bien la descripción de la *india semisalvaje* revela la estigmatización propia de la clase dominante respecto de los dominados, la perspectiva del narrador no reproduce del todo la criminalización de los indios rebeldes en tanto introduce una argumentación justificatoria de la "timidez" de la india, explicándola por "lo que ella creía los desdenes de sus convecinos", así como una toma de distancia que asoma por momentos, respecto de ciertas prácticas conservadoras de las instituciones militar y eclesiástica (como se lee en el fragmento que transcribimos a continuación y en nota a pie).

El segundo conflicto que, como se verá, mantiene con el primero una relación de causa-efecto, se centra en la hija y la opone a su madre, para dar lugar al desenlace trágico. Rosita es una joven *acriollada* cuyo carácter el narrador explica por su origen:

...había heredado, *naturalmente*, mucho del carácter de su madre. No porque quisiera volver a la tribu, que harto coqueta y orgullosa se mostraba para renunciar a aquel *comienzo de civilización*, sino porque en su carácter violento y apasionado había grandes baches que la educación no había podido llenar. Y por ellos se escapaba no sé qué vahos de insurrección y de independencia que desentonaba en aquel medio donde todo estaba reglamentado por el militar y por el cura (126-127).

Se señala de su pretendiente el origen social, su contacto con las instituciones de poder en la zona, y su linaje, que proviene de los "primeros civilizadores, [siendo] un hijo de la conquista". En el relato, sin embargo, ocupa el rol del villano que hace *dar el mal paso a la indiecita*. Una vez más, tanto la perspectiva del narrador respecto de esto, como el desenlace imaginado, revelan la indecidibilidad que caracteriza a la narración, respecto del proceso de sometimiento de las poblaciones indígenas, y respecto de las nuevas formas de vida urbana surgidas de la modernización de la sociedad. El narrador no parece compartir los valores de la sociedad del Tandil a la que llega a calificar de "semicivilizada". Como se ve, el medio resulta difícil de modificar, y también la *raza* evoluciona con dificultad.

toda población y toda ley, en medio de la pampa libre. Su alma indómita se ahogaba en la aldea pequeña, donde todo estaba sometido al capricho de algunos colonos blancos y del jefe que mandaba la guarnición. Hubiera deseado huir por los llanos salvajes calcinados por el Sol. Así es que, cuando oía alguna historia de cuatreros (1), parecía que todos sus atavismos se le salían por los ojos" (126).

En otras palabras, la barbarie se origina aquí en el avance civilizatorio, mientras que ciertos elementos de civilización, como el consumismo acarreado por la diversificación de los sectores productivos, el autoritarismo de las instituciones de gobierno, el conservadurismo de la moral encierran en sí factores que debilitan el progreso social. Estos focos de contaminación internos ponen de manifiesto, una vez más, una evaluación crítica de los efectos modernizadores del proyecto liberal.

La oposición entre indios asimilados y marginales reaparece en "El curandero", pero esta vez la conducta del indio rebelde que se convierte en criminal, está explicada ficcionalmente por su simbiosis con el medio⁴⁴⁴, por la unidad que constituye con la naturaleza pampeana. En efecto, no sólo muere el "indio bueno" a manos del indio calladamente rebelde sino que éste último se salva del tiro que dispara la mujer de la víctima porque logra escapar por la pampa, amparado por la noche y la *extensión*.⁴⁴⁵ De este modo, queda demostrado que aún falta un tramo para alcanzar el progreso cabal de la joven república argentina, que sin embargo está orientada indefectiblemente hacia una evolución superadora. Una vez más, el conflicto aparece configurado en la imagen del tránsito, en tanto en el desenlace, el fugitivo se desplaza por una naturaleza que lo encubre, cifrándose de este modo el carácter problemático de un sujeto sometido aunque no asimilado (ninguno de los dos indios pertenecen a una tribu rebelde ni a la población de Tapalqué; sin embargo, su vida nómada ha quedado atrás, en tanto viven sedentariamente en las afueras de esta población cristiana, aunque compartan en silencio rasgos identitarios con su etnia).

Ugarte lee en ese devenir modernizador inconcluso una clave de la cultura latinoamericana. Eso revela además que no es en la naturaleza salvaje en sí donde el escritor se detiene sino en sus entrecruzamientos con la sociedad urbana, un mecanismo que puede inscribirse en una de las operaciones con las que Ángel Rama define la intervención de los intelectuales de la *ciudad letrada* durante la modernización, a saber la "extinción de la naturaleza y de las culturas rurales" a través de la integración del territorio

⁴⁴⁴ Esta simbiosis está simbolizada, en varias ocasiones, por la metáfora del centauro para referirse al indio a caballo.

⁴⁴⁵ La frase que cierra el cuento lo revela nítidamente: "Era la fuga de la barbarie por los campos sin límites, que extendían su silencio como una eternidad" (Ib. 151).

nacional bajo la norma urbana capitalina.⁴⁴⁶ Por eso, no encontramos ningún relevamiento sobre el habla de los indios, a excepción del léxico (tarea más cercana a la filología de inspiración romántica que al relevamiento etnográfico de un Zola respecto del francés hablado y popular), y ninguna incursión en el género gauchesco, en tanto Ugarte parece estructurar su abordaje de la pampa según un patrón evolucionista que lo lleva a detenerse en aspectos generales como el medio y la raza.

El cuento también se abre con una introducción descriptiva respecto del ambiente, donde se insiste en la ubicación periférica de los personajes indios respecto de los centros urbanos, en el entorno natural que rodea al personaje de Benito Marcas, el curandero, y finalmente, en la vivienda (el "*mate*", las gallinas, un caballo). A esta le sigue una descripción -de tono naturalista- de los rasgos físicos de las "familias de harapientos" y de sus hábitos y *caracteres*.⁴⁴⁷ El texto delimita con un apartado y una línea el comienzo de la fábula. Antes de ese inicio, el narrador contrapone las ideas de los dos indios que luego se enfrentarán, por su grado de aculturación y por el modo en que evalúan el accionar de los malones. Cabe notar otro elemento propio de la retórica naturalista, en la visibilidad que adquiere la intención científica, podría decirse, inherente al narrador:

Los ojos de Juan Pedruzco resplandecían de gozo. Benito Marcas veía el *malón* (1) con enfado y explicaba en su jerga semiespañola que aquellas luchas eran criminales y que valía más tener juicio" (143).

Esta introducción que anticipa el conflicto central, se cierra con una referencia a las prácticas laborales de cada uno de ellos y en particular al saber en botánica del curandero, cuyos "cocimientos" "los campesinos preferían [...] a las drogas de la farmacia porque imaginaban en aquell[o]s no sé qué extrañas virtudes de brujería". En este comentario, la mirada científica del narrador se revela en la interpretación diferenciada respecto de la de los

⁴⁴⁶ Cfr. Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación A. Rama, 1995, cap IV. Rama sostiene que los intelectuales trasladaron "la naturaleza a un diagrama simbólico, haciendo de ella un modelo cultural operativo donde leer, más que la naturaleza misma, la sociedad urbana y sus problemas, proyectados al nivel de los absolutos. Lo hicieron sagazmente los dos mayores poemas de la modernización, Rubén Darío y José Martí, quienes construyeron estructuras de significación, más engañosamente estéticas en el primero y más dramáticamente realistas en el segundo" (70).

⁴⁴⁷ "Y los *grupos* llenos de *resignación*, sentados en círculo alrededor de la lumbre, conversan *perezosamente*, absorbiendo por cánulas de metal el jugo oloroso de la hierba *mate*" (142, subrayado nuestro).

indígenas, acerca de los poderes sanadores de las plantas, pero valorizante y reconstituyente del elemento positivo de dicho saber, que desplaza los aspectos mágicos de las costumbres médicas en cuestión.

La tensión es llevada hasta el paroxismo, a medida que avanza la acción que va confrontando cada vez más a los personajes, cuya experiencia de vida y prácticas cotidianas, sin embargo, no están opuestas de un modo absoluto. En efecto, la narración presenta colectivamente a los indios (se habla de "los hombres", "las mujeres", "los niños"), viviendo en sitios similares, vistiendo ropas semejantes, o dedicándose a sus oficios, pero siempre dentro de la frontera. Ya han abandonado las formas de vida originarias de la tribu.⁴⁴⁸ El conflicto no se origina entonces entre nómadas y sedentarios sino en el plano de sus ideas y sentimientos respecto del modelo de civilización occidental y moderno, aunque los dos personajes se encuentren en situaciones concretas comparables. Cuando se particulariza la perspectiva sobre estos indios "vencidos", los rasgos de Benito Marcas y de Juan Pedruzco serán contrapuestos:

[B. Marcas] no tenía como su vecino Juan Pedruzco, esa irritabilidad que, a pesar de todas las tiranías, subsiste aún en algunos, como una reminiscencia de la bestia libre. El carácter de Juan Pedruzco era desconfiado y quisquilloso; el de Benito Marcas era franco y afable. Este se había dejado ganar por la civilización, resignado a su papel de vencido; aquél conservaba sus cóleras (142).

Así, el indio resignado es el que tiene modales acordes con las reglas de civilidad y por eso se rige por la razón, mientras que su semejante y rival es víctima de sus pasiones (cólera, celos, deseo de venganza). De alguna manera, éstas rebajan su humanidad, como si a mayor grado de civilización correspondiera una mayor capacidad de juicio y control de las pasiones, del mismo modo que en ciertas representaciones del desarrollo de la civilización, los centros urbanos se presentan avanzando sobre la naturaleza salvaje del campo.

⁴⁴⁸ Esto puede verse en el fragmento citado en la nota a pie anterior a ésta, en particular en el uso del sustantivo colectivo "los grupos". Además, resulta significativo que el único calificativo con connotación positiva atribuido al indio más rebelde, sea aquel que se corresponde con su carácter de fuerza de trabajo: se dice que "mientras tejía laboriosamente sus cinturones, Marcas erraba por la llanura recogiendo las raíces misteriosas que sólo él sabía distinguir" (143).

El cuento pone en escena una cuestión que ya antes había aparecido. Esta puede describirse en términos de una reflexión sobre la especificidad cultural argentina, entendida a partir de un sentimiento conflictivo o encontrado entre, por un lado elementos de barbarie romantizados, presentes en el campo (como la representación de fuerzas telúricas inherentes y arraigadas al medio - natural, rural-), que se viven como algo raigal, imborrable, inadaptado; y, por otro lado, una certeza de que la humanidad avanza hacia la luz, en un movimiento inexorable que resultará triunfante. Los primeros funcionan como fuerza involutiva, y se configuran en imágenes o situaciones en las que la raza indígena no logra neutralizarse. Están presentes por ejemplo en Juan Pedruzco, en Rosita Gutiérrez, en Sitlán, en la Lechuza y aparecen sin embargo transformados por los cambios externos, lo que revela el segundo término de la tensión, que está marcado por una presencia de elementos civilizadores en proceso de imposición: por eso las ciudades son en varios cuentos el destino y refugio para los sujetos en fuga, pero también el ámbito en que circulan los productos superficiales de la era capitalista industrial, a los que están asociados prácticas como el consumismo y la moda.

Fábulas de identidad en la larga duración

Para un Ugarte positivista y socialista a la vez, que aspiraba a un lugar de intelectual politizado, tanto de ensayista como de escritor y militante, el problema de cómo entender la cultura latinoamericana significaba ubicar el continente en el devenir universal de las naciones. Las representaciones de la pampa que he ido analizando remiten a estereotipos que circulaban en América y en Europa, en particular el aspecto salvaje e indómito del campo que no permite una vía libre al avance de las ciudades, se completan con un análisis economicista y evolucionista. En efecto, el autor concibe el desfazaje entre los habitantes originarios del campo y los de la ciudad proyectando sobre dicho desfazaje, coordenadas de sucesión temporal. Ubica entonces en el campo un modelo anterior y su consiguiente cultura, mientras que en la ciudad se ha impuesto la era capitalista como modelo de organización económico y social. Esta feudalización del campo pre-moderno, o este cruce entre campo y ciudad y dos etapas sucesivas de producción, pero también dos culturas, pueden leerse en dos aspectos, dispersos en los cuentos. En primer lugar, la

vemos en las representaciones modernas de Buenos Aires que he ido analizando. En segundo lugar, se registra una isotopía de la estructura feudal a lo largo de los relatos, que identifica las formas de organización social indígenas con dicho régimen. Encontramos por ejemplo que los caciques son designados como los “antiguos reyes de la pampa” o de “la región”; Sitlán, que lleva “los atavismos imborrables de una raza de luchadores”, ofrece a René convertirla en “reina de /su/ tribu”. En otro cuento, se dice de un indio capataz de mayordomo que es “nieto de los caciques de la dinastía charrúa”.⁴⁴⁹

Resabios bárbaros en la ciudad

Quisiéramos retomar ahora las ideas desarrolladas hasta aquí y someterlas, de un modo que será al mismo tiempo una conclusión respecto de lo dicho anteriormente, a la lectura de dos nouvelles posteriores a la primera edición de los *cuentos de la Pampa*: “La leyenda del gaucho” (1907) y “La sombra de la madre”(1908). Creo que estos textos fueron escritos a partir de un mismo horizonte ideológico y con elecciones estético-formales semejantes, aunque son divergentes en algunas decisiones de imaginación literaria. En primer lugar, ambos relatos se ocupan de la sociedad criolla, de allí que los panoramas descriptivos iniciales no varíen pero sí los sujetos examinados: ya no habrá indios ni mestizos, sino miembros de la élite y, como representante de los sectores populares, el gaucho. En segundo lugar, trazan un recorrido inverso, en tanto los personajes transitan por el territorio yendo esta vez desde la ciudad hacia el campo.

Al comienzo del trabajo, habíamos analizado que la visión retrospectiva apuntaba a señalar el aspecto reciente de los cambios acaecidos en la ciudad de Buenos Aires, y las consecuencias que se describían concernían sobre todo al crecimiento financiero, a los hábitos consumistas de productos suntuarios y al crecimiento demográfico. Si tenemos en cuenta la fecha de edición (1903) y la que aparece recordada en “La leyenda del gaucho” (1907), puede decirse que el presente de la enunciación del relato se corresponde con el presente empírico, desde donde el narrador nos reenvía 10 años atrás:

⁴⁴⁹ “Costura”, lb. 122.

Cuando Buenos Aires *no era todavía la ciudad grandiosa que todos admiran hoy*, sus costumbres conservaban cierto dejo de ingenuidad fresca y romántica, *que aún persiste en la memoria, a pesar del tiempo transcurrido* y de las maravillas que se han realizado después. *La fiebre moderna, el lujo ultraeuropeo y la gravedad anglosajona clasifican una evolución feliz de nuestro carácter y denuncian un avance portentoso de la colectividad; pero no consiguen destruir el encanto de nuestra primera juventud.* Porque han de saber los lectores que el cambio en cuestión data apenas de fines del último siglo. No es necesario ser abuelo para poderlo contar. [...] *en 1893, Buenos Aires era todavía una ciudad de segundo orden, cuya tendencia emprendedora, por grande que fuera, no dejaba adivinar tan portentoso porvenir.* Con el millón de habitantes vinieron después el empuje devorador, la tiesura y los automóviles (32).

La celebración del progreso es evidente, en tanto son juzgados positivamente los rasgos que se atribuyen tanto a la nueva Buenos Aires como a sus habitantes. Mejor dicho, la celebración describe indistintamente a la ciudad y a las costumbres con metáforas humanas o animadas (la fiebre, el carácter, etc.). Esto se acentúa por el énfasis que pone el narrador en el carácter de grata sorpresa que tuvieron las transformaciones exitosas y en el hecho de que es cosa indiscutible, pues “todos la admiran”. Sin embargo, el mismo fragmento contrapone el momento anterior y el actual en base a un criterio que dice largo acerca de la perspectiva ideológica de este hijo de un empleado de la clase terrateniente que es Ugarte. En efecto, más allá de la euforia, la “ingenuidad” y “frescura” de otrora se oponen a la “gravedad” o mejor, a la “tiesura”, que connota cierta artificialidad o falsedad. La naturalidad construida, de una sociedad en que todos se conocían y vivían serenamente sin afectación, ha adquirido otro estatuto, esta vez imaginario ya que persiste en la memoria, en un orden simbólico. Y ha sido reemplazada por una rigidez excesiva que reenvía a las representaciones literarias decimonónicas (hasta Proust) que oponen la soltura autoirónica aristocrática a la seriedad afectada del burgués. De alguna manera, el pasado reciente que Ugarte recuerda corresponde a las representaciones de la gran aldea de la generación del '80 que sigue siendo, simbólicamente, un mapa de usos y costumbres que traza fronteras culturales y de legitimidad simbólica en la nueva ciudad del millón de habitantes.

En “La sombra de la madre”, en cambio, el panorama general no es retrospectivo pero sí tiene como referente a “las revoluciones sudamericanas” y su impacto en la ciudad, de la que se describen las prácticas sociales más exclusivamente características: la política y la sociabilidad del club y de los *cafés*. Ahora bien, es poco lo que la representación del sublevamiento tiene de conmoción o trastocamiento. Esta mirada es coherente respecto de las imágenes de movimiento de la ciudad como efervescencia, “ebullición”, “colmena febril”, afines al paradigma del progreso que connota una marcha incesante y a la matriz evolucionista-biologicista. El texto menciona apenas el carácter movilizador de las revoluciones a las que alude y se limita a presentarlo como estallido para, en cambio, asociarlo a la interrupción, al cese del fluir activo de lo urbano, la parálisis, el silencio. Como si, además, vinieran a alterar la mayor conquista de estas jóvenes sociedades, esto es, las ciudades y su *presencia cultural*. La imagen de la ciudad que aparece no deja de ser utópica, al menos en la armonía de la vida cotidiana que se retrata:

Los que no han visto nunca una revolución en Sudamérica no pueden comprender lo que hay de trágico y de impresionante en esas bruscas movilizaciones de instintos y de cóleras *que interrumpen la actividad general y parecen agrietar la vida*.

Imaginaos una ciudad populosa, con sus almacenes sobre la acera, sus tranvías, sus vendedores de periódicos y *su actividad incesante y normal*. Los niños vuelven en grupos de la escuela; los carruajes se deslizan sobre el asfalto reluciente; las mujeres conversan y ríen de codos sobre las balaustradas y al beso del Sol de estío, *que parece extender sobre sus calles todo el oro triunfal de los conquistadores, la colmena febril se estira con la voluptuosidad de la juventud*.

Pero de pronto, un hilo de misterio difunde un malestar inexplicable [...] y en las calles abandonadas, sólo se oye el rumor impresionante de los tranvías eléctricos, que huyen, vacíos, rozando las aceras por donde se adelantan los últimos transeúntes apresurados (191).

Nada bueno puede traer una conmoción expuesta en semejantes términos. Eso quedará evidente en los sucesos imaginados para esta novela corta. Cuatro amigos que se encuentran jugando al *póker* en el *club* son sorprendidos por la noticia de un levantamiento en Santa Fe, cuyo apoyo en la provincia está en Temperley, y deciden involucrarse. Los mueve una aprobación del “manifiesto” que les llega, en el que se lee la necesidad de “alzar el edificio de un organismo regular” sobre “los escombros de la

corrupción” para “realizar el porvenir de la patria”. Lo que los resuelve es un deseo de luchar “como todos los jóvenes” por los ideales más altos”. Allí comienza un largo recorrido que comienza no en el club donde serían reconocidos sino en un café de los suburbios. El cruce desde la ciudad hasta el campo comienza en los arrabales y requiere ante todo otra vestimenta, de modo que los tres amigos que acudieron a la cita optan por un disfraz⁴⁵⁰ que les hará perder su urbanidad, con atuendos de gaucho: “un chambergo, un traje indeciso y un poncho”. Este es el primer indicio de la barbarie en la que estarán tanto más inmersos cuanto más se internen en el campo. La narración proyecta con procedimientos sobrenaturales las progresivas dudas del protagonista respecto de su aventura, y construye una escena de telepatía en la que la presencia de la voz materna cobra entidad. Esa voz, se convertirá en sombra que salvará a Maneco del fusilamiento, cuando su madre intercede ante los soldados que han derrotado a los rebeldes para convencerlos de que su hijo era prisionero de éstos.

El cuento pone en escena⁴⁵¹ el desengaño ante las “costumbres políticas” a partir de la ficción de un amor imposible con una habitante de Temperley, impedido por un capitán que encabeza la rebelión. El abuso de autoridad, la injusticia y la falta de humanidad de éste respecto de la joven Luciana, a quien quiere someter, convencerán al aventurero. Los rebeldes son ahora “muchedumbre desorientada e inorgánica”, aunque él sabe que el ejército regular entrará derribándolo todo, y vacila “entre las dos muertes”, o sea entre los dos bandos. A través del discurso indirecto libre, el narrador acompaña sus cavilaciones,⁴⁵² para luego retomar la voz propia y concluir:

Maneco tuvo la revelación de que aquella resultaba la síntesis de las revoluciones americanas. El deseo indeterminado de reformas era explotado por grupos políticos que se hacían una bandera del

⁴⁵⁰ Así lo nombran ellos mismos.

⁴⁵¹ Reenviamos, como en los demás relatos, a la síntesis del cuento incluida en el anexo.

⁴⁵² Así refiere el pensamiento de Maneco el narrador « ¿Y él ponía todos sus sueños juveniles de justicia y de verdad en esos en aquel partido? ¿Ése era el ejército destinado a reformar y purificar la patria? [...] Aquella no era más que una nueva horda de ambiciosos y de mandones que aspiraban a substituir a los que ya estaban en el gobierno...Con la ingenuidad de los veinte años, él imaginó que todo lo que había de malo en las almas y en las cosas derivaba de las autoridades establecidas, y que quienes declamaban en contra representaban las virtudes opuestas a esos vicios” (238). Por otro lado, la alusión al perdón del presidente recuerda el proyecto de C. Pellegrini (que en desde 1901 ya no pertenecía al Régimen aunque sí había sido quien en 1890 había derrotado la Revolución del Parque de Artillería) de amnistiar a los revolucionarios radicales de 1905.

descontento general y substituían a los otros en las alturas, sin más programa que la ambición (239).

El final feliz para los enamorados se cierra con la transcripción de una carta, en la que Maneco reitera su arrepentimiento y celebra la actitud del presidente que “ha perdonado a todos”. La idea que resuena es la de la necesidad de reforma, y de “transformar las costumbres políticas”. Parecen estar en el horizonte las revoluciones radicales del '90 y '93 que aunque fracasaron, profundizaron la crisis de la coalición del '80 que tuvo que enfrentarse a ese naciente movimiento popular. En el cuento, esto aparece a través del tópico del desengaño anterior y posterior a los sucesos, más allá de la oposición al partido gobernante.⁴⁵³ ¿Cómo entender, entonces, la impugnación de los rebeldes? Aquí vemos que a través de la voz del narrador, Ugarte interviene acercando a los dos sectores en pugna al compararlos en su mera ambición de poder y en la inexistencia de un programa que apunte a reformas sociales e institucionales. Su evaluación es coherente con la condena de la política criolla que también involucraba por aquellos años el Partido Socialista de Justo (Ver capítulo 3). Funciona activamente, además, la ideología reformista porteña del Centenario, que Natalio Botana analizó como años

en cuyo transcurso el problema derivado de la escisión entre un Estado oligárquico y una sociedad progresista hostigó a la clase gobernante porteña, puso en marcha el reformismo político y recreó en la sociedad urbana, sujeta a vertiginosos cambios, nuevos e inesperados conflictos. Si por un lado, la controversia de la clase gobernante se realizaba dentro de los límites conocidos, por el otro, la movilización social, las huelgas y los grupos de resistencia creaban un clima de amenaza otrora desconocido. En la confluencia de ambos movimientos -uno político y reformista, el otro social y resistente- habrá de situarse el empeño de reconciliación entre el Estado y la sociedad que culminó en 1912.⁴⁵⁴

⁴⁵³ Eso puede verse, tal como analiza Natalio Botana, en la confesión de Carlos Pellegrini en una carta a Miguel Cané, de septiembre de 1890: “La revolución más grande por sus elementos que jamás se haya organizado, fue vencida materialmente y triunfó moralmente, dando este resultado ideal: una revolución en la que triunfó la autoridad y la opinión al mismo tiempo, y no deja un gobierno de fuerza, como son todos los gobiernos nacidos de la violencia” (Citado por N. Botana en “Conservadores, radicales y socialistas”, en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, *Buenos Aires, Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Altamira, Buenos Aires, 1999, tomo 2.

⁴⁵⁴ Botana, Natalio, *Ibid*: 109.

La indagación sobre la identidad nacional se completa de alguna manera en los problemas de la polis moderna, de allí que la ficción gire en torno a la cuestión del destino institucional del país. Otra preocupación aparece en la “Leyenda del gaucho”, al poner en escena ciertos aspectos de la “cuestión social” e interrogarse sobre el impacto que tiene la nueva sociabilidad urbana sobre las costumbres y relaciones de clase en el interior de una sociedad que había alcanzado el progreso.

El conflicto amoroso es el marco ficcional a través del cual será leído el problema de la adaptación de los herederos de un orden primitivo simbolizado por el gaucho, a las pautas que rigen la vida moderna y en particular, otra clase social.

El panorama retrospectivo que hemos analizado antes, se continúa con una descripción detenida de San José de Flores, “hoy un barrio de la capital hormigueante y que por aquel tiempo parecía el refugio más indicado para atenuar los rigores de la estación estival”. La mirada realista del narrador registra desde cada aspecto de la vegetación hasta los hábitos hogareños de la élite, sus lugares sociales, o la arquitectura de sus casas.

Cuando pasa a caracterizar a los dos amigos, oponiendo sus distintos hábitos de clase, su desempeño en el estudio, su capital económico, social y simbólico, se detiene en la mirada clasista que sutilmente ejercen los familiares de Luis Achával sobre Lisandro Mendezuela, “huérfano de un pobre capitán de infantería”.⁴⁵⁵

El conflicto nace cuando Lisandro, en un altercado con un muchacho *de la sociedad*, a propósito de aquella de quien se ha enamorado, descubre, por las palabras de éste último su “inferioridad social”. Inmediatamente, el narrador interrumpe el relato para evaluar la conducta de Lisandro en términos de un despertar negativo de la raza que se encontraba latente en su sangre:

Lo que había en él de torvo y de indomable, lo que prolongaba dentro del culto estudiante de Medicina el empuje atropellado y levantisco de los suyos, salió bruscamente a la superficie. El horizonte se transformó. Desgarrada la mentira que le había

⁴⁵⁵ Dice el narrador que “se sentían demasiado jóvenes y demasiado puros para advertir el obstáculo. Lisandro comía y pasaba el día entero en casa de Luisito, donde le recibían en calidad de pariente.[...]. Pero en todo ello había quizá cierta condescendencia de buen tono, que él no alcanzaba a advertir, cegado como estaba por la inexperiencia y la costumbre” (36).

cegado hasta entonces, comprendió su situación y se avergonzó de ella. ¡No había sido más que un parásito! (48).

Semejante desengaño se sumará a las dudas respecto de la sinceridad de los sentimientos de la joven que intenta seducir. Con premeditación, Lisandro vestirá para carnaval no un disfraz de gaucho sino un traje real, el atuendo que había pertenecido a su padre, junto con el facón, en un acto consciente de regreso (regresión, para la mirada del narrador) a su origen. La escena del facón se acompaña de un inverosímil parlamento en el que el narrador pone en boca de Lisandro un cuestionamiento a la falta de "pureza" propia de la civilización que "ha depurado" pero también "ha empequeñecido". Se trata de un argumento espiritualista que toma distancia de los efectos materialistas del progreso. La pureza sí estaba en la barbarie anterior al progreso, a pesar del obrar impulsivo de los hombres como su padre. En el décimo capítulo, Lisandro posará, mimetizándose con el gaucho, revelándose la identidad incierta de aquel aplicado estudiante de medicina. El gaucho disfrazado se convierte en criminal que asesina al rival que lo ha humillado. Y para clausurar la leyenda que reaviva en su propio cuerpo, opta por el suicidio, recostándose sobre las vías del ferrocarril, en una imagen que el narrador no puede dejar de desentrañar:

Y las máscaras bulliciosas que asomaban las cabezas por las ventanillas no oyeron el grito del que acababa de suicidarse junto con la leyenda del gaucho, que desaparecía aplastada por la civilización (75).

El relato constituye un verdadero fragmento de ideología, en el que encontramos, condensados, los tópicos espiritualistas del "900", y muchas representaciones de la modernidad construidas *contrario senso*: la raza bárbara perdura en el cuerpo de la nación y, tal como ocurría entre los indios, amenaza con el delito si la invocan los sujetos que pertenecen al propio orden civilizado. La ciudad moderna no ha sabido formar sujetos democráticos, con vocación igualitaria, dotados de una moral que guíe su acción cotidiana, de manera que la evolución no ha concluido, restando la construcción de un porvenir ideal. El final del relato se construye en base a una retórica acusatoria, que de alguna manera responsabiliza a la sociedad moderna respecto de las derivas delictivas que puede acarrear la no inclusión del otro

social. Sin embargo, no es el progreso en sí el que se impugna, en tanto la ficción revela que la ciudad ha sido capaz de resistir, no sin consecuencias, por cierto, a la fuerza irracional de la raza primitiva.

Estas ficciones de identidad que Manuel Ugarte escribe durante las primera década del siglo XX, por un lado, tocan los problemas más candentes que preocupaban a los intelectuales inmersos en lo que José Luis Romero ha definido como el “espíritu del Centenario”⁴⁵⁶, y por otro lado, permiten ver el modo en que la imaginación literaria resolvía los desencuentros entre la utopía liberal republicana y las consecuencias devastadoras que podía traer la modernidad sobre la cultura, percepción en la que gravita, por supuesto, la interpretación socialista de la Argentina contemporánea. En ese marco, la ciudad se representa con tópicos celebratorios y condenatorios a la vez, y eso modifica las representaciones de su victimización o debilidad frente a una supuesta voracidad del campo. De alguna manera, estos relatos sugieren que la barbarie no sólo puede persistir sino ser engendrada por cualquier civilización moderna. En algunos tramos, interrogan aun más enfáticamente el sentido positivo absoluto de la modernización de otros escritos sociológicos de la primera década del siglo, como *Enfermedades sociales*. Como ya dijimos, con esos cuentos, reeditados y ampliados hasta 1910, Ugarte cierra la etapa más productiva de su trayectoria, y sólo volverá a la escritura literaria entrada ya la década de 1920.

5. 4. Del diagnóstico contemporáneo al balance: nuevas libertades y posibilidades de la ficción novelesca

En enero de 1919 Ugarte abandona Buenos Aires, acosado por las dificultades económicas y el aislamiento social producto de su posición neutral durante la guerra, buscar advertir sobre las consecuencias que podía acarrear, para las repúblicas latinoamericanas, la consolidación del poderío militar norteamericano desde su ingreso en la guerra en 1917.⁴⁵⁷ Luego de vivir casi dos años en Madrid, se instala en Niza a comienzos de 1921, junto a su nueva

⁴⁵⁶ *El desarrollo de las ideas en el siglo XX*. Citado por Altamirano y Sarlo, *Ensayos argentinos...* 167.

⁴⁵⁷ Sobre el clima aliadófilo en Buenos Aires, los ataques a las posiciones neutrales de Ugarte y su alejamiento respecto de sus pares (Palacios, Rojas, Lugones, Payró, Sáenz Hayes) debido a esto, véase Galasso, *Manuel Ugarte...* 301 -340.

esposa Thérèse Desmart, a quien había conocido en la capital española. La estadía en dicha ciudad resultó fructífera si se tiene en cuenta que allí consigue reeditar varios libros anteriores (*El porvenir de la América española*, Prometeo, 1920; *Las espontáneas*, Sopena, 1921) y compilar otros con escritos previos (*Poesías completas*, Maucci, 1921) al tiempo que concreta la publicación de las conferencias dictadas durante su gira de 1911 a 1913 (*Mi campaña hispanoamericana* 1922), otros ensayos sociológico-políticos (*La verdad sobre Méjico*, 1919; *La patria grande*, 1922; *El destino de un continente*, 1923) y dos novelas: en 1924, *El crimen de las máscaras*, gracias a su viejo contacto con Sempere; *El camino de los dioses*, por la Sociedad General de Publicaciones, en 1926. Ugarte las escribe entonces en Niza desde comienzos de los años 1920, durante un período de reclusión en que se dedica por entero a la escritura literaria, periodística, y a publicar y reeditar libros anteriores, para poder solventar sus gastos.⁴⁵⁸

Empieza una época de balances en la que nos interesa destacar el papel especial que tuvo su regreso a la escritura literaria. Más aún si tenemos en cuenta la elección de la novela, género que sólo había explorado en *La novela de las horas y los días* (1903). Influyó sin duda en su intención, en primer lugar, la posición dominante que el género novelesco había conquistado definitivamente a comienzos del s. XX, tanto en el circuito culto como en el popular; en segundo lugar, en su caso, el cambio de género sellaba la decisión de explorar nuevas modalidades de escritura. Esto redundó, por un lado, en una incursión por soluciones formales más recientes, incluso de tipo experimental (ya veremos cuáles) y por otro, en la incorporación de marcas de contemporaneidad destinadas a ofrecer un registro de las transformaciones culturales, vinculadas a la emergente cultura de masas y en particular a la sociedad de consumo. Lo vemos en las dos novelas del período, muy diferentes entre sí, tanto en el género como en los mecanismos narrativos. En efecto, si *El crimen de las máscaras* constituye una fábula alegórica con reminiscencias modernistas, complejizada por procedimientos dramáticos y autorreferenciales, mientras que, en *El camino de los dioses*, predomina una

⁴⁵⁸ “Cuando quise venir a Europa, pobre, y sin más medio que este azadón del jornalero que se llama pluma, me negaron hasta un consulado...” escribe a Manuel María Oliver en 1924 (Galasso, *Manuel Ugarte* 348).

trama detectivesca con marcas realistas, ambas revelan una misma incursión por géneros hasta entonces no explorados por el autor. En tercer lugar, la ficción novelesca le permite proyectar más libremente, en el caso de la primera novela, tanto las encrucijadas del escritor-intelectual en el mundo social, cuanto que un balance de su propia trayectoria y la de su generación, tematizando la idea de una generación derrotada y autoderrotada a la vez, debido a su inadecuación radical al mundo. En este sentido es que puede hablarse de una verdadera fijación juvenilista sobre la que volveremos hacia el final de nuestro recorrido. En el caso de la segunda novela, se cifra en la ficción la compleja escalada tecnológica del período de entreguerras, con una especial atención puesta en la situación de dependencia de las repúblicas centroamericanas así como en el deficiente funcionamiento de sus instituciones. De un modo llamativo, cada novela figura uno de los dos grandes ejes sobre los que giraron, en su mayoría, los escritos e intervenciones del autor en los años 1920. Por un lado, la mirada retrospectiva sobre los jóvenes del Novecientos; por otro lado, la constante intervención latinoamericanista a través de los escritos y el activismo ugarteanos. Estas hipótesis generales guiarán entonces el análisis de las dos novelas citadas. Nos ocuparemos principalmente de la primera, en la que, luego de analizar distintos elementos de la construcción novelesca y sus implicancias, proponemos detenernos en las concepciones del intelectual y de la relación entre literatura y sociedad que se va configurando a partir de los complejos mecanismos retóricos y narrativas de este texto. La segunda novela responde a las leyes del género de espionaje y sitúa a un país centroamericano, Costa Rica, como epicentro de conspiraciones bélicas internacionales. En la novela circulan las percepciones continentales y norteamericanas detrás del horizonte contemporáneo de entreguerras y de los discursos acerca de la carrera tecnológica que preanunciaba otro conflicto mundial, dada por una amenaza de dominación asiática sobre Occidente. Además de la antítesis entre la defensa desinteresada de la nación y su entrega por los intereses personales de las clases dirigentes, el espacio de la novela imagina como posible una alianza entre las “razas” sajonas y latinas, ante la amenaza de una invasión

proveniente de culturas descritas como aun más ajenas.⁴⁵⁹ La ficción novelesca se aleja de las encrucijadas diplomáticas más inmediatas e indaga escenarios utópicos que llegan a contradecir las predicciones sobre el avance imperialista del mismo autor. Más allá de que reconozcamos en esta novela algunas de las preocupaciones más persistentes en Ugarte, como la presencia del capital estadounidense en Centroamérica, el futuro del subcontinente en el orden internacional o el conflicto entre ideales altruistas y renovadores y el conservadurismo de la oligarquía en estas repúblicas, es *El crimen de las máscaras* que mejor condensa los ejes de su trayectoria intelectual y literaria. Ésta clausura la etapa que analizamos en el apartado anterior y abre otra que se caracterizará, al menos en parte, por una fijación juvenilista, legible en la profusa escritura de memorias. En efecto, tal como veremos, la novela de 1924 condensa un cierre o bisagra que da entre 1918 y 1919.

El crimen de las máscaras sitúa al lector en un mundo fantasmagórico, lo que en cierto modo viene a materializar el *ensueño*, una palabra con que, se sabe, los modernistas designaban su modo de estar en el mundo.

¿De qué sociedad traza Ugarte el mapa de las relaciones de fuerza que la constituyen? La ausencia absoluta de indicadores geográficos, justificada por el género alegórico, nos recuerda sin duda esta perspectiva universalista, cara al autor; Sin embargo, son nítidos los indicios referidos a una sociedad basada en un modo de producción capitalista, con una clase dominante bien estructurada y diversificada en sus actividades. A esto se suma la ausencia de alusiones locales o de referencias al carácter inacabado de las instituciones, o al carácter oligárquico de la clase dominante, propias de la mirada de los intelectuales argentinos y latinoamericanos sobre el capitalismo periférico de sus países, y que permitirían inferir que se trata de un país de este

⁴⁵⁹ “Bajo la presión de un peligro común iban a convivir, estrechamente unidas, dos razas, que se desarrollarían de acuerdo con su propia esencia, bajo la inspiración de la justicia y el respeto mutuo”. Por otra parte, varios elementos son reveladores del modo en que el autor hace ingresar en la novela valores y creencias recientes, disonantes respecto de otros más convencionales: la protagonista es no sólo una mujer, está dotada de una intuición única para detectar las políticas secretas de Estado y posee además una sólida formación, sino que es norteamericana, e hija de un rico empresario californiano del café. Evidentemente, mediante el diseño de la trama que imagina, Ugarte atenta con los preconceptos propios y ajenos.

continente.⁴⁶⁰ De este modo, podemos suponer que la sociedad imaginaria posee las características abstractas de cualquier ciudad occidental contemporánea. Esto último, sumado al universalismo inscripto en la mirada del autor, no exime a las repúblicas latinoamericanas de ser incluidas en el balance del mundo contemporáneo en clave ficcional que ofrece esta distopía novelesca.

En efecto, varios mecanismos formales plantean el carácter imposible, construido o de artefacto que exhibe la novela. En primer lugar, eso mismo se tematiza en la narración: en el prólogo, un narrador en primera con disfraz de Pierrot anuncia la “tragedia bufa” a la que ha asistido, “sin saber si cuento un suceso que he visto o un delirio de la imaginación: tal es el desconcierto en que me hundo al evocar estas escenas. Bien sé que todo es tan absurdo como imposible. Mi sueño está muy lejos de la vida real” (12); se anuncia además el anacronismo en la aparición conjunta de personajes reales de la historia de la cultura, la política y la ciencia occidentales de todos los tiempos; así, nos instala en una alegoría. En segundo lugar, la trama autorepresenta una ficción de drama: durante un Carnaval, múltiples máscaras van interpretando roles, entrando y saliendo de un escenario aún puede verse “un puente que nos transporta de lo real a lo fantástico, de la tierra al guignol en que vamos a evolucionar” -15) y además, varían los decorados (una “tela mal pintada”; un automóvil “de cartón”, por ejemplo); cada tanto interrumpe el curso de las acciones dramáticas un “autor”, un “apuntador”, el público que a su vez, también constituye un colectivo de personajes interpretados por otras máscaras); o también, en el prólogo a las diez escenas, el narrador en primera persona se desdobra en una voz enigmática que lo interroga; finalmente, luego de dicho prólogo- marco, en que el narrador presenta una aventura en la que se vio envuelto, el resto de los sucesos van ocurriendo en el tiempo de la puesta en escena teatral. En tercer lugar, la composición misma del texto está hecha de diálogos, acotaciones textuales e indicaciones, con breves intercalaciones narrativas que, en los diez actos que componen la trama, se enuncian en tercera persona. La experimentación se sitúa así en la economía

⁴⁶⁰ Aparecen también ciertos detalles incidentales en la historia, como la comparación de Villaloca con una ciudad balnearia, así como diversos gestos de contemplación del mar, en el protagonista, que llevan a situar la novela en Niza, lo que abona ante todo la hipótesis acerca de las proyecciones autobiográficas del texto.

narrativa, antes que en la lengua misma; se trata de un registro culto en el que ingresa el repertorio de tópicos, símbolos e imágenes decadentistas y modernistas: la máscara, la luna, el Ideal; Pierrot (recordemos al *Pierrot lunaire* de los poetas simbolistas); el poeta aislado y su observación distanciada de las relaciones de poder en el mundo burgués, de las convenciones sociales dominantes, etc.

¿Cuál es el horizonte de posibilidades formales en el que Ugarte abreva para explorar nuevas modalidades de escritura? Por un lado, cabe tener en cuenta la caracterización como un “tema de época” que hace Anna Boschetti de la “multiplicidad inquietante y engañosa del yo y de la propia realidad”(44), reconocible en la novela de Ugarte, presente según la autora en escritores de la época muy diversos como Apollinaire, Gide o Pirandello. Por otro lado, reconocemos en algunos procedimientos de *El crimen de las máscaras*, la técnica autorreferencial así como la tematización del conflicto entre el sujeto y su misión en el mundo, propios del teatro de Pirandello. Ugarte pudo conocer la edición de Sempere de *Seis personajes en busca de autor*, de 1921. Además, el lector se enfrenta a situaciones y personajes grotescos y a varias escenas de humorismo. Este sesgo burlesco, poco frecuente en la escritura ugarteana, implica un efecto de mayor dinamismo y de complejización de los sentidos que va construyendo la novela. La cercanía con un teatro como el de Pirandello denota el intento de actualización de las formas de escritura, que tal como dijimos en el comienzo de este apartado, significaba un reinicio de la actividad literaria de Ugarte, antes que el producto de una lenta búsqueda formal.⁴⁶¹ Es también probable que el autor tuviera en mente el modelo de *Niebla*, la novela de Unamuno publicada en 1914, que incluía técnicas semejantes, vinculadas a una explícita búsqueda formal que construía una filiación formal con la tradición barroca del *teatro de la vida* y con *El Quijote* –el autor proponía, incluso, el género alternativo de la “nivola”-. Por último, la matriz antitética arte/humanidad, y también un juego de puesta en abismo de la enunciación, aparece en la novela de varios tomos *Jean-Christophe*, de Romain Rolland (1904-1911), de cuya lectura Ugarte da un testimonio

⁴⁶¹ En “Qué traducir y el porqué de lo no traducido. El caso Pirandello”, Belén Hernández sitúa a comienzos de los años 1920 la recepción de las obras del escritor italiano por referencias de las revistas *La pluma* y *España*; las traducciones por Sempere y el proyecto editorial de la *Revista moderna* primero; los montajes teatrales de sus obras y por la crítica de Unamuno.

admirativo y presenta a los lectores argentinos como un ejemplo de literatura capaz de sustraerse a la moda de las “aberraciones de alcoba” (*Burbujas de la vida...236*):⁴⁶²

Ningún libro me ha deleitado tanto. Lo he leído febrilmente, como ya no sabemos leer después de los 25; lo he deletreado sin saltar una sílaba; y creo que en todos los corazones sanos y sensibles despertará la misma emoción, porque la simplicidad y la llaneza de los sentimientos han sido llevados tan pocas veces a tanta altura... (239).

Con respecto a la dimensión alegórica de la novela, ésta se advierte en las relaciones dadas entre los nombres propios que, a través de sus acciones e intercambios en la economía narrativa, no cifran otra cosa que las complejas relaciones de poder, hechas de alianzas y exclusiones entre las distintas posiciones, más o menos dominantes.⁴⁶³ En efecto, los personajes-tipo de la

⁴⁶² De los nueve tomos que van apareciendo en *La quinzaine littéraire* y que Ollendorf traduce al español, según informa Ugarte en la crónica que citamos, aparecieron, hasta 1907, los cinco primeros. Esta novela cautivó también a otro lector célebre, Sigmund Freud, que encuentra en ella la mejor introspección subjetiva contemporánea. Transcribimos fragmentos del “Diálogo del autor con su sombra” (1908) que encabeza el quinto tomo de la novela de Romain Rolland y da indicios de la apropiación que pudo efectuar Ugarte:

Yo: ¿No hay dudas, es increíble, Christophe? ¿Te empeñas en enemistarme con el mundo entero?

Christophe : No te hagas el sorprendido! Sabías desde el inicio hacia dónde te llevaba.
Yo: Criticas demasiadas cosas. Irritas a tus enemigos, turbas a tus amigos. Cuando las cosas no andan bien en un hogar respetable, ¿acaso no sabes que corresponde no mencionarlo?

Christophe: ¿Qué puedo hacer? No tengo gusto. [...]

Yo: Tienes razón, alma mía. Pero, hagas lo que hagas, cuídate de odiar.

Christophe: No tengo odios. Aun cuando pienso en los hombres más malos, tengo claro que son hombres, que sufren como nosotros y que morirán algún día. Pero debo combatirlos.

Yo: Luchar es hacer el mal, aun para hacer el bien. ¿El daño que podemos causar a un solo ser vale acaso por el bien que uno promete hacer a estas bellas ídolas: “arte”-o “la humanidad”.

Christophe: Si así lo piensas, renuncia al arte y renuncia a mí mismo.

Yo: ¡No, no me dejes! ¿Qué será de mí si ti? - Pero ¿Cuándo vendrá la paz? (Rolland, Romain. *Jean-Christophe*. Paris: Albin Michel:1997: 601-607).

⁴⁶³ Sinteticemos la trama: el narrador revela un suceso inexplicable que le ha ocurrido al ser sorprendido por la “risa cortante” de una calavera cuando estaba por entrar en el baile de carnaval, y que le dice: “busca usted una querrela inútil; -prefiero observar...Hace tantos siglos que bailan sin haber comprendido... Nadie ha comprendido... ¡Ni tú!”. El monólogo que sigue adelanta lo que espera al narrador dentro del salón; explica que los “fantoques” disfrazados con máscaras de todas las épocas “No tienen siglo ni patria” e “interpretan piruetas aprendidas en los cuatro puntos cardinales de la historia, la humanidad y del destino. Cuanto más torpes parecen, cuantas más contorsiones hacen, más y más se identifican con el alma de la comedia que están interpretando”, del “infierno imaginario”. Sin embargo, la calavera lo incita a entrar, al tiempo que la “humillación” de sentirse “dominado” provoca en él un ataque de ira que lo hace arrojar sobre ella y golpearla hasta que lo separan unas máscaras, cuando descubre sus manos ensangrentadas. Cada uno de los diez capítulos/actos lleva como título un resumen de los sucesos –típico de la convención novelesca, sobre todo de las prácticas folletinescas-.

Commedia dell'arte encarnan una posición en el universo social, simbolizado por la ciudad imaginaria llamada Villaloca.⁴⁶⁴ De este modo, sentidos concretos se fijan en los estereotipos del guardián de la ley y el orden (el Gendarme), el dueño de los medios de comunicación (Tijerín), el capitalista de las finanzas y millonario (Crésoro), el industrial rico (Usinen), el político burgués instalado en una posición dominante (el Senador Polichinela) y su esposa (la señora Polichinela), su hija Lucinda (la “inconstante”), dividida entre el Ideal y las presiones por reproducir su posición social, el joven aristócrata sin dinero, su prometido, que ambiciona ocupar un lugar de poder pero se pierde en la especulación (Sobón), un “hombre tranquilo”, honesto pero no *engagé* (el “Pingüino”) o un hombre anónimo, “obeso y calvo”, que toca la flauta, “representando a la opinión pública”. Por último, el conflicto se anuda en torno a un par opuestos, protagonista-antagonista, representados por Pierrot (el “eterno iluso de todas las épocas”, joven intelectual, altruista desinteresado, radicalmente inadaptado al mundo burgués, soñador, profeta “absurdo”) y

Aparece Pierrot, el Gendarme lo toma de interlocutor para narrarle un suceso incongruente, desestabilizador (unos ladrones han saqueado el puesto central de los “genizaros” y ha intervenido la gente en lugar de los guardianes del orden, a resolver el hecho). Van apareciendo los principales personajes hasta que Pierrot conoce a Lucinda y, en un juego de seducción, descubren intereses “ideales” comunes y el mismo rechazo de las convenciones que los rodean. Cada tanto cruza el escenario un “tropol de máscaras” y luego la acción sigue su curso. La hostilidad hacia él comienza en el acto II, cuando “tiene una idea”, es decir, cuando desarticula el discurso vacío del senador Polichinela, al “inquirirlo”, poniendo en evidencia su intención de no solucionar un problema público. A partir de entonces, Pierrot se ve envuelto en diversas trampas destinadas a desautorizarlo y destruir su “ideal”, pero con el deliberado propósito –urdidido por el asesor Arlequín– de no convertirlo en víctima para que no pueda tener defensores. Se exhiben así los engranajes del doble discurso político, y la red de sometimiento invisible tejido entre los representantes del poder “real”. Paralelamente, surgen máscaras de jóvenes que lo apoyan; algún líder político altruista, inspirado en Pierrot. En otras escenas secundarias, muy “carnavalescas”, se van representando otras instituciones de la vida social (desde un areópago en que ya no hablan los políticos sino que se escuchan grabaciones de éstos en modernos “fonógrafos”, hasta un tribunal en que se juzga a un “salvaje”, donde Pierrot interviene en su defensa; un manicomio en el que lo encierran y donde los locos son representados en términos de cordura respecto de relaciones sociales más auténticas, o más justas, etc.). Engañan a Lucinda sobre la autenticidad del amor de Pierrot, hasta que va siendo recuperada por el mandato paterno y materno que la destinan a una vida convencional. Hacia el final, la figura de Pierrot se ve desdoblada en una pantalla de cinematógrafo; se proyecta una película en la que él asiste a la muerte de su madre pero que sus adversarios revierten contra él, acusándolo de haberla asesinado. La novela termina con el suicidio del personaje y un último agravio: la simulación de un juicio sumario y su condena a muerte. Casan a Lucinda con Arlequín, en medio de la murga de Carnaval que oficia de boda. Este se ha convertido en conductor de multitudes, sin siquiera ocupar un cargo político en el Estado.

⁴⁶⁴ La presencia de personajes como Polichinela, Arlequín, Pierrot o el Gendarme duplica el carácter construido, artificioso, que organiza los sentidos en la novela, por el hecho de los personajes de la *Commedia dell'arte* tienen una existencia fuera de la novela, por ser emblemas del teatro occidental.

Arlequín que, significativamente, es el único que no recibe una caracterización y aparece de golpe, mucho después que los personajes anteriores, al final del segundo capítulo/acto. Es el personaje que actúa en la sombra, teje los lazos entre los personajes del poder, los aconseja y escribe sus discursos, urde las trampas y calumnias en contra de Pierrot, a la vez que se declara su protector. Al final de la trama, consigue casarse con Lucinda:

- ¡Vais a hacer un héroe de esa bola de harina! ¿No veis su popularidad? ¿No comprendéis el entusiasmo de la juventud? – dice a los próceres, ajustándose el antifaz; en vez de perseguir a las nuevas generaciones en él, desprestigiémosle a él en las nuevas generaciones...

Dejemos en libertad su cuerpo y tratemos de encadenar su espíritu. Transformarle en víctima es levantarle; y a nosotros nos basta con perderle. En vez de brindarle, con la prisión, un pedestal y una tribuna, hagamos de su libertad un campo minado, lleno de trampas, donde no pueda dar un paso sin caer. Y sobre todo, para poder combatirle, seamos sus mejores amigos... (59)

Así, la alegoría da lugar a que el sentido se construya a partir de los caracteres fijos, literales, casi transparentes de cada personaje, en tanto funciones precisas dentro del juego social. De este modo, la imagen del mundo que se va configurando revela un espacio fuertemente estructurado y regulado por aquellas funciones dominantes respecto de otras. La puesta en abismo del juego dramático, con la exhibición autorreferencial de las entradas y salidas de personajes en el escenario, tiene por efecto la desnaturalización de las relaciones de poder dadas, que son puestas al desnudo. Pero además, este modo pautado y regulado del intercambio entre los personajes principales no abarca la totalidad del territorio imaginario de la ciudad-teatro de Villaloca, sino que se va recortando respecto de otro secundario, que no corresponde a ningún núcleo dramático central. Este subespacio marginal está situado fuera del escenario mismo, en la sala, y contiene a un colectivo compuesto por máscaras múltiples (en contraste con las posiciones fijas de los personajes situados más arriba –en el escenario), que deambulan o hacen de público:

En la sala, bajo la luz propicia, conversan o murmuran los personajes que a diario codeamos en la biblioteca, en el recuerdo o en la vida. Sancho Panza [...], Don Juan [...], Mecenas [...], Otelo [...]. En las butacas del lado derecho, Praxisteles, Sylok, Panurgo, Mardoqueo, Robespierre, Castelar....[...] Del lado izquierdo, Calígula, Vasco de Gama, Copérnico, Damocles, Edison, Vulcano, Eurípides [...]

En las galerías altas, *sine nomine vulgus*, Bakounine, Cervantes, Licurgo, Jaurès, Catón, Kropotkin, Beethoven, Jean Valjean y Luisa Michel, entre una turba de descamisados y de ilusos. [...] Están todos, como si fuesen saliendo del fondo de las épocas o de los desvanes de los olvidos para acudir al espectáculo (43-45)

No es posible exigir que las máscaras respeten la lógica de la acción. Un bufón, un enano, un sepulturero, una nodriza, un juglar, un gaucho, un paje, un turroneo, un aviador cortan la escena, en medio de alegrías desenfrenadas. Con ellos se van los profesores y los estudiantes (49 –cursiva nuestra).

O también interrumpen el curso dramático en cualquier momento del desarrollo. Así se configura entonces este espacio exterior al escenario en el que ocurren las acciones y situado simbólicamente en un estamento inferior a éste. Como se desprende del fragmento, el colectivo de máscaras resulta muy variable. A veces es anónimo como las “multitudes”, pero otras veces, conforma un reagrupamiento de “fantoques” que representan los símbolos de la cultura registrada, o las tradiciones políticas –izquierda/derecha-; la mayoría de las veces, esas máscaras ocupan el lugar de espectadores, observando simplemente el juego social en que se mueven los personajes-símbolo antes referidos. Sin embargo su presencia es continua y se la representa acechante. Significativamente, la situación se revierte en la última escena de la novela, luego del triunfo de Arlequín sobre Pierrot, cuando parece ya no haber esperanzas:

Pero cuando el telón va a caer en apoteosis sobre la fábula, aparecen nuevos enmascarados, que nadie ha visto llegar. En remolinos coléricos discuten la obra y se interpelan. Algunos suben sobre los asientos para hacerse oír. El tumulto cobra ímpetu de asonada. Marat es derribado de la tribuna. Hércules agita los puños por encima de las cabezas. Lenin quiere imponerse. Y el teatro es un mar quimérico, hasta que de las galerías parte el grito formidable:

¡Hay que acabar con la comedia!

¡A quemar el teatro! Delira el clamor de los que se descuelgan por las columnas y corren agitando [...]. [Las máscaras], sordas a las imploraciones de los que caen, derriban los obstáculos. (247)

Esas masas son otras, ante todo, distintas de las multitudes que aclamaban a Arlequín. Con su irrupción final, ellas se vuelven por primera vez protagonistas de la acción, copando el escenario hasta destruir todo el teatro.

La última escena se cierra sobre una silueta anónima elevándose “por nuevos caminos interminables hacia el sol”. Figura espectral de Pierrot, parece aprobar, aun con modalizaciones, la acción directa de las masas/máscaras (“Quizá tuvieron razón...” -247). Sus palabras, pronunciadas desde una mirada distanciada respecto de éstas, encierran al mismo tiempo una evaluación entre arrepentida y escéptica del propio accionar (puesto que si ellas tuvieron razón, él no). En esas palabras resuena posiblemente el desencanto frente al derrumbe de los valores e instituciones de la sociedad burguesa liberal posterior a la Primera Guerra mundial (Hobsbawm, *Historia del siglo XX* 116-182). La evocación del líder de la revolución bolchevique, en las páginas finales de la novela, impotente, aun él, frente a los “nuevos enmascarados”, junto a la descripción de la insurrección violenta, surgida inmediatamente después del triunfo de Arlequín a quien la “muchedumbre” conducida vitoreaba con un “¡Viva la virtud!”, “¡Viva el apóstol!”, no pueden sino leerse a la vez como una osada materialización ficcional del deseo de destrucción absoluta de un mundo político vivido como hostil por el autor, y como una advertencia última (por qué no, despechada) a los intelectuales y a las clases dominantes. La ficción permite así a Ugarte imaginar más libremente salidas que han dejado de ser programáticas y se han vuelto interrogativas respecto del porvenir y pesimistas respecto de las posibilidades de transformaciones por la vía reformista. Esta apertura, producto de la resignación, a imaginar escenarios últimos, como los del desenlace de la novela, proyectan sin duda las reflexiones del autor durante esos años en que ha regresado de Argentina, acosado por el aislamiento, a partir de lo cual Ugarte comienza a construir una nueva imagen de sí, la del escritor náufrago, víctima de la hostilidad del medio y de su propia ingenuidad (volveremos sobre esta imagen en la conclusión de este trabajo).

Para sintetizar, y antes de pasar al análisis de las concepciones del intelectual que circulan en la novela, diremos que la escritura se convierte en un espacio liberador de fantasmas políticos y autobiográficos a través del énfasis en el artificio, al que nos venimos refiriendo, y también a través de procedimientos carnavalescos. Estos vienen a atenuar, en cierto modo, el carácter descarnado de la distopía que se va construyendo a partir de la tematización de las relaciones de poder, eje de la acción novelesca. El

proyecto de esta novela, tiene como punto de partida una intención de tomar materiales contemporáneos que van del estado social de la época o la situación del artista, hasta los productos del desarrollo tecnológico o de la incipiente industria cultural (se introducen automóviles, teléfonos, la tecnología aplicada a los medios de comunicación, el fonógrafo y el cinematógrafo, el “chewing goum” (sic) y otros objetos mencionados en inglés que remiten a los entretenimientos masivos). Dichos materiales son sometidos a una suerte de experimento, antes señalado, inspirado en procedimientos formales tales como la teatralización de las escenas -lo que organiza una temporalidad en presente-, la autorreferencialidad, la puesta en abismo de la acción dramática y la construcción alegórica. Esta última modalidad sienta bien a Ugarte en tanto en el juego alegórico los sentidos se construyen en abstracto, partiendo los elementos concretos (en este caso, los personajes de la *Commedia del arte*). Uno de los efectos de este ensayo experimental reside en la liberación respecto de una tendencia al control sobre los sentidos del mensaje, que leemos incluso en la siguiente autorreflexión: “Los hechos son superiores a la voluntad, y es el capricho loco el que va creando con fragmentos disímbolos el mosaico absurdo de estas escenas en el teatro de la pesadilla” (69). Este modo simbólico de dejar los hechos librados a su propio curso, que se piensa así como incierto, también se hace legible en el hecho de que a poco de haber comenzado la acción, el personaje del director de escena, desbordado por la intriga maquiavélica planeada por algunos de los personajes, decida abandonar la obra. De este modo, se sueltan las riendas de la acción, encargada de resolverse por sí misma.

El segundo aspecto que proponemos examinar se centra en los modos en que la novela pone en escena muchos de los conflictos del intelectual en su relación con lo social. Dos cuestiones organizan esta reflexión proyectada ficcionalmente. En primer lugar, *El crimen de las máscaras* inaugura una línea de la escritura ugarteana centrada precisamente en miradas retrospectivas sobre el camino recorrido, que adoptarán la forma de un balance personal, generacional e histórico, en la que se registran claros ecos autobiográficos.⁴⁶⁵

⁴⁶⁵ Debemos mencionar aquí la vinculación autobiográfica de la representación victimizada del intelectual como escritor incomprendido y sometido a los manejos hipócritas de su entorno, que ya había aparecido durante la polémica de Ugarte con *La vanguardia*, y será central en

Mientras que hasta entonces, encontrábamos diversas modalidades del diagnóstico enfocado hacia el *porvenir*, en esta época, éstas se trocan en un balance melancólico, en el que resuenan los desencantos frente a la modernidad, el impacto de la Gran Guerra, los fracasos de una salida socialista reformista y acaso también, una introspección autobiográfica que evalúa aciertos y fracasos, un tema recurrente en esta novela, en otros escritos de los años 1930 y finalmente en las memorias del autor. En segundo lugar, a través de los resortes autobiográficos de la novela que nos ocupa, pueden leerse, nuevamente, imágenes del intelectual y de su función en la sociedad, a través de las cuales se configura además una particular representación de los sectores populares, propia de entresiglos, pero aplicada esta vez al nuevo escenario surgido de la emergente sociedad de masas. Examinemos estas tres cuestiones.

Tal como puede entreverse en las páginas anteriores, persiste en esta novela la concepción de un escritor apóstol, encargado de guiar a los hombres, con su palabra, hacia un camino de “Ideal” contrario o divergente respecto del mundo ordinario, que Ugarte venía construyendo desde comienzos del siglo. En este sentido, se afirma en la ficción una posición privilegiada del escritor, capaz de desprenderse de los valores burgueses dominantes en el mundo, y que invierten los criterios mismos en que se sustentan las jerarquías sociales, redefiniendo el carácter subalterno (la “inferioridad” social) en términos de superioridad moral

Los odios, las amenazas, las avideces, la universal mentira, están fuera de mi reino. De mis superioridades deriva mi inferioridad. Mi destino es verme eternamente burlado por los que tienen menos ingenio, menos virtud, menos ilusiones (73)

Sin embargo, algo ha cambiado como consecuencia del nuevo orden posterior a la Guerra; el profeta se ha convertido en mártir, y es víctima de la incomprensión del pueblo, tanto como de la clase dominante cuyos modos de ejercer la hegemonía se describen como complejos, perversos, desdoblados

sus memorias, posteriores a la novela. Galasso ha establecido esta comparación en su biografía política de Ugarte (Galasso, *Manuel Ugarte* (348-354).

en múltiples espejismos.⁴⁶⁶ Pierrot reviste todos los rasgos de un mártir resuelto a “cargar con todos los pecados del mundo” (38):

Yo sólo soy el lírico soñador, cuya ubicación se halla entre los dementes y los pobres de espíritu. Unos fingen ignorarme, otros me desdeñan realmente; pero como sin quererlo, soy un reproche para todos, todos desean mi pérdida. [...] Defender la ilusión es atacar cuanto existe. Las autoridades ven en mí un revolucionario; los potentados, un usurpador; los tradicionalistas, un sacrílego; y la ciudad, un intruso. Porque no contribuí a difundir el error me pusieron fuera de la sociedad; por no haber aprobado lo que la perjudica, pasé por enemigo de la patria; por querer restablecer el equilibrio de los orígenes, me motejaron enemigo del orden. [...] Me he expatriado al desierto. Mis únicos apoyos son: la juventud, que aclama en mí sus propias rebeldías, y tu amor, que es la promesa de la felicidad...Pero la juventud se dispersa a medida que sube las colinas, y tu amor...(74-75).

En este monólogo se cifra bien la retórica de victimización que recorre la novela, en la que el sujeto viene a ser una suerte de falsa conciencia social y chivo expiatorio que le hace perder el carácter mesiánico propio de las figuras proféticas de entresiglos. Por cierto, se registra en el discurso una impronta autocomplaciente, pero ha quedado atrás el voluntarismo de los escritos de las dos décadas anteriores. De algún modo, el orden alternativo resulta insondable contrariamente a la confianza en el progreso, por momentos dubitativa respecto del presente. La imagen del intelectual que ahora se proyecta en la figura de Pierrot no lanza promesas de porvenir sino que se limita a plantear “discrepancias” que lo convierten en “enemigo del orden” (227). Tampoco es un conductor genuino de la juventud, como surge del fragmento, pues ya no forma parte de ella, lo que remite al reconocimiento que los jóvenes del movimiento de la Reforma universitaria tienen hacia Ugarte, elocuente en su designación como único orador en el acto fundacional de la FUA, de abril de 1918 (Galasso). Otros elementos autobiográficos resultan casi explícitos en el mismo pasaje: su progresismo igualitarista en materia de reivindicaciones sociales; la acusación de antipatriotismo en su contra, por parte de la mayoría

⁴⁶⁶ En *El camino de los dioses* también reconocemos en el protagonista costarricense de la novela, una autoimagen de “soñador” que encierra una descripción espontánea de la posición social del escritor de claros contornos autobiográficos: “De no haber sido adversa la atmósfera, hubiera resultado un guía para su patria. Contrariado en sus tendencias superiores por la mediocridad reinante, sólo fue un disidente irónico o resignado, a quien motejaban de poeta. La decepción le obligó a buscar la compañía de los periodistas, los bohemios y los estudiantes”. (53)

de sus pares porteños en razón de su neutralismo durante la primera guerra; y finalmente, su decisión de expatriarse, que ya hemos mencionado, tomada pocos años antes.

Al mismo tiempo, la ficción, lúcidamente, ya no sitúa el origen del conflicto de Pierrot en su actividad poética, es decir, en un acto privado (aunque se trate de un poeta y por ejemplo, su primer rival amoroso, Sorbón, lo estigmatice con su “debilidad por la literatura” -26). En la historia, el núcleo problemático proviene ante todo de los actos públicos del personaje, en los que él asume una voz entre ingenua e inquisidora respecto de los artilugios del poder político, cuando pregunta si se ha realizado una obra que había sido proyectada en nombre de las “necesidades públicas”: “Cuando le significan que debe pedir perdón al senador Polichinela sólo tiene la inquietud de inquirir en qué términos lo puede hacer mejor”; “- Juro por mi gato y por la luna que las palabras han podido ser torpes, pero no malignas” (33). Aun en el juego de seducción con Lucinda, su lenguaje resulta peligroso: “lo que me asusta” dice la joven, “es este declive de las palabras, que me lleva por caminos desconocidos” (63).

Otro mecanismo por el cual se ven erosionadas las certezas previas respecto de la posición del intelectual se sitúa en el nivel de la enunciación, en particular, en la disposición predominante de los diálogos así como en la voz del relato, cuyas intervenciones recuerdan las del género teatral. De una parte, esto reduce a su mínima presencia la mediación discursiva a cargo de la voz narradora, como solía ocurrir con relatos anteriores del narrador. Esto último se ve reforzado, asimismo, por la multiplicidad de voces directas, que asumen discursos descarnados, fuertemente literales respecto de la violencia simbólica que impera en las relaciones sociales dadas, soltando “verdades sociales” (Bourdieu) y develando así los engranajes de la dominación simbólica. Es como si el marco ficcional, reforzado por una retórica no realista, casi metafísica, y por procedimientos formales complejos, proporcionara a Ugarte el marco ideal para ponerlos al descubierto, eludiendo el recurso a otros medios de difusión de la palabra pública. Estos mecanismos, además, concretizan el carácter general y abstracto propio del discurso ugarteano. De otra parte, queda desplazada la tendencia racionalizadora de dicho discurso, lo que libera el juego simbólico, dando lugar, entre otros efectos, a una diversificación de las

imágenes de intelectual. Intentaremos entonces reconocer la diversidad de figuras, sus rasgos e implicancias, partiendo de la hipótesis de un estallido de la función monolítica del intelectual apostólico, a través de una elaboración ficcional no del todo controlada racionalmente, que pone en evidencia las contradicciones de dicha posición.

En tanto intelectual, Pierrot desarrolla dos tipos de actos, la intervención en la esfera pública valiéndose de la palabra, y la crítica social. Así, los sentidos de la novela parecen situar en esos actos el origen de su victimización: a partir de que se anima a “pensar” (41-42), es decir, desde su primera intervención en el mundo, que a su vez resulta un cuestionamiento a las acciones y valores de la clase dominante. La misma incluye una autorreflexión sobre su lugar en Villaloca y llega incluso a convertir en tópico de su propio discurso, la victimización de la que es objeto. Asimismo, ésta aparece tematizada en la variedad de acontecimientos que se suceden a nivel de la trama, marcados por la perversidad de las calumnias, intrigas, agravios y trampas que contra Pierrot urde Arlequín, el poseedor de todos los hilos de la acción.

En cuanto al personaje de Arlequín, su función social no resulta nítida: no ocupa un cargo político, ni es propietario de los medios de producción, ni dueño de los medios de comunicación, contrariamente a Polichinela, Crésoro y Usinen o Tijerín. Como dijimos, la escasa referencia a su posición social contrasta con la descripción exacta y burlesca que ocupan los demás personajes en el universo social.⁴⁶⁷ No sólo eso sino que su aparición es silenciosa y se da *in media res*, en el preciso instante en que Pierrot ha perturbado a los habitantes/máscaras, por haber “tenido una idea” (55) y los dueños del poder buscan una represalia para él, mientras lo defienden los estudiantes encabezados por su líder, Rip que declama:

¿Cuántos acusados podrían dar ejemplo de honradez a los jueces? ¿Cuántos prisioneros salvaguardarían la virtud y los

⁴⁶⁷ Veamos la presentación de Tijerín, por ejemplo, que encierra una descripción sociológica espontánea contrario sensu, del poder del intelectual: “De la comparsa se desprende Tijerín. Propietario de muchos diarios y Dios sabe cuántas revistas, fuerte accionista de empresas de publicidad, interesado en el rendimiento de las fábricas X y Z, comanditario de una fábrica de papel, no ha escrito una sola línea, no ha dicho una sola palabra, no ha tenido una idea, no ha hecho nunca un gesto, porque sus ocupaciones no le dejan tiempo para detalles secundarios: pero es el supremo director de la opinión pública” (17). Más adelante, leemos: “Tijerín declama en éxtasis: - ¡Es tan alta nuestra cultura!” (19)

derechos de la sociedad, encarcelando a sus guardianes? Villaloca no puede cometer más injusticias. Pierrot ha traído un rayo de luz a esta ciudad, donde hay más cursilería que en un balneario, más fealdad que en un concurso de belleza, más egoísmo que en una sociedad de beneficencia y más ignorancia que en nuestra propia fábrica de sabios.

-- ¡Viva el maestro! – grita la turba delirante, formando cerco alrededor de Pierrot (58).

[...]

Escándalo en la sala, Arlequín grita y, como no le escuchan, atraviesa de un salto la platea y se encarama hasta el escenario, donde le veremos gesticular hasta el fin.

--¡Vais a hacer un héroe de esa bola de harina! ¿No veis su popularidad? ¿No comprendéis el entusiasmo de la juventud? – dice a los próceres, ajustándose el antifaz; -en vez de perseguir a las nuevas generaciones en él, desprestigiémosle a él en las nuevas generaciones...La fuerza provoca reflujos entre los amigos; la sutileza gana la colaboración de los adversarios [...] Hagamos de su libertad un campo minado, lleno de trampas, donde no pueda dar un paso sin caer. Y, sobre todo, para poder combatirlo, seamos sus mejores amigos... (59)

Como se ve, no sólo los medios de Arlequín son de orden simbólico sino que se trata de un experto en sus posibilidades así como en su dominio.⁴⁶⁸ Su papel se define por la ambivalencia entre ser el consejero de la burguesía y al mismo tiempo, interlocutor-par de Pierrot. Así, la reacción ante la amenaza “disolvente” (57) del “lírico impenitente” se articula por la intervención de este consejero de los gobernantes: “Mientras Arlequín se adelanta hacia Pierrot, con quien dialoga en voz baja, el Ministro discurre...” (60) y promulga un decreto para controlar el ejercicio de las ideas. Arlequín se va mostrando como un hábil manipulador de las armas verbales en el conflicto con su rival, en particular recurriendo a la mentira y la calumnia; se trata de encrucijadas de tipo discursivo, puesto que atañen en definitiva a las significaciones dadas al mundo social, a los valores formulados y al prestigio mismo de los enunciados proferidos (la “gloria”, en palabras de la novela).⁴⁶⁹ Recordemos al respecto que Pierrot define el sentido más básico de sus actos en términos de

⁴⁶⁸ Ejemplificada en la antítesis “en vez de perseguir a las nuevas generaciones en él, desprestigiémosle a él en las nuevas generaciones”, figura retórica característica del discurso de este personaje.

⁴⁶⁹ Es interesante notar la centralidad de la calumnia a lo largo de la trama, ya que dos décadas antes, en una de sus *Crónicas del bulevar*, Ugarte también denunciaba dicha práctica como un rasgo peligroso, típico de la crónica (“La difamación”). Allí la calumnia se describe como un fenómeno típico de la prensa moderna.

“discrepancia”, es decir esgrimiendo una lógica de la controversia, constitutivamente vinculada a un acto de enunciación público. Además de neutralizar a los disidentes, Arlequín brinda otros servicios al poder, pues hace de albacea de la ciudad (dice tener las llaves de ésta – 183), y hasta dicta los discursos destinados a conseguir el “consenso espontáneo” de las multitudes. Sus atributos coinciden con los del intelectual orgánico del grupo dominante definidos por Gramsci.⁴⁷⁰ El consejero expresa una plena consciencia de su función histórica, que se infiere al invertir los términos con que interpreta la derrota de Pierrot: mientras que éste “tuvo que aspirar al porvenir porque no supo aprovechar el momento que vivió” y “no supo conquistar el presente” (240), él en cambio termina “a la cabeza de la opinión pública” (242). Omite incluso las razones de su éxito, prefiriendo señalar las consecuencias prácticas de sus actos: “Pero ¿qué culpa tengo yo? Me han ofrecido mil banquetes, me colman de coronas, mi influencia es omnipotente” (240). A lo largo de la novela, se escenifica la lucha por la hegemonía en el seno de una cultura a través de la pugna entre ambos personajes, al tiempo que se dibuja una parábola según la cual el poder de Arlequín se afianza a medida que Pierrot pierde su influencia. En el punto culminante de dicho conflicto, cuando Arlequín celebra su boda con la hija del senador burgués y desfilan en la carroza del carnaval, Pierrot cree reconocer en la imagen del personaje triunfante, la enigmática calavera del comienzo que lo había incitado a entrar en el teatro de Carnaval y provocado su ira. Además del acercamiento metafórico entre la muerte y el intelectual oficial, no podemos dejar de leer aquí el nudo de las relaciones entre escritores y sociedad: no ha sido necesario que los miembros de la clase dominante se enfrentaran directamente al “eterno iluso de todas las épocas”; fue uno de sus pares, un intelectual orgánico, quien asumió el desafío de neutralizar su influencia, con armas simbólicas similares, y que además ha teorizado sobre la estrategia a adoptar, convenciendo a sus superiores acerca de la necesidad de evitar la persecución directa (“Para combatirle seamos sus mejores amigos” -59).

Otra imagen del desenlace resulta también reveladora de los engranajes hegemónicos: sólo una vez que Arlequín cumple exitosamente su misión, con

⁴⁷⁰ *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva visión, 1978.

la condena simulada de Pierrot, vencido y suicidado, y allana el camino para el restablecimiento del orden, Polichinela se dispone a hablar en el “Aerópago”. El discurso que pronuncia no olvida a ninguno de los componentes de lo que, con Gramsci, podemos nombrar como un verdadero “bloque histórico”:

Lo que ha dado auge a Villaloca es la superioridad de sus cerebros. Allí tenéis al Príncipe, al Ministro, al Mariscal, dando prueba diaria de clarividencia. Tijerín ha escalado las cimas con su esfuerzo generoso. El Gendarme se impone por su integridad severa. Don Crésoro debe sus victorias a la serenidad que inspiran sus virtudes. Sobón rehace su imperio con una evolución sensata. Arlequín se pone a la cabeza de la opinión pública por la lucidez de sus consejos. Y hasta Pingüino, curado de sus primeros errores, está dirigiendo la enseñanza oficial...Villaloca puede orgullecerse de sus héroes (242).

Otro hecho relevante en el modo en que se configura la representación de los intelectuales, es que Pierrot y Arlequín no son las dos únicas posiciones que existen de éste en la novela; la gama de los “profesionales de la pluma” (Bourdieu) es así más variada si tenemos en cuenta a los estudiantes y profesores anónimos, representados –como puede verse en uno de los pasajes que transcribimos- como un conjunto de oyentes y seguidores de lo que va ocurriendo alrededor de los personajes principales; al Pingüino y a Rip. Si el primero sólo se presenta, en el comienzo, como un “hombre tranquilo”, luego trabaja de “cenicienta en el palacio” de gobierno (65) –lo que denuncia el propio Rip- hasta que poco a poco se va comprometiendo en la órbita de Arlequín y termina “curado de sus primeros errores” y “dirigiendo la enseñanza oficial”. En cuanto a Rip, a quien el Gendarme menciona como “otro profeta absurdo”(192), sus intervenciones otorgan un espesor simbólico a los sentidos que la ficción construye en torno a las funciones del intelectual revolucionario. El personaje de Rip es un intelectual propagandista, inspirado en Pierrot y líder de la “ola juvenil” (65) de máscaras que se rebela contra Villaloca. Tras conocerlo y descubrir las primeras hostilidades en su contra, declara el “estall[ido] de la revuelta. Estamos con la luz, contra los Dómines. ¡Estamos con Pierrot, contra Villaloca! [...] ¡Vamos a derribar al Ministro! ...a exigir que se cierren los cementerios !” (65). No sólo eso sino que da muestras de un sentido práctico para percibir los humores de la población, al advertir que ésta ha sido ganada por el ascendiente de la clase dominante. Aquí emerge una de las

contradicciones del intelectual-apóstol en la figura de Pierrot, en la medida en que su agudeza para profesar el “Ideal” no tiene un correlato en la transmisión de su prédica, si tenemos en cuenta, primero, que el intercambio con las “nuevas generaciones” está mediado por otro intelectual (Rip, líder del movimiento) y segundo, que no ha logrado convencer a sectores más amplios.⁴⁷¹ Rip, en cambio, previene a Pierrot acerca de la “conspiración que cunde” (“Los malos por rencor, los tontos por credulidad y los cobardes por sometimiento, todos te censuran o te reniegan y eres, sin saberlo, víctima de la loca ciudad que te devora” -201). Sintomáticamente, es Pierrot quien consulta a Rip sobre la estrategia a adoptar, para resistirse luego a tomar medidas concretas:

- [Pierrot] - No soy intrigante.
- De ahí tu ocaso. Ha llegado el minuto en que dejar pasar la última oportunidad equivale a despeñarse por el propio impulso...
 - ¿Qué debo hacer?
 - ¿Me lo preguntas? Lanza a rebato las campanas y congrega a los transeúntes para gritar la injusticia...
 - ¿Justificarme?
 - [...]Ataca, a tu vez.
 - Me pondría a la altura de ellos.
 - ¿Te resignas?
 - No.
 - ¿Entonces?
 - [...] ¿También me abandonas?
 - Contigo iremos al precipicio. Pero no seremos muchos. La justicia sólo conserva defensores cuando tiene probabilidades de triunfar...¿Qué hacemos?
 - Seguir trabajando en el plano ideal de Villaloca. Hay que multiplicar las perspectivas, los jardines, las torres [...] Que el teatro sea un resplandor, aunque para alimentar las hogueras tengamos que arder nosotros mismos...
 - Vamos. (202-203)

El diálogo encarna otra de las contradicciones del intelectual revolucionario en relación con los efectos concretos de su discurso, y más en general, sobre la relación entre teoría y práctica en la tradición socialista. En ese sentido, no es un azar si Pierrot se pregunta qué deben hacer, que probablemente evoque el reciente *Qué hacer* (1902) de Lenin (recordemos la

⁴⁷¹ Este sentimiento ha encontrado su formulación crítica, por ejemplo, en la conocida preocupación de Gramsci acerca del peligro de disociación, comparable al de la Iglesia católica, entre intelectuales y los militantes del socialismo.

presencia de su máscara en la última página del libro). Rip decide dar la espalda a Pierrot cuando éste se resiste precisamente a pasar a la acción encabezando una resistencia. El dilema queda abierto, y no tendrá solución ficcional en ninguna de las dos alternativas. En efecto, inmediatamente después de esa conversación, Rip es arrojado por un agresor anónimo desde un balcón del teatro, a la vista de todos, pero tampoco el destino de Pierrot resulta más auspicioso. Recordemos, sin embargo que, significativamente, tampoco se salvan quienes han triunfado, puesto que las muchedumbres sin líderes irrumpen y destruyen el teatro que, como el carnaval de esta ficción, termina en cenizas. Como se ve, la ficción materializa muchas de las contradicciones inscriptas en el lugar del intelectual heterodoxo y marginal reservado para Pierrot cuya pureza, de este modo, se ve también interrogada.

En capítulos anteriores aparecía un tratamiento vacilante de las multitudes, que pasaba de la exaltación romántica del pueblo a una mirada miserabilista sobre la cultura popular e incluso a su censura, legitimada en una concepción primitivista de dichos sectores. Esta novela también proyecta imágenes de la multitud que son reveladoras de aquellas mismas miradas, al tiempo que traduce otras inquietudes, más recientes o contemporáneas. En primer lugar, tanto los intelectuales como los miembros de la clase dominante refieren su carácter colectivo acudiendo a metáforas zoológicas y restando así humanidad a sus conductas. Es así como las acotaciones escénicas de la voz narradora invocan las doxáticas referencias al “tropol” o a la “jauría” de máscaras, una representación despojada del dominio del lenguaje. En segundo lugar, la novela se focaliza en las multitudes políticas; no en el movimiento obrero sino en las “nuevas generaciones”, un tópico recurrente, se sabe, en las reflexiones de la época. Desde el comienzo hasta el final, tienen una connotación fuertemente enigmática. Parecen encarnar lo incierto de la historia, aun cuando apoyen la causa supuestamente noble y desinteresada del soñador: “La ola juvenil desaparece entre un remolino de máscaras desconocidas, que cantan una canción que no hemos entendido nunca” (65). Aun en ese momento de alianza, el intelectual no termina de comprender el sentido de los actos de la multitud. Esto se refuerza en la escena siguiente, cuando Pierrot, aconsejado por Arlequín, entrega a la “ola juvenil” que lo aclama, su gato y su luna -emblemas de la “percepción nerviosa” y del

“ensueño” se dice en la novela-. Nada bueno surge de ese vínculo establecido mediante el don si se tiene en cuenta la nueva sorpresa que espera a Pierrot: el gato aparece muerto y la luna, “abandonada por manos perversas, se ha elevado tanto que apenas parece un punto luminoso en la decoración del jardín” (65).

Los malos augurios se van confirmando en el curso de los acontecimientos a medida que la multitud es llevada hacia el consenso por los hábiles manejos de Arlequín; en este aspecto, predomina la justificación de sus actos, pues se la presenta como un sujeto sin plena conciencia, víctima de los planes maquiavélicos del intelectual de Estado. No sólo resulta crédula ante las simulaciones que Arlequín le dirige especialmente, con el propósito de tergiversar ante ella los actos “puros” de Pierrot; también es fuertemente permeable a los discursos articulados, mecanizados que encontramos en la escena en la que se escucha la voz de los gobernantes difundida desde unos “fonógrafos” cuyas grabaciones están incluso numeradas. Ugarte muestra un especial interés por incluir un registro de los cambios tecnológicos propios de la “era de la reproductibilidad técnica”, si se tienen en cuenta dichas escenas y sobre todo, aquellas en las que la acción ya no sucede en el escenario sino en la proyección de una película cuyo personaje es también Pierrot presenciando la muerte de su madre e intentando luego suicidarse hasta que se lo impide el fantasma de ésta (escena que recuerda la de la nouvelle *La sombra de la madre*).⁴⁷² Irrumpen entonces en la pantalla los “genízaros” que lo acusan de haberla asesinado. Resulta significativo que en el caso del cine, el engaño se realice simultáneamente a la percepción del público. De este modo, la escena registra una percepción aguda de las posibilidades formales del cine, del particular poder sugestivo de las imágenes y también de la dimensión masiva de su impacto. En este sentido, la mediación visual se revela más eficaz aún

⁴⁷² Este pasaje de la novela resulta singular. Por un lado, contiene ecos autobiográficos si se tiene en cuenta que la escena coincide con el año en que sobreviene la muerte de la madre del autor. Por otro lado, presenta un gran dinamismo en el modo cómico en que representa la recepción del film por el público, que va leyendo las leyendas que acompañan las escenas. La escena brinda datos interesantes sobre las prácticas diversas de visión del cine y los discursos sobre éste, en sus comienzos (un espectador comenta que “las imágenes no tienen nada que ver con la acción”; otro: “De las leyendas no nos ocupemos: siempre habrá un tartamudo que las lea en voz alta”; otro: “Estas cintas modernas quieren ser impresionantes y simbólicas, pero me dejan indiferente”; “Pero es tan duro el esfuerzo por mantener el cuello torcido, que nos contentamos con escuchar los diálogos que suben de las butacas vecinas. El polvo deluz flotante permite distinguir las caras” (217-221).

que la manipulación verbal, a tal punto que alcanza a desplazar la estrategia de la calumnia. El efecto ante el público se encarna en la sugestión a la que éste llega (“¿Y cómo ha de ser bueno el *film* con un héroe tan antipático?”-222). En el final de la novela, ya hemos analizado el modo sorpresivo en que sobreviene la “irrupción de las masas”,⁴⁷³ en el momento de máximo dominio y hegemonía del grupo dominante: la multitud destruye, sin sentido aparente, la totalidad del mundo imaginario.⁴⁷⁴

Vemos, entonces, que entre los primeros textos literarios de Ugarte, los cuentos de la primera década del siglo XX y las novelas escritas en los años veinte, aparecidas luego de una interrupción de la práctica literaria por más de una década, resulta imposible trazar una línea de continuidad que diera cuenta de un proyecto cabal de escritura (aun cuando el diseño de dicha línea incluyera posibles cambios dentro de una misma actividad literaria). Sin embargo, en su motivación misma, estas incursiones intermitentes estuvieron siempre marcadas por un impulso de escritura dividido entre dos espacios de producción y circulación (el literario y el intelectual; el literario y el periodístico; el literario y el político) que mucho tenían que ver con las propias condiciones de enunciación de los discursos entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo siguiente, marcadas precisamente tanto por el proceso local de diferenciación de las prácticas culturales, como por la mercantilización de los productos culturales y la democratización del consumo cultural.

Asimismo, otro aspecto a considerar es el papel determinante, analizado en el capítulo 4, que tuvieron sobre el rumbo de su actividad literaria, por un lado, la adhesión al socialismo y la militancia en el partido que llevó a Ugarte a indagar en definiciones específicas de la literatura enmarcadas en la doctrina del arte social; por otro lado, la progresiva constitución de su discurso latinoamericanista lo llevó a formular la necesidad de un arte nacional cuya poética pasaba a ser definida por pautas de representación mimética y de un

⁴⁷³ La imagen pertenece a la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky (citado por A. Badiou en *Le siècle*: 66)

⁴⁷⁴ Este carácter imprevisto y enigmático de la masa puede relacionarse con el análisis de Raymond Williams en *La política del modernismo* (125-136) acerca de la “multitud de extraños” que da forma teatral a la incapacidad de comunicación entre los sujetos modernos y era vivido como una amenaza para la identidad. Williams afirma que esto fue “vigorosamente dramatizad[o] por Chejov y Pirandello y sus sucesores reconocibles” (Williams 132).

vitalismo sencillista. Esto tuvo por efecto, entonces, un intento por dar coherencia a estos principios heterónomos de la actividad literaria, que explicaron el abandono de una temática modernista y de motivos urbanos parisinos, por narraciones marcadas por una retórica realista a partir de la cual el escritor trabajaba los núcleos conflictivos del proceso de modernización de la sociedad argentina, haciendo ingresar materiales del mundo rural en *Cuentos de la pampa* y *Cuentos argentinos*. Sin embargo, luego de esos libros, Ugarte, se consagra exclusivamente a la escritura sociológica y política y abandona la actividad literaria. De modo que resulta evidente la no centralidad de dicha actividad respecto de sus otras áreas de intervención que muestran en cambio un desarrollo sostenido y ciertos rasgos singulares que permiten hablar de proyecto intelectual. Por el contrario, resulta difícil hablar de un proyecto creador que haya funcionado como eje de su inserción pública.

Ahora bien, cuando Ugarte retoma la escritura literaria, en los años 1920, parte en gran medida, de bases muy distintas. En el destierro y en un momento de aislamiento y pérdida de certezas respecto del rumbo de la humanidad, el proyecto de dos novelas editadas con escaso lapso entre ambas, constituye un espacio de liberación que trae una relativización del impulso doctrinario anterior, y la apertura a formas de experimentación formal inspiradas en indagaciones recientes de la literatura europea, que hemos analizando en la última parte de este capítulo. *El crimen de las máscaras* y *El camino de los dioses* ensayan en base a dos principios constructivos bien distintos, el balance de las sociedades de los años veinte, desde la perspectiva –no explícita– de las antiguas certezas de la preguerra.

Como dijimos antes, la primera novela y también la segunda, aunque de un modo menos central, encarnan y vehiculizan el pasaje que va del diagnóstico al balance. Si el primero se fijaba en el porvenir, la certeza en torno a su sentido va desapareciendo. El balance, en cambio, está marcado por un desengaño extremo frente a la modernidad producido el impacto de la Gran Guerra, y acaso también, reforzado por circunstancias autobiográficas. Así, Ugarte evalúa aciertos y fracasos mediante operaciones de generalización en las que asocia su propio aislamiento con el de sus contemporáneos, y más en general, con el de toda una generación. Esto se traduce en la línea memorística que emprende Ugarte, la que abarca más de mil páginas escritas

entre 1927 y su muerte, si tenemos en cuenta *La vida inverosímil*, *El dolor de escribir*, *Escritores iberoamericanos de 1900*, *El naufragio de los argonautas*, *La dramática intimidad de una generación* (de edición póstuma). Entre otros tópicos, en todos aparecen recurrentes imágenes del naufragio, de la figura mítica de Prometeo, las ilusiones perdidas o el suicidio como forma del destierro.

ANEXO 1. Resúmenes de los Cuentos de la Pampa

"El malón" (20 pp.)

El relato se abre con un panorama explicativo de dicho fenómeno, que se explica como respuesta impetuosa de las "tribus nómadas [...] batidas por los colonos y obligadas a ceder palmo a palmo los territorios que les pertenecían...".

Sigue luego la referencia a la muerte del cacique Largacurá. El relato en sí se abre con la historia de un francés, el "Conde de Renaudy", que viene a instalarse en un fortín de frontera, con su mujer e hija, respecto de la que se acentúan los efectos positivos que le produce la vida al aire libre y sin convenciones, modo en que se caracteriza la vida rural. Cuando sobreviene el malón, se la llevan cautiva y sin que alcance a saberlo, matan a sus padres. El drama comienza entonces, pues el hijo del cacique Largacurá, quien la arrebató del fortín, se enamora de la joven René. Ella se resiste y a la vez especula con la disposición del indio. Éste se debate entre su "pasado" de " hombre rudo y primitivo" y el impulso de un amor no correspondido e imposible respecto de la joven europea vuelta criolla, a quien considera "de otra esencia". El desdichado cede ante su sentimiento liberando a la cautiva, quien al regresar y conocer la suerte de sus padres, enloquece, en un final abrupto.

"El curandero" (10 pp.)

Nuevamente, lo primero que se señala es la lejanía respecto del pueblo, en la que vive el indio "vencido y maniatado por la civilización". El cuento se centra en un indio dócil, curandero, que representa la resignación de su pueblo en derrota. El narrador lo contrasta con otro indio, colérico, que terminará matándolo por exceso de ignorancia, de *bestialidad*, un resabio inevitable de su origen (el narrador otorga al primero las cualidades del sabio: es quien puede curar y quien tiene humanidad). En el carácter "primitivo" del segundo nacerá la sospecha de que el curandero lo traiciona por una antigua rivalidad amorosa de la que él había salido vencedor. Juan Pedruzco, el indomable, acuchilla al indio "distinguido e inteligente" pero además, consigue escapar del disparo de revólver hecho por la mujer de la víctima, huyendo "por los campos sin límites".

"Los caballos salvajes" (7 pp.)

En este relato, los protagonistas, también salvajes, son esta vez cuadrúpedos. Está a cargo de un narrador testigo, que acompaña al hijo de un estanciero, desde Buenos Aires hasta el campo. Han partido precipitadamente de la ciudad al enterarse por telegrama, que el padre y la hermana de éste último están gravemente heridos. La descripción del viaje es detallada y ocupa gran parte de la textualidad. Este énfasis sobre lo espacial se refuerza por el hecho de que el cuento no tiene un final con efecto, en tanto el suspenso dado por la ignorancia respecto del origen del mal, no se desarrolla en el relato, una vez enunciado el suspenso, a través de una simultaneidad entre enunciación y enunciado, sino que se termina narrando la desgracia una vez que ésta ocurrió. Nótese la ingenuidad de la frase final: "Y Julio, como un coloso vencido por la naturaleza, se echó, al fin, a llorar y les mostró los puños" (El pronombre con función de Objeto indirecto se refiere a los caballos).

"Rosita Gutiérrez" (9 pp.)

Nuevamente, el cuento opone a dos clases de indios, esta vez en el seno de una comunidad familiar. En realidad, se trata de un triángulo de personajes: Rosita Gutiérrez, su madre, cuyo nombre no se menciona, y su padre, Don Pedro Gutiérrez. Como se ve, la 1a. lleva nombre y apellido, como cualquier muchacha criolla, mientras que su madre no lo lleva, y es caracterizada, significativamente, como "india semisalvaje cuyo único defecto era la timidez". Su pare en cambio, lleva antepuesto el apelativo "Don", y es el indio asimilado: "era un indiazto gordo, cachazudo y

bonachón". La muchacha .ha recibido educación que se mostró insuficiente, no por cantidad sino por incompatibilidad esencial: "y por esos baches que la educación no había podido llenar, se escapaba no sé qué vaho de insurrección y de independencia que desentonaba en aquel medio donde todo estaba reglamentado por el militar y por el cura. Rosita Gutiérrez era una niña caprichosa". La seduce el estanciero (heredero) de la zona que consigue llevársela a Buenos Aires. Es la *indiecita que dio el mal paso*. que cede ante el enemigo de su raza, como sugiere el narrador quien además introduce comentarios que intentan analizar sociológicamente el funcionamiento de la pequeña aldea. Cuando regresa al pueblo con el joven estanciero, no está casada. El cuento se cierra con la alusión al saqueo de la estancia por indios malhechores, a la cabeza de los cuales "la querida de Salterain había reconocido a su madre".

"La muerte de Toto" (7 pp.)

Este es un cuento que podría calificarse como de atmósfera; se trata de la agonía del personaje nombrado en el título, quien ha sido llevado por su madre lejos de la ciudad, hacia las sierras. El espacio exterior descrito desde una retórica romántica, transmite infinitud, soledad, misterio, al punto de que cuando aparece un músico tocando una melodía, el moribundo no consigue reponer la sociabilidad urbana en la que había oído dicha música. El cuento se cierra sobre la madre que constata la muerte de su hijo y que cae desvanecida , acaso porque "quizá el panorama que cubría el horizonte la [sic]infundió pavor"...

"Giovanni" (7 pp.)

Único cuento en el que aparece la figura del inmigrante. Esta se agrega, a la clasificación entre indios y criollos, el que se presenta como víctima de la "existencia pavorosa y singular de las Pampas" acarreada por el destierro. Se emplea como peón de estancia y al desaparecer unas joyas, se convierte en el primer sospechoso y va preso. Si al comienzo lo intimidan los indios por su superioridad física y cuchillos "afilados sobre la caña de la bota" -aquí, puede deducirse que los indios llevan atuendos de gauchos-, el pavor que experimenta se traslada a la autoridad estatal representada por "el comisario de policía y el sargento de servicio", "hombres blancos, de aspecto europeo, [que] comenzaban a infundirle más pavor que los indios del primer día". La narración denuncia los abusos de autoridad: "los depositarios de la Ley que, sin pruebas, sin dato ninguno, le acusaban y le recluían". El inmigrante se suicida y a la semana aparecen las joyas detrás de un mueble.

"Costura" (9 pp.)

Cuento que se inscribe en el género histórico, y narra la historia de un noble español sin fortuna que integró la expedición de Solís y que se niega a huir, luego de la muerte de Solís, enfrentándose a los indios. Su coraje es valorado por la tradición indígena, como lo muestra el hecho de que el narrador conozca su historia y su espada por el relato de un capataz de mayordomo de estancia, nieto de los caciques de la dinastía charrúa, quien la ha conservado: "se la transmitieron de mano en mano hasta que, disuelta la tribu y fundidos todos en el cuerpo de la nación, ha llegado naturalmente a mí, que soy el último descendiente de ellos".

"La lechuza"(10 pp.)

El cuento plantea un conflicto dado por amores prohibidos, que enfrenta las generaciones de padres e hijos sobre la base de las diferencias sociales y étnicas entre los enamorados: el hijo y la hija de un estanciero de quien se dice que vive recluido en el campo y que "A Buenos Aires iba pocas veces [...] porque el viaje era largo y penoso y porque le intimidaba la vida de la que ya empezaba a ser una gran ciudad". Se dice de Jiménez, además, que "tenía ideas muy arraigadas sobre las diferencias sociales". El cuento avanza con una descripción de la vida familiar, de los peones de la estancia y de los personajes. Se introduce al personaje cuyo apodo lleva el título del relato, "una india más que centenaria que había asistido a las guerras de

independencia (..) [y] divertía a los peones con historias fantásticas [...] donde se mezclaban recuerdos y superstición". Al descubrir la relación del hijo con la mucama alemana (oriunda de Santa Fe), el padre la echa pero la misma noche, el hijo huye con ella a Buenos Aires. Las afirmaciones de la lechuza comienzan a "inquietar" a los indios pues habla de una maldición cuyo origen está en Jiménez. La hija tiene peor destino pues queda embarazada hasta que confiesa a su padre su relación con uno de los indios empleados en la estancia. Jiménez lo mata, lo cual produce una rebelión producto de la superstición, a raíz de la cual los peones matan al estanciero.

"La leyenda del gaucho" (45 pp. en XII capítulos)

El relato se abre con una alusión a los cambios de Buenos Aires, con una descripción retrospectiva de la vida 20 años atrás. Se sitúa el cuento en 1893, de modo que el presente de la enunciación está situado hacia 1900.

Los protagonistas son dos amigos que estudian medicina y viven en Buenos Aires pero durante el verano regresan a sus casas, en San José de Flores, por entonces una pequeña población, "hoy un barrio de la capital hormigueante". El primero, Lisandro Mendezuela, de origen social bajo, huérfano de un capitán de infantería, es sensato, excelente estudiante, mientras que su amigo, Luisito Achával, pertenece a una familia de alcurnia y lleva una vida disipada, no estudia, y tiene la desenvoltura natural de su clase. Pasan el verano juntos, aún "demasiados puros para advertir un obstáculo" en sus diferencias de clase. Sin embargo, Lisandro vivirá la experiencia de la humillación al ser tildado de "parásito" y ser estigmatizado por llevar "sangre de gaucho" por un amigo de Luisito. A la vez, competirá con el humillador por una misma joven que lo desairará. El cuento, se extiende en un desarrollo detallado de los sucesos que terminan con el baile de carnaval cuando Lisandro, disfrazado de gaucho, mata con el facón a su rival, para luego acostarse sobre las vías del ferrocarril. El relato se cierra con la descripción de la locomotora que avanza sobre el cuerpo, como un "monstruo".

"La sombra de la madre" (48 pp., en XII capítulos)

Una vez más, se presenta una imagen de la ciudad de Buenos Aires como renovada y pujante, hasta que sobreviene una "revolución rural" en la que deciden enrolarse 3 jóvenes porteños que frecuentan un club, descrito como "centro elegante". En una suerte de viaje retrospectivo hacia el pasado, se van internando por los campos alejándose de la civilización, y experimentan en carne propia la violencia y el absurdo de la política criolla. Arriesgan sus vidas allí, uno de ellos se enamora y por eso debe enfrentarse a uno de los caudillos de la rebelión, quien quiere poseer a la muchacha oriunda de la población pampeana en que se encuentran. El cuento se cierra con un regreso a la ciudad, luego de que un fenómeno sobrenatural (la sombra de la madre" salva la vida al protagonista, y con un desenlace feliz para los enamorados, y un arrepentimiento de los jóvenes que optan por "ensalza[r] la actitud del Presidente que nos ha perdonado a todos".

CONCLUSIONES

Nuestra generación habrá sido modernista, como arbitrariamente la definen algunos, pero nadie le podrá quitar el penacho romántico que la llevó a cultivar el disparate divino del desinterés y del ensueño. En ese crisol fundimos una visión de Europa y una abstracción de América que nos llevó después a escribir, fuera de la geografía y del tiempo, todas las cosas que nos podían perjudicar (*Escritores iberoamericanos de 1900*: 39-40).

En estas páginas finales, luego de referirnos a algunas de las decisiones implicadas en nuestro trabajo con los materiales seleccionados, intentaremos trazar una mirada de conjunto sobre las principales líneas desarrolladas en esta tesis. Por último, buscaremos sintetizar la posición de Ugarte contrastando su figura con la de sus contemporáneos, con el objetivo de revisar su relato de la generación perdida, *suicidada* por exceso de ideal, que predomina en su visión.

Una de las representaciones más visibles de la producción de Ugarte es aquella recuperada por la izquierda nacional, propia de las lecturas de Jorge Abelardo Ramos y luego, la de Galasso, que leían en sus libros un ejemplo de superación de las contradicciones del socialismo extranjerizante, y en su figura de visionario en el señalamiento del peligro imperialista y la necesidad de la unión continental. En este marco, Ugarte se presentaba como un caso de tráfugo de clase y víctima del silenciamiento y la difamación perpetrada por “los procónsules del capital extranjero”. Pero además, lo situaban, transhistóricamente, como precursor de una línea que se había impuesto indefectiblemente después de su muerte.⁴⁷⁵

⁴⁷⁵ « Este joven atildado y galante del 1900 no podía suponer que ese ‘idealismo latinoamericano’ que él sustentaba en los cenáculos literarios, llegaría a convertirse en un hecho fundamental de su vida (y de su fracaso público) sino al mismo tiempo en la bandera

Otro abordaje de sus textos, a cargo de críticos especializados e historiadores, estuvo dado por un acercamiento a sus libros con el objetivo de reponer un contexto de ideas, o en un corpus destinado a indagar a los latinoamericanos desterrados, o a los antiimperialistas, otras veces a los intelectuales socialistas, etc. Así, más, allá de que proponían un análisis discursivo de los textos que abordaban, no siempre analizaban las ideas de Ugarte dentro de los marcos de su propio pensamiento, que ha sido en cambio uno de los propósitos de esta investigación.

Teniendo en cuenta nuestro recorrido, es posible sostener que el trabajo concreto con los escritos del autor apuntó a establecer la lógica interna a cada libro, los núcleos recurrentes y sus transformaciones de un libro a otro, y a hacer dialogar las nociones y temas que aparecían, con el horizonte de posibilidades y de significaciones disponibles. Por eso resultó necesario ubicar –todas las veces que se nos dieron las condiciones de acceso a los materiales– las primeras apariciones de las crónicas, o los primeros títulos elegidos por el autor en las distintas ediciones. Se trató así de recuperar la historicidad de los conceptos, teniendo en cuenta en algunos casos, su carácter no homogéneo sino estratificado; la de las prácticas, restableciendo los vínculos entre escritores contemporáneos así como los sentidos sociales inscriptos en sus intervenciones públicas y también la historicidad de las formas retóricas predominantes. La lectura inmanente de los textos hizo posible entonces el reconocimiento de modos singulares de apropiación ugarteana de los conceptos, es decir, de recepción de los debates europeos o de los escritos de otros latinoamericanos contemporáneos. Asimismo, permitió dar cuenta de las contradicciones y tensiones en el interior de los textos, que eran reveladores de las respuestas que Ugarte intentaba dar a problemas de la época recurriendo a paradigmas eurocéntricos, lo que pudo verse por ejemplo, en la necesidad de pensar la identidad latinoamericana en contraste con los Estados Unidos caracterizando su voluntad expansionista, la que dio lugar a una apropiación y reorientación de los debates europeos en torno a la decadencia latina; o también el recurso a la perspectiva universalista sobre los fenómenos,

señalada de las grandes masas explotadas de nuestro tiempo » (Jorge Abelardo Ramos, « Redescubrimiento de Ugarte ». Prefacio a *El porvenir de América Latina*. Buenos Aires : Indoamérica, 1953 : IX).

que permitía dejar atrás lecturas basadas en las jerarquías raciales. Nuestro enfoque, en síntesis, no implicó en todos los casos una negación de los análisis anteriores; más bien complejizó la figura de Ugarte, y permitió – creemos- profundizar y acrecentar la historización de las configuraciones intelectuales, ideológicas y políticas que eran posibles en el período a partir – básicamente- del mismo conjunto de significaciones, tradiciones, bibliotecas y debates que conocemos por el estudio de otras trayectorias y figuras, sin duda más relevantes, transitadas o canonizadas, para caracterizar la época.

Muchas veces los temas y nociones se vinculaban de un modo transparente con el contexto discursivo, pero menos fácil resultó rastrear huellas de lecturas en cada texto del autor, debido a la casi completa ausencia de referencias explícitas a autores, nociones, corrientes de pensamiento. Debe decirse, en este sentido, que se confirma el carácter diletante señalado por Ángel Rama, con que los jóvenes novecentistas se relacionaron con la cultura escrita, algo que el propio Ugarte reconoce retrospectivamente en su libro póstumo de memorias, cuando afirma que “completábamos lo que desconocíamos con lo que imaginábamos”.⁴⁷⁶

Para sus contemporáneos, fue un referente obligado para invocar y pensar la unidad latinoamericana. Ingenieros le escribe, por ejemplo, desde París en junio de 1925 para pedirle que sea el orador de un acto de solidaridad con México, ante la amenaza de invasión norteamericana, organizado por la Unión Latinoamericana creada en marzo de ese mismo año en Buenos Aires: “Desde que hablamos entre algunos de efectuar la demostración, te recordé a ti, el precursor, y propuse que te invitáramos a hablar [...]. Tu presencia y tu palabra darán gran autoridad moral a este acto”.⁴⁷⁷ Ugarte acepta y pronuncia un discurso junto a Ingenieros, Vasconcelos, Haya de la Torre, Asturias, Unamuno, Ortega y Gasset (Galasso, *Manuel Ugarte...* 357). Con respecto a los vínculos con otros contemporáneos, la tesis ha permitido echar luz sobre su rol de mediación entre los escritores que llegaban a París o Madrid, y los lugares de difusión y consagración específicos para los latinoamericanos. El estudio concreto de las redes de relaciones en el exterior ha tenido escasos

⁴⁷⁶ Ugarte, Manuel. *La dramática intimidad de una generación*. Madrid: Prensa española, 1951: 170.

⁴⁷⁷ Citado por Galasso, *Manuel Ugarte..* 357. La Unión Latinoamericana contaba además entre sus miembros, a Palacios, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte.

desarrollos y constituye, a la luz del trayecto de Ugarte, una tarea pendiente no a iniciar sino a profundizar. Las vinculaciones de este escritor con sus pares también fueron reveladoras de las estrategias modernas de legitimación a comienzos del siglo XX (Ramos), que pudieron verse a través del epistolario del autor, de las reseñas en las revistas de la época y del recurso a una retórica confrontativa. En este aspecto pudo verse cómo este escritor importó la lógica heterónoma, que tomará forma más adelante, con Boedo, pero de otra manera, despojada del sentido apostólico, en los años 1920.

Si comparamos su figura con la de otros escritores argentinos que desarrollaron su actividad en el ámbito porteño, aparece claramente que, a diferencia de Payró, Becher o Ghirardo, Ugarte no necesita imperiosamente del periodismo para subsistir aunque sí para materializar la “vocación” declarada a sus padres. No debe depender de un cargo en el Estado para solventar sus gastos, como es el caso de Gálvez, o Lugones. Tampoco puede dedicarse a la docencia, como Giusti o Rojas o a su profesión, como Justo, Palacios o Ingenieros. Es decir, la fortuna familiar lo exime del esfuerzo pero necesita igualmente dedicarse con asiduidad a la escritura de crónicas, lo que constituye a comienzos del siglo XX, un imperativo estructural para quienes quieren dedicarse a la actividad intelectual. Esto quizá explique su decisión de alejarse geográficamente del ámbito porteño pues así puede liberarse de dichas presiones implícitas y prolongar la existencia bohemia, sosteniendo la actividad escrituraria de un modo menos regular o sistemático.

Hemos ubicado en París el inicio del trayecto intelectual de Ugarte pues allí comienza su carrera, en el sentido profesional, y además porque su contacto con dicho centro cultural resultó decisivo para el sesgo sociológico y político de sus escritos. En el primer capítulo hemos visto entonces el modo en que van apareciendo núcleos problemáticos, con significaciones que serán retomadas o modificadas en los años siguientes. Uno de ellos reside en el establecimiento de diagnósticos Ugarte acerca de las tendencias culturales europeas o latinoamericanas del presente, una operación retórica que puede leerse como indicio mismo de la modernización de las letras hispanoamericanas, en el mismo sentido en que Julio Ramos ha pensado la estrategia de los prólogos entre escritores. Asimismo, se ha mostrado que la

afirmación juvenilista ugarteana establece un diálogo temprano con el discurso de Rodó. El análisis de las primeras crónicas escritas desde París nos ha permitido identificar allí la construcción de una figura de intelectual universalista, cuyo análisis continuamos en el segundo capítulo de la tesis. En éste tomamos ya no sólo sus crónicas sino también dos ensayos en los que se verifica la incursión sociológica del escritor, materializada en la adopción de un nuevo género, más extenso y que explica además la sujeción a imperativos científicistas de la matriz positivista. *Las enfermedades sociales* y *El porvenir de la América española [latina]*, combinan de un modo característico elementos ideológicos, retóricos e imaginarios provenientes a la vez del repertorio socialista y del imaginario positivista-biologicista con componentes higienistas. Uno de los aspectos claves de su discurso, pues de ello dependía una u otra concepción de la identidad latinoamericana, está dado por el progresivo abandono del dogma de la desigualdad de las razas y su función disonante respecto de las lecturas de la sociología positivista. Otro rasgo de sus intervenciones, vinculado a las reflexiones identitarias, fue la tematización del discurso latinista europeo en función de éstas. Esto permite explicar tanto la singularidad de su programa de unión continental, cuanto las características del discurso antiimperialista que desarrolla tempranamente. Para comprender continuidades y desvíos respecto de la tradición antinorteamericana rioplatense, resultó necesario situar a Ugarte en el marco de dicha tradición, lo que desarrollamos en el tercer capítulo de la tesis. Allí pudimos reconocer una configuración epocal, que leímos en Martí, Darío, Rodó, Ugarte y García Calderón, caracterizada por la afirmación de “la América latina” como tierra de promesas, capaz de redimir al propio Occidente. La investigación nos llevó, asimismo, a identificar con precisión no sólo los puntos de contacto y diferencias de las intervenciones latinoamericanistas de Ugarte en relación con los socialistas argentinos, sino las propias tensiones doctrinarias que surgían de la posición periférica de los actores analizados, en el interior de dicha formación, en su etapa de constitución como partido que pretendía dar un marco nacional a sus acciones.

La intervención universalista autorizada en el científicismo, así como la afirmación identitaria continental, permiten a su vez explicar el ejercicio ugarteano de la crítica literaria analizado en el cuarto capítulo. En este sentido,

hemos advertido los modos singulares con que Ugarte interviene en la promoción voluntarista de una literatura latinoamericana en el momento de emergencia de un campo intelectual en formación. También puede reconocerse la construcción de heteronomía en Ugarte, que le permite legitimar su propia práctica, y en la que se lee una actualización, desde la periferia, de las doctrinas del arte social de la primera mitad del siglo XIX pero adaptadas a las reflexiones de la “cultura modernizada internacionalista [y] prenacionalista” (Rama *Las máscaras...* 48). Más aún, Ugarte asocia dichas doctrinas a su latinoamericanismo, cuando las hace confluir con los principios del “arte nacional”, en el sentido de autóctono y no europeo antes que delimitado por las divisiones geopolíticas en el interior del subcontinente.

La periodización propuesta en el último capítulo para examinar la trayectoria literaria de Manuel Ugarte, nos permitió reconocer en cada uno de los tres momentos (el porteño previo a su viaje, el parisino y el de Niza, podría decirse) las motivaciones de su práctica literaria y, en particular, algunos giros e incursiones genéricas que no respondieron a los movimientos internos de una poética sino a las convicciones extraliterarias analizadas en los capítulos anteriores. Si en los comienzos, en un sentido amplio, adhirió estilísticamente al modernismo, como puede verse en sus paisajes parisinos, su prosa combina luego recursos narrativos tardorománticos, en los conflictos melodramáticos que conforman las tramas imaginadas en los *Cuentos de la Pampa* y naturalistas, sobre todo en la ficcionalización de tesis sociológicas. Por último, en la tercera etapa que caracterizamos como de fijación juvenilista, Ugarte incursiona en la novela. *El crimen de las máscaras*, de 1924, nos permitió pensar aspectos de las intervenciones de Ugarte, que tuvieron consecuencias determinantes sobre su alejamiento de la red de relaciones en la que se había insertado durante las dos décadas anteriores al momento en que regresa a Europa, a poco de haber concluido la Primera Guerra, en 1919. En efecto, si recordamos los movimientos del personaje de Pierrot, resulta evidente su falta de cálculo y de visión estratégica, reforzada por una posición de afirmación pura del desinterés que lo termina sustrayendo de las encrucijadas políticas. En este sentido, aunque predominen las imágenes de su victimización en *El crimen de las máscaras*, tendientes a hacer el retrato de una generación perdida por exceso de ideal, no son éstos los únicos rasgos de su trayectoria si

se tienen en cuenta algunos momentos en que el personaje de Pierrot es llevado a reaccionar ante su persecución y desiste deliberadamente de pasar a la acción. Es más, acaso el acto solitario con que se enfrenta al poder sin medir la correlación de fuerzas ni tejer alianzas previas con sus pares, cifra también un modo romántico, si se quiere inspirado en los modos de la intervención literaria, de concebir la acción política. Aun allí, el cálculo entre beneficios y costos está ausente, como probablemente lo haya estado también en otros de sus contemporáneos, si pensamos en Alfredo Palacios, por ejemplo. Peor aun, pues el poco prestigio, o escaso capital simbólico específicamente literario que va acumulando, en el protocampo intelectual de comienzos de siglo, no se reinvierte en el mismo campo en que fue obtenido puesto que Ugarte se sitúa ubicuamente entre el campo político y el intelectual; sin contar las incursiones en el campo literario. Así, una de las claves del “fracaso”, o del no reconocimiento de Ugarte, no se explica por la radicalidad de sus intervenciones sino por el escaso sentido pragmático, propio de los agentes que no invierten toda su práctica en un solo juego. Ese el sentido que predomina en sus memorias, en las que se lee sin duda una verdadera fijación juvenilista de ciertos tópicos, representados en una retórica abstracta y de un claro espiritualismo residual. Esta sostiene incluso la creencia en la esfera intelectual como espacio universal compartido por inteligencias capaces de detectar en las sociedades contemporáneas, las sensibilidades más novedosas y de encabezar los cambios. Son los “aventureros líricos” preocupados por “forzar las puertas del imposible y de la vida maravillosa” figurados en *El naufragio de los argonautas*.⁴⁷⁸

Si quisiéramos retomar la metáfora náutica, nos animaríamos a sostener que no se trató tanto de un naufragio cuanto de una tendencia a quemar las naves: pedirle a Darío un contacto con “las multitudes”, atacar nada menos que a Rodó, polemizar con el Partido Socialista situándose fuera de él y “ventilando” las diferencias en otros órganos, los de la prensa “burguesa”. Esta perspectiva lleva a revisar el tópico de su victimización o de su carácter de “no leído” por acción del entorno o debido al altruismo de sus ideas, omnipresente en la crítica sobre Ugarte.

⁴⁷⁸ *El naufragio de los argonautas*., Madrid, Prensa Española, 1951: 90. Ese tipo de expresiones aparecen de manera reiterada en este libro de memorias.

ANEXO 2. ARTÍCULOS Y CUENTOS DE Y SOBRE UGARTE EN PUBLICACIONES (1895 -1913) [Por orden cronológico]

Cuentos y fragmentos de novelas publicados en diarios y revistas

“Beso amargo”, *La revista literaria*, Buenos Aires, año II, n° 19, 15/06/1896, p. 291.
Graveloche (novela). *El Tiempo*, Buenos Aires, Mayo-junio de 1899.
“Los caballos salvajes”. Buenos Aires, *Revista Nacional*, T. 34, Entrega VI, 1902, pp. 247-252.

La novela de las horas y los días, Buenos Aires, *Revista Nacional*, T. 35, Entrega I y II, 1903, pp. 247-252.

“La prueba”, *Ideas*, Buenos Aires, año II, t. 5, n° 17, septiembre 1904, pp. 26-36.

“La primer cana”, *Ideas*, Buenos Aires, año III, t. 6, n° 22, febrero 1905, pp. 166-169.

“Tristeza de otoño”, *Revista Nacional*, T. 38, 1904, p. 216.

Marcela, [en folletín], *El País*, Buenos Aires, 19 al 21/08/ 1901, p. 3

Graveloche (novela), Buenos Aires, ed. Ars, 1918, en “La novela para todos”, año I, n°3 (quincenal)

“La montaña” Archivo GN, Leg. 2232

“El gigante y la luna” Archivo GN, Leg. 2232

“La venganza del capataz”, *La razón*, Montevideo, s/f (AGN Leg 2247)

“La guerra”, *La revista de América*, 1896.

Poemas publicados en diarios y revistas

“Indómita”, *La revista literaria*, Buenos Aires, año I, n° 2 y 3, 22/10/1895

“Venganza”, *La revista literaria*, Buenos Aires, año II, n° 17, 15/05/1896, p. 260.

“Alem”, *La revista literaria*, Buenos Aires, año II, n° 21, 15/07/1896, p. 322.

“Voto”, *La revista literaria*, Buenos Aires, año II, n° 26, 30/09/1896.

“A Pierrot”, *Ideas*, Buenos Aires, año I, t. 2, n° 6, octubre 1903.

“A une demi-mondaine”, *Ideas*, Buenos Aires, año I, t. 2, n° 8, diciembre 1903.

“Claro de luna”, *Nosotros*, Buenos Aires, año II, tomo 2, n° 10-11, mayo-junio 1908, p. 298.

“A una viajera desconocida”, *Nosotros*, Buenos Aires, año II, tomo 2, n° 10-11, mayo-junio 1908, p. 298.

“Páginas de album””, *Nosotros*, año VII, n°50, junio de 1913.

Crónicas y artículos publicados en diarios y revistas

[Blanchette]. *El Tiempo*, Buenos Aires, Octubre de 1897.

[Paseos por calles de París]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 18/10/1897.

[Sobre acto recordatorio de la Comuna de París], *El Tiempo*, Buenos Aires, 22/05/1898.

[Sobre EEUU, desde allí]. *El Tiempo*, Buenos Aires, Julio de 1899.

[Sobre EEUU, desde allí]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 16/08/ 1899.
 [Crón. Desde México]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 4/10/1899.
 [Crón. Desde México]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 16/10/1899.
 [Sobre *La Clairière* de M. Donnay]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 22/05/1900.
 "El arte nuevo y el socialismo". *El Tiempo*, Buenos Aires, 24/05/1900.
 "Teatro cívico". *El Tiempo*, Buenos Aires, 23/07/1900.
 [Sobre los Boers]. *El Tiempo*, Buenos Aires, 30/08/1900. Reed en *Arte y Dem o Las enf. Soc.*]
 "Influence de la littérature française en Espagne". *La Revue*. Paris, vol. 3, N° 46, septembre 1903.
 "El teatro criollo" [en francés]. *La revue*, 15/04/1904 [Reed. en *Las nuevas tendencias lit.*]
 "Exposición de Bellas Artes". *El País*, Domingo 2/06/1901: 3 [Reed en *Crónicas del Bul*]
 "Los Hispano-americanos en el Salón". *El País*, Domingo 13/06/1901: 3 [Reed en *Crónicas del Bul*]
 "Rubén Darío. España Contemporánea", *El País*. Buenos Aires, 10 de julio de 1901, 3 col.1-2.
 "La Reina Ranavallo. Asediada por el reporterismo". *El País*, 21/07/1901: 3 [Reed en *Crónicas del Bul*]
 "Resurrecciones históricas. Una fiesta en Trianón. El Club de los Jacobinos". *El País*, 26/08/1901: 3. [Reed en *Crónicas del Bul*]
 "Los problemas americanos. El peligro yanqui". *El País*, 19/10/1901: 2
 "Problemas americanos. La defensa latina". *El País*, 9/11/1901: 2-3
 "Los caídos". *Madrid Cómicó*, 9/02/1901: 2.
 Libros recibidos: *Paisajes parisienses*". *Madrid Cómicó*, n° 37, 14/09/1901: 299.
 "La rosa encantada". *Madrid Cómicó*, 21/09/1901: 4. [Publ. en *Paisajes parisienses*]
 "París. Los caídos". *Madrid Cómicó*, 12/10/1901: 330.
 "Literatura francesa". *La lectura*, 1 de julio de 1903: 180.
 "El pintor y la actriz". *La lectura*, 1 de julio de 1903: 320.
 "La guerra". *La lectura*, 1 de octubre de 1903: 179.
"Nuevas tendencias literarias", *Ideas*, Buenos Aires, año I, t. 2, n° 5, septiembre

1903.

"Influence de la littérature française en Espagne". Paris, *La revue*, septembre 1903.
 "La colonización francesa en Argelia". *La lectura*, s/f.
 "L'âme espagnole". Paris, *La revue*. Paris: Vol. 1, Année 1905:194-204.
 "La intoxicación literaria". *La Nación*, 24/04/1905, pp. 3-4. [Reed en *Enfermed sociales*]
 "¿Cuál es la nueva orientación actual? El arte social. 'Enquête' de 'La Nación'". *La Nación*, 26/04/1905: 4 [En *Las nuevas tendencias*:111 -125].
 "Sobre el proyecto de 'Ley del trabajo'", *Ideas*, Buenos Aires, año III, t. 6, n° 23-24, marzo-abril 1905, pp. 406-426.
 "La literatura del día. Enquête a La Nación". *La Nación*, 5/05/1905, p. 4 [respuesta escrita por Unamuno a la "Enquête" de Ugarte sobre "La literatura española del día; bajo la firma, aparece la fecha "Marzo de 1903"].
 "Intimidades parisienses. Los niños pobres". *La Nación*, 6/05/1905, p. 4
 "Intimidades parisienses. Los amigos de los perros. El paraíso de los animales". *La Nación*, 21/05/1905, p. 4 [Reed en *Burbujas de la vida*]
 "Las razones del arte social". *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, 73, 1/01/ 1907: 125-133.
 "Crónica americana. Libros sudamericanos". *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, 77, mayo de 1907: 57-61 [Reed. En *Las nuevas tendencias literarias*: 133- 140]

“Crónica americana. Libros sudamericanos”. *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, 78, junio de 1907: 188-191 [Reed. En *Las nuevas tendencias literarias*: 140-145]

“Crónica americana. Libros sudamericanos”. *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, 81, septiembre de 1907: 42-46 [Reed. En *Las nuevas tendencias literarias*: 145- 151]

“Crónica americana. Libros sudamericanos”. *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, 82, octubre de 1907: 237 [Reed. En *Las nuevas tendencias literarias*: 152-157]

“Crónica americana”. “Índice de libros americanos”. *La lectura*. Madrid, a. VIII, septiembre de 1908: 88 – 99.

“Las razones del arte social”. *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VII, enero de 1907: 125-133. [Reed. En *Las nuevas tendencias literarias*: 164-173]

“Impar. La novela y la vida”. *El imparcial*, Madrid, 28/12/1908.

“Índice de libros americanos”. *La lectura*. Madrid, a. IX, mayo de 1909: 88 – 89.

“Índice de libros americanos”. *La lectura*. Madrid, a. IX, septiembre de 1909: 203.

“Les états-Unis et l’Amérique du Sud”. *La revue*. Paris: Vol. 4, 1er juillet-15 août 1909: 145-159.

“Women writers in South-America”, New York,

“The destiny of a continent. By Manuel Ugarte”, *Workers Monthly*, March 1926.

Artículos y reseñas publicados en diarios y revistas

[sobre la pena de muerte], *El Sol*, junio de 1901 (ref. *La Nación*, 16/06/1901).

“España contemporánea de R. Darío”, *El País*, 10/07/1901, p.3

“ ‘El alma de los perros’ por Juan José Soiza Reilly”, *Ideas y figuras* nº13, Buenos Aires, 10/09/1909.

“Una entrevista con Jean Jaurès”, *Ideas y figuras* nº58, Buenos Aires, 21/09/1911.

“Respuesta a la encuesta sobre ‘¿Cuál es el valor del *Martín Fierro*?’”, *Nosotros*, año VII, nº50, junio de 1913.

“Rubén Darío. Su personalidad literaria”, *Nosotros*, año X, v. 21, nº82, febrero de 1916, pp. 285.

“Escritores iberoamericanos de 1900 (Biografías)”, *Revista literaria Hoy*, Santiago de Chile, año XII, nº 590, 11/03/1943: 53.

Prólogos de Manuel Ugarte a:

Eduardo de Ory. *La primavera canta...Poesías*. París, Librería Hispano-americana: 1907.

Barbagelata, Hugo D. *Páginas americanas*: 1909.

Echagüe, Juan Pablo. *Prosa de combate*: 1909.

Paterson, Roberto. *La ciudad absurda*. Buenos Aires, Moen: 1913.

Fernández Ríos, Ovidio. *Por los jardines del alma*: 1909.

Rueda, Salvador. *Trompetas de órgano*: 1907.

Reseñas sobre escritos de Ugarte

“Marcela. Nuestro folletín”, *El País*, 19/08/1901:3.

“Paisajes parisienses” (Nota con publicación del prólogo de M de Unamuno al libro), *El País*, 8/10/1901: 2.

“Paisajes parisienses”, *El País*, 27/11/1901: 3-4.

Revista “El Sol” (Sección “Bibliografía”), *La Nación*, 16/06/1901: 3

“Paisajes parisienses. Manuel Ugarte. París” (Sección “Bibliografía”), *La Nación*, 3/11/1901, p. 5.

Sánchez Sorondo, M. G., “Un libro de Manuel Ugarte. Crónicas del Bulevar”, Buenos Aires, *Revista Nacional*, T. 34, Entrega II y III, 1902, pp. 133-143.

Arjona, S. "Sobre la reseña de M. de Unamuno a Miguel de Unamuno. 'Paisajes parisienses' publicada en la *Revista Moderna*". (Sección "Revista de revistas"), *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. I, julio de 1901, t. II: 792.

"*Crónicas del bulevar*" (Sección "Notas bibliográficas"). *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. II, septiembre de 1902: 519-520.

Díaz Romero, Eugenio. "*Crónicas del bulevar*". ». *Mercure de France*, « Lettres hispano-américaines ». Paris, 1902.

Unamuno, Miguel, "De Miguel de Unamuno. 'Paisajes parisienses' Un libro argentino." *La Nación*, 2/09/1901, p.3.

Gómez Carrillo, Enrique. "Lettres espagnoles". Paris, *Mercure de France*. Paris, 1/11/1903, t. 48: 546-551.

Zeda. "*La novela de las horas y los días*" (Sección "Notas bibliográficas"). *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. III, octubre de 1903, t. III: 113-114.

[Sobre *Visiones de España*] *La lectura*, mayo de 1904 : 540-556.

Díaz Romero, Eugenio. « *Visiones de España* de Manuel Ugarte ». *Mercure de France*, « Lettres hispano-américaines ». Paris, 1/06/1905, t. 55 : 464-465.

Desdèvises du Désert. « Le cléricalisme en Espagne ». *Revue politique et littéraire. Revue Bleue*. Paris, 5è série, t. 3, n° 4, janvier 1905 : 114-117. [Ref. a Ugarte]

« *El arte y la democracia* ». [Sección « Publicaciones » con comentario]. *Nuevo mundo*, 6/07/1905 : 25.

El arte y la democracia. Nuevo mundo, 14/09/1905.

Guerra, Angel. "Sobre *El arte y la democracia*, por Manuel Ugarte". *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VI, mayo de 1906: 414.

Guerra, Angel. "*Las enfermedades sociales*, por Manuel Ugarte". *La lectura. Revista de Ciencias y Artes*. Madrid, a. VI, agosto de 1906: 414.

Díaz Romero, Eugenio. « *Un soir d'automne* de Manuel Ugarte ». Paris, *Mercure de France*, « Lettres hispano-américaines ». Paris, 1/06/1906.

Díaz Romero, Eugenio. « *La joven literatura hispano-americana* de Manuel Ugarte ». Paris, *Mercure de France*, « Lettres hispano-américaines ». Paris, 1/06/1906.

Giusti, Roberto. « Manuel Ugarte, *Vendimias juveniles*, Garnier hermanos (París) ». *Nosotros* n°2, septiembre de 1907, pp. 117-118. [Letras Argentinas]

"Contes de la pampa" (noticia), *Action sociale de la femme*, juin 1907.

Lacour, Paul, "Les livres. Contes de la pampa" (reseña), *Grande revue*, 10/05/1907.

Rouanet, Gustave, "Contes de la pampa" (noticia), *L'Humanité*, Paris, 3/05/1907.

Anón., "Contes de la pampa" (noticia), *Le mois littéraire*, Paris, juillet 1907.

Ramírez-Ángel, Emiliano, "'Burbujas de la vida'. Manuel Ugarte", *Revista Nuestro tiempo*, Madrid, n°113, año VIII, Mayo de 1908, pp. 272-273

de Terán, Luis, "Prosa muerta por *Carlos Malagarriga*. Buenos Aires, 1908 – Frente a la vida por *J. García Mercadal*, Zaragoza, 1908 - Burbujas de la vida por *Manuel Ugarte*. París, 1908. Perfiles y Relieves por *F. García Godoy*.", *Revista Nuestro tiempo*, Madrid, n°113, año VIII, Mayo de 1908, pp. 280-283

Gómez Restrepo, Antonio, "José Enrique Rodó" [colombiano]

Defiende a Rodó de la crítica de Manuel Ugarte (a propósito del artículo de Rodó en *La Nación* sobre *La joven literatura hispanoamericana* de Ugarte). *Nosotros*, Buenos Aires, año II n° 15, octubre de 1908, pp. 137-147.

de Carricarte, Arturo. "De crítica. Alrededor de *Alma nativa*", *Nosotros*, Buenos

Aires, año II n° 16-17, octubre de 1908, pp. 247-251.

Darío, Rubén. *Cabezas*,

Mas y Pi, Juan. *Ideaciones*, 1909. [ataques a Ugarte, según Ug en su crónica de *La lectura* de mayo de 1909): 89].

Giusti, Ricardo, “Las nuevas tendencias literarias. Manuel Ugarte” [“Letras argentinas”], *Nosotros*, Buenos Aires, año III nº 18-19, enero-febrero de 1909, pp. 132-135.

Robin, Marcel. “*Las nuevas tendencias literarias*”. Paris, *Mercure de France*, [“Lettres espagnoles”]. Paris, 1/03/1909, t. 84: 176-178.

Echarte, Nicanor, “*Las nuevas tendencias literarias* de Manuel Ugarte”, *Rev. América*, Buenos Aires, 17/01/1909, pp. 356-357.

“*Las nuevas tendencias literarias* de Manuel Ugarte”(Noticia), *El Tiempo*, Buenos Aires, 23/01/1909.

Ballester Soto, E., “Lecturas. *Las nuevas tendencias literarias*”, *Diario Germinal*, Valencia, 31/01/1909.

“*Las nuevas tendencias literarias*. Por Manuel Ugarte”, *Revista Venezuela*, París, enero de 1909.

“*Las nuevas tendencias literarias*. Por Manuel Ugarte”, Valencia, *El mercantil valenciano*, 3/02/1909.

“Los Estados Unidos y la América del Sur, por Manuel Ugarte ”. *La lectura* [Sección Revista de revistas]. Madrid, a. IX, mayo de 1909: 478-479.

“Cuentos argentinos” (Noticia), *Ultima hora*, Buenos Aires, 14 /06/1910.

Freitas, U. “Literatura sul-americana”, *Diario Popular*, San Pablo, 9/03/1911 (Sobre *Las nuevas tendencias literarias*).

Sux, Alejandro, “Manuel Ugarte” [Sección “Gustos y gestos”], *Ideas y figuras. Revista semanal de crítica y arte*, Buenos Aires, año 3 Nº 43, 11/02/1911.

A. L. P. “El porvenir de la América latina de Manuel Ugarte”. *Nosotros*, Buenos Aires, año II nº 18-28, mayo de 1911, pp. 302-304. [¿Alfredo Lorenzo Palacios?]

Contreras, Francisco. “El porvenir de la América latina”. Paris, *Mercure de France*, « Lettres hispano-américaines ». Paris, 1/05/1911, t. 91: 209-214.

Salaverri, Vicente A. “Galería de *Germen*”, Buenos Aires, *Germen*, julio de 1911.

Castellanos, Jesús. “Los dos peligros de América”. [a propósito de dos libros: *El porvenir de la América Latina* de Manuel Ugarte y *La Reconquista de América* del cubano Fernando Ortiz] *Nosotros*, Buenos Aires, Año V, Tomo VI, nº 32, septiembre, 1911, pp. 177-186.

Noticia sobre la publicación de « *Miscelánea* » de Manuel Ugarte. Costa rica, Ariel, 1912.

[“La “*Colección Ariel*” de Costa Rica da a conocer en antología la obra de Ugarte, privilegiando los temas latinoamericanos y por lo tanto seleccionando fragmentos que principalmente provienen de El porvenir de la América latina.] Año VI, tomo 8, nº 40, mayo 1912.

Almada, Amadeo. Vidas y obras (estudios de crítica). (Montevideo). Incluye crítica sobre Ugarte. Año VI, tomo 8, nº 44, diciembre 1912.

Noticia sobre publicación recibida : Páginas de álbum de Manuel Ugarte (Mi excusa, La mujer cubana, Ofrenda, Voto). Nosotros, Año VII, tomo X, nº 50, junio, 1913, pp. 366-369.

“Poesías completas de Manuel Ugarte”, *El imparcial*, Madrid, 192...

Manuel María Oliver, "Desde una casita frente al mar", periódico (¿?)Buenos Aires, 1924.

Deschamps, Enrique. "Alarma justificada" [en ref.al artículo de Sanín Cano en La Nación sobre el imperialismo yanqui y las declaraciones de Hughes]. *Nuevo mundo*, 18/01/1924

Visillac, F. V., "*El camino de los dioses. Novela de la próxima guerra. De Manuel Ugarte*", *Fray Mocho*, Buenos Aires, 1926.

"*El camino de los dioses. Por Manuel Ugarte* ", *Caras y caretas*, Buenos Aires, 29/10/1927.

Barbagelata, Hugo, "*Le dernier livre de Manuel Ugarte* » (sobre *El dolor de escribir*), *Amérique Latine*, Paris, 28/01/1934 (Art. en francés que reproduce uno publicado en *El imparcial* de Montevideo).

González y Contreras, Gilberto. "Escritores iberoamericanos de 1900 de Manuel Ugarte". *Puerto Rico* vol. VIII nº 15, mayo de 1944: 152-154.

BIBLIOGRAFÍA

De Manuel Ugarte

- Ugarte, Manuel. *Palabras*. Ed. Del autor, 1893.
Versos. Ed. Del autor, 1894.
Serenata. Buenos Aires: Edic. del autor, 1897.
Paisajes parisienses. París: Garnier, 1901
Crónicas del Bulevar. París: Garnier, 1902.
La novela de las horas y los días. Paris, Garnier, 1903.
Cuentos de la Pampa. Madrid: Biblioteca universal Calpe, 1903.
Las ideas del siglo. Buenos Aires, Ed. del Partido Socialista argentino, 1904
Visiones de España. Valencia: Sempere, 1904.
Mujeres de París. París: Garnier, 1904.
El arte y la democracia. Valencia: Sempere, 1905.
Una tarde de otoño. París: Garnier, 1905.
Enfermedades sociales, Madrid: Casa Editorial Sopena, 1906.
La joven literatura hispanoamericana. Paris: A. Colin, 1906.
Burbujas de la vida. Paris: Paul Ollendorf, 1908.
Las nuevas tendencias literarias. Valencia: Sempere, 1909.
Enfermedades sociales. Barcelona: Sopena, 1907.
El porvenir de la América latina. Valencia: Sempere, 1911 [Editorial Indoamericana, 1953].
El porvenir de la América española. Valencia: Sempere, 1911.
Miscelánea. San José de Costa Rica, Ariel, 1912.
Poesías completas. Barcelona: Maucci, 1921.
Las espontáneas. Barcelona: Sopena, 1921.
Mi campaña Hispanoamericana. Barcelona: Ed. Cervantes, 1922.
La patria grande. Barcelona: Ed. Internacional, 1922.
El crimen de las máscaras. Valencia : Sempere, 1924.
El camino de los dioses. Barcelona : Sociedad General de Publicaciones, 1926.
La vida inverosímil. Barcelona : Maucci, 1927
El dolor de escribir. Madrid : Compañía Iberoamericana de publicaciones, 1933.
Escritores iberoamericanos de 1900. México: Vértice, 1947 [1ª ed. 1943].
La dramática intimidad de una generación. Madrid: Editorial "Prensa Española", 1951.
El naufragio de los argonautas. Santiago de Chile: Zigzag, 1951.
La reconstrucción de Hispanoamérica. Buenos Aires: Coyoacán, 1961 [ed. póstuma].
La Nación Latinoamericana. Caracas: Ayacucho, 1978. (Comp. Galasso, Norberto).

De otros autores

- Abasolo, J. "Cómo confederar la América latina. Cómo resistir al extranjero". Buenos Aires, *Revista Nacional*, 1906. [Reseñado en *La lectura*, Madrid, mayo de 1906: 439].
Arreguirre, V. "Latinos y anglosajones" *Archivos de Psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Buenos Aires, septiembre de 1906.
Barrès, Maurice. *Sous l'oeil des barbares*. 1988.
Becher, Emilio. *Diálogo de sombras y otras páginas*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1938.

- Angenot, Marc. *Les grands récits militants des XIXe et XXe siècles. Religions de l'humanité et sciences de l'histoire*. Paris : L'Harmattan, 2000.
- Angenot, Marc. *Les grands récits militants des XIXe et XXe siècles. Religions de l'humanité et sciences de l'histoire*. Paris : L'Harmattan, 2000.
- Ansaldi, W. (Comp.). *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes para un debate vigente*. Buenos Aires: Ariel, 2004.
- Ansaldi, Waldo, Funes, Patricia. « Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano ». Mimeo. Octubre de 2003.
- « 'Patologías y rechazos'. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana ». www.catedras.fsoc.uba.ar/udihsal.
- Archivo General de la Nación. *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*. Dir: Graciela Swiderski. Buenos Aires, AGN, 1999.
- Ardao, Arturo. "El verdadero origen del nombre de América Latina". Zea, Leopoldo (comp.). *La latinidad y su sentido en América Latina*. México: UNAM, 1986: 259-275.
- Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: siglo XXI, 2005.
- Badiou, Alain. *Le siècle*. Paris : Seuil, 2005.
- Barcia, Pedro Luis. *Escritos dispersos de Rubén Darío, T. 1 y 2*. La Plata, FaHCE: 1968 y 1977.
- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes*. Quilmes : UNQui, 1997.
- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes*. Quilmes : UNQui, 1997.
- Bénichou, Paul. *Les mages romantiques*. Paris : Gallimard, 1988.
- Bénichou, Paul. *Les mages romantiques*. Paris : Gallimard, 1988.
- Benjamin, Walter. *Oeuvres* (3 t.). Paris : Folio Essais, 2000.
- Benítez, Hebert, Ciancio, Gerardo, « La prosa modernista ». *La crisis de las formas. Historia crítica de la literatura argentina* vol.5. Rubione, Alfredo, dir. del vol., Jitrik, Noé, dir. de la obra. Buenos Aires : Emecé, 2006. 237 – 264.
- Botana, Natalio, "Conservadores, radicales y socialistas". *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Tomo 2. Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, directores. Buenos Aires: Altamira, 2000 (2da. ed.). 103-116.
- Bibbó, F., "Vida literaria, instituciones e identidades de escritor en los umbrales del Ateneo de Buenos Aires". Ponencia para las Jornadas de Investigación "Configuraciones literarias de la experiencia" (proyecto 11/H423), La Plata, Facultad de Humanidades de la UNLP, 1 y 2 de marzo de 2007.
- Boschetti, Anna. *La poésie partout. Apollinaire, homme-époque (1898 - 1918)*. Paris : Seuil, Coll. Liber, 2001.
- Botana, Natalio, "Conservadores, radicales y socialistas". *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Tomo 2. Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, directores. Buenos Aires: Altamira, 2000 (2da. ed.). 103-116.
- Bourdieu, Pierre. *Les règles de l'art*. Paris : Seuil, 1992.
- Brading, David A. "Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XX". *H Mex*, XLV: 3 (Cambridge 1996).
- Brunetière, Ferdinand. *Discours de combat*. Paris : Perrin, 1900.
- Cabanès, Jean-Louis. "Nordau lecteur de Lombroso: une filiation encombrante". www.farum.it/publiforumv/n/01/pdf/Cabanés.pdf.
- Camarero, Hernán, Herrera, Carlos Alberto (eds.). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Casanova, Pascale. *La République Mondiale des Lettres*. Paris : Seuil, 1999.
- Citton, Yves. « Esquisse d'une économie politique des affects. Tarde et Spinoza ».
- Yves Citton , Lordon, Frédéric. *Spinoza et les sciences sociales : de la puissance de la multitude à l'économie des affects*, Paris, Éditions Amsterdam, 2008, p. 47-123.

- Colombi, Beatriz. « Camino a la meca : escritores hispanoamericanos en París (1900-1920). Altamirano, Carlos (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*. T. 1. Buenos Aires : Katz, 2008.
- *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario : Beatriz Viterbo, 2004.
- « Peregrinaciones parisinas : Rubén Darío ». *Revista Orbis Tertius de Teoría y Crítica literaria* N° 4, La Plata : FaHCE, 1997 : 117-130.
- Compagnon, Antoine. *La littérature pour quoi faire?* Paris: Collège de France / Fayard, 2007.
- *Connaissez-vous Brunetière? Enquête sur un anti-dreyfusard et ses amis*. Paris : Seuil, 1997.
- *Les cinq paradoxes de la modernité*. Paris : Seuil, 1990.
- Cúneo, Dardo. *El romanticismo político*. Buenos Aires: Ed.Transición, 1955.
- Dalmaroni, Miguel. *Una república de la letras. Lugones, Rojas, Payró. escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- y Chicote Gloria. *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880-1930)*. Rosario :Viterbo, 2008.
- “Conflictos culturales: notas para leer a Raymond Williams”. *Punto de vista. Revista de cultura*, XXVII, 79, agosto 2004 : 42-46.
- Charle, Christophe. *La crise littéraire à l'époque du naturalisme*. Paris : Presses de l'École Normale Supérieure, 1979.
- Charle, Christophe. *La crise littéraire à l'époque du naturalisme*. Paris : Presses de l'École Normale Supérieure, 1979.
- *Paris Fin de siècle*. Paris : Seuil, 1998.
- *Naissance des intellectuels*. Paris : Seuil, 1989.
- Chartier, Roger. *Ecouter les morts avec les yeux*. Paris: Collège de France / Fayard, 2008.
- *Au bord de la falaise. L'Histoire entre certitudes et inquiétude*. Paris : Albin Michel, 1998.
- Chevrel, Yves. *Le naturalisme. Etude d'un mouvement littéraire international*. Paris : PUF, 1982.
- Chicote, Gloria y Dalmaroni, Miguel (eds.). *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880 – 1930)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2007.
- Darnton, Robert. “La France, ton café fout le camp. De l'histoire du livre à l'histoire de la communication”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Paris: vol. 100 n°1, 1993: 16-26.
- de Albareda, Ginés. “Rubén Darío y España”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid: agosto-septiembre de 1967, núm. 212-213: 588-599.
- de Onís, Federico. *España en América*. Santander (España): Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955.
- Debray, Régis. « El socialismo y la imprenta ». Londres, *New Left Review* [edición española], N° 46, septiembre/octubre 2007 : 5-26.
- Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.
- Delgado, Verónica. *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*, La Plata: Edulp, 2009.
- Ducros, Albert. “La notion de race en anthropologie physique : évolution et conservatisme”, *Mots. Les langages du politique*, 1992, n° 1, pp. 121-141.
- Ehrlich, Laura. « Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo ». *Políticas de la memoria* 6/7 (Buenos Aires, Verano 2006/2007) : 105- 119.
- Estrade, Paul. “Del invento de ‘América Latina’ en París por latinoamericanos (1856-1889)”. Maurice, Jacques; Zimmermann, Marie-Claire (comps.). *París y el mundo*

Monteleone, Jorge, "Horacio Quiroga en París: el fracaso del dandy", en *Paradoxa*, a. 5, nº 4/5, Rosario, diciembre 1990.

Monteleone, Jorge. "Soussens Sans Sou", en Noé Jitrik (comp.). *Atípicos en la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Oficina de Publicaciones del CBC, 1996.

Olalla, Marcos. « Literatura y política. Apuntes sobre los supuestos críticos de la modernidad en Manuel Ugarte ». Arpini, Adriana. 55-80.

Palti, Elías. "El problema de 'las ideas fuera de lugar revisitado. Más allá de la 'historia de las ideas'". México : UNAM, 2004.

Peñafoort, Eduardo. "Manuel Ugarte en el fin de siglo : la puesta en discurso de la subjetividad en el Fin de siglo". *Fin(es) de siglo y Modernismo : Congreso Internacional Buenos Aires-La Plata agosto 1996* / coord. por María Payeras Grau, Luis M.

Fernández Ripoll, Vol. 1, 1996. 487-492

Pierrot, Maurice, *L'imaginaire décadent (1880-1900)*, Paris, Université de Rouen, 1977.

Prieto, Adolfo. El discurso criollista en la formación de la Argentina Moderna. Buenos Aires : Siglo XXI, 2006.

Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

Prislei, Leticia. "Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin del siglo a la década del '20)". *Entrepasados* II, 2, Buenos Aires: 41-59.

(2000). "Los intelectuales y el socialismo: Juan B. Justo, el partido y el arte" en *Entrepasados* 18/19, Buenos Aires: 53-63.

Prochasson, Christophe. *Les années électriques. 1880 - 1910*. Paris: Éd. de la Découverte, 1991.

Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Angel Rama, 1985.

La ciudad letrada. Montevideo: Fundación Angel Rama, 1995.

Rama, Ángel, *Los poetas modernistas en el mercado económico*, Montevideo, Universidad de la República, 1968.

Rubén Darío y el modernismo. Rubén Darío y el modernismo, Caracas-Barcelona, Alfadil ediciones, 1985.

Rama, Angel y Polo, Marlene. « Cronología » de Calderón, Francisco. *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*. Caracas : Ayacucho, 1987 (Reimp.). 319-333.

Rama, Angel. « Cronología » de Rodó, José Enrique. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas : Ayacucho, 1985 (2ª ed.) : 316-363.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México : FCE, 1989.

Raymond, Marcel. *De Baudelaire au Surréalisme*. Paris: José Corti, 1992 [1940].

Real de Azúa, Carlos. « Ambiente espiritual del Novecientos ». *Número*. Montevideo, 1950 : 15-36.

Real de Azúa, Carlos. "Prólogo a *Ariel*". Rodó, J. E., *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Ayacucho, 1976.

Real de Azúa, Carlos, "El modernismo literario y las ideologías", *Escritura*, a. II, nº 3, enero-junio 1977, pp. 41-75.

Rodríguez Monegal, Emir. « La generación del 900 ». *Número*. Montevideo, 1950 : 37-61.

Rebérioux, Madeleine, Candar, Gilles. *Jaurès et les intellectuels*. Paris: Les éditions de l'atelier, 1994.

Rebérioux, Madeleine. « Zola, Jaurès, France : trois intellectuels devant l'Affaire ». *Cahiers naturalistes* 54 (Paris, Ed. Fasquelle : 1980).

----- « De l'Art industriel à l'Art social : Jean Jaurès et Roger Marx ». *Gazette des Beaux-arts* 1428-1429, (Paris, 5 fév. 1988).

- Rodríguez Monegal, Emir. « La generación del 900 ». *Número* (Montevideo, 1950) : 37-61.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario, Beatriz Viterbo Ed., 2008.
- Roger, Philippe. *L'ennemi américain. Généalogie de l'antiaméricanisme français*. Pais, Seuil, 2002.
- Rogers, Geraldine. *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX*. La Plata, Edulp: 2009.
- Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Barcelona: Lumen, 1991.
- Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, *Buenos Aires, Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Altamira, Buenos Aires, 2000, tomo 2 (2da. ed.)
- *El desarrollo de las ideas en la sociedad Argentina del s. XX*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1983.
- Rubione, Alfredo V. (comp.). *En torno al criollismo. Textos y polémica*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- Sábato, Hilda. « Nuevos espacios de formación y actuación intelectual : prensa, asociaciones, esfera (1850-1900). Altamirano Carlos (Dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. T. 1. Buenos Aires : Katz, 2008.
- Saitta, Sylvia. *Regueros de tinta. El diario crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Salaun, Serge, Serrano, Carlos. *1900 en Espagne (essai d'histoire culturelle)*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 1988.
- Salto, Graciela. "En los límites del realismo, un libro extraño". Jitrik, Noé (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 6. *El imperio realista* (dir. del vol. Gramuglio, M^a Teresa. Buenos Aires: Emecé, 2002: 39 -57.
- Sánchez, Luis Alberto. *Balance y liquidación del modernismo*. Santiago de Chile: Ercilla, 1941.
- Schorske, Carl E. *Viena Fin-de-Siècle*. Barcelona : GG Arte, 1979 [1^a ed. 1961].
- Seibel, Beatriz. *Historia de las teatralidades en Argentina. Desde los orígenes hasta 1930*. Buenos Aires : 2003.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro. "Componentes del latinoamericanismo en Manuel Ugarte". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, f-i. Contemporánea, n.º 2, 1989, págs. 281-297*.
- Tarcus, Horacio. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2007.
- (dir.). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la « Nueva izquierda » (1870-1976)*. Buenos Aires : Emecé, 2007.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*. México: Paidós, 1999.
- Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- *José Ingenieros: Pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza, 1986.
- *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "Cultura científica"*. Buenos Aires: FCE, 2000.
- Terán, Oscar. "Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista". *Punto de Vista* 51.
- « Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980". *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Terán, Oscar, coord. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004. 13-95.
- "El dispositivo hispanista". *Actas del III Congreso de hispanistas*. T. I, 1992.
- Terán, Oscar. "Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista". *Punto de Vista* 51.
- Thiesse, Anne-Marie. *Le roman du quotidien. Lecteurs et lectures populaires à la Belle Époque*. Paris: Seuil, 2000 [1^a ed. 1984].

- Todorov, Tzvetan. *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. Paris, Seuil, col. Points: 2001 [1989].
- Viñas, David. *Literatura argentina y política. De los jacobinos a los porteños*. Buenos Aires : Sudamericana, 1995.
- *Indios, ejército, frontera*. Buenos Aires : Santiago Arcos, 2003 [1982]
- *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires : Santiago Arcos, 2008[1998]
- Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*, México : FCE, 1945.
- Weber, Max. *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme*. Paris : Flammarion, coll. Champs, 2000.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona : Península, 1980.
- *Cultura y sociedad*. Buenos Aires : Nueva Visión, 2001.
- *La larga revolución*. Buenos Aires : Nueva Visión, 2003.
- *Cultura y sociedad*. Buenos Aires : Nueva Visión, 2001
- *El campo y la ciudad*. Buenos Aires : Paidós, 2001.
- *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*. Buenos Aires : Manantial, 1997.
- Zanetti, Susana (dir.), *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1980.
- (coord.). *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires (1992-1916)*, Buenos Aires : Eudeba, 2004.
- « Modernidad y religación : una perspectiva continental (1880-1916) ». Pizarro, Ana. *América latina. Palabra, literatura e cultura*, Sao Paulo: Unicamp, 1994: 491-534.
- "El modernismo y el intelectual como artista". Altamirano, Carlos. (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*. T. 1. Buenos Aires : Katz, 2008.
- Zum Felde, Alberto. *Proceso intelectual del Uruguay*. Montevideo : Claridad, 1941.
- *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*. México : Ed. Guaranía, 1954.